ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Portrait of authors, Hirshacin, 11/1-267.

M. A. Buchanan.

Papa Juan or the Centenarian, a comedy in 3 acts. Trans. T. Walsh. Pol. 1918, xxix (4 RFE., V-431).

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Belén, 12, principal

JUGUETE CÓMICO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

BELEN, 12, PRINCIPAL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LS [Serafín y Joaquín Alverez Q...
A4738
1899 Teatro 1.]

BELÉN, 12, PRINCIPAL

JUGUETE CÓMICO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO CERVANTES de Sevilla, el 16 de Mayo de 1888

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

158826
3. 47

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA LUCÍA	Sra. Gómez.
DOLORCITAS	Srta. París.
VICENTA	Sra. Alonso.
DON AGUSTÍN	Sr. Royo.
ENRIQUE	Alvarez.
DON SIMEÓN	Gómez.

BELÉN, 12, PRINCIPAL

La escena dividida en dos partes.—A la izquierda del actor meseta del piso principal de la escalera de una casa en Madrid.—A la derecha, ecibimiento del cuarto con puerta al foro, una lateral, y el portón en la pared que divide la escena.—En el centro un velador con escribanía y una carpeta.—Varias sillas.—La escalera sigue hacia los pisos superiores.

ESCENA PRIMERA

DON AGUSTÍN y DOÑA LUCIA

El primero leyendo y la segunda haciendo crochet.

AGUS. «Ha marchado para Pamplona nuestro apreciable amigo el Director...» Feliz viaje. Escribe en llegando.
«Ayer llegó á la Corte, de vuelta de su excursión veraniega, la distinguida familia...» Que sea bien venida. ¡Qué pesadez!
«El viernes pasado falleció en Zamora, víctima de una larga y penosa enfermedad, don José Ramírez Pendón, primo hermano de nuestro querido compañero don Félix Pendón, y primo también del señor don Juan Sanchez Pendón.» Pues, señor, no he visto caballero ni más *primo* ni más *pendón*.

De todos modos, en paz descanse. ¡Vaya un diario! Pasemos al folletín. Lo busca. «...desmayada.» ¡Ah! sí, sí, ya caigo. Quedé en aquello del desmayo.
«...desmayada. El Conde, creyéndola muerta, llevado de la loca pasión que le dominaba, se disparó un tiro...»

LUCÍA Contando los puntos del crochet. Dos... tres...

AGUS. No, no fué más que uno.

LUCÍA Calla, hombre; estoy contando los puntos de esto.

AGUS. ¡Ah, ya! Sigue leyendo. «...un tiro por debajo de la barba, quedando muerto en el acto.»

LUCÍA Pero, Agustín, ¿no decías que te ibas á llegar á la oficina?

AGUS. Levantándose. Es verdad; ya se me olvidaba.

LUCÍA Si acaso, déjalo.

AGUS. De ningún modo: voy, le digo al jefe que me permita no asistir por ser día de mi santo, y vuelvo.

LUCÍA No está mal pensado.

AGUS. Ea, pues ya estoy aquí. Pónese el sombrero, que estará encima de una silla.

LUCÍA Anda, anda de prisa, que los convidados dijeron que vendrían tempranito. Deja el crochet y se levanta.

AGUS. Hasta luego. Sale y baja.

LUCÍA Adiós.

ESCENA II

DOÑA LUCIA, después VICENTA

LUCÍA Pues, señor, es necesario ir arreglándolo todo. Recogeré esto. Recoge el crochet. ¡Vicenta!

VIC. Por el foro ¿Señorita?

LUCÍA Mira, saca la vajilla nueva que está en el aparador. Toma la llave. Le quitas el polvo: con mucho cuidado, ¿eh? no vayas á hacer Carnaval, que el otro día rompiste...

VIC. ¿Yo, señorita?

LUCÍA Sí, tú; que ya llevas destrozada una carga de loza.

VIC. Bueno.

LUCÍA Limpias perfectamente los cubiertos y pones la mesa. Yo entretanto sacaré la mantelería. Vase por la derecha. Don Simeón y Dolorcitas habrán venido subiendo, para llegar al portón y llamar en el momento de retirarse Doña Lucía. Al tiempo de entrar ellos en el recibimiento aparecerá en la escalera, como de haberlos venido siguiendo, Enrique.

VIC. ¿Quién? Esos deben de ser los convidados. Abre.

SIM. ¿Tus amos están?

VIC. Sí, señor. Pasen ustedes á la sala. Voy á avisar á la señora. Vase por el foro. Don Simeón y Dolorcitas entran y se van por la derecha.

ESCENA III

ENRIQUE

Subiendo á la meseta. Ya sé dónde vive; lo apuntaré, no se me vaya á olvidar, aunque no es fácil. Saca una carterita y escribe. «Belén, 12, principal.» Parece mentira que yo sea tan pícaro. Las sigo hasta su misma casa, aun yendo del brazo del esposo. Ya puedo ir apuntando en mi librito de memorias una conquista más. Tengo muchísimo partido con las mujeres, sobre todo con las casadas jóvenes y guapas, como esa que acaba de entrar y á quien me declaro sin pérdida de tiempo. Mis cartitas amorosas producen muchísima sensación. Repasaré la que voy á dirigirle á esta, no sea que se me haya escapado alguna majadería. La saca del bolsillo y lee. «Señora: hace unos días que os estoy contemplando.» Mentira, no la he visto hasta hoy; pero como las tengo redactadas de antemano... Continúa leyendo. «...contemplando. Días que han sido para mí... años... pero años bisiestos... Es preciso, pues, que usted corresponda á este amor que abra-

sa mi corazón y que tiene convertido mi pecho en un volcán. Un *sí* me hará feliz. Un *no*... no.
Su rendido amante,

Enrique Azucarillo.

—P. D. Espero su respuesta en la portería.» Más galante, imposible. Ante estos renglones accederá sin duda á mi pretensión. Ahora pensemos el modo de enviársela. Con la criada... es tan vulgar... Y luégo son tan brutas, que á lo mejor se la entregan al marido. Ya me ha pasado eso una vez y no quiero que se repita. ¡Si yo se la pudiera dar en propia mano!... ¡Pero es tan difícil...! Lo mejor será echarla por debajo del portón. Al ir á hacerlo retrocede. No, caracoles; porque si el esposo... Pero, ¿qué importa? El disgusto será para ellos. Por más que si un día me coge y me revienta... No conviene este plan. Y... ¿por qué no? Diantre, ¡qué indeciso soy! Después de todo, yo no debo andarme con chiquitas; lo que fuere tronará. Se agacha y echa la carta por debajo del portón. Ahora me arrepiento: he hecho un disparate. Y todo por no pensar las cosas. Nunca debí haber echado esa carta por ahí. ¡Si lograse alcanzarla con los dedos!... Vamos á ver. Se vuelve á agachar y hace esfuerzos por cogerla.

ESCENA IV

ENRIQUE y DON AGUSTÍN

AGUS. Subiendo á la meseta y empujando á Enrique. ¿Qué hace usted ahí?

ENR. Levantándose precipitado. ¡Hago lo que me da la gana!

AGUS. Sí, ¿eh?

ENR. Sí, señor; y debe tenerle á usted sin cuidado.

AGUS. Nada de eso; ese es mi domicilio... y me interesa saber...

ENR. ¡Ah! ¿usted vive aquí? (¿Quién será este *punto?)* Bien, usted dispense...

AGUS. Está usted dispensado: lo que deseo saber inmediatamente es cuál era su fin al meter la mano por debajo del portón.

ENR. Pues era... que... que... (Pero ¿quién será?) Era que... que...

AGUS. ¿Qué, hombre, qué?

ENR. Que me había caído...

AGUS. Se había usted caído, ¿eh?

ENR. Justo; me resbalé... y... chis...

AGUS. Pero ¿cómo ha podido ser eso?

ENR. (Estas preguntitas me parten.) Muy sencillo: yo subía... ¿comprende usted?... y subía... y subía... y subía... y subía...

AGUS. Hombre, ya ha pasado usted de la guardilla con tanto subir.

ENR. Bueno, pues yo...

AGUS. ¿Qué?

ENR. Yo venía... es decir... no venía... vengo... no, no, tampoco vengo... me voy... Trata de irse.

AGUS. ¡Qué disparate! Sujetándolo. Necesito una explicación...

ENR. ¿Y no se la he dado á usted ya? Que me resbalé... y me caí...

AGUS. ¿Pero dónde iba usted? que es lo que yo pregunto.

ENR. (Y lo que yo no contesto.) Iba... (¿qué le importará á este?) iba á otro piso. (A ver si me deja.)

AGUS. ¡No valen disculpas, caballero!

ENR. (Ea, ahora la voy á echar de valiente.) ¿Decía usted?

AGUS. Que termine de explicarme...

ENR. Mucho exige usted.

AGUS. Vuelvo á repetirle que soy de la casa.

ENR. De... de... de la casa, ¿eh? Me tiene completamente sin cuidado.

AGUS. Caballerito, me está usted tentando la paciencia, y me parece que le voy á mandar de un puntapié á la puerta de la calle.

ENR. (¿A la puerta de la calle? ¡Ojalá!) Lo del puntapié... quisiera verlo...

AGUS. ¿De veras?

ENR. Sí, señor; quisiera verlo...

AGUS. Dándoselo. Pues véalo usted.

ENR. Dele usted gracias á Dios... que no me ha dolido mucho...

AGUS. Bueno, váyase usted, si no quiere que pase la cosa más adelante.

ENR. ¡To... to... tomaré venganza!

AGUS. Tome usted lo que quiera.

ENR. ¡Le mandaré mis padrinos!

AGUS. Mande usted lo que le parezca.

ENR. ¡Adiós, caballero! Vase hacia abajo.

AGUS. ¡Vaya usted de aquí, mequetrefe! Se acerca al portón y llama violentamente.

ESCENA V

DON AGUSTÍN y VICENTA

VIC. Por el foro. ¿Quién es?

AGUS. Soy yo; abre. Vicenta lo hace. ¡Hola, Vicenta!

VIC. Buenos días, señorito.

AGUS. ¿Y mi mujer?

VIC. En la sala con los convidados. ¿Necesita usted algo?

AGUS. No; márchate. Vase Vicenta por el foro.

ESCENA VI

DON AGUSTÍN

Pues, señor, me ha llamado la atención ese pollo. Ve la carta. ¿Pero qué es esto? Cogiéndola. ¡Una carta! ¡De él sin duda! ¿Para quién será? La abre y lee «Señora...» ¡Rayos y truenos! ¡Para mi mujer! La lee precipitadamente. ¡Y dice que espera contestación en la portería! ¡Mil bombas! ¡Declararse á mi esposa! Sin embargo, tengamos calma. Ella no sabe nada, estoy seguro. Si un escrito de este género hubiese llegado á su poder, me lo hubiera entregado en el acto para que escarmentase al Tenorio. Luego no debo du-

dar de mi señora. Hombre, estoy pensando una co-a: yo puedo muy bien contestar la carta tomando el nombre de Lucía, á ver si cae en el garlito ese mamarracho. Le doy cita aquí... Nada, me decido. Se sienta á la mesa y escribe. «Caballero: mi esposo se ha marchado fuera. Puede usted venir cuando guste y hablaremos.» Ya está. Conviene mandársela lo más pronto posible. ¡Vicenta! Se levanta.

ESCENA VII

DON AGUSTÍN y VICENTA

VIC. Por el foro. ¿Señorito?
AGUS. Vas á hacerme un favor.
VIC. Usted dirá.
AGUS. Te llegas á la portería, entregas esta carta á la portera y le dices que si viene un joven reclamándola se la dé.
VIC. Voy allá.
AGUS. Escucha: de esto... ni una palabra á la señorita.
VIC. Descuide usted. Sale y baja.

ESCENA VIII

DON AGUSTÍN, DOLORCITAS, DON SIMEÓN y DOÑA LUCÍA

Los tres últimos por la derecha, preparados como para salir.

AGUS. Hola, ¿ya están ustedes aquí?
SIM. Adiós, Agustín; felicidades.
AGUS. Gracias.
DOL. Lo mismo digo.
AGUS. Muchas gracias. ¿Adónde van ustedes?
LUCÍA Vamos á hacer unas compras; pero volvemos en seguida.
AGUS. Yo tendría mucho gusto en acompañarles... pero... puede venir cualquier amigo...
SIM. Es claro. Ea, vamos.

DOL. Hasta luego, don Agustín.
AGUS. Vayan ustedes con Dios.
SIM. Hasta la vuelta.
LUCÍA Adiós. Salen Dolorcitas, don Simeón y doña Lucía; bajan los primeros y ésta se detiene. ¿De dónde vienes tú? A Vicenta que sube.
VIC. De..
LUCÍA Anda hacia dentro; siempre estás en la calle. No he visto muchacha más... Baja.
VIC. Entrando en el cuarto. Ya hice el encarguito.
AGUS. Pues mira: cuando venga ese joven sales á abrirle. Te preguntará por la señora, y con el pretexto de que vas á avisarle, me llamas á mí, que estaré en el escritorio. Vase por la derecha.
VIC. Está bien.

ESCENA IX

VICENTA

¿Qué carta será esa? Algún belén. En Madrid las casas están llenas de infundios. En todas las que he servido desde que vine, en todas, hay algo. En una, la niña mayor estaba siempre en belén con un novio que tenía sin que lo supieran los padres, y una vez los sorprendieron hablando por la ventana y no me quiero acordar del belén que se armó. ¡Y en la casa del teniente! ¡No digo nada en la de doña Belén! La suerte es que yo no murmuro ni soy chismosa. Si una fuera á hablar... Vase por el foro.

ESCENA X

ENRIQUE

ENR. Volviendo á la meseta. ¡Pero qué afortunado soy! Después de lo ocurrido con aquel mentecato, que sin duda es algún sirviente, no esperaba volver. Mas por pura curiosidad

paso por la calle, entro en la portería y me dan la respuesta. ¡Y qué amable, qué amable!... Llamaremos. Lo hace.

Por donde quiera que fuí
la razón atropellé...

VIC. Por el foro. Este será el señorito de marras. Abre.

ENR. Buenas tardes. ¿Está en casa la señora?

VIC. Sí, señor.

ENR. Pues avísale. Entra.

VIC. En seguida. Vase por el foro.

ESCENA XI

ENRIQUE, después DON SIMEÓN

ENR. Todo me sale bien. Esperemos. ¡Cómo me palpita el corazón!

SIM. Subiendo á la meseta. Diablos, ya se me olvidó el báculo; y á mí es cosa que andar sin él me es imposible. Voy á ver si abren. Llama.

ENR. ¡Cáspita!... Han llamado. Y me escamo... no sé por qué... digo, sí... porque como haya perdido el tren.. Ea, pues yo no digo esta boca es mía, ni le abro á nadie. Sin embargo, miraré por el ventanillo para cerciorarme. Abre el ventanillo, y al ir á asomarse, también se asoma don Simeón. Enrique cierra con mucha fuerza y le da en las narices. ¡Ciertos son los toros!

SIM. ¡Canario! ¡Me ha dejado usted sin narices!

ENR. (Lo siento mucho.) ¡No está en casa! (Y no abro.)

SIM. Soy yo, hombre, soy yo.

ENR. ¡Ah! ¿es usted? (Pues por lo mismo no abro.)

SIM. ¡Sí, señor, sí!

ENR. (No, señor, no.) ¡A las cinco sale otro tren! Palabra.

SIM. ¿Cómo otro tren? ¿Quiere usted acabar?

ENR. Echándole un periódico por debajo del portón. En ese periódico va la guía de ferrocarriles.

SIM. ¿Que quiere decir esto? ¡Basta de pesadez y de broma!

ENR. (¡Está furioso!)
SIM. ¡Echaré abajo la campanilla! Llama fuertemente.
ENR. (¡Me aplastó!)

ESCENA XII

DICHOS y VICENTA

VIC. Por el foro. ¿Llamaron?
ENR. No... no... no he oído nada.
VIC. Pues voy á ver... Se asoma por el ventanillo. ¡Ah, ya! Abriendo. Entre usted, señorito. Vase por el foro.
ENR. *(¡Gran Dio, morir si giovine!)*
SIM. Entrando. ¿Quién es el gracioso que me ha tenido...?
ENR. Caballero... yo... que yo. . que. . como yo...
SIM. Y vamos á ver; ¿qué razones hay para que usted no abriese?
ENR. (¡Qué inocente! No sospecha nada.) No abrí por... por eso...
SIM. La razón no es del todo mala.
ENR. Usted me dispensará...
SIM. Bien; ¿y á qué santo me dió usted la guía de ferrocarriles?
ENR. Ahí está el quid. Le tomé á usted por otro.
SIM. ¡Ah, ya! Pues con su permiso...
ENR. Usted lo tiene. Don Simeón se va por la derecha. ¡Pobrecillo! ¡Qué convencido va! Y yo debo marcharme. Por más que si no sospecha nada... me parece una tontería desaprovechar esta ocasión... Pero, ¿y si por casualidad...? De todos modos ya no me da tiempo. Aquí está. (¡Hum, y con un bastón!)
SIM. Dispuesto á marcharse. Caballero, beso á usted la mano.
ENR. (Ya se va.)
SIM. ¿Qué?
ENR. Que sí... que si se iba usted.
SIM. Sí, señor.
ENR. Me alegro, me alegro; es decir, lo siento; porque... por eso... por eso mismo. .

SIM. (Este hombre convence á cualquiera.) Sí; pues me retiro. Sólo vine por el bastón...
ENR. Sí, sí, sí, sí.
SIM. Me olvidé de recogerlo...
ENR. Sí, sí, sí, sí.
SIM. Y naturalmente...
ENR. Sí, sí, sí, sí.
SIM. Porque yo sin bastón ando...
ENR. Sí, sí, sí, sí.
SIM. No, no, no, no. ¿Quién le ha dicho á usted que sí?
ENR. Bueno, lo que usted guste.
SIM. La cuestión es que sin él no puedo dar un paso. Psch... una manía como otra cualquiera. Cada hombre tiene las suyas. Y además, como estoy un poco cojo... ¿Está usted?
ENR. No, yo cojo no estoy precisamente. (Pero me dejará en cuanto sepa á lo que he venido.)
SIM. Quise decir otra cosa.
ENR. Sí, sí, sí, sí. ¿Pero usted no se iba á marchar?
SIM. ¿Qué?
ENR. Nada... que yo me voy á marchar.
SIM. ¿Hacia dónde va usted?
ENR. (¡Qué aprieto!) ¿Usted adónde se dirige? ¿A la estación?
SIM. ¿Cómo á la estación? ¡Qué afán de que viaje! Voy á...
ENR. Interrumpiéndolo de repente. Pues ahí no voy yo.
SIM. Vamos, me voy, que ya me he entretenido mucho.
ENR. Beso á usted la mano.
SIM. Servidor de usted. Sale á la meseta.
ENR. Cerrando el portón con violencia. ¡Maldita sea tu estampa!
SIM. Ese será alguno que ha venido á felicitar á Agustín. ¡Por cierto muy pesado! Baja.

ESCENA XIII

ENRIQUE; después, DON AGUSTÍN

ENR. El tal esposo es un infeliz. ¡Con qué paciencia y tranquilidad lo ve todo! Y la señora se tarda. Sin duda vió entrar á su cónyuge y le sucedió lo propio que á mí. Siento pasos. ¿Cómo la saludaré si es ella? Ensayemos. Señora... Don Agustín sale por la derecha y empieza á cerrar todas las puertas. (¡Huy! El de antes.)

AGUS. Cerrando con llave el portón. ¡Ajajá!

ENR. (Me carga esa precaución.)

AGUS. Buenas tardes.

ENR. Buenas tardes.

AGUS. He esperado á que nos quedemos solos...

ENR. ¿Solos? ¡Qué gusto!

AGUS. Tome usted asiento.

ENR. Gracias, me voy á ir.

AGUS. ¡Que se siente usted!

ENR. Bueno. Se sienta. (Este me tiene ganas.)

AGUS. Sentándose. Ante todo deseo saber qué se le ha perdido á usted en esta casa.

ENR. Perdérseme... precisamente... nada.

AGUS. ¿Pues á qué ha venido usted?

ENR. He venido... á eso... á eso mismo...

AGUS. ¿Se va usted á quedar conmigo?

ENR. No, señor; si yo me voy. Se levanta.

AGUS. ¡Ya le he dicho que tenemos que hablar! Lo sienta. Vamos á ver. Enseñándole la carta. ¿Conoce usted esta letra?

ENR. (¡Mi carta!) Ni de vista siquiera.

AGUS. ¿Y tiene usted la desfachatez de negármelo?

ENR. ¿Cómo desfachatez? A usted le debe tener todo sin cuidado. (¿Para qué he de guardarle consideraciones á un sirviente?)

AGUS. ¿Sin cuidado? ¿Qué quiere decir esto?

ENR. No quiere decir nada. ¿Usted qué es lo que se figura, que la carta es mía? Pues, sí, señor; lo es. ¿Había algo?

AGUS. ¡Había, y mucho!

ENR. ¿Qué...? ¿Que se lo va usted á decir al marido?...

AGUS. (¿Al marido? Ignora que lo soy.)

ENR. Sonriendo. No... no se lo dirá usted. Vayan cinco duritos... y á callar.

AGUS. ¡Caballero! Se levanta. ¿Usted me toma por un criado?

ENR. Levantándose. Sí...

AGUS. Pues sepa usted que soy el esposo, y que le voy á romper el alma.

ENR. Vamos por partes. Eso es mentira.

AGUS. ¿Que no le rompo á usted el alma?

ENR. No hablo de eso. Lo creo á usted muy capaz. Lo que digo y sostengo es que ni usted es su marido, ni Cristo que lo fundó. O, al menos, si lo es, su mujer le engaña.

AGUS. ¿Que me engaña mi mujer? ¿Usted se propone darme el día?

ENR. (No es mal día el que me están dando á mí.) Sí, señor; le engaña como un chino. ¿Aquí quién vive? ¿Usted y su señora?

AGUS. Nada más.

ENR. Pues yo le aseguro que en este piso ha entrado una señora bastante guapa, acompañada de un caballero.

AGUS. ¡Una señora...! ¡Ah, ya caigo! Serían mi amigo don Simeón y su mujer.

ENR. ¿Y no son de casa? Don Agustín hace un signo negativo. ¡Pues me he lucido!

AGUS. ¿Luego usted á quien se dirigió fué á ella?

ENR. Sí. Mire usted: la vi en Chamberí, la seguí hasta aquí, la escribí, subí y la remití el billete que tiene usted ahí.

AGUS. ¿Sí?

ENR. Sí.

AGUS. ¿Sí?

ENR. Sí.

AGUS. Y sabiendo que era casada, ¿cómo se atrevió usted...?

ENR. Yo lo ignoraba. Creía que ese don Fulano era el padre.

AGUS. ¿Cómo el padre?

ENR. O... ó el hijo.

AGUS. ¿El hijo?

ENR. O el Espíritu Santo. (No sé lo que me digo.)

AGUS. Nada, nada; de más sabía usted lo que se hacía.

ENR. Esa es la verdad. (Mejor es ser franco.)

AGUS. ¿Y de ese modo pisotea usted mi honra?

ENR. La de usted no. ¡Ya me guardaría muy bien!

AGUS. Sí, señor; porque cuando se ofende á mi amigo don Simeón se me ofende á mí; porque mi amigo don Simeón y yo somos uno, y lo que hace mi amigo don Simeón lo hago yo.

ENR. (Esto quiere decir que si su amigo don Simeón me da una paliza, él repite la suerte.) Bueno, caballero; rompa usted ese papel y como si nada hubiera sucedido.

AGUS. ¡Quiá, hombre, quiá! Esto lo leerá él en presencia de usted.

ENR. Hombre, no sea usted bruto.

AGUS. ¡Cómo!

ENR. No, no, no he dicho nada. (Tengo una idea. ¡Si pudiera alejar de aquí á este bárbaro! Probemos.) ¿Eh? Allí, allí me parece que le han llamado á usted.

AGUS. No he oído nada.

ENR. Sí; pues efectivamente...

AGUS. Entonces voy á ver... (Conozco su intención, pero no podrá llevarla á cabo.) Vase por la derecha.

ENR. ¡Magnífico! Ahora me escurro, y adivina quién te dió. Se dispone á marchar. ¡Caramba! ¿Pues no está echada la llave? ¿Qué hacer, Dios mío?

Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra..

Mas... calle: se me ocurre otra cosa. Y ésta me sirve. ¡Vaya! Aquí hay pluma y tintero. Se sienta á la mesa, saca un pliego de papel de la carpeta y escribe. «Apreciable amigo: no me esperes, porque me han convidado á comer Tuyo,

Simeón.»

Ya está. Ahora le digo que un mandadero me la ha entregado por el ventanillo... y me salvo. Ya viene.

AGUS. Por la derecha. Pues no era nada.

ENR. ¿No? Ahora mismo han traído esta esquelita para el amo. Se la da. Supongo que será para usted.

AGUS. Viéndola. Efectivamente, es para mí. Lee. (¡Suya es la letra! ¡Ah pillo, trata de escabullirse por este medio') Es de don Simeón, que dice que no viene porque le han invitado á comer.

ENR. Ya lo sé.

AGUS. ¿Usted la ha leído?

ENR. No, no; pero basta que usted lo diga. (Por poco me coge.)

AGUS. Y me extraña, porque está convidado aquí también.

ENR. (Verá usted, verá usted el plan.) Entonces quiere decir que me retiro.

AGUS. No, señor; don Simeón tendrá que venir esta noche por mí para irnos al teatro. Lo dice en la carta.

ENR. De repente. Eso es mentira.

AGUS. ¿Cómo? (Se le escapó al pobre.)

ENR. No... no... si fué... que yo... eso es. Sí, señor; eso es.

AGUS. ¡Sí, hombre, sí! (No sabe cómo disculparse.)

ENR. Yo le ruego á usted que en vista de lo que dice ese señor me deje ir.

AGUS. Bien, hombre, bien; márchese usted. Por evitar un gran disgusto hago todo esto. Abriendo el portón. ¡Gracias á mi buen carácter!

ENR. Ya se conoce que debe ser usted muy amable. (¡Amabilísimo!)

AGUS. Conque puede usted tomar la puerta. Empujándolo y saliendo á la meseta detrás de él.

ENR. (¡Cuando digo que es muy amable este caballero!)

AGUS. Y que no vuelva á suceder otra; porque como suceda....

ENR. No, señor; no sucederá.

AGUS. Mas... ¿quién sube? Asomándose á la escalera.

¡Caramba! Don Simeón con la familia. Me retracto de lo dicho.

ENR. Por Dios, déjeme usted.

AGUS. Nada. (Mejor es escarmentarlo.)

ESCENA XIV

Todos menos VICENTA

DOÑA LUCÍA, DON SIMEÓN y DOLORCITAS suben á la meseta.

AGUS. Hola, ¿ya están ustedes de vuelta? Pues hagan el favor, las señoras, de pasar allá dentro.

LUCÍA ¿Nosotras? ¿Por qué?

AGUS. ¡Allá dentro!

LUCÍA No entiendo...

AGUS. ¡Allá dentro!

DOL. Pero...

SIM. ¡Allá dentro!

LUCÍA ¿Con qué fin?

ENR. Allá dentro.

LUCÍA Ea, pues vamos.

DOL. Vamos. Entran en el cuarto y se van por la derecha.

ENR. (Ahora me dividen.)

ESCENA XV

ENRIQUE, DON AGUSTÍN y DON SIMEÓN

AGUS. Ven acá, Simeón; lee esta carta. Le da la de Enrique.

SIM. Después de leerla para sí. Bien; ¿y para quién es?

AGUS. Para Dolorcitas.

SIM. Furioso. ¿De quién, que lo voy á reventar?

ENR. (No es tan tonto como yo creía.)

AGUS. Tengo que confesarlo, aunque me duele...

ENR. (A mí si que me va á doler.)

AGUS. Señalando á Enrique. Es de este señor.

SIM. ¿De usted?

ENR. Mía, sí, mía. Suplicándole. Pero no me haga usted nada.

SIM. ¿Cómo que no? ¿Voy á consentir tan tranquilo semejante declaración? ¡Véngase usted conmigo á la calle, Agarrándolo fuertemente por un brazo. y allí le romperé el bautismo!

ENR. (Me parece que me lo rompe antes de llegar) Hombre...

SIM. ¡No hay tu tía!

ENR. ¿Que no? Se escapa y echa á correr escaleras arriba, perseguido de Don Simeón, que lleva el báculo empuñado.

SIM. Brrrrrrrr. ..

AGUS. Yo voy á ver lo que sucede. Sube también. Queda la escena sola unos momentos.

ENR. Dentro y á grandes gritos. ¡Favor, socorro!

SIM. ¡Venga usted acá!

ENR. ¡Ay! ¡ay! Aparecen de nuevo los tres, uno detrás de otro, y bajan las escaleras corriendo. Enrique viene con el sombrero apabullado y el traje en desorden. (De fijo no se me olvidarán las señas.)

SIM. Brrrrrrrr....

AGUS. No creí que lo tomase tan en serio.

ESCENA XVI

DOÑA LUCÍA, DOLORCITAS y VICENTA: después DON AGUSTÍN

LUCÍA Por la derecha, atravesando alarmada el recibimiento y saliendo á la meseta seguida de las otras. ¿Pero qué escándalo es este?

DOL. Sobresaltada. ¿Y Simeón, y Agustín, y el joven que estaba con ellos?

LUCÍA Bajemos á ver lo que pasa.

DOL Sí, bajemos. Al ir á bajar sube don Agustín y las detiene.

TODAS. Con mucha curiosidad. ¿Qué hay?

AGUS. Nada, no hay nada.

LUCÍA ¿Y las carreras y gritos que se han oído?

DOL ¡Dios mío! ¿qué irá á suceder?

AGUS. Tranquilícense ustedes: no hay cuidado.

DOL. ¿Cómo que no?

VIC. Tienen razón las señoritas. Dígales usted lo que pasa.

AGUS. Vamos hacia la sala. Ya lo sabrán ustedes todo por Simeón, que no debe de tardar. Entran en el cuarto. Doña Lucía y Dolorcitas se van por la derecha y Vicenta por el foro. Don Simeón sube y entra también en el cuarto, con los brazos atrás.

ESCENA XVII

DON SIMEÓN y AGUSTÍN: después ENRIQUE

AGUS. Al ver á don Simeón. ¿Qué ha ocurrido?

SIM. Enseñando en cada mano un pedazo del bastón. ¡Nada!

ACUS. ¿Qué, lo lastimaste?

SIM. Sí; descuida que no se olvidará de la calle de Belén, ni se meterá en más belenes. Lo primero que le dí fué un garrotazo en las espaldas, que sin duda le produjo un cardenal; después un segundo palo en la cintura, que seguramente le hizo otro cardenal; luego un golpe en un muslo... que...

AGUS. ¿Otro cardenal?

SIM. No, aquel debe de ser un obispo, porque ya me cogió con el bastón roto. Pero como fin de fiesta le aticé un puñetazo en la cara, que valió por el clero en masa. Todo esto con sacristanes y monaguillos, intercalados en el texto.

AGUS. Ja, ja, ja. Se quedan hablando en voz baja.

ENR. Que ha ido subiendo la escalera con gran precaución y luego se ha adelantado al proscenio, dice dirigiéndose al público.

La obrita está terminada;
grande la paliza ha sido;
mas todo lo echo en olvido
si me dais una palmada.

Viendo de improviso á don Simeón, que se asoma á la mesetilla un instante.

¡Caracoles! ¡el marido! Vase corriendo.

FIN

Sevilla, 1888.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (1.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

GILITO

JUGUETE CÓMICO

CON MÚSICA DEL MAESTRO

J. OSUNA

MADRID
IBERIA

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

GILITO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

GILITO

JUGUETE CÓMICO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

J. OSUNA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 25 de Abril de 1889

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PURA.....	Consuelo Salvador.
GILITO.....	Julio Ruiz.
DON JUAN.....	José Mesejo.
MANUEL	Angel González.
RAFAEL....	José Montijano.

GILITO

División de escena.—A la derecha del actor, el recibimiento de la casa de Don Juan, en Madrid. Portón al foro y dos puertas á la derecha. Entre ambas una mesita con cajones. Sillas.—A la izquierda un estudio de pintor. Balcón al foro, dos puertas á la izquierda y una á la derecha que comunica con el recibimiento. Inmediato al balcón un caballete con un lienzo; tras él una silla de tijera, y al pie, caja de pinturas, paleta, pinceles y una navaja grande. Varias sillas y un banco.

Es de día.

—

PURA, con una carta en la mano, aparece en el recibimiento.

Pura. Pues, señor, acaba de entregarme Manuel esta carta de Gilito; la he leído un millón de veces, y por más vueltas que le doy al asunto, no sé qué determinación tomar, dada la timidez de Gil y dado el carácter de mi padre. Voy á leerla de nuevo. Lee. «Purita: estoy decidido completamente; mi resolución es firme. Una vez que he visto que con este genio nunca iré á ninguna parte, he pensado adoptar otro. Hoy haré mi primera valentía, presentándome ante tu papá para pedirle tu mano. Si me la concede... seré feliz; si no... me tiro de cabeza por el Viaducto. Tuyo,—Gilí.—Posdata.—Te agradecería que le indicases algo á tu padre, con el objeto de que me fuera más fácil conseguir mi propósito.» ¿Qué hacer, Dios mío? Aquí va á ocurrir una

catástrofe por causa de las diabluras de Gilí. A nadie se le ocurre, conociendo el genio de mi padre, poner en práctica la idea de pedirle mi mano; mucho más siendo secretas nuestras relaciones. Pausa. Si yo pudiera evitar que realizase su pensamiento... Pero, ¡ca! viene hoy mismo, como me dice, y de ahí no hay quien le apee. ¡Pobre Gilí! Por supuesto que yo nada temería si mi papá tuviera mejor carácter. Suena la campanilla. ¿Quién es? Se asoma al veutanillo.

Don Juan. Dentro. Abre; soy yo.

Pura abre y sale DON JUAN.

Pura. Buenos días, papá.

Don Juan. Hola; ¿qué hay?

Pura. Nada...

Don Juan. Pues yo vengo como para que me pidan un favor. El arte está perdido... ¡perdido!... Calcúlate que salgo á la calle, me encuentro á mi amigo Almagrilla... ¿Tú sabes quién es Almagrilla?... ¡Almagrilla, mujer, Almagrilla!

Pura. Sí, papá, Almagrilla. Ese tan pequeñito...

Don Juan. Ese, ¡ese tapón!... Tú sabes que le he visto nacer, que le he conocido así... La altura de una vara. Es verdad que ahora es así. Media vara. Bueno, pues ese, al pedirle cinco duros... ¡cinco duros!... ¡veinticinco pesetas!... ¡cien reales!... me los ha negado. A mí, ¡á mí! que he sido su maestro, que le he protegido, y que un día que me pidió tres pesetas... le di...

Pura. ¿Las tres pesetas?...

Don Juan. No; le di... una excusa; pero ¡siquiera le di algo!

Pura. (Cualquiera le dice...) Ah, tome usted esta carta que han traído hace un rato. Le da una carta que saca del bolsillo del delantal.

Don Juan. Trae.

Pura. Yo me voy allá dentro.

Vase Pura por la primera puerta de la derecha.

Don Juan. Bien. Abriendo la carta y viendo la firma. ¡Calle! ¿es de Espiridión? Veamos qué me dice este necio. Lee. «Estimado Juan: Hoy pasará á visitarte mi amigo Moreno y Delgado, que te podrá servir para modelo, á pesar de ser un hombre de mediana estatura, no muy bien formado... y bastante feo. Tu amigo y compañero,—Espiridión Retortillo.» ¡Bravo, bravo! Este chico, no obstante ser un alcornoque, el desgraciado no es mala persona. Tiene el defecto de que, no sabiendo coger un lápiz, se cree un Pradilla. Pausa breve. Bueno, pues con ese modelito me propongo trabajar con alma. Hoy no recibo á nadie. Llamando. ¡Manuel!

Sale MANUEL por la segunda puerta de la derecha.

Manuel. Señor.

Don Juan. Mira; á todo el que venga hoy preguntando por mí, le dices que no me encuentro en casa. Solamente... ¡solamente! dejas entrar en el estudio al señor Moreno y Delgado, que es un hombre de regular estatura, feo y mal formado. ¿Sabes?

Manuel. Sí, señor; será usted servidu.

Don Juan. Mucho ojo, que tú tienes una memoria pésima. ¿Fuiste á casa de don José Sánchez?

Manuel. Fuí. Me diju que non .. ¿qué me diju, demonius?... ¡Ah! que non podía prestarle á usted los trajes.

Don Juan. ¡Me gusta! ¡me gusta! ¡Valiente estúpido! Vamos, que está el hombre poco hueco porque un gacetillero cerril le ha dicho, en no sé qué papelucho, que es un artista que tiene... buen color. Ya ves tú... ¡buen color!... una cosa que tiene cualquiera que esté sanote... ¡que esté medio robusto!

Manuel. Me diju también que le dispensara...

Don Juan. ¡Calla, hombre, calla! Te fijas en *peccata minuta.*

Manuel. Tiene usted razón: me fiju en *petacas menudas.*

Don Juan. ¡Basta de conversación! Que no se te olvide el encargo. Entra en el estudio y se va por la primera puerta de la izquierda, después de detenerse ante su cuadro diciendo: ¡Primera medalla!

Manuel. Perfectamente. Cumpliré cuantu me ha dichu al pie de la letra Me diju, al darme las señas de ese señor á quien quiere recibir, que es... que es .. ya non me acuerdu... Que es... de una estatura regular... Sí, sí; esu es. Morenu y deljadu. . también. Lo único que non recuerdu, es el nombre; peru con las señas basta. Las escribiré en un papelitu, non se me olviden de sejunda. Se acerca á la mesa, saca de un cajón lápiz y papel, y escribe. «Es de mediana estatura... morenu... deljadu... y feu.» Estu últimu se me olvidaba Se guarda el papel en el bolsillo interior de la americana. Mas veu que entre *dites y diremes* se me va el tiempu... y yo tenju mis oblijaciones. Vase por la segunda puerta de la derecha.

Sale PURA por la primera.

Pura. ¿Por dónde estará papá? Suena la campanilla. ¿Quién? Mira por el ventanillo.

Rafael. Dentro. Gente de paz.

Abre Pura y sale RAFAEL.

Pura. ¿Qué se le ofrece á usted?

Rafael ¿Don Juan Chico?

Pura. Aquí vive.

Rafael. ¿Está en casa?

Pura. No se lo puedo decir á usted á punto fijo. Voy á ver. (Manuel estará en el secreto.) Vase por la segunda puerta de la derecha.

Rafael. A ver si consigo arreglarme con don Juan. Don Espiridión le ha escrito recomendándome; de modo que...

Llega MANUEL por la segunda puerta de la derecha.

Manuel. ¿Es usted el que busca á don Juan?

Rafael. Servidor.

Manuel. No hay de qué.

Rafael. ¿Está en casa?

Manuel. Veamus. (¿Dónde demonius habré echadu el papel en que apunté las señas?) Se registra el bolsillo derecho de la americana. Aquí non está.

Rafael. ¿Eh?

Manuel. Registrándose el izquierdo. Ni aquí tampocu.

Rafael. ¿Pero es posible?... Amigo, usted padece una equivocación.

Manuel. Non padezcu nada, á Dios gracias.

Rafael. Yo le he preguntado á usted por el señor don Juan. ¿Ha salido ó está aquí?

Manuel. Esu precisamente voy á ver. Se registra los bolsillos del chaleco. Nada, non parece. ¿Lo habré metidu en aljún cajón de la mesa? Se dirige á esta y abre uno de los cajones.

Rafael. Pero, señor, ¿qué tamaño tiene ese don Juan?

Manuel. Siéntese, siéntese mientras tantu. Rafael se sienta. ¡Qué diantre! Registra todos los cajones y echa una ojeada á las sillas. Non se haya usted sentadu encima.

Rafael. Levantándose de un salto. ¡Caracoles!

Manuel. Fijándose en la silla. Tampocu, tampocu está ahí.

Rafael. Vuelvo á repetirle que está usted en un error.

Manuel. ¡Dale, bola!

Rafael. Vengo á ver al señor don Juan Chico, y me extraña que le busque usted por los cajones de la mesa y por encima de las sillas.

Manuel. Yo me entiendu.

Rafael. Usted dispense; nunca creí que el señor Chico fuese tan *chico*.

Manuel. Desesperado, se registra los bolsillos del pantalón. ¡Demonius! ¿Dónde lo he echadu?

Rafael. (Este hombre toca el violón.)

Manuel. Es inútil cuantu haju. Caballeru... sientu decirle que lo que es ahora non puedu contestarle.

Rafael. Está bien. Yo volveré luego.

Manuel. Comu usted juste.

Rafael. Abur. (No lo entiendo.) Vase por el portón.

Entra Manuel en el estudio.

Manuel. Pues, señor, me ha sidu imposible complacer á mi amu. ¡Malditu papel y maldita mi memoria, sobre todu! Estu motivará que mi amu me llame inútil, cuandu á servicial pocus me janan. Por mejor decir, ninjunu.

Música

No hay ninjunu en este gremiu
que me jane á servicial,
porque soy de lo más listu
que se puede imaginar.
Desde que á la corte vine,
que non sé el tiempu que hará,
en dos partes he servidu,
si es que non recuerdu mal.
Me dice mi amu
cuandu entra en la casa:
—Manuel, yo quisiera
que tú te llejaras
por varius colores
que ya me hacen falta.
Y comu non se me olvide,
cunforme á su petición,
si pintura blanca pide...
se la traiju bermellón.

—

Cuando yo voy al mercadu
tratu de economizar:
lo que allí se vende á *doce*,
á *catorce* me lu dan.

Así es que dicen mis amus
que en Madrid non tenju ijual,
y me llaman alcurnoque
porque quieren bromear.
Mas cierru mis labius
y siempre obedezcu,
pues non me conviene
perder casa y sueldu
por el simple justu
de salir gruñendu.
Siendo así que soy un chicu
de tan grande actividad,
quien me tache de borricu...
ese dice la verdad.

Cesa la música.

¡Dichosu contratiempu el del papelitu! Y al menus en los bolsillus non está. Pausa. ¡Calle!... Creu que non he registradu el interior de la americana. Veamus. Se registra y saca el papel. ¡Miren, miren dónde se había metidu! Lee con la vista. Me parece que el señor de antes non era quien mi amu quería recibir. Suena la campanilla. ¿Quién es? Se acerca al portón.

Gilito. Dentro. Servidor.

Manuel. Pase usted. Abre.

Sale GILITO.

Gilito. Buenas tardes.

Manuel. Muy buenas.

Gilito. ¿Se encuentra en casa el señor don Juan Chico?

Manuel. Le diré á usted. Comienza á mirar alternativamente al papel y á Gilito. Este mueve la cabeza hacia todos lados, queriendo encontrar el objeto en que cree que se fija Manuel. Están así algunos instantes.

Gilito. (¿Qué mirará?)

Manuel. (Las señas coinciden: este es.) Pues, sí, señor, está. ¿Le avisu?

Gilito. Naturalmente.

Manuel. Voy. Pase usted al estudiu.

Pasan los dos, y Manuel se va por la primera puerta de la izquierda.

Gilito. Aunque á Purita le decía en la carta que me proponía cambiar de carácter, no sé si me atreveré á decirle al papá lo que deseo. Ahí me parece que viene.

Salen al estudio, por la primera puerta de la izquierda, DON JUAN y MANUEL. Este pasa al recibimiento y se va por la segunda de la derecha.

Don Juan. Para servir á usted.

Gilito. Caballero...

Don Juan. Sentémonos. Se sientan. Pausa, durante la cual se miran alternativamente. Vaya, vaya, vaya, vaya.

Gilito. Bueno, bueno, bueno, bueno. Yo no sé si usted tendrá conocimiento de esta visita...

Don Juan. Sí, sí, señor; le esperaba á usted.

Gilito. ¡Ah, vamos! (No sé cómo empezar.) Echaremos un cigarrito. Sacando su petaca. ¿Usted fuma?

Don Juan. Fumo. (Es decir, no fumo; debía fumar.)

Gilito. ¿De hebra?

Don Juan. No, señor. (De gorra.)

Gilito. ¿Fumará usted brevas?...

Don Juan. ¡Cuando *caen!*...

Gilito. Pues tome usted un cigarro. Se lo da. Le ofrece un fósforo y encienden.

Don Juan ¡Valiente *breva!*

Gilito. ¿Y se trabaja mucho?

Don Juan. Se trabaja, se trabaja.

Gilito. A mí me gusta mucho la pintura. Y los cuadros de usted son... son... son malitos.

Don Juan. ¿Cómo?

Gilito. En son de alabanza. ¡Malitos! ¡malitos son los cuadros de usted! Lo que más me admira es el color; el color es... infernal.

Don Juan. ¡Hombre!

Gilito. No, dispénseme usted; digo que es infernal en comparación á... á... á los... que los infernales... Yo no sé si usted tendrá conocimiento de esta visita...

Don Juan. ¡Repito que sí! ¡que sí! ¿Cómo voy á decir las cosas?

Gilito. No se altere usted. El otro día, en casa del señor Ramírez, vi un cuadro de usted muy bonito. Figura una perra...

Don Juan. Hombre, no; mi cuadro... no es perra; es perro.

Gilito. ¿Su cuadro?... Se queda pensando. ¡Ah, sí, es *perro, perro! (¡Perrísimo!)* Pues... me encantó; está hablando.

Don Juan. Ladrando, habrá usted querido decir.

Gilito. Efectivamente, pero no lo he dicho. ¡Y qué bien pintado!

Don Juan. Lo copié del natural... ¡del natural!

Gilito. Es natural. También he visto y admirado otros perros suyos... Y, créame usted, todos tienen muchísima expresión; todos *muerden.*

Pausa.

Don Juan. Bueno, bueno, bueno, bueno.

Gilito. Vaya, vaya, vaya, vaya. ¿Y en la exposición de pinturas del año ochenta y siete, no presentó usted ningún lienzo?

Don Juan. Sí, señor; expuse uno.

Gilito. *(Expuesto,* verdaderamente.)

Don Juan. *Muerte de César en el Senado de Roma.*

Gilito. ¡Digo! ¡Pues si lo leí en *La Correspondencia!*

Don Juan. *¿La Correspondencia?* ¡Buen desatino decía acerca de mi obra!

Gilito. ¿Qué dijo? No recuerdo...

Don Juan. Verá usted: «...El cuadro la *Muerte de César,* de tal y tal, de don Fulano de Tal, aparte de estar hecho con valentía, inspiración, talento... tal y tal, incurre en un defecto que le perjudica notablemente; y

es que la figura de César no tiene mucha vida.» Y es lo que yo digo: ¡cómo ha de tener mucha vida... si lo están matando! ¡Demasiada tiene!

Gilito. Mucha verdad.

Pausa.

Don Juan. Bueno, bueno, bueno, bueno.

Gilito. Vaya, vaya, vaya, vaya. ¿Y al fresco no pinta usted?

Don Juan. Todo lo que hago es al fresco. Ese balcón tiene un cristal roto, y si viera usted el *gris* que entra...

Gilito. (Vamos, se permite bromitas.)

Don Juan. En fin, al asunto... ¡al asunto!

Gilito. Sí, señor. Pausa. Sí, señor. Pausa. Sí, señor.

Don Juan. ¡Ya me lo ha dicho usted tres veces! Bueno, para no andarnos por las ramas, mi costumbre...

Gilito. Yo no sé si usted tendrá conocimiento de esta visita...

Don Juan. ¿Otra?

Gilito. Perdone usted; se me ha ido.

Don Juan. Escuche, si ha de escuchar. Vendrá usted todos los días de una á cuatro.

Gilito. Vendré; ¿por qué no?

Don Juan. Corriente. Yo no puedo dar más de dos pesetas.

Gilito. ¿Como dote? Poco, poco es eso...

Don Juan. ¡Qué dote ni qué calabazas! En fin, si no está usted conforme... pida usted.

Gilito. ¿Que pida yo?

Don Juan. ¡Claro! ¿Qué quiere usted por venir ese tiempo?

Gilito. Pues... yo... (¿De qué me habla?) Yo... yo... yo no sé si usted tendrá conocimiento de esta vi... Tapándose la boca. ¡Ah, ah, usted dispense!

Don Juan. ¡Le advierto á usted que conmigo no se chancea nadie!... ¡Nadie!... Levantándose. Y para concluir de una vez: ocho realitos es lo que doy.

Gilito. Pero ¿he pedido yo algo? Se levanta.

Don Juan. ¿Sí ó no?

Gilito. Como Cristo nos enseña. Pues... sí... sí...

Don Juan. Ea, manos á la obra.

Gilito. ¿Cómo á la obra?

Don Juan. Ese pantalón es bueno.

Gilito. Pchs, regular; de cincuenta reales.

Don Juan. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Entre usted en esa habitación. Señalando la primera puerta de la izquierda. En la percha habrá una chaquetilla, una faja y una gorra... Se las pone usted... y listo.

Gilito. (¡Anda! ¡pues me ha tomado por un modelo!)

Don Juan. ¡Pronto! ¡pronto!

Gilito. Voy en seguida. (Le obedeceré.) Vase por donde le ha indicado.

Don Juan. Este modelo es inservible... ¡inservible! ¡Estoy que trino!... Y para colmo de mis desdichas he hallado en el tocador de Pura varias cartas de un tal Gilito... ¡Gilito!.. Este se asoma sin ser visto por don Juan. que como lo coja... ¡lo mato!... ¡lo mato!...

Gilito. Escondiéndose. ¡Huy!

Don Juan. Y á ella también le ajustaré las cuentas. ¡Vaya con la niña! Pero... vamos á ver los trastos de matar. Se acerca al caballete y lo prepara todo. ¡Anda, morena!... Ahora me falta cisco. Y me veo en la precisión de salir á comprarlo, porque si mando á Manuel me trae cisco para el brasero. Coge su sombrero, que estará sobre una silla, sale al recibimiento precipitadamente y se va. Menos mal que está cerquita.

Gilito. Presentándose vestido de «rata». Ya estoy arreglado. ¡Ah! se ha ido. ¡Estoy bien! Como don Juan averigüe que yo soy el Gilito de que habló hace un momento, me voy á divertir; de fijo.

Sale PURA al recibimiento por la segunda puerta de la derecha y entra en el estudio.

Pura. Sorprendida. ¡Ay, Gilí!...

Gilito. ¡Y tan *gilí!*

Pura. ¿Qué es esto? ¿Cuándo has venido? ¿Cómo estás de ese modo?

Gilito. ¿Que cómo estoy de este modo? Regular. El traje me cae bastante bien.

Pura. No es eso; te preguntaba...

Gilito. Pues que tu padre me ha tomado por un modelo... y me está dando la jaqueca.

Pura. ¿Por qué no le has dicho...?

Gilito. Porque está dado á todos los demonios. Ahora creo que ha salido no sé adónde. ¿Qué te parece que haga?

Pura. Seguirle la corriente; ya no hay más remedio. Pero te anuncio que papá es terrible con los modelos. En poco más de quince días lleva despedidos á cuatro. Es decir... Haciendo memoria. Becerro... uno, León... dos, Cordero... tres, Palomo... cuatro, y Cuervo... cinco. ¡Ya decía yo!...

Gilito. Oye, por lo visto, tu papá ha tenido en el estudio á toda el arca de Noé.

Pura. Y al último, recuerdo que lo tiró por las escaleras.

Gilito. ¡Hombre, qué gracia! Estaba por hacer una atrocidad: decirle quién soy y á lo que vengo.

Pura. ¡No, por Dios! Porque entonces, al ver que le has engañado, no se conforma con las escaleras; te tira por el balcón.

Gilito. ¡Ca...racoles! Nada: si tú te opones á ello... desisto.

Pura Haces bien.

Gilito. Aunque yo se lo diría, si las circunstancias no hubiesen cambiado. Sí, señor; se lo diría si continuáseis viviendo en el entresuelo; pero hija, desde un piso cuarto... lo que es yo no se lo digo. ¿Por qué os habeis venido aquí?

Pura. Porque aquel cuarto es muy oscuro y carísimo. Así es que nos mudamos, en primer lugar, por la luz, Mirando hacia el balcón. y en segundo lugar...

Gilito. Refiriéndose al dinero. Por la *luz*...

Pura. Eso es.

Pausa.

Gilito. Se me está ocurriendo otra atrocidad. Atrocidad que voy á hacer. Haz el favor de traer mi ropa, que está en la percha de esa habitación. Señala la primera de la izquierda.

Pura. ¿Te vas á ir?

Gilito. Ahora mismo.

Pura. ¿Y si te encuentras á papá en la escalera?

Gilito Le digo que me ha entrado el sarampión. Trae, trae mi levita y demás, que me voy antes que venga.

Pura. Bueno. Entra por la primera puerta de la izquierda, mientras Gilito se quita la gorra y la chaquetilla, y sale en seguida con la ropa. Aquí tienes.

Gilito. Venga el chaleco. Se lo coloca muy aprisa. Ajajá. La levita. Después me quitaré la faja. Se pone la levita. Ahora... Suena la campanilla. ¡Me han partido!

Pura. ¿Ves?

Gilito. Que no abran, ¡por Dios! Voy á quitarme esto.

Se quita precipitadamente la levita y el chaleco y los echa á la habitación donde estaban. Sale MANUEL por la segunda puerta de la derecha al recibimiento, y Pura sale también y empieza á hablarle bajo para distraerlo. Gilito vuelve á colocarse la chaquetilla y la gorra, todo hecho un lío.

Pura. Yo me voy. Abra usted, Manuel. Vase por la primera puerta de la derecha.

Gilito. Que vea que estoy en carácter. Comienza á ejecutar el paso de los ratas de «La Gran Vía» acompañado por la orquesta.

Manuel abre el portón y se va por donde salió. DON JUAN pasa al estudio y deja la puerta abierta. Trae en la mano un paquetito.

Don Juan. Dejando el sombrero sobre una silla y el paquete en el suelo, al lado de los demás útiles. ¿Ya está usted listo?

Gilito. Sí, señor.

Don Juan. Pues á empezar. Coge la navaja que habrá junto á la caja de pinturas y la abre dirigiéndose á Gilito. Este retrocede asustado.

Gilito. ¿Qué va usted á hacer?

Don Juan. Nada, hombre, no hay que asustarse. Vaya. Dándole la navaja. Hoy no está esto arreglado, porque nunca esperaba encontrar modelo tan pronto; así es que trabajaremos poquito tiempo.

Gilito. (Más vale así.)

Don Juan. Mi cuadro, entérese usted, representa una riña... ¡una riña!... entre dos ratas. Tengo trazada una de las figuras y me falta la otra. De modo que colóquese usted aquí. Lo lleva delante de la primera puerta de la izquierda, enfrente de la del estudio. Póngase usted en ademán de embestir... ¡de embestir!... al contrario.

Gilito. Se coloca muy mal. ¿Así?

Don Juan. No, hombre, no; ¡no! Más energía, ¿eh? ¡más energía! Lo coloca según indica el diálogo. La pierna derecha hacia delante; la izquierda hacia atrás; el brazo izquierdo tapando la cara; el derecho en actitud de herir; el rostro con mucha expresión: saque usted los ojos; contraiga usted todos los músculos; apriete usted los dientes... Se aleja un poco. Así está bien. Señala en el suelo el sitio de los pies con un pedazo de cisco. ¡Perfectamente! Comienza á dibujar. (Voy á preguntarle por el que le recomienda.) ¿Y qué me dice usted de Espiridión?

Gilito. ¿De espiri... qué?

Don Juan. De Espiridión.

Gilito. Yo no sé lo que es eso. Esa palabra no está en el Diccionario.

Don Juan. Pregunto por Retortillo... ¡por Retortillo!...

Gilito. ¡Ah, ya, Retortillo!... (¡Digo!)

Don Juan. ¿Es bonito el cuadro que está haciendo ahora?

Gilito. ¡Pchs! regular... (Así no peco.)

Don Juan. ¿Qué tal de dibujo?

Gilito. ¡Pchs! regular...

Don Juan. ¿Y de color?

Gilito. ¡Pchs! regular...

Don Juan ¿Y de composición?

Gilito. ¡Pchs! regular...

Don Juan. ¿Y qué asunto tiene? ¿Qué representa?

Gilito. ¡Pchs! regular...

Don Juan. Usted no me ha entendido. Yo sé que es un hecho histórico; pero quisiera saber cuál.

Gilito. Pues la... la... la muerte del rey que rabió.

Don Juan. ¿Cómo?

Gilito. (No sé lo que me digo.) Sí, señor; muy inspirado, muy sentido; es alegórico. A la derecha está el rey... rabiando... todo lleno... de babas... A la izquierda un perro pachón... Y en el centro, rodeada de nubes, la figura del doctor Pasteur.

Don Juan. Hombre, eso es imposible. ¡Valiente desatino! Pero no se mueva usted.

Gilito. Usted dispense. Y sepa usted que ya estoy de postura hasta la coronilla.

Don Juan. ¿Eh?

Pausa breve —Suena la campanilla.

Sale MANUEL al recibimiento por la segunda puerta de la derecha

Manuel. ¿Quién será? Abre el portón y sale RAFAEL.

Rafael. Buenas tardes.

Manuel. Buenas.

Rafael. ¿Pareció el señor don Juan?

Manuel. Creu que sí. Debe de estar en el estudio. Pase usted.

Rafael avanza, y en el momento de llegar frente á la puerta del estudio retrocede asustado al ver á Gilito. A Manuel, que va á asomarse llevado de su curiosidad, le sucede lo mismo.

Rafael. ¡Ca... ramba!

Manuel. Avanzando. ¿Qué es esu? ¿A ver? ¡Demonius!

Don Juan. Levantándose. Pero ¿quién está ahí? Sale al recibimiento. Buenas tardes.

Manuel. Aquí está mi amu.

Rafael. Muy señor mío.

Don Juan. ¿Qué se le ofrece? ¿Quién es usted?

Rafael. Yo soy Rafael Moreno y Delgado...

Don Juan. Con extrañeza. ¿Eh?

Rafael. No sé si usted habrá recibido una carta de don Espiridión Retortillo, en que me recomienda como modelo.

Gilito. Dentro. (¡Malo!)

Manuel. (Creu que he metidu la pata.)

Don Juan. ¿Pero, usted es...? Entonces, A Manuel. animal, ¿por qué has dejado entrar á ese títere? Alude á Gilito. ¿Quién es usted? Entrando en el estudio. ¡Pronto!... ¡pronto!...

Gilito. Caballero... yo soy... Gil... Gil...

Don Juan. ¿Gil? ¿Gilito? ¡Este es el novio! ¡Ah, pícaro! Se dirige á él en actitud amenazadora. Gilito da dos vueltas alrededor del caballete, seguido de don Juan. En la última deja caer el caballete. ¡Mi cuadro! ¡Mi gran obra! ¡Lo mato! ¡Lo mato! ¡Venga usted acá! Cogiendo á Gilito por un brazo. Quiero una explicación clara... ¡clara! de lo que aquí ha ocurrido.

Entran en el estudio Manuel y Rafael.

Gilito. Bueno... yo... escúcheme usted... señor don Juan... El... la... lo... de el...

Don Juan. ¿Pero va usted á declinar el artículo?

Gilito. No, señor. En fin, para acabar pronto... yo he venido... á pedir... la... la... la mano de su hija... y me... me han confundido con ese señor. Por Rafael.

Don Juan. ¿De modo que me ha engañado usted como á un chino? ¡Ah, bribón!

Sale PURA por la primera puerta de la derecha.

Pura. ¡Ay, Dios mío!

Gilito. ¡Ella!

Don Juan. A Pura. ¡Hola! ¿conque relaciones secretas, eh? Ya te pondré las peras á cuarto, ¡á cuarto!

Pura. Papá... yo...

Don Juan. A Gilito. ¿Conque á pedir la mano?

Gilito. Le advierto á usted, que al dar ese paso es porque puedo hacerlo. Soy bastante rico; tengo un capital de ocho mil duros ..

Don Juan. Cambiando de tono. ¡Y aunque no tuviera usted un ochavo!... A mí, todo... menos contrariar los amores. (¡Dios mío; ocho mil duros!. .)

Pura. ¿Cómo? ¿Consiente usted?

Don Juan. Ya hablaremos. Comienza á hablar en voz baja con Rafael.

Pura A Gilito. Se arreglará todo, descuida.

Don Juan. Alto á Rafael. Sí, señor; recibí la carta y viene usted como pedrada en ojo de boticario... ¡de farmacéutico!... ¡de licenciado en farmacia!

Rafael. ¿Sí, eh?

Don Juan. Justo. De modo que aquí no ha habido más que una equivocación...

Manuel. De la que yo soy el culpable.

Gilito. Al público.

Un aplauso necesito,
público amable y sincero,
y de ti lo solicito;
quien te lo pide es *Gilito*,
que no es el *rata tercero*.

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés. (2.ª edición.)

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos (2.ª edición.)

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La media naranja

JUGUETE CÓMICO

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

LA MEDIA NARANJA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LA MEDIA NARANJA

JUGUETE CÓMICO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 26 de Abril de 1894

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marques de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1908

Al Sr. D. Francisco Flores García

en testimonio de gratitud y amistad

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CÁNDIDA.....	Sra. Valverde.
JULIA.....	Srta. Blanco.
DON FRUTOS..... ...	Sr. Larra.
APELES.....	Ruiz de Arana.
AGAPITO.....	Ramírez.
DON POMPEYO.....	Santiago.
UN CRIADO.....	Manchón.

LA MEDIA NARANJA

Sala de paso en una posada de un pueblo inmediato á Madrid. Dos puertas á cada lado y una en el foro. A derecha é izquierda de esta, respectivamente, una mesa y un banco pobres. Varias sillas toscas.

ESCENA PRIMERA

DON POMPEYO y un CRIADO

POM. Asomándose á la primera puerta de la izquierda, con unas botas de señora en la mano. ¡Mozo! ¡Mozo! Más alto. ¡Mozo!

CRIADO Dentro, en voz alta. ¡Ya va! Sale por la puerta del foro.

POM. ¡Hace una hora que estoy llamando!

CRIADO Pues nada he oído.

POM. ¿Qué modo de replicar es ese?... ¡Limpie usted en el acto estas botas de mi señora! Dándoselas con aspereza.

CRIADO Voy allá.

POM. Y en seguida las trae usted y las pone aquí delante de la puerta.

CRIADO Bueno.

POM. ¡Y tan bueno!

CRIADO ¿Es usted el nuevo médico que viene al pueblo?

POM. ¡Esa es una de las cincuenta mil cosas que á usted le deben de tener sin cuidado!

CRIADO Está bien.

POM. ¡Esté como esté, basta ya de palique! **Éntrase en su habitación, cerrando violentamente la puerta.**

CRIADO ¡Qué calamidad!

ESCENA II

DOÑA CÁNDIDA, DON FRUTOS y el CRIADO

CAND. **Por la primera puerta de la derecha con don Frutos, dispuestos ambos para salir á la calle. Trae una sombrilla.** Oiga usted, mozo, ¿quién gritaba?

CRIADO Ese caballero que vino anoche á ocupar el cuarto que usted dejó, y que es un tigre de Bengala.

FRUTOS ¡Ah, si! Don Pompeyo Caracoles.

CRIADO ¿Caracoles?

FRUTOS Vino conmigo en el ferrocarril. Es un gran tipo, según pude observar.

CRIADO A mí me han dicho de él, de su señora y de su hija cosas estupendas.

CÁND. ¿Sí?

CRIADO A lo que parece es médico, y anda de lugar en lugar, á fuerza de permutas, para ver si en alguno le halla acomodo á la muchacha.

FRUTOS Trabajo le mando. Es más fea que el sargento Utrera, que reventó de puro feo.

CRIADO Tiene, tiene niña para rato el pobre señor. En fin, hasta después.

FRUTOS Adiós.

Vase el criado por la puerta del foro.

ESCENA III

DOÑA CÁNDIDA y DON FRUTOS

FRUTOS ¡Jesús, y qué mala noche he pasado! En mi vida he visto más mosquitos que hay en esa alcoba. **Señalando á la primera puerta de la derecha.**

CÁND. Pues peor hubiera sido si continuamos en esa de enfrente. señalando á la primera puerta de izquierda. Desde que me escribiste anunciándome que venías, pensé que nos trasladásemos; y anoche, momentos antes de llegar tú, emprendí la mudanza.

FRUTOS ¿De modo que tú y Julia habeis vivido hasta anoche en esa habitación que anoche mismo ocupó don Pompeyo Caracoles?

CÁND. Cabal.

FRUTOS En medio de todo ha sido una tontería el traslado, porque como yo mañana me voy... La vida del comisionista es el movimiento continuo.

CÁND. Tanto mejor para mis planes. Verás. Necesito hablarte detenidamente, y la ocasión me parece de perlas. Se sientan.

FRUTOS Habla.

CÁND. Estamos en situación análoga á la de ese Caracoles. Tenemos media naranja, y nos urge no poco encontrar la otra media. A Julia, nuestra hija, le corre mucha prisa casarse.

FRUTOS Mucha prisa.

CÁND. ¿Quién sabe si lo conseguiremos en breve plazo?

FRUTOS ¿Tiene quizás un pretendiente?

CÁND. No; no tiene uno, tiene dos.

FRUTOS Luego tiene uno.

CÁND. Es natural, hombre, ¡si tiene dos!

FRUTOS A ver, á ver, cuéntame.

CÁND. El primero, que es al que le doy menos importancia, ya le ha escrito una carta y todo. Es un chico boticario, que hasta la fecha no nos ha dirigido la palabra, á pesar de sus intenciones.

FRUTOS ¿Y el segundo?

CÁND. Ese ya es otra cosa. Escucha. Cuando vine hace un mes á este pueblo, acompañada de la niña, para recoger la escasa herencia de tu pariente—ya que tú no podías entonces venir á recogerla,—conocimos en esta misma posada á un muchacho bien parecido, llamado Apeles Sacatrapos, pintor notable,

si hemos de creer lo que dice, y el cual, lo mismo que nosotras, no está aquí más que incidentalmente. Yo, como advirtiera que Julita se ajaba y se consumía sin un mal novio, decidí quemar el último cartucho para buscárselo; y observando que el tal Apeles nos distinguía sobremanera y hablaba con no poco entusiasmo de la pintura, á fin de captarnos totalmente sus simpatías, le dije que tú eres pintor.

FRUTOS ¡Al diablo no se le ocurre otra!

CÁND. Y no puedes imaginarte los extremos de regocijo con que recibió la noticia. Lo que yo esperaba, nada más... Preguntóme por tus obras, por tu nombre... Yo se lo dije: Frutos Campanillas; y él me contestó: «Pues me suena, me suena el apellido.» Desde entonces empezó á fijarse en Julia con mayor insistencia y á desear conocerte, y hoy está para tragar el anzuelo.

FRUTOS Que no es mal trago.

CÁND. Sí; pero tiene buenas tragaderas. Lo que hace falta es que tú me secundes con acierto.

FRUTOS No tengas cuidado. Por casar á la niña soy yo capaz... hasta de dormir en esa alcoba segunda vez. Y eso que un mosquito se ha pasado la noche cantándome al oído una polca-mazurka.

CÁND. Y después de todo, como no tienes que fingir más que un día, porque vuelves á irte mañana...

FRUTOS Apruebo tus planes. Se levanta.

CÁND. ¿Qué piensas tú? Si le digo á Sacatrapos que no eres más que un triste comisionista, que va de la Ceca á la Meca vendiendo azúcares, miel de la Alcarria y quesos de bola... ¡á morir! ¡Ni nos hubiera vuelto á mirar!

FRUTOS ¡Lo malo del caso es que yo no entiendo ni una palabra de pintura!

ESCENA IV

DICHOS y JULIA, luego APELES

JULIA — Por la primera puerta de la derecha, también en traje de calle y con sombrilla. Ya estoy dispuesta, mamá.

Levántase doña Cándida.

FRUTOS — Vamos á dar una vueltecita por ahí, para gozar del fresco de la mañana.

CÁND. — Mirando hacia la segunda puerta de la derecha. Espera un momento, que me parece que sale Apeles.

FRUTOS — ¿Apeles? ¡Pues apelo á la fuga!

CÁND. — Hombre, no; no apeles.

FRUTOS — ¡Ay, Apeles! ¡A palos vamos á concluir!

APEL. — Por la segunda puerta de la derecha, en traje de calle y con una caja de pinturas. Doña Cándida... Julia... Caballero...

CÁND. — Presentándolos. Don Apeles Sacatrapos... Mi marido.

FRUTOS — Tanto honor...

APEL. — Tanta honra... No tenía noticia alguna de su llegada de usted.

FRUTOS — Llegué anoche en el último tren, cuando ya todos dormían en la posada.

APEL. — Aseguro á usted que deseaba vivamente estrechar su mano, señor de Campanillas. Sé que es usted un pintor de muchas campanillas.

FRUTOS — Naturalmente. Pero no era menor mi ansiedad por conocerle á usted, señor de Sacatropas.

APEL. — Sacatrapos... Vea usted por dónde celebro no haber salido hoy á pintar tan de mañana como otros días. Y lo celebro doblemente, porque antes de darle los últimos toques á un retrato... de cierta persona de todos ustedes conocida... Suspirando. tengo deseos de que lo admiren... digo, de que... Voy á traerlo. Vase por donde salió, dejando antes sobre

la mesa la caja de pinturas, y vuelve en seguida con un lienzo cubierto con un paño, y que representa el retrato de una señorita.

FRUTOS Veamos, veamos.

JULIA Sí; vamos á ver, Apeles.

CÁND. Vamos á ver esa obra de arte.

APEL. Es un boceto, como usted advertirá, señor don Frutos.

FRUTOS ¡Ah, sí, eso es un boceto! Se echa de ver.

CÁND. Pero, hombre, si no lo ha descubierto todavía...

FRUTOS ¡Pero yo me lo figuro! ¿Qué sabes tú de esto, mujer?

APEL. (Atónitos van á quedarse al contemplar el prodigioso retrato que he hecho de mi adorada Julia.) Lo descubre. Vean ustedes.

CÁND. ¡Asombroso!

JULIA ¡Maravilloso!

FRUTOS ¡Portentoso!

CÁND. ¡Es usted un coloso!

APEL. ¿Conocen á la persona retratada?

FRUTOS Sí... ¡Es el Dante!

APEL. ¿Cómo el Dante?

FRUTOS Digo, no... *¡Frascuelo!*

APEL. *¿Frascuelo?*

FRUTOS Riéndose ¿Pero no está usted viendo que es una broma, hombre de Dios?

CÁND. ¿No hemos de conocerla?

JULIA ¡Pues vaya si la conocemos!

LOS TRES Unos á otros. (¿Quién es?... ¿Quién es?... ¿Quién es?...)

APEL. (¡Cuando dije que se iban á quedar atónitos!) Conque les gusta ¿eh? Pone el retrato sobre una silla, para mostrarles cómodamente sus excelencias. Retírense ustedes un poco más. Porque esto hay que verlo de lejos.

FRUTOS Es natural, de lejos. Ustedes, como no entienden palotada, creerán que esto puede verse de cerca; pues, no señor, de lejos. Se retiran los tres, y contemplan unos instantes el retrato, con muestras de admiración

CÁND. Se me está ocurriendo una cosa.

FRUTOS ¡Vamos á ver por donde sales tú! Vuelven á acercarse.

CÁND. ¿Cómo es que no tiene más que una oreja?
FRUTOS Pues es verdad.
APEL. ¿Qué ha de ser verdad, si está de perfil?
FRUTOS Pues eso es lo que yo digo que es verdad: que está de perfil. Lo que tiene que esta, que no sabe por donde anda... ¡claro!... no puede meterse en perfiles.
APEL. ¿Cuántas orejas tiene usted de perfil?
CÁND. Dos: las mismas que de frente.
JULIA Bueno, mamá, pero no se te ve más que una.
FRUTOS Repito mi enhorabuena, compañero Sacatripas.
APEL. Sacatrapos...
JULIA La merece usted, la merece.
CÁND. (¿Pero quién será?)
APEL. (Mucho me admira que Julia no me dé las gracias.) A don Frutos. Y observe usted cómo está pintado esto.
FRUTOS Remedándolo. Observen ustedes cómo está pintado esto.
APEL. Y hay que tener en cuenta que aún no está concluído.
FRUTOS ¡Ah, ya se ve! le falta... le falta el marco.
APEL. Lo real, lo real del color...
FRUTOS Lo real, ¿eh? lo real del color...
APEL. La frescura...
FRUTOS La frescura, ¿eh? Ustedes, como no entienden de frescura, se quedan tan frescas. (Yo soy el que entiende.)
APEL. La corrección de la línea...
FRUTOS ¡Sí! ¡eso sobre todo! ¡La corrección de la línea!...
CÁND. ¿De qué línea?...
FRUTOS A doña Cándida. (De la línea del Norte, que es por la que yo me largo mañana.)
APEL. Nada, con retratitos como este me hago famoso.
JULIA Famoso ya lo es usted.
APEL. Sus elogios, Julita, me saben á miel hiblea, que es la más dulce de todas las mieles.
FRUTOS ¡Alto allá!... que le vendo yo á usted una de la Alcarria...
CÁND. (¡Frutos!)
APEL. ¿Usted?

FRUTOS No... quiero decir... RIÉNDOSE. Veo que usted no me ha entendido todavía, compañero. ¡Soy lo más guasón! (Se me fué un resabio de comisionista.) Pero corroboro lo dicho por usted: su nombre llenará los ámbitos del mundo.

APEL. Si yo no fuera tan modesto... Lo que deseo ahora es conocer la opinión de la interesada acerca del retrato.

FRUTOS Hasta que no lo vea...

APEL. ¿Pues no lo está viendo Julita?

FRUTOS (¡Julita!) Bien, hasta que no lo vea... detenidamente...

JULIA A doña Cándida. (¡Calle! ¡soy yo!)

CÁND. A Julia. (Es que me lo estaba figurando.)

FRUTOS (¡Y le dije que era *Frascuelo!*)

JULIA Lo que es á mí me parece admirable.

CAND. (Este cae.)

JULIA (No dudo: le doy calabazas al boticario.)

CÁND. Y ahora, Apeles, ¿qué es lo primero que va usted á pintar?

APEL. A mi regreso á la corte, pienso concluir dos cuadros de tamaño colosal, que ya sólo necesitan varias pinceladas. Uno figura la catarata del Niágara.

CÁND. ¡Agua va!

APEL. Y el otro la sierra del Guadarrama en día de invierno. Pasmado se queda usted ante este último.

FRUTOS Lo creo: el asunto es para *pasmarse.*

APEL. Saqué el primer apunte del natural, una tarde de Enero en que se helaban las palabras.

FRUTOS A doña Cándida y á Julia. Eso se llama pintar al fresco.

APEL. Y he sentido tan bien aquel aire y aquella nieve, que pasa usted por delante del lienzo y coge una pulmonía.

FRUTOS ¡Ah! pues no paso.

CÁND. Ni yo tampoco.

JULIA Ni yo.

APEL. Y usted, don Frutos, ¿en qué trabajo s ocupará cuando vuelva á Madrid?

FRUTOS ¿Cuando vuelva á Madrid? Pues, hombre...

(¿Qué iré yo á pintar cuando vuelva á Madrid?) Probablemente... empezaré cuatro cuadritos... que probablemente... representarán las cuatro estaciones... probablemente...

APEL. Las cuatro estaciones: Primavera, Verano...

FRUTOS ¡Ca! no, señor: la estación del Norte, la estación de Atocha, la estación de las Delicias...

APEL. Ya. (¡Qué rareza!) Y dígame usted, cuadros de historia, ¿tiene usted algunos?

FRUTOS ¡Sí! ¡de gran historia!

CÁND. (¡Como que son una pura historia!)

APEL. ¿Y tablas? ¿no ha pintado usted tablas?

CÁND. ¿Tablas? Esto es, puertas.

APEL. ¿Cómo puertas?

FRUTOS Mi mujer, por meterse en todo, dice cada desatino... ¿No he de haber yo pintado tablas? Eso es para mí cosa tan fácil y tan natural como comerme las muestras de los comestibles...

APEL. ¿De los comestibles?

JULIA (¡Ese sí que es un desatino!)

FRUTOS Riéndose. Es que tengo un hermano comisionista, y yo me como las muestras de todos los géneros que vende.

APEL. No sabía nada de ese hermano.

CÁND. Ni yo tampoco sabía.

APEL. ¿Usted?

CÁND. Ni yo tampoco sabía... que usted no supiera...

APEL. ¡Hombre! ¿y *pasteles?* ¿hace usted *pasteles?*

FRUTOS No; quien hace unos pasteles muy ricos es mi señora; yo me los como nada más.

APEL. Como las muestras del hermano, ¿eh? Siempre sale usted con alguna chanza. Bodegones supongo que sí pintará.

FRUTOS ¡Nunca! Porque no puedo resistir á la tentación de comerme el modelo.

APEL. ¡Usted se lo come todo! Voy á guardar mi obra y ya estoy aquí. **Coge el retrato y se va por la segunda puerta de la derecha.**

CÁND. La casamos.

FRUTOS Sí la casaremos; pero, por Dios, huyamos de Apeles, si no quieres que yo me vuelva loco y todo se descubra.

Sale Apeles.

CÁND. Pues nosotros vamos á hacer una visita, amigo Apeles.

APEL. Pues vayan ustedes con Dios. Yo también he de salir en pasando un rato.

FRUTOS Conque, en marcha. Abur, Apeles. Reconózcame usted como su amigo.

APEL. Igualmente, don Frutos. Ya hablaremos de arte con más espacio.

FRUTOS (¡En seguidita me vas á atrapar otra vez!)

APEL. Adiós, señoras...

CÁND. } Hasta luego.
JULIA }

APEL. Adiós, encantadora Julia.

Se van por el foro doña Cándida, Julia y don Frutos.

ESCENA V

APELES y AGAPITO

APEL. Pues, señor, estoy radiante de júbilo.

AGAP. **Por la segunda puerta de la izquierda.** Vecino, felices días.

APEL. Felices, insigne farmacéutico.

AGAP. (Yo salgo de dudas.) Amigo, le voy á preguntar á usted una cosa, porque si no se la pregunto, reviento.

APEL. Usted dirá, querido Aga. ¿No es Aga su nombre?

AGAP. Mi nombre es Agapito; pero papá unas veces me dice Aga, y otras veces me dice Pito.

APEL. Pues adelante, Pito.

AGAP. Vamos á ver. ¿A usted le gusta la jovencita que vive en esa alcoba con su mamá, no es cierto? **Señalando á la primera puerta de la izquierda.**

APEL. ¡Ya lo creo que me gusta!

AGAP. (¡Me lo temía!) Pues lo malo es que yo también estoy enamorado de ella.

APEL. Eso será lo malo para usted; para mí, ni malo ni bueno.

AGAP. Pero, vamos claros: ella ¿le ha dado á usted el *sí?*

APEL. No. Y sin embargo...

AGAP. ¡Qué demonio! Los artistas en todo encuentran ustedes grandes ventajas. Sale el Criado, pone las botas delante de la primera puerta de la izquierda y se va por la del foro. En fin, no quiero detenerle á usted más. ¿Hay alguna copia en proyecto?

APEL. Sí; tengo á la vista un alcornoque...

AGAP. (Cualquiera creería que lo dice por mí.) Vaya, adiós. Hace que se va y vuelve.

APEL. Adiós.

AGAP. Hombre, otra preguntita: ¿la mamá de esa joven es soltera?

APEL. ¡Pero, Pito!

AGAP. Calle usted; he querido decir viuda.

APEL. No, señor; no lo es. Anoche precisamente llegó su esposo al pueblo.

AGAP. ¿Luego le tenemos en la posada?

APEL. Justamente.

AGAP. ¡Caramba! ¿A que me capto las simpatías del papá y lo desbanco á usted? No hay que decir que el papá vivirá con ellas en esa habitación... Volviendo á señalar á la primera puerta de la izquierda.

APEL. ¡Qué duda tiene!

AGAP. Pues abur. (Voy á ver si el mozo le ha entregado mi carta á la vecinita, que presumo que sí.) Vase por la puerta del foro.

ESCENA VI

APELES

Ya que me he quitado de encima á ese papanatas, aprovecharé la ocasión para realizar una ingeniosa idea que se me ocurrió en el instante mismo en que ví esas botas de Julia. El artista debe salirse de lo vulgar... Esta es la carta. Sacando una del bolsillo. No vacilo un momento. La coloca dentro de una de las botas. Ya está... Y ahora esperemos en calma la contestación, sin duda favorable, de tan bella criatura. Mientras tanto, soñemos, alma, soñemos... Coge la caja de

pinturas. ¡Paso á Rubens, que se va á copiar un alcornoque! **Va á salir por la puerta del foro y se detiene al ver á don Frutos que llega.** ¡Hola, don Frutos!

ESCENA VII

DON FRUTOS y APELES

FRUTOS ¿Qué veo? (¿Aun está aquí este hombre?)
APEL. Echaremos un parrafillo de arte.
FRUTOS (Me partió.) De ninguna manera; usted pensaba marcharse, y... (¡Yo que venia á escribir unas cartas!...) Repito mis ofrecimientos. Frutos Campanillas... **Estrechando entre sus manos la derecha de Apeles.**
APEL. Se me ocurre una idea. ¿Quiere usted que tomemos ahora unos apuntes á todo sol?
FRUTOS Muchas gracias; para pescar un tabardillo pintado, siempre hay tiempo.
APEL. ¡Qué buenas *salidas* tiene usted!
FRUTOS (Con una por donde librarme de tu presencia me contentaba yo ahora.) **Volviendo á estrecharle la mano.** Por lo demás, ya sabe usted que puede mandarme lo que guste. Frutos Campanillas... **Trata de irse**
APEL. Hombre, otra cosa. Doña Cándida me ha dicho que viaja usted siempre con su modelo.
FRUTOS Sí, sí viajo.
FPEL. ¿Y qué tal es?
FRUTOS Excelente. Modelo de padres, modelo de hijos... ¡Un modelo modelo!
APEL. ¿Es quizás un hombre ya entrado en años, á quien he visto salir esta mañana de la posada, de regular estatura, con una nariz...?
FRUTOS ¿Con una nariz? ¡El mismo que viste y calza! (No sé quién será.)
APEL. Enormes bigotes, ¿no?
FRUTOS ¡El mismo!
APEL. Pues acaso lo necesite.
FRUTOS Lo que usted quiera... Frutos Campanillas...

APEL. Apeles Sacatrapos... Durante estos ofrecimientos, y sin ser visto por Apeles ni por don Frutos, abrirá don Pompeyo la puerta de su habitación y recogerá las botas, volviendo á ocultarse en seguida.

FRUTOS En Madrid, Felipe II, 3, cuarto quinto, tiene usted su casa. Y aquí, no necesitaré decirle que es ese su cuarto. Primera puerta de la derecha.

APEL. ¿Ese? ¿Pues no es ese? Primera puerta de la izquierda.

FRUTOS No; anoche, cuando yo llegué, nos mudamos á ese otro.

APEL. (¡Cielos! ¡Mi carta!) Estupefacto. Pero ¿quién se ha llevado las botas?

FRUTOS ¿Qué botas?

APEL. Entonces, ¿quién vive ahí?

FRUTOS Un señor de muy mal carácter; un tal...

APEL. ¡Caracoles!

FRUTOS Eso: un tal Caracoles. Casado, con una nija...

APEL. ¿Casado con una hija? ¡Qué monstruo!

FRUTOS No, hombre; casado, que tiene una hija.

POM. Dentro, en alta voz. ¡Esto es inicuo! ¡Yo averiguaré lo que es esto!

FRUTOS ¿Quién grita?

APEL. ¡Caracoles!

FRUTOS Sí, Caracoles me parece que es el que grita.

APEL. Adiós, don Fritos, digo, don Frutos...

FRUTOS Abur, Sacatripas, digo, Sacatrapos... Vase por la primera puerta de la derecha.

APEL. ¡Hasta luego! Al marcharse por la del foro tropieza con Agapito que llega. ¡Animal!

AGAP. Usted dispense, amigo.

ESCENA VIII

AGAPITO y DON POMPEYO

AGAP. ¿A dónde irá el diablo del artista? Más que hombre parece un rayo. Y yo sin encontrar al mozo de la posada ni vivo ni muerto. Y excusado es decir que si esa joven ha leído mi carta, sus dudas tiene ahora. ¡Si yo con-

siguiese granjearme las simpatías del papá! Aunque, después de todo, poco me importa; porque como yo no busco las novias más que para divertirme y pasar el rato... ¡Calle! Aquí sale mi hombre... ¡Tiene la misma cara de su hija!

POM. Por la primera puerta de la izquierda, furioso. (¿Quién habrá sido el mentecato?... ¡Oiga! Mucho me mira ese joven. ¿Será él?)

AGAP. Muy buenos días, caballero.

POM. ¡Muy malos!

AGAP. Pues muy malos; como usted guste.

POM. Diga usted, pollo: ¿usted es aficionado á escribir cartitas amorosas?

AGAP. (Me da el corazón que le voy á caer en gracia á este caballero.) Sí tal; soy muy aficionado.

POM. ¡Ah, bribón! ¡Usted es el de las botas!

AGAP. ¿El de las botas?

POM. ¡El que ha puesto un billete de amor en las botas de mi mujer!

AGAP. ¡Qué bárbaro!

POM. ¿Bárbaro?

AGAP. Bárbaro y muy bárbaro el mozo de la posada, á quien dí ese billete, no para su señora de usted, sino para su hija.

POM. Con mucha alegría, como pareciéndole mentira lo que oye. ¿Para mi hija? ¿Es para mi hija? (¡Qué felicidad, santo Dios!) ¿Ha dicho usted que es para mi hija?

AGAP. Yo creo que sí. ¿No es usted el caballero que vino anoche? ¿No es usted el padre de... de su hija?

POM. ¡Qué duda cabe! ¿Pero, está usted seguro de que la carta es para mi hija?

AGAP. Segurísimo.

POM. ¡Pues deme usted un abrazo! ¡Desde ahora no le llamo á usted más que yerno!

AGAP. ¡Caracoles!

POM. Dándole la mano. Servidor de usted.

AGAP. Idem. Yo lo soy de usted. (¡En buena me he metido!)

POM. (A este mozo lo pesco.) ¿Usted tiene alguna carrera?

AGAP. La de boticario. Voy á establecerme en el pueblo.

POM. Choque usted, hombre, choque usted. Yo soy médico, usted boticario, los dos de la familia...

AGAP. ¿Cómo de la familia?

POM. Tengo para mí que vamos á hacer el caldo gordo.

AGAP. Aterrado. (¡Que me casa!)

POM. Se lleva usted una joya, querido. Mi niña es un ángel.

AGAP. Bien, debo advertirle á usted, y usted me perdone, que yo le encuentro un defectillo.

POM. Con naturalidad. Sí; el del ojo.

AGAP. ¿El del ojo?

POM. El del ojo derecho, que es de cristal.

AGAP. ¿Pero tiene un ojo de cristal? ¡No sabía nada!

POM. Como que no se le nota casi. Sobre todo si se la mira por la izquierda.

AGAP. ¿De suerte que no es nada lo del ojo?

POM. Nada. Verdad es que le falta uno, pero ¡con cuánta expresión mira con el otro!

AGAP. Bueno, yo me refería á que, como no la conozco á fondo... ¡claro está!... no sé á punto fijo del pie que cojea.

POM. Del izquierdo.

AGAP. ¿Cojea del izquierdo?

POM. Sí; tiene la pierna izquierda un poquito más corta que la otra; tres ó cuatro centímetros nada más.

AGAP. ¡Caracoles!

POM. Como antes. Servidor de usted.

AGAP. Idem. Yo lo soy de usted.

POM. Y usted mismo comprenderá que ese defecto de la pierna carece de importancia. ¡Ella no ha de ser bailarina!

AGAP. ¡Claro! Pero tenga usted entendido que es muy probable que ella no oiga mis palabras de amor.

POM. ¡Sí, sí las oirá! ¿No ve usted que usa trompetilla?

AGAP. ¿Trompetilla?

POM. Sí; como es sorda...

AGAP. ¿Sorda?

POM. Suspirando. Sorda como una tapia. Aunque tampoco se la advierte esa deficiencia.

AGAP. ¿No?

POM. No. Lo que es no hablándole, no... Por lo demás, mi Felícula es un partido excelente.

AGAP. (Su... ¿qué ha dicho?) ¿Cómo ha dicho usted?

POM. Felícula. Así se llama: Felícula.

AGAP. (¡Aprieta!)

POM. Un nombre muy bonito.

AGAP. ¡Muy bonito! Con todo, yo que usted la confirmaba para cambiárselo.

POM. Y los dos apellidos, si usted quiere. ¡En ella hallará usted su media naranja!

AGAP. (Sí, sí; pero agria de veras.) Como no he tenido el gusto de tratar á su esposa de usted ni á *Febrífula*, ignoraba todos esos detalles que usted me ha dado; el del nombre inclusive.

POM. Ya.

AGAP. Y es que yo siempre me enamoro de lejos.

POM. ¿De lejos?

AGAP. Sí, señor; porque una vez que me enamoré de cerca, me pegaron la gran paliza.

POM. ¡Caramba, qué ocurrencias tan felices tiene usted, querido!... ¿Cómo se llama usted?

AGAP. Mi nombre es Agapito; pero papá unas veces me dice Aga, y otras veces me dice Pito.

POM. Pues juraría que ha firmado usted la carta con otro nombre.

AGAP. No lo jure usted.

POM. Veamos. Saca la carta y lee. «Apeles Sacatrapos.»

AGAP. ¡Si ese no soy yo!

POM. ¿Que no es usted? Pues ¿quién es este Sacatrapos?

AGAP. Un pintor que vive en la posada.

POM. ¡Entonces esta carta es para mi mujer! ¡Como atrape á ese pintamonas hago con él un estropicio!

AGAP. (Por lo visto, Apeles *se dedica* á toda la familia.)

ESCENA IX

DICHOS y APELES

APEL. Por la puerta del foro. (¿Si andará por aquí ese Caracoles?) Buenos días.
AGAP. (¡Qué oportunidad!)
APEL. (¡Hola! El modelo de don Frutos.)
POM. A Agapito. (¿Es este, yerno?)
AGAP. A don Pompeyo. (No... digo, sí... pero disimule usted por de pronto.)
APEL. (Examinémosle.) Empieza á observar á don Pompeyo. Este y Agapito miran hacia todas partes, queriendo encontrar el objeto en que suponen que se fija Apeles.)
POM. ¿Qué mira usted? (Tengamos alguna calma.)
APEL. Las condiciones especiales de su físico.
AGAP. ¡Cielos!
POM. ¿De mi físico?
APEL. Haciéndole girar sobre los talones. Permítame usted.
POM. ¿Qué es esto?
AGAP. (Creí que venían á las manos.)
APEL. ¡Demonio, demonio, no me conviene usted!
POM. ¿Qué dice este hombre?
APEL. Que no me conviene usted, que no hemos dicho nada, y que soy de ustedes atento servidor. Hasta la vista.
POM. ¡Oiga!
APEL. Oigo.
POM. Necesito hablar con usted.
AGAP. (Ahora va á ser ella.)
APEL. Pues tenga usted la bondad de pasar á mi cuarto, porque aquí estoy en ascuas.
POM. ¿Qué teme?
APEL. El diluvio en forma de esposo... *adulterado.*
AGAP. (¿Quién creerá Apeles que es este señor?)
POM. Explíquese usted.
APEL. Es el caso, que en esta habitación vive un matrimonio... Primera puerta de la izquierda.
POM. Me consta.

APEL. Y á lo que parece los cónyuges no están muy bien avenidos.

POM. Me consta.

APEL. (¡Ay, Apeles! ¡no me quisiera ver en tu pellejo!)

APEL. Advirtiendo que el marido es un animal.

POM. Me consta. Digo, no, eso no me consta.

AGAP. Pues es lo único que me consta á mí.

POM. Á Agapito (Sujéteme usted, yerno.)

AGAP. (¿Y este afán de llamarme yerno?)

APEL. Todo esto lo sé por el mozo de la posada, que está ya hasta la coronilla del tal doctor. Porque ese tal es doctor en medicina.

POM. Me consta.

APEL. Y hay circunstancias que me hacen sospechar que es muy probable que me quiera dar dos palos.

AGAP. ¡Nos consta!

APEL. Pero debía tener en cuenta ese salvaje...

POM. ¡Basta ya! ¡Sepa usted que yo soy ese salvaje!

APEL. Pero, ¿cómo? ¿Usted no es el modelo?

POM. ¡Qué modelo ni qué calabazas!

AGAP. Sujetando á don Pompeyo. Deténgase usted, Caracoles.

POM. ¡Apártese usted, yerno!

AGAP. Váyase usted, Apeles.

APEL. Es que yo...

POM. ¡Se vaya ó no se vaya, le doy dos tiros!

APEL. (¡Huy!) ¡Dar es! (¡Cualquiera convence ahora á este energúmeno!) Vase por la segunda puerta de la derecha.

POM. ¿Dar es? ¿Y lo dejo ir tan tranquilo?

AGAP. No, no, no; no piense usted que va tan tranquilo.

ESCENA X

AGAPITO y DON POMPEYO

POM. ¡Ya le diré yo lo que es canela fina! ¡Ahora voy á darle otros dos tiros á mi mujer!

AGAP. ¡Que va usted á perderse!

POM. ¡Me pierdo, me pierdo! Vase por la primera puerta de la izquierda.

AGAP. ¡Ah! pues como te pierdas... ¡no será este cura el que te busque!

ESCENA XI

AGAPITO, DOÑA CÁNDIDA y JULIA

CÁND. Con Julia, por la puerta del foro. (Aquí tienes al farmacéutico, niña.)

AGAP. (¡Ellas!) Muy buenos días...

CÁND. Muy buenos.

AGAP. (*Febrífula*, como es sorda, no me ha oído.) A Julia, levantando mucho la voz. ¡Muy buenos días tenga usted!

JULIA Sorprendida. Muy buenos...

AGAP. (Yo no le digo á esta señora que su esposo la quiere matar.) Ustedes dispensen la libertad que me tomo al dirigirles la palabra, pero, la verdad, creo que el ser vecino me autoriza...

CÁND. Sí, señor, sí...

AGAP. A Julia, más alto que antes. Le decía á su mamá, que creo que el ser vecino de ustedes...

JULIA Si ya lo he oído.. (¿Se habrá figurado que soy sorda?)

AGAP. (Claro es: delante de mí quiere disimular su defecto.)

Julia pasea distraída, y Agapito se fija con insistencia en su modo de andar.

CÁN. (¿Qué mirará el boticario?)

AGAP. (Cojear *Febrífula*, me parece que no cojea.) A doña Cándida. No cojea.

CÁND. ¡Cómo que no es coja!

JULIA ¿Qué?

AGAP. (¡Valiente plancha! Pero, ¿á quién se le ocurre ir á contárselo á la mamá?)

JULIA ¿Usted es Agapito?...

AGAP. Servidor de ustedes.

CÁND. Muchas gracias.

AGAP. A Julia, gritando. ¡Digo que servidor de ustedes!

CÁN. Pero, señor mío, si la niña oye bien por fortuna.

AGAP. (¿Pues en dónde traerá la trompetilla?)

JULIA De modo que Agapito...

AGAP. Ciertamente, Agapito: este es mi nombre. Pero papá unas veces me dice Aga, y otras veces me dice Pito.

JULIA ¿Cómo, cómo?

AGAP. (¡Ya lo creo que es sorda!) Gritando más que nunca. ¡Digo que unas veces me dice Aga...!

CÁND. Y otras veces Pito. Ya estamos en ello.

AGAP. Esta señorita, no.

JULIA Esta señorita, sí.

AGAP. (Pues ¿en dónde diablos trae la trompetilla?)

CÁND. (Este joven no está bueno de la cabeza.)

AGAP. (Ah, voy á fijarme en los ojos.) Tratando de hacerlo, acércase mucho á Julia cuando esta no le ve, y disimula torpemente su intención cada vez que Julia le sorprende mirándola. Repítese este juego dos ó tres veces. (Lo que es el izquierdo lo tiene bueno y sano. A ver el otro.)

JULIA (Mamá, ¿qué le digo á Aga?)

CÁND. (Que *haga* el favor de dejarnos en paz.)

AGAP. (El derecho es el que no consigo verle bien.)

JULIA ¿Estará papá con Apeles?

AGAP. Muy alto. ¡No!

CÁND. Veo que es usted el que parece sordo.

AGAP. ¿Yo? ¿por qué?

CÁND. Porque no se entera usted de lo que se le dice.

AGAP. Usted perdone. (Voy á ver si me fijo bien en el derecho.) Dirígese de pronto á Julia, mirándola con mucha atención y descaradamente.

JULIA (¡Ay, mamá, qué mirada!)

CÁND. (Si parece que te quiere hipnotizar.)

AGAP. (Tan sano como el otro.) ¿Usted no padece de la vista?

JULIA ¡No, señor!

AGAP. Muy turbado. Verá usted... lo digo porque... porque como yo soy boticario... (¿A que me apeo por las orejas?...) Como yo soy boticario... estoy deseando que alguna de ustedes enferme... para regalarles las medicinas.

CÁND. (¡Qué bruto!)

AGAP. (¿No lo dije? ¡Si soy lo más gaznápiro!...)

ESCENA XII

DICHOS y DON FRUTOS

FRUTOS Por la primera puerta de la derecha, con mucha precaución. ¿No está por aquí?
CÁND. ¿Quién, Apeles? No.
AGAP. Está en su alcoba. Gritando. ¡Apeles!
FRUTOS ¡Chist! ¿Le he mandado á usted que lo llame?
AGAP. Yo, por servir á usted... (¿Quién será este caballero?)
FRUTOS ¡Me iba usted á hacer un flaco servicio!
JULIA A don Frutos. (Este es el boticario de marras.)

ESCENA XIII

DICHOS y DON POMPEYO

POM. Por la primera puerta de la izquierda. (Mi mujer jura y perjura que es inocente.) Reparando en don Frutos. ¡Oiga! ¿Usted aquí?... ¡Esto es escandaloso!
FRUTOS ¿Que yo esté aquí?
POM. No, hombre, no... ¡Escandaloso!
FRUTOS Pero, ¿qué le ocurre á usted?
POM. ¡Que me he encontrado en las botas de mi costilla una carta amorosa, firmada por un tal Apeles Sacatrapos!
CÁND. ¿Sacatrapos?
JULIA ¿Sacatrapos?
FRUTOS ¿Sacatrapos?
POM. ¡Sacatrapos!
FRUTOS ¡Ah, tunante!
JULIA ¡Ah, pillo!
CÁND. ¡Pero ese hombre no tiene vergüenza!
FRUTOS ¡Absolutamente ninguna!
AGAP. (¡Qué raro es todo esto!)
JULIA ¡Infame!... ¿Está usted seguro de que es él?
POM. ¡Y tan seguro!

AGAP. ¡Vaya! (Lo desbanqué.)
JULIA (¡Adiós marido!)
FRUTOS (¡Adiós ilusiones!)
CÁND. A Julia. (Niña, dirígele una miradita *fulminante* al boticario.)
JULIA Suspirando. ¡Ay!
AGAP. ¿Por quién suspira usted?
JULIA ¡Ay!
AGAP. ¡Ay!
POM. ¿Qué es esto? (¡No vaya á cambiarse la casaca!)
FRUTOS ¡Qué simpático es este joven!
POM. Es un modelo de jóvenes: futuro esposo de mi hija.
CÁND. ¿Cómo?
JULIA ¿Qué?
FRUTOS ¿Qué?
POM. Lo que ustedes oyen: ¡futuro esposo de mi hija!
CÁND. ¡Si le ha escrito una carta á mi Julia!
AGAP. A Don Pompeyo. ¿Pero usted no es el marido de esta señora?
FRUTOS ¡El marido de esta señora soy yo!
AGAP. ¡Entonces no hemos dicho nada, señor Caracoles!
POM. ¡Por vida del diablo!
AGAP. Porque todo mi amor es hacia esta señorita.
CÁND. Que por cierto le debe á usted una contestación. (Suspira, niña, suspira.)
POM. ¡Me he lucido! (Lo que es á mi hija no hay quien le diga «buenos ojos tienes.»)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y APELES

APEL. Por la segunda puerta de la derecha. Señores...
CÁND. ¡Apeles!
JULIA ¡Apeles!
POM. ¡Apeles!
FRUTOS ¡Me gusta la frescura!
APEL. Dejen ustedes que me explique. Como nada

me habían dicho de su mudanza de habitación, y yo ví unas botas á la puerta de la que ocuparon hasta anoche, creyendo que fuesen de Julia, introduje en ellas una carta de amor. Este caballero, que sin duda recogió las botas á que aludo, leyó el billete, forjó una historia... y ahí tienen ustedes la causa de todo este enredo.

CÁND. Algo así estaba yo imaginando.

FRUTOS Y yo.

JULIA Y yo.

AGAP. Y yo...

POM. ¡Y yo!...

APEL. Y yo... nada tengo que añadirles á ustedes.

JULIA Suspirando. ¡Ay!

AGAP. ¿Por quién suspira usted?

CAND. Por usted no es; de fijo.

AGAP. (¡Ya estoy callado para todo el día!)

APEL. Mal pudiera yo dirigirle cartas á la señora de este caballero, cuando amo á Julia y cuando ni siquiera conozco á esa señora.

FRUTOS ¡Ah, pues si llega usted á conocerla!...

POM. ¿Que va usted á decir, comisionista?

APEL. ¿Comisionista ha dicho?

FRUTOS Sí... comisionista... Pero, es... porque... A don Pompeyo. Usted me confunde... Yo... no soy yo... yo soy un hermano mío.

POM. ¡Pues no lo entiendo!

FRUTOS Digo que usted me ha confundido con un hermano mío que es comisionista.

POM. ¡Pues son ustedes enteramente iguales!

CÁND. Como que son gemelos.

JULIA *Gemelísimos.*

FRUTOS Tan gemelos, que yo mismo dudo algunas veces al verme en el espejo, si soy yo ó soy mi hermano.

POM. ¡Pero, hombre!...

FRUTOS ¡Y tengo que ver mis tarjetas para cerciorarme de que soy yo!

POM. ¡Qué atrocidad!

APEL. Clara prueba de mi amor á Julita, es el admirable retrato que han visto ustedes.

FRUTOS Tiene usted razón. Después de esa obra magistral, no hay sino ir á la Vicaría.

APEL. Choque usted, gran pintor.

CÁND. A don Frutos. (Esa ha sido tu última pincelada.) Al público.

El juguete ha concluído:
si merece tus favores,
una palmada te pido
en nombre de los autores

FIN DEL JUGUETE

Madrid, Agosto 1893.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de lo maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición).

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zaucadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El tío de la flauta

JUGUETE CÓMICO

ESPAÑOLES
MADRID
IBERIA

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

EL TÍO DE LA FLAUTA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL TÍO DE LA FLAUTA

JUGUETE CÓMICO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el 13 de Marzo de 1897

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

—

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Suárez (N.)
DOÑA CASTA	Sra. Alvarez.
MERCEDES	Srta. Arévalo.
DON TERESO	Sr. Balaguer
FRIDOLINO	Ponzano.
DON PACO	Valentín.
DON MELCHOR	Moreno.

EL TÍO DE LA FLAUTA

Jardín de una fonda en un punto de la costa Cantábrica. Al foro la fachada principal de la casa. Puerta en el centro, á la que dan acceso algunos escalones, y una ventana de antepecho á cada lado de ella. A la derecha del actor un pabellón de la fonda con puerta y balcón practicables. Dos veladores, y bancos y sillas de hierro.

ESCENA PRIMERA

LUISA, DON PACO y DON MELCHOR

Luisa y don Melchor salen del pabellón de la derecha. Don Paco pasea.

LUISA — Anda, papá; vamos á dar una vueltecita por la playa. Habla con ligero acento andaluz.

MEL. — ¡Para vueltecitas está el horno!

PACO — Saludando. Seductora Luisita... Futuro y adorable papá político... ¿Adónde van ustedes tan de mañana?

LUISA — Y usted, ¿adónde va?

PACO — Yo no voy á ninguna parte...

LUISA — En eso estaba yo.

PACO — A no ser adonde me lleve el imán de tus ojos.

MEL. — ¡Mira, niña, si hemos de dar esa vuelta, sobre la marcha, que no es cosa de esperar á que el sol nos abrase!

LUISA — Pues sobre la marcha.

PACO Yo, en cuanto venga el correo, iré en busca de ustedes.

LUISA ¿El correo? ¿Espera usted, quizás, carta de *su sobrina?*—Vamos, papá. (Y ten cuidado no te pinches con las guías de don Paco.)

MEL. (¡Para mirarle las guías me tiene á mí don Paco!) Se van por la izquierda.

ESCENA II

DON PACO

¡Con qué retintín ha dicho lo de mi sobrina! Indudablemente el lance de anoche me ha perjudicado no poco. Y quiera Dios que no dé al traste con una boda que tanto me conviene.

ESCENA III

DON PACO y FRIDOLINO

FRID. Por la derecha. Al reparar en don Paco, exclama: ¡Diablo! ¿Usted?

PACO ¡Hola, mi amigo!

FRID. ¿Usted aquí? Pero ¿está usted aquí ahora?

PACO Palpándose. ¡Caramba! ¡A mí me parece que estoy aquí!

FRID. (¿Cómo se llama este viejo verde?) ¿Desde cuándo acá no nos vemos, querido?

PACO Lo menos va para dos años.

FRID. ¿Y no ha vuelto usted á Zumarragarragurri?

PACO De allí he llegado anoche precisamente. He venido acompañando —¡pásmese usted!—á mi futura esposa y á mi futuro suegro.

FRID. Asombrado. Pero ¿va usted á casarse? ¿Es de veras? ¡Ca!

PACO Lo mismo me dicen todos. Nadie puede creer que yo abandone el campo de mis amorosos devaneos.

FRID. ¿Y quiere usted decirme quién es la ventu-

rosa criatura que tiene la suerte de cargar con usted?

PACO Una andalucita que da la hora. Bella, joven, rica y sin más familia que su padre.

FRID. ¿Y el padre también da la hora?

PACO No; el padre dará solamente los *cuartos*, y con eso me basta.

FRID. ¿Conque joven, y bella, y rica, y andaluza, y...? (Bueno, pues no dura este una semana.) ¿Y me ha dicho usted que llegaron ustedes anoche?

PACO Anoche mismo. Por cierto que estuvo á punto de romperse la boda.

FRID. ¿Y eso?

PACO Se me cayó de la cartera, en presencia de mi media naranja y de su padre, el retrato de mi última conquista.

FRID. ¡Cáspita!

PACO Julieta; una americana con el marido ausente, que corta la respiración. Y menos mal que tuve el aplomo necesario para decirles que era la retratada una sobrina mía, á quien quiero como á las niñas de mis ojos.

FRID. ¡No está mala sobrina!... ¡Tunante! Con cierto misterio. Y... ¿sigue usted con ella?

PACO No; la dejé hace un mes; porque se fugó con un telegrafista.

FRID. (¡Bonito modo de dejarla!)

PACO Y usted, pollo, ¿no me cuenta ninguna aventurilla amorosa?

FRID. Ya sabe usted que soy muy encogido... En esta playa y en esta fonda estoy cortejando por lo fino á una joven que me gusta mucho: Merceditas... Pero la pretendo sin entusiasmo, ¿eh? Porque me trae como loco una pelicastaña á quien ví el verano pasado en Biarritz, y de la cual perdí la pista sin haber llegado á decirle «buenos ojos tienes». Y es que á mí me falta carácter...

PACO Ahí está el quid. A las mujeres les agradan los hombres corridos...

FRID. ¿Corridos, eh?

PACO Háblele usted de aventuras, de pendencias, de desafíos... Y esta es otra: en la mesa

siempre junto á ellas. Y el lenguaje de los pies que ande listo.

FRID. ¡Sopla!

PACO Y si hay papá, mucho cuidado con el papá, porque se dan juanetes. Otro sí: el cigarro que no se le caiga á usted de la boca.

FRID. Eso es lo malo: que no fumo.

PACO ¿No fuma usted? ¡Es usted hombre al agua! Lo primero es fumar, oler á tabaco. Y luego, si á mano viene, algún que otro pellizquito, ¿sabe usted?

FRID. ¡Ay, qué bueno!

PACO ¿Vamos hacia la playa?

FRID. Iré con usted un momento; necesito volver aquí en seguida.

PACO El correo no llega, por lo visto, y ya estarán en el agua muchas ninfas. ¡Me muero por ver curvas!

FRID. Y que tengo yo unos gemelos que alcanzan hasta el menor detalle. Riéndose. ¿Cuándo se baña, cuándo se baña su futura de usted?

PACO ¡Oiga!

FRID. Y eso que el dedicarse á ver curvas tiene sus quiebras. Contemplando curvas estaba yo el domingo, cuando de pronto llega uno y me dice: «¿Le sería á usted lo mismo mirarme á mí?» Yo le respondí que no, con toda franqueza. Pero no me valió. ¡Era el marido de la de las curvas!... hombre muy recto por las trazas, el cual, enarbolando un garrote, me hizo comprender que dejar las curvas era el camino más derecho.

PACO Dirigiéndose con Fridolino hacia la izquierda. Pues mire usted, amigo: si á mí me sucede ese lance... ¡yo dejo al marido en la playa! Créame usted á mí: allí lo dejo.

FRID. Eso hice yo: dejarlo allí... y venirme corriendo á la fonda. Se van por la izquierda charlando.

ESCENA IV

DOÑA CASTA y MERCEDES

Salen por el foro en traje de calle. Doña Casta trae un periódico en la mano.

MERC. Me había parecido oir la voz de Fridolino.

CASTA Tenemos que resolver antes que venga. Yo en toda la noche no he logrado pegar los ojos. Mis preocupaciones y los ronquidos del vecino de junto, que parece una noche de truenos, me han impedido en absoluto dormir. Nuestra situación es comprometida.

MERC. No hay que darle vueltas.

CASTA Principia el período de las fiestas con toda brillantez, y no podemos presentarnos en ninguna parte por falta de recursos.

MERC. El dinero que ha pedido papá á Madrid ha de llegar pronto.

CASTA Por pronto que llegue vendrá tarde. Yo he pensado, en vista de que la encerrona se impone, y de que al menos ante Fridolino, tu pretendiente, no debemos cantar la palinodia, hacer lo que en otra ocasión semejante hicimos con tu exnovio Pepe Cabritilla. ¿No matamos de parto aquella vez á una parienta imaginaria para justificar nuestro retraimiento con el luto?

MERC. Sí.

CASTA Pues démosle ahora la puntilla á un pariente.

MERC. Mira, tienes razón. Pero se me figura que aunque tal pariente no existe, mejor que matarlo es tenerlo más muerto que vivo: que llega el dinero, sana el hombre como por ensalmo; que no llega, se muere.

CASTA Magnífico. Y el luto nos escuda de infinidad de chismes y cuentos, que da *esgrima* oir.

MERC. Grima, mamá, grima.

CASTA Para que veas si soy previsora: rebuscando

entre los papeles de tu padre he dado con este periódico, en el que viene una noticia que ni mandada hacer para fundar en ella nuestro ardid. Oye: Lee. «Se encuentra gravemente enfermo en Cabrejillo de Abajo nuestro particular amigo don Francisco López.» Aquí lo tienes; este va á ser el nuestro. Así se le da al caso una verosimilitud abrumadora.

MERC. Yo, con que Fridolino lo crea, tengo bastante.

CASTA ¡Toma! Por Fridolino va todo esto.

MERC. Como que es una gran proporción. Y su padre uno de los accionistas más fuertes del Banco de España.

CASTA Eso creo; que no ha tenido en su vida un mal catarro. Sale Fridolino por la izquierda.

MERC. Aquí está él.

CASTA ¿El padre?

MERC. No, el hijo.

CASTA Pues el Espíritu Santo nos ayude. Siéntate y aflígete. Se sientan.

ESCENA V

DICHAS y FRIDOLINO

FRID. Saludando. Doña Casta... Merceditas... (¡Qué linda está hoy!)

CASTA Fingiendo aflicción. Fridolino...

MERC. Lo mismo. Hola, Fridolino.

FRID. Las encuentro á ustedes cariacontecidas...

CASTA Suspirando. ¡Ay!

MERC. Lo mismo. ¡Ay!

FRID. ¿Qué es ello? ¿Qué les pasa?

CASTA ¡Ay!

MERC. ¡Ay!

FRID. Bueno, pero ¿qué *¡hay!*... puede saberse?

CASTA Dándole el periódico. Lea usted, lea usted.

MERC. Lea usted, Fridolino

FRID. Lee. «Se encuentra gravemente enfermo en Cabrejillo de Abajo nuestro particular amigo don Francisco López.»

CASTA ¡Ay!

MERC. ¡Ay!

FRID. ¿López? ¿López? Algo me suena el apellido. ¿Conocen ustedes á este López?

MERC. Es tío... de mamá.

CASTA ¡Es mi tío!

FRID. ¿Sí? ¡Válgame el Señor, doña Casta! Deja sobre el velador el periódico.

TER. Dentro, cantando.

«A la Habana me voy
te lo vengo á decir...»

MERC. Levantándose. (¡Cielos, papa!)

CASTA Lo mismo. (¡Mi esposo!)

ESCENA VI

DICHOS y DON TERESO

TER Por la derecha cantando y rebosando alegría.

«...que me han hecho sargento
de la Guardia civil...»

CASTA (¡Demonio de hombre!)

MERC. ¡Papá, papá, parece mentira!...

TER. ¡Hola, pollo!

FRID. (No, pues este no lo ha sentido gran cosa.)

CASTA Cogiéndole un pellizco á don Tereso. (¡Aflígete, aflígete!)

TER. (¡Canastos!)

MERC. (¡Afligete, papá!)

TER. Muy sorprendido. (¿Qué me aflija?... ¡Bueno!) Empieza á hacer pucheros.

FRID. Don Tereso, ¿qué le ocurre á usted? (El recuerdo del pariente, sin duda.)

TER. ¡No sé, mi amigo! ¡Estoy que no sé lo que me pasa! (Y no lo sé, como no me lo diga mi consorte.)

FRID. Lo creo: cuando se quiere bien á una persona...

TER. ¿Eh?

CASTA A don Tereso. (¿Tú te acuerdas de Cabritilla? Pues aplica el plan á Fridolino.)

TER. (¡Agua va! Ya mataron de parto á otra parienta.)

FRID. Y ¿quién sabe si se salvará todavía?
CASTA No, no se salva, se muere sin remedio.
TER (¿Luego *vive* aún?)
FRID. Y... ¿qué es lo que tiene?
TER. Pues... ¡casi nada! Empiece usted porque hace unos días ha dado á luz un hermoso niño...
FRID. ¡Atiza!
CASTA Volviendo á pellizcar á don Tereso. (¡Toma!)
TER. (¡Caracoles!)
MERC. A don Tereso. (¡Papá, si ahora se trata de un pariente!)
TER (¡Pues, hija, haberlo dicho!)
FRID. Pero bueno, pero bueno... pero pregunto yo...
TER. No, no pregunte usted nada, Fridolino... Ya sabe usted que no sé lo que me sucede...
FRID. Ya, ya se le nota.
MERC. Sentándose. ¡Pobre tío Paco!
CASTA Idem. ¡Pobre Paquito!
TER. Idem. ¡Pobre Paquete! Yo siempre le he llamado Paquete, ¿sabe usted?
FRID. Idem. Veo, veo por su aflicción que lo aprecian ustedes mucho.
TER ¡Muchísimo! ¿Usted no nos ha oído nunca hablar del tío Paco?
FRID. Yo he oído hablar bastante del tío Paco, el de la rebaja; pero ese no será.
TER. ¡No, hombre!
CASTA No, señor, no es ese.
MERC. Al nuestro lo esperábamos de hoy á mañana.
FRID. Pues no hay que desesperar; puede que aún se cure, y que venga.
TER No, no viene; pierda usted cuidado.
FRID. Pero ¿lo saben ustedes de buena tinta?
CASTA Ya lo ha visto usted: de tinta de imprenta.
Pausa. Todos se muestran afligidísimos.
FRID. (Trataré de consolarlos.) Sin embargo, un tío es un tío... Si se hubiera muerto don Tereso, menos mal...
TER. ¿Cómo menos mal?
FRID. Menos mal que se acongojaran ustedes.
TER. Sí; sobre todo yo.

FRID. Pero lo que es por un tío... Ya ve usted, el otoño pasado se me murió á mí media docenita de tíos.

CASTA (Este tiene los tíos como los calcetines: por medias docenas.)

FRID. Además, si el de ustedes es viejo, lo natural es que las líe... mejor dicho, que...

MERC. No, si aún es joven.

CASTA En los sesenta y tantos *fresa*.

FRID. ¿Fresa?

MERC. Frisa, mamá, frisa.

FRID. ¿Y reside ahora en ese pueblo, en Cabrejillo?

TER. Allí reside: en medio del campo.

MERC. Le gusta mucho la vida del campo.

CASTA A todas horas está hablando de los pastores de la *Alcarria*.

MERC. De la Arcadia, mamá.

TER. Tiene costumbres verdaderamente pastoriles: se pasa días enteros recostado sobre la verde hierba y tocando la flauta.

CASTA (Estamos creando un carácter angelical.)

MERC. Como que por la música delira.

TER. Pero particularmente por la flauta. No la deja un instante. En fin, la última vez que estuve á verle, me recibió afeitándose y tocando la flauta al mismo tiempo.

FRID. (Esa no cuela.)

CASTA ¡Y qué bien la *tiñe!*

MERC. La tañe.

CASTA ¡Y qué bien la tañe!

TER ¡Y cómo toca aquel hombre el piano de manubrio!

MERC. Llevándose á los ojos el pañuelo. ¡Pobrecito!

CASTA Lo mismo. ¡Me da el corazón que ya no existe!

TER. Idem. (¡Como que no ha existido nunca!)

FRID. Idem. Aunque se trata nada más que de un tío me han llegado ustedes á conmover.

CASTA ¡Pero qué tío, Fridolino, qué tío!

MERC. ¡Qué ocurrente!

TER. ¡Qué gracioso! Siempre estaba de broma. Suelta la risa, pero recordando de pronto su situación, afecta aflicción bruscamente.

MERC. ¡Qué caídas las suyas!

TER. ¡Ah, sí, qué caídas!

CASTA ¡Qué golpes!

TER. (Es claro: consecuencia de las caídas.)

CASTA (Vamos al grano.) Oiga usted, Fridolino: nosotros, como usted ve, no estamos para nada. ¿Hará usted el favor de decirles á las de Tijereta lo que nos ocurre, y que no nos esperen esta noche para ir al teatro?

FRID. Levantándose. Voy ahora mismo. (¡Gracias á Dios que me puedo largar!)

TER. Levantándose también. ¡No es puñalada de pícaro, Fridolino!

FRID. No importa. Despidiéndose. Pues, doña Casta, yo siento muy de veras que se muera el tío ese... no, ese... tío... tampoco... el tío ese de la flauta... (¡Estas despedidas me parten!) Pero ya se sabe que tenemos todos que pasar por el aro; y hoy se muere don Tereso...

TER ¡Dale, bola!

FRID. Mañana se muere usted, pasado yo, y así sucesivamente... Conque, adiós, don Tereso... Adiós, Merceditas... Dándoles la mano. Adiós, doña Casta... Así es el mundo... ¿qué le vamos á hacer? ¡Por allá nos aguarde muchos años!... Vaya, pues... ¿Me he despedido de usted, don Tereso?... Vuelve á darles la mano á todos. Adiós, Merceditas... Doña Casta... Bueno, pues... ¡Ah! Cumpliré el encarguito: tendré mucho gusto en decirles á las de Tijereta que su tío de usted está dando las boqueadas. Vase por la izquierda.

ESCENA VII

DOÑA CASTA, MERCEDES y DON TERESO

CASTA Levantándose y recogiendo el periódico. Se la tragó.

MERC. Levantándose también. ¡El bueno de Fridolino tiene unas tragaderas excelentes!

TER. Pero, vamos á ver; ¿á qué ha venido esta comedia? ¡Esto de que á mí no se me entere de nada, me va cargando! ¿Qué necesidad

tenías de haber estropeado á ese flautista de todos los demonios? Y si es que tienes deseos de crear personajes para acabar con ellos á la postre, ¡escribe un folletín!

CASTA Mira, Tereso, eso es una pata de gallo.

TER. Pero, señor, ¿no habíamos convenido en que si venían los cuartos de Madrid, todo marcharía como una seda?

CASTA ¿Y han venido, por ventura, esos cuartos?

TER Sí que han venido.

CASTA } Llenas de júbilo. ¿Que han venido?
MERC. }

CASTA ¿Has estado en la lista de Correos?

TER ¡Claro! De ahí el que llegara tan alegre.

MERC. ¿Y de cuánto es la letra, papá?

TER. De cuatro mil reales.

CASTA ¿De cuatro mil reales? ¡Eso más que letra es un alfabeto!

MERC. ¿Ves, mamaíta? Ya sanó el tío Paco, sin más ni más.

CASTA Bueno: á ver la letra.

TER. Al punto. Buscándose la letra en los bolsillos. ¡Diablos!... ¿Dónde la he metido yo?... ¡Ay, qué letrita de mis pecados!...

CASTA ¿Qué?

TER. Nada, que le da al tío Paco calentura...

MERC. ¿No la encuentras?

TER. ¡Sube, sube la fiebre!

CASTA ¡Pero, hombre!

TER. ¡No me atolondréis!... ¡Ya está... ya está otra vez más muerto que vivo!... Transición. ¡Ah, vamos!... ¡Aquí, aquí la tenéis! .. ¡Sanito esta el tío Paco como una manzana!

MERC. ¡Ay, creí que no llegaba á verla!

TER. ¡Sí, tonta; si viene á la vista!

CASTA Pues á cobrarla hoy mismo, ¿sabes?

MERC. Anda, mamá, que hay que buscar á Fridolino al instante, para enterarle de la mejoría.

CASTA Y después nos iremos de tiendas.

MERC. Hasta luego, papá.

CASTA Hasta luego.

TER. Divertirse.

Doña Casta y Mercedes se van por la derecha.

ESCENA VIII

DON TERESO

No saben ellas que me han tocado cuarenta duros á la lotería, y que me los pienso gastar con la incomparable Julieta. Bastante me importa á mí que reviente ó deje de reventar ese tío Paco. A mi americanita me atengo, en vista de que está por mí desde el punto y hora en que llegó, hace quince días. Esta mañanita hemos paseado juntos, playa arriba y abajo, y he causado la envidia de más de dos pollos, de esos que no llevan chaleco. Pero lo más notable es la insistencia con que nos han perseguido un papá y una niña, que vinieron anoche á esta fonda y que paran en ese pabellón. Señalando el de la derecha. ¡Es mucha Julietita! ¡Y cómo estaba hoy con la falda blanca y la blusa roja escotada! ¡Cómo estaba yo, por supuesto! Al lado de esa americanita me siento pollo: pollo, porque sudo como un pollo con solo verla. ¡Y es que es una americana de invierno!—Vamos arriba. Pídole á Dios que no se entere mi esposa de mi calaverada. Vase por el foro.

ESCENA IX

LUISA y DON MELCHOR

LUISA Por la izquierda, con don Melchor. ¡Ay, Jesús, qué sofocadísima estoy! Yo me quedo aquí un rato, papá, que nuestra habitación es un chicharrero. ¿Y tú?

MEL. ¡Yo que he de ser un chicharrero!

Sale Fridolino por la izquierda y se detiene en el foro hasta que don Melchor se va.

LUISA Digo si te quedas aquí.

MEL. ¡Para quedarme aquí vengo yo!

LUISA Entonces, ¿te irás arriba?

MEL. ¡Para irse arribita está este cura!

LUISA Bueno, pues haz lo que te dé la gana, papá.

MEL. ¡Apañado está el día para hacer yo lo que me dé la gana! Entra en el pabellón de la derecha.

LUISA ¡Jesús con papá, que parece un fonógrafo *enfadao!*

ESCENA X

LUISA y FRIDOLINO

FRID. (¡Qué fortuna haber encontrado á mi pelicastaña!)

LUISA Pasea por el proscenio. Fridolino la sigue. (Estoy segura completamente: era Julieta; la del retrato. La que dice don Paco que es sobrina suya.)

FRID. (¡Vaya un andar y una cinturita!)

LUISA (Y el que iba con ella presumo yo que será su esposo. Nada, de esta hecha le descubro una maca al demonio del viejo, y papá le da la absoluta.) Se sienta. Fridolino se sienta también cerca de ella.

FRID. (Seguiré los consejos de don Paco.) Con permiso de usted.

LUISA Es usted muy dueño.

FRID. Muchas gracias. (Lo primerito es oler á tabaco. Que le dé el olor cuanto antes.) Saca un puro enorme. ¡Ejem!

LUISA (¡Ave María, qué puro! Parece un salchichón.)

FRID. (¡Ya, ya le echó el ojo! Trata de encenderlo. En mi vida las he visto más gordas. Por el cigarro. Ni más gordos. Logra encenderlo y fuma. El toque creo que está en tragarse el humo. Empieza á toser. ¡Esto es horrible! Sigue tosiendo. ¡Horrible!) ¿Le molesta á usted el humo, señorita?

LUISA No, señor; á mí, no.

FRID. (A mí, sí.)

Asómase don Tereso á la ventana de la izquierda del foro, leyendo un periódico.

LUISA (¡Qué gestos hace! Si parece que está en las últimas.)

FRID. Usted no me recordará á mí seguramente.

LUISA No, no señor... (Tiene mucha nuez y pocas entradas, pero no es feo.)

FRID. (¡Ay! Este me saca á mí las asaduras.)

LUISA Con todo, tengo idea de haberlo visto á usted en alguna parte.

FRID. (No habrá sido en ningún estanco.) ¿De veras no le incomoda á usted el humo?

LUISA No, señor; de veras.

FRID. (¡Qué lástima!) Mire usted que al preguntárselo no me induce el puro... el puro cumplido.

LUISA Ya, ya estoy yo en que es otro puro el que le induce á usted.

FRID. ¿Lo dice usted por este buen mozo?

LUISA Por ese lo digo. ¿Tira ó no tira todavía?

FRID. Ya hace un rato que tira: ¡córcholis! si tira. (De espaldas.) Pero yo lo tiro porque no quiero molestarla á usted... Arroja lejos el cigarro. (Y porque hasta las lágrimas se me han saltado ya.)

LUISA Y yo lo agradezco de veras, aunque no me moleste.

FRID. (¡Qué sudores! Estaba por tomar un contraveneno.)

LUISA ¡Ja, ja!... Y es que hay ciertos puros que obligan, por lo visto, á ser galante... Se levanta y pasea.

FRID. (¡Valiente pulla. Hasta ahora sólo me sale á la perfección lo de ser hombre corrido; porque estoy más corrido que una mona.)

LUISA Fijándose en don Tereso. ¡Calle!

FRID. Levantándose. ¿Qué?

LUISA ¡El marido de la sobrina de marras!

FRID. ¿Y cuál es la de marras?

LUISA ¡La del retrato!

FRID. ¿La de qué retrato?

LUISA Pero si yo no hablo con usted...

FRID. Usted perdone: yo creía que sí...

LUISA ¿Conoce usted á ese caballero?

FRID. ¿Habla usted ahora conmigo?

LUISA Sí, señor.

FRID. Pues lo conozco bastante: se llama don Tereso.
LUISA ¿Y es casado ese don Tereso?
FRID. Sí.
LUISA ¿Con quién?
FRID. Con su señora.
LUISA ¡Claro! ¿Y es guapa su señora?
FRID. Medianeja.
LUISA ¡De seguro es la misma que paseaba con él! Esto es providencial. Porque no hay quien me quite de la cabeza que el tal parentesco es un mito.
FRID. (¿Habla sola?)

Retírase de la ventana don Tereso.

ESCENA XI

DICHOS y DON PACO

PACO Por la izquierda. ¡Luisita incomparable!
LUISA ¡Don Paco!
PACO ¿Cómo te había de ver en la playa?
FRID. (¡Se llama Luisita!) ¿Qué es esto? ¿Se trataban ustedes ya?
PACO ¡Hola, Fridolino!
LUISA (¡Fridolino! Tiene nombre de tela barata.)
PACO Usted, por lo que se ve, conoce á mi futura.
FRID. Perplejo. ¿Su fu... su fu... fu... fu... tura?
LUISA (¡Que siempre ha de andar el viejo publicando!...)
FRID. (¡Ni otro puro me hace peor efecto!)
LUISA Don Paco. (Ahora las vas á pagar todas juntas.) Tengo que darle á usted una noticia... excelente. Aquí está.
PACO ¿Quién está aquí?
LUISA Su sobrina de usted: la del retrato.
PACO ¡Cáscaras! (¡La americanita!)
LUISA (¡Cáscaras! ¡La cara que ha puesto!)
PACO ¿Mi sobrina? ¡Eso no es posible!
LUISA ¡Vaya si es posible! La mismita del retrato. Este caballero conoce á su marido.
PACO ¿A su marido?
FRID. ¿Yo?

LUISA ¿No conoce usted á ese don Tereso?

FRID. Con interés creciente á cada pregunta que hace. Pero, pero, ¿pero don Paco es tío de la señora de don Tereso?

LUISA Sí, señor.

PACO Yo explicaré lo que hay... porque... es un parentesco tan singular... (¡Dios me asista!)

FRID. ¿Se va usted á morir de un momento á otro?

PACO ¡Canario!

FRID. ¿Le llaman á usted el tío Paco?

LUISA Naturalmente.

FRID. ¡Ay, qué alegrón voy á proporcionarles!

PACO ¿A quienes?

FRID. A su sobrina, á don Tereso... Especialmente á su sobrina.

LUISA (¡Ah! ¿pero es verdad lo de la sobrina?)

FRID. Aguarde usted, hombre. ¡Lo que van á gozar cuando le vean! Llamando. ¡Don Tereso! ¡Don Tereso!

PACO ¡No lo llame usted!

LUISA ¿Que no lo llame?

FRID. ¡Si lo quieren á usted entrañablemente!... ¡La de elogios que me han hecho de sus habilidades! Y entre paréntesis: ¿sigue usted tan aficionado á la flauta? Vuelvo, vuelvo... Vase corriendo por el foro.

ESCENA XII

LUISA y DON PACO, después DON TERESO y FRIDOLINO

PACO ¿A la flauta?

LUISA Pero, ¿es usted flautista, don Paco?

PACO (¿Qué va á sucederme á mí, Dios del cielo?) Lo peor es que yo... ¿sabes, Luisita?... estoy citado con un individuo...

LUISA (Este se quiere eclipsar. Aquí hay misterio.) Bueno, pero no está bien que se vaya usted ahora... ¿Qué dirían sus parientes? Unos parientes tan cercanos...

PACO (¡Es que yo no creía que estuviesen tan cerca!)

TER. Dentro, gritando. ¡Le digo á usted que no es posible!

FRID. Tirando de don Tereso. Venga usted acá... ¿No decía usted que no? Aquí tiene usted al tío Paco.

LUISA A don Paco. ¿Lo ve usted?... El marido de su sobrina. Los dos se miran asombrados.

TER. (¿Qué apostamos á que es este otro enredo de mi mujer?)

PACO (¿Y cómo me las compongo yo ahora?) Don... don Tereso...

TER. Don... don Paco...

LUISA ¡Vaya unos cumplidos!

PACO Queriendo demostrar confianza. ¡Te... Te... Teresín!

TER. Lo mismo. ¡Pa... Pa... Paquete!

LUISA ¡Pero qué turbación más rara!... ¿Para cuándo son los abrazos?

FRID. Empujando á don Tereso hacia don Paco. ¡Vamos, hombre!...

TER. (¡Este me da un bufido!)

PACO (¡Éste me atiza un coscorrón!) Se abrazan recelosos, y se separan violentamente.

TER. ¡Je, je!

PACO ¡Je, je!

FRID. Lo que menos esperaba usted era encontrar aquí al tío Paco.

TER. Sí, señor: lo que menos. Palabra de honor.

PACO A mí me gustan las cosas así...

TER. (A mí un poquito más claras.)

PACO Porque yo me conozco... ¿estamos?... yo me conozco... y...

TER. (Sí, ¡como tú no te conozcas... lo que es yo!...)

LUISA Pero cualquiera pensaría que se tienen ustedes miedo.

PACO ¿Miedo?

TER. ¿Por qué?

PACO ¡Ven á mis brazos, Teresete!

TER. ¡Paquetillo!... Se abrazan, y prolongan el abrazo mientras hablan aparte lo que sigue:

PACO (Caballero, trampa adelante. Es cuestión de faldas.

TER. Anda mi mujer en el ajo, ¿eh?

PACO Cabalito.) (¡Qué poca vergüenza!)

TER. (¡Señor, que nunca ha de enterarme!...) ¡Je, je!

PACO (¡Creo que me he salvado!) ¡Je, je! Pero, hombre, Tereso, cuidado si te conservas lindamente.

TER. Sí, no estoy del todo mal... Yo á tí, en cambio, te encuentro muy viejo, pero muy viejo...

LUISA Muy viejo, muy viejo, ¿verdad?

FRID. (¡Lo mató!)

TER. Yo, si te veo en la calle, no te conozco: puedes creerme... ¿Y esta señorita es hija tuya?

LUISA No, señor.

TER. Ah, vamos, nieta.

PACO ¿Cómo nieta?

LUISA ¿No es verdad que puede ser mi abuelo?

PACO Amostazado. ¡Esta señorita es mi futura!

FRID. ¡Ca!

PACO ¿Qué?

TER. ¿Tu futura? Paquete, ¿vas á casarte al cabo de tus años?

PACO ¿De mis años? Furioso, pero queriendo disimularlo, y agarrando por las solapas á don Tereso. ¿A usted... á tú.. á usted no *te* han saltado nunca un ojo?

TER. ¡Je, je! Siempre has de estar de chanza... ¡Déjate de bodas! Tú necesitas cuidarte mucho... Buen caldo de gallina, buen vino de lo añejo, tu tresillo, tus solos de flauta...

PACO ¿Otra vez la flauta, señor?

LUISA Nada, don Paco, que es usted flautista y nos lo oculta.

PACO ¿Yo flautista?

FRID. Ahora lo va á negar, don Tereso.

TER. Hombre, Paquín, eso no es ningún delito: no lo niegues...

LUISA Lo que noto, don Paco, es que no le pregunta usted á don Tereso por su sobrina.

TER. ¿Por qué sobrina?

PACO Por tu señora, tonto... ¿Sigue tan *barbiana?*

TER. ¿Cómo tan *barbiana?*

LUISA Yo he tenido el gusto de verla, y se conserva igual, igual al retrato.

TER. ¿A qué retrato?

LUISA Al que don Paco tiene de ella.

TER. (¡Cuerno!) Cogiendo por las solapas á don Paco. ¿Que tú... que usted... *tienes* un retrato de mi señora?

PACO Bajo á don Tereso. (Ya le daré á usted explicaciones más tarde.

TER. ¿Más tarde?

PACO Aquí mismo, dentro de media hora.

TER. Sí, porque esto tendrá su explicación.)

PACO ¡Je, je!

TER. ¡Je, je! Pero, señor, estamos en Babia. (Conviene disolver el grupo.) Yo voy en busca de mi costilla para decirle que has venido, que estás bueno... ¿comprendes?

FRID. Sí, sí; y yo le acompaño á usted, don Tereso.

TER. Voy por mi sombrero y mi bastón. Vase por el foro.

LUISA Yo también me voy.

PACO Y yo.

LUISA (A contarle estas cosas á papá. Sí, porque no me gustó nada la cara que puso don Paco al principio. Y la que le quedó muchísimo menos. Y la que tiene ahora menos todavía.) Entra en el pabellon de la derecha.

PACO (Mi suegro... mi futura... mi sobrina... el otro... ¡Entre todos me van á volver el juicio!) Vase por la izquierda.

ESCENA XIII

FRIDOLINO, DOÑA CASTA y MERCEDES

FRID. ¡Pobre don Paco! Es un hecho que le soplo la dama.

CASTA Por la derecha, con Mercedes. Dado á Barrabás estará tu padre.

FRID. ¡Doña Casta!

MERC. ¡Ah, Fridolino! Nos alegramos de hallarle á usted.

CASTA Sabrá usted que ha sanado el tío Paco.

FRID. ¡No he de saberlo! Como que quizás lo alcance todavía...

CASTA ¿A quién?
FRID. ¡Al propio tío Paco, que ha venido!
CASTA
MERC. ¿Queeeee?
FRID. ¡Y que ha estado hablando con don Tereso!
CASTA
MERC. ¿Queeeee?
FRID. ¡Lo traigo ahora mismo! Vase corriendo por la izquierda. ¡Tío Paco! ¡tío Paco!

Doña Casta y Mercedes se miran atónitas.

ESCENA XIV

DOÑA CASTA y MERCEDES, después don TERESO

MERC. ¡Mamá!
CASTA ¡Hija!
MERC. ¿Tú has oído?
CASTA Fridolino está loco.
MERC. ¡Pero si dice que el tío Paco ha estado con papá!
CASTA Está loco tu padre.
MERC. Pero, bien, ¿y ese tío Paco?...
CASTA Está loco el tío Paco. Alguien está loco, por fuerza.
MERC. ¿Y no pudiera papá haber fraguado todo esto?
CASTA ¡Toma! Eso es lo más probable.
MERC. Aquí sale papá.
TER. Saliendo por el foro. ¡Hola! ¿Vosotras aquí? Me evitáis el trabajo de ir á buscaros.
CASTA Bueno, vamos á ver...
TER. Eso digo yo; vamos á ver.
MERC. Tenemos que hablarte.
TER. Y yo á vosotras.
CASTA Sí, porque ese tío Paco...
TER. Precisamente; ese tío Paco...
CASTA Tú dirás.
TER. No, la que tiene que decir eres tú.
CASTA ¿Yo?
MERC. ¿Mamá?
TER. ¿También he de ser yo?
CASTA Nadie más que tú.

TER. ¡Pero si yo no lo he visto hasta hace un momento!

CASTA ¡Pero si nosotras no lo hemos visto nunca!

TER. ¿Nunca?

MERC. En la vida.

TER. ¡Si me dijo ese tío Paco—¡mal tiro le den!—que se trataba de cosas tuyas!

CASTA Pues estás en un error *creso*.

MERC. Craso.

TER. ¡Craso!

CASTA ¡Craso ó *creso*, estás en un error!

TER. ¡No vuelvo de mi asombro!

CASTA Ni yo.

MERC. Ni yo.

TER. ¿Ha bajado del cielo ese pariente?

MERC. Sólo falta que se enrede el asunto, que descubra Fridolino el pastel, y que me quede yo aderezada y sin novio. Por supuesto, mamá, que de todo lo que pase tendrás la culpa tú. Vase por el foro.

CASTA ¿Yo? A don Tereso. De todo lo que pase tendrás la culpa tú. Vase tras Mercedes.

TER. ¿Yo? Dando media vuelta como para encararse con una cuarta persona. De todo lo que pase tendrás la culpa... Viendo que está solo. tendré la culpa yo. Vase tras doña Casta.

ESCENA XV

FRIDOLINO y DON PACO, después DON TERESO

PACO Con Fridolino, por la izquierda. Pollo, que me va usted á poner en un compromiso.

FRID. ¡Calle! Se han largado. ¿Compromiso? ¿Por qué?

PACO Porque yo me conozco... ¿entiende usted?... y no soy tal tío Paco.

FRID. Entonces, ¿cómo es sobrina de usted la señora de don Tereso?

PACO ¡Si no es mi sobrina!

FRID. Asombrado. ¿No?

TER. Saliendo á la ventana de nuevo. (¡Oiga! El tío

Paco y Fridolino... ¡A ver si saco en limpio alguna cosa!)

PACO Grandísimo torpe; ¿no le hablé yo á usted hace un rato de cierta pájara con quien tuve un *belencillo?*

FRID. Sí, señor; pero eso, ¿á qué viene? ¿Quién es esa pájara?

PACO ¡Mi falsa sobrina! ¡La mismísima mujer de don Tereso!

TER. ¡Caracoles!

PACO Volviéndose hacia la ventana. ¿Qué?

FRID. Lo mismo. ¿Qué?

TER. ¡Que verá usted ahora canela fina! Vase.

ESCENA XVI

FRIDOLINO y DON PACO, luego DOÑA CASTA, después DON MELCHOR

PACO Todo temblón. ¿Ha oído usted, Fridolino?

FRID. El es el que ha oído, don Paco.

CASTA Saliendo á la ventana de la derecha del foro. (Juraría que gritaba Tereso...)

PACO Pero, diga usted, ¿se trata de su esposa realmente?

FRID. Claro que sí.

PACO Yo me figuraba que sería... cualquier cosa. ¿Cómo me había de imaginar que fuera don Tereso el marido de esa lagarta que viene con él?

CASTA ¡Caballero!

FRID. (¡Aprieta!)

PACO Volviéndose hacia la ventana. Señora.

CASTA ¡Usted será el lagarto!

PACO ¡Señora!

CASTA Retirándose de la ventana. ¡Tereso! ¡Tereso!

PACO ¿Quién es ese energúmeno?

FRID. ¡La señora de don Tereso!

PACO ¿Ese?

FRID. ¡Esa!

MEL. Asomándose al balcón de la derecha. (¿Qué diablos sucede?)

PACO ¡Pues he estado en Belén! ¡Pero mi *belén* ha

sido con la americanita, y de ella es el retrato que tiene el elefante de mi suegro!

MEL. ¿Conque elefante, eh?

PACO Volviéndose hacia el balcón. ¿Eh? Al ver á don Melchor. ¡Uh!

MEL. ¡Pues le voy á dar á usted un *trompazo!* Vase.

ESCENA ÚLTIMA

FRIDOLINO y DON PACO, luego DON TERESO, después DOÑA CASTA y MERCEDES, DON MELCHOR y LUISA

PACO ¡Ira de Dios! ¡Me escuchaba mi suegro! Corre hacia la izquierda.

TER. Sale por el foro con un bastón y detiene á don Paco. ¡O me explica usted sus palabras ó lo divido!

PACO Con muchísimo gusto. Yo he pasado á los ojos de todos por tío de su señora de usted, porque hay quien ha creído que es usted el esposo de Julieta, una americanita de rompe y rasga, á la cual he dado yo por sobrina mía.

TER. ¡Ah! ¿Me han tomado por esposo de Julieta? ¡Qué barbaridad!

FRID. Justo... Y don Paco creía que esa Julieta era doña Casta.

TER. ¡Qué ha de ser Casta esa Julieta!

CASTA Por el foro, con Mercedes. Tereso, Tereso, este caballero me ha llamado lagarta.

TER. Sí, pero ha sido por equivocación.

MERC. ¿Lo ves, mamá?

MEL. Saliendo del pabellón de la derecha seguido de Luisa. ¡Señor tarambana, sepa usted que no hay nada de lo dicho! ¡Se rompió la boda!

PACO (¡Pues me has partido, inglés!)

LUISA ¡Me alegro!

FRID. ¡Y yo!

LUISA ¿Usted se alegra?

FRID. Y creo que sospechará usted el motivo. Suspirando. ¡Ay!

CASTA ¿Eh?

MERC. A doña Casta. (¿Has oído, mamá? Me da el corazón que me ha plantado el hijo del accionista.)

CASTA A Mercedes. (Eso veo. ¡Qué infamia! ¡Mentira parece que tenga el papá tan *buenas acciones!)*

FRID. ¡Ah! ¿Qué han sabido ustedes del verdadero tío Paco de la flauta?

CASTA Que está rebosando salud.

FRID. Pues que sea enhorabuena.

TER. ¿Enhorabuena? Aguarde usted. Al público.

Felicitándome están,
y aunque al punto aceptaría
el parabién que me dan,
saber primero querría
si ustedes aplaudirán.

FIN

Madrid, Setiembre, 1895.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.
El genio alegre, comedia en tres actos.
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La buena sombra

SAINETE EN TRES CUADROS

CON MÚSICA DEL

MAESTRO BRULL

SEXTA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

LA BUENA SOMBRA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA BUENA SOMBRA

SAINETE EN TRES CUADROS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

CON MÚSICA DEL

MAESTRO BRULL

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 4 de Marzo de 1898

SEXTA EDICIÓN

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP

Teléfono número 551

1905

Al Sr. D. Julián Romeà

¡Vengan esos sinco, que vale usté más oro que pesa la Girarda con Girardiyo y to!

¡La mare e Dios! ¡Y que no hay pa echá las campanas á vuelo ni pa está agradesío cuando se tropiesa con una persona e mérito como usté, que se hase cargo e las cosas y en vé de darle á uno una ajogaiya le tiende la mano y lo saca á flote!

Nunca podremos echá en orvío er bien que nos ha hecho; pero premita Dios que si lo orviamos arguna vé, se nos güervan farsas las pesetas de tos los trimestres *que cobremos.*

Y ercétera, *como diría Triquitraque.*

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VALLE	Srta. Arana.
ARACELI	Cárcamo.
UNA COMPRADORA	González (N.)
UNA GITANA	Espinosa.
SEÑÁ JOSEFA	Arizmendi.
ANTONIA	Sra. Blázquez.
REPOSO	Srta. González (M.)
PEPE LUIS	Sr. Romea.
TRIQUITRAQUE	Moncayo.
RAMOS (Guardia municipal)	Orejón.
SEÑÓ MANUEL	Rodríguez.
MOSQUITO	González.
UN MENDIGO	Mora.
GALBANA	Arana.

Vecinas y vecinos

LA BUENA SOMBRA

CUADRO PRIMERO

Rincón de una calle en Sevilla. A la derecha del actor, formando el rincón con la pared del foro, la casa del señó Manuel, á cuya puerta hay una banqueta y dos ó tres jaulas vacías. Al foro, cerca del rincón, una calle angosta, que tuerce y se prolonga por dentro hacia la derecha. La parte de pared comprendida entre la casa de señó Manuel y esta calle, está llena de jaulas de distintos tamaños, clases y formas, con variedad de pájaros. En el suelo, hacia la puerta de la casa, también hay algunas. En el otro lado de la misma pared hay una prendería, donde viven señá Josefa y Valle. De quicio á quicio de la puerta, y en su parte alta, un alambre del que pende algún calzado recompuesto. Colgados en la pared á derecha é izquierda unos cuantos lienzos sin marco y marcos sin lienzo, una cartera de viaje, un chaleco y un pantalón usados, y en sitio preferente una chaquetilla de torero y una guitarra. Junto á la puerta dos ó tres muebles viejos y varios cachivaches. Una silla baja.

La calle se supone que continúa por la izquierda y por el primer término de la derecha

ESCENA PRIMERA

SEÑÁ JOSEFA, SEÑÓ MANUEL y GALBANA. VALLE, dentro

(Señá Josefa sentada á la puerta de su casa haciendo calceta, señó Manuel cuidando sus pájaros y Galbana durmiendo en una silla baja en el primer término de la derecha.)

Música

MAN. (Muy alegre.)
Yo me dirigí á una niña
en demanda de su amó,
y me dijo que no estaba
pa estafermos como yo.
Niña, no me mates,
yo le contesté;
mírame despasio,
mírame mu bien;
mira que yo tengo
rumbo como dié,
garbo como veinte,
grasia como sien

—

Si se arregla la joroba,
me dijo entonse,
y esas piernas que paresen
tirabusones,
y se lima las orejas
y las narises,
y ar pescueso se hase un núo...
¡pué que me anime!

—

¡Ay, qué pena, qué pena, qué pena,
la que yo pasé!
JOS. ¡Ay, qué alegre que se ha levantao
er señó Manué!

—

VALLE (Dentro.)
Las horas me paso
yorando mis selos,

y no hay persona, maresita mía,
que me dé consuelo.

—

Jos. ¡Probesita mi nieta,
qué triste está!
Ya le he dicho á su padre
que está *dañá*.

—

Man. Un carpintero seloso
le desía á su aprendí:
si miras á la maestra
te comes er birbiquí.
Te sierro er gañote,
más fijo que er só,
te tiro er martiyo,
te clavo el formón,
te parto en sien cuñas
tamañas así,
te jago virutas,
te güervo serrín.

—

Y er muchacho respondía
con mucha sorna:
yo no miro á la maestra
por varias cosas;
porque sé que no le gusto,
que usté se enfada,
y que er sastre de la esquina
me rompe el arma.

—

¡Ay, qué *cate*, qué *cate*, qué *cate*,
qué *cate* le dió!
Jos. ¡Ay, qué alegre que se ha levantao
este güen señó!

—

Valle (Dentro)
Tengo yo una pena,
tengo un sentimiento,

un dolorsito, mare de mi arma,
que me estoy muriendo.

—

Jos. Luego dise mi nieta
que no está dañá.
Man. Luego dise que el otro
no le importa na.
Jos. No hase más que salirme
con coplas así.
Man. Es er diablo de Pepe
quien la hase sufrí.
Jos. Yo no sé qué desirle
pa verlá animá.
Man. Cuando güerva Pepiyo
to se acabará.

Hablado

Jos. ¿Sabe usté que está alegre la mañana, señó Manué?
Man. No deja de estarlo, señá Josefa. La alegría es lo único que me quea de cuando era chico

ESCENA II

DICHOS y MOSQUITO

Mosq. (Por la izquierda, muy aprisa y manifestando gran interés.) ¿Ha venío ya Pepe Luis?
Man. ¡Dale, bola! ¿Otra vé? Hombre, no; toavía no ha paresío.
Mosq. ¡Miste que seis días sin dá cuenta e su persona! ¡Tiene la sombra er mundo! ¡Yo voy á dí á buscarlo!
Man. ¡Haz lo que mejó te parezca!
Mosq. ¡Hasta luego! (Vase por el foro corriendo.)
Man. ¡Adiós! ¡Y descansa!... ¡Camará, qué postema! ¡Ésta es la quinta vé que me pregunta hoy por mi hijo!
Jos. ¡Ni que lo hubiea criao!

MAN. (Descolgando una jaula chica.) Sargo al istante. Voy á darle dos ó tres toques amariyos á este jirguero pa que paezca misto e canario. (Entrase en su casa.)

ESCENA III

GALBANA, SEÑÁ JOSEFA y VALLE

JOS. (Llamando.) ¡Niña! ¡Vaye!

VALLE (Saliendo de su casa.) ¿Qué quié usté, agüela?

JOS. Que te vengas aquí conmigo, mujé. Toma: real y medio. Pa flores.

VALLE ¿Real y medio? ¿Pos qué ha vendío usté?

JOS. Er coyá de perlas. (Pausa.) Oye una cosa: á vé si no me piensas más en er niño de señó Manué, que de tanto adergasá se te está queando er peyejo grande.

VALLE ¡Ay, Jesú! ¡Se pone usté más pesá que un mosquito solo! ¿Quié usté que no lo sienta? Er desengaño duele mucho. Pero ya estoy convensía de que Pepe Luis no me quiere á mí como yo á é, ni sabe apresiá mi cariño, y mistela: (Haciendo la cruz.) pa mí, como si lo hubieran enterrao.

JOS. Hasta que lo veas será eso. Y fresca estás tú si quiés encontrá un hombre capá de querè como nosotras. No tienen arma... Miá tu hermano: (Señalando á Galbana.) se pasa durmiendo to er día... Miá tu padre: te ve con er corasón encogío lo mismo que una siruela pasa... y se va á Cadi á vé ar *Minuto*.

VALLE Pué que haya dío á buscarme un novio... No sea usté mal pensá...

JOS. ¿Y tú pa qué nesesitas novios de fuera, si los tienes en Seviya á esportones? Vamos á vé: ¿por qué no le hases caso á *Chicharito?*

VALLE Agüela, por la virgen; un hombre tan menúo... y tan moreniyo... y tan tieso... ¡Si eso es un perro chico e mojama!

JOS. ¿Y Sebastián er sastre? ¿Quiés un muchacho más trabajaó ni más formalito?

VALLE To eso está bien; pero es mu soso... Nunca

se le oye un gorpe... Y luego, ¿usté no ha reparao? Tiene toa la cabesa yena e burtos: paese que está hirviendo.

JOS. ¿Y Triquitraque? ¿También está hirviendo Triquitraque?

VALLE Si no está hirviendo, está pa rompé el hervó... ¡Jesú, qué extremos hase er probesiyo!... A ese no le encuentro más que una farta: que es demasiao valiente. No hase más que desirme á toas horas: (Remedándolo.) «Niña, á to er que á usté le estorbe, lo dejo yo zeco...» ¡Ni que fuea er só!

JOS. (Levantándose malhumorada.) Vaya, no sé pa qué me canso. No te gusta más que este trapalón de aquí junto, que es una bala perdía .. Un piyastre con mucha labia.

VALLE ¿Otra te pego? ¿No le he dicho á usté ya...?

JOS. ¿Por qué no sigues el ejemplo de Araseli, la hija de señó Ramos, er *guindiya?* Ayé de mañana me asomé ar patio y la vi con un novio que no es ninguno de los tres úrtimos. Esa los conose.

VALLE Güen provecho. Pero eso es tené en lugá de corasón la fonda e Madrí.

JOS. ¡Er diablo que te yeve! (Entrase en su casa.)

ESCENA IV

VALLE, GALBANA y SEÑÓ MANUEL

GALB. (Bostezando y desperezándose groseramente.) ¡Aaah!

VALLE Ave María, Migué, paeses un gato.

GALB. (De mal temple.) ¿Quiés no zé tonta, hija? (Arrastra perezosamente la silla hasta el segundo término de la izquierda y se deja caer en ella desplomado. Poco después se duerme.)

VALLE Así me gusta á mí la gente: trabajaora.

GALB. ¿Me meto yo contigo, hija?

MAN. (Saliendo de su casa con la jaula que antes se llevó, y colgándola en la pared.) Hola, muchacha.

VALLE Dios guarde á usté, señó Manué. (A Galbana.) Tú, á vé si tienes cuenta de esto mientras voy aquí junto. (Vase por la izquierda.)

MAN. Yo estaré ar cuidao.

ESCENA V

GALBANA, SEÑÓ MANUEL, TRIQUITRAQUE y RAMOS

RAMOS (Con Triquitraque, por la derecha.) ¡Felises!

MAN. ¡Hola, güena gente!

RAMOS (Encaminándose hacia la izquierda, entusiasmado.) Hombre, Triquitraque, hazme er favó... Miá qué mosita. Venga usté pa acá, señó Manué...

MAN. (Sin apartarse de su puesto.) ¿Qué hay?

RAMOS ¿Le paese á usté poco? (Señalando hacia dentro.)

TRIQ. ¡La mare e Dios! ¡Y que no zabe ganá terreno la criatura!

RAMOS ¡Mardita sea! Si no fuea por este condenao *saserdosio* que yeva uno ensima... (Aludiendo á su uniforme.) ¿quién le ha dicho á usté que yo no me iba con esa ahora mismo á la Venta Eritaña?

MAN. ¡Je, je! (Ramos y Triquitraque se acercan al puesto de pájaros.)

TRIQ. ¿Ha tenío usté noticias de Pepe Luis?

MAN. Ni ganas. Estoy ya de é hasta los pelos.

RAMOS ¿Pero qué quié usté, que er chiquiyo no se divierta? Esan son cosas e la edá.

MAN. Pos le van á salí po un ojo. Anoche me dijo su novia que lo va á manda á cogé coquinas.

TRIQ. ¿Zí?

RAMOS Me alegro. ¡Choque usté! Ese está reservao pa mi Araseli. ¿No le gusta á usté mi Araseli pa *yerna?*

MAN. Sí, señó. Pero es mu calavera mi niño pa *nuero.*

TRIQ. (Con presunción.) ¿Y pué zaberze quién ha zío er cauzante de eza dezición de la niña?

MAN. ¡Er mismo Pepe Luis con sus locuras!

TRIQ. No digo que no. Pero hace tiempo que estoy yo viendo veni ezas *hostialidades*...

RAMOS Tú lo que te traes ahora son unas palabras la má de sélebres.

TRIQ. Zeñó, como que doy leciones e guitarra y me

rozo con er zeñorío, ze me va pegando zin zentirlo toa la *prozodia* de eza gente.

MAN. Es naturá... Y qué, ¿se les da mucho á las manos, Triquitraque?

TRIQ. Lo zuficiente pa mantené á los viejos y pa di penzando en alimentá á arguna joven... (Mirando á la casa de Valle.)

RAMOS. Er moso este tiene un Banco España en ca deo.

TRIQ. Que no ze le orvíe á usté eze encargo. Como que lo mismo es ponerme yo á tocá, que hasta en er cielo abren los barcones pa oirme... Y no lo digo porque esté yo delante, que zi no estuviea yo aquí también lo diría.

MAN. Na; el hombre e la suerte.

TRIQ. Cazi, cazi.

RAMOS Sólo que aquí no lo habemos conosío.

TRIQ. Po zi quié usté que nos bebamos ahora mismo media ocena e chatos... ya zabe usté quién paga.

RAMOS Mira, cáyate, por tu salú... ¿Pa qué mentaré yo siertas cosas? Este arrastrao disfrá me tiene hecho un cursi... En seguía lo critican á uno... Yo, antes, cuando era carpintero, hasía mi santísima voluntá, pero lo que es ahora que yevo uniforme... francamente, me da sierto reparo entrá y salí en la taberna... ¿Sabes tú lo que tengo que hasé argunas veses pa que naide me vea entrá y salí? Pos meterme en eya por la mañana y estarme ayí hasta anochesío.

MAN. Y entonse, ¿sale usté ó lo sacan?

RAMOS Hay de to. Pero, no crean ustedes; peó toavía que la droga der *saserdosio* es la antipatica e mi mujé... Señores, ¡tiene un orfato!.. Vamos, no es desagerasión: se pone en la ventana, y apenas doblo yo la esquina, ya está: (Olfateando á cada frase.) «Tú has bebío... Y ha sío aguardiente... Y cuatro copas... Y de en ca e Matirde...» ¡Porque hasta la taberna averigua!...

MAN. La curpa la tiene usté, por haberse casao dos veses.

TRIQ. Ezo ze yama cazarze en zegundas nurcias.

RAMOS Sí, ¿eh? ¡Pues por la gloria e mis difuntos que lo que es en segundas nursias no me güervo yo á casá en toa mi vía!

GALB. (Volviendo á bostezar y á desperezarse.) ¡Aaaaaah!

MAN. Hombre, Garbana, que hay visita.

GALB. ¿Vizita?... (Arrastra la silla hasta la callejuela del foro, la apoya en la esquina de la prendería, y se desploma en ella como antes.)

RAMOS Pero, oiga usté, señó Manué, ¿es sereno ese?

TRIQ. Eze lo que tiene ez un *establecimiento* de la médula que no ze pué lamé.

RAMOS Ese lo que no tiene es vergüensa ninguna.

ESCENA VI

DICHOS y ARACELI

ARAC. (Por el foro.) Pero, padre, ¿qué hase usté aquí con toa su santa carma? Su artesa reá me ha dicho que vaya usté á armosá en seguía.

RAMOS Su artesa reá le yama á su madrasta.

MAN. ¡Qué güeno!

RAMOS Oye: dile á su artesa reá que no le contesto lo que se me ocurre porque hay gente delante.

ARAC. Ande usté pa ayá, que está por las nubes, y luego las paga conmigo. (Va á irse y vuelve.)

RAMOS Escucha una cosa.

ARAC. Qué.

RAMOS ¿Tú has visto si hay ensima e la cómoda una boliya de esas que yo yevo pa los perros?

ARAC. Ensima e la cómoda no hay na.

RAMOS ¡Ya se la comió!

ARAC. ¡Padre!

RAMOS ¡Que se la comió! ¡Si yo la puse á propio intento, chiquiya!... ¡Como es tan curiosa!...

TRIQ. No le haga usté cazo á zu papá, que ez un guazón mu grande.

ARAC. Vamos, ¿se viene usté ó se quea?

RAMOS Ya estoy ayí.

ARAC. (Yéndose por el foro.) También usté se pone más pesao...

RAMOS (Viéndola ir.) ¡Místela, señó, místela! ¡Vaya unos piesesitos! ¡Se sostiene porque se va clavando en las losas, si no, no podría!... Triquitraque, ¡vamos á bebernos esos chatos á la salú de mi pimpoyo!

TRIQ Vamos ayá.

MAN. Señó Ramos, que lo aguarda á usté su mujé... ¿No desía usté que le da reparo entrá en la taberna?

RAMOS No es que me dé reparo presisamente; es que creo yo que debe darme. Que no es lo mismo... Anda, vámonos, tú. (Sale Valle por la izquierda.)

TRIQ. Hasta ahora. (Reparando en Valle.) (La de Pepe Luis. De hoy no paza que hable yo con eya.) (Vase por la derecha con Ramos.)

ESCENA VII

GALBANA, VALLE y SEÑÓ MANUEL. Después PEPE LUIS

(Pausa.)

MAN. (Desde su puesto.) ¿Qué hay, güena mosa?

VALLE (Desde la prendería.) Na. Ya ve usté.

MAN. (¡Probesita! No piensa más que en er descastao de mi hijo.)

VALLE (Ar probe viejo no se le cae er mosito de la imaginasión.)

MAN. (A mí no me gusta nombrárselo, no se crea que yo lo defiendo.)

VALLE (Yo no le digo na, no se figure que no sé hablá de otra cosa.)

(Nueva pausa. Aparece Pepe Luis por la callejuela del foro, andando despacio y mirando á izquierda y derecha con cierto recelo.)

MAN. (¡Hola! ¡Ya paresió er perdío!... Haré como que no lo veo.)

(Pepe Luis se acerea á Valle; ésta lo mira con desdén, le vuelve bruscamente la espalda y se va. Pepe Luis expresa su desagrado con un gesto cómico Luego avanza sin decir una palabra hasta ponerse junto al señó Manuel, que finge estar abstraído en el arreglo de sus pájaros.)

ESCENA VIII

GALBANA, SEÑÓ MANUEL y PEPE LUIS

PEPE (Después de una pausa.) ¡Ejém!

MAN. (Volviéndose hacia él.) ¡Adiós, hombre! Por fin viniste... (Hay que tené genio, Manué; no te ablandes.) (Gritando mucho.) ¡Contento me tienes! (¡Camará! si empieso así, ¿qué dejo pa lo úrtimo?) (Bajando algo la voz, pero fingiendo mucho enfado.) ¡Contento me tienes! ¡Te estás portando como nunca! (Pepe Luis lo oye como quien oye llover, y comiendo con mucha calma camarones, que lleva en una mano.) ¿Tú crees que este probe viejo está aquí trabajando tó er día pa mantené tus visios? ¿Usté se figura que no hay más que yevarse por ahí de diversión las semanas enteras sin ocuparse de lo que á su padre le ocurra, y luego ven á casita con sus manos lavás y sus orejas gachas y una cara mu triste pa que uno lo perdone? ¡Pos estás equivocao, Pepe Luis!... ¡Tendría que vé más que una fiesta e toros!... Y lo que es tu novia, me paese que esta úrtima no te la pasa... Por supuesto que lo tienes bien meresío... Y yo creo que más vale perdé la amistá de los cuatro sinvergüensas que te sonsacan pa que les cuentes cuentos y pa divertirse á tu costa, que er cariño de una muchacha tan cabá y tan reá mosa como Vaye, y la güena voluntá de este probe viejo... (Sulfurándose.) ¡Sobre to, atiendas ó no atiendas á rasones, que me tienes mu harto; y que en lugá de predicarte otra vé como ahora, voy á resibirte á pedrás y serrándote las puertas e mi casa! ¿Te has enterao bien? ¡Lo que es conmigo no se juega!... Y no te digo más... ¡Y se acabó lo que se daba!... ¡Y cuidaíto con lo que se dise!... (Pausa.)

PEPE (Ofreciéndole un puñado á señó Manuel.) ¿Quié usté unos poquitos e camarones?

MAN. (Dándole un golpe en la mano.) ¡Vaya usté enhoramala! ¿Cómo voy á desirte que no estoy pa fiestas?... ¡Y qué bonito vienes!... Disfrasao, como de costumbre... Esa chaqueta no es la tuya... Er sombrero tampoco... Pero, oye, oye, oye... (Ya ha empeñao er reló.) ¿Quiés hasé er favó de desirme la hora que es?

PEPE ¿La hora? Pos miste, papá: (Después de mirar al cielo.) por er só, que es la fija, las dié menos sinco.

MAN. Dejémonos de historjas, Pepe Luis. ¿Ande está tu reló?

PEPE ¿Mi reló? ¡Desde er martes que me fuí no ha parao de anda ni un minuto, no vaya usté á creerse!...

MAN. Güeno, sí; pero yo te pregunto que dónde está.

PEPE Señó, usté carcule: andando sin pará desde er martes... ¡vaya usté á sabé á dónde se habrá dío!

MAN. Miá que no tengo ganas e reirme, tú.

PEPE Ah, no; pos sin ganas no debe usté reirse.

MAN. Esto es menesté que se acabe, Pepe Luis. Esto no pué sé...

PEPE No pué sé, no señó... Escuche usté, papá; ¿usté me va á creé á mí lo que yo le diga?

MAN. Según lo que sea.

PEPE Pos premita Dios que si yo le güervo á dá á usté un dijusto más, se me caiga to er pelo y paezca un queso e bola raspao, que es lo que más afea á los hombres... Vi á darle á usté menos ruío que un canario en la pelecha... Vi á comé na más que chochos y aiveyanas, y á to tirá... caña durse de postre, pa no hasé gasto. Er vino lo vi á tomá con cuenta gotas... En fin, vi á hasé una vía, que como se entere er Papa va á queré cartearse conmigo. No le digo á usté más.

MAN. (Sonriéndose.) No estás tú mar gitano. ¿Y desde cuándo va á sé eso?

PEPE ¿Eso? ¿Hoy qué es?

MAN. Lunes.

PEPE ¿Lunes? Güeno; pos desde er domingo sin farta. Sí, porque er sábado vi yo á tené que

dí al entierro de uno que se va á morí er viernes.

MAN. Güena piesa estás tú, grandísimo granúja, y bien me conoses er flaco.

PEPE (Abrazándolo.) ¡Es usté más güeno que los mostachones de Utrera!

MAN. Pero lo que es á tu novia no te será tan fasi conquistarla.

PEPE ¿La quié usté yamá y dejarnos solos?

MAN. Yo no me meto...

PEPE Ande usté; si la yamo yo no va á salí...

MAN. Siempre ha de sé tu gusto... (Acércase á la casa de Valle y llama.) ¡Vaye, escucha una palabra!... Ya estás servío... Ahí la tienes; prueba... (Entrase en su casa.)

ESCENA IX

GALBANA, PEPE LUIS y VALLE

(Valle sale, y al ver á Pepe Luis trata de irse.)

Música

PEPE (Acereándose á ella.)

Oyeme, chiquiya,
que, por mi salú,
no vale Seviya
lo que vales tú.
Y aunque no hay monea
pa comprarte á tí,
toito lo que puea
voy á reuní.

—

VALLE (Alejándose desdeñosa de Pepe Luis.)

¿A qué me buscas? ¿A qué me yamas?
De tu persona no quieo ya na.
Si mi cariño tienes en poco,
busca quien sepa quererte más.

—

PEPE — Morenita presiosa,
como el agua marina salá,
tu cariño no es cosa
que por otro se puea cambiá.
Ya tu sabes, morena,
que yo estoy *chalaíto* por tí,
y me da mucha pena
que celosa me trates así.

—

VALLE — Mentiroso, tunante,
que me dises palabras de mié,
nunca ví á tu semblante
asomarse esa pena crué.
Dame ya, que lo quiero,
to er cariño que en barde te dí,
porque er tuyo, embustero,
hoy pa siempre lo arranco de aquí.
(Llevándose una mano al corazón.)

—

PÉPE — ¡No lo arranques por tu vía,
déjalo un poquito má,
mira que si está agarrao
va á dolerte de verdá!

—

VALLE — Como sé que vale poco
no lo quiero retené,
que prefiero, aunque me duela,
arrancarlo de una vé.

—

PEPE — Várgame Dios, chiquiya,
nunca te he visto así;
dime pa perdonarme
qué es lo que quiés de mí.

VALLE — Haz lo que se te antoje,
en la seguridá
de que pa mí te has muerto
y te enterraron ya.

—

PEPE — Pues por muerto, mi morena, que yo esté,
si me miras como sabes tú mira,

ar momento te aseguro que has de vé
á un cadave que se pone aquí á bailá.

VALLE Cuando yo no te miraba más que á tí,
á otros ojos tú mirabas con amó,
y hoy que quieres con mis ojos reviví
á otros ojos que los tuyos miro yo.

—

PEPE ¡Eso no pué sé!

VALLE ¡Esa es la verdá!

PEPE ¡Yo lo he de impedí!

VALLE ¡No lo impedirás!

PEPE ¡Tú me has de queré!

VALLE ¡Ya eso se acabó!

PEPE ¡Siempre seré dueño
de tu corasón!

VALLE ¡Nunca serás dueño
de mi corasón! (Entrase Valle en su casa.)

ESCENA X

GALBANA y PEPE LUIS

Hablado

PEPE (Siguiendo á Valle hasta la puerta.) Pero escucha, mujé, avente á rasones... Na. Lo que es esta vé se ha enfadao de veras... ¡Por vía e los moros!... Yo comprendo que tengo er genio demasiado alegre y que me he portao má... pero si no le calentaran la cabesa á la chiquiya... Esa pícara vieja se yeva to er día predicándole... Y luego este animá me tiene entre ojos por las bromas que yo le doy, y también carga la mano de lo lindo... Que si bebo, que si no bebo, que si la orvíc... que si me ve con otras mujeres... ¡Así reventara! Por supuesto, que le ví á dá una broma pesá, pa que me tome ojerisa con fundamento... No se la quita nadie... Y va á sé ahora mismo... Pero más pronto que la ló... (Corre hacia el puesto de pájaros y coge un cordel que hay en el rincón.) Yo te daré asuquita, compadre (Acér-

case con precaución á la silla en que duerme Galbana, y ata á una de las patas el cordel.) Como te despiertes te esnuco, peaso e bárbaro... No se escapa, no... Y ahora á amarrá la otra punta... (Vase corriendo por el foro. Después de un momento vuelve á salir frotándose las manos de júbilo.) Va á sé de un efierto... ¡que hasta ayí! Me acredita en to er barrio... ¡Ya verás tú cuando arranque er coche!

ESCENA XI

DICHOS, ARACELI, VALLE y una COMPRADORA

ARAC. (Por el foro.) ¿No está aquí mi padre? ¿En dónde se habrá metío ese hombre? ¡Ay, qué sofocasión!

PEPE ¿Quiés un abanico?

ARAC. Entre los dos van á matarme, Pepe Luis.

PEPE ¿Qué me cuentas, mujé? ¡La pena que vi yo á tené ese día!

VALLE (Asomándose á su puerta.) (¿Con quién habla?...)

PEPE (¡La otra! Me alegro.)

VALLE (¡Esa niña chocante!)

ARAC. Está mi madrasta que parese una fiera enjaulá.

PEPE Chiquiya, no te apures tú mientras yo te viva en er mundo...

(Valle principia á manifestar agitación é impaciencia, que van aumentando por momentos. Sale por el foro una Compradora, cargada de lios y paquetes, se acerca á la tienda de Valle y examina con curiosidad cuantos objetos hay á la puerta.)

ARAC. ¡Ay, qué grasioso!

PEPE Aquí no hay más grasia que la de esa cara que no tiene fin de bonita, y la de ese cuerpo que va derramando jarmines por donde pasa...

ARAC. Miá, Pepe Luis, que las paredes oyen...

PEPE ¿Lo dises por tu novio?

ARAC. Lo digo por lo que lo digo. Yo no tengo novio.

PEPE ¿Pos y *Tachuela?*

ARAC. *Tachuela* es de pega. No hablo con é más que los martes, jueves y sábados. Y pa eso, de mala gana. Pero ahora Andrés er de la botica me ha pedío relasiones formales...

PEPE Pa los lunes, miércoles y viernes, ¿no es eso?

ARAC. Cabalito.

PEPE Pos si quiés uno pa los días e fiesta... cuenta con este cura.

ARAC. Quéate con Dios, guasa viva. Vi á buscá á mi padre.. (Echando á andar hacia la izquierda.)

PEPE Oye...

ARAC. No tengo na que oí... Tú no gastas más que jarabe de pico.

PEPE ¡Pos jarabe de tu pico es lo que yo voy buscando, arma mia! (Vase por la izquierda tras Araceli.)

ESCENA XII

GALBANA, VALLE y una COMPRADORA, TRIQUITRAQUE y RAMOS

RAMOS (Por la derecha, con Triquitraque.) ¡Me huele! ¡Asi tuviea yo tan segura la gloria como que me huele! (Mirando hacia la izquierda.) ¿Pero es verdá lo que ven mis ojos?

TRIQ. ¿Qué?

RAMOS ¡Pepe Luis con mi chiquiya!

TRIQ. Es verdá...

RAMOS ¿Se habrán entendío? ¿Sabrá argo er señó Manué?... Voy á preguntarle... Aguárdame aquí. (Entra corriendo en casa del señor Manuel.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos RAMOS

VALLE (¡Pero qué ganitas tengo de arrancá un moño!)

TRIQ. (La ocazión la pintan carva, Frasquito.)

COMP. (A Valle.) Diga usté, joven, ¿vende usté marcos viejos?

VALLE (Con sequedad.) No.

COMP. ¿Cómo que no? ¿Y esos que estoy yo viendo aquí?

VALLE Esos están de adorno.

COMP. ¡Hija, qué genio gasta usté!

VALLE Er que tengo, madre.

COMP. ¡Lo que es así va usté á vendé mucho!

VALLE Eso es lo que á usté no le importa.

COMP. ¡Vaya unas maneras! (Apártase de la prendería y se va hacia el puesto de pájaros; al paso le dice á Triquitraque.) ¿Ha visto usté qué arpía?

TRIQ. (Indignado.) Po zi ezo ez una arpía, ¿qué zerá uzté, zeñora?

COMP. (¡Otro que tal baila!) (Se acerca á los pájaros y los observa con detenimiento.)

TRIQ. (Aproximándose á Valle.) Niña... *enjuague* usté eze yanto...

VALLE ¿Quién le ha dicho á usté que yo yoro?.. ¿Dónde está er yanto?

TRIQ. Er yanto no es mesté que zarga pa que ze vea... Y zi hay por ahí argún mal ange que le dé á usté dijustos, no tiene usté más que decírmelo...

VALLE ¿Y lo deja uzté *zeco*, eh?

TRIQ. Cabá: lo dejo zeco.

VALLE ¿Por qué no se gana usté la vía en los baños der río?

TRIQ. ¿Yo? ¿De qué?

VALLE ¡De sábana!

TRIQ. ¡La mare e Dios! ¡Tiene usté gracia y zimpatías pa diez y ziete personas... y zobra tela!

VALLE (¿Si se creerá ese que me voy á morí porque é no me mire?)

TRIQ. Ezo, tocante á usté; que tocante á mí, usté ya zabe que manda en to mi lao izquierdo.

VALLE (Y le voy á hasé caso á este.. ¡Pa que rabie y sufra!)

TRIQ. Y tocante á dambos á la vé, zi usté zalieze esta noche á la reja... le diría yo cuatro palabras zentías que tengo que decirle...

VALLE Pos si no es más que eso... ¡por oirlas no vi á perdé na!...

TRIQ. Y yo pueo ganá mucho... (Sale Pepe Luis por la

izquierda y se encamina á su puesto, mirando con interés á Triquitraque y á Valle.)

VALLE. Convenío... Pos á las ocho... ¡en la reja!

TRIQ. ¡Bendita zea eza boca! (Hablan bajo los dos.)

ESCENA XIV

DICHOS y PEPE LUIS, luego RAMOS, SEÑÓ MANUEL y MOSQUITO

PEPE. (¿En la reja ha dicho?... ¿Y con ese?)

COMP. Oiga usté, mosito.

PEPE. (Con mal modo.) ¿Qué quié usté, señora? (Pasea agitado. La Compradora lo sigue.)

COMP. (Presentándole una jaula pequeña.) Este jirguero, ¿cuánto vale?

PEPE. (Sin dejar de mirar á Valle y á Triquitraque.) Un duro.

COMP. ¿Un duro?

PEPE. Digo, no, una perra gorda. Me había equivocao. (Encarándosele.) ¿Acaso no se pué uno equivocá?

COMP. ¡Ya lo creo!... ¿Y canta bien?

PEPE. Sí, señora. (¿En la reja? Primero me tiro ar río que dejarlos hablá.)

COMP. Entendámonos; ¿no será una castaña?

PEPE. No, señora.

COMP. ¿Tiene bonita voz?

PEPE. Sí, señora.

COMP. ¿Y es de los que se cayan en la muda?

PEPE. No, señora.

COMP. ¿Y da notas artas?

PEPE. ¡Sí, señora! ¡Según donde se cuergue!

COMP. ¿Y canta muy seguido?

PEPE. (Arrebatándole la jaula.) ¡Señora, vaya usté mucho con Dios, que no vale er bicho la saliva que estamos gastando!

MAN. (Saliendo de su casa con Ramos.) ¿Qué pasa, hijo?

PEPE. ¿Qué ha de pasá? ¡Que esta mujé quié yevarse á Juan Breva por una perra gorda! (Señó Manuel y Ramos se ríen.)

COMP. ¿Habrá insolente? ¡Ya se lo diré yo á mi marido! (Va á irse por el foro á tiempo que sale Mosquito muy aprisa. Tropieza con él y se le caen todos los líos y paquetes.)

MOSQ. ¡Pepiyo Luis!... Señora, usté perdone...

COMP. ¡Anima! ¿En dónde yeva usté los ojos?
MOSQ ¡Pepiyo Luis!
PEPE ¡Mosquito! (Se abrazan.)
COMP. Digo, ¿eh? (Empieza á recoger sus cosas refunfuñando. Señó Manuel y Ramos la miran y se ríen.) La cretona... El hilo... ¡Adiós, tomates!... Los botones... Los estropajos... ¿Y er melón? ¿Dónde he echao yo er melón?... ¡Animas benditas! ¡Lo he dejao en la tienda de las escobas! (Corre hacia la izquierda. En este momento óyese ruido de cascabeles; se supone que arranca el coche á que ató Pepe Luis la silla de Galbana. Tiran de ella hacia dentro, y éste, despedido, da algunos traspiés vacilante, sin comprender lo que le ocurre, y se cae encima de la Compradora, á quien se agarra para no dar con su cuerpo en tierra. Los lios de la Compradora vuelven á rodar. Todos se ríen á carcajadas, señalando á Pepe Luis como autor de la broma. La Compradora se desase violentamente de Galbana y lo insulta y le pega. Galbana, asombrado, se mete los puños por los ojos y mira á todas partes creyendo que sueña. Las risas y la algazara duran hasta que cae el telón.) ¡Bárbaro! ¿Me ha tomao usté por un colchón de mueyes?
RAMOS ¡Este ha sío! ¡Tiene la grasia e Dios!

CUADRO SEGUNDO

Fachada posterior de la casa de Valle. Una ventana practicable con reja. A la izquierda del actor, una taberna. Es de noche

ESCENA XV

TRIQUITRAQUE, luego VALLE

(Suenan las ocho, lejos, en un reloj de torre. Pausa.)

TRIQ. (Por la izquierda.) Acaban de dá laz ocho en la Girarda... Las campanás paece que me han retumbao aquí dentro y que me han empujao pa este zitio... (Acércase á la ventana de Valle

y luego pasea.) Nadie toavía... Pero zardrá la niña, no hay cudiao. Y como yo tenga fortuna, y zuerte to er chorro de una vé.. pa mí que la elertrizo. Traigo aprendía una palabra que le va á gustá mucho: *ercétera*... Ze dice cuando no zabe uno por donde zalí y quié queá como Dios manda... *Ercétera*... Hola, ya ziento er ruío de la farda. Ahí está la mocita.

VALLE (Asomándose á la ventana.) Güenas noches, Frasquito.

TRIQ. Pa mí zon zupeiiores, paloma.

VALLE Pos pa mí hase muchísima caló.

TRIQ. Ya he dicho yo que este verano ze ha venío mu pronto la *temperatura*.

VALLE (¡Cómo me gustaría que pasara el otro!) ¿Espera usté hase mucho rato?

TRIQ Desde que dieron laz ocho en la Catedrá. Pa esto de la puntualidá zoy un *barómetro*.

VALLE Ya lo veo.

TRIQ. (No zé cómo rompé...) Zupongo, niña, que cuando usté ha zalío á la ventana ha zío porque... porque eza es zu voluntá... y porque... porque... amos. . porque... (¡Me paece demaziao pronto pa meté la *ercétera!*) Quieo decí... porque no le zon á usté der to indiferentes estos peacitos..

VALLE Pos está usté equivocao en más e la mitá, hijo de mi arma.

TRIQ. ¿Zí? Tiene ezo la má de zalero.

VALLE No sabía yo que era tan salerosa.

TRIQ. ¿No, verdá? Pos miste, además de zaleroza ez usté mu mal intencioná, y mu guazoncita... y mu... mu... ¡mu!...

VALLE ¡Juya usté, Triquitraque, que viene el ensierro!

TRIQ. ¡La mare e Dios! ¡Cuando digo que tiene usté la zá por quintales!... Tres pitiyos ze me daban á mí tos los toros, estando como estoy delante de ezoz ojitos que zon doz estreyas, y de eza boquita que ez un clavé... y de ezos hoyos e la cara que zon dos rinconcitos der cielo... y... y... y *ercétera* .. (¡Ahora zí que la he metío bien!)

(Pepe Luis y Mosquito salen por la derecha, donde se detienen hablando.)

VALLE Diga usté, ¿quiénes son aquéyos?
TRIQ. Mosquito y Pepe Luis.
VALLE ¿Pepe Luis?
TRIQ. Zeguramente vienen á cobrarme er pizo. Ya me lo había yo maliciao.
VALLE (Lo esperaba.)
TRIQ. Le azeguro á usté que esta ez una costumbre que me zienta peó que la leche encima er gazpacho.

ESCENA XVI

DICHOS, PEPE LUIS y MOSQUITO

Música

PEPE (Acercándose á la ventana.)
Güenas noches.
TRIQ. Güenas noches.
VALLE (Me figuro su intensión.)
MOSQ. Dios los guarde.
TRIQ Muchas gracias.
(¡Qué cumplíos zon los dos!)
PEPE Voy á haserte una pregunta.
MOSQ. Y la misma te hago yo.
TRIQ. Pos hacerla, y en zeguía
les daré contestación.
VALLE (A cobrarle er piso vienen,
tan seguro como hay Dios,
y milagro que no traigan
otro fin argo peó.)

—

PEPE Esa niña que está en la reja
y la caye alumbrando está
con la lú de sus ojos negros
que paresen dos candelás;
esa niña que vale un mundo,
¿se merese que su galán
nos or equie con cuatro cañas
por la gloria de su mamá?

—

TRIQ. Esta niña que está en la reja
y la caye alumbrando está
con la lú de zuz ojos negros
que parecen dos candelás:
está niña que vale un mundo
y me tiene á mí por galán,
ze merece... no cuatro cañas,
¡ze merece un cañaverá!

—

PEPE
MOSQ. ¡Pos vamos á beberlas!
TRIQ. ¡Pa luego es tarde!
PEPE ¡Y dispense la mosa
por un istante!
TRIQ. Con zu permizo, reina.
VALLE ¡Vaya una grasia!
PEPE ¡Sujete usté los nervios,
que poco tarda!

(Van hacia la taberna los tres. Cuando entran en ella Triquitraque y Mosquito, llégase Pepe Luis rápidamente á la reja, y habla con Valle lo que sigue.)

VALLE ¿Qué buscas aquí? ¿A qué viene?
PEPE No busco na. Vengo á desirte... ¡á jurarte! que con ese nene no hablas esta noche dos palabras seguías.
VALLE ¿Que no?
PEPE ¡Que no!
VALLE ¡Lo veremos!
PEPE ¡Lo veremos! (Entra corriendo en la taberna. Sigue la músiea.)
VALLE No sé qué me ha dao
ar mirarlo yegá junto á mí,
como en otros tiempos
en que nunca fartaba de aquí.
No sé qué me ha dao
al oí lo que luego juró,
ér que pa mí siempre
sólo tuvo palabras de amó.
Sólo sé que ar verlo
toa mi sangre en la cara sentí,
y tuve alegría, coraje y tristesa,
y ganas de haserlo cachitos así...

PEPE (Saliendo de la taberna con Triquitraque y Mosquito.)
¡Er viniyo es de primera!
MOSQ. ¡Er viniyo es superió!
TRIQ. Ziempre pío cuando pago
de lo güeno lo mejó.
PEPE ¡Er viniyo es cosa rica!
TRIQ. (Tiene ganas de estorbá.)
PEPE ¡Er viniyo es gloria pura!
MOSQ. ¡Gloria pura de verdá!
VALLE (Se propone er condenao
que me aburra der plantón.)
TRIQ. Ya la niña ze impacienta.
PEPE
MOSQ. ¡Er viniyo es superió!

Hablado

PEPE ¡Viva er rumbo de Triquitraque!
MOSQ. ¡Viva Triquitraque!
PEPE Ya sabía yo que donde está Triquitraque...
MOSQ. Triquitraque es to de sus amigos..
PEPE ¡Si conoseremos aquí á Triquitraque!
MOSQ. Triquitraque...
PEPE Triquitraque...
TRIQ. Zeñores... ¡que ze está abuzando der Triquitraque! (Volviéndose hacia la ventana.) Usté dezimule, pimpoyo, voy ayá.—¡Y Triquitraque tiende á un hombre más pronto que la vista!
PEPE Camará, Triquitraque, no te ofendas tú con nosotros... Ya te dejamos.
MOSQ. Lo dejaremos, sí; que se ha incomodao Triquitraque.
PEPE Vamos á despedirnos de la novia. (Acercándose á la reja) Joven, cuide usté á Triquitraque, que vale un Perú.
MOSQ. ¡Y dele usté tila pa los nervios!
PEPE ¡Y agua de asahá!
TRIQ. (Saltando.) Pero, ¿qué viene á zé esta guaza?
PEPE Na, Triquitraque, no te arteres. Güenas noches, niña. (Valle no contesta. Pepe Luis levanta más la voz) ¡Niña, güenas noches!
VALLE (Con desabrimiento.) Güenas noches.
PEPE (A Mosquito.) (Arsa tú á lo que te he encargao.)

MOSQ. (A Pepe Luis.) (Ya verás; va á tené que dí por un paraguas.) (Se van por la derecha.)

ESCENA XVII

VALLE, TRIQUITRAQUE y un MENDIGO

TRIQ. ¿Ha visto usté qué graciozos, pichona?

VALLE Lo que he visto es que tiene usté mu poca arma.

TRIQ. ¿Por qué? ¿Porque no los he tendío aquí mismo? Ezo ha zío por evitarle á usté un espertáculo repurnante... Sobre que yo lo que quería era que ze fueran pa zeguí er palique...

VALLE Ea, pos empiese usté á desirme cosas...

MEND. (Por la derecha. Es cojo. Acércase con el sombrero en la mano á Triquitraque y le habla con voz fúnebre.) Hermanito, una limosnita, que toavía no me he dezayunao...

TRIQ. Dios lo ampare.

MEND. Ande usté, aunque zea un centimito na más, pa completá pa un boyo... que tengo mucha hambre...

TRIQ. ¡Perdone, hermano!

MEND. Por caridá... Un céntimo no lo zaca á usté de probe... No premita Dios que ze vea usté nunca como yo me veo... con ocho de familia, impedío y zin poderlo ganá... Ande usté, hermanito; Dios ze lo pagará y la Virgen der Carmen... ¡que lo pío con mucha nececidá!...

TRIQ. (Dándole una moneda.) ¡Valiente mosca! Tome usté.

MEND. Dios ze lo pagará y la Virgen der Carmen, hermanito.

TRIQ Güeno.

MEND. Dios le dé á usté mucha zalú y zuerte pa zeguí zu oficio... No premita Dios que ze vea usté nunca como yo me veo... con doce de familia, impedío y zin poderlo ganá...

TRIQ. Vaya, ¿quié usté dejarnos?

MEND. Dios la conzerve á usté tan guapa, herma-

nita... y Dios les dé á ustedes mucha zalú y tos loz hijos que quieran...

TRIQ. ¿Cómo ze le va á decí á usté que ze largue?

MEND Escuche usté, hermanito; miste como voy... ¿No tendría usté en zu caza unos pantalonziyos viejos que darme?

TRIQ. Lo que tengo en mi caza ez un bastón que ze me ha orvidao esta noche, ¿zabe usté?

MEND. No ze incomode usté, hermanito... Dios le dé á usté mucha zalú...

TRIQ. ¡Zí... pa zeguí mi oficio!...

MEND. No premita Dios que ze vea usté nunca...

TRIQ. ¡Como usté ze ve!

MEND. Con quince de familia, impedío...

TRIQ. ¡Y zin poderlo ganá! ¡Aire, aire por ahí!

MEND. Ea, pos güenas noches... Con Dios, hermanita.

VALLE Adiós, gotera. (Vase por la izquierda el mendigo.)

ESCENA XVIII

VALLE y TRIQUITRAQUE

TRIQ. ¡La mare e Dios! ¡Ezo es peó que un pá de purgas en la esparda!

VALLE (De seguro lo ha mandao Pepe Luis... Nos va á dá la noche.)

TRIQ. Pues como iba á decirle á usté, botón de roza... (De arriba empieza á caer agua sobre Triquitraque, que levanta la cabeza y grita atufado.) ¡Me cazo con la má! ¿Le paece á usté que estas zon horas de regá macetas? (Retírase de la ventana y se sacude el agua.)

VALLE ¡Ave María!

TRIQ. ¡Chavó, zi está regando con un cubo! ¿Que no tiene usté regaera? ¡Poz hija de mi arma, coja usté aunque zea er colaó de la cocina!

VALLE ¡Esta noche está mu grasiosa la gente!... No haga usté caso, Triquitraque... Siga usté con sus cosas.

TRIQ. ¡Aspere usté que acabe de goteá! ¡Me han puesto bonito!... ¿Pos no ze está riendo? ¡A vé zi zubo!

VALLE (Con ironía.) Después de to, lo mejó es eso: reirse.
TRIQ. ¿A usté también le hace gracia, precioza?
VALLE Arguna me va hasiendo... (¡Ese Pepe Luis!...)
TRIQ. (¡Estoy aviao!)

ESCENA XIX

DICHOS y una GITANA con tres niños, uno de ellos en brazos

VALLE ¿Escampa ya?
TRIQ. Ya paece que escampa... Conque, escúcheme usté, princeza... (Dando la espalda á la derecha.)
GITANA (Por la derecha.) Moreno, ¿me vas á dá unos ochavitos pa estos chavales?
TRIQ. (Volviéndose hacia ella sorprendido y gritando furioso.) ¡Lo que te vi á dá va á zé un tiro!
VALLE ¿Otra?
GITANA ¡Ay, San Blá, mala yerba has pisao!.. Anda, güen moso, por los ojos e la cara e tu novia, que son dos luseros...
TRIQ. ¡Largo de aquí!...
GITANA ¿No quiés que te diga la güena ventura, salao? ¿Y tú, morena, no quiés que te la diga tampoco?
TRIQ. ¡O te vas ó te rompo un güezo!
GITANA ¡Várgame Dios, bien podías aprendé á sé más fino con las señoras!...
VALLE ¡Ay, qué jaqueca!
GITANA Grandísimo roñoso, ¿no me das arguna cosita pa los churumbeles? Ten mejores sentrañas. Pena te debia de dá verlos... Miá este probesito: le han puesto la cara las viruelas que paese un asiento e rejiya.
VALLE ¿Las viruelas has dicho? ¿Quié usté irse, demonio e gitana?
TRIQ. Zi no te vas por las güenas, te ajorco: escoge.
GITANA ¡Adiós, verdugo! No seas asina, que te va á aborresé tu novia, que tiene er corasón más blando que la carne e membriyo.
TRIQ. ¡Ni por ezas conzigues na!
GITANA ¡Ea, pos mala puñalá te den en la barriga!... ¡Ámonos, niños!... Tú, salerosa, deja á este

mar gaché, que es mu miserable y te va á tratá como á un fueye.. ¡No te va á alimentá más que de viento!

TRIQ. ¡Ya ze me ajumó á mí er pescao! ¡Fuera de aquí!

GITANA ¡Dañina víbora te pique!... ¡esaborío!... ¡roíya e cosina!... ¡papé de prosperto!... (Va á irse y vuelve.) ¡Como los papeliyos en Carnavá te veas: picao y tirao!...

TRIQ. ¡A vé zi te cojo!

GITANA ¡Qué me has de cogé, malas tripas! ¡Premita Dios que se te jinchen los pies... y te jagan cartero! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XX

VALLE y TRIQUITRAQUE

VALLE Vamos, Triquitraque, esto ya no se pué sufrí...

TRIQ. No ze pué sufrí...

VALLE ¡Basta de conversación esta noche, que lo que es de mí no se burla nadie!

TRIQ. ¿Pero quién ze burla?

VALLE Yo me entiendo.

TRIQ. Pos yo no.

VALLE ¡Pos avive usté er sentío! (Retírase de la ventana.)

TRIQ. Pero oiga usté, prenda... ¡La mare e Dios! (Fuera de sí.) ¡Mardita zea la quina! ¡Ar primé probe que me encuentre lo dejo zeco! ¡Y ar primé guazón que me hable de esta niña lo dejo zeco! ¡Y ar primé pamplinozo que me estorbe lo dejo zeco! ¡Y á to er que ze me ponga por delante lo vi á dejá zeco!... ¡Zólo que antes vi á dí á mi caza á zecarme yo, que estoy chorreando! (Vase precipitadamente por la izquierda.)

CUADRO TERCERO

Patio de una casa de vecindad. Dos puertas al foro, de las habitaciones de Valle y señá Josefa. A la izquierda del actor, en primer término, la puerta de la de Ramos, y en segundo término la escalera. A la derecha, el portón que conduce á la calle y la puerta del cuarto de Antonia, en primero y segundo término respectivamente. Corredor del piso principal á lo largo del foro, con baranda de madera pintada. Dentro de algunos aros sujetos á ella, macetas de distintos tamaños con flores. Dos puertas. En medio del patio un pozo, alrededor de cuyo brocal, formado por una barandilla de hierro, hay también algunas macetas. A la puerta de todos los cuartos varias sillas, y una inmediata al pozo. Junto al portón un farol encendido.

ESCENA XXI

VALLE, SEÑÁ JOSEFA, ARACELI Y REPOSO

(Araceli y Reposo pasean cogidas del brazo y Valle sale violentamente de su cuarto seguida de la señá Josefa.)

Jos. ¿Me quiés acabá e desí lo que te ha pasao en la ventana?

Valle ¿Me quié usté dejá en pá, señora?

Jos. ¡No, que no quieo dejarte!

Arac. ¡Cuidao con los perritos rabiosos, señá Josefa!

Valle Oye, ¿y á tí quién te da vela en este entierro?

Rep Yama á tu padre que es munisipá.

Arac. No hase farta que venga mi padre pa defenderme á mi.

Valle Es claro; con que vengan los novios que tienes en artivo servisio, ¡gran parada!

Arac. Me basta con uno que está fresco.

Valle Tú sí que estás fresca, si te lo has yegao á creé.

Arac. ¿Eso es envidia?

Valle ¿Envidia, porque quiés cogé lo que yo dejo?

REP. (Llevándose á Araceli hacia la calle.) Vamos á buscá á tu padre que es munisipá.
VALLE ¡Adiós, reló de repetisión!
ARAC. (Yéndose con Reposo.) Probesiya, está tocá der sentío.
VALLE Y tú, ¿no estás tocá?
JOS. ¡A vé si te cayas, que tienes una lengua mu larga!
VALLE ¡Mejó pa mí!
JOS. ¡Ave María, qué genio vas echando!
VALLE ¡Er que me da la realísima gana!
JOS. ¡Pos anda y que te den servesa! (Metiéndose en su cuarto.) ¡Vas á acabá conmigo!

ESCENA XXII

VALLE y ANTONIA

ANT. (Asomándose á su puerta.) Pero, oiga usté, ¿esto es una casa esente ó es un corrá? ¿No sabe usté que mi marío está malo y que no pué con la cabesa de cargá que la tiene?
VALLE ¿Y tengo yo la curpa?
ANT. ¿Qué quié usté desí, so argofifa?
VALLE ¡Lo que usté ha entendío, so estropajo!
ANT. ¡Voy á darle la untura ar probesito y sargo á que me repita usté eso! (Vase.)
VALLE ¡Sarga usté cuando se le antoje!

ESCENA XXIII

VALLE y RAMOS. Al final PEPE LUIS

RAMOS (Por el portón.) Pero, Vaye, mujé, ¿qué bicho te ha picao?
VALLE ¿Otro?
RAMOS (Huyendo.) ¡No vayas á atentá contra la justisia, valía de que eres serso debi!
VALLE ¿Debi? (Desafiándolo con fiereza.) ¡Pruebe usté á vé si es debi! ¿Usté no ha visto nunca á un *guindiya* roando?
RAMOS Yo lo que no he visto nunca es una criatura

tan bonita como tú te pones enfurruñá. Si no mirara por la seriedá de mi uniforme, te ganabas un abraso ahora mismo.

VALLE ¿Y usté sabe lo que se ganaba?

RAMOS Una gofetá de cueyo güerto. Por eso no te doy el ábraso. Porque á un cuarquiera, le pegan una gofetá.. y árnica; pero se la pegan ar Munisipio en persona... y ¡la irnominia!

VALLE Pos como no se largue usté pronto... irnominia vamos á tené.

RAMOS Pa irnominia lo que á mí me han dicho.

VALLE Arguna invensión.

RAMOS Que ya no te importa na Pepe Luis.

VALLE No, señó, no me importa. Y á usté menos.

RAMOS Chs... chs... Déjate di una mijita. A mí me importa más e lo que tú piensas... porque lo voy á casá con mi Araseli.

VALLE ¿A quién?

RAMOS A Pepe Luis. (Valle lo mira con furor.) (¡Cáscaras! ¡qué manera e mirarme!) Con Dios, mujé, que te alivies. ¡Y hate cuenta de que no he dicho na!... Y cuidaito con los escándalos, ¿me oyes? que mi mujé ha salío .. y yo no tolero en la casa más escándalos que los suyos. (Vase hacia la calle. En la puerta detiene á Pepe Luis que llega.) Hola. ¿No has visto á mi pimpoyo?

PEPE Sí.

RAMOS Pos no te arrimes á esa otra, que está que muerde. (Se va. Valle se sienta en primer término.)

ESCENA XXIV

VALLE y PEPE LUIS

PEPE (Acercándose muy despacio á Valle.) Soy yo. No te asustes. (Valle le vuelve bruscamente la espalda y manifiesta desasosiego.) Vamos, ¿te enfadas porque no te he dao las güenas noches, verdá? Pos si no es más que eso, güenas noches. (Pausa.) ¿Ni por esas me miras? Mujé, yo creo que cuando uno se presenta como las personas,

se le debe contestá si saluda... ¿No?... Pos déjalo. (Nueva pausa.) Escucha: ¿has hablao mucho con Frasquito?

VALLE (Con ira.) De nadie armito burlas, ¿oyes tú? y tuyas menos que de nadie. Vete, que no te quieo ni vé.

PEPE Mu pronto voy á dirme, y va á sé pa un rato. Porque yo no sé si te habrán dicho que he desidío meterme fraile.

VALLE (Con desprecio.) ¡Qué grasioso!

PEPE ¿Te hase grasia de veras? Menos má... Sabrás que esta noche, solito como la una en mi cuarto, agarré y me dije: «Pepe Luis, ya que la mujé á quien tú querías no te quiere, métete fraile, y despídete der mundo.» Y como pa mí to er mundo eres tú, aquí me tienes de despedía.

VALLE Güeno, pos dale expresiones al prió.

PEPE Atiende, presiosa. ¿Ni siquiera que me atiendas merezco? Ya que yo, por mi mala cabesa, me veo privao de tu queré, quieo poné de mi parte to lo posible pa que el hombre que tenga la fortuna de que tú le sepiyes la ropa, sea dirno de dí tan bien sepiyao... Yo sé que tu agüela se ha empeñao en casarte con *Chicharito*. ¿No es verdá? Güeno. *Chicharito* tiene este arto. (Indicando muy poca estatura.) Pero, mírame, prenda... Este arto, ya digo. Es un hombre que esta en abreviatura... Sales con é corgao der braso, y en vé de tu marío va á paresé que yevas er canasto pa dí a la compra.

VALLE (Con menos aspereza que hasta aquí.) ¿Y es eso to lo que tienes que desirme?

PEPE Tú, escucha y caya. A *Chicharito*, además, le veo yo otro inconveniente: er coló. ¡Er coló, no te rías!

VALLE No, si no me río.

PEPE Me había querío paresé. Tú eres morenita, mu morenita: *Chicharito* es diez veses más moreno que tú... Se casan ustedes, y en vé de niños van á resurtá onsas e chocolate.

VALLE (Sonriéndose y levantándose.) ¿Pero tú has venío aquí á quearte conmigo?

PEPE ¡Várgame Dios, mujé, qué cosas tienes!... No me negaras que de tos los protegíos de tu agüela, er mejó es *Chicharito*; ¡porque miá que Sebastián er sastre!... Aqueyos tres burtos e la cabesa no puen pasá; paese er probe una carambola e reunión... Y luego es una risa un hombre que en lugá de nué tiene un asensó, subiendo y bajando to er día.

VALLE Pero, ¿á qué te cansas, si esas son chocheses e mi agüela?... ¿Por qué no me hablas de Triquitraque?

PEPE Porque temo que me deje *zeco* si se entera, y porque me costa que no lo quiés pa na.

VALLE ¿Crees tú que no lo quiero?

PEPE Como que lo yamaste pa darme selos, cuando yo te los dí con Araseli. Ya ves tú si estoy enterao. En resumías cuentas, salá: que yo, como fraile y como persona y de toas maneras, te aconsejo que de casarte con arguien, te cases conmigo. ¿Qué contestas á eso?

VALLE Que no quisiea más que podé sonarte como si fueas un duro: pa convenserme de que suenas á plomo.

PEPE No, mujé; la plata es de ley, créeme á mí; sino que tengo hoja.

VALLE Conque hoja, ¿verdá?

PEPE Si tú lo sabes... (cogiéndole una mano.) Ven acá, por los ojos e tu cara, ya que he lograo desarrugarte un poco ese entresejo tan bonito, y vamos á hablá como dos personas que se quieren de veras.

VALLE Una... pué sé; pero la otra... ¿Qué has hecho por ahí estos seis días?

PEPE Bien pués presumirlo: despedirme der mundo.

VALLE ¿Y no habíamos quedao en que yo era er mundo pa tí?

PEPE Serrana, es que hay dos mundos: er viejo... y er nuevo que descubrió Colón. Er nuevo eres tú, y der viejo me he despedío pa siempre.

VALLE No te creo.

PEPE ¿Que no me crees? Pero ¿tú no sabes, varita e nardos, lo que hemos tratao mi padre y yo? Pos óyeme bien, y asércate á mí, y mírame de una vé frente á frente... que aunque son las nueve e la noche va á pareserme que sale er só... Er probe viejo no pué ya con la brega e los pájaros, y me ha dicho que si yo me hago un hombre formá me regala er puesto. De mo que cuenta ya conque er puesto es mío. O nuestro, si quiés tú. Ya con er puesto e pájaros se pué viví... Nos casamos tú y yo... ¡cle! y en la luna de mié ¡nos comemos tos los pájaros fritos!

VALLE (Soltando la risa.) (¡Pero qué sombra tiene!...) Y luego ¿qué nos vamos á hasé?

PEPE ¡Luego... Dios dirá! En teniéndote yo á tí á la vera mía, ¡vengan terremotos por horas, como las funsiones der teatro!...

VALLE Güeno, güeno, güeno, no te entusiasmes.. ¿Y si después de casao te sale ar paso arguna de esas con quien te han visto estos días atrás?

PEPE ¿A mí? Con ninguna mujé han podío verme.

VALLE Pos te han visto con una.

PEPE En to caso me habrán visto con dos... Con dos señoras que me preguntaron por la caye e la Pimienta. Las demás son calurnias, que me dejan lo mismito que estaba. Porque la calurnia, ¿sabes tú? viene á sé como el agua clarita, que no mancha si no hay porvo debajo.

VALLE ¿Y esta vé no lo hay?

PEPE ¡Y aunque lo haiga, mujé! ¡Déjate de historias! No me guardes rencó. ¿No te he dicho ya que de ese mundo viejo me he despedío? ¡Pos á viví en er nuevo! Vamos á apostá cuár de los dos quié más al otro, que por la gloria e mi mare que gano yo la apuesta.

VALLE ¿A que no?

PEPE ¿Vas tú á ganarla? ¿Me perdonas der to?

VALLE ¿No te he de perdoná, si pa dejá yo de perdonarte y de quererte sería menesté que se te cayera la campaniya y te quearas múo, grandísimo piyo?

PEPE ¡Pos está bien agarrá, y hay labia pa rato!

VALLE ¡Pos cariño pa rato habrá también!

PEPE (Rebosando alegría.) ¡Ole la grasia e Dios! ¡¡Viva tu mare, y tu pare, y siete generasiones pa atrás, y otras siete pa alante, y bendita sea hasta la hora en que te conosí, que tuve más suerte que er gato de una casa rica!

VALLE ¿Te vas á gorvé loco?

PEPE ¡Lo que voy ahora mismo es á levantá de patiyas á to er mundo, y á armá aquí un jaleo que hasta las piedras der patio van á salí bailando seguiriyas!

VALLE ¡Y las primeras van á sé las mías!

PEPE ¡Ningunas mejores! ¡Conque arsa ya por tus *paliyos*, que en cuanto tú hagas así con los brasos, (Levantándolos como si fuese á bailar) me va á paresé que repican á gloria!

VALLE ¡Pa mí ya han repicao hase un rato!

PEPE ¡Ole los manojitos e flores! (Éntrase Valle en su cuarto corriendo.)

ESCENA XXV

PEPE LUIS, ANTONIA, que sale y entra; luego TRIQUITRAQUE; después, sucesivamente, VECINOS y VECINAS, ARACELI, REPOSO, VALLE y SEÑÁ JOSEFA

PEPE (Yendo de un lado á otro y llamando.) ¡Antonia! ¡Niñas! ¡A vé si se anima la gente!

ANT. (Asomándose á su puerta.) ¿Qué hay?

PEPE Que quieo que me preste usté la guitarra e su marío, pa armá aquí ahora mismo un jaleito probe.

ANT. ¿Y quién le ha dicho á usté que yo tengo humó de jaleos? ¿No sabe usté que mi marío se muere?

PEPE Señora... ¡qué se ha de morí! ¡No se haga usté ilusiones!

ANT. ¡Ay, por Dios, vaya una ocurrensia!

PEPE Déjese usté de cuentos y venga la guitarra ya, que apenas er señó Juan la oiga da un sarto en la cama y se pone güeno.

ANT. Voy á ponerle la cataplasma y sargo en seguía.

PEPE (A Triquitraque, que viene de la calle.) ¡Hombre! ¡Yegas que ni de encargo!

TRIQ. ¿Te aludes á mí?

PEPE ¡Se me ha metío en la cabesa alegrá este patio, que paese un sementerio!

TRIQ. Pos cuenta conmigo, aunque estoy más que mao que er zó.

PEPE ¡Esto marcha á to escape! ¡A vé! ¿Dónde se han metío las prinsesas de este palasio? (Llamando.) ¡Araseli! ¡Refugio! ¡María Pepa! (Asómanse algunos vecinos y vecinas al corredor.) ¡Bajen ustés!... En la caye también hay muchachas... (Llamando desde la puerta.) ¡Niñas, aquí toas, que hay que cantá y bailá hasta que amanezca! (Por la escalera y la puerta de la calle salen vecinos y vecinas. Con estas últimas vienen Araceli y Reposo.)

Música

CORO
¡Viva quien tiene alegría
y caliá
pa meté á la gente en fiesta
con voluntá!
Ya tenemos esta noche
la juerga armá,
pa que luzca er que la tenga
su habiliá.
La que menos de las niñas
sabe bailá,
y er que menos de los mosos
sabe cantá.

Hablado

JOS. (Saliendo con Valle.) (Er demonio de Pepe la ha güerto der revés.)

ANT. (Saliendo con una guitarra.) Aquí está la guitarra.

PEPE Pos venga, y á bailá hasta la fin der mundo.

ARAC. (¿Se han arreglao estos dos?)

ANT. Voy á darle la pirdora á Juan. (Vase. Siéntanse Valle, señá Josefa y algunos vecinos y vecinas.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, RAMOS, SEÑÓ MANUEL y MOSQUITO

RAMOS (Por el portón, con los dos últimos.) ¿No lo dije? ¡Ya está er patio que arde!

MAN. A la paz e Dios.

VARIOS Güenas noches.

MOSQ. ¡Siga, siga la fiesta!

PEPE Conque, niñas, á vé si bailamos esas seguiriyas.

RAMOS ¡Eso, seguiriyas, que es lo que á mí me ensiende la sangre!

MAN. ¿Quién va á bailarlas?

TRIQ. (Con resolución, señalando á Valle.) Esta mocita y yo.

PEPE ¿Que? (A Valle.) (Tú no bailas más que conmigo.)

VALLE ¡Ay, Triquitraque, si usté supiera que se me ha torsío un pie!... Báilalas tú con Frasquito, Reposo.

TRIQ. (¡La mare e Dios! ¡No ze me cuaja na esta noche!)

REP. (Saliendo á bailar.) Yo no sé bailá, pero se hará lo que se pueda.

PEPE ¿No has de sabé, presiosa?... Andando, que yo voy á tocá y á cantá... (Siéntase. Sale Antonia. Pepe Luis canta y toca la guitarra. Algunas muchachas tocan las castañuelas. Los demás vecinos y vecinas llevan el compás con las palmas.)

(Cantando.)

La que no tenga novio
que á bailar sarga,
que yo sé que bailando
novio se saca.
La que lo tenga,
si no baila su novio,
que se esté quieta.

RAMOS (Tirando el kepis á los pies de Reposo.) ¡Ole! ¡Hasta el Ayuntamiento se descompone viendo estas cosas!

MOSQ. ¡Ole! ¡Viva mi barrio!

MAN. ¡Vamos á la segunda!
UN VECINO ¡Bien por la pareja!
OTRO ¡Bien por er cantaó!
ANT. Voy á darle la friega á Juan.
PEPE La puntiya es lo que va á darle. —¡A la otra, á la otra! (Cantando.)

Para encontrá pareja
de seguiriyas
s'ha menesté una carga
de simpatías.
Que no hay morena
que baile con un moso
si no le peta.

RAMOS ¡Ole, saleritos ahí!
TRIQ. (¿Qué quié zinificá eza copla?)
MAN. ¿Se ha fijao en la coplita er bailaó?
MOSQ. ¡Que jate cabos er bailaó!
PEPE ¿Qué dise á eso er bailaó!
TRIQ. (Amostazado.) ¡Er bailaó le va á rompé la cara á uno!
PEPE Hombre, se me figura que eso es hablá demasiao.
TRIQ. Es que zi tú has cantao eza coplita con zegunda, yo no te lo conziento.
VALLE Pos lo menos la ha cantao con tersera ó con cuarta. (Algunos se rien.)
TRIQ. ¿Qué? ¿Pero es que estoy yo haciendo aquí un papé farzo?
MOSQ. ¡Me paese!
TRIQ. ¿Quién ha dicho me paece, que lo ví á dejá zeco?
PEPE Lo ha dicho Mosquito, pero me lo ha quitao á mí de la boca.
TRIQ. ¡Pos ahora verás! (Saca una navaja y la abre. Las mujeres gritan. Los hombres tratan de sujetarlo.)
PEPE (Echando mano á una silla.) ¡Pos verás ahora!
VALLE (Poniéndose entre ambos.) ¡Déjalo, Pepe Luis!
RAMOS ¡Alto á la justisia!
MAN. ¡Muchacho! (Sostienen unos á Pepe Luis y otros á Triquitraque.)
MOSQ. ¡No te pierdas, Pepiyo!
TRIQ. ¡Zortarme, hacé er favó!
JOS. ¡Virgen de los Reyes!
ARAC. ¡No correrá la sangre, no hay cuidao!

RAMOS ¡Arto á la justisia, canela! (Con energía.) ¡Tú, Triquitraque, guárdate esa navaja! ¡Tú, Pepe Luis, suerta esa siya!

TRIQ. Es que...

RAMOS ¡Ya te estás cayando!

PEPE Si no fuea por...

RAMOS ¡Y tú también, ó vais los dos á la casiya! ¡Miá que yo no me caso con nadie!

PEPE Lo creo: tienes de sobra con tu mujé.

RAMOS (Aparte á Pepe Luis.) (No me hagas reí, que estoy en funsiones.)

TRIQ. ¡La mare e Dios!...

PEPE Son cosas e la vía, Triquitraque. To te ha pasao por meterte donde no te yamaban.

TRIQ. Tampoco lo ziento gran coza. Ya me yamarán en otros laos.

VALLE Este siempre tan fino.

TRIQ. Niña, usté zí que es más fina que un corá.

ARAC. (A Ramos.) Padre, ya ha visto usté cómo me ha plantao este granuja.

PEPE Mujé, yo sólo te había dao argunas bromas.

RAMOS Más que por na lo siento porque yo contaba contigo pa que me mataras á dijustos á mi mujé.

PEPE No te apures: otro sardrá.

ARAC. Esta misma noche me ha pedío relasiones en serio er porvorista de ahí ar lao.

PEPE Pos miá tú, ese le conviene á tu padre. ¡A vé si estando un día tu madrasta sola, vuela la casa! (Risas generales.)

RAMOS ¡Checa ahí; tú me has comprendío!

TRIQ. (Otra esgracia: tengo yo ca gorpe que paezco un martiyo, y naide ze ríe. Y en cuanto este guazón abre la boca... ¡ya está!)

VALLE (Al público, señalando á Pepe Luis.)

Ya que ha conseguío
er perdón de su padre y su novia,
danos tus aplausos, y siga la racha
de su güena sombra.

FIN

Madrid, Agosto, 1897.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, entremés con música.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La pitanza, entremés.

SERAFIN Y JOAQUIN ÁLVAREZ QUINTERO

EL PEREGRINO

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS

MÚSICA DE

VICENTE GÓMEZ ZARZUELA

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Guillón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1899

EL PEREGRINO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PEREGRINO

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS

libro de

SERAFIN Y JOAQUIN ÁLVAREZ QUINTERO

MÚSICA DE

VICENTE GÓMEZ ZARZUELA

Estrenada en el TEATRO DEL DUQUE, de Sevilla, el 6 de Mayo de 1898

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

y á olvidarme me convida
de la vida
militar.

TODOS Y hoy, ya libre, bajo el cielo
y en el suelo
que ar.o yo,
digo pestes del servicio
que de quicio
me sacó.
¡Dios permita que reviente
el teniente
coronel,
y que crie dinamita
la garita
del cuartel!

—

ANT. (Por la izquierda, también de licenciado y con galones de cabo.)
¡Pararse, muchachos,
bebamos dos copas
á la salusita
de las güenas mosas!
¡Ventero, ventero!
(Sale éste á la puerta del ventorrillo, vase al oir la siguiente frase, y á poco vuelve á salir con vasos de vino, que beben los licenciados mientras canta Antoñuelo.)

CORO ¡Yo pago una ronda!
Pues viva tu rumbo,
y siga la broma,
y ten la guitarra,
y témplala y toca.
Y á ver si te oimos
cantar unas coplas
«á la salusita
de las güenas mosas.»

ANT. Pues venga ar momento,
y ayá van dos coplas
á la salusita
de las güenas mosas.
(Coge una guitarra y se dispone á cantar.)

—

Anda ya y repica á gloria
campanita de la torre,
que voy á ver á mi novia.

—

CORO — Repica á gloria
campanerito
de la parroquia.

—

ANT. — Es mi reina mi morena,
y de servir ar rey dejo
para servir á mi reina.

—

CORO — Yo también tengo
mi reinecita
dentro del pecho. (Vase el Ventero.)

—

Valen las rubias un tesoro
y las morenas valen más.
¡Tienen gracia por arrobas!
¡Por quintales tienen sal!
CORO } ¡Vivan rubias y morenas,
ANT. } la alegría del lugar,
y vamos pronto en busca de ellas,
compañeros, hacia allá!
(Todos, menos Antoñuelo, se encaminan á la derecha y se alejan cantando.)
Yo voy loco de contento,
yo reviento
de placer,
porque el día que esperaba
y anhelaba
logro ver...

Hablado

ANT. — Vayan ustés con Dios. Hasta la vista. Voy á vé lo que debo. (Al ir á entrar en el ventorrillo sale Botillo de él, y ambos se detienen.)

ESCENA II

ANTOÑUELO y SOTILLO.

SOT. (Declamando distraido.)

Pues muerte aquí te daré,
porque no sepas que sé
que sabes flaquezas mías...

¡Antoñuelo!

ANT. ¡Sotiyo! ¿tú? ¿Te has güerto loco?

SOT. ¿Cómo te va?

ANT. Me va bien. Y tú, ¿cómo lo pasas?

SOT. Que sea enhorabuena, señor licenciado.

ANT. ¿Qué hases por estos arrabales?

SOT. Te lo diré, porque es difícil que lo aciertes. Desde que traspasé mi barbería de Zaragoza ando metido á empresario teatral de tres por un cuarto, y voy de continuo de aquí para allá, recorriendo todos estos pueblos aragoneses.

ANT. ¿Hablas en serio, Sotiyo?

SOT. Como lo oyes. Mi familia forma casi toda la compañía: mi suegro, mi suegra, mi mujer —que es la primera actriz—mis cuñados, mis chiquillos... Se reparte una obra: pues mi suegro hace el barba, mi suegra hace *la barba*...

ANT. Y tú, ¿no hases na?

SOT. Yo hago de todo. Soy empresario, representante de la empresa, director artístico, autor, actor, pintor, apuntador, segundo apunte, tramoyista, jefe de la *claque* y director de orquesta.

ANT. ¡Sopla!... Y dime, güena piesa, ¿tienes muchos chiquiyos ya?

SOT. No; hasta ahora no tengo más que ocho. Menedemo, que es el primero de la dinastía, Eutiquiano, Amandino, Filadelfo, Nemorato, Vitálico y Magnisio, que son gemelos, y Onesífero, que es el chiquitín...

ANT. (¡Camará, qué nombres! ¿En dónde le habrán bautisao lós niños á éste?) ¿Y son tos varones?

SOT. Todos. Niña solo tuve una: Tirifila.

ANT. ¿Tiri... qué?

SOT. Tirifila. Se murió á poco de bautizada.

ANT. (¡No podía menos!)

SOT. Pero es particular que siendo todos varones salgan más bien á su madre que á mí. El corte de cara, la subida de ojos, el modo de rascarse... Todo, todo es de ella. Mío tienen muy poco.

ANT. ¡Mira que er modo de rascarse!... Veo que er cambio de ofisio no te ha variao el humó. No hay quien te dé una pena.

SOT. Ni falta, querido Antoñuelo. Y á tí, ¿quén te la da, con el canuto de licenciado en el bolsillo y camino ya de tu tierra?

ANT. Pos sin embargo estoy más quemao que las ánimas.

SOT. Tú dirás por qué.

ANT. Y de este pueblo no me voy como no me vaya bien acompañao.

SOT. ¡Hola, hola!

ANT. ¿Te acuerdas de aqueya Maruja, más bonita que una onsa de oro, con quien en Saragosa entré en relasiones?

SOT. Sí; que por cierto tenía un tío muy bruto... criado de un marqués ó de un duque...

ANT. Cabá. Ese duque ó ese marqués, le dió á ese tío la plasa de jardinero y guarda de aqueya finca que ves ayí... (**Señalando hacia la derecha.**) y ayí vive con mi morena desde hase dos meses.

SOT. (**Declamando.**)

Allí está... dadme el laud...
En trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa...

ANT. ¿Sí, eh? Pa versitos está este cura. ¿Tú no sabes que er viejo se ha empeñao en casarla con un hijo suyo que vive ahora en América, y que á mí no me pué vé ni pintao?

SOT. No, no sabía nada.

ANT. Pos ya lo sabes. Y aquí me tienes que no sé cómo componérmelas pa hablá de *ocurtis* con la muchacha y cantarle aqueyo de:

Vente conmigo y haremos
una chosita en er campo
y en eya nós meteremos.

SOT. ¡Bah! Por poco te apuras. Yo te prometo resolverte el conflicto.

TEL. (Dentro gritando) ¡Ay, ay, ay!...

SOT. ¿Qué es eso?

ANT. ¿Quién auya?

TEL. ¡Ay, ay!

SOT. Si es allí, que le están dando una paliza á uno.

ANT. Es verdá... Vamos á defenderlo... (Vanse corriendo por la derecha, y vuelven á salir poco después con Telesforo, que viene molido á palos, con el traje manchado de merengue y un cucurucho apabullado en la mano.)

ESCENA III

DICHOS y TELESFORO

TEL (Llevándose la mano á distintas partes del cuerpo y dando alaridos.) ¡Ah!... ¡oh!... ¡uh!...

ANT. ¡Hombre, vaya por Dios!

TEL. Señores, tantas gracias... Yo siento en el alma... ¡ah!... siento en el alma... ¡ah!...

SOT. ¿Qué en el alma? ¡en el *cuerpo* es donde lo *siente* usted!...

ANT. Pero, ¿habráse visto mayó cobardía?... ¡Tres hombres contra uno!

TEL. ¿Tres?

ANT. ¡Tres!

TEL. No, es que yo creía que eran más. Si me lo dice usted antes, me los como. A mí me parecieron diez ó doce... ¡Ah!... Y á todo esto sin expresarles mi gratitud... Permítame usted que le abrace, señor licenciado... (Va á

abrazarlo, y estorbándoselo el cucurucho, se lo da á Sotillo.) Hágame usted el favor... (Abraza á Antoñuelo y coge nuevamente el cucurucho, que le entrega al propio Antoñuelo cuando trata de abrazar á Sotillo, y que vuelve á coger después.) Gracias... A usted también debo... Hágame usted el favor... Gracias...

SOT. (¡Qué *combinaciones!*)

ANT. Y ahora explíquenos usté, si gusta, lo que le ha susedío...

TEL. ¡Claro que sí! ¿Cómo negar á mis salvadores?... ¡Ah!... (Bajando la voz.) Oigan ustedes. En este pueblo son muy brutos... Ustedes serán forasteros, ¿eh?

SOT. Sí, señor.

TEL. Pues son muy brutos.

ANT. ¿Cómo?

TEL. Digo los del pueblo. Y el más bruto de todos vive allí. (Señalando hacia la derecha.)

ANT. ¿Ayí? A vé, á vé...

TEL. Y, cosas de este mundo, tiene una sobrina... que ¡hasta allí!

ANT. ¿Hasta donde, compadre? (¡Se trata de Maruja!)

SOT. (Haciendo señas á Antoñuelo.) Déjalo que siga.

TEL. Es una criatura ideal. Junto á ella el dulce de huevo palidece. Les advierto á ustedes que yo soy confitero.

ANT. Ya, ya lo hemos conosío...

TEL. A verla iba con este cucuruchito de merengues .. Porque es mi sistema de conquistar, ¿sabe usted? Se me muestra una esquiva: pues una docenita de merengues; continúa desdeñosa: dos docenitas de merengues; prosigue el desvío: tres docenitas de merengues... Y así...

ANT. ¿Hasta que le da un cólico?

TEL. ¡Oh! Tengo yo mucho partido, no crea usted.

SOT. ¡Lo que debe usted de tener son muchos merengues!

ANT. (Este es tonto)

TEL. A lo que iba. Llego hace poco allá seguro de que el señor Juan, el tío, estaba de caza; me cuelo en el jardín, sale Marujita, le ofrezco

el cucurucho, y cuando me decia que no lo aceptaba—porque, eso sí, disimula pérfidamente la pasión que le inspiro...

ANT. ¿La disimula, eh?

TEL. Plaf, plaf, plaf, se oye el pisar de la jaca del otro cafre. Y allí fué troya. Que dónde te metes, que dónde me meto.. que me va á reventar... hasta que se me ocurrió esconderme dentro de una pila que hay en una rinconada del jardín, y que no sé por qué está seca hace días... Entra bramando el señor Juan, olfatea, huele los merengues... se huele que yo los he llevado... y yo me huelo lo que iba á caer sobre mí... Efectivamente: se va como un hipnotizado á la pila, me saca de ella por el cogote á tiempo que llegan los ganapanes que ustedes han visto, y va y les dice: ¡Eh! ¡á perra chica pago el palo!... Caen sobre mi como la langosta... y á buen seguro que se han ganado cien realitos uno con otro...

SOT. Cierto que ha sido un pie de paliza...

ANT. ¡Una mano e palos!...

TEL. ¿Qué mano ni qué pie? ¡Ha sido una paliza de cuerpo entero!

SOT. ¡Bah! En esas palizas está la salsa de las aventuras.

TEL. Pues las prefiero en seco... Que le den á usted salsa á diario...

SOT. A mí, no; que se la den á usted, que va por las tajadas...

TEL. Lo que más me duele de todo, salvo la salsa, es que se me haya estropeado con los merengues este traje de lana dulce...

ANT. To será que sea un poco más durse la lana...

TEL. Por cierto, señores, que quiero demostrarles á ustedes mi agradecimiento convidándolos á tomar unos vasos de vino..

SOT. (Frotándose las manos.) No esperaba yo menos de usted...

TEL. Y que para luego es tarde. ¡Ventero! ¡ventero! (Va á la puerta del ventorrillo, sale el Ventero y hablan bajo los dos. Mientras tanto, Sotillo y Antoñuelo sostienen aparte el diálogo que sigue.)

ANT. Ahora más que nunca nesesito hablá con Maruja.

SOT. Confía en mí. Se me ha ocurrido un plan soberbio. Yo mismo voy á convencer á ese señor Juan de que te debe casar con ella.

ANT. Será difisi.

SOT. Ya lo verás. (Vase el Ventero y vuelve al proscenio Telesforo.)

TEL. Ahora nos servirán ese vinillo.

SOT. Muchas gracias.. (Hubiera preferido un arroz con pollo.) De manera que tenemos en usted al primer conquistador de la comarca.

TEL. Algo, algo... En fin, como prueba, voy á contarle á usted...

ESCENA IV

DICHOS y el VENTERO

VENT. (Saliendo con una bandeja llena de vasos de vino.) Aquí está la gracia de Dios.

TEL. Bebamos, pues. (Cada uno coge un vaso y beben, volviendo a dejarlos en la bandeja.)

VENT. Ni en palacio lo prueban como este.

ANT. Sí que es superió.

SOT. Riquísimo.

VENT. Pues de salud sirva, señores.

TEL. Oigan ustedes (Le da á cada uno otro vaso de vino, y él coge otro para sí.) Es tanta y tan grande la impresión que yo causo en el sexo débil, que en punto á hacer conquistas no hay quien me ponga el pie delante. Hace dos ó tres días que han llegado á este pueblo unos cómicos de la legua...

SOT. ¿Sí? ¿Y qué?

TEL. (Bajando la voz y con misterio.) ¡Que ya me entiendo con la primera actriz!

SOT. ¡Caracoles! (Se bebe de un trago el vino y pone el vaso en la bandeja.)

ANT. ¡Caracoles! (Hace lo mismo.)

TEL. ¿Qué ocurre?

SOT. ¡Que yo soy su marido!

TEL. ¡Caracoles! (Bebe y hace lo que los otros. Luego

trata de huir: Sotillo le persigue, Antoñuelo persigue á Sotillo y los tres dan vueltas en torno del Ventero, que no sabe qué hacer)

SOT. ¡Y que le voy á romper á usted un alón!

TEL. ¡Car coles! ¡*Salsa, salsa* tenemos!

ANT. Vaya, no perderse ninguno.

TEL. Comprenda usted que yo... (¡Esta es la mía!) (Vase corriendo por la derecha.)

SOT. ¿Y se me va sin un mal garrotazo?... Aguarda un momento... (Corre tras Telesforo.)

ANT. ¡Espera!... ¡Y dise que tiene un plan marnífico!... No se me escape... (Corre tras Sotillo.)

VENT. ¡Eh! ¡eh! ¡recontra! Pero ¿quién paga el gasto? ¡Eh, eh, eh! (Corre tras Antoñuelo.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Jardín de la casa en que vive el señó Juan, situada en las inmediaciones del pueblo. Tapia al foro cubierta de hiedra, con verja de entrada en el centro, que tiene campanilla y cadena para llamar. A la izquierda del actor la fachada anterior de la casa: puerta grande, á la que dan acceso algunos escalones, y dos ventanas altas sin reja. Junto á la primera de estas una escalerilla de mano. A cada lado de la puerta y á conveniente altura un farol. Delante de la tapia macetas con flores. Varias sillas toscas. Es de noche. Los faroles de la casa están encendidos.

ESCENA V

MARUJA

Música

Yo no sé qué te pasa,
corazón mío,
que el llanto y la tristeza
das al ovido,
y jugueteas

como si no supieses
lo que son penas,
y alegre saltas
como cuando tu dueño
conmigo hablaba...

—

Yo no sé si presientes,
cuando así juegas,
que el fin de tus pesares
debe estar cerca,
y satisfecho
quieres prestarme un poco
de tu contento,
para que goce
mientras no viene el dueño
de mis amores...

—

Corazón mío,
la ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

ESCENA VI

MARUJA, SEÑÓ JUAN y PERICO

Hablado

JUAN (Dentro.) ¡Maruja, Maruja!
MAR. ¡Estoy aquí, tío! ¡en el jardín!
JUAN (Saliendo de la casa.) Pues te andaba yo buscando por allá dentro.
PER. (Por la derecha.) Señó Juan, ¿hay que hacer alguna cosa de urgencia? Porque si no me largo ahora mismo.
JUAN ¿Has llenao ya la pila como te encargué?
MAR. Apuesto á que está todavía sin gota de agua.
PER. ¡Toma, sin gota de agua está desde hace días!... Pero es porque tengo que llenala... Si no tuviera que llenala... ya estaría llena...

y estando llena... ¡claro que no tendría yo que llenala! ¿Tú me entiendes?

MAR. El que no te entiendes eres tú. Saca agua más que aprisa y pon la pila hasta los bordes, que hay que regar las flores al instante.

JUAN Y que evitar que vuelva á meterse en ella el confitero.

PER. (Riéndose.) ¡Jú, jú!.. ¡La gracia que me hizo á mí que se encontrase usté al confitero dentro de la pila!...

MAR. Pues no sabes tú la gracia que le hizo al confitero.

JUAN Bueno, déjate de historias. Anda á tu obligación.

PER. ¡Toitico hay que hacerlo aprisa en esta casa! (Vase muy despacio por la derecha.)

ESCENA VII

MARUJA, SEÑÓ JUAN y SOTILLO

MAR. Ese demonio de Perico no se encuentra bien más que durmiendo.

SOT. (Aparece en la verja del foro disfrazado de peregrino y llama.) A la paz de Dios.

JUAN ¿Eh?

MAR. ¿Qué?

JUAN ¿Quién es?... Abre, chica. (Maruja lo hace y entra Sotillo dejando la verja entornada.)

SOT. ¿Puedo pasar, hermanos?

JUAN Adelante.

SOT. (Yo pensé que no me dejarían pasar con esta facha.) Perdonen, ¡oh, hermanos míos! si con mi inopinada presencia vengo á turbar el sosiego de esta santa casa.

JUAN Aquí estamos tos pa servirle, señor peregrino.

MAR. Siéntese.

SOT. (¡Vaya si es linda la criatura!)

JUAN Tome una silla.

SOT. Gracias. (A Maruja.) (Yo no soy yo: ¡yo soy un enviado de Antoñuelo!)

MAR. (¡Virgen del Pilar!)

SOT. (Sentándose.) Ya requiere mi cuerpo algún descanso.

JUAN ¿Y para dónde bueno camina su mercé?

SOT. Para . para el polo Norte.

MAR. (¿Quién será este peine?) Y ¿á qué va al polo Norte, hermano?

SOT. Probablemente á helarme.

JUAN Eso del polo cae un poco más arriba de Alcubierre, ¿no es verdad?

SOT. Por ahí, por ahí...

MAR. (Quitándole el bordón, que dejará á un lado.) Pero deme acá su mercé la *pica*, no le incomode.

SOT. Entre las blancas nieves de aquellos apartados lugares hay un santuario escondido, al que he hecho voto de visitar Hace quince días que salí de mi pobre ermita, situada en la mas alta cumbre de Despeñaperros, donde paso la miserable vida enteramente consagrado al Altísimo.

MAR. ¡Toma! ¡Y tan altísimo!

JUAN ¡Como que eso es vivir hecho una cigüeña!

SOT. Hecho una cigüeña: cabalmente. Y dígame, hermano: ¿tendría usted en su casa un jergón disponible, donde pueda descansar este mísero cuerpo hasta que alumbre el día?

JUAN ¡Miá jergón! ¡Cinco camas tengo yo pa su mercé!

SOT. Gracias. No duermo más que en una.

MAR. Pero se le pueden poner los colchones de todas, y así no pierde su mercé la costumbre de estar en alto.

SOT. ¡Jé, jé! Tiene buen humor la mocita. ¿Es hija de usted?

JUAN ¡Al contrario!

SOT. ¿Usted es hijo suyo?

JUAN No, señor, tío.

SOT. ¡Pues no veo la contrariedad por ninguna parte!

MAR. Una cosita se le está ocurriendo á la sobrina.

SOT. Algo bueno será, como si lo viera.

MAR. El señor peregrino, antes de retirarse á dormir, digo yo que querrá comer alguna friolerilla...

SOT. (Suspirando con íntimo gozo) (Me ha conocido en la cara que tengo hambre.) Mi voto es tan estrecho que sólo me permite catar ciertos y determinados manjares... ¿estamos?

MAR. Yo pensaba servirle unas cuantas lonjitas de carne...

SOT. Distingo. ¿Es carne de membrillo la que me ofrece?

MAR. ¡Quiá de membrillo! ¡Mechada!

SOT. Perfectamente. Porque santo y bueno es evitar las tentaciones de la carne, pero de la carne mechada, de ninguna manera.

MAR. (Yo voy á soltar la risa.) Luego, un poquito de jamón no vendrá mal...

SOT. ¿Jamón? Distingo. ¿Es jamón de la tierra?

JUAN ¡Acá no lo gastamos del cielo!

SOT. Es que si fuese inglés, ni olerlo podría.

JUAN ¿Por qué no?

SOT. Porque lo natural es que fuera un jamón protestante.

MAR. ¿Protestante?

SOT. Al menos no sería muy católico.

MAR. ¿De suerte que, siendo del país, tampoco le están vedados los jamones?...

SOT. Tampoco. Las jamonas ya son harina de otro costal.

MAR. Le pondré también unos entremesicos... y de postre un poco de dulce de huevo.

SOT. Distingo. Los huevos serán de gallina, ¿verdad, joven?

JUAN (Algo amostazado.) ¡Otra! Pues ¿de qué los come su mercé allá en sus alturas? ¿de cigüeña, quizás?

SOT. No, señor; de gallina, de gallina. Eso iba á decir: que si son de gallina puedo aceptar el dulce sin reparo alguno.

JUAN ¡Ah, ya! Y de bebidas, ¿qué prefiere, vino ó agua?

SOT. Distingo: las dos cosas.

JUAN Bueno, muchacha, prepara la mesa en un vuelo y pon en ella de to lo que hay. ¡P'a algo tiene señó Juan su despensa tapizá con chorizos y con jamones!

SOT. ¡Esos son tapices!

JUAN Llama á Perico pa que te ayude.
MAR. Voy ahora mismo. (Llamando.) ¡Perico!

ESCENA VIII

DICHOS y PERICO

PER. (Por la derecha.) Ea, ya está la pila rebosando agua... Mu fresquita que sale...
MAR. Ven conmigo.
PER. ¿Ande vamos á dí? (Reparando en Sotillo y gritando.) ¡Buena noches!
SOT. (Sorprendido.) ¡Muy buenas!
PER. (¿A que viene este espanta pájaros á darme que hacé?)
MAR. Vamos al comedor. (Entra en la casa seguida de Perico.)
SOT. Vaya usted con Dios, princesa.
JUAN (¡Rediez! ¡qué peregrinico más espabilao! (Siéntase.)

ESCENA IX

SOTILLO y SEÑÓ JUAN

SOT. Es un pedazo de gelatina esa chicuela. Y, á propósito: ¿no piensa el hermano en casarla?
JUAN ¿No hi de pensar? ¡Si esa sería mi mayor gloria! Casarla bien, y verme el día de mañana con cuatro ó cinco retoñicos á la vera.
SOT. ¡Ah! los pequeñines son su encanto, pero dan muchísima guerra generalmente.
JUAN ¡Qué guerra han de dar!
SOT. ¡Dígamelo usté á mí que tengo ocho!
JUAN ¡Ave María Purísima!
SOT. Que tengo ocho... no me ha dejado usted concluir... que tengo ocho... hermanos... con ocho hijos cada uno... Total: ocho por ocho, sesenta y cuatro sobrinitos. Conque ya ve usted si ..
JUAN Muchos me paicen.

SOT. Bien; siguiendo con la muchacha: ¿tiene novio?

JUAN Hasta cierto punto, pero como si no... (Si este me ayudase á convencerla ..) Miste: á ella le tiran los pantalones coloraos: la gente de tropa.

SOT. ¿Sí, eh?

JUAN El primer novio que le salió fué un cabo que era muy borrachín y to el dinero se lo gastaba en juergas.

SOT. Sería un cabo de gastadores.

JUAN Justamente Y ahora esta encaprichá con un sinvergüenza...

SOT. ¿Cabo también?

JUAN También.

SOT. Bueno, ¿y usted qué hace?

JUAN ¡Atar cabos! ¿qué quiere su mercé que yo haga? Pero llevo muy á mal el noviajo ese. Porque si á ella se le ha puesto entra ceja y ceja casarse con el melitar, á mí se me ha puesto casarla con un hijo mío que está en el otro mundo. Y á cabeza dura no hay quien me gane.

SOT. Mal hecho. Las naturales inclinaciones no deben torcerse. (El señor Juan trata constantemente de interrumpir á Sotil o, y éste no le deja) ¿Le gustan los pantalones colorados? ¡pues pantalones colorados!.. ¡Respetemos ante todo los caprichos del amor terreno!... ¡No hay mejor partido que un cabo que lleve con gracia el uniforme, aunque no tenga vergüenza ninguna!.. ¡Que eso está por ver!... ¿Se quieren? ¡pues que se casen! . ¡Yo procuraré que se casen!. . ¡Y se casarán!... (Echando bendiciones.) ¡Ya están casados!

JUAN (¡Pues me ha salío el tiro por la culata!.. Hablemos de otra cosa.) Bien está, señor peregrino; pero ¿no le parece á su mercé que tarda mucho Maruja?

SOT. Sí, sí me parece que tarda demasiado.

JUAN Con su permiso, voy á ver. . Vuelvo al instante. (Al entrar en la casa exclama.) (¡Se conoce que salió de la ermita con toa la cuerda.)

ESCENA X

SOTILIO y ANTOÑUELO

SOT. (Levantándose.) Pues, señor, esto marcha como una seda. Ahora me pongo yo de acuerdo con Maruja, y cuando el viejo esté en siete sueños y venga el otro .. (Aparece Antoñuelo en la verja mirando receloso hacia adentro.) Pero ¡calle! ¡si el otro ya está aquí!

Música

Por la virgen, querido Antoñuelo,
no te atisbe y descubra un soplón...
(Con el temor de ser sorprendido va y viene de la puerta de la casa á la verja, donde permanece Antoñuelo.)

ANT. La impasiensia, Sotiyo, me mata,
por sabé si soy ya vensedó.

SOT. Viento en popa camina el asunto,
y no puedo decirte ahora más,
á no ser que tu linda Maruja
me parece una chica ideal.

—

ANT. Sotiyo del arma,
si venses ar fin,
te juro por eya
que me hases feliz.

SOT. Y yo te aseguro,
simpar Antoñuelo,
que me han ofrecido
manjares selectos,
y que estoy *febril*...
pues ya el olorcillo
me da en la nariz.
Vete, por tu vida;
mira que si no
pierdes tú la novia
y la cena yo.

—

ANT. Bien está que te atraques de todo;
pero güeno, Sotiyo, es también
que en er vino te pongas á raya,
no descubras borracho er pasté.
SOT. Ya sé yo lo que tengo que hacerme,
y descuida, Antoñuelo, por mí,
que el desquite, si bebo por uno,
yo lo busco engullendo por mil.

—

ANT. Pues mucha prudensia
y mucho való,
y pesquis y labia
y mala intensión.
SOT. Adiós, y procura
después, cuando vengas,
tener ese pesquis
y aun esa prudencia
que exiges de mí,
ó pésimamente
saldremos de aquí.
Vete más que aprisa.
ANT. Quédate con Dios. (Vase corriendo.)
SOT. Que me encuentre el tío
como en oración.
(Siéntase en actitud de recogimiento.)

ESCENA XI

SOTILLO y SEÑÓ JUAN

Hablado

JUAN (Saliendo de la casa.) ¡Oiga! ¿Se ha dormido el hermano?
SOT. No, señor; oraba en silencio.
JUAN Pues la mesa ya esta dispuesta, conque cuando guste su mercé...
SOT. (¡Si yo pudiera llevarme en esta manga algo para mis chiquitines!...)
JUAN Qué, ¿no se anima?
SOT. (Levantándose.) Trabajillo me cuesta; no crea

usted. . Me asaltan tales temores de quebrantar el voto...

JUAN ¡Otra qué Dios! Déjese de melindres. Hay que tener la manga un poco más ancha.

SOT. ¿Más ancha? (Aludiendo á la suya.) No es preciso: me basta con esta.

JUAN ¡Je, je! ¡Qué cosicas *se trae* el hermano!

SOT. (¡Pues si tú supieras las *cosicas* que se piensa llevar!...)

ESCENA XII

TELESFORO y PERICO

TEL. (Por el foro con una carta y un cucurucho de merengues mayor que el que saca en el primer cuadro. Llamando en voz baja.) ¡Perico!... ¡Perico!... Quiera Dios que no esté en la calle. Entremos, ¡qué diablo! Veo que el amor me protege.. Sin duda á Marujita le dió el corazón que yo vendría y dejó entornada la verja... (Avanza con mucha cautela hacia el proscenio.) Sin embargo, hoy ha sido mal día para mí... Primero, el señó Juan me encontró en esa endemoniada pila, (Señalando hacia la derecha.) y por encargo suyo me molieron á palos. En vano traté de disculparme... El no tiene más argumentos que sus puños, y como son mucho más débiles mis argumentos... (Mostrando los puños.) con dos ó tres *razones* en las narices me convenció en seguida. Luego, el cómico me dió una carrera en pelo, que me río yo... Digo, no, no me río... ¡qué he de reirme! Gracias á que de su furia me libré por pies... Pero, vamos al grano. En esta carta le propongo á Maruja que se fugue conmigo esta misma noche. Y se fugará... La señal de que accede será que ponga luz en esas ventanas. Si viniera Perico... (Se acerca receloso a la puerta de la casa y vuelve a llamar en voz baja.) ¡Perico!... ¡Perico!... ¡Periquete!... ¡Sal en un periquete! ¡Hombre, aquí sale! Me he salvado.

PER. (Saliendo de la casa.) ¿Quién anda aquí?

TEL. ¡Chsssss!. . calla.
PER. ¡Otra! ¡El confitero!
TEL. ¡Chisssss!... no seas bruto. Oye, ¿se han recogido ya?
PER. Van á recogerse.
TEL. Está bien: toma una peseta. (Es un perro chico, pero de noche todos los gatos son pardos. Y los perros también.)
PER. Gracias.
TEL. Y toma además esta carta y este cucurucho y llévaselos á Maruja á su alcoba.
PER. Y si ella se ha acostao ya, ¿se los doy á su tío?
TEL. No seas bárbaro, hombre.
PER. ¡Jú, jú!...
TEL. Y cuidadito con lo que se habla. Ten paciencia, que el resultado de todo esto pronto lo sabrás.
PER. Sí; será que te den otra paliza.
TEL. ¿Paliza á mí? Tú verás como no vuelven á decir en el pueblo que soy hombre de pocas agallas... ¡Brrrrrr!. . ¿No te parece á tí que por mis venas corre sangre de tigre?
JUAN (Dentro, gritando.) ¡Maruja, Maruja!
TEL. ¡Horror! ¡El señó Juan se acerca!
PER. ¡Jú, jú!
TEL. ¡Huyamos!
JUAN (Como antes.) ¡Maruja!
TEL. ¡Dios de Israel! ¡que viene! (Tropezando en la tapia.) ¡Ay! ¡Me he desbaratado la nariz! (Vase corriendo por la verja.)

ESCENA XIII

PERICO

¡Jú, jú!... Me gusta el tigre.. Vamos á ir apagando los faroles... (Mientras lo hace, con ayuda de la escalerilla, habla lo que sigue.) Y este es el quinto encargo que me da... Y lo pienso cumplir como los otros... Los merengues había de tirarlos el señó Juan, y la carta se la había de guardá Maruja sin leela... Pues

me guardo yo la carta... y convido con los merengues á mi Pilarica... Y en pago de la peseta, le evito á ese tigre que lo pongan verde otra vez. ¡Ajajá! (En la segunda ventana aparece luz.) Ya está el peregrino en su cuarto... ¡Y qué manera de comé chuletas, porra! Lo que es ese, si le cosieran la boca y le pusieran delante un solomillo, se golvía loco.. En fin, Perico, déjate de murmuraciones y anda á ver a la novia, que esa es tu cuenta.. ¡Cómo nos vamos á poner el cuerpo de merengues! (Vase por la verja y la cierra desde fuera con llave. Apágase la luz de la ventana.)

ESCENA XIV

SOTILLO y ANTOÑUELO. Luego MARUJA

SOT. (Asomándose á la segunda ventana.) Ya creo que puedo bajar sin temor alguno. Aquí hay una escalerilla que me viene como pedrada en ojo de boticario... Haremos antes la señal convenida. (silba.) Y ahora, abajo. (Empieza á bajar por la escalera.)

ANT. (Apareciendo en lo alto de la tapia.) La artura der terreno por esta parte me ha fasilitao la subía.. (En voz baja.) ¿Sotiyo?...

SOT. (Lo mismo.)

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?...

ANT. No, soy yo: Antoñuelo.

SOT. Ya lo sé. (Acabando de bajar.) Admirable.

ANT. Abajo (Descolgase por la tapia al jardín.) Vamos á vé, Sotiyo de mi arma, entérame de to.

SOT. (Mirando al cielo.)

¡Hermosa noche, ay de mí!
Cuántas como esta tan puras...

ANT. Hombre, déjate de versos ahora... que estoy

rabiando de curiosidá... ¿Has visto tú na en er mundo como mi Maruja?

SOT. *Era hermosa, era discreta,*
que aunque enemigas las dos...

ANT. ¿Quiés cayarte, asaura?

SOT. *En ella hicieron las paces*
hermosura y discreción...

ANT. Pero, ¿me vas á aguá la noche?

SOT. ¡Ah! te advierto que á tu suegro le he dado un recorrido como para él solo. ¡Está que echa chispas!

ANT. Y una de las que echa la has pescao tú.

SOT. Sí; te confieso que estoy algo *achispado;* no lo quiero negar...

ANT. Sería inuti.

MAR. (Saliendo de la casa y hablando en voz baja también.) Señor Sotillo...

ANT. (Corriendo hacia ella con alegría y abrazándola.) ¡Marujita de mi arma!

MAR. ¡Antoñuelo!

ANT. ¡Bendita seas tú, y tu madre, y tu agüela!...

MAR. ¡Las ganas que yo tenía de verte, chiquio!

SOT. Ya, ya se conoce...

ANT. Pos ¿y yo á tí, morena?

SOT. Se abrazan *como de día*
con esta luna tan clara...

Y yo no soy mármol de Carrara precisamente.

MAR. Por Dios, señor peregrino, póngase á vigilar ahí en la puerta...

SOT. *En defensa de una dama,*
cualquiera que tenga honor...

ANT. Vaya, ¡estamos frescos! Digo, tú ¿qué has de esta?

SOT. ¡Es que tu futura lo merece todo! ¡Me ha preparado unas chuletas excelentes!... Así, no exajero: parecían bandurrias...

ANT. Güeno: haz er favó de tené cuidao... por tu salú...

SOT. Bien; me retiro á la puerta:
si veis mi conducta incierta,
como os acomode obrad... (Vase.)

ESCENA XV

MARUJA, ANTOÑUELO y CORO DE ALDEANOS con guitarras. Oyese tocar la rondalla, que se va acercando.

ANT. ¡Qué *mona* ha tomao esel ¿A vé?... Oye, Marujita, ¿qué música es esa que suena?

MAR. Es la rondalla... Casi todas las noches vienen los mozos del pueblo á darme música...

ANT. ¿Sí, eh?

MAR. Y á mi tío se lo lleva el diablo.

ANT. No caerá esa breva, presiosa. (Hablan bajo con mucho entusiasmo. Aparece en el foro la rondalla.)

Música

CORO Templemos las guitarras
mejor de lo que están,
que aquí vive la moza
más guapa del lugar.

ANT. Pues esa mosa güena
la quiero yo pa mí.

MAR. Y jura tu morena
que solo es para tí.

—

ANT. ¡Maruja salada,
mi vida es tu amor!...
Yo no sé que tienen
tus ojiyos negros,
què no estoy á gusto
cuando no los veo;
y cuando me miran
como saben eyos...
¡me yevan en globo
de la tierra ar sielo!

MAR. Y cuando lo miran
como saben ellos,
dice que lo llevan
de la tierra al cielo.

—

CORO Toquemos bajito
con mucho compás,
y al punto la jota
vamos á cantar...

—

ANT. Porque sus miradas
vegan aquí dentro,
y un mar de cosquiyas
corre por mi cuerpo
y er corasonsito
baila hasta er jaleo.

MAR. Antonio del alma,
¡ay cuánto te quiero!

—

CORO Dicen las aragonesas
que tienen la voluntad
bravía como la jota
y firme como el Pilar.

—

MAR. ¡Escucha, Antoñuelo;
mi vida es tu amor!...
Cuando estas ausente,
cuando no te veo,
á la vera tuva
corre el pensamiento,
porque a mis penitas
sirve de consuelo
el estar contigo
aunque esté muy lejos...

ANT. Porque á sus penitas
sirve de consuelo
el estar conmigo
aunque esté muy lejos...

—

CORO Suenen las guitarras,
suenen más y más,

y otra nueva copla
vamos á cantar...

—

MAR. Como la noche y el día
son la ausencia y el amor;
que por la noche se vive
con la esperanza del sol...

—

ANT. Ya que el sol alumbra
todo nuestro cielo,
ya que con mis brasos
ciño yo tu cuerpo,
ya que tú me quieres,
ANT. ya que yo te quiero,
MAR. ya que estamos juntos
no nos separemos.

—

CORO Venga otra vez,
vámos allá,
y cantemos una copla
final.

—

TODOS Tiene la jota una gracia
como ninguna canción:
que sirve para la guerra
y sirve para el amor.

—

ANT. Maruja de mi vida,
vámonos los dos.
ANT. Tú reinas y dispones
MAR. en mi corazón.

ESCENA XVI

DICHOS y SOTILLO

Hablado

SOT. (Saliendo despavorido de la cara.) ¡Alto el fuego!
ANT. ¿Qué pasa?

SOT. *.. Ya has podido*
conocer por el silbido
que viene aquí la serpiente..

MAR. ¿Qué silbido?
ANT. ¿Qué serpiente, hombre?
SOT. ¡Tu suegro, que viene á más andar! ¡Súbete por esa escalera á mi cuarto!
ANT. ¡Güena la hemos hecho!
MAR. ¡Haz lo que te dice Sotillo!
ANT. Pero, ¿y tú?
MAR. Déjame á mí... Sube... (Antoñuelo obedece.)
ANT. ¡Por vía e los moros!
MAR. ¡Ay, qué compromiso si te viera!...
SOT. ¡A escape, que voy yo detrás! ¡Salta por la ventana! (Antoñuelo lo hace. Sotillo sube aprisa la escalera.)

De mis pasos en la tierra,
responda el cielo, no yo.

MAR. (Yéndose por la derecha.) Yo por aquí me escondo.

ESCENA XVII

SOTILLO y SEÑÓ JUAN, después MARUJA

JUAN (Saliendo de la casa con una luz.) ¿Quién anda aquí?
SOT. (Que está en los últimos peldaños de la escalera.) (¡Me partió.)
JUAN (Reparando en él.) ¿Qué veo? ¿Quién es?
SOT. Yo... yo... Soy yo...
JUAN ¿El señor peregrino?
SOT. Sí... á mí me parece que soy yo...
JUAN Pero, ¿cómo está usted...?
SOT. Bien, ¿y usted?
JUAN Vamos, no comprendo... ¿Quiere decirme su mercé lo que hace ahí encaramao?
SOT. La... la digestión. Aquí se digiere admirablemente.
JUAN ¡Cosa más rara!
SOT. Si he de hablarle á usted con sinceridad, le diré que estoy orando.
JUAN ¿Orando?
SOT. Es costumbre que tengo allá en la ermita.

Me gusta orar en los puntos más eminentes, con el fin de acercarme al cielo lo más posible... Ocasiones hay en que cojo el cielo con las manos...

JUAN Lo creo. Pues á mí me sacó de tino la rondalla, y venía á decirles cuatro frescas bien dichas á esos mozos. Fortuna suya ha sido que ya se han marchao.

SOT. No les haga usted caso. Acuéstese, señó Juan, y descanse.

JUAN Gracias, hermano. Buenas noches. (Se retira y vuelve a salir al oir la frase de Sotillo.)

SOT. ¡Maldita sea tu estampa!

JUAN ¿Eh? ¿Decía usted algo?

SOT. (Haciendo que reza.) ¡Maldita sea tu estampa, oh, repugnante Satanás! ¡Mil y mil veces maldita sea tu estampa! Padre nuestro, que estás en los cielos. .

JUAN (¡Ah, que está rezando!) (Vase.)

SOT. ¡Ay! respiro. En mi vida me he visto en otra. (Sale por la ventana, se retira y la cierra.)

MAR. (Saliendo por la derecha y entrando sigilosamente en la casa.) Quiera Dios que á mi tío no le haya dao la tentación de entrar en mi cuarto. Escamaico me parece que va...

ESCENA XVIII

TELESFORO

(Pausa. En la primera ventana aparece luz. Por detrás de la tapia se ve elevarse un cucurucho mayor que los anteriores, y al punto á Telesforo, que lo trae, y que montado en aquélla se detiene un momento.) ¿No lo dije yo?... Allí está la luz deseada... Su vista me da ánimos para acometer la aventura... Quisiera yo haber visto á don Juan Tenorio en un pasito como éste, y con un Comendador tan bruto como el mío... Bajemos. (Va poco á poco descolgándose, hasta que salta al jardín.) Se me van á estrujar los merengues... Ea, ya estamos aquí... ¡Qué oscuro está esto!... Hasta la luna se oculta

para llevarme la contraria... (Tropieza en una silla.) ¿Eh?... Ah, vamos, es una silla... Dejaremos aquí los merengues... (Lo hace.) Y sacaremos esto otro... (Saca un revólver.) ¡Nada!... el niño no es templado. Al que se meta conmigo lo dejo seco Y eso que no me gusta jugar con estas armas .. (Volviendo la cara con horror) Es muy particular que siempre que entro aquí me empiezan á temblar las pantorrillas.. (De pronto se vuelve, se para en actitud cómica mirando el cucurucho, y se encamina con precaución á él apuntándole con el revólver.) ¿Eh?... (Respirando al cabo con desahogo.) ¡Ah! ¡es el cucurucho de los merengues! (Secándose el sudor de la frente.) Me había parecido el señó Juan. Cierto que tenía que estar sentado y en mangas de camisa .. Pero vaya usted á reflexionar En fin, no perdamos instante. Me estará esperando intranquila.. Subamos, pues. (Coloca convenientemente la escalera y empieza á subir, con el revólver empuñado y temblando de miedo.) ¿Eh?.. (Volviendo la cara de repente) ¿Quién anda ahí? .. Alguno se va á encontrar un tirito... (Sigue subiendo, y al llegar a conveniente altura se detiene.) Me guardaré el revólver á fin de no asustarla. Aunque no hay temor: está descargado .. y además lo he puesto en el seguro... Para estar bien seguro... (Se lo guarda y llama á la ventana con los nudillos.) Se me antoja que la oigo respirar... Sí .. sí .. y se acerca. . ¡Ay! ¡Tengo en el corazón el horno de los rosquetes!... Ya está aquí... Voy á darle un abrazo . (Abre los brazos, se asoma el señó Juan de improviso á la ventana, y lo abraza Telesforo, sin tiempo para reconocerlo.) ¡Amor mío!

ESCENA XIX

TELESFORO y SEÑÓ JUAN

JUAN ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah, ladrón!

TEL. (Apartándose horrorizado) ¡Caracoles!

JUAN ¡Hazte cuenta de que ha llegao tu última hora. (Vase.)

TEL. (Bajándose convulso y temblón de la escalera.) ¡Ay, ay!... Ya, ya me la he hecho. ¡Más *salsa!* ¡más *salsa!* .. ¡Huyamos! .. (Corre á la verja, y al ir á saltar retrocede más asustado aún.) ¡Cristo! ¡Dos prójimos de los que me zurraron la badana! Yo no salto, no

JUAN (Dentro.) ¡No te me escaparás!

TEL. ¡Que viene!... San José bendito, ¿dónde me meto?... ¡Ah, qué rayo de luz! El señor Juan creerá que yo me he ido á la calle... ¡Pues á la pila, á la pila, que está seca! (Desaparece por la derecha corriendo, y un momento después se oye el ruido que produce al caer en el agua, de que se supone llena la pila.) ¡Ay, ay!... ¡favor! ¡que me ahogo! ¡Ay, ay!...

JUAN (Saliendo con una luz.) ¿Quién grita?

TEL. ¡Ay, ay! ¡Socorro! ¡que me muero! ¡Ay!

JUAN (Mirando hacia la derecha, por donde se va.) ¡Si es él, que se ha bañao!

ESCENA XX

DICHOS, PERICO y CORO DE ALDEANOS y ALDEANAS

PER. (Por la verja, que abre con llave, seguido de los mozos y mozas del pueblo.) ¿Qué diablos pasa aquí? En la plaza se oyen los gritos.

JUAN (Saliendo por la derecha con Telesforo, que viene chorreando agua y todo temblón.) ¿No te dije que había llegao tu última hora?

TEL. (Estornudando.) ¡Ah... chis! ¡Ah... chís! ¡Ah... chís!... (Perico coge la luz que tiene el señor Juan.)

Música

CORO ¿Qué es lo que pasa?
¿Qué pasará?
El confitero
mojado está.

TEL. *Seco* de un tiro
me dejarán.

JUAN Lo he sorprendido
como a un ladrón.

TEL. ¡Jesús, qué horror!
CORO Como á un ladrón.
Pero sepamos
qué quiso hacer...
¡La mosca muerta! ¡vamos!...
¡fíese usté!
TEL. Yo, si me dejan,
lo contaré.

—

CORO Cuéntelo pronto,
cuéntelo usté,
que algo muy grave
sin duda es.
Díganos pronto
qué quiso hacer...
¡La mosca muerta! ¡vamos!...
¡fíese usté!
TEL. Yo, si me dejan,
lo contaré.

—

JUAN Por la escalera
logró subir,
y en la ventana
le sorprendí;
y cuando vine
luego tras él...
¡hecho una sopa
me lo encontré!

—

UNOS Por la escalera
subió hasta arriba,
y en la ventana
le echó la vista;
y cuando luego
fué y lo cogió,
¡hecho una sopa
se lo encontró!

—

OTROS Eso ha de ser,
eso será;

pero esa afición
se le quitará
si le dan un palizón,
y aquí entre todos se le dará.

—

TODOS ¿Quién lo pensara
de este infeliz?
Por Marujita
debió venir.
Es un Tenorio
como no hay dos,
y todo lo hace
por el amor.

PER. (Después de buscarse en los bolsillos la carta que le entregó Telesforo.)
Para Maruja
me dió un papel.
Aquí lo tengo,
tómelo usted.
(Le da la carta al señor Juan.)

CORO Será curioso
¿Qué lé dirá?

TEL. (No tiene entrañas
ese animal.)

JUAN Si es lo que pienso
lo he de matar.

TEL. Mi última hora
llegó por fin
¡En qué conflicto
me encuentro aquí!

JUAN Alumbra, chico,
que no se ve. (Perico le obedece.)
Y haya silencio
¡voto va á diez!
si lo que dice
quereis saber.

—

CORO Léalo pronto
que deseamos
saber ya si es robarla
lo que ha intentado.
Algo muy gordo

va á resultar.
¡Haya silencio
que va á empezar!

Hablado

JUAN (Leyendo.) «Bombonicito de licor, yema de coco, merengue de fresa...»

PER. ¿Pero eso es un anuncio de la confitería? (Risas en el Coro.)

JUAN ¡Callarse, porra! (Sigue leyendo.) «Esta noche iré por tí para que nos fuguemos...» ¿Eh?... ¡Lo ahorco! (Abalanzándose á Telesforo, que huye.)

TEL. ¡Por Dios, señó Juan, aguarde usted á que me seque! (El Coro vuelve a reir. En lo sucesivo comenta lo que oye.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y MARUJA; luego ANTOÑUELO, después SOTILLO

MAR. (Saliendo de la casa.) Pero ¿se puede saber qué ocurre?

JUAN ¡Ah, tú! ¡Ven acá! ¿Conque te me ibas á escapar con el confitero?

MAR. ¿Yo? ¡No tengo tan mal gusto!

TEL. (¡Pues el desprecio á mi físico era lo único que me faltaba!)

MAR. Ya sabe usté que yo no quiero más que á un hombre...

JUAN ¡Maruja!

MAR. Y que ese hombre será mío.

ANT. (Saliendo de la casa.) Y aquí estoy yo pa cortá por lo sano, señó Juan.

JUAN ¿Cómo? ¡Antoñuelo!

PER. ¡Un sordao!

JUAN ¿Qué burla es esta?

TEL. (Menos mal si me dejan tranquilo.) (Recoge el cucurucho de los merengues y empieza á comérselos.)

ANT. Burla, ninguna. Que la muchacha está por mí, que yo estoy por la muchacha y que si

usté tiene la cabesa muy dura es nesesario que se dé un ungüento pa que se le ablande... (Habla con Maruja)

JUAN (Cuando dice una moza tijeretas han de ser... ¡Por vía e los demonios!)

SOT. (Saliendo.) Pero ¿qué significa tal escándalo, hermanos míos? No me dejan dormir...

JUAN Dispense el señor peregrino, pero lo que aquí ocurre no es pa menos. ¡A punto he estao yo de matar á un hombre!

SOT. ¡Eso, nunca! Humildad... Perdón, perdón para todos...

TEL. Eso es lo que yo digo. Perdón general, como en las comedias...

SOT. ¡Oiga! ¡el confitero! ¡Ah, canalla!

TEL. (Tirando el cucurucho horrorizado.) ¡El cómico! (Huye perseguido por Sotillo por entre el Coro.)

SOT. ¡Lo mato!

MAR. ¡Otra! ¿qué es esto?

JUAN ¿Qué sucede?

SOT. ¡Que lo mato!

TEL. ¡Si lo que antes le conté era mentira! (Unos sujetan á Telesforo y otros á Sotillo.)

JUAN Pero, hermano, ¿y esa humildad?

SOT. ¡Qué humildad ni qué remolacha! ¿Usted sabe lo que me ha dicho de mi mujer?

JUAN ¿De su mujer?

ANT. Apaga y vámonos.

SOT. Como que ni yo soy tal peregrino, ni Cristo que lo fundó

JUAN ¿Otro engaño?

SOT. No soy sino un amigo de Antoñuelo, que se prestó á servirle en este caso para que pudiese hablar con Maruja.

MAR. Y usted, que es tan generoso, lo perdonará. Y á mí también.

ANT. Y á mí.

TEL. Y á mí. (A Sotillo.) Y usted á mí, por no ser menos.

SOT. Con tal que el señor Juan nos perdone á todos..

JUAN Pues por mí, que no quede.

TEL. Tiene el corazón más blando que el tocino del cielo.

JUAN Por eso no me vale tener la cabeza dura como un guijarro.

Música

TODOS De nada sirven
tantos perdones
si el suyo no conceden
estos señores. (Al público.)
Y les pedimos
con humildad
que imiten todos
al señor Juan.

FIN

Madrid, Junio, 1894.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico en un acto y en prosa.

Belén, 12, principal, juguete cómico en un acto y en prosa.

Gilito, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

La media naranja, juguete cómico en un acto y en prosa.

El tío de la flauta, juguete cómico en un acto y en prosa.

El ojito derecho, entremés en prosa.

La reja, comedia en un acto y en prosa.

La buena sombra, sainete en tres cuadros y en prosa. (3.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto y en prosa.

La vida íntima, comedia en dos actos y en prosa.

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros y en prosa.

El chiquillo, entremés en prosa.

Las casas de cartón, juguete cómico en un acto y en prosa.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La vida íntima

COMEDIA EN DOS ACTOS

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

LA VIDA ÍNTIMA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales so hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA VIDA INTIMA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 15 de Octubre de 1898

TERCERA EDICIÓN

MADRID
E. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551
1904

Al Excmo. Señor

Don Angel González de la Peña

en testimonio de gratitud y cariño

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LAURA	Sra.	Pino.
FRASQUITA		Rodríguez.
DON MELQUIADES	Sr.	Balaguer (J.)
BERNABÉ		Santiago.
FABIO		Ramírez.
POLILLA		Larra.
DIEGO		Balaguer (M.)
DON TELESFORO		Gonzálvez.
PEPE		Valle.
UN FOTÓGRAFO		Alemán.
UN CRIADO		Romero.

ACTO PRIMERO

Comedor de casa de don Melquiades, en Madrid.—Puerta en el foro, dos á la izquierda del actor y una á la derecha en segundo término: en primer término un balcón. Inmediata á él una tarima con brasero. Un aparador á la izquierda del foro. Delante, en segundo término, una mesa. En el aparador un frasco con bencina. Encima de la mesa un cepillo. Sillas altas y bajas de clases distintas, pobres, como todos los muebles. Colgada del techo, sobre la mesa, una lámpara de petróleo encendida. En la pared algunos cuadros y un reloj descompuesto.

ESCENA PRIMERA

LAURA, DON MELQUIADES y FABIO

(Laura y Fabio sentados al brasero; don Melquiades paseando. Al levantarse el telón aparecen los tres abstraídos y meditabundos.)

MEL. (Deteniéndose después de algunos paseos y dando un suspiro.) ¡Ay!... En este momento se levanta el telón.

LAURA ¿Te lo da el corazón, papá?

MEL. Sí, hijos míos.

LAURA ¿Cómo estará el pobrecito autor del libro entre bastidores?

FABIO Como estamos nosotros aquí... Escalofrío más ó menos.

LAURA ¡Ay, yo no quiero pensar que silben la obra!

MEL. ¡Calla, por Dios, que se me pone la carne de gallina!

FABIO ¡Sería horrible! ¡Continuar en este estado de pobreza que nos consume á todos y que á mí me obliga á salir á la calle hecho una lástima!... En las rodilleras del pantalón parece que llevo matute... Luego, esta es otra: de día.. bien se puede salir a cuerpo sin desdoro, aunque muerto de frío; pero de noche... ¿quién se lanza á cuerpo de noche? ¿Cómo le digo yo á mi novia que no tengo gabán?

LAURA No, si no hace falta que tú se lo digas: con que te vea sin él y tiritando como un perro chino...

FABIO ¡Échalo, échalo á broma si te parece!

MEL. ¡Y hace bien la muchacha! ¿Qué valen tus trapos junto al pavoroso problema de los acreedores en el caso de una derrota? El del carbón .. el de la carne... el de la tienda... el de.. ¡Cinco nos amenazan ya con el embargo!

FABIO Y por si fuera poco, ese vampiro de la casa de préstamos me ha dicho hoy que ya no aguarda más.

LAURA ¡Dios mío, allí que está toda nuestra ropa!

FABIO ¡Y todos nuestros muebles!

MEL. ¡Como que allí no faltamos más que nosotros!

FABIO Para que se venga la niña con chafalditas de mal gusto...

LAURA No te apures, hombre: se arreglará todo: tendrás *macferlán* y dejarán de llamarte en la Castellana el novio de entretiempo.

MEL. Es verdad, hija; ¿á qué entristecerse?

LAURA ¿Por qué han de silbar la función?

MEL. Eso, eso es lo que yo pregunto: ¿por qué han de silbarla? El libro no es ningún disparate... ¡y ya conocéis la partitura que yo he compuesto! Bernabé, el pobrecillo Bernabé, que tanto nos quiere, saltaba hoy en la butaca durante el ensayo general.

FABIO ¡Me juego el *macferlán* á que te llaman en el dúo!

LAURA Sí; pero el número más bonito es el de las cuatro estaciones... ¿Quién hace el Otoño, papá?

MEL. La Pérez.

LAURA ¡Ay, estará guapísima!

MEL. ¡Guapísima! Es una mujer que... ¡Tiene un juego de caderas tan teatral!... Y ¿dónde me dejais á las coristas, vestidas... bueno, sí... *vestidas* de brisas otoñales? ¡Mira que la entrada de los violines cuando salen ellas!... (Tarareando.) Tararí... tiraró... tarirorí... Pues ¿y el efecto que les saco á las flautas al empezar la caída de la hoja?

FABIO ¡Oh!

LAURA ¡Qué lástima, papá, que no puedas presenciar tu triunfo!

MEL. ¡Qué quieres, hija!... Me ha faltado valor...

FABIO Y á mí también... Estoy seguro de que si voy allá y hay marimorena... me da el ataque.

MEL. Y sobre todo, ¿quién sale á escena con esta americana?... ¡El empresario es un roñoso! Como se trata de mi primera obra, no me ha querido anticipar ni un cuarto.

FABIO Díganlo mis botas, que no las puedo mandar á la zapatería, para que les echen siquiera unos tacones.

LAURA ¿Otros tacones, Fabio?

FABIO ¡Otros tacones, Laura!

MEL. ¡Gastas mucho, hijo mío!

FABIO ¡Papá, no gasto más que los tacones! ¿Acaso dispongo de un real de esa miseria que cobro en la Diputación en calidad de ama de cría? Digo, ¿eh? ¿Y ese golpe? El día que mi novia se entere...

LAURA Se pondrá tan contenta. En estos tiempos es una ganga un marido que á la vez es ama de cría...

FABIO ¡Laurita... que vamos á reñir!

MEL. ¿Reñir con tu hermana? ¿Por qué? ¡Si esta noche se acaban los apuros! Aunque el libro sea un adefesio y la música otro, la obra se aplaude.

FABIO ¿Qué me cuentas?

MEL. ¿No os he dicho el reparto de localidades que he hecho?

LAURA No.

MEL. ¡Pues es peregrino! El buenazo de Bernabé las ha llevado todas... Mira: el sastre está en butaca de orquesta; el sombrerero en la primera fila de las otras; el zapatero en la segunda; el del petróleo en la tercera; el amo de la casa en un palco entresuelo; el panadero en uno principal; el de la tienda en delantera de anfiteatro; el del carbón en el paraíso; el de las verduras...

FABIO Bueno; así todos ellos...

MEL. ¡Todos ellos! Y el que más y el que menos, sabe que si hay silba no cobra. ¡Conque figuraos la ovación! Es lo que me decía Bernabé: ¡que grite uno junto al del carbon... y ya verá usted leña!

FABIO Hay que reirse. (Suena el timbre del portón.)

LAURA ¡Cielos! ¿Llaman? (Se levanta.)

FABIO ¿Quién será ahora? (Se levanta también.)

MEL. Bernabé no puede ser todavía...

FABIO Será don Telesforo, el de aquí junto.

LAURA No; ese siempre que llama da tres golpes de timbre. Deben de ser Frasquita y su hijo, que prometieron venir á acompañarnos.

MEL. ¡Es verdad!

LAURA Voy á abrirles... (Vase por el foro.)

FABIO Y yo me largo por no ver al tal autorzuelo. ¡Me saca de tino ese mequetrefe! (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

MEL. Y á mí la mamá... a pesar de mis cincuenta Eneros.

ESCENA II

DON MELQUIADES, LAURA, FRASQUITA y PEPE

FRAS. (Por el foro, con Laura y Pepe.) ¡Don Melquiades!

MEL. ¡Frasquita!... Hola, Pepe.

PEPE ¿Cómo va ese valor?

MEL. Medianejo.

PEPE ¿Y usted, Laura? (Habla bajo con ella.)

FRAS. Lo prometido es deuda, señó músico. Aquí nos tiene usté á acompañarlo, mientras pasa

la mala hora... Sí; porque yo, como tengo un autor en casa, sé lo que se padese... sé lo que se sufre... ¿Está usté muy nervioso? A ver el pulso... (Pulsándolo.) ¡Jesús, hijo mío, si esto es un tren exprés!

MEL. (Bajo á Frasquita.) ¡Ah! ¡Pues si tocara usted el corazón!

FRAS. (Lo mismo á don Melquiades.) ¡Don Melquiades, no sea usté malo! (¡Este hombre esta *viruta* por mí!)

LAURA Papá, ¿oyes lo que dice Pepito?

MEL. ¿Qué dice?

PEPE ¿Qué he de decir? Que he visto el ensayo general de su obra, y que debe usted estar tranquilo. Ha escrito usted una música preciosa.

FRAS. Pues entonse no tema usté na, don Melquiades... Ay, yo me siento, que no quiero cresé...

LAURA Nos sentaremos todos. (Se sientan los tres alrededor del brasero. Don Melquiades, tan pronto se sienta como se levanta y pasea, con inquietud cada vez más visible.)

FRAS. Mi Pepiyo, no es porque sea mi hijo, pero ¡tiene una práctica en esto del teatro!... Ya se ve, como empesó á escribí tan chiquetiyo... ¡Criándolo estaba yo en Algesiras, y me sacó unos versos más salaos!... ¡Así tiene aquel cajón de la mesa! Ayé las contó; aparte de las tres estrenadas, quinse obras *póstumas*.

MEL. ¿Póstumas?

FRAS. Sí; que no las has estrenao todavía.

LAURA ¡Ah! Y ¿se piensa morir sin estrenarlas?

PEPE (Bajo á Laura.) ¿Teme usted que yo me muera, Laurita?

LAURA Sí; por el teatro español.

PEPE (¡Cómo finge!)

FRAS. De modo que pa mí la opinión de éste es el Evangelio. ¡Es mucho lo que ha corrío este chiquiyo! ¡Y las cosas que le han pasao!... Verá usté; hase dos temporadas le leyó una piesa grasiosísima á un autó de muchísimas campaniyas... no sé si lo he contao alguna vé... Pues bueno, al año siguiente, hijo de

mi alma, se estrenó en el Español una obra de ese cabayero, con el mismo asunto. Solo que en vé de hasé un sainete, como Pepiyo, hiso un drama, pa desorientá...

PEPE Y la prueba de que era plagio es que el público tomó el drama á risa...

MEL. (¡Y quién sabe si hubiera llorado con el sainete!)

FRAS. Por supuesto que eso no es na pa las malas caras, pa los desaires que ha tenío que aguanta esta criatura...

PEPE A mi madre la ciega el amor *paternal*...

FRAS. Con desirle á usté que hasta Ruibarbo le ha rechasao una piesa... ¡Mire usté Ruibarbo!... El cómico más malo que he conosío... ¡To lo hase iguá! Y luego desde la cuarta fila de butacas no se le oye.

PEPE Eso no, mamá, la sala es muy grande...

FRAS. ¡Vaya una di-culpa! Al apuntadó se le oye desde todo el teatro. (Pepe saca una cartera y escribe. Don Melquiades lo observa.)

MEL. ¡Qué cosas tiene esta Frasquita!

LAURA A alguien ha de salir el niño tan agudo...

PEPE (Digo, ¿eh?)

FRAS. ¡Qué más quisiera yo que tené la grasia que este mico! ¡Ven acá tú, autoraso! (Dándole un achuchón.)

PEPE Mamá, déjate de arrumacos ahora...

FRAS. Está escribiendo una piesa pa Lara, que va á sé un alboroto... Tiene una situasión.. ¿Cómo es, tú? ¡Ah, sí! Un tipo que le habla á otro de su padrastro, del marido de su madre, ¿sabe usté? y el otro cree que se refiere á un padrastro que tiene en un dedo... Ay, pero tan bien, tan bien traído to, que es tirarse de risa...

MEL. La equivocación no puede ser más nueva.

FRAS. ¿Que si es? Como que este chiquiyo es inagotable.

LAURA (¡Jesús, qué cotorra de señora!)

FRAS. Da miedo pensá las obras que tiene en esa cabesa... Anda, Pepiyo, diles á estos señores lo que preparas pa este año.

PEPE ¡Psch! Poca cosa... Apenas tengo tiempo...

Solo que mi madre... Lo primero será un sainete para el Español; luego, otro sainete para la Comedia; después cuatro zarzuelas en un acto: dos de retruécanos y dos finas; un par de comedias en dos actos, para Lara; otra en un acto, para Lara también; una cosilla sin importancia para Romea... Y si me queda tiempo puede que le escriba un monólogo á la Guerrero... Y otro á Rosario Pino.

LAURA (¡Ay, ojalá no le quede tiempo!)

FRAS. Lo malo es que ha reñido con el colaboradó y anda por ahí desalao buscando uno...

MEL. Sí, ¿eh?

FRAS. Como que el otro se tragaba los chistes buenos que se le ocurrían pa ponerlos en obras suyas solamente.

LAURA ¡Ah, bribón!

MEL. Pues nada, pollo, no hay que desmayar... ¡adelante!

FRAS. ¿Qué ha de desmayá, con ese talentaso?... ¡Lo que gosaría mi pobresito Pedro Arvínula si viviera! O mi Luis Gonsaga... O mi Félix de Cantalisio... O mi Juan Anté Portam Latinam... Porque los cuatro fueron afisionadísimos á las tablas.

MEL. ¡Y usted, más que viuda, es un panteón de maridos enteramente!

FRAS. Hijo, ¿y qué culpa tengo yo de que se me muriera el primero?

MEL. Señora, el primero y los otros...

FRAS. Es que si no se me muere el primero los otros se quedan por puertas. (Pepe vuelve á escribir en su cartera.)

MEL. También es verdad. Me hace usted reir, y eso que no estoy para bromas... ¡Ese Bernabé que no viene! (Reparando en Pepe.) Pero ¿qué diablos hace ese?

FRAS. Caye usté, hombre: le digo á usté que es el demonio. Tos los chistes que oye los apunta y luego los mete en las obras.

LAURA Pues es una hormiguita.

PEPE ¿Se murmura de mis procedimientos?

MEL. ¡De quien se murmura es de ese dichoso Bernabé, que no sé dónde se ha metido!

PEPE — Ah, ¿pero aguardan ustedes á Bernabé con la buena nueva? ¡Pues se han lucido ustedes!

LAURA — ¿Por qué? ¿Dónde hay un muchacho más servicial ni más listo?

PEPE — ¿Ese? ¡Ni sabrá siquiera cuando silban ni cuando aplauden!

FRAS. — ¿Por qué no te yegas tú de un salto, hijo mío?

MEL. — Sí, Pepito; Dios se lo pagará.

PEPE — Ahora mismo. Dentro de nada estoy aquí. (Vase por el foro corriendo.)

FRAS. — Es de masapán esa criatura. Pa labrá la felisidá de una mujé no hay otro.

LAURA — (Buen provecho le haga.)

ESCENA III

LAURA, FRASQUITA y DON MELQUIADES

MEL. — ¡Qué noche, Dios mío! ¡Qué infierno de cabeza! Aplausos por aquí... silbidos por allá... aclamaciones... insultos... el barítono que se equivoca... el apuntador que se duerme... el dúo... el coro... la gloria... ¡qué sé yo! ¡Que pase pronto esta pesadilla!

LAURA — ¡Por Dios, papá, que pareces un loco enjaulado!

MEL. — ¿Y qué quieres que le haga, hija mía, si estoy que boto?

FRAS. — Pero oiga usté, ¿no le ha dicho á usté mi Pepiyo que le gusta la obra?

MEL. — (Razón de más.) En estos momentos no basta nada, Frasquita... ¿usted sabe?... ¡Cualquiera les encuentra las cosquillas á esos ciudadanos que pagan prima á los revendedores! Les temo más que á las viruelas... Es claro: hay prójimo que por una butaca da dos duros, y como no fusilen al autor no está contento. ¡Mire usted qué lógica más graciosa! (Principia á sonar el timbre del portón, y no cesa hasta que se supone que ha abierto Laura.)

LAURA — ¡Dios mío!

MEL. ¡Ese es Bernabé! ¡Corre á abrirle! (Vase Laura por el foro.)

FRAS. Don Melquiades, por los clavos de Cristo, no le vaya á dá á usté un insulto.

ESCENA IV

DICHOS y FABIO; luego BERNABÉ

FABIO (Por la primera puerta de la izquierda, con ansiedad.) ¿Qué es eso? ¿Hay noticias?

MEL. ¡Sí, sí!

FRAS ¡Sin duda! (Corren hacia el foro los tres.)

BERN. (Dentro.) ¡Victoria, victoria!

MEL. ¿Victoria, dice?

FRAS. ¡Victoria!

FABIO ¡Victoria, papá!

FRAS. ¿Lo está usté viendo, hombre de Dios?

BERN. (Por el foro, con Laura.) ¡Don Melquiades, venga un abrazo! (Va abrazándolos á todos.)

MEL. ¡Y veinte!

BERN. ¡Fabio, qué triunfo! ¡Laura! (¡Se lo di!... ¡se lo di!) ¡Doña Frasquita!

FRAS. (Deteniéndolo.) Hijo de mi alma, pare usté... El entusiasmo tiene su límite...

LAURA Vamos, diga usted lo que hay.

BERN. ¡Noche completa, noche de ventura!

MEL. ¡Lo que yo presumía! ¡Laura! (Abrazándola.) ¡Frasquita! (Yendo á abrazar á ésta.)

FRAS. (Impidiéndolo.) ¡Ay! ¿usté también? ¡Vaya unos repentes!

LAURA ¡Hermano! (Abrazando á Fabio.)

FABIO (Abrazando á don Melquiades.) ¡Papá! (Yendo á abrazar á Frasquita.) ¡Señora!...

FRAS. (Alejándose.) ¿Otra te pego? ¡La han tomao conmigo esta noche!

BERN. ¿Y para mí no hay nada?

LAURA ¿Para usted? ¡Usted se lo merece todo!

BERN. (¡Oh, que frase!)

MEL. ¡Todo! (Los tres rodean á Bernabé y lo abrazan á un tiempo.)

FRAS. Pues señó, se hase polvo esta gente.

BERN. ¡Basta ya! ¡Que me ahogan ustedes, que me ahogan!

FRAS. Vamos, dejarlo que hable.

MEL. Sí, hombre; cuente usted, cuente usted...

FABIO Detalla...

BERN. (Suspirando.) ¡Ay, Dios mío!. . Verán ustedes... El público, como suele decirse, entró en el libro en la primera escena...

MEL. ¿Entró, eh?

BERN. Sí, señor; pero se salió en la segunda.

LAURA ¡Qué lástima!

BERN. Nada de lástima: la frialdad duró poco. Apenas vino el número del *Verano*, se rompió el hielo. ¡Qué ovación, Dios de las alturas!

MEL. ¿No lo dije? Si es mucha frase aquella... Tirorí... tari tariaro... tiraró... (Todos rebosan satisfaccion y júbilo.)

BERN. ¡Yo estaba como quien se saca una muela sin dolor! ¡Lloraba de alegría!

LAURA ¿Lloraba usted?

FRAS. ¡Qué bueno parese este muchacho!

MEL. (Conmoviéndose.) ¡Más bueno que el pan!

BERN. No es que sea bueno, es que en ustedes hallo el único calor... la única familia... (Conmoviéndose también.)

FRAS. (Lo mismo.) Es claro...

LAURA (Lo mismo.) Es natural...

FRAS. ¿Ahora les toca el turno á los pucheros? ¿Van ustés á soltá el trapo como niños de teta?

BERN. Tiene usted razón. ¡Ya digo, yo lloraba de alegría! El jefe de la *claque*, aplaudiendo, me cogió una vez la cara entre las manos.

FRAS. ¡Pues hay motivos para echarse á llorar!

BERN. Llegó el segundo número... y el delirio; llegó el tercero... y ¡el acabóse! El público loco, borracho, de pie en las butacas, aplaudía como una sola persona. Por todas partes no se oía más que esto:—«¡Qué tío! ¡Qué música ha hecho! ¡Qué animal! ¡Qué bruto! ¡Qué bárbaro!»—Así, así por todas partes. Y se llamó al autor á grito herido, y se adelantó Ruibarbo á la batería y dijo que el autor era

el maestro Albaricoque, pero que no se hallaba en el teatro. Y entonces todo el mundo, hombres y señoras y niños, inspirados por el propio entusiasmo, gritaron á una voz: «¡Que lo traigan!» Y yo, sin poder contenerme, exclamé:—«¡Voy!»—Y aquí me tiene usted decidido á llevármelo Es necesario que esté usted allí al final de la obra. No hay más remedio.

MEL. ¡Por vida de...! ¡Miserables ochavos, que todo lo ensucian! Usted, Frasquita, conoce nuestra situación y no se extrañará de nada..

FRAS. Cáyese usté, inosente.

MEL. ¿Cómo quiere usted, Bernabé, que me presente yo en escena con esta facha?

LAURA No es posible; lo silbarían.

FABIO ¡Si por eso no ha ido al teatro!

FRAS. ¡Mire usté qué demonio! Pa haberlo sabido... Anteayé me deshise yo de un terno flamante de mi Juan Ante Portam Latinam.

BERN. Señor, yo recuerdo que usted tiene un chaqué de vicuña...

MEL. Sí; pero no está en casa...

FABIO Imagínate el paradero.

BERN. Hombre, lo extraño, porque los chaqués no los toman.

FRAS ¿Y lo han perdido ustedes?

LAURA No, señora; la papeleta existe.

BERN. ¿Pues qué hace usted, Laurita, que no la trae?

FABIO ¡Si no hay un céntimo en la casa!

FRAS. (Registrándose el bolsillo.) ¿Le paese á usté?... ¡Y á mí se me ha olvidao el portamonedas!...

BERN. ¡Pero yo tengo algún dinero! ¡Venga la papeleta en el acto!

MEL. (A Fabio.) Llégate por ella al archivo.

FABIO ¡Tú eres mi padre, Bernabé! (Dándole un abrazo.)

MEL. ¡No, hijo, tu padre soy yo! (Vase Fabio por la segunda puerta de la izquierda y sale cuando indica el diálogo.)

LAURA ¡A este Bernabé no se le paga con oro molido!

BERN. ¿A mí, Laurita? (¡Luego le diré yo con qué puede pagarme!)

MEL. (Impaciente) ¿Nos dará tiempo?
BERN. Sí.
LAURA ¿Qué hora será ya?
BERN. (Mirando el reloj.) ¡Qué sé yo! ¡Ese reloj adelanta tres ó cuatro días!
FABIO ¡La papeleta!
BERN. Venga acá. A ver... (Examinándola.) Catorce reales... En Agosto... Agosto uno... Setiembre dos... Octubre tres... Me sobran dos pesetas... Conque arréglese usted volando, don Melquiades, que el chaqué está aquí antes de dos minutos. ¡Abur! (Vase por el foro corriendo.)
FRAS Y yo, mientras viene, voy en un dos por tres á casa de doña Gertrudis... á darle la notisia del *exitaso*.
LAURA Es verdad, que encargó la pobre señora...
MEL. Pero que suba Fabio...
FRAS. No, no; que Fabio puede hasé falta aquí. Si yo bajo en seguida... Hasta luego, hasta luego... Y que sea enhorabuena, ¿eh?... (Ahora sí que me conviene á mí este hombre... ¡Dios santo, qué *trimestres!*) (Vase por el foro.)
MEL. ¡Adiós!
LAURA Adiós.
MEL. Oye, niña, ¿tengo un cuello limpio?
LAURA Me parece que sí.
MEL. Pues anda por él. ¿Y corbata?
FABIO Ponte la mía de las reuniones.
MEL. Traémela, niña.
LAURA Al momento, papá. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V

DON MELQUIADES y FABIO; después DON TELESFORO

(Don Melquiades, durante esta escena, manifiesta creciente impaciencia y desasosiego.)

FABIO ¡Pues señor, estoy que no quepo en el pellejo!
MEL. ¡Y yo que no sé lo que me pasa! ¡Fabio, hijo mío, se realiza el sueño de toda mi

vida!... ¡Ya era hora! Dentro de diez minutos, en el proscenio, recibiré los aplausos de la multitud entusiasmada y frenética... que... que... Oye, ¿y cómo te parece que salude? Algo por este estilo, ¿no? (Ensayan los dos los saludos al público, según indica el diálogo.)

FABIO Papá, eso se hace cuando lo presentan á uno á una señorita... Al público se le debe más... Una cosa así...

MEL. Hombre, por Dios, te doblas demasiado. Mejor es esto...

FABIO O esto...

MEL. Esto, esto... (Uno y otro siguen haciendo unos instantes reverencias. Sale don Telesforo por el foro, cree que los saludos van con él, y contesta en la misma forma.)

TEL. Señores... (¡Canario, qué finos están!... No, pues por mí no queda.) Señores... ¡Pero, señores!...

MEL. ¡Don Telesforo!

FABIO ¡Mi querido don Telesforo!

MEL. ¿Cómo es que no ha dado usted sus tres golpes de timbre?

TEL. Porque no he tenido que llamar... Salía doña Frasquita cuando yo entraba...

MEL. ¿Y no le ha contado á usted lo que hay?

TEL. Algo me ha dicho del estreno... ¿Qué sucede?

MEL. ¡Que he tenido un éxito fenomenal!

FABIO ¡Que lo está teniendo á estas horas, mejor dicho!

MEL. ¡De esos de quinientas representaciones y cinco beneficios y letras coloradas! No, y lo que es mañana me sacan á mí tiras.

TEL. Lo creo. Hay tantos envidiosos...

MEL. Digo tiras por las paredes: «¡Exito inverosímil!» «¡Los cuatro elementos!» «¡Todas las noches!»

TEL Pues, don Melquiades... Fabio... (Cogiéndole una mano á cada uno y sacudiéndolos fuertemente.) Ya saben ustedes que yo me alegro muy de veras... ¡pero muy de veras!

FABIO (¡Ay!)

TEL. Porque soy amigo de ustedes de verdad... ¡pero de verdad!

MEL. (¡Ay!) Gracias, gracias... (Con tres enhorabuenas así me malogro.)

FABIO (¡Esto no es dar la mano! ¡Esto es querer llevarse la de uno!)

TEL. ¿Y dice usted que aún dura la representación de la obra?

FABIO Sí, señor.

TEL. Pues allá me voy ahora mismo... á contribuir con mis aplausos...

FABIO ¡Don Telesforo, usted es mi padre! (Abrazándolo.)

MEL. ¡No, hijo! (¡Qué manía!)

TEL. Conque hasta luego. (Va á irse y vuelve.) ¡Ah! Me olvidaba de prevenirles. . que es á lo que he venido precisamente...

MEL. Diga usted.

TEL. Mañana tempranito salgo de caza... La llave de mi cuarto se la dejaré al portero. Recójanla ustedes y...

MEL. Vaya usted tranquilo.

FABIO Cuidaremos sus pájaros como de costumbre.

TEL. Se trata de una expedición de ocho ó diez días. La caza es mi chifladura, ya lo sabe usted.

MEL. (¡Adiós mi dinero!) Pero, ¿y Laurita?... (Llamando.) ¡Laurita!

TEL. ¿Usted no me ha visto á mí tirar nunca?

MEL. (Deseando que se vaya.) ¡Muchísimo!

TEL A mí me pone usted un duro á cincuenta pasos, tiro... y lo hago dos.

MEL. ¿Hombre, sí? Pues va usted á disparar contra lo primero que cobre.

TEL. ¡Je, je! Oiga usted: una vez en el Pardo...

MEL. Que se le hace á usted tarde, don Telesforo.

TEL. Tiene usted razón. Y es que cuando pego la hebra... Hasta la vista, ¿eh? Conste que yo me alegro de verdad... (Tendiéndoles las manos. Don Melquiades y Fabio van á darle las suyas, pero recordando de pronto las sacudidas anteriores, se las llevan á la espalda los dos á un tiempo.)

MEL. Gracias, gracias.

FABIO Un millón de gracias.

MEL. Acompaña á don Telesforo, Fabio.

TEL. No se moleste; adiós.

FABIO No es molestia ninguna... (Vase con don Telesforo por el foro.)

ESCENA VI

DON MELQUIADES, LAURA y FABIO; luego BERNABÉ

(En esta escena debe hacerse todo aprisa y corriendo.)

LAURA (Por la primera puerta de la izquierda, con las prendas que nombra.) Toma la corbata y el cuello, papá. (Se los da á don Melquiades.) La corbata está peor de lo que yo creía.

MEL. Buena está. Con la luz no se ve.

LAURA Como no se ve es sin la luz. El sombrero y y la capa vieja. (Los coloca sobre una silla.)

MEL. ¡La que hay!

LAURA ¡Flojo cepillado le hace falta!

MEL. Bueno: ponme el cuello primero, que yo no atino con el ojal.

LAURA (Obedeciendo á don Melquiades.) Baja un poquito la cabeza.

MEL. ¡Ay, qué manos más frías!

LAURA Así, así...

MEL. (A Fabio, que sale por el foro.) Cepilla tú la capa, Fabio.

FABIO Voy ahora mismo. (Coge la capa y la cepilla.)

LAURA La corbata.

MEL. Hazme un nudo bonito, ¿eh?

LAURA Precioso, ya verás. ¡Mira qué monada!

BERN. (Por el foro, jadeante, con el chaqué de don Melquiades envuelto en un periódico.) ¡El chaqué! ¡Aquí está ya el chaqué!

FABIO ¡Caramba! ¿Por dónde has entrado?

BERN. ¡Por la puerta, mira este!... Me llevé la llave. (Respirando con fatiga.) ¡Ay, qué carrera en pelo!

LAURA A ver cómo viene. (Coge el lío y lo deshace.)

FABIO Yo me voy contigo, papá. Ya no le temo á nada. ¡Qué triunfo!

LAURA ¡Quítate la americana, maestrazo! (Don Melquíades obedece y Laura le ayuda á ponerse el chaqué.)

BERN. Pronto, que es tarde.
LAURA ¿Vas á meter la mano por un bolsillo?
MEL. Hija, si no veo. Vísteme despacio, que estoy de prisa. ¿Qué tal queda?
LAURA ¡Virgen María, qué diluvio de manchas!
BERN. Las manchas no se ven desde lejos. Vámonos...
MEL. Vámonos.
LAURA Aguarda un instante. Aquí en el aparador hay bencina. (Coge el frasco de bencina del aparador. Todos frotan el chaqué con sus pañuelos, y el frasco va pasando de mano en mano. Don Melquiades deja hacer.)
MEL. ¿A que no vamos á llegar, Bernabé?
FABIO Dame, Laurita. Esta del codo se nota mucho.
LAURA Y esta de la espalda. Trae.
BERN. La peor de todas es esta del pecho. Deme usted.
LAURA ¡Uf! Esto huele á demonios.
MEL. (¡Qué detalle para mi biografía!)
FABIO El faldón izquierdo está indecente...
LAURA Y el derecho no le va en zaga.
MEL. ¡Ea, basta ya de fricciones! ¡Al teatro!
FABIO La capa, papá. Embózate bien.
LAURA El sombrero.
MEL. ¡Conque, hijos míos, ya se van á acabar las penas!
LAURA ¡Adiós, papaíto!
MEL. ¡Vámonos, hombre! ¡Adiós, hijita!
FABIO ¡Al teatro!
BERN. ¡Al teatro! (En cuanto pueda los dejo y vuelvo yo.) (Se van los tres por el foro.)
LAURA (Desde la puerta.) ¡Cuenta las veces que sales á escena, papá!

ESCENA VII

LAURA

¡Pobre papá! ¡Va loco de alegría! ¡Ahí es nada! Salir en un momento de esta vida prosaica y triste... después de tantos años de

afanes y de lucha por conseguirlo... después de no haber sufrido más que desaires y malas palabras de cómicos y empresarios... Digo, ¿eh? Aquel que le dijo á papá que era un pepino, ¿cómo estará ahora? Se tirará de los pelos. ¡Que rabie! Toma, toma pepinos. Del mal de nadie me alegro yo, pero lo que es del de ese caballero... ¿Habrá antipático? ¡Mire usted que llamarle pepino á mi papá, que va á cobrar ahora cinco duros por noche!.. ¡Poquito que voy yo á lucir con ese dineral que se nos entra por las puertas!... Lo primero que me compro es un traje... Dos, dos trajes... Tres trajes, porque con dos no hay combinaciones. Y el de casa, cuatro .. Sí, entre todos, cuatro ó cinco trajes... Bueno, media docenita de trajes.. Luego un par de zapatos de charol... ¡Hacen el pie tan mono! Y yo que no lo tengo feillo... (Recreándose en él.) Es claro que con estos de becerro no luce. ¡Uf! al becerro mate le tengo mala voluntad... En seguida un sombrero.. un sombrero de esos grandes, de terciopelo negro... con plumas también negras.. ¡Ay! ¡cuánto he suspirado yo por un sombrero de esos!... ¡A mí, que soy morenita clara, me deben de sentar tan bien!... Después, uno blanco, de paja, para el verano... ¡Qué bien me ha de caer á mí lo blanco!... ¡Como soy morenita clara!... Y guantes... y abrigo de terciopelo... y manguito.. y flores... y... ¡Que voy á dar la hora! .. De teatros, no hay que hablar... Todas las noches un palquito. Papá no tendrá más que ir á contaduría y mandar en jefe:—«Venga un palco.»—«Ahí va.» —Y yo, por la noche, allí, dándome tono.. Y los acomodadores dirán: «Aquella tan guapa es la hija del autor.» Y puede que lo digan otros que no sean acomodadores... ¡Desde luego! Pues si me va á salir cada conquista... ¡Oh!... ¡Mi verdadero ideal es un título rico! .. No hay como un título... ¡Ay, Señor, que se me declare un título! (Pausa. Medita.)

ESCENA VIII

LAURA y BERNABÉ

BERN. (Por el foro. Detiénese un momento contemplando á Laura.) ¡Allí está! ¡Qué linda criatura! ¡Dios mío, como me tenga en poco porque no soy señorito de carrera, me muero de repente! (Se va acercando á Laura.)

LAURA (Fantaseando.) ¡Oh! ¿Qué tal, señor Conde? Dichosos los ojos... Siéntese, siéntese á mi lado...

BERN. (¿Habla sola?) Laurita...

LAURA (Distraída.) Señor Conde...

BERN. ¿Eh?

LAURA (Reparando asustada en Bernabé.) ¡Ah!

BERN. ¿Le sorprende á usted mi presencia?

LAURA ¡Es claro! ¿Y papá?

BERN. En el camino lo he dejado... Yo he venido solo, porque... porque... (¡Animo, Bernabé!) Bueno, por si necesitaba usted mis servicios... Ya sabe usted que siempre estoy á su disposición.

LAURA Ya lo sé... Mil gracias. (Pausa. Bernabé trata de decir algo, y no sabe qué.)

BERN. ¿De modo que no le hace á usted falta ninguna cosa?

LAURA (Riéndose.) ¡Ay, me hacen falta muchas!

BERN. ¡Je, je! Ya sabe usted que yo me refiero á las menudencias... ¿Hay chocolate para mañana?

LAURA Sí. ¿No recuerda usted que trajo el domingo una libra?

BERN. Lo había olvidado ya... Yo soy así... Y le decía á usted eso, porque he descubierto una ganga.

LAURA ¿Una ganga?

BERN. Así como suena. En la calle de Fuencarral, precisamente al lado de la relojería en que yo trabajo, hay una tienda de comestibles donde se compra una librita de peseta, y le regalan á uno un despertador.

LAURA Bien, bien... Usted siempre tan hormiguita... ¿Y es bueno el chocolate?

BERN. Por el estilo del despertador. ¿Quiere usted que le traiga media librita para probarlo?

LAURA No, no; no se moleste.

BERN. ¿Molestia? ¿Molestia, tratándose de usted? Usted debe saber que nunca me molestan sus peticiones... Digo, creo que jamás he puesto una mala cara... Todo lo contrario: con el alma y la vida... Cuántas veces me ha dicho usted:—«Bernabé, ayúdeme á estirar estas sábanas...»—Con mil amores.—«Bernabé, necesito sal y pimienta.»—Y allá va Bernabé por sal y por pimienta, aunque no muy convencido de que usted necesite pimienta, ni mucho menos sal... (¡Esto me ha salido redondo!)

LAURA No, si yo reconozco su amabilidad... y crea usted que mi gratitud será eterna... (¿A qué vendrá ahora...?)

BERN. ¿Nada más que su gratitud?

LAURA Y con ella... mi afecto...

BERN. ¿Nada más que su afecto?

LAURA Pero, ¿usted qué quiere, hijo mío?

BERN. ¿Nada más que hijo suyo?

LAURA ¿Cómo?

BERN. (¡Qué disparate!) Dispénseme usted, Laurita... he dicho una sandez... Su presencia de usted... así á solas... me turba... me...

LAURA ¿Quiere usted que llamemos á alguien?

BERN. Todo lo contrario: si precisamente deseo aprovechar esta soledad... para decirle... para decirle algo que ya no cabe dentro de mí, y que yo pensé que usted habría adivinado en mi solicitud constante, en mi diligencia sin ejemplo...

LAURA ¿A dónde va usted?

BERN. A donde usted disponga, como siempre: á la felicidad... ó al abismo: por una estrella del cielo... ó por una libra de chocolate...

LAURA ¿Qué novedad es esta, Bernabé? (¡Santo Dios, vaya un título el que me sale!)

BERN. Novedad ninguna... Esto ya es antiguo en mi corazón. (Le suelto el *símbolo*.) Voy á preguntarle á usted una cosa.

LAURA Usted dirá.

BERN. Si yo fuese el minutero de un reloj, ¿tendría usted inconveniente en ser la manilla?

LAURA ¡Jesús! Y ¿para qué?

BERN. Para vivir los dos en la misma esfera... y no andar el uno sin el otro.

LAURA ¡Ja, ja, ja! ¡Qué simil de relojería!

BERN. Por Dios, Laurita, no eche usted á broma mi pretensión honrada: yo no puedo ofrecerle á usted grandes riquezas, eso no... pero sí le ofrezco un corazón con tapa de oro, garantizado por toda la vida...

LAURA Como los relojes, ¿eh?

BERN. Falta un detalle: en la tapa, grabado á fuego, hay un enlace de dos letras: L y B. La B... soy yo... y la L... ¿necesitaré decir quién es la L?

LAURA Yo.

BERN. Es claro.

LAURA Pues es turbio.

BERN. ¿Sí?

LAURA Sí, señor.

BERN. Pero ¿así. . sin atenuantes?...

LAURA Sin atenuantes... (¡Pobrecillo, qué cara pone!) Pruébeme usted que eso de la tapa y de las iniciales es verdad. . y entonces hablaremos.

BERN. Pero, ¿usted lo duda?

LAURA Es natural.

BERN. ¡Y yo que creía tener ya suficientemente demostrado mi cariño!... ¡Qué decepción tan grande!... Pero, en fin, usted me ha prometido que si pruebo eso de la tapa, hablaremos, ¿no?

LAURA Prometido está: hablaremos.. como estamos hablando ahora.

BERN. Bueno, sólo que usted dirá otras cosas...

LAURA Vaya usted á saber lo que yo diré. .

BERN. Dependerá de lo que yo haga...

LAURA Cabalito.

BERN. (Entusiasmado.) ¡Entonces!... ¡Ah! ¡entonces!... ¡yo le aseguro á usted que entonces! .. (Oyese lejano rumor de aplausos y vítores que se van acercando poco á poco.)

LAURA (Prestando oído.) ¿A ver? ¿Qué rumor es ese que suena?

BERN. Es verdad...

LAURA Parecen aplausos. (Corre al balcón, lo abre y se asoma. Suena el timbre de dentro.) ¿Llaman?... ¿Quién podrá ser ahora? Vaya usted á abrir, Bernabé.

BERN. En seguida. (Vase por el foro.)

LAURA ¡Dios mío! ¡Una masa de gente viene hacia acá... gritando y aplaudiendo!... ¡Oh, si es á papá!.. ¡Qué alegría tan grande!

ESCENA IX

DICHOS y FRASQUITA

FRAS. (Con Bernabé, por el foro.) ¿Qué pasa?

LAURA ¡Frasquita! ¡Que traen ahí á papá entre la mar de gente!

FRAS. ¿Preso?

LAURA ¿Cómo preso? ¡En triunfo!

BERN. (Asomándose al balcón.) ¡Es verdad! Oiga usted.

LAURA Venga usted al balcón... Ya están aquí debajo...

FRAS. Digo, ¿eh? Si cuando á mi Pepiyo le gusta una obra...

LAURA ¡Ya entra papá! ¡ya entra papá! ¡Vamos á recibirlo!

FRAS. ¡Vamos! (Corren hacia el foro las dos.)

BERN. ¡Viva el maestro Albaricoque!

LAURA
FRAS. } ¡Viva! (Se van por el foro.)

ESCENA X

BERNABÉ; luego LAURA, FRASQUITA, DON MELQUIADES y FABIO; después PEPE y DON TELESFORO

BERN. ¡Oh! ¡su corazón tiene un eco en el mío!... ¡Ella alegre, yo alegre! ¡ella triste, yo triste! ¡Hay un hilo de corazón á corazón! (Oyense voces dentro, hacia el foro.) ¡Ya vienen ahí, ya vienen ahí!...

MEL. (Por el foro, abrazado á sus hijos.) ¡Sostenedme... sí, que vengo muerto!... (Avanza hacia el proscenio y se deja caer en una silla.)

LAURA ¡Papaíto!

FABIO ¡Qué noche, Laura!

BERN. (Abrazándolo.) ¡Don Melquiades! ¡querido don Melquiades! ¡Venga un abrazo! (¡Diablo, cómo huele á bencina todavía!) (Nueva salva de aplausos en la calle.)

FRAS. ¡Está la gente dislocá de entusiasmo!

PEPE (Dentro.) ¡Maestro de mi alma!

BERN. (Ya está aquí Bretón de los Herreros.)

PEPE (Por el foro.) ¡Un abrazo!

MEL. (Dejándose abrazar por Pepe) ¡Gracias, gracias!

PEPE (Apartándose repentinamente de él) (¿A qué demonios huele este hombre?) (A Laura.) ¡Laurita, qué éxito!

TEL. (Por el foro, á toda prisa.) ¡Vecino! ¡vecino! ¡Venga usted acá, vecino! (Abraza á don Melquiades á medias y se aparta de él bruscamente) (¡Canario, qué mal huele el vecino!) (Rumor creciente dentro, que acaba en un aplauso nutrido.)

FRAS. Don Melquiades, por Dios, salga usté á saludá...

FABIO Sí, sí, sal en seguida...

LAURA Anda, papá, anda...

VOZ (Dentro.) ¡Que se asome al balcón!

FABIO (¡Esa es la voz del zapatero!)

VOCES (Dentro.) ¡Que hable! ¡que hable!

FRAS. ¡Que piden que hable usté!

FABIO Habla, papá.

MEL. No, no... me es imposible... Cualquiera de ustedes asómese y diga cuatro *fresas*... cuatro frases en mi lugar... Que estoy rendido... que la emoción me embarga...

BERN. (¡Hasta la emoción embarga á este hombre!)

LAURA ¡Ande usted, Bernabé!

BERN. ¿Yo? ¿Hablar yo?

LAURA Sí; yo se lo suplico...

BERN. (¡Oh, qué sonrisa! ¡Me ama, no me cabe duda!) (Sale al balcón. Aplausos dentro.) «¡Señores!» (Siseos dentro imponiendo silencio.) «¡Señores!» (Estornudando.) ¡Ah... chís! (Nuevo aplauso.)

LAURA ¡Válgate Dios!

BERN. ¡Ah... chís! ¡Ah... chís!

FRAS. Está la noche tan fría... Tápese usté la boca.

BERN. ¿Entonces cómo voy á hablar?... «¡Señores!... El gran maestro agradece en el alma... en el alma... en el alma...»

FRAS. Es oradó de repetisión. Como es relojero...

BERN. «Estas manifestaciones de entusiasmo y de...» ¡hip...! (¡Ahora me ha entrado hipo!) «y de cariño...» ¡hip! «y de...» ¡hip! (¡Maldita sea mi suerte!)

LAURA ¿Pero tiene hipo?

BERN. ¡Hip!... «Por eso, señores... yo... en nombre suyo... doy las gracias á todos ustedes...» ¡hip!... «á todos ustedes...» ¡hip!.. «á todos ustedes...» ¡hip! (Desesperado.) «¡Vaya, he dicho!» ¡Ea! (Retírase del balcón y suena dentro un nuevo aplauso, que dura unos instantes.)

MEL. ¡Eso es para usted, Bernabé!

BERN. ¡Qué ha de ser para mí! ¡Para usted todo!

FRAS. ¡Para usté, *musicaso*!...

LAURA ¡Para tí!...

FABIO ¡Para tí!...

MEL. (Abrazando á sus hijos.) ¡Pues si es para mí... es también para ustedes! ¡Noche de gloria!

FABIO (Abrazando á don Melquiades entusiasmado.) ¡Papá, tú eres mi padre!

MEL. ¡Ya lo sé, hijo mío!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

LAURA y DON MELQUIADES; luego FABIO; después DIEGO

(Los dos primeros en la puerta del foro despidiendo visitas.)

MEL. Gracias, mil gracias.

LAURA Hasta mañana, ¿eh? Muchas gracias...

MEL. ¡Gracias, amado pueblo!

LAURA Adiós... Gracias.

MEL. Gracias.. (Bajando con Laura al proscenio.) ¡Creí que no acababan de irse!

LAURA Ha sido una verdadera manifestación.

FABIO (Por el foro.) ¡Diablo! ¡qué día!.. Yo estoy rendido... No me han dejado ni afeitarme.

LAURA Lo que yo no sabía era que tuviésemos tantos amigos.

MEL. Efectos de la prensa de la mañana. ¿Tú no ves que me ponen en la luna?

LAURA Oye, papá, y ¿quién es aquel gordo que entró tuteándonos á todos?

MEL. Un amigo de Fabio.

FABIO ¿Mío? ¡Si yo no lo he visto en mi vida!

MEL. Ah, ¿no? Pues yo menos. Lo único que sé es que por poco me estrangula de un abrazo.

LAURA ¿Y eso de que ninguno deje de preguntar lo que cobras?

DIEGO (Por el foro, con tres periódicos.) ¡Más prensa, más prensa!

MEL. ¿De la noche? ¡Este portero vale un Perú!

DIEGO No, señorito; los de la noche no han salío entoavía. Estos son tres de la mañana: de los de poca circulación. (Cada cual coge uno y lee con interés cerca de la luz.)

MEL. A ver, á ver... ¿Dónde estoy?...

FABIO (Leyendo.) «De teatros...»

LAURA (Lo mismo.) «El éxito de anoche...»

DIEGO (Señalando en el periódico que tiene don Melquiades.) Aquí, aquí... «Los estrenos.»

MEL. Vamos á ver... (Pausa.)

LAURA ¡Ay, éste, papá, qué de flores te echa!...

FABIO ¡Caramba! ¿y éste?... Ven acá, Laura, ven...

MEL. ¡Hombre! ¡el que me pone como un trapo es este papelucho!

LAURA ¿Cuál?

MEL. ¡Este papelucho!

FABIO ¿Habrá envidioso? Dame acá... (Le arrebata el periódico á su padre, y lee.) «Lo primero que ha debido hacerse con el maestro Albaricoque, es mandarlo á la cárcel.»

LAURA ¿Le parece á usted?

FABIO «Después, cambiarle el apellido.» ¡Vamos, esto no se puede sufrir!

DIEGO Eso ya es meterse en la vida privada. ¡Déjelo usté á mi cargo!... ¿El no es uno bizco, to pelao?...

MEL. ¡Si yo no lo conozco!

DIEGO El es, él es; bizco, to pelao... Estaba junto á mí en la galería.

FABIO ¿Cómo ha de ser ese?

DIEGO ¡Vaya! ¡Y que no tengo yo pupila!... Bizco él... to pelao... con lentes... Si allí mismo empezó también á despotricar... Que si aquello era estúpido... que si iba al foso... que si...

MEL. Todo eso está bien; pero ese pelao, como usted dice, no es el del periódico...

DIEGO ¿Conque no, eh? ¡Yo le ajustaré las cuentas cuando lo vea!

FABIO ¡Dale bola! Aquí lo que se impone es un comunicado al director...

MEL. ¡Eso es!

LAURA ¡O un anónimo!

FABIO No, no; dejadme á mí... En tono enérgico, aunque comedido, le diré lo que viene al caso.

MEL. Muy comedido, ¿eh?

FABIO Ya tengo mi idea. (Yéndose por la primera puerta de la izquierda, murmurando.) «Señor Director: entre los muchos majaderos que escriben en el periódico que usted tan dignamente dirige...»

DIEGO Pues ya le digo á usté, señorita... Al mozo se le iban los pies que era un gusto... Y to era resbalar el bastón... y toser fuerte... y menearse mucho en el asiento... Conque fuí una vez y le dije, digo...

LAURA Si ya me lo ha contado usted esta mañana... (¡Jesús qué pesadez de hombre!) (Vase por la derecha. Diego se queda como cortado unos instantes.)

ESCENA II

DON MELQUIADES y DIEGO

DIEGO Bueno, señorito; si usté no tiene na que mandarme, me voy pa abajo.

MEL. Nada; muchas gracias.

DIEGO Sí; porque esta no es ocasión tampoco de... U-té esta preocupao...

MEL. ¿Ocasión de qué?

DIEGO Na; la Manolita... mi chica... Ya sabe usté que le tira la escena...

MEL. Sí, ya sé... ya.

DIEGO Pues me dijo, dice: padre, á ver si el señor me hace un sitio en el coro...

MEL. ¡Je!...

DIEGO Usté se habrá fijao bien en ella... No es porque yo sea su padre, pero con seguridá que es la reina e las coristas. Miste que tiene unos ojos que hay que verlos... Y un corte e cara... que hay que verlo también... Y unas formas... que...

MEL. Sí, que también hay que verlas...

DIEGO ¡Je, je! ¡el señorito! Quiero decir que está muy bien de facultades...

MEL. Bueno, sí; yo hablaré con la empresa...

DIEGO Estimando, señor.

MEL. Adiós. No hay de qué.

DIEGO (Después de una pausa, en que hace que va á irse y no se va.) Pa mí que lo de Periquillo ya es más fácil.

MEL. ¿Qué es lo de Periquillo?

DIEGO Mi chico. Ya ve usté, está hecho un mocetón y me ha salio un vago...

MEL. ¡Ah!

DIEGO Y como él tiene, así, buenos modales, porque otra cosa no, pero educación su madre se la ha dao... se me ocurre que pué meter la cabeza en las butacas...

MEL. Hombre, no lo van á dejar...

DIEGO ¡Je, je! Demasiao me entiende el señorito ..

MEL. ¿De acomodador, es verdad? Corriente, ya veremos.

DIEGO Pues tantas gracias... (Vase por el foro.)

MEL. Adiós, hombre...

DIEGO (Asomándose á la puerta.) El jefe de la *clá*... ¿no es uno alto con toa la barba?

MEL. (Amostazado.) ¡No, señor!

DIEGO (Acercandose á don Melquiades.) ¿Pero usté tendrá metimiento con él?...

MEL. ¡Tampoco!

DIEGO Porque como aquí cerramos á las diez de la noche... resulta que me aburro.

MEL. ¿Y qué quiere usted que yo le haga?

DIEGO No; na... Si no que si buenamente pudiera ser... me parece que yo tengo buenas manos pa el oficio...

MEL. ¡Admirables! ¡Se le dará á usted un puesto! ¡Adiós!...

DIEGO Con Dios, y gracias... Y usté dispense, señorito... (Vase.)

ESCENA III

DON MELQUIADES y FRASQUITA

MEL. ¡Qué mosca! Lo menos que se ha creído ese es que la obra es suya... O que el teatro es mío... Bueno, ¿qué iba yo á hacer?... No sé donde tengo la cabeza... Estaba por llegarme al teatro antes de cenar, para traerme algún dinero... Por más que ya es tan tarde... Las pícaras visitas me han fastidiado.

FRAS. (Por el foro.) Qué, ¿habla usté todavía con la gente?

MEL. ¡Oh, Frasquita! ¡Tanto bueno por aquí!... Todavía sí hablo... Mañana, ya veremos... ¡Je!...

FRAS. ¡Amigo, vaya unos piropos que le echan á usté los diarios!

MEL. Sí, señora; me tratan casi todos mejor de lo que yo merezco. Siéntese usted. (Se sientan los dos al brasero.)

FRAS. Pues yo me dije: aquel buen señó se va á subí á las nubes y no va á habé quien lo resista.

MEL. Si usted estuviera en las nubes, á las nubes me subiría yo.

FRAS. Don Melquiades, por los clavos de Cristo, no se ponga usté *calagurritano.*

MEL. *¿Calagurri...* qué?

FRAS. *Calagurritano.* Una palabra que yo uso mucho.

MEL. Y ¿qué significa?

FRAS. ¡Huy! ¡la má de cosas!... Pero no divaguemos. Tengo que darle á usté una notisia ¡de rechupete!

MEL. ¿Qué noticia?

FRAS. ¿Ha visto usté ese periódico nuevo que sale los martes?

MEL. ¿Cual, *El Delirio?*

FRAS. Ese.

MEL. Sí, lo he visto, sí.

FRAS. Pues mi Pepiyo está ayí pa hasé la sección de teatros, ¿sabe usté? Y esta tarde le ha dicho el directó que luego van á vení dos redactores á verlo á usté, porque quieren sacarlo en el periódico.

MEL. ¡Frasquita! ¿es eso cierto?

FRAS. ¿Me ha cogío usté á mí en algún embuste?

MEL. ¡Pues no sabe usted lo que le agradezco la nueva! Es claro, como he adquirido fama en una noche, querrán dar mi retrato y mi... Claro es.

FRAS. ¿Me parese que estará usté contentito de habé nasío?...

MEL. ¡Naturalmente!... Y al lado de usted, ¿cómo no?

FRAS. ¿Vuelta á lo mismo, don Melquiades?

MEL. Señora, es que á mi triunfo teatral le falta una nota...

FRAS. Pues hijo de mi vida, usté que es músico...

MEL. Le falta la nota del amor.

FRAS. ¿De veras? ¿Está usté enamorao?

MEL. Sí.

FRAS. ¿De alguna corista?

MEL. No.

FRAS. ¿Conozco yo á la Dulsinea?

MEL. Sí.

FRAS. ¿Es soltera?

MEL. No.

FRAS. Pero diga usté: ¿estamos sentensiando prendas: tres veses sí y tres veses no?

MEL. Lo que estamos sentenciando es algo más serio. Vamos á ver, Frasquita...

FRAS. (De esta hecha se entrega un músico.)

MEL. Usted que ya se ha casado cuatro veces, y que aún se conserva fresca como una rosa, ¿no ha pensado nunca en la quinta?

FRAS. (Haciendo que comprende.) ¡Ave María Purísima! Don Melquiades, usté no está bueno de la *jícara*.

MEL. ¿Me ha entendido usted?

FRAS. De sobra. Usté pretende ser el quinto, ¿no?

MEL. Cabalmente. Ya sabe usted que no hay quinto malo.

FRAS. ¡Hijo, pero eso es en los toros!

MEL. Vaya, hablemos en serio.

FRAS. ¿Se ha trastornao usté, hombre de Dios? ¿No le teme usté al panteón de maridos, como usté dise? Porque mi pobresito Juan Ante Portam Latinam, que fué el cuarto, se murió na más que pensando en el quinto.

MEL. No, pues á mí el sexto no me preocupa.

FRAS. ¡Ay, por Dios, no me hable usté del sexto todavía!.. Ni del quinto tampoco. Nosotros estamos ya... *calayurritanos*, don Melquiades... Dejemos eso de casarse pa los muchachos...

MEL. Si los muchachos no se quieren... si no congenian... Laurita le da todos los días calabazas á Pepe... Y aunque así no fuera... ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

FRAS. ¡Na: que está usté emperrao!

MEL. Precisamente yo esperaba con cierta avidez mi triunfo escénico para poder ofrecerle á usted a cambio de su blanca mano, prenda para mí de inestimable valor, algo más que unos pobres papeles de música.

FRAS. (Levantándose.) Vaya, con ese discurso me ha echao usté.

MEL. ¿Se va usted ya? ¿Y me deja usted así, en la duda?

FRAS. Sí, señó. Lo consultaré con la almohada.

MEL. ¡Qué mala es usted!

FRAS. No, hijo mío, es que hay que pensarlo to: son cuatro difuntos á los que les reso... Y crea usté que resarle al quinto me horripila.

MEL. Pero, Frasquita, ¿me da usted ya por muerto? El quinto... ¡el quinto es no matar!

FRAS. E- que quiero vé si se lo quito á usté de la cabesa...

MEL. ¡Ingratona!... ¿Vendrá usted luego?...

FRAS. Vendré... Quede usté con Dios, guasa viva...

MEL. (Con dulzura.) Vaya usted con él... *cala.. calagurritana* de mi alma...

FRAS. (Yéndose por el foro.) ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA IV

DON MELQUIADES, LAURA y FABIO

MEL. (Rebosando satisfacción.) ¡Dios mío de mi vida! ¡Todo me sale bien desde anoche! ¡Se nos ha puesto el santo de cara! El estreno, un triunfo; mis pretensiones amorosas... ¡otro triunfo! Porque no debo dudarlo un instante: ¡Frasquita está por mí! ¡Oh, cuánta dicha! Si se revient ade júbilo, yo reviento de mañana á pasado... Y por si fuera poco todo eso, ¡va á venir un redactor de *El Delirio* á visitarme!... ¡Estoy hecho un prohombre! Pero ¿qué hago ya que no se lo cuento á mis hijos? ¡Hijos de mi alma! (Llamando.) ¡Laurita! ¡Fabio! ¡Venid acá en seguida!

FABIO (Por la primera puerta de la izquierda con una cuartilla.) Papá, mira el borrador del comunicado.

MEL. ¡Bah! déjate de historias... No te metas con ningún periódico... La prensa es muy respetable, hijo mío. ¿Qué importa que haya desentonado uno en medio de un coro de alabanzas?.. ¡Laurita!..

LAURA (Por la derecha.) ¿Qué quieres, papá?

MEL. Quiero participaros una gran noticia. ¡La felicidad se nos ha entrado por las puertas! (Suena el timbre de dentro.) ¡Ahí está ya!

LAURA ¿Quién?

MEL. ¡Un periodista! ¡Un redactor de *El Delirio*, que quiere celebrar conmigo una *interview*!

LAURA (Batiendo palmas) ¿De veras?

FABIO ¡Papá, esto es ya más de lo soñado! (Rompe la cuartilla con que salió.)

MEL. ¡Mucho más, hijos míos! Laura, corre á abrirle á ese hombre.

LAURA En seguida, papá. (Corre hacia el foro y vuelve.)

FABIO Yo tengo que adecentarme un poco... Cuando menos me afeito...

MEL. Oye, niña; que pase aquí.

LAURA Eso iba á preguntarte... ¿Aquí?

MEL. Esto es lo más decente de la casa. Mi despacho da pena verlo...

FABIO Sí, sí; que pase aquí. Yo me voy. (Vase Laura corriendo por el foro y Fabio por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V

DON MELQUIADES y POLILLA

MEL. ¿Y qué actitud debo yo tomar para recibirlo?... Una actitud digna, propia de un hombre superior... Sí, porque son el diablo y luego cuentan cómo se les recibe... Que me sorprenda así, meditabundo... (Se sienta en una actitud poco natural, que resulte ridícula.)

POL. (Por el foro.) ¿Da usted su permiso?

MEL. (Yo estoy abstraído y no oigo una palabra.)

POL. ¿Se puede pasar?

MEL. ¿Eh? (Levantándose.) Adelante.

POL. ¿Es al señor don Melquiades Albaricoque á quien tengo la honra de hablar?

MEL. Servidor de usted... Pase usted... ¿Cómo está usted?

POL. Bien, ¿y usted?

MEL. Para servir á usted.

POL. ¿Su familia de usted?

MEL. Buena, ¿y la de usted?

POL. Como la de usted.

MEL. Siéntese usted.

POL. Primero usted.

MEL. Usted...

POL. Usted... (Se sientan ambos, cuidando de hacerlo á un mismo tiempo.) Ante todo, señor Albaricoque, le doy a usted mi más cordial enhorabuena por su legítimo triunfo.

MEL. Muchas gracias.

POL. Enhorabuena que no viene sola, puesto que la acompañan las de todos mis compañeros de *El Delirio*, director inclusive.

MEL. Gracias... Felicitaciones de personas que valen tanto...

POL Muchas gracias...

MEL. Son para mí doblemente halagüeñas.
POL Gracias.
MEL. No hay de qué.
POL. Gracias...
MEL. No hay de qué, señor.
POL Digo que gracias á su amabilidad, señor don Melquiades, podremos dar el martes á los cien mil y dos lectores de *El Delirio* algunos curiosos datos biográficos é íntimos del que es hoy por excelencia el hombre del día.
MEL. (Con modestia.) ¡Jesús! .. Lo del día... pase... pero lo del hombre... ¡de ninguna manera!
POL. ¿Cómo?
MEL. Al revés, al revés precisamente. (Estoy turbado...)
POL Conque usted me dirá lo que guste, insigne maestro, seguro de que los cien mil y dos lectores de *El Delirio* se lo han de agradecer. Usted ya no se pertenece á sí propio ni pertenece á su familia; pertenece usted á la prensa y al público.
MEL. Hombre, mire usted: hablando en plata .. yo .. datos biográficos de interés .. no tengo realmente...
POL. Bueno, eso es modestia. Ya irán saliendo. Conteste usted á mis preguntas, y listo. (Saca unas cuartillas y un lápiz, y se dispone á escribir.) ¿Usted nació...?
MEL. Es claro.
POL. Pregunto el sitio.
MEL. En Toledo.
POL. ¡Ah! ¡en Toledo!.. ¿A quién conozco yo en Toledo?... En Toledo... en Toledo... (Después de hacer memoria) No conozco á nadie en Toledo... (Escribiendo.) «Nació en Toledo, hijo de padres pobres, pero honrados.»
MEL. No, señor.
POL. ¿No eran honrados?
MEL. Sí, pero...
POL ¡Ah! pero no eran padres...
MEL. Sí, pero no eran pobres.
POL. Está bien. (Rectificando.) «De padres ricos, pero honrados.»

MEL. ¿No ha oído usted hablar nunca de los Albaricoques de Toledo?

POL. ¡Oh, sí, muchísimo! ¡Tienen fama! Los del hueso dulce...

MEL. Me refiero á los Albaricoques de apellido...

POL. ¡Ah, ya!... Perdone usted la indiscreción. ¡También tiene fama!

MEL. Pues bien; descendiente de esos Albaricoques soy yo. Y no hay que confundir el apellido con los Albar y Coques. Porque Albar hay muchos, y Coques ¡no se diga! Pero Albaricoques en una pieza nada más que nosotros. Tanto, que todos los Albaricoques que vea usted por ahí son parientes míos. De la misma rama. Si quiere usted le enseño el árbol...

POL. No; basta que usted lo diga (Escribiendo.) «Monopolio de los Albaricoques.» La afición á la música, ¿se despertó en usted prematuramente?

MEL. Al contrario; muy tarde.

POL. Eso es bueno. Las precocidades me escaman. Soy de los que creen que el verdadero talento no se revela hasta la edad madura. Con permiso de usted. (Escribiendo.) «Albaricoque... maduro.» Y, vamos á ver, ¿sería usted tan complaciente que me dijera alguno de sus rasgos particulares, de esos detalles insignificantes al parecer, pero que son en realidad dignos de estudio y al mismo tiempo la salsa de los hombres de genio?

MEL. ¡Me pide usted unas cosas, canario! ¡Yo apenas tengo salsa!... No es cosa de decirle al público, por ejemplo, que duermo boca arriba...

POL. ¿Cómo que no? ¿Está usted en su juicio? ¡No esperaba yo rasgo tan saliente! (Escribiendo con entusiasmo) «Duerme boca arriba»

MEL. Sí, porque boca abajo sueño cosas tristes...

POL. (Escribiendo como antes) «Cosas tristes... boca abajo..» ¡Oh, precioso, precioso! ¡Por Dios, caballero, si viene alguno de *El Disloque*, que nos hace la competencia, no le facilite usted este interesantísimo detalle!

MEL. Pierda usted cuidado.

POL. Otra cosita. Conmigo viene el fotógrafo de la casa, señor Instantáneo. (Don Melquiades mira á todas partes buscando con la vista al fotógrafo. Polilla al observarlo le dice:) No; se ha quedado ahí fuera...

MEL. ¡Pues que pase aquí! (Se levanta.)

POL. (Levantándose también.) Ya comprenderá usted el objeto. Quiero darles á los cien mil y dos lectores de *El Delirio* una plana de «información íntima.» Así es que, si usted nos lo permite, sacaremos fotografías diversas... Usted en su despacho, escribiendo... una polca; usted en su dormitorio, en el primer desperezo de la mañana... Es un ejemplo: se me ha ocurrido ahora mismo...

MEL. Corriente, sí, que pase ese señor... (Lo malo es que van á ver mi catre, que es materialmente una hamaca.)

POL. Crea usted que en esto de la información gráfica *El Delirio* va á la cabeza. Tenemos en cartera preciosidades. De la boda de la condesita de Oro y Azul, hemos obtenido, entre otras, una fotografía verdaderamente *sensacional*: el primer beso de la amante pareja.

MEL. ¿Y están ustedes seguros de que es el primero?

POL. ¡El público las traga como puños!... (Va á la puerta del foro y llama al Fotógrafo.) Amigo Instantáneo, pase usted.

ESCENA VI

DICHOS, EL FOTÓGRAFO y EL CRIADO

FOT. (Por el foro.) Muy buenas noches...

POL. (Presentándoselo á don Melquiades.) El señor Albaricoque...

MEL. Servidor de usted.

FOT. Tanto gusto en conocerle... Y mil enhorabuenas.

MEL. Gracias...

POL. Cuando usted quiera, querido Instantáneo, podemos principiar.

FOT. Pues ahora mismo... Esperen un instante. (Vase por el foro y sale en seguida con una caja donde va la máquina fotográfica. Le sigue el Criado con un trípode y un pedazo de tela negra.)

POL. Ya verá usted qué maravillas hace este Instantáneo...

MEL. (Reparando en el Criado.) (Pero, ¿viene otro?)

POL. ¿Le sorprenden á usted los artefactos?

MEL. No.. no... Ya comprendo que emplean ustedes la... el.. el...

FOT. El magnesio.

MEL. Justamente... eso es: el magnesio. (¡Yo no sabía más que de la magnesia!)

POL. Bueno: pues si usted no dispone otra cosa, señor don Melquiades, entiendo que debemos empezar por sacarlo á usted en su despacho...

MEL. Me parece muy bien... Entren ustedes por aquí... (Señalando la primera puerta de la izquierda.)

POL. Usted primero.

MEL. Corriente. Yo les enseñaré el camino. Van ustedes á ver el despacho de un músico pobre... (El piano, una silla y un cartel de toros.) (Vase. Polilla invita á pasar antes que él al Fotógrafo y luego al Criado, los cuales, tras algunos cumplidos, le obedecen. Ultimamente repite la invitación como si quedara otra persona, y al verse solo da media vuelta y se va.)

ESCENA VII

FABIO y POLILLA

FABIO (Por la segunda puerta de la izquierda, con una toalla al cuello y toda la cara llena de espuma de jabón. En las manos trae una jofaina de hojalata con agua, una taza ordinaria con jabón y brocha dentro, y una navaja de afeitar.) ¡Por vida del diablo! ¡Qué ocurrencias tiene mi padre! ¿Pues no les está enseñando la casa?... ¡Y qué bonita la tenemos para que la prensa la vea!... Nada, que no se puede ser hombre célebre... Si me diera tiempo de afeitarme aquí, mientras andan por allá dentro esos señores... Pero

¡ca! no va á ser posible. (Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.) ¡Como que ya viene ahí uno de ellos! (Vase corriendo, con todos los utensilios de afeitarse, por la derecha.) ¡Huyamos!

POL. (Por la primera puerta de la izquierda corriendo también.) El amigo Instantáneo se ha dejado el aparato de la luz en el recibimiento... (Vase por la derecha.)

FABIO (Por el foro, corriendo,) ¿Adónde irá ese hombre?... Entre todos me van á dar el afeitado... El jabón me pica que es un gusto.. ¡Maldita sea mi suerte! ¿Y quién se afeita á paso de ataque? (Mirando hacia la puerta de la derecha y volviendo á irse por el foro, despues de vacilar.) ¡Anda, ya viene ahí otra vez!

POL. (Por la derecha.) Pues me he equivocado de puerta. ¡Qué torpe soy!... Es por aquí... (Vase corriendo por el foro)

FABIO (Saliendo otra vez por la derecha.) ¡Estoy corrido!... ¡corrido!... Y lo que me queda que correr todavía... (Sale Polilla por el foro con el aparato de la luz desplegado, en la mano. Fabio, sobrecogido, no puede reprimir un grito cómico. Polilla se asusta al oirlo, y deteniéndose bruscamente en su carrera se vuelve hacia Fabio y lo mira lleno de estupor. Fabio se queda clavado. Ambos, por último, se saludan cortesmente.)

FABIO Servidor de usted.

POL. Beso á usted la mano. (Se está afeitando el hombre.) (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

FABIO y LAURA

FABIO ¡Qué bochorno, señor! ¡Hay para cortarse la cabeza!

LAURA (Saliendo por la puerta de la derecha.) Fabio, ¿qué haces así?

FABIO Calla, mujer... no sabes... ¿Tú dónde estabas?

LAURA En mi alcoba arreglándome un poco... Por cierto que he oído unas carreras...

FABIO Como que el periodista y yo hemos andado jugando al escondite.

LAURA Pues hombre, no estés así más tiempo.

FABIO (Desistiendo de afeitarse.) Vaya, hay afeitados con mala sombra. Avísame tú si alguien se acerca. Voy á quitarme el jabón, y en paz. (Pone los útiles de afeitarse sobre la mesa, y se enjuaga la cara en la jofaina. Luego se quita la toalla que lleva al cuello y se seca con ella. Laura no deja de mirar hacia la primera puerta de la izquierda mientras tanto. Pausa.)

LAURA Anda aprisita... no te detengas mucho.

FABIO ¿Vienen?

LAURA No, pero es conveniente que no tardes. (Nueva pausa.)

FABIO Ea, ya estamos listos. Quiere decir que mañana me afeitaré.

LAURA ¡Ahora sí que vienen!

FABIO ¿Dónde metemos estos chirimbolos?

LAURA Mételos ahí mismo, en el aparador.

FABIO ¡Diablo de prisas! (Coge todos los útiles, menos la brocha, y los guarda precipitadamente.)

LAURA Vamos, que te sorprenden.

FABIO Ya voy, mujer... ¡Huy, me he dejado la brocha! (La coge de encima de la mesa para guardarla, á tiempo que sale don Melquiades por la primera puerta de la izquierda.) ¡Toma! ¡si es papá! (Quédase con la brocha en la mano.)

LAURA Sí; pero yo ¿qué sabía?

ESCENA IX

DICHOS y DON MELQUIADES

MEL. (Por la primera puerta de la izquierda, muy azorado. Habla á media voz.) Conflicto en puerta... ¿No sabéis lo que ocurre?

LAURA No; como tú no te expliques...

MEL. Esos hombres me han puesto en un com-

promiso... Acaban de hacerme una fotografía escribiendo un vals... Ahora van á hacerme otra ideando un pasacalle... Allí se han quedado disponiendo las placas.

FABIO Bueno, pero ¿dónde está el compromiso?

MEL. Ya verás: es flojo. Me pregunta el periodista...

FABIO ¿Cual?

MEL. ¡Cual! ¡El que ha venido! Me pregunta el periodista...

LAURA Pero...

MEL. ¡Pero! ¡pero! ¡Así no nos vamos á entender! Me pregunta el periodista si hemos cenado. Le contesto que no, que hay tiempo de hacer lo que él quiera. ¿Y qué diréis que me responde? ¡Que lo que quiere es sacar un grupo de toda la familia comiendo!

LAURA ¡Virgen de Atocha!

FABIO (En tono de reprensión.) ¡Papá!

MEL. ¡Hijo!

FABIO ¡Estás en Belén con los pastores! (Agita la mano en que tiene la brocha y rocía á don Melquiades, que se aparta de él y se seca con su pañuelo.)

MEL. ¡Hombre, que me salpicas!

LAURA ¡Ay, Dios mío, qué apuro tan grande!

MEL. ¿Qué queríais que hiciera? ¿Decirles que no tenemos ni vajilla... ni...?

FABIO No, pero...

MEL. ¡Qué pero, ni qué calabazas! ¿Sabéis lo que me respondió uno cuando yo traté de excusarme? ¡Pues que ellos no van á caer en la sopa!

LAURA Ah, no: en la sopa, no... ¡No hay sopa!

MEL. Con que ved vosotros lo que discurrís, que á mí me aguardan.

FABIO ¡Eso es: te vas... y ahí queda eso! ..

MEL. ¡Claro! ¿Lo voy yo á remediar?

LAURA ¿Y nosotros?

MEL. ¡Vosotros haced lo que os dé la gana!... Yo tengo que irme. ¡Se acabó! (Yéndose por la primera puerta de la izquierda) ¡Que no ha de haber dicha completa en este mundo!

ESCENA X

LAURA y FABIO; después BERNABÉ

(Laura cruza las manos y Fabio los brazos, y se miran perplejos unos instantes.)

LAURA Tú dirás.

FABIO No, hija; la que tiene que decir eres tú...

LAURA ¿Yo?... Pues lo que es á mí, no se me ocurre nada.

FABIO Ni á mí tampoco. (Suena el timbre de dentro.)

LAURA ¡Ah! ¡ese es Bernabé! ¡El cielo nos lo envía!

FABIO ¡Es verdad!

LAURA ¡Corre á abrirle! El es muy listo y podrá salvarnos. (Vase Fabio por el foro, y sale poco después con Bernabé.) Lo que es como no nos ilumine Bernabé, no sé qué va á ser de nosotros... Porque Fabio y yo no damos pie con bola.

BERN. (Dentro.) ¿Un gran conflicto dices? No será tanto... (Saliendo por el foro con Fabio.) ¿Cómo está usted, Laurita?

LAURA En este momento muy mal.

BERN. ¿Pero es de veras lo que dice Fabio?

FABIO Que te cuente mi hermana...

LAURA (Muy apurada.) Imaginese usted que como papá se ha hecho célebre en un decir Jesús, se nos ha entrado por las puertas un periodista con un fotógrafo... ¡y quiere retratarnos comiendo!

BERN. ¡Atiza!

LAURA Ya ve usted qué cosa más difícil...

FABIO ¡Ya ves tú qué apuro! Aquí no hay platos, ni manteles, ni servilletas, ni cubiertos...

LAURA El pobre de papá tiene que comer los garbanzos con unas tijeras...

FABIO A mi tenedor le faltan tres dientes... y el mango..

BERN. La ensalada se la sirven ustedes con un compás.. yo lo he visto.

LAURA Pues mire usted, eso es lo único que tenemos hoy presentable: ensalada de lechuga.

BERN. ¿Nada más que ensalada de lechuga? Entonces está verde la solución.

FABIO ¡Y tan verde! Sin embargo, yo creo que lo de menos es la comida; porque esos señores han de ver el primer plato, á lo sumo...

LAURA Tienes razón; aquí lo importante es el servicio de mesa.

BERN. ¡Ah! ¡Qué rayo de luz! ¡Nos hemos salvado!

FABIO
LAURA } ¿Sí?

BERN. ¡Sí! (Contentísimo.) Ya hay cubiertos, manteles, servilletas, platos, fiambres... Para lograr el buen efecto, que es lo que se pretende, ¡todo lo necesario! Oigan ustedes. La alegría no me deja hablar... Este señor... este... ¿cómo le dicen?

FABIO
LAURA } ¿Quién?

BERN. Este diablo... este vecino que siempre que llama da tres golpes de timbre...

FABIO ¡Ah! ¡Don Telesforo!

BERN. Don Telesforo. ¿No es hombre que se trata á cuerpo de rey?... ¿No se ha ido de caza por unos días?... ¿No les deja á ustedes siempre que se va la llave de su cuarto?... (General regocijo.)

LAURA ¡Es verdad!

FABIO ¡Excelente ocurrencia!

LAURA ¡Viva Bernabé!

FABIO ¡Vivaaa!

LAURA ¡Schss! Más bajito.

BERN. Gracias, muchas gracias.

FABIO ¡Soberbia mesa vamos á presentar!

BERN. ¡Me siento orgulloso!

LAURA (Con desaliento.) Pero, calle...

FABIO (Asustadísimo.) ¿Qué?

LAURA Un nuevo inconveniente.

FABIO ¿Cual?

LAURA ¿Quién va á asistirnos á la mesa?

BERN. ¡Toma! ¡Vaya un inconveniente! ¡Yo mismo!

LAURA ¿Usted?

BERN. ¿Por qué no? Mientras yo esté aquí, usted no se atribule por nada. ¿Se trata de *dar golpe?* ¡Pues á darlo de lleno!

LAURA ¡Ay, Dios mío! ¡Este Bernabé es de pasta flora!

BERN. (¡De pasta flora!) Fabio, no hay tiempo que perder: vamos á la despensa del vecino... (Fabio saca del aparador una llave.) ¿Qué hace falta? ¿que sirva á la mesa? ¡Pues sirvo á la mesa! ¿Que barra la casa? ¡Pues barro la casa! ¡Pídame usted otra cosa, Laurita! ¡Pídame usted que me tire por el balcón! ¡Verá usted como me tiro inmediatamente!

LAURA ¿Qué le he de pedir yo eso?

BERN. ¿Tienes la llave, Fabio?

FABIO Mírala. Vamos á escape.

BERN. ¡Vamos allá, cuñado de mis ilusiones!

FABIO ¿Cuñado? ¿Pero éste se ha vuelto loco?

BERN. ¡Anda, hombre, anda! (Echan á correr los dos hacia el foro, por donde se van.)

ESCENA XI

LAURA

¡Pobrecillo! ¡Reventando de gozo va! ¡Qué bueno es, qué listo y qué simpático! (Va quitando de encima de la mesa todo lo que hay.) ¡Cuidado que se le ocurrió pronto la idea para sacarnos del apuro! Y cómo me quiere, ¿eh? En las menores cosas lo demuestra. ¡Y cuánto me gusta á mí que me quieran mucho!... Si le mando hace poco que se tire por el balcón, como me pedía, se tira sin duda... No habrá muchos hombres capaces de lo mismo. ¡Tirarse por un balcón!... ¡Ahí es nada!... Algunos quieren hacerlo después de casados y sin que nadie se lo mande... ¡Pero eso ya no tiene chiste!... Vaya, vaya, vaya con Bernabé...

ESCENA XII

LAURA, BERNABÉ y FABIO

BERN. (Por el foro, con un frutero con peras y manzanas en una mano, una pila de platos en la otra, al brazo un mantel, un salchichón plateado en el bolsillo derecho de la americana y varios cubiertos en el izquierdo.) Coja usted este mantel, resalada, y extiéndalo al punto sobre la mesa.

LAURA (Obedeciéndolo.) Verá usted qué prontito. ¡Ajajá!

BERN. (Dejando encima de la mesa todo lo que trae: el salchichón lo último.) Vaya... vaya... vaya... y vaya. (Se va corriendo por el foro.)

LAURA Iré disponiendo la mesa. El periodista y el otro se van á quedar viendo visiones...

FABIO (Sale con otro salchichón plateado debajo del brazo, y un canasto en la mano, donde trae todo lo que nombra.) Ese Bernabé parece que no tiene ojos; por poco me revienta.

LAURA Oye, ¿qué traes en ese canasto?

FABIO Algunas servilletas, dos botellas de Jerez y varias copas... Dame acá ese otro salchichón que ha traído Bernabé. (Cuando desocupa el canasto echa dentro los dos salchichones.)

LAURA Voy á distribuir los cubiertos. (Coloca uno de frente al público, otro á la derecha del actor y otro á la izquierda.)

FABIO Toma las servilletas y las copas.

LAURA Trae. (Las pone convenientemente.)

BERN. (Sale con dos platitos de aceitunas que dejará en la mesa.) Este detalle no tiene precio: los entremeses.

LAURA ¿Aceitunas? Supongo que el salchichón será también para los entremeses.

FABIO Para los entremeses y los *meses*, porque casi no hay más que salchichón...

BERN. ¡Ríete, ríete! ¡Vaya una mesita que hemos puesto!

LAURA Gracias á usted todo... De esta hecha lo canonizamos, no hay remedio.

BERN. ¿Y va usted á colocarme en el altarcito de su corazón?

LAURA ¡Quién sabe! (Pone el frutero en medio de la mesa y á los lados las dos botellas de vino.)

BERN. (¡Dice que quién sabe, Dios mío!)

FABIO (Sacando del aparador un talego de pan, del que Laura toma el necesario.) El pan, Laurita.

LAURA Venga. Poquito, que esto es de muy buen tono.

BERN. ¿Ve usted? Ya está todo listo y á las mil maravillas.

FABIO Que se hace tarde. Laurita, avisa á papá y á esos caballeros. Y tú vente conmigo á la cocina.

BERN. Nos llevaremos esto. (Coge el canasto y se va con Fabio por la segunda puerta de la izquierda.)

FABIO ¡Andando!

BERN. ¡Andando!

ESCENA XIII

LAURA, DON MELQUIADES, POLILLA, EL FOTÓGRAFO, EL CRIADO, FABIO, FRASQUITA, PEPE y BERNABÉ, que asiste á la mesa.

LAURA (Asomándose á la primera puerta de la izquierda y llamando.) ¡Papá!.. ¡Papá! ¡Ya pueden ustedes venir! La verdad es que ninguno imaginaba dar un efecto semejante. (Sale don Melquiades, y detrás de él Polilla, el Fotógrafo y el Criado con todos los útiles que sacaron antes, y que colocan luego á la derecha del actor. Don Melquiades, al ver la mesa, retrocede sorprendido y pasándose las manos por los ojos, como si dudase que es cierto lo que ve.)

MEL. (¡Esto es una comedia de magia!)

POL. (Saludando á Laura.) Señorita...

LAURA (A don Melquiades.) (Preséntame, papá.)

MEL. Señor Polilla, señor Instantáneo... Mi hija.

POL. Tanto honor..

FOT. Tanto gusto...

LAURA El gusto es mío.

MEL. (A Laura.) (Pero, oye, ¿qué milagro es éste?) (Suena el timbre de dentro.)

LAURA Llaman. Yo misma iré á abrir. (Vase por el foro.)

FABIO (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.) Señores...

MEL. Señor Polilla, señor Instantáneo... Mi hijo.

POL. Tanto honor...

FOT. Tanto gusto ..

FABIO El gusto es mío...

POL. (Fijándose en la cara de Fabio.) (¡Qué mal se ha afeitado!)

MEL. (A Fabio.) (Tú, Fabio, ¿quieres explicarme...?)

FRAS. (Por el foro, con Pepe y Laura.) ¿Se puede?

FABIO Adelante, señora.

MEL. (¡Nada, que no me dicen una palabra!)

PEPE Caballeros, saludo á todos.

POL. Hola, compañero. Señora...

MEL. Señor Polilla, señor Instantáneo... Doña Frasquita Mata, viuda de Vives, de Robles, etcétera, etc.

POL. Tanto honor...

FOT. Tanto gusto...

FRAS. El gusto es mío...

MEL. Vienen ustedes como pedrada en ojo de boticario.

POL. Sí que vienen muy bien. Así resultarán más animadas las fotografías. (Pasa á la derecha con el Fotógrafo y el Criado.)

LAURA Conque á sentarnos.

MEL. ¿Quieren ustedes comer con nosotros?

FRAS. Grasias, don Melquiades. (Reparando en la mesa.) (¡Ay, qué lujo! ¿De dónde habrán sacao to esto?) (Don Melquiades se sienta á la mesa, frente al público. Fabio á la izquierda de don Melquiades, y á la derecha Laura. Cerca de la mesa, á la izquierda del actor, Frasquita. Pepe permanece de pie, yendo de un lado á otro. El Fotógrafo pone junto al balcón el trípode con la máquina, y valiéndose de la tela negra trata de enfocar convenientemente.)

POL. Ustedes principien su comida sin ocuparse de nosotros, ¿eh? Ya los sorprenderemos.

LAURA Eso sí que no. Nosotros no empezamos hasta que ustedes no terminen.

POL. La naturalidad exige lo contrario, señorita...

MEL. Sí, sí, la naturalidad sobre todo... ¡Comeremos! ¡comeremos!

FRAS. Coman, coman ustedes. (Quiero yo vé cómo se tratan hoy.) (Polilla toma nota de todo, hasta de la marca de fábrica del vino, y no se aparta de la mesa mientras no se va de escena Bernabé.)

FABIO (¡Bueno va! Llamaremos á ese...) (Llamando.) ¡Ramón!... (Breve pausa. Don Melquiades lo mira estupefacto.) ¡Ramón!

MEL. (Con gran extrañeza.) ¿A quién llamas, hijo?

LAURA Papá, á Ramón... ¡Tienes unas cosas!

MEL. ¡Ah, sí, á Ramón!... (¡No vuelvo de mi asombro!) (Llamando.) ¡Ramón! (¡Qué ha de venir Ramón!)

FRAS. (¿Qué Ramón será ese?)

POL. Estos criados parecen sordos, ¿verdad?

MEL. No, este nuestro lo es, efectivamente.

LAURA Ya está ahí.

MEL. (Volviendo la cabeza asombrado.) ¿Dónde? (Sale Bernabé por la segunda puerta de la izquierda con dos platitos de lonjas de salchichón, que deja en la mesa. Don Melquiades, al verlo, sofoca aparte una carcajada, así como Frasquita y Pepe.)

FRAS. (¡Ay, qué cosa más grasiosa!)

MEL. (¡Diablo de chicos!)

PEPE (¡Qué bueno!)

BERN. (¿Pues no hay visita? Si lo sé, no salgo.)

FABIO ¿Qué hacías, hombre? Estamos llamándote hace una hora.

BERN. Preparaba los entremeses, señor.

LAURA Iremos haciendo boca con estas lonjitas.

POL. ¡Ah! ¿Es costumbre de ustedes hacer boca...?

FABIO Costumbre inveterada.

MEL. (Es la primera vez que ocurre, pero, en fin...)

POL. (Escribiendo.) «Toda la familia se hace la boca con salchichón.»

MEL. (Así se escribe la historia.)

LAURA Pero, Ramón, ¿qué hace usted ahí como un tonto?

FABIO ¡Vé por la sopa, grandísimo torpe!

BERN. (¡También es gana de comprometer!) La sopa... la sopa se ha quemado.

LAURA ¡Siempre se ha de quemar la sopa!

FRAS. Mire usté que es desgrasia...

LAURA Bueno, pues... entonces... traiga usted el frito...

BERN. ¿El frito, eh? (Aquí no hay más frito que yo.) El frito... se ha quemado.

LAURA ¿También?

POL. (¡Por lo visto hay fuego en la cocina!)

MEL. ¡Qué demonches de quemaduras!

FABIO Pues mira, tú, sírvenos lo que haya.

BERN. ¿Lo que haya?... (¡Salchichón! ¿Y quién es el guapo que trae más?)

FABIO ¡Vivo, hombre, vivo!

BERN. (¡Quisiera yo haber visto á Romeo haciendo este papel en casa de Julieta!) (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

MEL. (A Fabio.) (Oye, Fabio, ¿quieres decirme de qué fonda es esto?...)

FABIO (¡De la despensa de don Telesforo, papá!)

MEL. (Soltando la risa.) (¡Anda, morena!)

FOT. Así está bien. Vamos con la primera fotografía.

POL A los postres haremos otra.

LAURA (Alarmada.) ¿A los postres?

FABIO (¡Estos nos dan hoy la comida!)

POL. Usted, Pepito, colóquese allí junto á su mamá

PEPE Donde usted disponga. (Todos obedecen las indicaciones de Polilla y del Fotógrafo.)

FRAS. Y yo, ¿dónde me coloco?

POL. Ahí está usted divinamente... Extienda usted un brazo, como si estuviese aceptando una aceituna.. Muy bien... (A Fabio.) Usted, pollo, ofreciéndole á esta señora la aceituna... ¡Ajajá!.. Usted, Pepito, mirando complacido la aceituna... ¡Bravo!.. Usted, maestro, llevándose á la boca otra aceituna... ¡Bravísimo! Y usted, preciosa señorita, ¿cómo la colocaremos?... Bueno, sí; tendiéndole la mano á otra aceituna... ¡Admirable!

MEL. (¡Qué imaginación!) A mí se me ocurre que yo debía estar de otra manera...

POL. ¿Cómo?

MEL. ¡Mandando al criado por más aceitunas!

POL. ¡Je! ¡Qué bromista!

LAURA Como que este señor ha compuesto el paso de las aceitunas.

FRAS. Lo peó es que vamos á paresé estorninos á

la hora de acostarse. (Pepe saca su cartera y apunta el chiste.)

POL. ¡Je, je! ¡Estorninos dice! No importa... Tengan la bondad de ponerse como les he indicado. ¡Ajajá! (Rebaja la luz de la lámpara El escenario queda á media luz)

FOT. (Al criado, que le obedece.) Tú, prepara la mecha... Muy bien. No se mueva nadie. Ni les asuste el fogonazo, ¿eh? No es nada... Perfectísimamente. Quietos ahora .. Una... dos... y tres... (Descubre el objetivo en el mismo momento en que el criado enciende con una cerilla la mecha del aparato de la luz, que habrá tenido durante toda la escena en la mano. Al relámpago que se produce, se estremecen y gritan todos los personajes.) ¡Caramba! ¡se han movido todos!

FRAS ¡Ay, Jesús, hijo, qué susto me ha dao usté!

LAURA ¿Y á mí, señora?

FABIO ¡Yo lo que no veo es una palabra!

PEPE ¡Ni yo tampoco!

MEL. ¡Pues á mí se me ha atragantado la aceituna!

FRAS. No sabía yo que pa hasé retratos eran menesté fuegos artifisiales...

POL. Bueno, á ver si hacemos algo de provecho, que ya se han echado á perder cuatro placas.. (Suena tres veces consecutivas el timbre del portón.)

LAURA
FABIO
MEL. ¡Tres!

POL. Cuatro!

BERN. (Saliendo despavorido por la segunda puerta de la izquierda, y yéndose á escape por el foro.) ¡Don Telesforo!

FRAS. ¿Qué pasa?

POL. ¿Qué es eso?

LAURA ¡Dios mío!

FABIO ¡Abrete, tierra!

MEL. Con esta no contábamos.

POL. ¿Les ha hecho daño alguna cosa?

FRAS. Deben de habé sido tres. (Sale don Telesforo con Bernabé, por el foro. Todos se levantan.)

ESCENA XIV

DICHOS, DON TELESFORO y BERNABÉ

FABIO, MEL., LAURA ¡Don Telesforo!

TEL. Señores... No se molesten...

BERN. (No lo he podido impedir.)

TEL. (Reconociendo todo lo suyo.) Pero, ¿qué miro?

MEL. (A don Telesforo.) (¡Calle usted ahora por lo que más quiera en este mundo!)

TEL. (Necesito una explicación.)

MEL. (Yo se la daré.) ¿Y cómo ha sido el volver tan presto, señor don Telesforo?

TEL Por causa del perro, que se me ha puesto malo en el camino.

LAURA ¡Ay, qué dolor!

TEL. De Villaflaca no he querido pasar. Por cierto que vengo muy tristemente impresionado.

FRAS ¿Por lo del perro?

TEL. No; eso no será nada... Pero en mi propio coche metieron á un torero herido, y si viera usted qué mal efecto...

POL. (Con mucho interés.) ¿Qué torero era, señor?

TEL. El *Alcachofa*. Lo ha cogido un toro en Guadalajara.

FRAS. ¡Jesús, qué horró!

POL. ¿Y ha llegado á Madrid con usted?

TEL. A la fonda se lo llevaban ahora mismo.

POL. (Al Fotógrafo.) ¿Qué placas tiene usted disponibles?

FOT. Cuatro.

POL. ¿Cuatro? Son bastantes... Primera cura, segunda cura, tercera cura... y la congoja del apoderado. ¡Bonita plana para *El Delirio*! ¡A la fonda del *Alcachofa* al instante! Señoras... Caballeros... A los pies de ustedes... Beso á ustedes la mano... (Vase precipitadamente por el foro.)

FOT. (Cargando con dos de sus bártulos y haciendo cargar al Criado con los demás.) ¡A escape, chico! Vaya,

que ustedes sigan bien... (Vase corriendo tras Polilla, seguido del Criado. Pepe y Frasquita hablan en voz baja.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos POLILLA, EL FOTÓGRAFO y EL CRIADO

MEL. Pues, señor, resulta que el *Alcachofa* está á mi altura. ¡Medrados quedamos! Ahora sí que le pido de veras perdón, señor don Telesforo... Ya habrá usted comprendido...

LAURA Son periodistas.

MEL. Se empeñaron en retratarnos comiendo...

FABIO Quisimos deslumbrarlos...

BERN. A mi se me ocurrió la idea. Nadie más que yo tiene la culpa.

LAURA (¡Otro rasgo!)

TEL. (¡Pobre gente!) No se hable más del particular...

MEL ¡Oh, mil gracias!

FRAS. (A Pepe.) Pues, hijo de mi alma, si tú no me explicas este lío, todavía me tienes en ayunas.

PEPE Yo me hice cargo en cuanto vi...

FRAS. ¡Qué cabesa de hijo! (Fabio y don Telesforo hablan en voz baja.)

MEL. (A Frasquita.) (¿Ha pensado usted en aquello, *calagurritana* de mi alma?)

FRAS (Sonriéndose y mirándolo con coquetería.) Sí.

MEL. ¡Oh! ¡Esa sonrisa vale un mundo!

PEPE (Retirándose de ambos y yéndose junto á Laura.) (Vaya, aquí estorbo yo.)

BERN. (A Laura.) (Y ahora, ¿he hecho ya bastantes méritos, Laurita?)

LAURA (Con bondad y dulzura.) Sí, hombre, sí.

PEPE (Apartándose de éstos como de los otros.) (¡Y aquí también!)

BERN. ¡Oh, dulce boca!

FABIO ¡Magnífica idea!

LAURA ¿Cual?

MEL. ¿Cual?

TEL. Lade marcharnos todos ahora mismo al café de enfrente á celebrar en familia su triunfo de usted.

MEL. ¡Don Telesforo! ¡me hace usted el más feliz de los hombres! ¡No me faltaba más que el *banquete*... y ya lo tengo!

(Al público.)

La comedia terminó:
si un rato les divirtió,
suplico á las buenas almas
muchos vítores y palmas...
como si estrenase yo.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Diciembre, 1897.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito. juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2. edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.

SERAFIN Y JOAQUIN ÁLVAREZ QUINTERO

LOS BORRACHOS

SAINETE

EN CUATRO CUADROS Y EN PROSA

con música del maestro

GERONIMO GIMÉNEZ

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1899

LOS BORRACHOS

SAINETE

EN CUATRO CUADROS Y EN PROSA

DE

SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

con música del maestro

GERÓNIMO GIMÉNEZ

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA de Madrid el 3 de Marzo de 1899

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

Al Sr. D. Leopoldo Alas

Con vivo entusiasmo, con sincero cariño y con el más profundo respeto al arte, intentamos un día llevar al teatro los tipos y costumbres de nuestra tierra, tan calumniada á veces por propios y extraños.

Dentro de nuestras pobres facultades, procuramos ser fieles en la pintura y ajustarnos á la verdad, poniendo en nuestro trabajo el alma entera. Usted, maestro de maestros, acoge y aplaude benévolamente nuestra labor y nos alienta á continuar el camino emprendido. No podíamos aspirar á más.

Le debemos á usted gratitud eterna; y en testimonio de ella, y de la admiración y el afecto que usted nos inspira, nos atrevemos hoy á dedicarle LOS BORRACHOS. *¡Ojalá encuentre usted en su composición un asomo de arte, y en sus escenas algo de la poesía y de la gracia peculiares del pueblo andaluz! Sería nuestra mayor satisfacción y nuestro más legítimo orgullo.*

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD.....	Srta. García.
SEÑÁ DOLORES.....	González (N.)
CONSUELO.....	Espinosa.
EL MAESTRO SALVADOR.....	Sr. Romea.
MIJITA.....	Srta. Segura (C.)
SEÑÓ CURRO CHAMUSQUINA..	Sr. Orejón.
JUANILLO EL FLORERO.....	Moncayo.
GAÑOTE.....	Arana.
EL JILGUERO.....	González.
EL GRILLO.....	Sánchez.
EL NIÑO DE LA TABERNA....	Niño Bódalo.

Chiquillos de la escuela

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una calle en Sevilla. A la izquierda del actor una taberna titulada «La Giralda.» Es de día, á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JUANILLO el florero y MIJITA

(Sale Juanillo de la taberna. Al brazo derecho lleva un canasto lleno de flores, tapadas casi todas con un trapo blanco de hilo. El canasto es de mimbres y tiene una vara próximamente de largo, menos de media de ancho y unos seis ú ocho dedos de fondo.)

JUA. (Pregonando.)

Yo yevo flores, yo yevo flores,
con capuyitos
de tos colores.
¡Ay, capuyos, con er rabo suyo!

(Va á irse por la izquierda á tiempo que sale Mijita corriendo por la derecha y lo llama.)

MIJ. ¡Juaniyo, Juaniyo!
JUA. ¡Mijita! ¿Qué quieres?
MIJ. (Señalando la taberna.) ¿Sales tú de *La Girarda?*
JUA. Ahora mismo. Ahí tienes á tu maestro, ar señó Curro...

MIJ. ¿Están ahí?

JUA. Con toa la partía... Gañote, er Griyo... tos eyos.

MIJ. (indicando que beben.) Y ¿surra que es tarde, eh?

JUA. Eso no tiene fin: ar que menos, le pones un grifo en la barriga y es un barrí de dose arrobas.

MIJ. ¡Me caigo en la má! Pos yo, chiquiyo, y la señá Dolores y Consuelo la sigarrera, la mujé de Gañote, como locos buscándolos. Carcula tú que anoche no fueron á su casa y que hoy en to er día no ha paresío ninguno...

JUA. ¡Qué habían de paresé! ¡Ni paresen!

MIJ. Oye, y tú ¿has queao á tu artura?

JUA. ¿Yo?... ¡Yo no lo güelo!

MIJ. Ah, vamos, tienes el orfato perdío...

JUA. ¡Que no lo güelo, Mijita!

MIJ. Lo beberás tapándote las narises.

JUA. ¡Por mi salú que no tomo una gota!

MIJ. ¿Quiés quitarte, guasón? ¡Si te briyan los ojos más que er mundo!... ¿Y esta mancha?

JUA. Ésta no es de vino... ¿Quién te ha dicho á tí que mancha la mansaniya?

MIJ. Yo que lo veo.

JUA. ¡Fos cuarquiea estrenaba aquí ropa si manchara! Sobre que yo he jurao no bebé...

MIJ. ¿A quién se lo has jurao?

JUA. A una persona, miá este.

MIJ. ¡Jé, jé! De bastante te va á serví er juramento.

JUA. Luego, es lo que yo digo, Mijita: una cosa es tomá una caña ó dos ó tres con unos amigos y alegrarse un poco pa que jierva la sangre y se ocurran pregones bonitos y piropos pa las muchachas, y otra cosa es cogé la *jumera* indesente y pasearla por las cayes y dá que desí. De esa manera no se va á ningún lao.

MIJ. ¿Que no? ¡Derecho á la *casiya!*

ESCENA II

DICHOS y el JILGUERO

(Sale este por la izquierda y se encamina muy despacio hacia la derecha. Se detiene al saludo de Juanillo, sigue andando después, y á cada pregunta vuelve a detenerse para contestarle.)

JUA. Adiós, Jirguerito, hijo. (El Jilguero saluda con la mano.) ¿Ande vas á estas horas? (Se encoge el Jilguero de hombros) ¿Quiés tomá una caña? (Niega con la cabeza, y se señala con el dedo índice la garganta, como indicando que la delicadeza de esta le impide beber.) ¿Y Matirde, güena? (Da á entender con el gesto que Matilde está regular.) ¿Y la niña? (Lo mismo que Matilde.) Ea, pos que te diviertas, hijo. (Saluda otra vez con la mano y sigue andando.) ¡Y memorias! (Vuelve á saludar y vase lentamente por la derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos el JILGUERO

MIJ. ¿Quién es ese oradó?

JUA. ¿Ese? Naide: er Jirguero. Un niño que se pone á cantá flamenco, y hay que irse pa no comérselo.

MIJ. ¿Sí?...

JUA. Na más que er domingo estuvo un inglés en su casa pa cogerle la voz en uno de esos fotógrafos que hablan solos. ¡Y que no tiene voz el arma mía!

MIJ. Tiene que tené mucha á la fuersa: ¿no ves tú que no gasta ninguna?...

JUA. Vaya, me voy pa er sentro, á vé si vendo argo. Yevo aquí tres claveles *der señorito* que dan el opio; y uno *tomate y güevo*, Mijita, como no hay en toa Seviya otro.

MIJ. Pos á vé si clavas á un inglé.

JUA. Se me está ocurriendo una cosa. ¿Tú vas ahora pa ayá?

MIJ. ¿Pa dónde?

JUA. Pa la carpintería: pa casa e tu maestro.

MIJ. Sí.

JUA. Pos vas á yevarle este á Soledá, de mi parte. (Sacando del canasto un clavel.)

MIJ. ¡Ya jumate, caña güeca!

JUA. Hombre, Mijita, un favó que te pide uno...

MIJ. (Cogiendo el clavel.) Güeno, tráelo. ¡Vaya un regalito que vi yo á hasé!

JUA. ¿Cómo regalito?... Dame acá...

MIJ. No te asustes, hombre... ¡Por la gloria e mi padre que se lo doy á Soledá!

JUA. Pos adiós, y grasias... (Vase por la izquierda pregonando.) *¡Las que güelen, rosaaaaas finas!*

ESCENA IV

MIJITA y la SEÑÁ DOLORES

DOL. (Por la derecha, hecha un basilisco.) Corre, corre, que no te he visto... ¿A que se va huyendo de mí aqué granuja? ¡Tan perdío es ese como los otros! (A Mijita.) Y tú, ¿qué hases aquí? ¿Esta es la manera que tienes de buscarlos?

Música

MIJ. Cármese usté, señá Dolores,
que con er nío he dao ya:
en *La Girarda* está er maestro
con Chamusquina y los demás.
Toita la noche se han pasao
bebe que bebe sin pará,
y ya no saben á estas horas
ni quiénes son ni dónde están.

—

DOL. ¡Malhaya quien en er mundo
plantó la primera sepa!
¡malhaya la primer uva!
¡malhayan las borracheras!

—

Mij. Un milagro ha sío
el habé encontrao
er dichoso nío
donde la han tomao.
¡Lo que yo he subío!
¡lo que yo he bajao!
¡lo que yo he corrío!
¡lo que yo he sudao!

—

Dol. ¡Ay, vaya un marío
que er Señó me ha dao,
tan reteperdío,
tan retetirao!
¡Siempre está bebío!
¡nunca está en su estao!
¡lo que yo he sufrío!
¡lo que yo he pasao!

—

Dol. ¡Malhaya quien bebe vino!
Mij. ¡Malhaya quien yega á olerlo!
Dol. ¡Malhayan los que lo venden!
Mij. ¡Malhayan los cosecheros!

—

Dol. Ese piyo no baja,
y yo subo por é,
y aunque sea por la faja
arrastrac lo traeré.
Mij. Deje usté que yo suba,
y será lo mejó,
que si está hecho una cuba
más que usté sirvo yo.

—

Dol. ¡Ay, qué mardesío!
¡ay, qué condenao!
Mij. ¡Bien nos ha corrío!
¡bien nos ha cansao!
Dol. ¡Nunca está vasío!
Mij. ¡Siempre está achispao!
Dol. ¡Lo que yo he sufrío!
Mij. ¡Lo que yo he sudao!

Hablado

MIJ. Espéreme usté aquí, señá Dolores, y usté verá como se viene conmigo de cabesa.

DOL. Miá, Mijita, que como no me lo traigas, entro yo y armo la gorda.

MIJ. Lo creo. Pero no va á hasé farta. Vi á desirle que lo aguarda aquí Rosita la confitera, que está por é.

DOL. ¿Cómo que está por é?

MIJ. ¡Señora, como está por to er barrio, tiene que está por é! (Entrase corriendo en la taberna)

ESCENA V

SEÑÁ DOLORES y CONSUELO

CON. (Por la izquierda, muy afligida.) ¡Ay, señá Dolores de mi arma, no me diga usté nal Ya sé que están ahí: me lo ha contao Juaniyo er florero.

DOL. ¿Le paese á usté? ¡Los muy sinvergonsones!

CONS. Dise que á mi probesito Migué da pena verlo. Como tiene un vino tan escandaloso... Miste que es desgrasia: er probesito no conose otro visio... pero ese le coge to er cuerpo.

DOL. ¿Que no conose otro visio, y es un gandú y un gorrón, y anda siempre e jarana y se juega hasta la saliva?

CONS. Ay, pero eso es bebío: fresco, no.

DOL. ¡Pero si nunca está fresco!

CONS. Pos esa es la desgrasia; que nunca está fresco er probesito.

ESCENA VI

DICHOS, MIJITA y el MAESTRO SALVADOR

SAL. (Sale de la taberna, borracho, sujeto por Mijita y cantando.)

«Abreme la puerta,
puerta der postigo...»

DOL. Digo, ¿eh? ¡qué güeno viene!

SAL. No somos naide, ¡pero naide! Está un hombre tan cabá y tan entero... y á la media hora... ¡borracho perdío!... (Riéndose.) ¡Pf!

MIJ. Ande usté, maestro Sarvadó...

SAL. Rosita la confitera... me ha dicho éste que me espera... Hombre... y cae en verso... ¡Pf! (Reparando en la señá Dolores.) ¡*Asuquiqui*, pos si es mi mujé!... Mijita, te vi á cortá las orejas... pa que lo sepas...

DOL. (Agarrándolo por un brazo.) ¡Anda ya pa casa, so pendón!

SAL. (Sulfurándose y gritando.) ¿Pa casa yo? ¿Yo pa casa? ¿Pa casa yo? ¡Yo no me voy pa casa!

DOL. ¿Quiés no gritá? ¡Josú, qué demonio e vino! En cuanto lo prueba es otro hombre.

SAL. ¿Otro hombre?... ¡Mijita!

MIJ. ¿Qué quié usté?

SAL. Dile ar niño que saque unas cañas.

DOL. ¿'a quién? ¿pa tí? No, hijo mío, tú no bebes más...

SAL. Pero mujé, ¿tú misma no estás disiendo que soy otro hombre?... Pos á ese otro hombre tengo yo gusto en orsequiarlo... ¡Pf!

CONS. Oye, Mijita, ¿tú has visto á mi esposo?

MIJ. Sí, señora: ahí está.

SAL. ¿Gañote?... A Gañote me lo sarto yo en cuanto quiera...

CONS. Probesito e mi arma. Vi á sacarlo de su perdisión.

MIJ. Le arvierto á usté que se pelea hasta con su sombra.

CONS. ¡Probesito, probesito e mi vía! (Entrase en la taberna.)

ESCENA VII

DICHOS menos CONSUELO. Después el NIÑO de la taberna

SAL. (Cantando otra vez.)

«Abreme la puerta
que está yoviznando...»

¡Ole ahí los hombres! Mijita, yo te protejo

á tí... (A la señá Dolores.) Y á tí te quiero más que á las niñas e mis ojos... ¡Luserol... ¡gloria!... ¡yema e San Leandrol...

DOL. Vamos, ¿quiés venirte pa casa á dormirla?..

NIÑO (Sallendo á la puerta de la taberna.) Oiga usté, maestro Sarvaó: en la cuenta me farta un perro...

SAL. ¿Qué dise ese?

MIJ. Que le farta un perro.

SAL. ¿Un perro? (Después de silbar.) A mi no me hase caso... Niño, sírbale tú á vé si viene... ¡Pf!

NIÑO Lo que tiene usté que hasé es aflojarlo...

SAL. ¡Chsss!... ¡chsss!... No te arteres... (Dándole una peseta.) Cóbrate.

NIÑO Esta es la peseta farsa de antes.

SAL. ¿La farsa?

NIÑO Sí, señó: místela. (La muerde y se la devuelve doblada al maestro Salvador.)

SAL. (Contemplando la peseta.) ¡Hombre, por Dios, que te dí una peseta y me degüerves una cuchara!... ¡Pf!

DOL. (Dándole al Niño diez céntimos.) ¡Ea, niño, toma y déjanos en paz!

NIÑO Con Dios. (Entrase en la taberna.)

SALV. Oye: dile al amo que me lo vi á sartá un día de estos... (Tirando la peseta.) Ahí está pa un pobre... ¡Así soy yo!... ¡Como si fuea güena! (Cantando.)

«Abreme la puerta,
puerta der postigo...»

MIJ. Vaya, maestro, güeno está; vamos pa la carpintería...

SALV. Con ustedes dos, seres queridos... ¿eh?... voy yo aunque sea á pescá con caña.

DOL. Pos vamos andando... (Entre ella y Mijita se van llevando al maestro Salvador hacia la derecha.)

SALV. Pero na de sostenerme... cuidaito... No, porque yo estoy más fresco que una lechuga. ¿Quiés una prueba? ¡Ya verás una cabesa firme! Dos por dos, cuatro; dos por cuatro, ocho... ¿Eh?... ¿Más toavía? (Señalando todo lo que nombra.) Esa es la taberna... esto es un

chaleco... esto es un botón... esto es otro botón...

MIJ. Y eso que usté yeva es una mona que no se acaba nunca. (Oyese ruido como de pelea en la taberna.)

SALV. ¿Qué pasa, tú?

DOL. ¡No te importa! ¡Vámonos!

SALV. Vámonos, mujé, no te enfades... Si yo te quiero más que á la Virgen de la Esperansa... Ayí viene un *guindiya*... No desirle na, que vi á sartármelo como se descuide... (Se van por la derecha los tres.)

ESCENA VIII

CONSUELO y GAÑOTE

CON. (Sacando á Gañote borracho de la taberna, casi á remolque.) Anda, corasón, vente tú conmigo.

GAÑ. ¿Yo? ¿Dirme yo zin zacarle las tripas á eze?

CON. Vamos, no te pierdas, presioso.

GAÑ. He visto que te ha querío tomá la cara, y mírala: (Besando la cruz.) por mi zalú que le hago una arcancía en la barriga... Mírala. (Volviendo á besar la cruz, como siempre que dice «mírala.»)

CON. ¡Ay, por Dios, Migué! Vente, hijo mío. (Tirando de él hacia la izquierda.)

GAÑ. Zi no ez hoy zerá mañana; pero, mírala... ¡Yo! ¡Migué Rodríguez!... Mírala... Y zi no mañana, pazao... Mírala. Ví á ponerle er vientre como una perziana. ¡A tí no te toma la cara naide!... Mírala... ¡Pero naide!... Mírala.

CON. (¡Probesito! ¡Qué lástima de hombre, con este visio tan arrastrao!) (Vase con Gañote por la izquierda.)

ESCENA IX

El GRILLO

(Sale de la taberna borracho, cantando y jaleándose, y se encamina hacia la derecha.)

¡Otra! ¡Venga otra! (Cantando.)

No me yores más...

¡Ole!

Que si me yoras, me yoras, me yoras...

¡Ole con ole!

Me tiro á matá.

¡Saleros ahí! ¡Eso es estilo y facurtades, Griyito!... ¡Que se acuesten los ruiseñores, que ya es de día! (Entusiasmándose.)

No sé lo que tiene...

¡Huyuyui!

La yerbagüena de tu güertesito...

¡Canela fina! ¡Y ar que le pique que se rasque!

Que tan bien me güele.

¡Bendita sea la madre que te echó ar mundo, Griyito! ¡Otra! ¡Venga otra, por tu salú!

Miá que te lo encargo...

(Tropieza en la pared y dice, como encarándose con alguien:) ¡Eh, compadre, ca uno por su camino...! (Vase por la derecha y se aleja cantando la copla empezada.)

ESCENA X

CHAMUSQUINA; luego CHIQUILLOS de la escuela.

CHAM. (Saliendo también de la taberna, empujado violentamente desde dentro y borracho perdido.) ¡Chamusquina! ¡Valiente borrachera han tomao tos

esos! ¡Hay que reirse! No hay hombres pa na... Apenas lo güelen, cadáreves... cavá-deres... ¡cadáveres!... ¡Hay que reirse!... (Oyese dentro la algazara propia de una chiquillería que sale de la escuela.) ¿Qué buya es esa? ¿Si será una juerga e taberneros?... ¡Ah, no! ¡Son los chiquiyos que salen de la escuela!... ¡Viva mi gente! Digo, ¿eh? ¡Y disen que se acaba er mundo! (Principian á salir por la izquierda chiquillos del pueblo, con bolsos de libros unos, y otros con tres ó cuatro libros en las manos. Vienen en desorden, mirando hacia dentro, corriendo, brincando y dando gritos de alegría.)

Música

CHIQS. ¡Que baile el ayudante,
que baile don Tomá,
jambrera por delante,
jambrera por detrá!

—

¡Ayí viene! ¡que nos coge!
¡á escaparnos! ¡á corré!
(Huyen desperdigados hacia la derecha.)
¡Que tropiesa! ¡que se cae!
¡A cantársela otra vé!
(Avanzan en tropel hacia la izquierda.)

—

¡Que baile el ayudante,
que baile don Tomá,
jambrera por delante,
jambrera por detrá!

—

(Figuran tirarle piedras al ayudante, y tan pronto huyen como si este les acometiera, tan pronto vuelven á avanzar como para atacarle, mientras canta Chamusquina lo que sigue.)

—

CHAM. ¡Qué grasia me hasen á mí
las cosas de los chiquiyos!

¡Les ví á pronunsiá un discurso
que va á resurtá marnífico!
¡Siudadanos!

UNO ¡Anda!... ¡Chamusquina!

VARIOS ¡Chamusquina! ¡Chamusquina con la borrachera!

CHAM. ¡Chsss! ¡Silensio!

UNO ¡Que baile!

CHAM. Niño, no me da la gana: que baile tu papaíto si quiere.

TODOS ¡Que baile! ¡que baile! ¡que baile!

CHAM. (Como se empeñen en que baile, no hablo... Ni habla Castelá.)

CHIQS. ¡A cantarle la copla! ¡á cantarle la copla!
(Lo rodean gritando. Después cantan.)

Chamusquina cuando ajusta
sus faenas de encalá,
dise siempre que le gusta
que le paguen la tajá.

—

CHAM Niños, mirá que tengo
mu malas purgas,
cuando arguno se mete
con mi condurta.

—

(Se cogen de las manos los Chiquillos, hacen una rueda, en medio de la cual queda encerrado Chamusquina, que va de un lado á otro queriendo escaparse, y dan varias vueltas mientras cantan la siguiente copla:)

CHIQS. Señó Curro Chamusquina
una vez que fué á encalá
y cogió la papalina,
compró vino en vez de cá.

—

CHAM. (Na, que va á sé presiso
pa que se cayen,
sortá otro discursito
como er de enantes.)
¡Siudadanos! (Un chiquillo le tira de la blusa.)
¿Quiés hasé er favó de estarte quieto, arma mía?... ¡Siudadanos! (Otro le da un pescozón y

todos se rien.) Pero... ¿es que lo vamos á echá á guasa?... ¡Siudadanos! (Otro se le mete por entre las piernas y está á punto de hacerlo caer. Nuevas risas.) (Na; que están los niños pa el avío... Va á habé que irse...) ¡Siudadanos!... ¿Eh?... ¿Qué es esto?...

(Entre todos lo zarandean, lo traen y lo llevan, gritándole á un mismo tiempo. Chamusquina, defendiéndose de ellos á golpes, se encamina hacia la derecha, por donde se va al fin perseguido por todos, que no cesan de tirarle de la blusa, subírsele encima, hacerlo tropezar, etc., etc.)

CHIQS. Señó Curro está alumbrao,
y ha vendío su escobiya,
y una perra que le han dao
se la gasta en mansaniya.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Patinillo que sirve de desahogo á la carpintería del maestro Salvador. Al foro una puerta que da á la carpintería y conduce á la calle. A la derecha del actor otra que lleva al interior de la casa. A la izquierda una ventana con reja, en cuyo alfeizar hay macetas con flores, y un jazmín cuyas ramas se extienden trepando por la pared hasta bastante altura. A la derecha de la puerta del foro una rinconada con arriates. Inmediato á la misma puerta, hacia la izquierda del patinillo, un banco de carpintero: encima de él una garlopa, y en su parte baja otros instrumentos grandes, tales como sierra, mazo, berbiquí, etc., etc. Por el suelo gran cantidad de virutas. En sitio conveniente el anafe y cazo para la cola, dos sillas, varios cajones grandes, algunos pedazos de madera, algunas tablas y una espuerta con instrumentos pequeños. A la izquierda un botijo con agua. De la pared de la derecha á la del foro, un cordel para tender ropa. Sujeta a la segunda una tabla, sobre la cual hay varios frascos de barniz y latas de pintura. A un lado un cubo y varias escobillas de encalador.

ESCENA XI

SOLEDAD y JUANILLO

(Soledad sentada á la derecha en primer término, componiéndose y acicalándose ante una silla donde tiene un peine y un espejo. Juanillo sale por el foro con el canasto de flores al brazo.)

JUA. ¿Yego á tiempo, niña?
SOL. Hola. ¿Por qué lo dise usté?
JUA. Por ná. ¿Quié usté pa ese pelo lo mejó der canasto?
SOL. Venga; si es voluntá...
JUA. Eso no: lo hago por cumplí... (Le da una flor que Soledad se pone en la cabeza.)
SOL. De toas maneras se agradese...
JUA. Hasta pa sé fló, hay que tené suerte en er mundo... Miste que esa... Pos no, que er clavelito de ayer tarde...
SOL. Oiga usté, ¿se le debe á usté argo?
JUA. ¿A mí?
SOL. ¡Como trae usté lo der clavé tan por los pelos!...
JUA. Quería sabé si lo había usté resibío...
SOL. Sí señó; pero lo tiré á la basura.
JUA. ¿A la basura? ¿A vé la cara?
SOL. (Levantando la cabeza.) Místela. Me dijo Mijita que era cosa e Jalapa, er boticario de ahí enfrente, que me pidió la conversasión el otro día...
JUA. ¿Ese de la cabesa tan gorda?
SOL. Er mismo.
JUA. ¿Y qué va usté á hasé con un hombre que tiene que ponerse er sombrero con carsadó?
SOL. Pos meterle una luz en la cabesa y pintarlo e verde.
JUA. ¿Pa qué?
SOL. Pa ponerlo en el escaparate e la botica.
JUA. ¡Já, já, já! ¡Qué güenol... También Mijita miente más que habla...
SOL. (Levantándose.) Sí. Me contó una cosa de usté que es mentira, de fijo.

JUA. Si es una mala arsión, desde luego...

SOL. ¿Va usté pa santo? Me dijo que estaba usté en la Campana, y que olía usté á vino desde er mueye.

JUA. ¿A vino yo? ¿Usté no sabe que tengo mi palabra empeñá?...

SOL. Eso sí; lo que no sabía era que la hubiese usté sacao...

JUA. Yo le juro á usté...

SOL. No me jure usté na, que es malo. Aparte de que á mí no me importa ni tanto así que usté beba ó no beba...

JUA. ¿No?...

SOL. ¡Ya pué usté meterse en mansaniya hasta el ala er sombrero!

JUA. ¿Entonses á qué me puso usté por condisión pa quitarme e penas...?

SOL. ¿Yo qué tengo que vé con las penas e nadie, criatura? Me sobra con las mías...

JUA. ¿Tiene usté muchas, hija?

SOL. Más que usté, padre.

JUA. ¿Quié usté que yo las entierre pa siempre?

SOL. ¿En dónde?

JUA. Ríase usté.

SOL. ¿Que me ría? ¿Pa qué?

JUA. Pa desirle á usté en dónde.

SOL. (Riéndose.) ¡Ay, qué grasioso!

JUA. ¿Lo ve usté? En esos joyitos e la cara.

SOL. ¿De veras? Pos no me sirve usté pa enterraó.

JUA. ¡Miste que lástima!

SOL. Y veo que se fija usté mucho...

JUA. Hay que darles que hasé á los ojos... Además de que esos joyitos me hasen á mí la grasia e Dios...

SOL. Hombre, qué casualidá: á mí no me gustan.

JUA. ¿No? Pos miste, con dos cachitos e mis labios se puén tapá. (Acercándosele mucho.)

SOL. (Apartándose de él con viveza.) ¡Quite usté, guasa viva!

JUA. Pa guasa yo, pero pa viva usté.

SOL. Grasias...

JUA. No es favó; es la pura...

SOL. Grasias...

JUA. A Dios, que me la puso á usté delante...
SOL. Grasias...
JUA. Eso, grasia, retemuchísima grasia...
SOL. Vaya, hijo, ¿me quié usté pa armanaque?...

ESCENA XII

DICHOS y la SEÑÁ DOLORES

DOL. (Por la derecha, con un lebrillo lleno de ropa blanca recién lavada, que va tendiendo en el cordel poco á poco, y que acaba de tender al final de esta escena.) ¡Adiós mi dinero! ¡Ya está aquí este perdío!
JUA. Señá Dolores, que está delante Soledá y pué creérselo.
DOL. ¡Pa eso lo hago yo! ¡Güena la tomaste ayer tarde!...
SOL. ¿Lo ve usté? Cuando er río suena...
JUA. Niña, ¿quié usté no sé tan viva e genio? (Desesperado.) ¡Pero, hombre, si hasta la mansaniya e la botica la pío por señas, pa ni siquiea nombrarla!
DOL. Güeno, sí; vete á vendé flores, que aquí no te queremos pa na.
JUA. Na más e por no oirla á usté me largo ahora mismo. Y bastante hacharao que me voy. Y con doló de cabesa, niña.
SOL. ¿Sí? Pos péguese usté en las sienes dos rueas e papa.
JUA. Gasta usté mucha fantesía, morena.
SOL. La que Dios me ha dao. Y er que no me quiera así, que me deje.
JUA. (Va á contestarle á Soledad, y no ocurriéndosele nada, corta por lo sano.) ¡Con Dios! (A Mijita, que sale por el foro cuando él se va.) ¡Mijita, er día menos pensao te vas á encontrá argo que no va á gustarte!
MIJ. Eso me lo dises tú á mí cuando estés fresco. (Huye de Juanillo.)
JUA. ¡Verás!... (Vase.)

ESCENA XIII

SOLEDAD, SEÑÁ DOLORES y MIJITA

DOL. ¿De dónde vienes tú?

MIJ. De hasé cola, maestra.

DOL. ¿Pos no había cola?

MIJ. Si es de hasé cola en er Giro Mutuo... pa cobrá una letra e mi madre. (Durante toda esta escena va de seá para allá haciendo que hace algo.)

DOL. (A Soledad.) Oye, y tu padrasto sin vení... como si estuviea de veraneo.

SOL. No me hable usté de mi padrasto, que he pasao una noche más mala...

MIJ. (Queriendo terciar en la conversación.) A estas horas estará en la casiya.

DOL. Los niños oyen, ven y cayan... (Mijita le saca la lengua en son de burla. La señá Dolores lo ve y le pega un guantazo.)

MIJ. ¡A mí no me tiene usté que pegá!

DOL. ¡Pa que saques la lengua!—Pos sí, hija mia, hay hombres descastaos y sinvergüensas, pero como tu padrasto no he conosío dos.

SOL. (Suspirando.) ¿Y qué quié usté que yo le haga? Ya sé yo que debía portarse de otra manera... Debía mirá lo que yo miro; que ustés nos tienen aquí por favó y de lástima...

MIJ. (¡Probesiya!)

DOL. Y yo te aseguro que si no mirara que tú eres hija de mi probesita hermana, que esté en gloria, lo que es á tu padrasto lo dejaba morirse de hambre como un perro...

MIJ. Soledá, me paese que ahí dentro te han yamao...

DOL. ¿Quién la va á yamá si no hay nadie?

MIJ. Señá Dolores, habrá sío el eco... (¡Me da pena verla sufrí!...)

DOL. Bien se lo arvertí yo á Sarvaó er día que se presentó tu padrasto yorándole plagas. Lo que tiene que, como es tan güeno, se creyó to lo que el otro le dijo...

MIJ. ¿Y no le paese á usté que to eso sobra? ¿Qué

curpa tiene la chiquiya de que sea un sinvergüensa su padrasto, vamos á vé?...

DOL. ¿Cómo vamos á vé?... ¿Quién eres tú pa...? ¡Arsa pa la carpintería, so muñeco!...

MIJ. Tengo que hasé aquí ahora, señá Dolores.

DOL. ¡Pos tendría que vé que los monos fueran á gobernarla á una!... (Cogiendo el ladrillo y yéndose por la derecha.) ¡Vaya!

MIJ. (¿A que le tiro la garlopa á esa tía bruja?)

ESCENA XIV

SOLEDAD y MIJITA

Música

SOL. (Llorando.)
¡Qué mala suerte la mía,
que se me murió mi madre
cuando más farta me hasía!

—

MIJ. (Observando, mientras trabaja, á Soledad.)
A mí me da mucha rabia
que una mujé tan refea
haga yorá á una tan guapa.

—

SOL. Mi consuelo era mi madre,
y ahora que me farta eya
nadie viene á consolarme.

—

MIJ. Hasen farta malas purgas,
y tené sangre de arpía
pa martratá á esta criatura.

—

(Deja el trabajo y se acerca á Soledad.)
¿Qué te pasa, morena?
Anda y dímelo ya,
que si tú tienes pena,
yo la quieo consolá.

Dime á mí, rebonita,
por qué yoras así,
y verás á Mijita
to de luto por tí.

—

Sol. ¿Qué quieres que tenga?
que me tienen aquí de prestao:
me ajoga la pena.
La pena me ajoga:
he perdío á mi madre y mi casa
y estoy aquí sola.
Solita en la tierra,
sin tené quien me mire á la cara...
¿Qué quieres que tenga?

—

Mij. No te apures, chiquiya,
que ya arguno vendrá,
que es mu grande Seviya
y tú vales la má.
Cuando menos lo esperes
se presenta un gaché,
y «te quiero» y «me quieres»
y te casas con é.

—

Sol. Te engaña tu voluntá:
por argo á mí me pusieron
en la pila Soledá.

—

Mij. (Ahora viene lo mejó:
como Dios pintó á Perico
le digo que aquí estoy yo.)

—

Sol. Estoy harta de pená:
bien sabe Dios que quisiera
morirme pa descansá.
Mij. Chiquiya, cáyate ya:
no yores de esa manera
que vas á haserme yorá.

Hablado

SOL. Desengáñate, Mijita; yo nasí con muy mala sombra. A mí me debieron tirá lo mismo que á los gatos canijos.

MIJ. ¡Echa!

SOL. ¡Miá que las puyas que me suerta la señá Dolores! Pos ¿y la vía que me da mi padrasto? Como no tenga la mona ensima no hay un dios que lo sufra.

MIJ. ¿Sí, eh?... (Con resolución.) To eso va á acabarse. (Después de mirar receloso á las dos puertas, y en voz baja.) Oye.

SOL. ¿Qué quieres?

MIJ. No arses la voz. Mi madre me ha escrito...

SOL. ¿Y qué?

MIJ. Me dise que me vaya ar pueblo con eya. Te arvierto que mi madre es más güena que una torta de aseite.

SOL. Pos ¿á quién sales tú, demonio?

MIJ. ¡Ar probesito e mi papá, que era un porvorón que en paz descanse!

SOL. Güeno: sigue...

MIJ. (Volviendo á mirar á las puertas con recelo.) Temo que arguien nos coja...

SOL. Pero ¿vamos á hasé argo malo?

MIJ. Verás. Mi madre me ha buscao una carpintería en er pueblo. Dise que ví á está ayí mejó que er loro de una fonda... Pretextos e la probesiya pa yevarme á su vera, ¿sabes tú?

SOL. Y qué, ¿vas á irte?

MIJ. Según...

SOL. Explica eso...

MIJ. Solo no me voy.

SOL. ¿Entonses, con quién?

MIJ. Contigo.

SOL. ¡Muchacho! ¿tú estás loco?

MIJ. ¿Loco? ¡Sí! (Animandose gradualmente.) ¡En mi casa vas á caé como el agua e Mayo!

SOL. ¿Quiés no desí tonteras?

MIJ. (Sin atender á Soledad.) ¡Ayí te vamos á tratá mejó que á un gato chico!

SOL. ¡Qué cosas tienes!

MIJ. Conchitas e la má, bichitos e luz de los campos, estreyitas der sielo... ¡chocolate con leche que pías, chocolate con leche tendrás ayí!

SOL. Chiquiyo, baja la voz tú ahora...

MIJ. Y sin dijustos, y mu quería... y con ese armasón tan presioso... ¡Josú! ¡á la semana vamos á tené que repartí latiyas numerás, pa que vayan á verte por turno!

SOL. ¿Quiés cayarte?

MIJ. ¡No me da la gana!... Si tú te tienes que escapá conmigo; si ya no paro, si ya no sosiego hasta que me preguntes un día: «Mijita e mi arma, ¿qué son penas? ¿quiés desirmelo, que se me ha orvidao?»

SOL. Pero hombre...

MIJ. Aluego yega la hora e casarse...

SOL. (Echándolo á broma.) Eso es: y cargo yo con un gañán de aqueyos...

MIJ. ¡No va á está mar gañán! ¡Mi persona, más fina y más aseá que una ficha er trésiyo! ¿Qué?

SOL. ¿Quién? ¿tú?... (Suelta la risa.)

MIJ. Ríete, ríete; ya sabía yo que ibas á echarlo á guasa.

SOL. Pero criatura, ¿tú no comprendes que eres un chiquiyo?

MIJ. ¿Que yo soy un chiquiyo? ¿Quién te ha dicho á tí eso? ¿Qué edá tienes tú, vamos á vé?

SOL. ¡Y me lo pregunta tan serio!

MIJ. (Con gravedad cómica.) ¡Chsss! Contesta á tu marío. ¿Qué edá tienes?

SOL. Diez y ocho años.

MIJ. ¿Lo estás viendo? Yo quinse. Dentro e tres años tengo la misma edá que tú... Por más que tú no vas á plantarte... ¡Pero, señó, argún inconveniente había de habé!... ¿De qué te ríes?

SOL. De la cara que iba á poné tu madre si nos viera entrá juntos por las puertas.

MIJ. ¡Una cara que ni la tuya! Porque te arvierto que er talento e la cása soy yo. Y hago yo una cosa, y boca abajo to er mundo.

SOL. Pos hijo de mi arma, esta vé...

MIJ. Ah, pero ¿con formalidá, no te desides? ¿Despresias mi cariño?...

SOL. ¿Y qué quiés que haga, si mi suerte es esa?

MIJ. ¡Me caigo en la má! ¡á tí te farta argún torniyo!.. Piénsalo bien, muchacha, miá que yo miro tus penas con cristá de aumento, y va á habé aquí una esaborisión. Er día menos pensao yegas, ves unas cosas raras por er suelo... ¡y son las virutas e tu padrasto!

SOL. Caya, por Dios, que me parese que viene ahí...

MIJ. ¿Que viene? Pos como venga fresco y haga arguna e las suyas,—hoy ¿qué es, sábado? —¡er domingo sargo en los papeles!

ESCENA XV

DICHOS y CHAMUSQUINA. Después el MAESTRO SALVADOR y la SEÑÁ DOLORES

(Sale Chamusquina por el foro con cara de pocos amigos y con las manos atrás, y principia á pasearse, gruñendo, en varias direcciones. Trae un chirlo en la frente.)

SOL. (Saliéndole al encuentro.) Dios guarde á usté, padrasto.

CHAM. (Empujándola.) ¡Quítate de en medio!

MIJ. Hola, señó Curro.

CHAM. (Dándole un puntapié.) ¡Y tú también!

MIJ. (¡Me caigo en la má! ¡Ya tenemos la e siempre! (En son de amenaza.) ¡Lo que es como me pegue otro!...) (Pausa. Soledad y Mijita no le quitan ojo á Chamusquina.) ¿Qué tal va ese való, señó Curro? (Este lo mira y no cesa en sus paseos y gruñidos. Pausa.) ¿Se ha pasao bien la noche?... (Soledad hace señas á Mijita para que se calle. Nueva pausa.) ¿Hay mosquitos en la casiya?...

CHAM. (Pegándole otro puntapié.) ¡Toma mosquitos!

MIJ. (¡Mardita sea!... ¡me ha cogío por detrás!...)

SOL. Escuche usté una cosa...

CHAM. ¡No tengo na que oí!

SOL. Ayé vinieron de casa er cura...

CHAM. ¡Me alegro!
SOL. A vé si podía usté encalá ayí mañana...
CHAM. ¡Que encale er sacristán!
SOL. Si es en casa er cura...
CHAM. ¡Pos que encale er cura!
SOL. Por mí que encale; pero lo que es así...
CHAM. (Volviéndose airado.) ¿Qué?...
MIJ. ¡Na, que va usté á echá coche!...
CHAM. ¡A tí te ví á dá yo una gofetá que te vas á queá dé perfí pa siempre!
SALV. (Por el foro.) Oye, Curro, ¿tú has armorsao?
CHAM. Sí.
SALV. ¿Sí? Que sea enhoragüena.
CHAM. ¡Pués guardarte tu armuerso!
SALV. No, lo que es er mío bien guardado está ya...
CHAM. ¡Pos tira er mío! ¡Estoy ya de frijones hasta aquí!
SALV. Hijo, si te repurnan, haberlo dicho, y te hubiéamos traío corasón de vaca como á los ruiseñores...
CHAM. Poquito *pitorreo*, ¿eh?
SALV. Hablando de otra cosa. Acaba e veni un aviso e la confitería...
MIJ. (Remedando al señó Curro.) ¡Que encale er confitero!
SALV. ¿Qué dises?
CHAM. ¡Que Mijita me está buscando y me va á encontrá! (Pegándole otro puntapié.)
MIJ. ¡Ay!
SALV. Güeno, ¿te has enterao del aviso?
CHAM. ¡Ni farta que me hase!
SALV. ¡Bonito modo tienes tú de procurá trabajo!
CHAM. ¡Si eso es echarme en cara lo cuatro cochinos frijones que me das, ya pués quearte con eyos!...
SALV. Hombre, Curro, yo creo que tú estás obligao á hablá de otra manera...
DOL. (Por la derecha, fuera de sí y dispuesta para salir á la calle.) ¡Ni éste tiene vergüensa, ni tienes vergüensa tú, ni yo tengo vergüensa si aguanto esto! (Al maestro Salvador.) ¡Grandísimo carsones! ¿te paese bien que semejante tá por cuá, que debía besá er suelo que tú pisas, te farte con ese descaro después de estarlo

manteniendo? ¡Primo! ¡más que primo! ¡que eres más infelí que un cubo! (A Chamusquina.) Y tú, cacho e gorrón, ¿qué has yegao á figurarte? ¿que vas á sopapearnos á tos porque mi marío sea tonto? ¡Quítate de ahí, so canaya, so perdío, so ladrón, so sinvergüensa, so curda, peseta farsa, latón e la basura, serrín pa los gatos... quítate de ahí!... ¡Ay, si yo yevara pantalones!

CHAM. ¡Cuarquiea te sufría, porque es con fardas y ni tu marío pué aguantarte!

DOL. ¿Y á ti, mala pécora, quién te aguanta, que cuando no yevas ensima la mona la estás durmiendo? ¡Qué ganitas tengo de perderte e vista! Tú y na más que tú vas á matá á esa pobre: tú y na más que tú tienes la curpa de que mi marío se haya envisiao... ¡Antes e tú veni yevaba un mes sin probá una gota!...

SALV. (¡Si mi mujé supiera que er barni blanco es mansaniya!...)

CHAM. ¿Has acabao ya? ¡Pos yo no aguanto más que á mí se me refriegue por la jeta er cacho e pan roío que me dan ustedes! ¡Niña, lía tu ropa, que ahora mismo nos vamos de esta casa!

DOL. ¡La comedia e siempre!

SALV. Te irás tú solo; lo que es Soledá...

CHAM. ¡Soledá también!

DOL. ¡Déjalos que se larguen! (Yéndose de estampía por el foro.) ¡Que no caerá esa breva, no hay cuidao! ¡Estarán aquí cuando yo güerva!

MIJ. (A Soledad.) ¿Y que tú aguantes esto? No seas tonta y vente á mi casa.

SOL. ¡Al infierno aunque sea!

MIJ. ¡Esta misma noche!

SOL. ¡Ahora mismo, si quieres! (Vase por la derecha.)

MIJ. ¡Ole! (Se queda delante de la puerta viéndola irse.)

SALV. ¿Ande va esa probe muchacha?... (Dándole un puntapié á Mijita y yéndose tras Soledad.) ¡Quítate de ahí!

MIJ. ¡Ay! ¿También éste?... (Se encamina hacia el foro y Chamusquina, á quien le estorba el paso, le pega otro puntapié.)

CHAM. ¿Quiés no ponerte elante? (Vase por el foro.)
MIJ. ¡Me caigo en la má! Con otro gorpe en er mismo sitio... ¡cuarquiea se va á mi pueblo en tersera! (Éntrase en la carpintería.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Calle. A la derecha del actor la puerta de la carpintería del maestro Salvador. Junto á la puerta una ventana con reja

ESCENA XVI

JUANILLO EL FLORERO

Música

(Dentro, pregonando.)
¡Las que güelen, rosaaaaas finas!
Yo yevo flores, yo yevo flores
con capuyitos
de tos colores.

—

(Sale por la izquierda.)
¡Ay, capuyos, con er rabo suyo!
Un jardín es er braso
donde las yevo:
sensitivas, violetas
y pensamientos:
asusenas, jarmines,
nardos y rosas,
claveyinas, gardenias
y marimoñas...

—

Yamarme á mí, yamarme á mí,
que vendo rosas
pitiminí.

—

¡Las que güelen, pae cura!...
¡Ay, nardos, don Leonardo, der barrio e San Bernardo!

—

(Deteniéndose al pie de la ventana de la carpintería.)
Sal, morena, á tu ventana,
mira las flores que traigo;
sal y dí si son bastantes
pa arfombrita de tu cuarto:
que yo te quiero
y á tí te doy
tos los tesoros der mundo entero,
to lo que vargo, to lo que soy...

—

Yamarme á mí, yamarme á mí,
que tengo en flores
un Potosí.

—

¡Claveles!
pa las mositas cuando son fieles...
¡Mosquetas!
pa las muchachas que son coquetas...
¡Rositas!
como tu boca por lo chiquitas...
¡Y rosas!
como tu cara por lo presiosas...

—

¡Con Dios, mujé, con Dios mujé;
vendo rosas sin espinas
y me punsa tu queré!...
Quéate con Dios, quéate con Dios.
¡Cuándo venderé yo flores
pa un cuartito pa los dos!

—

¡Ay qué flores! ¡Ay qué flores!
En los jardines der rey
no las he visto mejores...

—

(Alejándose por la derecha poco á poco.)

Un jardín es er braso
donde las yevo:
sensitivas, violetas
y pensamientos;
asusenas, jarmines,
nardos y rosas,
claveyinas, gardenias
y marimoñas...

—

¡Ay, nardos, don Leonardo, der barrio e San Bernardo!

ESCENA XVII

MIJITA. Luego el MAESTRO SALVADOR

Hablado

MIJ. (Saliendo por la izquierda con una botellá en la mano.) Se fué... Temí que entrara... Argo le ha debío de pasá con eya... (Manifestando inquietud.) Y Soledá, ¿dónde se habrá metío? ¡Demonio e muchacha! Podía vení ahora, que es la gran ocasión pa levantá er vuelo... La señá Dolores no pareserá de fijo hasta mu tarde; Chamusquina está más quemao que las ánimas y tampoco asomará la jeta por aquí; dentro e la casa er Griyo y mi maestro no se ocupan más que der vino que tienen delante... ¡Me está saliendo er plan á pedí de boca! De más sabía yo que emborrachando á los que quearan er campo era mío... ¡Soledá de mi corasón, güerve ya por tu sangre... que estoy más asustao que un sereno sin pito!... ¡Ay, qué alegría si me la

yevara!... (Echase un trago de vino á tiempo que sale el maestro Salvador de la carpintería.)

SALV. Mijita, ¿qué hases?

MIJ. (Volviendo la cara con sorpresa.) Na, maestro; probá si me han cambiao la bebía. (Le da la botella.)

SALV. ¡Jé, jé! Te arvierto que es la úrtima, ¿eh?

MIJ. ¿Por qué, maestro? ¡Un día es un día!

SALV. Grasias por tu rumbo, Mijita; pero no quieo belenes. Quéate aquí á la puerta, y si por casualidá viene Gañote no lo dejes pasá... No, porque como entre Gañote de refresco nos va á amanesé empinando er codo... (Vase.)

MIJ. Pierda usté cuidao, que no pasa... (Paseando hacia la izquierda.) ¡Güeno va! ¡Ya la tiene entre cuero y carne mi maestro!... (Volviéndose hacia la derecha.) ¡Canela! ¡Chamusquina!

ESCENA XVIII

MIJITA y CHAMUSQUINA

CHAM. (Por la derecha.) Escucha, tú; dile á Soledá que sarga al istante.

MIJ. Soledá no está ahí...

CHAM. ¿No? Pos aquí la espero.

MIJ. (¡Me caigo en la má y los pesos!) ¿Por qué no entra usté?

CHAM. ¿Te paese á tí medio regulá después e la pelotera de antes?... ¡En cuanto eya venga nos vamos los dos á otra parte con la música!

MIJ. (¡Mardita sea mi estreya!) Es que usté no pué imaginarse una cosa...

CHAM. ¿Qué cosa?...

MIJ. Lo que pasó luego. ¡Una ersena e lágrimas que daba compasión! Tos arrepentíos.

CHAM. Naturarmente. Como que me trataron como á un perro. Yega uno loco y desesperao de la caye, y tos son á echarle en cara su condurta... Y luego ni una frase tierna... ¿Hubo arguno que me preguntara por este chirlo?

(Señalándose la frente.) ¡Pos por poco me dejan en er sitio de la pedrá!

MIJ. ¡Caramba! No había reparao...

CHAM. Y venga después mucho arrepentimiento y muchas lágrimas...

MIJ. Una cosa atró, señó Curro... ¡Aqueyos no eran ojos, eran canales!... Soledá por un lao, la señá Dolores por otro, er maestro por otro... ¡Paresía que estaba yoviendo! No le digo á usté más sino que yo, compadesío, les compré unas boteyas e mansaniya que se están bebiendo ahora mismo...

CHAM. (Después de una pausa.) No; si Sarvaó no es mala persona...

MIJ. Pan de Arcalá, señó Curro.

CHAM. Ahí la mala es eya...

MIJ. Tampoco...

CHAM. (Nueva pausa.) Dises bien: tampoco... No tiene más que sus repentes... Lo que me pasa á mí, ¿oyes tú? que así ar pronto paezco rejargá... ¡y luego tengo un fondo que es armiba!

MIJ. ¡Ni más ni menos! Como que yo que usté entraba ahora, le daba un abraso ar maestro, tomaba dos cañas... ¡y peliyos á la má!

CHAM. Hombre, me has yegao ar corasón... Voy al istante... Y pa que veas tú lo que es está de mala: van á creé en seguía que entro po er vino... (Entrase en la carpintería.)

ESCENA XIX

MIJITA y GAÑOTE

MIJ. ¡Ya va como loco!... ¡Ya la toman!... Como venga mi niña á tiempo... ¡adivina quien te dió! (Reparando en Gañote, que sale por la izquierda.) (¡Chavó! ¡Gañote! ¡Este siempre lo güele!... ¡Jé, jé! Y er maestro no quié que pase...)

GAÑ. Adiós, Mijita.

MIJ. Hombre, me alegro e verte.

GAÑ. ¿Convidas á argo?

MIJ. Er maestro Sarvaó acaba e desirme: si viene Gañote que entre en seguía.

GAÑ. ¿Convida é?

MIJ. Convida é, pero pago yo.

GAÑ. ¿Ez hoy acazo Zan Mijita?

MIJ. No, señó; pero me ha mandao dinero mi madre.

GAÑ. Pos voy ayá. A tomá un par de trinquis, ¿zabes tú? porque no quieo liarla...

MIJ. Bien pensao. Arsa pa dentro.

GAÑ. Lo malo es que estoy citao con mi costiya...

MIJ. No te apures: si pasa por aquí yo le diré que ahí dentro la esperas...

GAÑ. Que no ze te orvíe, ¿eh? Y estimando, ¿eh? (Entrase en la carpintería.)

ESCENA XX

MIJITA y CONSUELO

MIJ. ¡Ahora sí que se pué apostá que la toman! ¡Más fijo que er reló e la Plasa Nueva!... ¿Qué hases que no vienes, Soledá mía?... (Mirando hacia la derecha.) ¡La mujé de Gañote!

CON. (Por la derecha.) Oye, Mijita, ¿has visto por casualidá á mi marío?

MIJ. ¿A su marío? No, señora, pero...

CON. ¿Pero qué?

MIJ. ¡Casi na!

CON. (Alarmadísima.) ¡Ay, por Dios, no me asustes! ¿Le ocurre argo?

MIJ. ¡Na! ¡no es na! ¿Usté no sabe?

CON. ¿Er qué?

MIJ. ¡Josú!

CONS. ¿Er qué, hombre?

MIJ. ¡Josú! ¡Josú! Misté: en una taberna que hay á la salía der Puente, conforme se entra en Triana á mano erecha... frente á una casa toa pintá de amariyo, ayí... ¿Sabe usté donde digo?... ¡Pos ayíl...

CONS. ¿Ayí, qué?

MIJ. ¡Ayí lo están picando pa arbóndigas!

CONS. (Dando un grito de horror.) ¡Ay, no me lo digas!

MIJ. Señora, ya se lo he dicho á usté... A mí me lo ha contao uno que ha estao presente... Paese que por custión de no sé qué palomos, vino á las manos con un recovero mu bruto, y er recovero lo agarró po er gañote y creo que le sacó un cacho e lengua que le daba en er borsiyo er chaleco...

CONS. ¡Virgen! ¡qué horró!

MIJ. Hasta creo que de los latigasos e la lengua sonaban los duros...

CONS. (Tranquilizándose.) Entonses no era é.

MIJ. Los duros der borsiyo del otro eran los que sonaban...

CONS. (Volviendo á alarmarse.) ¡Ay!... ¡Virgen Santa de la O! ¡Voy á buscarlo! ¡Probesito!

MIJ. (Ofreciéndole unos cuartos.) ¿Quié usté pa er tranvía?

CONS. Grasias, hijo mío: tengo yo.

MIJ. Pos ande usté á escape...

CONS. ¡Ya lo creo! ¡Probesito e mi arma! ¡Probesito! (Vase por la izquierda llorando.)

ESCENA XXI

MIJITA y JUANILLO

MIJ. ¡Esa ya no me estorba en toa la tarde! ¡Ole con ole! ¡Ya no tengo na que temé! (A Juanillo, que sale por la derecha y va a entrar en la carpintería.) ¡Eh! ¡tú! ¿ande vas tan aprisa?

JUA. A vé á esta mosa güena.

MIJ. ¿A Soledá?

JUA. Es claro.

MIJ. Pero oye, ¿tú vienes de la tierra e los tontos?

JUA. ¿Por qué lo dises?

MIJ. Porque Soledá ya no está ahí...

JUA. ¿Cómo que no? Explícate.

MIJ. ¡Uh! ¡No pués imaginarte!... Cuando hoy ar medio día yegó er señó Curro, se armó la gorda...

JUA. ¿Sí, eh?

MIJ. ¡La má, chiquiyo! Gritos, amenasas, navajas abiertas.. ¡La de San Quintín! Er señó

Curro le tiró er plato e los garbansos á mi maestro, y hubo garbanso que yegó á la caye e las Sierpes.. La señá Dolores se le avansó á la cara como una fiera, le clavó las uñas... y ¡sás! le arrancó diez tiras e peyejo así delargas... Paresía un prestidigitadó sacando sintas... Excuso desirte que er señó Curro se queó que si lo ves no lo conoses: to rayao: está hecho una farsiya.

JUA. Güeno, ¿y Soledá?

MIJ. A Soledá se la yevaron á casa e su hermana, la casá con *Cotufa*.

JUA. ¿Y dónde es eso?

MIJ. En la Macarena. ¿Quiés pa er tranvía?

JUA. ¿Yo que ví á queré?.. ¿No sabes la caye?

MIJ. Sí, la más estrecha er barrio; no me acuerdo der nombre; pero preguntando ayí por *Cotufa*...

JUA. Quéate con Dios... Vi á vé si doy con eya... ¡Probe muchacha! (vase por la derecha corriendo.)

ESCENA XXII

MIJITA y la SEÑA DOLORES

(Mijita se frota las manos de alegría viendo irse á Juanillo. De pronto se vuelve hacia la izquierda y se da de cara con la señá Dolores, que sale con un lío en la mano.)

DOL. ¿Qué hases tú aquí?

MIJ. (¡Josú!) ¿Que qué hago aquí? ¡Pos esperarla á usté na más!

DOL. ¿Susede argo?

MIJ. ¡Poca cosa!

DOL. ¿Arguna esgrasia?...

MIJ. ¡Su cuñao de usté que está dando las boqueás!

DOL. (Muy asustada) ¿Quién?... ¿Cristoba?

MIJ. Cristoba. Pa San Bernardo se ha dío er maestro como un rayo...

DOL. ¿Pero qué es lo que tiene? ¿tú no sabes?

MIJ. ¡Na con cormo! ¡Un ataque tremendo e gota! Creo que se sale como una regaera...

DOL. ¡Ay, várgame Dios!

MIJ. Er médico ha mandao que lo líen en papé secante... Pa ayá se lo yeva er maestro... Por sierto que me dijo, dise: en cuanto venga mi mujé, que vaya á buscarme... ¿Quié usté pa er tranvía?

DOL. ¡Ay, qué doló! ¡Qué doló de hombre, en la flor de su edá! ¡Y en qué ocasión! ¡cuando mi hermana iba á salí de su cuidao!

MIJ. ¡Ya ha salío!

DOL. ¿Sí?

MIJ. Sí: un niño presioso; pero con dos cabesas.

DOL. ¿Qué dises, hombre?

MIJ. Lo que usté oye: con dos cabesas: una morena y otra rubia; presiosas las dos... ¿Quié usté pa er tranvía?

DOL. No, hijo mío; pero me voy á la carrera... ¡Qué desgrasia tan espantosa! (Vase por la izquierda precipitadamente)

ESCENA XXIII

MIJITA y JUANILLO

JUA. (Por la derecha, jadeante.) Oye, tú: ten ahí er canasto...

MIJ. (¡Otra te pego!) Dame.

JUA. Te lo dejo pa dí más aprisa... Aluego vorveré por é... (Mirando hacia la izquierda cuando va á irse.) ¿Ande va la señá Dolores tan corriendo?

MIJ. ¿Ande ha de í? ¿No te he dicho que er maestro está en la carse?

JUA. ¡No!

MIJ. ¡Pos en la carse está!

JUA. ¡Camará con las cosas que pasan hoy! (Vase por la derecha á escape.)

ESCENA XXIV

MIJITA y la SEÑA DOLORES

DOL. (Por la izquierda, muy sofocada.) ¡Anda una local... ¡local... ¡Ten ahí este lío!... (Entregándole el que lleva.)

MIJ. (¡Y dale!) Venga.
DOL. ¿Qué canasto es ese?
MIJ. Er de Juaniyo... ¡Como que está su casa ardiendo por los cuatro costaos!...
DOL. ¡Virgen de los Reyes! ¡Cuanta esaborisión! (Vase á todo correr por la izquierda.)
MIJ. ¡Me caigo en la má! ¡La que he armao en dos minutos! Ví á tené que escapame aunque sea en globo... con Soledá ó sin eya! (Entrase corriendo en la carpintería.)

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro segundo

ESCENA XXV

El maestro SALVADOR, CHAMUSQUINA, GAÑOTE y el GRILLO; después MIJITA

(Aparecen sentados á la izquierda en sillas y cajones, en torno de otro cajón grande que les sirve de mesa y sobre el cual tienen dos ó tres botellas vacías y algunas cañas. A un lado, en el suelo, el canasto de flores de Juanillo y el lío de la señá Dolores.)

SALV. (Echando una ronda de cañas.) Ayá va la última ronda de esta, mientras güerve Mijita con otra...
CHAM. ¡Viva la república!
GAÑ. ¡Viva er maestro Zarvaó!
GRILLO (Cantando.)
A la mar maera
y á la tierra güesos...
CHAM. ¡Ole, ole!
GRILLO *Y pa los hombres las mujeres barbis*
y er vinito resio.

GAÑ. ¡Zaleros ahí!

SALV. ¡Viva mi caye!

MIJ. (Por el foro, con otra botella.) Cabayos muertos, cuatro.

GAÑ. ¡Venga er quinto!

CHAM. ¡Es que los toritos hay que verlos!

SALV. Lo que hay que vé es al amigo Mijita beberse una caña....

MIJ. No, maestro, que ya van muchas...

SALV. ¡Déjate tú dí, que la vía es corta, chiquiyo! (De la botella nueva le sirve á Mijita una caña.) A mi salú.

MIJ. (Bebiendo.) ¡Vaya que sea!

SALV. ¡Ole los hombres! (Con otra caña llena en la mano.) Desengáñate, Mijita; dos cosas hay en er mundo que no tienen pero: er vino es una, y la otra el aguardiente... (Deleitándose en la contemplación de la caña.) ¡Fíjate tú bien!... ¡Vaya un coló!... ¡Vengan pintores á pintarlo! (Todo este discurso es comentado con risas y señales de aprobación. Mijita manifiesta desasosiego, pero no se aparta del lado del maestro Salvador. Chamusquina, á las primeras de cambio, se duerme.) ¡Y disen del agua cristalina! ¡Mar fin tenga el agua! Vamos á vé: si er Guadarquiví aniguá de sé de agua fuera e mansaniya, ¿creen ustés que les temeríamos aquí á las riás?... Yueve mucho, y ¡adiós cosecha! y er pan por las nubes... Se pone uno malo, y lo primero que le manda er médico es que no beba agua. «¿Qué toma el enfermo, señó dortó?» «Un poquiyo e vino con cardo», «un poquiyo e cardo con vino...» ¡Er vino que no farte! Y en cambio el agua sólo se la dan á uno cuando se asusta... Pos vaya er cormo: pa echá á perdé er vino ¿qué se le echa? ¡Agua! Pa que se puea bebé el agua, ¿qué se le echa? ¡Vino! ¿Más? Ahí va er remate. Está usté mu contento con una ilusión; va usté á realisarla; er mundo es chico pa usté... De pronto se viene abajo to aqueyo como un castiyo e naipes, y miste con qué palabras se dise: «¡Se aguó la fiesta!» ¡El agua siempre en to lo malo! ¿Hay aquí arguno que no di-

ga «¡agua va!» en cuanto vé veni á su señora?... ¡Compárala tú con er vino, Mijita e mi arma, que es una bendisión de Dios!... Na más e con dos tragos que tomes te pones por montera ar mundo cochino, y to cambia pa tí.. Que estabas hacharao: ¡pos ya estás más alegre que una panderetal... Que estaba er sielo oscuro: ¡pos ya está fuera er só y er sielo más bonito que nunca!... Que no tienes una condená perra chica: ni farta que te hase: ¡ya eres tú la Casa e la Monea... Y las feas te paesen luseros y las viejas rosas e Mayo... ¡y hasta un munisipá que te yeve á la carse te paese er San Antonio e Moriyo!... En fin, se me seca er gañote... ¡A tu salú, Mijita! (Bébese la caña.)

MIJ. ¡Bien por mi maestro!

GAÑ. ¡Ole, ole!

GRILLO ¡Habla usté mejó que er *Tostao!*

CHAM. (Despertandose) ¡Mu requetebién! Sarvaó, tú estás hasiendo farta en er Congreso...

GAÑ. (Mirando hacia la ventana y levantándose de pronto.) ¿A vé? ¡Hombre, ni de encargo!

SALV. ¿Qué pasa?

GAÑ. (Llamando desde la ventana.) ¡Antonio! ¡Haz er favó e veni! Ahora van ustés á oí cantá flamenco. (Vase por la puerta del foro.)

CHAM. ¿Ande va ese?

SALV. ¡Qué se yo!

GRILLO Por una eminensia.

MIJ. ¡Me caigo en la má! ¡Y Soledá sin veni toavía!... ¡Me está dando un ratito!... (No cesa de ir y venir entrando y saliendo por el foro.)

ESCENA XXVI

DICHOS y el JILGUERO

GAÑ. (Con el Jilguero, por el foro.) Aquí está ya esta caja e múzica.

MIJ. (¡Hombre, er Jirguero!)

SALV. Bien venío.

JIL. Salú.

CHAM. ¿Ande va usté á sentarse?
SALV. (Ofreciéndole una silla á su lado.) Aquí...
JIL. (Sentándose en el borde del asiento.) Grasias.
GAÑ. ¡Van ustés á oí lo mejón de lo mejón!
SALV. Lo que es que antes va á tomá una caña el amigo.
JIL. Estimando, compare; pero no pué sé.. Y me gusta más que er pan frito, no vaya usté á creerse; sólo que hay que cuidá esta finca... (Señalándose la garganta.)
GRILLO ¿Y qué va usté á cantá, malagueñas?
GAÑ. ¡Zoleares, mejón!
JIL. Lo que quieo es que haiga una mijita e silensio en er público.
SALV. ¡Cayarse! (Callan todos.)
JIL. (Reparando en Mijita, que no cesa de pasearse muy inquieto.) Y aquer mosito, ¿es der público ó no?
MIJ. Yo oigo andando.
JIL. Es que me marea usté la vista, niño.
MIJ. Ea, pos ya estoy quieto. (Colócase á la izquierda. Chamusquina se va quedando dormido como antes.)
JIL. ¡Chsssss!... (Pausa.)
TODOS ¡Chsssss!...
SALV. Paése que estamos en un puesto e perdises.
JIL. Si er público lo va á echá á guasa, avisá.
GAÑ. ¡Chsssss!
JIL. ¡Chsssss! (Mijita se encamina hacia el foro.)
GAÑ. ¿Ande vas, Mijita?
MIJ. A resoyá aquí fuera. (Vase.)
JIL. ¿Qué viene á sé esto? ¡A vé si hay atensión y no se oye una mosca en er público, ó no es er Jirguero er que canta aquí hoy!
GRILLO (¡Gachó con er tío!) (Pausa. Con efecto, no se oye una mosca. El Jilguero, en vista del silencio que reina, le da el bastón á Gañote, el sombrero al maestro Salvador y un pañuelo de seda que trae á la garganta al Grillo. Todo ello con gran calma. Ultimamente se desabrocha el botón del cuello de la camisa.)
SALV. (¿Se va á esnuá este hombre?)
JIL. (Entonándose.) ¡Ay, ay, ay, ay!... Mu arto. ¡Ay, ay, ay, ay!... Mu bajo. (A Gañote.) Trae acá er bastonsito... ¡Ay, ay, ay, ay!... Ya, ya cogí er tono... ¡Ay, ay, ay!... (Chamusquina da un ronqui-

do estruendoso, y se despierta. El Jilguero se pone de pie resuelto á irse.) Se acabó: que cante el amigo.

CHAM. Hombre, ¿se enfada usté porque me he adormilao?

JIL. ¿Adormilao, señó, y ha sortao usté un ronquío que toavía está sumbando la armórfera?

GAÑ. Vamos, tú: no me dejes más feo de lo que zoy.

JIL. Por tí lo hago. (Se sienta y sigue entonándose.) ¡Ay, ay, ay, ay!... (Chamusquina se levanta de puntillas, va á donde está el botijo con agua, se pone á beber y no para en un rato.) ¡Ay, ay, ay, ay!...

SALV. Pero oye, Curro, ¿has armorsao esponjas esta mañana? (Todos se ríen: Chamusquina se atraganta al reirse, suelta el botijo y empieza á aspirar y á toser azorado y con gran fatiga.)

CHAM. ¡Hiiiiii!

SALV. ¿Qué es eso?

GRILLO ¿Qué le susede?

CHAM. ¡Hiiiiii!

GAÑ. ¡Ze fué por mar camino!

JIL. ¡Por vía e las tragaeras del hombre!

CHAM. ¡Hiiiiii!

SALV. ¡Eso no es na!...

CHAM. Ya paese que pasa... (Respirando con cierto desahogo.) ¡Me hisiste reí!...

SALV. (Indignado.) Pero, hombre, ¿y que te susedan con agua esas cosas?

GAÑ. ¿Nos cayamos ó no?

JIL. ¡Qué publiquito!... ¡Chssss!... (Mijita rompe á cantar dentro. Todos se sorprenden y lo escuchan con mucha atención menos el Jilguero, que apenas lo oye mira con indignación hacia el foro, y principia á recoger todas sus prendas decidido á irse.)

MIJ. (Cantando.)

Una copla me han pedío
y al instante la he cantao;
más vale malo sedío
que güeno regateao.

GRILLO ¡Ole, ole!

SALV. ¡Ole, Mijita!

CHAM. ¡Eso es cantá! (Gañote mira al Jilguero.)
JIL. ¿Les gusta á ustés ese niño?
CHAM. ¡A mí, sí!
JIL. ¡Señó, si eso es un griyo seboyero!... Güenas tardes. (Encaminándose hacia el foro.)
SALV. ¿No canta usté?
JIL. (Deteniéndose un momento.) ¿Yo? ¿Con er público este? Está usté fresco...
SALV. Si le paese á usté le pondremos dos letras á Moriyo pa que le pinte á usté un publiquito á su gusto..
JIL. ¿Lo ves, Gañote? En fartándole ar público la cortura... ¡Abú!... (Vase por el foro.)
CHAM. ¡Ea, pos váyase usté á cantá ar Colegio de Sordo-mudos!...
SALV. ¡Y hágase usté hermano de la cofradía der Silensio!
GAÑ. No, no, no; pos no me ha gustao la guazita.

ESCENA XXVII

DICHOS, menos el JILGUERO

MIJ. (Por el foro, muy animado.) ¿He estao güeno, señores?
SALV. ¡Superió, chiquiyo! Y ahora van ustés á vé quien es er maestro Sarvaó cuando repican gordo. ¡Mijita!
MIJ. ¿Qué quié usté?
SALV. Tráete la boteya der barní blanco.
MIJ. Ahora mismo. (Vase corriendo por la derecha.)
SALV. ¡Y la de la nogalina también! ¡La nogalina es un vino e Málaga que quita er sueño!

ESCENA XXVIII

SALVADOR, CHAMUSQUINA, GAÑOTE, el GRILLO, SOLEDAD y JUANILLO el florero

SOL. (Por el foro con Juanillo.) ¿Ande está Mijita?
JUA. ¿Ande está ese embustero, que ví á matarlo?
SOL. ¿Pero qué es esto? ¿La hemos liao otra vé?

SALV. Tú te cayas y tomas una caña.
SOL. ¡Yo que ví á tomá!...
SALV. Güeno, pos la toma Juaniyo por tí.
JUA. (Aceptándola.) Venga.
SOL. ¿Eh?
JUA. (A Soledad.) Por usté va, grasiosa.
SOL. ¿Sí?...
JUA. ¡Místelo! (Tira el vino y le devuelve la caña al Maestro.)
SOL. ¡Olel ¡Eso me gusta!
CHAM. Tú, Griyito, cántate unas soleares pa animá esto un poco. (El Grillo principia á templarse, y el Maestro, Chamusquina y Gañote le prestan atención. A cada copla que canta, beben todos. Soledad y Juanillo bajan al proscenio.)

Música

JUA. Eso hago yo, mosita.
Dígame usté
si no es esa cañita
de agradesé.
Dígame usté si es poco
lo que he hecho ya,
porque me güerve loco
su terquedá.

—

SOL. Imposibles no pío,
pero quiero ersigí
que no sea un perdío
er que venga por mí.

(Durante las interrupciones del Grillo figuran seguir en voz baja su diálogo amoroso, cada vez con mayor viveza.)

—

GRILLO *Anda y no presumas más;*
si vas á tirarte ar poso,
¿pa qué miras er brocá?

—

JUA. Pos ó yo estoy tocao,
ó es más claro que er só,

que con lentes buscao
no hay un moso criao
tan cabá como yo.

—

GRILLO *Te ajoga la vaniá,*
y no tiene tu persona
naita de particulá.

—

SOL. Aunque usté así lo crea
yo no digo que *sí*,
mientras claro no vea
que á la güena verea
güerve solo por mí.

—

JUA. Hate pronto mi amiga
y verás un queré de lo güeno;
no consientas que siga
por tus ojos tragando veneno.
Miá que estoy hacharao
de pensá que me crees un perdío,
y quieo verme á tu lao
pa vivi á tus nagüitas cosío.

—

GRILLO *En un cuartito los dos,*
veneno que tú me dieras
veneno tomara yo.

—

SOL. Ven acá, salamero,
ven acá, que te lo has meresío...
ven acá, que te quiero,
aunque mucho desdén te he fingío.
Dí que no me ponderas
ar contarme tú á mí tus quereres...
¡dime ya que es de veras
que tú solo en er mundo me quieres!

—

JUA. Yo te juro, salá,
que estoy loco por tí:

jura tú que es verdá
que te mueres por mi.

—

Sol. Que me mate un divé
si es mentira mi amó,
y si hay otra mujé
que te quiea más que yo.

—

Salv. ¡Vaya un vino hasta ayí!
Cham. ¡Vaya un vino espesiá!
Grillo ¡Venga un *chato* pa mí
Gañ. y á bebé y á cantá!

—

Jua. De alegría y de gusto á la pá
vi á ponerme á sartá y á reí,
y quisiera besá la boquita
que acaba ahora mismo de haserme felí.

—

Sol. De alegría y de gusto á la vé,
vi á ponerme, chiquiyo, á bailá,
porque ya no me veo solita
sin padre, ni madre, ni perro, ni na.

—

Grillo Yo no quiero, señores, oí
juramentos ni frases de amó,
porque miente er gaché ó la gachí
si no mienten á un tiempo los dó.

—

Salv. Este Griyo es un griyo reá,
Cham. con salero y con mucho de aquí:
Gañ. á este Griyo le deben comprá
er tomate en er mismo Parí.

—

Sol. ¡Ay, florero de mi arma!
¡er momento ya yegó
en que vas á vendé flores
pa un cuartito pa los dos!

—

JUA. ¡Ay, serrana de mi vía!
¡cuando yo viva á tu vera,
los gustitos der florero
serán los de la florera!

—

SALV. Hay dos cosas en er mundo
CHAM. que emborrachan á los hombres:
GRILLO er viniyo es una de eyas
GAÑ. y la otra son los amores.

Hablado

JUA. ¡Bendita sea esa boca, que desde ahora me parese más bonita que nunca!... ¡Ole! ¡Pa mí esta tarde se acaba er mundo!

SOL. ¿Na menos que er mundo?

JUA. ¡Como que esto es viví en la gloria! (Siguen hablando los dos en voz baja con mucho entusiasmo.)

SALV. Señores, no alarmarse; pero acabo de divisá á mi costiya...

GAÑ. ¿Y qué? vamos á vé: ¿qué tenemos con ezo?

SALV. Na arsolutamente: si no fuea eya, yo me la sartaba; pero á fin de eviá custiones creo que debemos discrvé er grupo...

CHAM. ¡Bien pensao, tú!... ¡Hay que reirse!...

SALV. Ca uno á sus quehaseres... ¿eh?

CHAM. Pos arriba, valientes. (Al ir á levantarse los cuatro les faltan las piernas, efecto del vino, y se desploman en sus asientos.)

SALV. ¿Qué ha sío eso, señores?

CHAM. ¡Cuando digo que hay que reirse!

GRILLO ¡Camará! ¿tienen imán estos asientos?

SALV. (Levantándose dando tumbos.) ¡Vaya! ¡no son ustés hombres pa na!

CHAM. (Levantándose lo mismo.) ¡Pero pa na!

GAÑ. ¡A mí ezo me lo dice usté en la caye!

GRILLO Déjalo ahora, y vamos á cantarnos aquí pa los dos solos... (El maestro Salvador se pone á cepillar una tabla; Chamusquina coge una escobilla y hace que blanquea la pared; el Grillo y Gañote permanecen sentados, templándose para cantar el primero, y Soledad y Juanillo prosiguen muy animados su coloquio amoroso.)

ESCENA XXIX

DICHOS y la SEÑÁ DOLORES

DOL. (Por el foro.) ¿Y Mijita? ¿Ande está Mijita Sarvaó?

SALV. (Cantando mientras hace que trabaja.)

¿Qué quieres de mí?...
¿qué quieres de mí?...

DOL. ¿Y Mijita, Curro?

CHAM. (Lo mismo que el maestro Salvador.)

¿Qué quieres que tenga?...
¿qué quieres que tenga?...

DOL. ¿Pero se han güerto ustedes locos?... (Reparando en Gañote y en el Grillo.) ¡Ah! no me había fijao en estos... ¿Han visto ustedes á Mijita?

GRILLO (Cantando sin atenderla.)

¡Sevilla de mi arma
lo que te adoro!

(Los tres continúan canturriando mientras la señá Dolores va de un lado á otro.)

DOL. ¿Pero qué pasa aquí, Dios mío? (Fijándose en las botellas.) ¡Virgen! ¡Ya sé yo lo que pasa: que estos sinvergüensas la han emparmao!

GAÑ. ¡Oiga usté, señora; no hay que fartá!

DOL. (Acercándose airada al Maestro.) ¡Granuja, perdío!

SALV. (Levantando más la voz.)

¿Qué quieres de mí?...
¿qué quieres de mí?...

DOL. (A Chamusquina.) ¡Borrachón!

CHAM. (Lo mismo que el Maestro.)

¿Qué quieres que tenga?...
¿qué quieres que tenga?...

DOL. ¿Le paese á usté? ¡Y de to esto tiene la curpa er mocoso e Mijita!

JUA. Es verdá. ¿Ande se ha metío Mijita?

SOL. Se habrá escondío huyendo e la quema.

ESCENA XXX

DICHOS y MIJITA

MIJ. (Por la derecha, con una botella en la mano, borracho y riéndose sin cesar.) ¡Aquí está Mijita, señores! ¡Já, já, já, já, já!...

JUA. ¡Ven acá, embustero!

DOL. ¿Digo, eh?

SOL. ¡Jesús, cómo viene!

MIJ. ¡Maestro! ¡me he bebío toa la nogalina! ¡Já, já, já, já!

SALV. ¡Bien hecho, muchacho!

DOL. ¡Te ví á matá!

SALV. (Interponiéndose.) ¡A Mijita no lo mata nadie mientras viva er maestro!

MIJ. (Abrazándose á él y besándolo.) ¡Maestro e mi arma! ¡Lo que yo lo quiero á usté! (A Juanillo.) Oye, Juaniyo, cásate con Soledá, que á mí me desdeña porque soy corto e taya... ¡Já, já, já, já!...

SOL. ¡Qué güeno está este!

JUA. ¿Lo ves tú? Tó er mundo con la papalina, y yo aquí á tu vera más fresco que un helao.

SOL. Así te he puesto yo.

JUA. Pos así me tendrás toa la vía. Quiéreme tú mucho, prepara pronto tus papeles... ¡y á la iglesia!... Y er día que nos casemos, salá, ¡ví á tomá una mona... que se van á quedá en pañales tos estos!... Digo, no, mujé: no me hagas caso... que no sé lo que digo de alegría.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CONSUELO

CONS. (Por el foro.) ¡Migué! ¿Está aquí mi Migué? (Viendo a Gañote, abrazándolo y palpándolo.) ¡Ay, Migué! ¡me ha engañao Mijita! ¿Estás güeno, hijo mío? ¿No te ha pasao na, corasón?

GAÑ. ¿Dices que te ha engañao Mijita? Pos ze acabó Mijita pa ziempre. (Besando la cruz.) ¡Míralal... ¡me lo bebo!... ¡Míralal... ¡me lo bebo!

DOL. ¡Cuarquier cosa se beberán ustedes! ¡Borrachones!

MIJ. (Al público.)

Si gustan de una cañita
ya conosen la bodega...
Sólo que se nesesita
que aplaudan una mijita...
porque Mijita lo ruega.

FIN

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico en un acto y en prosa.

Belén, 12, principal, juguete cómico en un acto y en prosa.

Gilito, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

La media naranja, juguete cómico en un acto y en prosa.

El tío de la flauta, juguete cómico en un acto y en prosa.

El ojito derecho, entremés en prosa.

La reja, comedia en un acto y en prosa.

La buena sombra, sainete en tres cuadros y en prosa. (3.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto y en prosa.

La vida íntima, comedia en dos actos y en prosa.

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros y en prosa.

El chiquillo, entremés en prosa.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL CHIQUILLO

ENTREMÉS

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

N. Fabra Herrero

EL CHIQUILLO

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CHIQUILLO

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el 11 de Marzo de 1899

TERCERA EDICIÓN

LIBRERÍA DE CUESTA
9, CARRETAS, 9
MADRID

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1902

A Carmen Cobeña

para quien este entremés ha sido escrito, y que ha sabido darle al personaje de Isabel, con singular maestría, gracia, donaire, ingenuidad, ternura, pasión, y sobre todo muchísimo ángel, *creando una figura que más parecía viva realidad y modelo para ser copiado por los autores, que ficción dramática interpretada por una actriz.*

No cabe hacer más en cosa que, como El Chiquillo, *sea menos. Nosotros nos complacemos sobremanera en reconocerlo así, y en enviarle á la excelente y bellísima artista el testimonio de nuestra admiración y entusiasmo, juntamente con el de nuestro afecto y simpatía.*

Los Autores

PERSONAJES

ISABEL..... SRTA. COBEÑA.

PERICO..... SR. CUEVAS.

Gente del pueblo

EL CHIQUILLO

Habitación de la casa de Perico en Sevilla. Puerta á la izquierda del actor. Al foro dos ventanas con reja, por las que se ve la calle. Las paredes blancas. Colgados en ellas algunos cuadros de escenas taurinas y uno ó dos carteles de corridas de toros. Entre las dos ventanas una cómoda sobre la cual hay una imagen de la Virgen. Delante de ella un vaso de agua con flores. Sillas de enea.

ESCENA PRIMERA

ISABEL

(Apartándose de la ventana de la izquierda con un manojo de flores en la mano.)

Vaya usté con Dios, Juaniyo... Ese hombre es er florero más rumboso de toa Seviya... ¡Miste que me ha dao una carga e flores por un reá!... Toditas pa la Virgen. Hoy se lo merese to la güena señora: lo uno, por habé sacao con bien á Perico de la úrtima corría; y lo otro... lo otro... ¡Ay, pensando en lo otro, me paese que he mercao pocas flores!... ¿Andará por ahí Juaniyo toavía? (Corriendo hacia la ventana.) ¡Pero qué loca estoy! Como si la Virgen fuera á reparà en capuyito de más ó de menos... Eya lo que mira es la voluntá... Vamos á ponérselas. (Quita las flores que hay en el vaso de agua de la cómoda y coloca las nuevas.) Pos no quería yo na: pagarle á la Virgen con flores to lo que le debo... Las der Parque

eran pocas; iba á tené que traé hasta flores cordiales e la botica... (Pausa.) ¡Digo!... ¡Cuando Periquiyo lo sepa!... Tres años de casaos pensando en lo mismo... y na. Y miste que lo deseábamos los dos... Siempre, siempre que teníamos cuarquier alegría de esas mu grandes, siempre nos la había de aguá la misma cosa. Y to se gorvía mirarnos mu tristes...y mu mustios... como esas flores que acabo e quitarle á la Virgen. Y no nos desíamos una palabra, pero de más sabía yo su pensamiento y ér sabía er mío. ¡Ya lo creo! ¡Por eso estoy más retecontenta y más alegre que el úrtimo día e feria! Y por eso me he puesto tan emperifoyá, pa resibí hoy á mi marío... (Suspirando.) ¡Ay! Quinse días hase que farta de mi vera. A mí me han paresío quinse años... ¡Dichosos toros y dichosas corrías!... ¿Dónde he echao yo er parte de la úrtima? ¿Dónde lo he echao yo? (Buscándolo.) Si lo tenía en la mano hase un momento... ¡Isabeliya, que te vas á chalá! (Acercándose á la ventana de la derecha y cogiendo del alfeizar el telegrama que busca.) ¿Digo, eh? Miste donde fuí á dejarlo... Expuesta á que er viento se lo yevara... Ar probesiyo don Grabié, el apoderao, paese que lo estoy viendo salí de la Plasa con la lengua fuera, pa telegrafiarme en seguía... (Leyendo.) «Corría superió. Perico superió. Toros superiores. Yo superió. Don Grabié.» Este güen hombre, ni pa armorsá se quita er don... Ca uno tiene su flaco en este mundo...

ESCENA II

ISABEL y PERICO

PER. (Saliendo por la izquierda, á tiempo de oir la última frase de Isabel.) ¿Y cuar crees tú que es er mío, vamos á vé?

ISAB. (Alegremente sorprendida.) ¡Perico!

PER. (Abrazándola.) ¡Isabeliya!

ISAB. Pero ¿no ibas á vení esta noche?

PER. Pos he venío esta tarde. Aniguá de cogé el exprés cogí er correo pa ganá unas horas. Ya sabes tú que por vé pronto los ojos e tu cara, soy yo hombre que se viene hasiendo equilibrios por los alambres der telégrafo.

ISAB. ¿De verda?

PER. Como lo oyes ¡Que me muera ahora mismo si es mentira!

ISAB. De más sé yo que no lo es.

PER. Y que de güerta e ca viaje te encuentro más guapa.

ISAB. Será porque te quiero más de güerta e ca viaje. Sobre que hoy me he echao ensima lo mejó der baú.

PER. Eso estoy notando. ¡Ole las güenas mosas! ¡Señó, soy á tu vera más felí que un pájaro suerto! Vamos, cuando no me cogen los toros, no hay quien puea conmigo.

ISAB. Periquiyo, ¡qué alegre vienes!

PER. Mujé, si he queao por ahí mejó que San Termo.

ISAB. Sí, ¿verdá?

PER. Na más que si yego á traerme toas las orejas que me han dao por esas Plasas e Dios, tengo que pagá erseso de equipaje.

ISAB. Pos hijo de mi arma, te iba á desí una cosa.. y ya no te la digo...

PER. ¿Por qué?

ISAB. Pa desírtela cuando estés triste.

PER. ¿Es arguna mala notisia?

ISAB. No.

PER. ¿Se ha dío quisá mi padre?

ISAB. To lo contrario.

PER. ¿To lo contrario de irse mi padre?

ISAB. Sí. Discurre tú.

PER. Chiquiya, no me marees... Si es argo güeno, dímelo.

ISAB. ¿Que si es güeno? Piensa tú lo mejó que pueas.

PER. Con pensá en tí, ya estoy del otro lao.

ISAB. Mejó que eso toavía.

PER. Vamos, acaba.

ISAB. Te lo iba á escribí... porque me daba ver-

güensa desírtelo... Pero reflersioné: si se lo escribo... no le vi á vé la cara que pone...

PER. Ah ¿y la custión es verme á mí la cara?

ISAB. Cabalito: pa reirme de eya.

PER. ¿Pa reirte y to?

ISAB. Es claro. ¡Como me echabas á mí la curpa!...

PER. ¿Qué curpa?

ISAB. ¡Tonto! ¡tontísimo! ¡esaborío!... Ven acá. (se le acerca y le habla al oido.)

PER. (Rebosando alegría.) ¿Tú?

ISAB. No, que vas á sé tú.

PER. ¡Muchacha! ¿estás segura?

ISAB. ¡Ya lo creo!

PER. ¡Josú! ¡Josú! ¡Yo reviento de alegría esta tarde! Pero, oye...

ISAB. ¡Qué sí, hombre, que sí! ¡No te pongas pesao!

PER. (Loco de júbilo.) ¿De manera que...? ¿Dises que...? Pero ven acá, rosita temprana.... Siéntate aquí, á mi verita, y hablaremos de eso. (Se sientan muy juntos.)

ISAB. Grandísimo mal ange, si pa eso es pa lo que yo te esperaba: pa hablá de eso... Si yevo ocho días hablando sola de eso na más... y soñando con eso... Si hase tres años que no pensamos los dos más que en eso... ¡Si eso era pa nosotros to en er mundo!

PER. ¡Ea, pos ya está ahí eso!... Y que va á sé rubito como unas candelas.

ISAB. Ay, no, hijo mío: mu rubio, mu rubio, no. No nos vaya á salí como er de Catalina, que paese un estropajo nuevo.

PER. Güeno, regulá de rubio. Y si no, morenito, como su mamá de su arma.

ISAB. Mira, tampoco me gusta á mí un niño mu moreno. Ahí tienes ar más chico de tu comadre, que está pidiendo que lo líen en papé de plata.

PER. Entonses será trigueñito; por eso no te apures.

ISAB. Yo, lo único que le pío á la Virgen es que no sarga chato.

PER. ¡Qué va á salí! Ni tú ni yo lo somos... Es verdá que tu padre se queó chato de una caía...

ISAB. Ahí está lo malo...

PER. Y como dise don Grabié que los niños dan er sarto atrás...

ISAB. Güeno, pero er sarto de mi papá fué hasia delante..

PER. Lo peó sería que saliese á mi agüelo, que era to picoso e viruelas.

ISAB. Vaya, no digamos disparates: ¡más bonito va á sé que un sól

PER. ¡Más bonito que un rey!

ISAB. Güeno; sacando á ese de *Sian* que estuvo aquí el año pasao.

PER. Sacando á ese.

ISAB. ¡Va á dá gloria verlo! (Levantándose.) A vé si me güerve á desí la der barbero que yo no tengo grasia pa esas cosas.

PER. (Levantándose también.) Siempre habla quien tiene por qué cayá.

ISAB. Miá tú eya, que ha nesesitao casarse tres veses pa echá á este mundo una ardabiya...

PER. ¡Ja, ja, ja! Oye, tú, supongo que la convidarás ar bautiso.

ISAB. Eso sí: ¡á eya y á to er mundo! ¡Aquer día vamos á tené aquí parmas y luses!

PER. ¡Hasta er gato va á beberse una caña aquer día!

ISAB. ¡Lo que es er bautiso de mi niño deja nombre en er barrio!... Escucha, ¿y cómo vamos á ponerle?

PER. Si es niña, como tú: Isabé.

ISAB. No, como mi madre: Rosío. Pero si es niño, como tú.

PER. ¿Perico? Eso sí que no.

ISAB. ¿Por qué, si es un nombre presioso?

PER. Aquí en Seviya pué pasá... Tú, como no viajas .. Pero luego, por ejemplo, vas á la Corte, y miá qué bonito: ayí se yaman Pericos tos los espárragos.

ISAB. Ay, vaya una cosa rara... Yo, con tá de no ponerle como ar de la barbera...

PER. ¿Cómo le disen, tú?

ISAB. ¿Qué vi yo á acordarme, si es un nombre mu largo y mu feo? La madre lo tiene apuntao en una pisarra pa que no se le olvide... No te digo más.

PER. Le pondremos er nombre e mi padre: Manué.

ISAB. Sí, porque de seguro es varón.

PER. ¡Toma!

ISAB. Como sarga hembra, me da er dijusto. Las mujeres siempre yevamos las de perdé.

PER. No tengas cudiao.

ISAB. Manué, Manué: Manolito.

PER. ¡Más malo va á sé que la quina!

ISAB. Paese que lo estoy viendo: er pelito risao... ¿eh?

PER. Los ojiyos alegres... ¿eh?

ISAB. Los carriyitos como rosas .. ¿eh?

PER Los puñitos mu apretaos... ¿eh?

ISAB. ¡Qué salaísimo va á está hablando!

PER. ¡Más salao que la má!

ISAB. Y cuidaito con enseñarle picardías...

PER. ¡Vamos!

ISAB. Miá que hay niños que no saben desí más que .. En fin, muchísimas desvergüensas... Paesen hombres.

PER. Güeno, tampoco quieo yo que se chupe er deo la criatura.

ISAB. Hombre, ya se ve que no... Pero eso corre de mi cuenta. De mis naguas no se ha de separá...

PER. Pa que en to se paezca á su padre.

ISAB. Y cuando yegue la hora de ponerlo en la escuela, tendremos que buscá la escuela con un candí. Lo que es á mi niño no le pega ningún maestro.

PER. ¿Pegarle? Le doy yo un metisaca ar tío...

ISAB. No, si no hase farta tanto: si cojo yo er mantón y me planto en la escuela y me oye á mí... (Como encarándose con el maestro.) «Oiga usté; ¿usté qué se ha yegao á figurá? A mi niño no tiene usté que ponerle un deo ensima, ¿sabe usté? que pa eso están su padre y su madre... ¡Er demonio el hombre!»

PER. Así, así. Como si en la escuela e tauromaquia le ocurre argo...

ISAB. ¿En la de tauromaquia? ¿Y de dónde sacas tú que Manolito va á poné ayí los pies?

PER. ¡Ay, qué grasiosa! ¿No va á sé torero?

ISAB. ¿Torero?

PER. ¿Pos qué lo quiés hasé, direrté de orquesta?

ISAB. Menos torero, cuarquier cosa. Ya se ve, tú, como te vas por ahí á tus corrías, y tos son oles y parmas y tabacos y alegría y buya y jaleo, no te acuerdas de que expones tu vía, que vale más que to, ni de los malos ratos que pasa por ti la probesita que te espera, solita y resándole á la Virgen.

PER. Pero mujé..

ISAB. ¡No te empeñes, Perico!

PER. ¡Si va á da gusto verlo con er traje e luses!

ISAB. Se lo pondremos... ¡pa retratarlo, pero na más!

PER. ¡Si se lo van á disputá las empresas!

ISAB. ¡Que se lo disputen las muchachas!

PER. ¡También! ¡Pos no va á está er chiquiyo mu buscao!

ISAB. Desde ahora te arvierto que en la niña e tu comadre no pienses. No se peina mi niño pa eya.

PER. Ya le buscaremos una güena novia.

ISAB. Sí, porque hay que vé con quién emparentamos.

PER. Yo, conque haya vergüensa en la familia estoy satisfecho.

ISAB. Por eso te digo que no pienses en la niña e tu comadre.

PER. ¡No paese sino que yo he pensao en eya!

ISAB. Güeno, güeno, güeno; por si acaso..

PER. Aquí la custión es que Manolito quieo yo que mate toros.

ISAB. ¿Güerta á lo mismo? ¡Ya te he dicho que no, que no y que no!

PER. Mujé, ¿quiés que riñamos?

ISAB. Er que por lo visto lo quiere eres tú... ¡Paese mentira que en un día como hoy te goses en haserme rabiá!

PER. ¿Que yo me goso?...

ISAB. (Afligiéndose) Sí, tú, tú...

PER. Vamos, no te apures, mujé.

ISAB. (Llorando) Eso, sí; ahora que no me apure..

PER. ¡Miá que tienes unas tonterías!..

ISAB. Ahí está: tonterías... En cuanto una yora

son tonterías... ¡Probesito e mi arma! ¡qué malamente lo quiere su padre!

PER. ¿Le paese á usté?

ISAB. Y es lo primero que mandan los médicos: que le den á una tos los gustos... que no se impresione... porque luego er niño es er que lo paga... (Llorando á lágrima viva) Asunsión la der Largo fué ar Sirco una noche, vió á un tío de esos que se enroscan de toas maneras... se le queó grabao... ¡y luego tuvo un niño que paresía un tirabusón!...

PER. Mujé, qué cosas dises... Paese mentira...

ISAB. Mentira, sí...

PER. ¡Por vía e Dios! No yores más, criatura, que se me parte el arma... ¿Qué quiés tú? ¿que er niño no sea torero? ¿que sea argo más fino? ¡Pos lo haremos prestidigitadó!

ISAB. (Serenándose.) Ni una cosa ni otra, porque Dios te va á castigá y no va á sé niño, sino niña.

PER. ¡Eso sí que no!

ISAB. ¡Niña! Pa que no tengas tú que pensá en eya.

PER. ¡Como que ibas tú á queré á Manoliyo más que yo!

ISAB. ¡A Manoliya!

PER. ¡A Manoliya ó á Manoliyo!

ISAB. ¡A Manoliya!

PER. Güeno; eso ya es queré que haya gresca.

ISAB. ¡Ni más ni menos!

PER. ¡Pos por mí que la haya! ¡Se acabó!

ISAB. ¡Pos se acabó!

PER. ¡Pos déjame en pá!

ISAB. ¡Pos vete á paseo! (Cada uno sale por un lado hablando solo, y disen al mismo tiempo lo que sigue.)

PER. La curpa la tiene uno por hasé caso e las mujeres... Na, que se le puso en la cabesa reñí, y hemos reñío. ¿A qué vendrá to esto? Eyas no reparan en que la prudensia del hombre se agota, y en que se tolera una impertinensia... y se toleran dos... y se toleran tres... y ya la cuarta no se tolera... Porque to tiene su fin en este mundo... y la pasiensia es lo primero que se acaba...

ISAB. Cásese usté pa que la trate así su marío... ¡Y estaba yo soñando con que viniera pa referirle la novedá!... ¡Ay! Este es er pago que le dan á una... Los hombres quién gobernarlo to, y se figuran que las mujeres debemos pasá por to lo que eyos quieran. . Y toavía será capá de echarme á mí la curpa e la riña... ¡Vaya por Dios! ¡Y en un día tan señalao como er de hoy, que debía sé de fiesta!...

(Perico coge una silla, se la lleva á un extremo de la escena, da un golpe con ella en el suelo y se sienta de espaldas á Isabel. Esta, en seguida, hace lo mismo en el otro extremo. Pausa Isabel mira á Perico y Perico á Isabel; sus miradas se encuentran, y ambos vuelven rápidamente la cara, manifestando contrariedad y enojo. Nueva pausa. Óyese rumor de voces hacia la calle. Poco después pasa por ella el acompañamiento de un bautizo de gente del pueblo. Todos van charlando y riéndose Varios chiquillos cantan: ¡Que lo eche! ¡que lo eche! ¡Echalo, padrino, no lo gaste en vino!...)

PER. ¿Qué pasa?

ISAB. (Corriendo á una de las ventanas.) ¿A vé?...

PER. (Corriendo tras ella y gritando muy alegre.) ¡Si es un bautiso!

ISAB. ¡Es verdá! ¡un bautiso!

PER. ¡Aqueya mujé yeva la criatura!...

ISAB. ¿Cuá, cuá?

PER. ¡Aqueya der mantón colorao!

ISAB. Sí, ya la veo. Y aqué tan gordo debe de sé er padrino

PER. Er padrino es aqué que está liao con los chiquiyos.

ISAB. ¡Ja, ja, ja! Pero ¿tú no ves? ¿tú no ves qué alegría?

PER. ¿No lo he de vé, si hasta las piedras e la caye se están riendo?

ISAB. ¿Y los padres, cómo estarán? (Retirándose con Perico de la ventana.)

PER. ¿Los padres? ¡Carcula tú! ¡Se les caerá la baba!

ISAB. ¡Se nos cae á nosotros!...

PER. Nosotros nos vamos á guiyá.

ISAB Si no lo estamos ya, Periquiyo. Porque miá que la riña de antes...

PER. ¿Vamos á que sea la primera y la úrtima?

ISAB. ¡Vamos á que sea!

PER. ¿Qué quiés tú, presiosa? ¿que hagamos ar chiquiyo ministro? ¡Pos lo haremos ministro!

ISAB. No, no; si tú quiés que lo hagamos torero, ¡torero!

PER. ¡Ministro!

ISAB. ¡Torero!

PER. ¡Ministro!

ISAB. ¡Las dos cosas!

PER. Güeno, las dos cosas. ¡Lo que á tí se te antoje, corasón!

ISAB. ¡Lo que á tí te dé la gana, granuja! ¿Que niña? ¡pos niña! ¿Que niño? ¡pos niño! ¿Que también las dos cosas? ¡pos las dos cosas!

PER. ¡No, las dos cosas no!... Pero, en fin, ahora y siempre, lo que quiea la mamá, que es la que manda aquí.

ISAB. Er que manda aquí es er papá.

PER. Y como er papá no ve más que por los ojos e la mamá, resurta que la mamá es la que manda.

ISAB. Hasta que venga el hijo, que mandará en los dos y será el amo.

(Al público.)

Será un encanto, un hechiso,
un manojito de flores,
un ange der Paraíso...
Quedan ustedes, señores,
convidaos ar bautiso.

FIN

Madrid, Enero, 1890.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las Empresas que pongan en escena este entremés pagarán por derechos de propiedad de cada representación la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.

SERAFIN Y JOAQUIN ÁLVAREZ QUINTERO

LAS CASAS DE CARTÓN

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1899

LAS CASAS DE CARTON

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

DE

SERAFIN Y JOAQUIN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA, de Madrid, el 14 de Abril de 1899

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA MILAGROS.....	SRA.	VALVERDE.
ROSA.....	SRTA.	LASHERAS.
NATI.....		GARCÍA SENRA.
PURI.....		FEROS.
DON MATÍAS.....	SR.	BALAGUER.
QUIROGA.....		LARRA.
JACOBO.....		RAMIREZ.
MACHUCA.....		VALLE.

ACTO ÚNICO

Gabinete de confianza en casa de don Matías, en Madrid. Puerta en el foro con cortina de percal oscuro, y dos á la izquierda del actor. A la derecha, ninguna. A un lado de la puerta del foro una consola y al otro un costurero. Entre las dos de la izquierda una máquina de coser. Hacia la derecha una mesa camilla. Colocados convenientemente un reloj de pared, un almanaque, un sofá de rejilla y varias sillas de clases diversas. En la camilla una bandeja con botella y copa de agua, un libro y un periódico. Es de noche. El alumbrado de luz eléctrica. Por la derecha de la puerta del foro se supone que se va á la calle, y por la izquierda al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

ROSA y DON MATIAS

(Rosa sentada á la izquierda, bordando.)

MATIAS Lo que es este entrar y salir constante del médico estoy decidido á que concluya. ¿Qué tiempo hace que llegó Jacobo á Madrid?

ROSA Anteayer hizo un mes.

MATIAS Pues hasta la fecha salimos á visita diaria. Dime tú si hay bolsillo que resista...

ROSA Y, ¿qué remedio? ¿Vas á decirle que se vaya?

MATIAS Eso es salir por los cerros de Ubeda. ¿Cómo voy, después de haberle brindado hospedaje...? Porque tú lo viste: apenas supe por el ordinario de Cañaverales que el hijo de Gre-

gorio venía á estudiar á Madrid, me faltó tiempo para ofrecerle incondicionalmente mi casa. Y Gregorio aceptó sin reparo. Hizo lo que debía: es un camarada de la niñez; nos hemos visto nacer el uno al otro; me debe la vida, por más señas... Ya sabes cómo fué...

ROSA Sí, papá, sí.

MATIAS El estaba ya sobre el abismo: llegué yo, lo ví, dí un grito de espanto...

ROSA Si lo sé de memoria.

MATIAS Bueno, pues... ¿por dónde iba yo?... ¿Qué estaba yo diciendo? Ah, sí; que no hay que pensar en indicarle á Jacobillo que nos deje. Lo que hay que evitar es que sus aprensiones tomen vuelo. Y el mejor camino es no mandar por el médico á cada paso.

ROSA Dices muy bien, porque si esas aprensiones tuviesen fundamento...

MATIAS ¡Toma! Si yo lo viese con un calenturón y que se lo llevaba Pateta, junta de doctores habría en mi casa. Así me debería la vida dos veces.

ROSA ¿También te debe la vida Jacobo?

MATIAS Es natural. ¿No ves tú que se la salvé al padre antes que él naciera? Y de aquí en adelante me la deberán todos los Iparraguirres que vengan al mundo. Pero no me distraigas. Iba á decirte que se me ha ocurrido darle gato por liebre á Jacobo.

ROSA Cállate, papá, que va á oirte. (Se levanta y deja el bastidor sobre el costurero.)

MATIAS ¡Si creo que está estudiando en su alcoba!

ROSA Pero se pueden enterar las vecinas.

MATIAS ¿Qué vecinas?

ROSA Las nueve niñas de doña Milagros, que no quitan la oreja del tabique.

MATIAS ¿De qué tabique?

ROSA De este (Señalando el de la derecha.) y del otro del comedor. Hoy me lo ha dicho la cocinera. Como son tantas, siempre hay alguna de ellas escuchando.

MATIAS ¡Hombre, vaya una gracia! ¡Es claro! ¡así se presentan á lo mejor metiéndose en cosas que ni en sueños les hemos dicho! ¡Si supie-

ra yo dónde pone la oreja la mamá, ya le daría curiosidad con un martillo y un buen clavo! (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II

ROSA y JACOBO. Luego MACHUCA dentro

ROSA Ya se enfadó papá. Por supuesto, que tiene razón... porque mire usted que poner escuchas como si esto fuera un campo de batalla...

JAC. (Por la segunda puerta de la izquierda, mirándose la lengua en un espejito de bolsillo.) ¡Demonio, no me gusta nada la lengua!

ROSA Pues cualquiera creería que le gusta á usted mucho, porque no hace más que mirársela á todas horas...

JAC. Ah, ¿me observaba usted?... Pero ¡qué burlona es usted, Rosita!

ROSA ¡Pero qué aprensivo es usted, Jacobo!

JAC. No lo crea usted. Estoy deshecho. Ayer salí de la Puerta del Sol al mismo tiempo que el tranvía del barrio de Salamanca con la idea de llegar antes al cocherón...

ROSA ¿Y no llegó usted antes?...

JAC. Sí llegué, ¡pero con un palmo de lengua fuera!

ROSA ¡Lo creo! ¡Jesús qué hombre más gracioso!

JAC. ¿Gracioso yo?

ROSA Sí, señor, graciosísimo.

JAC. Vaya, convénzase usted de lo contrario. (Le da un abanico que saca del bolsillo interior de la americana.)

ROSA ¡Ah! ¡Los versos pedidos! Deme usted acá... (Lee para sí, haciendo demostraciones de entusiasmo y satisfacción.) ¡Ay! ¡Preciosos, preciosos! No esperaba yo menos de usted... Muchísimas gracias.

JAC. Quite usted, por Dios...

ROSA Ahora mismo se los voy á enseñar á papá... Porque son lindísimos, ¡pero lindísimos!... Y sobre todo *muy sentidos*... ¡pero *muy sentidos*!..

Vuelvo, vuelvo al instante... (Vase por la primera izquierda.)

JAC. ¡Caramba con la niña! Nada, que me tengo que ir á Cañaverales. Si no, entre esta y las de ahí junto me van á volver loco. Por de pronto á donde me voy es á la calle... (Asomándose á la puerta del foro y llamando.) ¡Machuca! ¡Machuca!

MACH. (Dentro.) ¡Señorito!

JAC. ¡Tráete mi capa, mi sombrero y el paquete que está en la mesa!

MACH. (Dentro.) ¡Va!

JAC. Diablo, no se me quita este perro gusto de boca... (Vuelve á sacar el espejito y á mirarse la lengua.) Mal, muy mal... ¡Y qué paliducho me estoy quedando!...

ESCENA III

JACOBO y MACHUCA.

MACH. (Por el foro, con el sombrero y la capa de Jacobo, y un rollo de papeles de música en la mano.) Sí, sí, mírese usté la lengua... Aquí está esto.

JAC. Dame... (Coloca el rollo de papeles de música en la camilla.)

MACH. (Poniéndole la capa.) Ya se lo he dicho á usté, señorito: usté no se pone bueno del todo mientras no tomemos el tren para Cañaverales.

JAC. Chist... baja la voz... (Uno y otro continúan hablando en voz baja.) De memoria lo sé, Machuca. ¿Para qué me mandaría mi padre á Madrid?

MACH. ¡Toma! Con el pretexto de los estudios, pero en realidad para quitarle á usted de la cabeza el noviazgo con la señorita Gloria...

JAC. Como si ella y yo tuviésemos la culpa de que su familia y la mía no se puedan ver ni pintadas.

MACH. Injusticias, señorito, injusticias. Y lo peor de todo, es que don Matías no lo deja á usté irse... por lo que usté sabe...

JAC. Pues está fresco. Cada día me es más indiferente la hija; ya ves tú.

MACH. Mire usté, á mí se me ocurre una cosa como remedio: ¿por qué no le hace usté el amor á una de las niñas de aquí junto?

JAC. ¿Qué estás diciendo, hombre? ¡De esas sí que estoy hasta la coronilla!

MACH. Sí, pero es que en cuanto don Matías sepa que tiene usté aquí una novia que no es su hija, ¡él mismo lo empaqueta á usté para el pueblo!

JAC. ¡Pues tienes razón!... No había yo caído...

MACH. Es claro que usté enamorará de mentirijillas...

JAC. ¡Y aun no enamoraré! La cuestión es hacérselo creer á Don Matías...

MACH. ¡Justamente!

JAC. ¡Ay, secretario de mi alma, qué talento te ha dado Dios!

MACH. Oiga usté: don Matías creo que está ahí en su escritorio: vamos á empezar á hablar del caso en voz alta...

JAC. ¡Vamos! ¡vamos! (Loco de alegría.) Verás tú: ¡pasado mañana amanecemos en Cañaverales!... (Deja la capa y el sombrero sobre una silla.)

MACH. (Alzando la voz y procurando dirigirla hacia la izquierda.) ¿Conque esas tenemos, señorito? ¿Conque está usté enamorado de la señorita Nati?

JAC. (En voz baja.) Hombre, ya me has colgado á Nati, que es la más cursi. (En voz alta.) Sí, querido Machuca, sí. ¿A qué negarlo? ¡Estoy enamorado de Nati como un burro! ¡No pienso más que en Nati! ¡Vivo para Nati!

MACH. (En voz baja.) Duro, duro en Nati. (Acércase poco á poco con sigilo á la primera izquierda.)

JAC. ¿Tú te has fijado bien en los ojos de Nati? ¿Y en la boca de Nati? ¿Y en la gracia de Nati?

MACH. (Después de asomarse á la primera izquierda.) Baje usted la voz.

JAC. ¿A mí qué me importa que se enteren?

MACH. No, si lo malo es que no se enteran, porque no hay nadie ahí en el escritorio.

JAC. ¿No, eh? ¡Qué lástima! Pero, en fin, adelante con los faroles.

MACH. ¡Ya lo creo! Yo le contaré la cosa á la cocinera, y ella se encargará de correr la voz.

JAC. ¡Dios mío de mi alma! ¡Te levanto una estatua en el pueblo, si aunque sea dentro de ocho días hablo por la ventana con mi novia!

MACH. Me parece que han llamado; voy á ver quién es... (Encaminándose hacia el foro.)

JAC. Déjate tú de eso: tú eres criado mío. Que abra la cocinera si quiere.

MACH. No; si es que también me voy yo para abajo. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

JACOBO, ROSA, NATI y PURI, después DOÑA MILAGROS dentro.

ROSA (Por la segunda izquierda.) A papá le han gustado extraordinariamente... ¡Una locura!

JAC. ¿Sí, eh?

ROSA ¡Muchísimo! No podía menos. Y en seguida ha empezado con unas bromas y unas tonterías...

JAC. ¿Sí?

NATI (Por el foro, con PURI.) Que sea enhorabuena, hija de mi alma.

PURI Que sea enhorabuena.

ROSA ¡Hola! No esperaba esta visita tan agradable...

JAC. Y ¿á qué santo es la felicitación, puede saberse?

NATI Quiere usted que le regalemos el oído, ¿verdad? A ver ese abanico, Rosa.

PURI A ver esos versos.

ROSA ¡Ah! ¿Son los versos el motivo de?... Pero, ¿por dónde saben ustedes?...

NATI Hija, estas casas de Madrid son de cartón. Aunque una no quiera, se entera de cuanto ocurre en la del vecino.

JAC. Tiene usted razón; lo he observado.

PURI Mire usted; ahora mismo se estaban dando otra paliza los del entresuelo.

NATI No, no es otra; es la misma que empezó esta mañana ..

ROSA Yo oigo todas las noches cuando se quita las botas el gordo de ahí arriba.

JAC. ¿El del segundo, eh? ¡Y cuidado que estornuda ese hombre!

PURI Debe de padecer catarro crónico.

ROSA Para mí que comercia en rapé.

NATI Bueno, bueno, á ver el abanico.

ROSA Tómalo. (Se lo entrega á Nati, que lo lee para sí al mismo tiempo que Puri.)

NATI (Devolviéndole el abanico á Rosa.) ¡Ay, qué cosa tan linda!

PURI ¡Ay, qué versos tan bien puestos!

NATI (A Jacobo.) Un favorcito tengo que pedirle á usted.

JAC. Concedido.

NATI (¡Ya lo sabía yo!) Quiero unos versos en mi abanico, como los de Rosa.

PURI Y yo otros.

NATI Y Agri querrá otros en cuanto los lea.

PURI Y quien dice Agri, dice Trini.

NATI Pues ¿y Loli?

PURI ¡Digo! Y Primi.

NATI Y Emi.

PURI Y Feli.

NATI Y Pauli.

JAC. (¡Cielos! ¡qué nube!)

NATI Este invierno nos tiene usted que dar una velada.

ROSA Este invierno nos vamos á divertir en grande.

NATI Nos iremos á casa que hay piano.

JAC. Hombre, este precisamente es un regalillo... No sé si lo conocerán ustedes... (Desenvolviendo el rollo que dejó sobre la camilla.)

ROSA ¿Un regalillo?

NATI (Será para mí.)

PURI A ver...

JAC. «El Beso.» Es un vals-polka delicioso.

ROSA (Cogiéndolo.) ¡Digo si lo conocemos! Muchísimas gracias... ¿Para qué se ha molestado usted?

JAC. (¡Oiga!)

NATI (Quitándoselo rápidamente á ROSA.) Yo se lo agradezco á usted infinito... ¡Es tan expresivo este vals!

ROSA (¡Qué osadía!)

JAC. (¡Me gusta!)

PURI (Quitándoselo á NATI.) Un millón de gracias... Ya ve usted... hace un siglo que yo no toco...

ROSA (¿Habrá descaro?)

JAC. (¡Señor, si era para mi Gloria! ¡Si se lo iba á llevar al ordinario ahora mismo!)

ROSA (Volviendo á cogerlo.) Dame acá, Puri. (¡Bueno estaría que se lo apropiasen las muy desvergonzadas!) (Lo pone sobre el costurero.)

NATI (A PURI.) (¿No te parece que el obsequio ha sido á mí?)

PURI (A NATI.) (No, mujer, á mí: yo toco más que tú.)

ROSA No ha podido usted elegir cosa más de mi gusto que «El Beso.»

NATI ¡Ah! «El Beso» tiene unos motivos encantadores...

ROSA «El Beso» es lo más dulce que puede darse.

JAC. Yo celebro de veras haber acertado tan de lleno... (Tendré que comprar otro.) Y si ustedes no disponen lo contrario... me voy á la calle. (Poniéndose la capa y el sombrero.) ¿Qué tal la noche?

NATI Fresca, fresca: abríguese usted. (Embozándolo.) No dirá usté que no se le cuida... (Se oyen golpecitos en el tabique de la derecha.)

PURI Nati, mamá nos llama.

JAC. ¿Por dónde?

NATI Por aquí, por este tabique.. ¿Ve usted? Lo que decíamos ..

ROSA Ese tabique es el diablo.

NATI (Con intención.) No lo sabes tú bien. (Acercándose al tabique de la derecha y hablando en voz alta.) ¿Mamá?

MIL. (Dentro.) Sí, yo, yo. La sopa está en la mesa.

NATI Ya vamos.

MIL. No tardar mucho, que es de arroz y papá se enfada si se le ponen los granos largos.

NATI Bueno. Ande usted, Jacobo, vámonos juntos. Así nos deja usted en el mismo portón...

JAC. Tendré mucho gusto en dejarlas á ustedes...
NATI ¡Ay, qué amable!
JAC. Pasen ustedes...
NATI Hasta luego, Rosita.
PURI Adios, hermosa.
ROSA Adiós. (Se van los tres por el foro.)

ESCENA V

ROSA y DON MATÍAS

ROSA ¡El diablo se las lleve! ¡Cuidado si son entrometidas y fastidiosas! Y sin comerlo ni beberlo querían quedarse con el regalo de Jacobo.
MATÍAS (Por la primera izquierda.) En el comedor se oye todo, hija: como si no hubiera tal tabique...
ROSA ¿Has estado escuchando?
MATÍAS Más de cinco minutos. Allí está don Estanislao charlando de toros con su futuro yerno. No entiende una palabra. ¡Mira que decir que el *Habichuela* no se tira bien!
ROSA ¡Papá, por Dios! ¿Quién piensa ahora?...
MATÍAS También han hablado algo de Jacobillo.
ROSA ¿Sí?... Voy á oir, voy á oir lo que dicen. (Vase por la primera izquierda.)
MATÍAS ¡Estamos aviados! Y este de aquí, ¿será tan *acústico* como el otro? A ver si me entero... (Se acerca al tabique de la derecha y aplica el oído.)

ESCENA VI

DON MATÍAS y QUIROGA

QUIR. (Por el foro.) ¡Matías!
MATÍAS (En voz baja.) Matías han dicho. Lo he percibido claramente. (Se pega más al tabique.)
QUIR. ¿Qué diablos hará?
MATÍAS (Como antes.) Qué diablos hará. Como un eco.
QUIR. ¡Tiene gracia!

MATÍAS Tiene gracia. Se oye lo mismo que si hablaran en esta habitación.

QUIR. Pero, ¿te has vuelto loco, Matías?

MATÍAS (Volv éndose hacia Quiroga con sorpresa, y muy enojado despues) ¿Qué? ¡Ah! ¿eres tú?... ¿Eras tú quién hablaba?

QUIR. Yo mismo.

MATÍAS ¡Mira qué chispa tienes, hombre! ¡Mira qué oportuno te ha hecho Dios!

QUIR. ¿Te incomodas?

MATÍAS ¡Hago lo que me da la gana! Para eso estoy en mi casa... es decir. . Sí... en mi casa... ¡en *colaboración* con doña Milagros!

QUIR. No entiendo ni jota.

MATÍAS Ni falta que te hace. Dispensa. ¿Cómo te va desde que no nos vemos? Ya sé que has tenido de parto á tu señora. (Se sientan) ¿Han sido dos, como de costumbre?

QUIR. ¡No, hijo de mi alma! ¡Han sido tres!

MATÍAS Pero hombre, Santos, ¡tu señora es un tren botijo!

QUIR. No me he dado un tiro por falta de dinero para el revólver.

MATIAS Parece mentira que seas tú agente de matrimonios. Y, á propósito, ¿qué tal va esa agencia?

QUIR. De mal en peor.

MATIAS ¿A cuántos has *casado* esta semana?

QUIR. Vais á tener que dejar de llamarme el *cura:* ¡á uno nada más!

MATIAS ¿Nada más? Pues, hombre, yo puedo proporcionarte un negocito... A ver si casas á mi huésped.

QUIR ¿A qué huésped?

MATIAS Al hijo de un íntimo amigo mío, á quien tengo en casa. Ahora te hablaré.

QUIR. Habla lo que gustes.

MATIAS Tú no me negarás que, á no ser por mí, que te coloqué en esa agencia de matrimonios, te hubieses tirado al estanque.

QUIR. Desde luego.

MATIAS No me negarás, por lo tanto, que me debes la vida.

QUIR. ¿Cómo he de negar una cosa tan clara?

MATIAS La vida... la vida y cuatro duros. Pero, en fin, de los cuatro duros no se hable Sí, son cuatro: primero te dí dos... ¿recuerdas? Por más que ya digo que... Y luego otros dos .. cabalmente... Aunque te repito que no hay que hablar de ello... Y no sé cuándo me los piensas pagar.. Pero ya se sabe que de eso ni me acuerdo siquiera.

QUIR. (Del Padre Cobos.) Pues yo juraria que no te debo cuatro, sino tres y medio. Porque un medio hay.

MATIAS Podrá ser; pero no es el medio de cobrarte, seguramente.

QUIR. Hombre, Matías, ponte en mi situación; mi mujer es una ruina; no hay dos cristianos que se casen... y hacen bien; no gano un céntimo..

MATIAS Pero, señor, ¿no te estoy diciendo que no te preocupes? Vamos al grano. Sabrás que ese mozalbete á quien tengo en casa... es hombre de posibles.

QUIR. (Frotándose las manos.) No me digas más: ¿con quién lo *embarco?*

MATIAS Poco á poco.. Mi intención, que á nadie he declarado, es *embarcarlo* con mi hija Rosa. ¿Qué te parece?

QUIR. Que veo que barres para dentro.

MATIAS Tú me ayudarás, ¿eh?

QUIR. Dalos por casados. Ya sabes quién soy yo. Sobre que Rosita es una monada y ese pollo no será un pasmarote.

MATIAS ¿Qué ha de ser? Si yo presumo que ya hay algo entre ellos... Aguarda; en su cuarto ha de estar. Voy á presentartelo. (Se levantan.)

QUIR. Sí, hombre, que venga... Verás tú qué labia la mía hablando del amor conyugal... Voy á ponerle la cabeza así ..

MATIAS Hombre, no; eso más adelante. No te precipites. Ahora vuelvo. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

QUIROGA y ROSA

ROSA (Por la primera izquierda.) ¡Ah, que está aquí el *cura!* ¡Gracias á Dios que viene usted á vernos, señor Quiroga!

QUIR. Adiós, criatura incomparable.

ROSA ¿Y papá?

QUIR. Ha ido por el huésped para presentármelo.

ROSA ¿Por Jacobo? Si Jacobo ha salido...

QUIR. ¡Diantre! ¿Pero ese joven está en la calle mejor que en casa?

ROSA Por lo visto.

QUIR. No, pues no eran esas mis noticias... (Se oye gritar á don Matías.)

ROSA ¿Grita papá?

ESCENA VIII

DICHOS y DON MATIAS

MATIAS (Por la segunda izquierda, con una carta en la mano, todo nervioso y descompuesto.) ¿En dónde se ha metido?... ¡Lo mato! ¡Lo mato!

ROSA ¿Qué te pasa, papá?

QUIR. ¿Qué es eso, hombre?

MATIAS ¡Lo mato! Es un golpe muy rudo para mí. ¡Lo mato!

ROSA ¿Quieres explicarte?

MATIAS No acierto... no acierto á decirlo... ¿Qué piensan ustedes que es Jacobo? Imaginen ustedes lo peor: una atrocidad cada uno.

ROSA ¡Ay, Jesús! ¿Tal vez anarquista?

QUIR. ¿Jugador?... ¿borracho?...

MATIAS ¡Ca!...

ROSA ¿Protestante?.

MATIAS ¡Cal...

QUIR. ¿De la ronda secreta?

MATIAS ¡Cal...

ROSA Pues entonces...

MATIAS ¡Ca... ca. . casado!

ROSA
QUIR. ¿Casado?

MATIAS ¡No podía romper á decirlo! Aquí está la prueba: esta carta, sin concluir, sorprendida sobre su mesa.

ROSA A ver... ¡Sí; su misma letra! ¡Dios mío, casado! Ya me temía yo que nos ocultaba alguna cosa. Siempre que le hablaba de novias se ponía como un tomate y variaba de conversación... (Pasean los tres agitadísimos en diversas direcciones.)

MATIAS ¡Casado!

QUIR. ¡Casado!

ROSA ¡Casado, papá, casado!

MATIAS ¡Casado, hija, casado!

QUIR. ¡Casado!

ROSA ¡Casado!

MATIAS ¡Casado!

ESCENA IX

DICHOS, NATI, PURI y DOÑA MILAGROS

(Salen una detrás de otra por el foro.)

NATI ¿De veras es casado?

PURI ¿Es casado?...

MIL. Pero, ¿es posible que sea casado?

MATIAS (Furioso.) ¿Eh? ¿Qué invasión es esta?... ¡Rayo en el tabique!

ROSA (Va á haber que decirle á la cocinera que no les abra)

MATIAS ¿Y cómo no viene el resto de la colección?

MIL. Porque se han quedado todas con Hipo.

QUIR. ¿Con hipo todas? ¡Qué angustia!

MIL. Con Hipo, con Hipólito, mi futuro yerno.

MATIAS ¡El tiempo que pierde usted por partir los nombres, doña Mila!

ROSA Dejarse ahora de... Veamos lo que dice la carta. Anda, lee... (La colocación de los personajes es la siguiente, de derecha á izquierda: don Matías, Rosa, Quiroga, doña Milagros, Nati y Puri. La carta,

según el diálogo indica, va pasando por todas las manos)

MATIAS (Leyendo.) «Mi querida esposa...» (Asombro general.)

ROSA ¿Eso dice? A ver. «¡Mi querida esposa!»

QUIR. «¡Mi querida esposa!»

MIL. «¡Mi querida esposa!»

NATI «¡Mi querida esposa!»

PURI. «¡Mi querida esposa!»

MATÍAS (Pasando junto á Puri.) ¿Pero á ustedes qué diablos se les da? ¡Venga la carta! (Lee.) «Mi querida esposa...» Y que es su letra... ¡cuerno si es su letra!

PURI (Volviendo á coger la carta.) ¡Sí, sí, su letra!

NATI ¡Su letra!

MIL. ¡Su letra!

QUIR. ¿Su letra?

ROSA ¡Su letra!

MATIAS (Pasando junto á Rosa.) ¡Por vida del ir y venir!

MIL. (Dándole distraída un pellizco á Quiroga.) (¡Bandido!)

QUIR. (Gritando.) ¡Ay!

MATÍAS ¿Que pasa, hombre?

QUIR. ¡Que esta señora me ha dado un pellizco!

MIL. Dispense usted, Quiroga; creí que era mi esposo, ¿sabe usted?

QUIR. ¡Pues vaya una equivocación, señora mía!

ROSA ¿Acabamos ó no?

QUIR. Trae acá: verás tú como yo la leo. (Coge la carta y lee.) «Mi querida esposa...» Bien mirado aun no hay fundamento para alarmarse. La carta está sin concluir y por tanto sin firma. Y á juzgar por este principio, acaso pueda ser... ¿qué diré yo?... una broma á cualquier amiguita.

NATI Sí, quizás sea una broma

MIL. Pues es una broma de pueblo.

ROSA Siga usted, Quiroga.

MATÍAS Sigue.

QUIR. (Leyendo.) «Mi querida esposa: celebro mucho »que te halles cada día mejor, desde que sa»liste de tu cuidado.»

MATÍAS ¡Qué bromista!

MIL. Cuidado, Quiroga.

QUIR. Cuidado he dicho.

MIL. Digo que tenga usted cuidado, porque están mis niñas delante.

MATÍAS ¡Señora, que se pongan detrás!

QUIR. (Leyendo) «...de tu cuidado.» Punto y aparte. «Has de saber..»

MIL. Y pone has con hache.

NATI ¡Como si fuera el as de oros!

QUIR. «Has de saber para tu gobierno, Basilisa...»

ROSA ¡Basilisa! ¡Vaya un nombre prosaico!

QUIR. «...que quiero que al nuevo rorro, por ser el quinto varón que me das...»

MATÍAS ¡Continúan las bromitas!

MIL. ¡El quinto!

QUIR. ¡Mira que el quinto!

MATÍAS ¿Es bromear, eh? Pues los cinco me deben la vida.

QUIR. ¿Los cinco?

MATÍAS La vida nada más, ¿estamos?

MIL. ¡Tener cinco varones! ¡El sueño dorado de Esta!

QUIR. ¿De quién?

MIL. De Esta.

QUIR. ¿De cuál?

MIL. De Esta... de Estanislao... Mi marido se llama Estanislao.

MATÍAS ¿Y qué tenemos que ver?... ¡Adelante, hombre!

QUIR. «...le pongamos por nombre Urcifinio.»

ROSA No siga usted; ¿á qué hemos de saber más?

MIL. Lo que es yo, si sigue, me retiro con las niñas.

MATÍAS ¡Sigue!

MIL. (Dándole otro pellizco á Quiroga.) (¡Toma!)

QUIR. ¡Ay!

MATÍAS ¿Otra vez?...

MIL. Perdone usted, Quiroga, creí que era Esta.

QUIR. ¡Señora, pues es *este;* fíjese usted bien!

MATÍAS Dame tú la carta, y se acabó la presente historia

QUIR. Ya no dice nada de particular: que Gasparín tiene escarlatina y que Trifoncito está echando las muelas... Toma. (Le da la carta.)

MATÍAS (¡Esta la concluye de escribir en Cañaverales el mozo ese!)

ROSA (A Nati y á Puri.) Lo he visto y no lo creo. Me parece imposible que sea casado un hombre que tan obsequioso se muestra conmigo.

NATI Mira, si lo dices por lo del vals, te engañas; porque el regalo fué á mí á tiro hecho.

PURI. A mí sí que fué, que soy la que más toca.

MATÍAS ¡Pero, señor, que no hemos de poder tratar aquí nada sin ustedes! ¡Es mucho sino!

NATI (A doña Milagros.) (Vámonos, mamá, que está la atmósfera muy cargada.) (Cogiendo á Puri del brazo.) Vente, Puri, que le estorbamos á don Mat as

MATÍAS No me estorban ustedes, porque yo me largo con esta allá dentro ¡Hasta grosero hay que volverse! Vente, Rosita.

ROSA ¡Ay, á mí me va á dar algo! (Vase con don Matías por la primera izquierda.)

NATI (Yéndose con Puri por el foro.) (¡Mire usted que ser casado ese hombre después de lo que he oído yo por el tabique!)

MIL. Un momento, Quiroga. Sabrá usted que mi Trini se casa.

QUIR. ¿Se casa?

MIL. Sí, señor; y yo quiero que usted y su agencia corran con todo.

QUIR. Señora, tanto honor... Me considero resarcido con creces de las caricias á Esta.

MIL. Bueno, véase usted con Hipo.

QUIR. ¿Yo con hipo? ¿Con hipo yo? ¿Para qué?

MIL. Si Hipo es Hipólito, el novio de Trini.

QUIR. ¡Ah, ya! Me había olvidado... Perfectamente. Luego pasaré ..

MIL. Pues hasta luego.

QUIR. A los pies de usted, señora.

MIL. (Que al irse por el foro tropieza con Machuca, que sale.) ¿Va usted ciego, hijo mío?

MACH. Señora, usted dispense.

ESCENA X

QUIROGA y MACHUCA

QUIR. (Hola; este ha de ser Jacobo, el novio fallido.) Felices noches.

MACH. Dios guarde á usté.

QUIR. (¡Qué mala traza tiene!) ¿Cómo va, mi querido señor? ¿Se encuentra bien en los Madriles? ¿Ha estado usted en algún teatro? ¿Ha visto alguna corrida de toros? ¿Y el Museo? ¿y el Retiro? ¿y la Puerta del Sol?

MACH. Que se quite la Puerta del Sol donde esté la calle Real de Cañaverales.

QUIR. Bueno; que se quite. (Es un animal de bellotas. ¡Y que Matías quisiera casar á su hija con este ganso!) ¿Y de su Basilisa, ha sabido usted? ¿y de Urcifinito? ¿y de los otros cuatro? ¿Cómo está Gasparín de la escarlatina? ¿Qué tal va echando las muelas Trifoncito?

MACH. ¿Eh? (Pero ¿cómo se habrá enterado este tío brujo?)

QUIR. Supongo que habrá ganillas de volver á verlos...

MACH. Usté calcule... la tierra de uno y la gente de uno, tiran, tiran...

QUIR. ¿De qué tira su gente de usted?

MACH. Eso usté lo sabrá, si también tiene chicos.

QUIR. ¿Si tengo chicos? ¡Pues apenas pica el sol! Sólo que los míos no son todos varones como los de usted.

MACH. (¡Otra! ¿también sabe eso?)

QUIR. Los míos van alternando varones y hembras. Un niño, una niña; un niño, una niña... Es una prole que está *en verso*.

MACH. ¿Sí, eh?

QUIR. Catorce tengo ya. Un soneto. Y le estoy teniendo más que á un dolor al estrambote. En fin, con permiso de usted me retiro. Despídame de Matías, ¿eh? (Voy a buscar á Hipo.) Dígale que volveré en pasando un rato. Y mil gracias, ¿eh? Santos Quiroga y M. del Padul, representante de la agencia matrimonial intitulada «El Dulce Himeneo,» Colmillo, 7. (**Retrocediendo hacia el foro y haciendo una cortesía á cada frase.**) Servidor de usted... Muy señor mío... Tanto gusto... Beso á usted la mano... Hasta otro instante... Que

vaya bien... Beso á usted la... (¡Ah, que ya lo he dicho!) Adiós. (Vase por el foro.)

MACH. (Yéndose por el foro, hacia la izquierda.) ¡Recontra! ¡El se lo dice todo! ¿Y cómo conocerá á mi gente?

ESCENA XI

DON MATIAS y JACOBO; después ROSA

MATÍAS (Por la primera izquierda.) ¡Pobre muchacha! ¡Qué chasco se ha llevado! ¿Pues y yo? ¡Vamos, que tener cinco hijos y consentir que le pague el médico!... ¿Dónde se habrá metido Quiroga? Se habrá ido ya cansado de esperarme.

JAC. (Por el foro, embozado en la capa.) Señores, hace un frío de todos los diablos.

MATÍAS (Fijándose en Jacobo.) Embozado primero.

JAC. Aquí no lo sentirán ustedes, pero yo vengo tieso.

MATÍAS ¡Generación raquítica! (Así, durito.)

JAC. Diga usted, don Matías; el primer síntoma de la pulmonía ¿cuál es?

MATÍAS Estorbar.

JAC. ¿Cómo?

MATÍAS ¿Crees que ya la traes entre pecho y espalda?

JAC. ¡No lo permita Dios!

MATÍAS ¡Como tienes esas aprensiones tan necias! (Así, así.)

JAC. Don Matías, ¿se enfada usted?

MATÍAS Pero oye, ¿va á ser cosa de andar siempre bailándote el agua?

JAC. (¡Qué grosero!) (Sale Rosa por la primera izquierda y va á coger el bastidor que está sobre el costurero.) Hola, Rosita... ¿Va usted á bordar?

ROSA Ah, que está usted aquí. No señor, ¿no ve usted que voy á freir espárragos?

JAC. ¿Eh?

ROSA ¡Qué pregunta más sosa!

MATÍAS ¡Más estúpida, hubiera dicho yo! (¡Así; en crudo!)

JAC. Vaya, hasta luego: veo que están ustedes de mal humor... y la pagan conmigo. Me voy á mi cuarto á seguir la carta de Machuca. (Llamando desde la puerta del foro.) ¡Machuca! (Vase por la segunda izquierda. Don Matías y Rosa, como asaltados por una misma idea, se miran con angustia.)

ESCENA XII

ROSA, DON MATÍAS y MACHUCA, después JACOBO

ROSA ¿Has oído papá?
MATÍAS ¡He oído!
ROSA ¡Hemos obrado de ligero!
MATÍAS Me parece... (Sale Machuca por el foro y se encamina á la segunda izquierda.) ¡Chss! ¡Venga usted! (Cogiéndolo por un brazo.)
MACH. ¿Qué pasa?
ROSA (Con mucha ansiedad.) ¿Es usted casado?
MATÍAS (Lo mismo.) ¿Sabe usted escribir?
ROSA ¿Tiene usted cinco hijos?
MATÍAS ¿Se llama el menor Urci... rábanos?
MACH. Se llamará Urcifinio, Dios mediante.
MATÍAS ¡Ciertos son los rábanos!
MACH. ¿Qué rabanos?
MATÍAS Los toros.
MACH ¿Qué toros?
ROSA (¡La erramos esta vez! ¡Pícara carta!)
JAC. (Por la segunda izquierda.) ¿Han visto ustedes por casualidad una carta que había sobre mi mesa?
MATÍAS (Con risa forzada.) ¡Ja, ja! ¿Que si hemos visto?... (A Rosa.) (Ríete, ríete.) ¿Que si hemos visto encima de tu mesa...? (¡Ríete!)
ROSA ¡Ja, ja, ja!
MATÍAS ¡Ja, ja, ja! (A Machuca, creyendo que es Rosa.) (¡Ríete, ríete!)
MACH. ¿Eh?
MATÍAS ¡Ja, ja, ja!
ROSA ¡Ja, ja, ja!
JAC. ¿De qué se ríen ustedes?
MATÍAS ¡Pero qué tontísimo te ha hecho Dios!

ROSA ¿No ha comprendido usted que bromeábamos?

MATÍAS Aquí tienes la carta. (Dándosela.)

JAC. ¿Y para qué la cogió usted?

MATÍAS ¡Toma! ¡Para que la echaras de menos y embromartel A Rosita se le ocurrió...

JAC. ¿A usted, Rosita?

MATÍAS ¿Cómo usted? ¿Qué es eso de usted? ¡Tú por tú! ¡Entre muchachos huelgan los cumplidos! A tu edad... á tu edad tuteaba yo á la madre de esta... Es verdad que llevábamos seis años de casados.

JAC. (¡Canario con la bromita de la carta!) Bueno, Machuca, luego terminaremos. Toma, y espérame en mi cuarto. (Le da la carta. Machuca se va por la segunda izquierda.)

MATÍAS (A Rosa, de repente, lleno de júbilo.) (Nos ha tocado el premio gordo, hija mía!

ROSA ¿Por qué?

MATÍAS ¡Porque la gente de aquí junto cree que Jacobo es casado, y nos deja en paz!

ROSA ¡Tiene usted razón!)

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA MILAGROS, NATI y PURI. Salen por el foro radiantes de alegría y van entregándole á Jacobo sus abanicos, según indica el diálogo. Jacobo los deja sobre la camilla.

NATI. Mi abanico.

PURI El mío.

MIL. El de Trini, el de Feli, el de Primi, el de Agri, el de Emi, el de Loli y el de Pauli...

MATÍAS ¡Ira de Dios! ¡Ese tabique!... ¡Me mudo! ¡Tú, Rosita; mañana á buscar cuarto!

ROSA (¡Nuestro gozo en un pozo!)

JAC. (¡Estoy divertido!)

MIL. Usted perdone, pero no era cosa de dejar á ninguna de ellas sin sus versitos. Y como da la casualidad de que son nueve...

JAC. Vamos, como las musas.

MIL. ¿Qué es eso de las musas?

NATI. Mamá, las musarañas.

MIL. ¡Ah! ¿las musarañas eran nueve?

MATÍAS Sí: ¡por eso está usted siempre pensando en las musarañas! (Las quitaré de aquí.) Conque vámonos al comedor, que Jacobo va á estudiar ahora (A Jacobo.) (Me las llevo para que te dejen en paz.)

ROSA Sí, sí, vámonos. (A Jacobo.) (¿Ha visto usted qué plaga de niñas?) Vente, Puri.

MATÍAS Vayan, vayan pasando. (Por el orden que indica el diálogo, se van todos por la primera izquierda.)

PURI (A Rosa.) Vámonos nosotras.

NATI. (A Jacobo.) (Tenemos luego que echar un parrafito.)

MATÍAS Tome usted mi brazo, Nati. (A esta hay que llevársela á remolque.) (Se va con ella.)

MIL. (A Jacobo.) Ya me ha dicho Nati la conversación que tuvo usted antes con Machuca.

JAC. (Alarmado.) ¿Qué conversación?

MIL. Una... dedicada á ella. La oyó por el tabique

JAC. ¿Por el tabique? ¿Qué está usted diciendo?

MIL. (Remedando á Jacobo.) «¡Yo no pienso más que en Nati!...» «¡Yo vivo para Nati!...» «¡Yo me muero por Nati!...»

JAC. ¡Demonio!

MIL. No te asustes, hombre... Te advierto que ni Esta ni yo nos oponemos... Puedes ir preparándolo todo...

JAC. (¡Qué barbaridad! ¡Y me tutea!)

MATÍAS (Saliendo por donde se fué y llevándose á doña Milagros.) ¡Doña Milagros, por amor de Dios!...

MIL. Voy, voy... Hasta luego, Jaco. (Se va con don Matías.)

JAC. ¿Jaco, señora?... ¡Maldición! ¡Ha sido peor el remedio que la enfermedad!... Ahora si que no sé lo que va á pasarme, que me siento morir... (Déjase caer en una silla.)

ESCENA XIV

JACOBO y QUIROGA

QUIR. (Por el foro.) Pues señor, ese Hipo no parece por ninguna parte. (Reparando en Jacobo.) ¿Eh?

JAC. Caballero...

QUIR. ¡Ah!... ¡Hombre, hay casualidades en el mundo!... Usted perdone, señor mío... ¿Por ventura es usted...? (¿Cómo le llamo yo?) ¿Por ventura es usted el feliz mortal que adora en una de las hijas de doña Milagros Rodríguez?

JAC. (Muy sorprendido.) ¿Qué? Pero, ¿usted por dónde sabe? ¿Han hecho ya correr esa especie?

QUIR. ¿Luego es usted, sin duda?

JAC. Yo...

QUIR. (Ya no te me escapas.)

JAC. (¡Esta *tribu* de aquí al lado es temible!) (Se sienta á la izquierda.)

QUIR. Pues bien, mi querido amigo. Sí, sentémonos. (Se sienta al lado de Jacobo.) Yo, para servir á usted, soy Santos Quiroga y M. del Padul, representante de la agencia matrimonial intitulada: «El Dulce Himeneo,» Colmillo, 7, y tengo encargo especial de doña Milagros, de verme con usted para marchar de acuerdo en los pormenores, disposición y consumación del casamiento.

JAC. ¿Del casamiento? ¡Oiga!...

QUIR. Usted es el que ha de oir. La agencia, señor mío, se encarga de todo, absolutamente de todo, y principia por buscarle á usted apropiado domicilio y por amueblárselo con lujo asiático, si así lo desea, hermanando al más voluptuoso *comfort*, el simbolismo adecuado á dos seres que se unen para siempre con cadena de flores.

JAC. (Vaya, lo mejor es no hacerle caso) (Se levanta y pasea. Quiroga lo sigue.)

QUIR. Por ejemplo: la alcoba nupcial podemos ponerla de rosa; de rosa, como el porvenir de la amante pareja. El comedor de verde: esperanza: nunca faltará que comer... Y por ahí adelante.

JAC. (¡En mi vida me he visto en otra! ¡Hay que tomarlo á risa!)

QUIR. Llega por fin el suspirado día del enlace... Y aquí te quiero, agencia. Antes de la ceremonia, en la ceremonia y después de la ce-

remonia, tendrá usted murga á la puerta, chiquillos que griten... No debe usted escatimar: eso alegra mucho. Sin contar conque la murga la tendrá usted aunque no quiera.

JAC. Sobre todo si anda usted por allí. (Se sienta.)

QUIR. (Sentándose á su lado.) Una vez casados, la agencia procura por hábiles medios evitar á los novios todo quebradero de cabeza, para que solo piensen en la dicha presente y futura. ¡Y qué dicha, querido amigo! Descartando la miel hiblea que destila la luna de miel, que puede hacerse eterna, ¿sabe usted, por ventura, cómo se recibe el primer chico? ¿Sabe usted cómo cae el segundo chico? (Porque el tercero cae como una bomba.)

JAC. Eso sí hay chicos, digo yo.

QUIR. ¡Ah! ¡Los hay, los hay! Responde la agencia. ¿Y si en vez de uno, el sentimiento paternal se encuentra sorprendido con dos á un tiempo? ¡Ah, qué dicha! ¡qué encanto! ¿Y si se encuentra sorprendido con tres?

JAC. ¿Con tres? ¿Es posible?

QUIR. ¡Ya lo creo!

JAC. ¿Responde también la agencia?

QUIR. ¡Sí señor! ¡Pues no faltaba más! Conque me parece que será muy oportuno pasar al terreno de los hechos cuanto antes... (Saca una cartera.)

JAC. (Levantándose otra vez.) ¡Poco á poco! ¡Caramba! ¡Hasta aquí podíamos llegar!

QUIR. (Lo mismo.) Créame usted: es convenientísimo tenerlo todo hablado.

JAC. Pero, ¿le queda á usted algo por hablar todavía?

QUIR. ¡Toma, toma! Si usted—es un ejemplo—se casa la semana que viene...

JAC. ¿Qué me he de casar yo?

QUIR. ¿No? Pues doña Milagros quiere que vayamos aprisa...

JAC. ¿Sí, eh?

MIL. (Por la izquierda. Al ver á Quiroga exclama:) ¡Ay, el *cura*, aquí está el *cura!*

JAC. (Volviéndose alarmadísimo.) ¿El cura ya?

QUIR. ¡Oh, señora mía!

ESCENA XV

DICHOS y DOÑA MILAGROS

JAC. ¿Viene con usted algún cura?
QUIR. ¡Qué disparate!
MIL. El cura le llamamos aquí á este señor. Y si has caído en sus garras, ya no te libra de ellas ni la *Mula* de Meco.
JAC. ¿Cómo?
MIL. Trátemelo usted bien, Quiroga... Ahora vuelvo yo. Voy por mi canastilla de labores... (Vase por el foro.)
JAC. Pero, ¿por quién me han tomado ustedes á mí?

ESCENA XVI

JACOBO, QUIROGA y DON MATÍAS

MATÍAS (Por la primera izquierda.) Chico, ¿has visto qué gente?.. (Reparando en Quiroga.) ¡Calle! ¿Tú aquí, Santos?
QUIR. Aquí me tienes otra vez... Por cierto, Matías, que tengo que hablarte...
MATÍAS ¿Sí?
QUIR. Sí, hombre, sí... Ya conozco al célebre Jacobo, y te aseguro que, á no ser por el vil metal, no se concibe que quisieras casar á tu hija con semejante encuarte del tranvía.
JAC. ¡Oiga usted!
MATÍAS ¡Oye tú!
JAC. ¡El encuarte lo será usted!
QUIR. ¿Yo, señor mío? ¿Y usted quién es para decirme? ..
MATÍAS ¡El propio encuarte!... digo, el propio Jaco... ¡Jacobo!... ¡Me ha contagiado doña Mila!
QUIR. ¿Usted?... ¡Ah! Mil perdones... Pero, ¿quién era entonces otro individuo de su pueblo?...
JAC. Mi criado sería.
QUIR. ¡Acabáramos! ¿Cómo va, mi querido señor?

¿Y la esposa? ¿y los niños? ¿Echa las muelas el pequeño?

JAC. Pero, ¿qué niños, ni qué esposa, ni qué muelas?... ¡Que aten á este caballero inmediatamente!

QUIR. ¿A mí?

MATÍAS ¡A tí! ¡Ya lo creo! (¡Como que me va á comprometer!) (Empujándolo hacia la segunda izquierda.) Entra aquí, hombre, y yo te enteraré de todo...

QUIR. Pero, oye; ¿la carta aquella?..

MATÍAS (Bajo á Quiroga.) (¿Quieres callar?) ¡Que entres aquí te digo! (Le obliga á entrar por la segunda izquierda. A Jacobo.) Chico, espera un instante, porque éste está chiflado...

JAC. Sí, ya veo... (Vase don Matías por la segunda izquierda.)

ESCENA XVII

JACOBO, después DOÑA MILAGROS y DON MATÍAS

JAC. ¡Dios mío de mi vida, que no venga otro tipo de esa raleal... Y si viene que no la tome conmigo. Estoy quebrantadísimo... estoy muerto. (Pausa.) Apagaré la luz y así creerán que me he marchado y que no hay nadie aquí. (Lo hace y se sienta al lado de la camilla) ¡Gloria mía, qué deseos tengo de salir de esta jaula y de verme á tu lado! ¡Jesús, qué asedio de niñas! No saben ellas que yo no quiero más que á mi Gloria. Si no fuera por sus cartas, ya me habría muerto de tristeza. Aquí tengo la última, que casi la estoy borrando con mis besos... (Saca del bolsillo una carta)

MATIAS (Por la segunda izquierda.) (¡Corcho! ¿Quién ha apagado aquí?)

MIL. (Por el foro, con un canastillo de labores.) (¡Ay, qué oscuridad!)

JAC. ¡Amor mío!

MATIAS (¿Eh?) (Deteniéndose.)

MIL. (Lo mismo.) (¿Es Jacobo?)

JAC. ¡Gloria mía!....
MATIAS (¿Con quién habla?)
MIL. (De seguro es con Nati.)
JAC. ¡Cómo gozo estrujando tus curvas contra mi corazón!
MIL. (¡Cáscaras!)
MATIAS (¡Ahora me explico que hayan apagado!)
JAC. ¡Preciosísima! (Le da un beso muy sonoro á la carta.)
MATIAS ¡Caracoles!
MIL. ¡Cielos!
JAC. (Levantándose de un salto.) ¿Quién anda ahí?
MATIAS ¡No se mueva nadie!
MIL. ¡Luz, luz en seguida!
JAC. (¡Dios mío!) (Don Matías, á tientas, enciende la luz.)
MATIAS ¿Tú, Jacobo? ¿Con quién estabas?...
MIL. ¿Por dónde se ha ido ella?
JAC. Yo diré... yo...
MATIAS ¡Habla, ó te ahogo! ¿Era Rosa?
MIL. ¿Era Nati?
MATIAS ¡Por supuesto, lo vamos á saber ahora mismo! (Llamando.) ¡Niñas! ¡Niñas!
JAC. Pero, ¿qué va usted á hacer, don Matías?
MATIAS ¡Ni una palabra más! ¡Rosa!
MIL. ¡Nati! ¡Puri!

ESCENA XVIII

DICHOS, ROSA, NATI y PURI

ROSA (Con Nati y Puri por la primera izquierda.) ¿Qué gritos son esos? ¿Sucede algo?
NATI ¿Qué pasa?
MIL. Vamos á ver...
MATIAS ¡Cállese usted, doña Milagros! Vamos á ver. ¡La verdad! Este hombre...
ROSA ¿Quién?
MATIAS Jacobo...
ROSA
NATI ¿Qué?
PURI
MATIAS ¿A cuál de ustedes tres le ha dado el beso?

ROSA, NATI, PURI (Creyendo que se refiere al vals y señalándose cada cual á sí misma con mucho ahinco.) ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! (Don Matías, doña Milagros y Jacobo se miran llenos de asombro.)

MATIAS ¡Ave María purísima!

MIL. ¡Jesús! (Déjase caer como desmayada sobre don Matías.)

MATIAS ¡Esto nos faltaba!

NATI ¿Qué ha sido?

PURI ¡Mamá!

ROSA ¡Un poco de agua!

JAC. ¡Aire! ¡aire! (Le hace aire con uno de los abanicos.)

MATIAS ¡Señora, señora!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y QUIROGA

QUIR. (Por la segunda izquierda.) ¿Pasa algo?

MATIAS Que á esta señora le ha dado un patatús.

QUIR. A ver... á ver... Calma. (Reconociendo a doña Milagros.) No hay que asustarse: está viva.

MATIAS ¡Vaya un noticián! Venga un poco de aceite.

ROSA ¿De aceite?

MATIAS ¡De vinagre!

MIL. (Incorporándose.) Pero, oiga usted, ¿me va usted á aliñar?

MATIAS Ella misma ha vuelto...

JAC. Pues ahora óiganme ustedes dos palabras. *El Beso* á que se refieren las niñas es un vals que les he regalado, y el beso que ustedes oyeron se lo dí á la última carta de mi novia.

MIL., MATIAS, NATI, ROSA, PURI ¿De qué novia? ¿De qué novia?

JAC. De una que tengo en Cañaverales, con quien, pese á quien pese, me voy á casar el día menos pensado. Quedan ustedes invitados á la boda...

QUIR. (Pasando al lado de Jacobo.) Si quiere usted, mi agencia puede encargarse...

JAC. ¡Déjeme usted en paz! Y sepan que mañana mismo me largo de Madrid.

ROSA (¡Adiós castillos en el aire!)

NATI (¡Adiós ilusiones!)

PURI (¡Adiós mi dinero!)

MATIAS ¡Mal cañonazo en el tabique, que es el que tiene la culpa de este rompimiento! (Al público.)

Concede tu aprobación
á estos lances peregrinos,
á los que han dado ocasión
los tabiques y vecinos
de las casas de cartón.

FIN

Madrid, Septiembre, 1895.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico en un acto y en prosa.

Belén, 12, principal, juguete cómico en un acto y en prosa.

Gilito, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

La media naranja, juguete cómico en un acto y en prosa.

El tío de la flauta, juguete cómico en un acto y en prosa.

El ojito derecho, entremés en prosa.

La reja, comedia en un acto y en prosa. (2.ª edición).

La buena sombra, sainete en tres cuadros y en prosa. (3.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto y en prosa.

La vida íntima, comedia en dos actos y en prosa.

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros y en prosa.

El chiquillo, entremés en prosa.

Las casas de cartón, juguete cómico en un acto y en prosa.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL TRAJE DE LUCES

SAINETE EN TRES CUADROS Y EN PROSA

con música de los maestros

CABALLERO Y HERMOSO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1899

EL TRAJE DE LUCES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL TRAJE DE LUCES

SAINETE EN TRES CUADROS Y EN PROSA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música de los maestros

CABALLERO y HERMOSO

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 28 de Noviembre de 1899

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551.

1899

Al Sr. D. Mariano de Cavia

Hace mucho tiempo que estaba destinada á usted, por amigo leal y por bizarro defensor de la fiesta española, la primera página de este sainete.

Usted merece mucho más, ya lo sabemos; pero si nada mejor podemos dedicarle, bien á pesar nuestro, nos queda al menos la tranquilidad de que con EL TRAJE DE LUCES *van para usted nuestra gratitud, nuestra admiración y nuestro cariño.*

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROCÍO	Srta. Lázaro.
SEÑÁ PASTORA	González.
JESUSA	Hidalgo.
REYES	Núñez.
UNA MOCITA	Espinosa.
UNA VECINA	Armendáriz.
TÍO CÚCHARES	Sr. Romea.
EL MAESTRO	Orejón.
JOSÉ MARÍA	Bríos.
MANOLO	Moncayo.
SATURNINO	Redondo.
VERRUGA	Arana.
DON BRAULIO	Fuentes.
CHIRIPA	Sánchez.
UN VECINO	Galerón.
MOZO DE ESTOQUES	Estrella.

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

EL TRAJE DE LUCES

CUADRO PRIMERO

La escena es en un barrio extremo de Sevilla.

El teatro representa una plazoleta, con salida á una calle por el último término de la derecha del actor, y á otra por el primero de la izquierda. En el foro, la barbería del Maestro, con puerta vidriera, á cuyos lados hay colgadas dos bacías de metal. En la pared algunas jaulas de caña con pájaros.—A la izquierda del actor el establecimiento de don Braulio, sobre cuya puerta hay un gran letrero que dice: «Disecador» — A la derecha, del primero al segundo término, la fachada principal de la casa en que viven el tío Cúchares y el Maestro. Inmediatas á la puerta, pero hacia el proscenio, silla y mesa de zapatero remendón, y encima y alrededor de esta última los útiles propios del oficio y algún calzado viejo. Cerca de la mesa otra silla.

ESCENA PRIMERA

EL MAESTRO, TÍO CÚCHARES y DON BRAULIO.
Después JESUSA

(El Maestro sentado á la puerta de su barbería, donde hay además una silla desocupada; tío Cúchares sentado á la mesilla de zapatero, trabajando, y don Braulio paseándose por delante de su casa, que es la de la izquierda del actor.)

MAES. ¿Ha visto usté qué día tan hermoso, tío Cúchares?

CÚCH. ¡Gran día de toros, maestro! José María está de enhoragüena.

MAES. Siempre que hay corría se me quitan las ganas e trabajá. (Bostezando.) Yo no sé en qué consiste.

BRAU. Yo sí: en que es usté er primer vago de Seviya, haya corría ó no.

MAES. (Levantándose.) No es eso, don Braulio: es que hay días en esta tierra... que no se levanta uno pa na. Y yo yevo así ya un par de años... (Al tío Cúchares.) Compadre, le juro á usté por mi salú que si me tocara la lotería no afeitaba yo... ¿ni á quién le diré á usté?... ¡ni á Reverte!

CÚCH. No me hable usté de la lotería, compadre e mi arma, que estoy que se me pué ajogá con un pelo. Por dos números no nos han tocao veintisinco duritos.

BRAU. ¿Por dos números?

MAES. ¿Cómo ha sío eso, compadre?

CÚCH. Por que le han tocao á Bartolo er guitarrista, que vive ahí en er 43 de esta caye, y nosotros vivimos aquí en er 45. (Señalando la casa de la derecha.)

BRAU. Vaya, se ha querío usté queá con nosotros.

MAES. Es mu grasioso mi compadre.

BRAU. Güeno, maestro, á vé si me afeita usté en dos minutos. Saque usté los trastos aquí, que er salón echa fuego.

MAES. Vamos ayá, hombre... (Entrase en la barbería canturriando.)

Para caras bonitas
la Macarena...

BRAU. (Acercándose á las jaulas de los pájaros y hablándoles á éstos.) ¡Qué presioso es este chamaríl Ah, sinvergüensa, ¿quiés picarme? ¿Y tú, asaura? ¿Cuándo te mueres, pa que te diseque yo?

CÚCH. Camará, vaya una carisia.

BRAU. ¿Cómo que no? Los pájaros como están mejó es disecaos. Vivos no se conservan bien.

MAES. (Saliendo de la barbería con paño blanco, navaja, suavizador, bacía y jabonera, que dejará sobre una de las sillas.)

...la Macarena,
para cuerpos garbosos
las trianeras...

¡Don Braulio!

BRAU. Voy. (Siéntase en la otra silla, y el Maestro le pone el paño convenientemente.)

CÚCH. (Mostrando una bota de mujer.) Maestro, á usté que le da er naipe po aquí: miste qué *andaores*.

MAES. (Dándole jabón á don Braulio.) ¡Qué barbaridá! Pero esa criatura se carsará en una tienda e juguetes...

CÚCH. Poco menos. Ya ve usté: veintisinco puntos escasos.

MAES. (Suspendiendo su trabajo y dirigiéndose á Jesusa, que sale por la izquierda y cruza hacia la casa de la derecha.) ¡Benditas sean las personas esentes! ¡Valiente tontería hiso su marío de usté ar dejarla viuda!

BRAU. ¡Pero hombre!

JES. (Parándose un momento.) Y si se murió er probesito, ¿qué le vamos á hasé?

MAES. Es que yo, en su lugá, me queo viudo yo, siquiera por galantería...

JES. (Entrándose en la casa.) Ande usté y que lo mate er *Bomba*.

ESCENA II

DICHOS menos JESUSA; luego REYES; después una MOCITA

BRAU. ¡Maestro, que me pica er jabón!

MAES. (Suavizando la navaja.) Qué, ¿no le gusta á usté esa viudita?

BRAU. ¡Pchss! Ni fú ni fá.

MAES. ¡Tiene unos bajos!... Tío Cúchares, ¿usté se ha fijao bien en los pies de Jesusa?

CÚCH. ¿No me he de habé fijao, señó, si me debe siete medias su' las?

BRAU. Pa pies con sircunstansias los de otra vesinita nuestra.

MAES. (Empezando á afeitarlo.) Los de mi niña, ¿no?

BRAU. Cabalito. No es porque sea hija de usté, maestro; pero lo que es á esa sí que se le pué desí er «¡viva tu madre!» que usté les dise á toas.

MAES. ¿A mi niña «viva tu madre?» No conose usté á la madre, don Braulio.

BRAU. Oiga usté, pos la señá Juana...

MAES. La señá Juana es un *terremoto*, que no me deja viví más que cuando está fuera, como ahora. ¡Qué mujé, santo Dios! ¡Hasta durmiendo me yeva la contraria! Miste, la otra noche, en sueños, se ponía: «¡Que no! ¡que no! ¡que no!...»

BRAU. Güeno, y eso ¿qué sirnifica?

MAES. ¡Pos que yo estaba disiendo que sí, seguramente! To por curpa e los selos, ¿sabe usté? Y á mí me paese que no le doy motivos... (Apartándose de pronto de don Braulio y saliendo al encuentro de Reyes que viene por la calle de la izquierda en dirección á su casa.) ¡Ole! ¡ole! ¡ole! ¡ole!

BRAU. Digo, ¿eh?

MAES. Niña, míreme usté, ó ví á rompé en una arferesía.

REYES (Deteniéndose.) ¿Qué?

MAES. ¡Casi na! ¡Que tiene usté unos ojos *ersedentes de cupo!* (Don Braulio se impacienta.)

REYES Güeno, diga usté, sangre gorda: ¿ha entrao ya mi hermana Jesusa?

MAES. ¿Usté qué quiere, hija de mis entrañas: que haya entrao?... ¡Pos ha entrao!

REYES Vaya, muchas grasias. (Entrase en su casa. El Maestro la sigue y le grita desde la puerta.)

MAES. ¡Y bendiga Dios á su mamá de usté, y á su hermana de usté, y á usté, y á los niños de usté!...

BRAU. ¡Y á mí que me parta un rayo! ¿no es verdá?

MAES. Don Braulio, usté dispénse. (Continúa afeitándolo.) Pero, ¿no opina usté que hay cosas...? (Canturrea de nuevo unos instantes y al ver á una Mocita que sale por la derecha, exclama:) ¡Atisa!

BRAU. ¡Ay!

MAES. Qué, ¿lo he cortao? Hombre, póngase usté er deito un momento.

BRAU. (Desesperado.) ¡Güeno está, hombre! (La Mocita se acerca á hablar con el tío Cúchares, y el Maestro, durante el diálogo de ambos, la contempla fijamente desde muy cerca, con impertinente admiración.)

MOC. ¿Acabó usté eso, tío Cúchares?

CÚCH. (Dándole un envoltorio.) Aquí e tá, prenda.
MOC. Tome usté sus siete reales.
CÚCH. Son ocho, hija.
MOC. Pos no le doy á usté más que siete; que se va usté gorviendo mu carero.
CÚCH. Es que ha subío er charó... ¿Se va de toros?
MOC. Sí; se le ha puesto á mi novio en la cabesa conviarme... y he tenío yo que empeñá mi sortija pa que puea comprá los biyetes. (Encarándose con el Maestro de pronto.) Pero, hijo, ¿me va usté á retratá?
MAES. Si usté quiere vení... yo tengo una cámara muy oscura...
MOC. ¡Ay qué grasioso! Con Dios, tío Cúchares. (Echa a andar de prisa hacia la derecha, por donde seva, seguida del Maestro.)
CÚCH. Adiós, prinsesa.
MAES. Si hubiea que comprarla á usté y que pagarla en cuartos... ¡eche usté esportiyas e sinco duros!... Oiga usté, salerosa...
BRAU. Pos señó, me enjuagaré y me secaré yo solo, ¡pero no le pago la faena! (Lo hace.)

ESCENA III

TÍO CÚCHARES y DON BRAULIO

CÚCH. No se desespere usté, hombre, que si er maestro le hase pasá malos ratos, en cambio la hija...
BRAU. Sí; me los hase pasá toavía peores...
CÚCH. Y menos má que no lo toma usté tan á pechos como er cursi der corneó de granos.
BRAU. ¿Quién, Saturnino?
CÚCH. Ese probesiyo se está queando trasparente.
BRAU. Y Rosío, na: emperrá en que no quiere novio...
CÚCH. De eso .. hay que hablá mucho .. Usté es nuevo en la vesindá y no sabe de la misa la media.
BRAU. ¿Cómo?
CÚCH. Comiendo. Me da lástima de usté y ví á contárselo. (Se levanta, cojeando un poco.) Hase cosa

de siete meses, mi sobrino José María estaba aquí de ofisiá mío, dale que dale á la chabeta y á los clavos. Se enamoró hasta er güeso de la chiquiya e mi compadre; le juró que la quería como una persona esente; se enteró er maestro, y fué y agarró y le dijo ar probe muchacho que se le quitara aqueyo de la cabesa, «porque su hija no se peinaba pa ningún sapatero e viejo.» Palabras *térnicas*. Er chiquiyo, que no tendrá otra cosa, pero que tiene corasón y vergüensa como su tío, se hacharó más que er gayoy pasó aquí unos días que... vamos, que á mí se me sartaban las lágrimas e verlo... ¿Tiene usté ahí un pitiyo?

BRAU. (Dándoselo.) Sí, señó.

CÚCH. (Rellando el cigarro y encendiéndolo.) Pos güeno, verá usté: á los pocos días viene y me dise: «¿Con que er maestro me despresia porque yo no soy naide, verdá? ¡Pos ahora ví yo á sé to lo que hay que sé en este mundo!» «¿Qué vas á sé, criatura?»—le dije yo asombrao.—Y er va y me responde: «¡Mataó de toros!» Y dicho y hecho: cambió la chabeta por la espá y er mandí por er traje e luses, y empesó á pasá las duras y las mauras. Ar prinsipio to er mundo se *pitorreaba* con é, sobre to mi compadre, que se ha figurao que es un maleta; pero er chiquiyo se echaba er *pitorreo* á la esparda, seguía trabajando.. y ahí lo tiene usté ya: esta tarde sale de mataó á la plasa e Seviya.

BRAU. Güeno, ¿y Rosiito?...

CÚCH. ¡Déjeme usté acabá! Rosiito me contó anoche toa la historia. Eya y mi sobrino se entienden desde er prinsipio á la chita cayando; pero José María no quiere desirle ar maestro una palabra, hasta que el otro vea que es un mataó capá de ganá dinero pa cogé á la niña y meterla en un palasio de oro y piedras presiosas, y empapelá la cosina con biyetes e Banco.

BRAU. Camará, pues me deja usté más plantao que un quinto. ¡Güen papelito he estao hasiendo!

CÚCH. (Volviendo á sentarse.) Consuélese usté, hombre, que no ha sío usté solo. Y deme usté las grasias ensima... Ah; y guarde usté er secreto... mejó que yo.

ESCENA IV

DICHOS y CHIRIPA; luego ROCÍO

CHIR. (Saliendo despavorido de casa de don Braulio.) ¡Don Braulio! ¡Don Braulio!

BRAU. ¿Qué hay? ¿Has hecho arguna e las tuyas?

CHIR. Yo no... zino que... ¡que un pájaro de los dizecaos ha echao á volá! (El tío Cúchares suelta la risa.)

BRAU. ¡Qué bruto eres, hombre!

CHIR. (Haciendo la cruz.) ¡Por esta, mi amo! ¡Yo lo dejé anoche zobre er mostraó y me lo he encontrao en lo arto el estante!

BRAU. ¿Quién ha puesto ensima el estante?... Hasta luego, tío Cúchares, ví á vé... (Entrase en su casa.)

CHIR. (Mirando embobado á Rocío, que sale de la casa de la derecha.) ¡Miá qué bonita viene!...

ROCÍO Dios guarde á usté, maestro.

CÚCH. Hola, muchacha.

ROCÍO (A Chiripa.) Oye, tú, sierra la boca, que no caen brevas.

BRAU. (Dentro, gritando.) ¡Chiripa!

CHIR. (Estremeciéndose.) ¡Voy!—¡Me gano un coscorrón por mó der condenao bicho! (Vase sin dejar de mirar á Rocío y diciendo:) ¡Pero qué bonita!... ¡pero qué bonita!...

CÚCH. (Se levanta con una bota de mujer en la mano y echa á andar, cojeando siempre, hacia la derecha, por donde se va después de hablar con Rocío lo que sigue:) ¿Vas á estarte aquí, güena piesa?

ROCÍO Sí, señó. Ví á esperá á mi padre, pa vé si me yeva á los toros.

CÚCH. ¡Je, je!... Pos echa aquí una miraíta mientras yo güervo.

ESCENA V

ROCÍO y la SEÑÁ PASTORA

ROCÍO — Al istante me va á yevá... Yo no sé por qué le tiene tirria á José María y se le ha puesto en la cabesa que no mata toros... Por supuesto que ya se desengañará esta tarde... José María me ha dicho á mí que le ha dicho er Guerra que va á dá ruío... ¡Quien lo ha conosío echando medias suelas y tapas y lo ve ahora hecho casi un rey!... (A la señá Pastora, que sale hablando sola por la izquierda con un ramo de flores en la mano.) Hola, señá Pastora ¿De ande viene usté por ahí?

PAST. — ¿Que de ande vengo? .. Ahora te contaré... Pero oye, ¿y mi hermano?

ROCÍO — Ha dío á yevá unas botas ahí á la esquina.

PAST. — Pos yo, chiquiya, estoy como loca: chalá der to. No ha queao en Zeviya un carté que yo no haya visto. Primero fuí á Zan Lorenzo, á rezarle ar Zeñó der Gran Podé una oración que me ha enzeñao la mujé de Curro er banderiyero... Luego he pazao tres veces zeguías por la caye las Zierpes... Ayí estaba ahora; en la betunería, rodeao de la má de zeñoritos...

ROCÍO — ¿Quién, José María?

PAST. — ¿Pos quién va á zé, zo tonta?... Ay, me entró un orguyo ar verlo ayí... Un zeñorito le daba un puro; otro le daba otro puro... Tos tenían que hacé con é...

ROCÍO — ¿Y le dijo usté argo?

PAST. — Yo no, hija; yo no le dije na. Ya ves tú: zu madre zoy y me daba vergüenza acercarme. Pero me metí en una tienda de enfrente y desde ayí lo estuve viendo mientras le limpiaban las botas... ¡Hijo de miz entrañas, qué bonito es!

ROCÍO — ¿Vendrá pronto?

PAST. — A mí me dijo ar zalí que vendría á armorzá. A no zé que lo convide er zeñó Marqués,

que Dios no lo quiera, porque va á matármelo: dice que le da un helao después de las zopas y ezo no pué zé güeno.

Rocío ¿Pór qué no le pie usté á mi padre que me yeve a la plasa?

Past. ¿A tu padre? Yo no le pío na. Ya zabes que apenas nos hablamos desde que ocurrió lo que ocurrió. Y que yas á pazá mu malos ratos zi yegas á dí. Quéate aquí con mi hermano y conmigo, que te tiene más cuenta. Yo me voy pa ayá dentro á arreglarlo to por si viene mi Jozeliyo á armorzá, y á ponerle este ramo e flores á la Virgen... Ar mal ange de Zan Antonio lo dejo por puertas: está castigao.. Desde que cogieron á mi Jozeliyo en Jeré lo tengo metío de cabeza en er pozo... Zi quea bien esta tarde pué que lo zaque... Ayá veremos... Ze portó mu perramente conmigo. Hasta luego, hija de mi arma... (Entra en su casa.)

Rocío Vaya usté con Dios, señá Pastora. (Se sienta en la silla que hay junto á la mesa del tio Cúchares.)

ESCENA VI

ROCÍO

Música

Tengo una angustia y un deseo
que no me dejan sosegá...
Ya mi esperansa sera veo
y me aflijo y me mareo
hasta verla realisá.

—

Yo tuve la curpa,
yo lo gorví loco
y por mí se ha hecho
matáo de toros.
Y pasa fatigas

y pasa bochornos,
y toito lo pasa
por mirarse na más en mis ojos.

—

Mis ojos ¡qué penas tienen!
que no los dejan que miren
á los ojos que eyos quieren.
Pero sabe quien los manda,
que primero segarán
que mirar á otros ojitos
que á los que eyos quién mirá.

—

Cuando pienso en estas cosas
mis angustias son tan grandes,
que me paese que es mentira
que mi suerte va á cambiarse.
Y ar Señó que está en er sielo
yo le pío argún consuelo...
y reso á toítas horas
con arma y voluntá,
y ca orasión que reso
con un suspiro va...

—

(Levantándose.)
Grasias á Dios es hoy er día
que de estas dudas vi á salí,
y que su suerte y la mía
se han de desidí.

—

Pronto, mu pronto sardrá de esta casa
hecho un valiente y un braso de má;
pronto, mu pronto se irá pa la plasa
resuerto á bregá.
Ya me disloca pensá en la alegría,
madre del arma, que voy á tené
cuando después de acabá la corría
lo güerva yo á vé.

—

Si viene á mi vera
contento der to,
más dichosos que naide en er mundo
seremos los dos.

—

Y ar mirarlo aplaudío y felí
muy bajito le tengo e desí:
yo soy la causa de tu alegría;
toito lo has hecho por mí na má...
Por mi madre te juro que nunca
pa tí mi queré cambiará.
(Vase hacia la puerta de la barbería.)

ESCENA VII

ROCÍO y el MAESTRO

Hablado

MAES. (Por la derecha.) Hasta su casa la he acompañao... ¡Qué mujé!... ¡Vaya un corte e caral... Hombre, y á propósito de corte e cara: ¿dónde está don Braulio? (Reparando en Rocío.) Hola, chiquiya, ¿qué hases tú aquí?

ROCIO Aquí lo estoy esperando á usté, pa pedirle una cosa.

MAES. Sí; lo de siempre: que te yeve á los toros. ¡No paese sino que te ha dao pan con sá ese José María! Anda, déjalo dí, que esta tarde se le van á quitá tos los muñecos...

ROCÍO ¿Usté que sabe?

MAES. Mucho contoneo por la caye las Sierpes, mucho toreo clásico, como le dise er tío, y á la hora e la verdá... *tembló de tierra* en las pantorriyas.

ROCÍO (Está usté fresco.)

MAES. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Arsa! ¡miá quien viene ayí!

ROCÍO Er Sí Campeadó: Saturnino. ¡Josú, qué cataplasma!

MAES. Ví á recogé estos trastos y á dirme, por no

verlo. (Recoge los útiles de afeitar que antes sacó y entra con ellos en la barbería.)

Rocío Y que se ha comprao unas botitas *e tomate*, pa da gorpe. ¡Pos pa botitas *e tomate* estoy yo! Tengo unas ganas e peleá... (Se sienta otra vez junto á la mesa del tío Cúchares.)

ESCENA VIII

ROCÍO y SATURNINO

SAT. (Por la izquierda, con los trapitos de cristianar.) Dios guarde á usted, pimpollo.

Rocío (Después de contemplarlo con desdén.) Míalo to de limpio: paese un rábano.

SAT. ¿Qué es eso? ¿Todavía dura el enfadillo de anoche?

Rocío Ah, pos ¿qué quié usté? ¿Que lo resiba con la marcha e Cádi?

SAT. (¡Adiós mi dinero! Esta me va á aguar el domingo.)

Rocío (¡Pobre hombre, qué mal ánge tiene! Si en su tierra son tos así ..)

SAT. Parece mentira, Rociito, que sea usted conmigo tan dura de corazón... (Suspirando.) ¡Ay, Dios mío de mi alma! Después de todo, ¿qué importancia tiene lo de anoche?

Rocío ¡Ninguna, es verdad! Pasa un borracho, se mete conmigo... y se quea usté con los brasos crusaos.

SAT. Pero, ¿qué iba yo á hacer con aquella cuba?

Rocío ¡Lo que hase cuarquiera que no yeve en las venas cardo e gazpacho, como yeva usté! Aprenda usté de un novio que tuve yo hase tres veranos: estaba conmigo en la reja, yegaron sinco guasones á quearse con é... y empesó el hombre á repartí tantas gofetás que paresía que estaba aplaudiendo.

SAT. La canción de siempre.

Rocío ¡Pos ya se ve! Pa que una mujé quiea á un hombre, el hombre tiene que hasé méritos.

SAT. ¿Y yo no los hago, alma mía?

ROCÍO ¿Usté?... ¡Sí! Traerme flores un día sí y otro no...

SAT. Pues ¿qué quiere usté que le traiga?

ROCÍO ¡Er corasón de arguno que se atreva á mirarme, metío en un sobre!

SAT. (Aterrado.) ¡Caramba!

ROCÍO (¡A vé si coge mieo y no güerve más!)

SAT. Oiga usted: ¿y ha de ser el corazón precisamente?

ROCÍO ¡Ni más ni menos!

SAT. ¿Y en un sobre?

ROCÍO ¡O en la petaca! ¡Déjeme usté en pá, guasa viva! (Entrase en la barbería.)

ESCENA IX

SATURNINO y VERRUGA

SAT. (Suspirando.) ¡Ay! Esta mujer acaba conmigo.. Voy perdiendo todas mis ilusiones... No, y el dichoso torerito, el tal Jose María, va á quitarme las pocas que me quedan... bien lo sé.

VER. (Por la derecha.) Hola, Zaturnino.

SAT. Adiós, Verruguita.

VER. ¿Qué ez ezo? ¿Estás aguardando á la paloma?

SAT. Sí, sí ..

VER. ¿Zabes argo de Jozé María?

SAT. Ni ganas.

VER. Me paece á mí que tú tampoco tragas ar niño eze. ¿Has visto tú un arma mía con más zombra? ¡Miá que haberze dejao antié la coleta, como quien dice, y zalí ya á la plaza e Zeviya! ¡Vamos, hombre! Y está aquí uno que mata los toros con la uña (Acompañando la frase con la acción.) y no hay un arrastrao amigo que le ayúe.

SAT. (Como iluminado por repentina idea.) ¡Ah! (Mirando á Verruga.) ¡Ah!

VER. Chavó, ¿te has güerto loco?

SAT. (Muy contento.) Verruguita de mi corazón: tú

¿qué es lo que quieres? ¿Matar novillos en esta plaza?

VER. ¡Zalí, ziquica de puntiyero! ¡Una ocazión pa quitá más e cuatro moños!

SAT. Pues saldrás, yo te lo aseguro, si me ayudas en una empresa á mí.

VER. (Estrechándole la mano.) A eze precio, píe, manque zea una paré del Arcaza.

SAT. Mira: como no me acredite de valiente á los ojos de la hija del maestro, no logro su cariño... que para mí es la vida.

VER. ¿Por qué?

SAT. Porque le da por ahí. Anoche le sentó muy mal que yo no hiciese tiras á un borracho que le dijo un piropo.

VER. Como que debiste cortarle la cabeza en el acto.

SAT. ¿Tú también eres de los que cortan cabezas?

VER. (Con misterio.) Pregúntazelo á Perico er barquiyero

SAT. ¿Se la cortaste tú?

VER. Zí.

SAT. ¿Entonces cómo se lo voy á preguntar?

VER. Hombre, der to, der to, no ze la corté: queó un hilito zujetándola. Y ezo lo ha zarvao.

SAT. Bueno, á mi asunto. Yo he sospechado que José María, si no es novio de la muchacha no le falta el canto de un duro.

VER. Camará, pos ganas e novio ze necezitan. Y tú, ¿qué es lo que quieres? ¿Que yo te lo espante, enamorando á la chavala?

SAT. Quita allá, hombre: ¿cómo iba ella á hacerte caso?...

VER. ¿Conque no, eh? Tú no zabes quién es Veruga pa los toros y pa el otro zerzo. Atoreo yo en cuarquier plaza, y er día ziguiente: «Tilín, tilín.» «¿Quién es?» «Er cartero» Diez ó doce anónimos, *firmaos* por las zeñoritas más principales.

SAT. Sí, pero mi idea es otra. Como á Rociito le da por los valientes, yo lo que quiero es achicar en su presencia á José María; pero contando contigo por si él me achica á mí.

VER. ¿Qué va á achicarte eze, zi tiene más mieo que once viejas? Tú lo que debes hacé ez una coza. Esta tarde, durante la corría, te vas y le dices á la chavala: «Niña, aquí estoy yo. Y aquí estoy yo, porque me ha figurao esto, y esto, y esto. Y vengo á esto, y á esto, y á esto.» Y te zientas á esperá á Jozé María. Y aluego yegaré yo pa lo que ze ofrezca.

SAT. Perfectamente. Quedamos en eso.

VER. Firmao.

SAT. No faltarás, ¿eh?

VER. Ya te he dicho que firmao.

SAT. Pues tú has de alegrarte. Hasta después, Verruga.

VER. Adiós.

SAT. (Encaminándose hacia la derecha.) Luego verá... luego verá ese torerito... (Deteniéndose de pronto.) Hombre, allí viene... No anticipemos el encuentro... (Vase por la izquierda.)

ESCENA X

VERRUGA, TÍO CÚCHARES, ROCÍO, EL MAESTRO y JOSÉ MARÍA

VER. De las cozas que no ze explican: un güen muchacho, con ménos corazón que una purga.

CÚCH. (Por la calle de la derecha, tarareando la marcha real con grandes aspavientos.) ¡Chinria! ¡Chinria! ¡Tararara chinria!.. ¡La grasia e Dios!... ¡El orguyo er barrio!... ¡La honra e mi casa!... ¡Ole con ole! ¡La sustansia de Seviya y Córdoba!...

VER. ¿Qué ez ezo?

ROCÍO (Saliendo de la barbería.) ¿Qué pasa?

MAES. (Lo mismo.) ¿Qué susede?

CÚCH. ¡Que no viene aquí naide!

ROCÍO (Mirando hacia la derecha.) ¡José María!

CÚCH. ¡El héroe e la fiesta! ¡Miste qué aire, maestro, miste qué aire!

MAES. Sí: ¡la figura de Antonio er Tato!
VER. (¡Zeñó! ¡Ni que viniea la procezión der Corpu!)

Música

CÚCH. ¡Ole por la criatura!
¡Ole por él!
(Al Maestro.)
¡Tiene toa mi figura!
¡Fíjese usté!

—

Rocío (¡En er barrio no hay mosito
con más garbo ni más sál)
MAES. (Me revienta este angelito
por er tono que se da.)

—

J. MARIA Güenos días, señores.
MAES. y VER. Mu güenos días.
CÚCH. ¡Ven acá, gloria insirne
de la familia!
J MARIA Dios te guarde, muchacha.
Rocío ¡Hola, Pepiyo!
J. MARIA (Esta mosa me tiene
güerto er sentío.)

—

CÚCH. Ya de la plasa de Seviya
vas á salir ar redondé.
Rocío Ya tu esperansa has conseguío.
MAES. y VER. (Con cierto despecho.)
¡Ya está tu nombre en er cartél!

—

Rocío Hay que portarse como un Guerra.
MAES. (A Verruga, refiriéndose al corazón y á la vista.)
Ay que tené de aquí y de acá.
CÚCH. Vamos á vé si tu apeyío
sube hasta er sielo sin pará.

—

J. María

Cuando er torero novato
logra á la plasa salí,
no se anda con pamplinas
y siempre yeva
las de Caín.
Porque á ninguno le fartan
cosista jondas
que naide ve,
y que son las que jasen
que tenga el hombre
frente á los bichos
mucha frescura, coraje y fe.

—

Cúchares y Rocío

Este José
va á dá que hablá:
ya verá la gente luego
que eso es verdá.

Verruga y Maestro

Este gaché
jabla la má:
ya veremos en la Plasa
si eso es verdá.

J. María

¡Le amenasan tantas ducas
si no tiene una ovasión,
que se acuerda y le parese
que es er toro un caracó!

—

Yo voy á toreá
de verdá,
siempre con ganas, vista y való;
y si en la brega me ayuda Dios,
esta tarde, aunque arguno no quiera,
me aplauden de vera
la sombra y er só.

—

Juro que estoy desidío
tóita la tarde á viví
junto á los mismos cuernos
de lo que sarga
por er torí.
A vé si hasiendo cositas,
de esas que tienen que hasé,
no quea una persona

que no me diga:
«¡bien por usté!»

—

(El Maestro y Verruga comentan aparte las arrogancias de José María.)

—

CÚCH. ¡Choca, que eres un hombre!
ROCÍO ¡Choca aquí, güena piesa!
MAES. (irónicamente.)
¡Choca, que has de ganarte
una ristra de orejas!
ROCÍO ¡Choca!
CÚCH. ¡Choca!
MAES. ¡Choca!
VER. ¡Choca!
ROCÍO ¡Choca!
CÚCH. ¡Choca!
LOS CUATRO ¡Choca!

—

JOSÉ MARÍA

Yo voy á torcá
de verdá,
siempre con ganas, vista y való:
y si en la brega me ayuda Dios,
esta tarde, aunque arguno no quiera,
me aplauden de vera
la sombra y er só.

ROCÍO Y CÚCHARES

Tú vas á torcá
de verdá,
siempre con ganas, vista y való:
y si en la brega te ayuda Dios,
esta tarde, aunque arguno no quiera,
te aplauden de vera
la sombra y er só.

MAESTRO Y VERRUGA

Er quiere torcá
de verdá,
siempre con ganas, vista y való:
y si fortuna no le da Dios,
esta tarde, por más que ér no quiera,
un bicho cuarquiera
lo manda hasta er só.

—

J. MARÍA Solo reino en la idea
de que er traje e luses ví á ponerme ya,
y en er capote de sea
mi cuerpo voy á liá.

De que jago er paseo,
de que er trapo cojo con la má de fé,
y de que en medio der rueo
salúo ar primer buré.

—

ROCÍO Y CÚCHARES

¡Ole er coraje
y ole por la vergüensa!
¡Viva quien tiene
arma y sangre torera!

MAESTRO Y VERRUGA

¡No he visto nunca
niño con más fachenda!
¡Va á habé naranjas
pa toa la parentela!

—

J. MARÍA, ROCÍO, CÚCH.

Desde er barrio
se han de oí
los aplausos
que haiga ayí.

MAES., VER.

Desde er barrio
se han de oí
los pitíos
que haiga ayí.

Hablado

CÚCH. Ea, siéntate aquí y cuéntanos arguna cosa, que esta mañana saliste de casa tan á escape que no pudimos cambiá ni dos palabras. (Ofreciéndole la silla que hay á la puerta de la barbería, y que José María ocupa con aire de señor á quien se rinde homenaje. A su derecha queda el tío Cúchares, á su izquierda Verruga y el Maestro. Rocío se sienta junto á la mesa del tío Cúchares, desde donde presta atención á la conversación general.)

VER (Date argún tono, tú: aluego lo veremos en la Plaza.)

ESCENA XI

DICHOS y MANOLO. Después DON BRAULIO

MAN. (Por la derecha.) Buenos días, señores.

MAES. Salú.

J. MARÍA Me alegro que vengas, Manolo: ¿tienes ahí er diario?

MAN. Ya lo creo. Toma. (Dándole un periódico, que saca del bolsillo y que José María le entrega al Maestro.)

J. MARÍA Lea usté, maestro, que viene ahí un parte que está podrío. (Todos atienden á la lectura.)

MAES. Vamos á verlo. (Lee.) «La guerra...»

J. MARÍA Pase usté.

MAES. «Er cólera...» «Calamidades...» «Er gobierno...» «Más calamidades...»

J. MARÍA Pase usté.

MAES. «Er fin del mundo...»

J. MARÍA Pase usté.

MAES. «Toros en Viya Alegre.»

J. MARÍA Lea usté ahí.

MAES. «Viya Alegre 8. Urgentísimo. Toros de Pega, cumplieron bien. Er mejó fué er quinto, que dió mucho juego, y cogió ar *Surrapas Chico*, ar *Caoba Chico*, ar *Peneque Chico*, ar *Legumbres Chico* y ar *Sereales Chico*....»

ROCÍO ¡Josú, qué horró!

MAES. ¿Horró? ¡A ese animalito lo debía disecá don Braulio! ¡Eso es un monumento nasioná! (Sigue leyendo.) «Er *Boquerón*, de verde mar y plata, desgrasiao, aunque con deseos de agradá. José María...»

MAN. Ahora viene lo bueno.

ROCÍO (A vé qué dise.)

MAES. «José María, de agua de quina y oro, como la misma Virgen. Mató sus tres toros de uña estocá. Orejas, dos. En quites, inefable. Banderiyeando, volurtuoso. Cabayos, nueve. El corresponsal, Diez.»

MAN. Díez, maestro, Díez.

CÚCH. ¡Eso, eso es queá como Dios manda!

VER. (Pos yo, na: vé y creé; como Zan Cristoba.)

CÚCH. Deme usté er papé pa yo leerlo. (Recoge el periódico, se sienta en su silla y sigue trabajando.)

ROCÍO Démelo usté á mí, tío Cúchares. (Tío Cúchares le da el periódico y ella lo lee para sí. Sale don Braulio á la puerta de su tienda leyendo otro periódico. De vez en cuando presta atención á lo que dicen los demás personajes.)

MAES. ¿Y cómo es que er *Boquerón* ha estao tan malamente? Porque él es un niño que se tira á matá como los propios ángeles.

CÚCH. Efertivamente, *se tira á matá*... y va á conseguirlo er mejor día.

J. MARIA Le diré á usté, maestro: er *Boquerón* vió á un tuerto en er ferrocarrí...

MAES. ¡No me digas más! ¡Probe muchacho!

J. MARIA Y ya sabe usté lo que un tuerto viene á sépa nosotros ..

VER. ¡Pamplinas, hombre! Vi yo tres ocenas e tuertos en Tarancón, y que diga Manolo: le aticé un zopapo ar zegundo mío que me quizieron da jasta la oreja der preziente.

CÚHC. ¿Te mojaste los deos?

VER. ¿Los deos? Mojé hasta mi familia, que estaba en Utrera esperando un parte.

BRAU. (Acercándose al grupo.) Ah, pos aunque se mojara usté la fe de bautismo, no es posible dudá de siertas cosas. Mire usté: (Todos le oyen con interés é intranquilidad.) corría de toros á que yo voy, no hay escape: cogía segura. (Movimiento general.)

ROCÍO ¡Josús, hijo!

BRAU. Na, na, segura. ¡Y casi siempre gorda!

J. MARIA (Levantándose con recelo.) ¿Y no pierde usté ninguna, güen hombre?

BRAU. Ah, ninguna.

VER. (Ya le ha dao á este la *punzá.)*

BRAU. ¿No ve usté que ese es mi negosio? Porque aquí ya se sabe: «Torero estropeao, torito disecao.»

ROCÍO ¡Vaya una grasia!

BRAU. En fin, ya veran ustés cómo esta tarde hay fiesta.

CÚCH. ¿Se quié usté cayá, so esaborío?

BRAU. Hombre, yo no digo que sea er señó ..

ROCÍO ¡Y dale!

BRAU. ¡Pero arguien va á la enfermería!

MAN. ¡Don Braulio!

CÚCH. ¡Ea, ó se mete usté en su tienda ó le sarto un ojo con una horma!

BRAU. Está bien, tío Cúchares; no hay que enfaarse. Hasta luego, ¿eh? que nos veremos en los toros. (Entrase en su tienda.)

ESCENA XII

DICHOS, menos DON BRAULIO, y un VECINO

CÚCH. ¿En los toros ha dicho? (A Rocío, besando la cruz) Mírala aquí: ese no va á la Plasa esta tarde.

ROCÍO (De eso yo respondo.)

MAN. ¡Cuidao que tiene mala pata el gachó!

MAES. No haserle caso. (A José María.) Sigue tú con lo que contabas.

J. MARIA (Sentandose de nuevo.) Pos verán ustés ..

VEC.º (Saliendo por la derecha y entrando en la barbería.) Güenos días, señores. . Maestro...

MAES. ¡Mardita sea tu estampa! ¿Por qué no te pelas á otra hora, gran condenao?

ROCIO ¡Pero padre!

MAE . Y le vale la mujé, que es presiosísima. Si no tuviea esa mujé, se pelaba ér solo. (Entrase en la barbería.)

CÚCH. (A José María.) Continúa con er *Boquerón*, muchacho.

J. MARIA Lo que les digo á ustés: en cuanto vió ar tuerto, se acabó el hombre. Bardao pa toa la tarde .. Y le echaron un colorao, ojo de perdí, que se lo púo habé bebío... y na; y le echaron un cárdeno sarpicao, que se lo púo habé sorbío... y na; y le echaron un capirorote, que se lo púo habé fumao... y na; y le echaron después una murta que lo partieron po el eje.

CÚCH. Pos yo estoy con Verruga: si hubiese toreros güenos, toreros de una vé, se acababa to eso... Pero como no hay más que sacos e noche...

MAES. (Asomándose á la puerta de la barbería con unas tijeras y un peine en las manos.) ¿Sacos e noche na más? ¿Pos dónde me deja usté ar *Gayina*, compadre?

CÚCH. ¿Ar *Gayina*? En er corrá, que es donde el echan tos los toros.

MAES. ¿Quién le ha dicho á usté eso?

VEC.º (Dentro, gritando.) ¡Maestro!

MAES. ¡Voy! (Entrase corriendo en la barbería.)

MAN. Yo lo digo: con el último ya son quinse los que le han echao. Y el último fué en la plasa de Madrid, el día de San Pedro. Era negro, listón, del Duque, con un cuerno un poquiyo astiyao; tomó dos varas del *Melocotón* y tres del *Alcausí*; mató dos sardinas; lo parearon malamente el *Sorrito* y *Botonaura;* pasó después á manos del *Gayina*... y salieron los mansos por é á las seis menos sinco, cuando barbeaba en las tablas del uno. Estos lo vieron, (Señalándose los ojos.) que no me lo ha contao nadie.

CÚCH. ¡Pa que me venga á mí mi compadre conque hay toreros en er día! ¡Espachacarnes, y na más! Lo que es er toreo clásico de Cayetano y de *Carita ancha* y de...

MAES. (Volviendo á salir, afeitado, de la peluquería, con un paño blanco en una mano y un pulverizador en la otra.) Miste, compadre, no me quieo enfadá; á mí no me dé usté pinturitas y flores: á mí deme usté corasón á la hora e la muerte.

CÚCH. (Dejando las gafas y levantándose.) Ya estamos. ¿Usté se cree que el arte der toreo no es más que tirá los toros patas pa arriba del estoconaso, señó? ¡Pos es argo más que eso, carabina! Es cogé la muleta y er capote, y castigá á los bichos, y jugá con eyos, y adornarse... y hasé muchas cosas que usté no entiende y que ahora no sabe hasé ninguno.

MAES. ¡Poquito á poco! ¡Donde están las verónicas der *Virutas* no están las e naide!

CÚCH. ¿Verónicas ese? (Le arrebata el paño al Maestro.) ¡Ese le aventará las moscas ar toro! Pero la verdadera verónica, que es esta... (A Verriga.) Embista usté.

VER. ¿Que embista yo?

CÚCH. Güeno, pos no embista usté. La verdadera verónica, que es esta... (Ejecuta dicha suerte varias veces, prorrumpiendo en un ¡ole! á la terminación de cada una.) ¡Ole!.. ¡ole!.. ¡ole!.. y ¡ole! (Tirándole el paño al Maestro.) ¡Eso no lo ha hecho er *Virutas* en toa su vía!

MAES. ¡Siempre que quiere!

CÚCH. ¡En toa su vía!

MAES. ¿Qué sabe usté de eso? (Oprime la goma del pulverizador inconscientemente y rocía al tío Cúchares.)

CÚCH. ¡Carabina! ¡Tenga usté cudiao de que no se dispare ese chisme!

MAES. ¡No se me vaya usté de la custión!

CÚCH. Pero, ¿quién se va de ninguna parte, so tío lezna? (Todos están ya pendientes de la disputa.)

MAES. ¡Aquí no hay más lezna que usté, ni más cascarrabias que usté, ni más chiflao que usté, que con er toreo clásico está perdiendo la chabeta!

CÚCH. (Cogiendo la chabeta de su mesilla.) La chabeta está aquí ¿eh? ¡Conque cuidaito con lo que se habla!

ROCÍO ¡Ay, por Dios!

J. MARÍA ¡Pero tío!

MAN. ¡Maestro, no es pa tanto!

VER. ¡Dejarze dí...! (Rocío y Verruga tiran del Maestro hacia la barbería, y Manolo y José María del tío Cúchares hacia su casa. Uno y otro gritan á un tiempo y se amenazan. El parroqu'ano se asoma á la puerta al oir los gritos con un paño blanco sujeto al cue'lo.)

MAES. ¿Bravatas á mí?... ¡Hasé er favó e sortarme, que le vi á poné derecha la pata coja!... ¡Ni usté entiende de toros, ni ha visto dos pitones e cerca—¿me queréis dejá?—ni sabe lo que es una espá, ni una muleta, ni unas banderiyas! ¡Se acabaron los miramientos! ¡Me lo como ahora mismo!

CÚCH. ¡Tendría que vé que fuera yo á aguantá insurtos e naide! ¡Dejarnos solos á los dos, que lo ví á afeitá de una vez pa siempre! ¡Dejarnos solos!. . ¿Qué dise usté, so sinvergüensa?... ¡Métase usté en su peluquería y no se ponga á hablá de toreo!... ¿Qué?... ¿quéeee?...

(Al propio tiempo que dicen lo anterior uno y otro, los demás personajes tratan de apaciguarlos y contenerlos con las frases que siguen:)

ROCÍO ¡Venga usté, padre!

VER. ¡Arce usté pa dentro!

MAN. ¡Esto se ha concluío!

J. MARÍA ¡Fuera, fuera de aquí!

Rocío ¡Basta ya; basta!
Ver. ¡Lo úrtimo es perderze!
Man. ¡Silensio! ¡Vamos!
J. María ¡Vamos! ¡Ande usté!
Rocío ¡Ande usté! (Cae el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Habitación de la señá Pastora. Una puerta á la derecha del actor

ESCENA XIII

SEÑÁ PASTORA y ROCÍO

Rocío La encuentro á usté mu tranquila, señá Pastora.
Past. Te paece á ti; pero la procezión va por dentro, hija mía. No quieo que me vea Jozeliyo haciendo pucheros por los rincones... Bastante tiene el hijo e miz entrañas con penzá en los dos toros que le tocan...
Rocío Pues yo, señá Pastora, no lo pueo ocurtá: muertesita estoy. Y eso que desde que sé que don Braulio no va á la Plasa me he tranquilisao una mijiya.
Past. ¿Cómo que no va, zi eze mal ange no farta nunca?
Rocío Porque lo tengo yo enserrao en la asotea.
Past. ¡Muchacha!
Rocío Como usté lo oye. No me daba á mí la gana que por curpa de é fuera á cogé un toro á José María.
Past. Haz hecho mu bien. Dios te lo pague. Eze tío tiene zombra e jiguera negra. ¿Y cómo te las compuziste?
Rocío Con el achaque de que le iba á enseñá una maseta e claveles marisalaos, fuí y le dije, digo: don Braulio, suba usté á la asotea... Apenas entró er grandísimo esaborío prin-

sipió á desirme piropos; yo lo engolosiné con cuatro palabriyas, y cuando lo ví más embobao salí juyendo, serré la puerta, echéle la yave, corrí er serrojo y planté la tranca.

PAST. Pos lo que ez ahora, como no ze escape por la caná...

ROCÍO Ayí va á estarse hasta que empiesen á vení las golondrinas.

PAST. Ay, qué chasco más güeno. Ze lo ví á referí á mi hermano. Y tú quéate aquí aguardando á Jozé María, ¿eh?

ROCÍO Pierda usté cuidao, que aquí lo espero.

PAST. ¡Zi vieras con qué tembló me dijo: madre, miste que yo quieo hablá con Rocío antes e dirme pa la Plaza!

ROCÍO ¡Probesiyo! ¡Me quiere más...!

PAST. Ví á vé zi ar pazá ahora por zu cuarto pueo hacerle una zeña.

ROCÍO Tiene ayí la má de patosos viéndolo vestirse...

PAST. (Yéndose por la puerta de la derecha.) ¡Y qué rebonito está con eza ropa el hijo e mi zangre!

ESCENA XIV

ROCÍO y JOSÉ MARÍA

ROCÍO ¡Vaya por Dios! Esperando con tantas ganas este día, y ahora, cuando veo que mi José va á dirse á la plasa, tos se güerven suspiros y temores... No se pué remediá... (Pausa.)

Música

J. MARÍA (Saliendo por la derecha vestido con el traje de luces y con el capote de paseo al hombro.)
Aquí me tienes, morena mía:
pronto me voy.
Dame un abraso de despedía.

ROCÍO ¡Ay, Joseliyo, qué triste estoy,

por que me dejas,
por que te marchas á la corría!

—

J. María — Por eso no yores,
por eso no penes,
que esta tarde tenemos nosotros
que está mu contentos,
que está mu alegres.

Rocío — Estando á tu vera
contenta estaría,
pero temo por tí que á la Plasa
te yevas contigo
tu suerte y la mía.

—

J. María — Por la tuya miro yo;
resa tu aquí por mi suerte
y nos sarvamos los dos.

Rocío — Descuida que resaré
hasta que la misma Virgen
me diga: «¡Cáyese usté!»

—

J. María — Dile lo mucho que tú me quieres:
dile que ampare nuestros quereres...

Rocío — Voy á desirle que por tu vía
doy yo mi sangre, chiquiyo mío;
voy á pedirle qne en la corría
no haya torero más aplaudío...
¡Chiquiyo mío!

J. María — ¡Morena mía!

—

Rocío — Tú serás honra der barrio entero,
toita la gente vendrá á tu vera;
tú tendrás fama, tendrás dinero,
tú irás con gloria por donde quiera.

—

Rocío	José María
Y yo no espero más que una cosa, moreno mio, que tú no pagues con el orvio á quien primero tuvo la suerte de ti bé querio ar sobriniyo der sapatero; á quien contigo sola ha sufrío cuando en er mundo pa ti no había ni los aplausos de la corría ni más tesoro que tu Rosío. ¡Chiquiyo mio! Aunque te vea mi nguá ó cresé la misma siempre pa tí seré.	Pa tí la gloria, pa tí er parné; pide un lusero que voy por é. Lo que tú quieras pídeme á mí que yo no vivo mas que pa ti — Ya nuestras penas han concluío, ya pa nosotros ha amanesío. ¡Morena mia! — Tú de memoria debes sabé que siempre er mismo pa tí seré.

—

Los dos — Y aquí te juro porque es verdá
que en toa la vía cambiaré yo;
que antes se quea sin agua er má,
sin tierra er campo, sin luz er só.

Hablado

J. María — Conque, salá, á vé si te animas, que no te quieo vé con esa cara de Viernes Santo.

Rocío — Pos ¿de qué quieres que tenga cara, Joseliyo?

J. María — ¡De Sábado de Gloria, mujé! Ven acá. ¿No estábamos los dos suspirando por esto? Esto, ¿no ha venío? ¡Pos pa no ofendé á Dios hay que ponerse á sartá de gusto! ¡Mírame á mí, más alegre que un rayo e só!

Rocío — ¡Así me encontrarás á la güerta!

J. María — ¿Y por qué no ahora?

Rocío — Si no te fueras á un peligro...

J. María — ¡Ríete tú de eso! ¿Sabes lo que ha dicho er Verruga? Que los toros, de chicos que son, no paesen toros; paesen puntos y comas. Como que yo estoy por yevarme un cristá de aumento.

Rocío — ¡Qué embustero es ese Verruga!... Pero, por chicos que sean, ¿dejarán de tené los cuernos afilaos?

J. María No te apures tú por las cornás, que las cornás se curan con sá y con vinagre... Lo malo sería que se me gorviera er santo de espardas, que me echaran güeyes en vez de toros y que yo queara á la artura del husiyo e la Puerta Reá... Eso sería lo malo... y esa es la única espina que yo yevo: que puea salirse tu padre con la suya...

Rocío No lo querrá Dios, Joseliyo.

J. María Asín me paese á mí, que no lo querrá... (Animándose nuevamente.) Y sobre to, muchacha, lo quiera ó no lo quiera, que es lo que yo digo, pase lo que pase, ¿vamos á dejá de querernos?

Rocío ¿Dejá de querernos nosotros?... ¡Si er cariño es lo que nos mantiene!

J. María ¡Entonses quéate tú aquí tranquila ar cuidao e mi madre, y déjame á mí corré mi suerte! Que sabiendo que tu queré no ha de fartarme nunca, lo mismo se me da que sea güena como que sea mala: y yo te juro por mi salú que como sea güena, que tiene que serlo, tú lo verás, como sea güena te ví á comprá un coche de esos que andan sin mulas ni cabayos pa pasearte por toa Seviya; y á mi madre uno con siete coyeras e jacas tordas... Porque ya sabes tú que á la probe e mi madre no hay quien la meta por er pogreso.

ESCENA XV

DICHOS y la SEÑÁ PASTORA

Past. (Por la derecha, muy afligida.) ¡Hijo de mi arma, que te esperan: que ya está ahí er coche!

J. María (Separándose de Rocío.) ¿Cuá: er sin mulas ó el otro?

Past. ¿Qué dices?

J. María Na, madre: que me voy.

Past. (Abrazándolo y llorando á lágrima viva.) ¡Hijo de mi corazón!

Rocío (Llorando también.) ¡Joseliyo!

J. María Vamos, ¿qué viene á sé esto? Sosegarse... Tú, Rosío, yévate á la vieja.

Past. (Besándolo con mucha efusión á cada frase.) ¡Hijo de miz entrañas! ¡Hijo de mi zangre! ¡Hijo de mi corazón y de mi arma!

J. María Güeno está, güeno está .. Ea, madre, hasta luego... Hasta luego, chiquiya, no yores... (Rocío le coge una mano y él trata de desasirse de su madre y de ella) Sortarme...

Past. ¡Adiós, hijo mío!

Rocío ¡Adiós, José!

Past. ¡Er Zeñó te acompañe!

Rocío ¡La Virgen de la Esperansa vaya contigo!

J. María ¡Que me aguarda mi gente!... ¡Vaya, se acabó!... ¡Hasta la güerta! (Logra desasirse y se va corriendo.)

Rocío ¡Ay, señá Pastora! ..

Past. (Abrazándose llorando á Rocío.) ¡Pobrecito e mí vía!... (Lloran unos instantes abrazadas. Reponiéndose de pronto.) Aguárdame aquí: ví á zacá der pozo á Zan Antonio, no ze vaya á vengá er mu *pajdero*.

Rocío Tiene usté rasón; vamos á sacarlo. (Las dos se van corriendo por la derecha.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Patio de poco fondo de la casa en que viven el tío Cúchares y el Maestro. Paredes blancas y zócalo celeste. A la izquierda del actor el portón de entrada. Al foro dos puertas. A la derecha, en segundo termino, el arranque, hacia adentro, de la escalera de la casa. Colgadas de las paredes algunas macetas blancas con flores. Varias sillas de enea. Sobre una de ellas un sacudidor.

ESCENA XVI

ROCÍO y TÍO CÚCHARES

(Rocío sentada en un extremo del patio, y tío Cúchares paseándose inquieto cerca del portón.)

Cúch. Oye, ¿y mi hermana?

Rocío Ahí dentro, resando. (Pausa.) ¿No se ve na?...

CÚCH. No...

ROCIO Me paresió que sonaban cascabeles... ¡Ay, Dios mío, qué angustia! ¡Cuándo vendrá!...

CÚCH. Carito estoy pagando er que no me haya dejao mi sobrino di á la Plasa.

ROCIO Pos en eso ha hecho bien, tío Cúchares. Usté tiene mucho coraje, y si ve usté que arguno se mete con é se busca usté su perdisión.

CÚCH. Es verdá: to es menesté mirarlo... Yo lo quiero como á las niñ·s e mis ojos...

ROCIO (Corriendo hacia el portón con mucha alegría.) ¡Ahora sí que viene!

CÚCH (Lo mismo.) ¡A vé!...

ROCIO (Con desencanto.) ¡Ay, no!... Si es er tío del organiyo y der mono...

CÚCH. ¿Habrá mala sombra?

ROCIO ¡Permita Dios que se le orvíe ar mono to lo que sabe!... ¡Vaya un ratito!

CÚCH. No es malo, no...

ROCIO Pero pierda usté cuidao, tío Cúchares... Yo le he pedío á la Virgen de la Esperansa que lo saque con bien.

CÚCH. Y yo á San Crispín.

ROCIO ¡Ay, qué santo!

CÚCH. Pos esos tan feos son los que lo sirven á uno; porque como naide se acuerda de eyos, tienen mu pocos compromisos.

ROCIO Lo que hase farta es que José María güerva ya, y mu aplaudío y mu contento.

CÚCH. ¡Eso es lo que hase farta! Y entonses... ¡cómo me ví á reí der sinvergüensa e tu padre!

ROCIO Yo, á pesá de to, estoy que no vivo. Hoy me han pasao tres ó cuatro cosas de mal agüero. Armorsando derramé la sá..

CÚCH Tú derramas la sá á toas horas der día...

ROCIO Déjese usté de ..

CÚCH. ¡Déjate tú de paparruchas! ¡Esas no son más que paparruchas!

ROCIO (De repente, muy asustada.) ¡Virgen! ¡lo que he visto!

CÚCH. ¿Qué has visto, hija?

ROCIO (Señalando hacia el foro.) ¡Mírelo: un moscón!

CÚCH. (Estremeciéndose.) ¡Mardita sea!... ¡Ese bicho sí que es de mala pata!

ROCIO ¡En matándolo no!
CÚCH. ¿No? ¡Pos verás ahora! (Emprenden con gran cuidado la persecución del mosquito, azotando el aire con su pañuelo Rocío, y con el sacudidor que hay sobre una silla tío Cúchares.)

Música

CÚCH. Míralo, míralo.
ROCIO ¡Mírelo usté!
Con mi pañuelo
lo mataré.
CÚCH. Vamos despacio,
vamos tras é.

—

Por ayí va ahora.
ROCIO Y ahora por ayí.
CÚCH. Déjame á mí solo.
ROCIO Déjeme usté á mí.

—

CÚCH. ¡Asaura!
ROCIO ¡Condenao!
CÚCH. ¡Mala sangre!
ROCIO ¡Picarón!
CÚCH. ¡Se me escapa!
ROCIO ¡Se me pierde!
CÚHC. ¡Qué granuja!
ROCIO ¡Qué bribón!
(Dan algunas vueltas buscándolo.)

—

CÚCH. Míralo, míralo.
ROCIO ¡Mírelo usté!
¡Várgame er sielo
qué negro es!

—

CÚCH. Deja, niña, que se quede
pegaito á la paré,
que si no va á sé difisi
rematarlo de una vé.

—

ROCIO Va usté á vé er sopapo
que le ví á sortá.
CÚCH. Vas á vé tú er lapo
que le ví á atisá.
(Lo pierden nuevamente de vista.)
ROCIO ¿Dónde se ha metío?
CÚCH. ¡Vaya usté á buscá!
ROCIO ¡Virgen der Rosío,
se nos va á escapá!

—

CÚCH. ¡Demonio, que no se ve!
ROCIO ¡Por vía de Bersebú!
La curpa la tiene usté.
CÚCH. La curpa la tienes tú.

—

ROCIO ¡Ay! ¡Ayí está!
CÚCH. ¿Dónde, tú?
ROCIO Ayí.
CÚCH. Déjame solo
que ahora es pa mí.
Tú atrás...
ROCIO Chitón..
CÚCH. Verás...
LOS DOS ¡Guasón!
(Dan á la par un golpe donde se supone que está el moscón y hacen que se les escapa de nuevo.)
CÚCH Se nos fué, se nos fué, se nos fué.
ROCIO ¡Qué doló!
CÚCH. ¡Míralo!
ROCIO (Asustada.)
¡En mis naguas está!
CÚCH. Cógelo, cásalo, píyalo...
ROCIO ¡Ay, por Dios!
CÚCH. Lo espantaste con tanto temblá.
ROCIO En la carva lo tiene ahora usté.
CÚCH. ¡Mátalo!
ROCIO ¡Ay, Jesús, que me ha dao en la narí!...
CÚCH. Cáyate, quítate, déjame...
¡Vas á vé!
ROCIO (Sobrecogida.)
Por mi pelo lo siento subí...

—

CÚCH. Ya está en tu moño.
ROCIO Ya está en su carva.
¡Vaya un ratito!
CÚCH. ¡Vaya una grasia!

—

ROCIO Místelo ayí
quieto otra vé...
CÚCH. ¡Mátalo ahí!
ROCIO ¡Mátelo usté!
(Se les vuelve á escapar.)
LOS DOS Sombrón, aratoso,
granuja, mal ange,
te engañas si piensas
que vas á librarte...
Con er latigaso
que te voy á dá
tu mala partía
me vas á pagá.

—

CÚCH. (Descargando de repente un golpe en el suelo, y dando después sucesivos golpes secundado por Rocío.)
¡Lo cogí!
ROCIO ¡Lo cogió!
CÚCH. ¡Ya está aquí!
ROCIO ¡Ya cayó!

—

LOS DOS ¡Se acabó! ¡Muerto está!
¡Er peligro pasó!

Hablado

CÚCH. Ahí lo tienes: muerto pa to er verano. (Deja el sacudidor.)
ROCIO ¡Ay, qué peso se me ha quitao de ensima! (Suenan en el portón dos aldabonazos muy fuertes.) ¡Virgen! ¡No gana una pa sustos! ¿Quién será?
CÚCH. ¿Quién será, Dios mío? (Dicen estas frases yendo hacia el portón. Antes de llegar á abrirlo suenan otros dos aldabonazos.) Esto parese la funsión de *Don Juan Tinorio.*

ROCIO (Abre el portón y al ver á Saturnino exclama:) Várgame Dios, hijo: creí que era arguien.

CÚCH. Miá quién resurta ahora.

ESCENA XVII

DICHOS y SATURNINO

(Saturnino avanza contoneándose y sin chistar. Viene con sombrero de ala ancha muy echado sobre los ojos y con un bastón enorme de grueso. Tío Cúchares y Rocío lo miran con extrañeza y aguantando la risa.)

ROCIO ¡Josú, cómo viene este!

CÚCH. Güenas tardes, señó.

ROCIO Oiga usté, ¿qué trae usté ahí? ¿Eso es un bastón ó es su hermano er chico? (Saturnino la mira.)

CÚCH. Pero ¿qué bicho le habrá picao á este?

ROCIO ¿Ha estao usté en los toros?

SAT. (Escupiendo con frecuencia por el colmillo.) Ni falta. Llame usted á su padre.

CÚCH. Er padre de esta está en la Plasa...

SAT. Pues llame usted á su madre.

CÚCH. Mi mamá murió el año de la riá grande y no pué vení.

SAT. ¡A la madre de la niña, que no estoy para bromas!

CÚCH. ¿Va usté á hasé er padrón?

ROCIO Mi madre se fué á Sanlúca hase dos días...

SAT. Sí. ¿eh? Me da lo mismo. (Pausa.)

CÚCH. ¿Güerta á escupí? ¿Se ha sacao usté una muela? (Nueva pausa.)

ROCIO ¿Es que se va usté á retratá?

SAT. (Avanza un paso á cada frase, haciendo retroceder al tío Cúchares.) Saturnino González me llamo, tengo veinticinco años, nací en Trijueque, estoy solo en el mundo y lo mismo me fumo un pitillo que tiendo á un hombre.

CÚCH. ¿De veras? Pos verá usté. (Avanza también un paso á cada frase, haciendo retroceder á Saturnino.) Yo me yamo señó Antonio Domínguez, por mar nombre er tío Cúchares; he perdío la cuenta de los años que tengo; nasí en Tria-

na; estoy en er mundo mu bien acompañao, y lo mismo le echo medias suelas á unas botas que le doy á usté un puñetaso en un ojo.

SAT. ¿A mí?

CÚCH. ¡A usté!

ROCIO ¿Quié usté acabá e desirnos qué yerba ha pisao?

SAT. ¡A lo que vengo, vengo! A mí se me ha metido entre ceja y ceja que un torerito de este barrio la pretende a usted.

ROCIO Sí, señó. ¿Qué hay?

SAT. ¿Que qué hay? ¡Que aquí estoy yo... decidido á meterle la peste en un canuto!

ROCIO (Riéndose.) ¡Este no es mi Juan, que me lo han cambiao!

CÚCH ¡Carabina! ¡Se le hiela á uno la sangre!

SAT. (Parece que he hecho efecto.) (Coge una silla, da con ella un golpe en el suelo y se sienta. Rocío y tío Cúchares lo miran y se ríen.) (Bien podía ya venir Verruga.) (Saca una navaja muy grande, la abre y le mira la hoja. Después se la guarda tranquilamente.)

CÚCH. ¿Ande va usté con eso, señó?

ROCIO No se asuste usté; lá traerá pa er lápi.

SAT. Si ese torerito es un lápiz, para el lápiz la traigo, prenda. Contando conque salga vivo de la Plaza, que según he oído...

CÚCH. } (Alarmadísimos.) ¿Qué?
ROCIO }

SAT. ¡Poca cosa!

ROCIO ¡Hable usté, hombre!

SAT. Que del primer derrote fué á las nubes... (Se levanta.)

ROCIO } (Horrorizados.) ¡Josú!
CÚCH. }

CÚCH. ¿Quién le ha dicho á usté eso?

ROCIO ¡Eso es una mentira de usté!

CÚCH. ¡Cuente usté lo que sepa, ó lo ajogo!

SAT. (Asustado.) Bueno... bueno... no hay que alterarse... Yo no respondo de que el rumor sea cierto...

ESCENA XVIII

DICHOS, MANOLO y la SEÑÁ PASTORA

(Llega de repente Manolo por el portón. Viene jadeante, sin poder hablar una palabra. Trae en la mano una banderilla manchada de sangre.)

ROCIO ¡Don Manolito!

CÚCH. ¡Don Manolito!

ROCIO ¿Y José María? ¿Le ha pasao argo? (Manolo, que respira fatigosamente, hace señales negativas con la cabeza.) No, ¿verdá?

CÚCH. (Amenazando á Saturnino, que huye.) ¿A qué viene usté aquí con embustes, so cara e trompo?

ROCIO ¿Qué tal ha queao?

CÚCH. Ar pelo, ¿eh? (Manolo afirma.)

ROCIO ¡Ay, qué gusto! (Llamando.) ¡Señá Pastora!

CÚCH. ¿Quié usté una siya? (Manolo niega.)

ROCIO ¿Una poquita de agua fresca? (Manolo vuelve á negar.) ¡Señá Pastora!

PAST. (Por la derecha del foro.) ¿Qué ez ezo? ¡Don Manolito!

ROCIO ¡Ay, por Dios, hable usté!

PAST. ¿Pero ha pazao arguna esgracia?

CÚCH. ¿Quién piensa en semejante cosa?

PAST. ¡Hombre, cuente usté lo que zea!

ROCIO ¿Se va usté á sorbé to el aire er patio?

CÚCH. ¡Acabe usté de reventá!

MAN. Cal... cal... calma ..

SAT. (Para mí que voy á salir profeta.)

ROCIO ¿Viene ya José María?

CÚCH. ¿Ha queao mejó que el *Armeja*?

PAST. ¡Don Manolo, por los clavos e Cristo!

MAN. ¡Dejarme que respire!

ROCIO ¿Más toavía?

MAN. ¡Hija, si he venío en sinco minutos de la Plasa aquí!

CÚCH. ¡Carabina, pos habé venío más despasio, que yeva usté media hora sin podé rompé!

MAN. (Respirando con desahogo.) ¡Ay!... Verán ustedes, (Le escuchan con gran interés y curiosidad.) El pri-

mer bicho que le echaron á José María era un grandísimo ladrón...

PAST. ¡Hijo de mi arma!

ROCIO ¿Sí?

MAN. Huído, reseloso, buscando el bulto, como si fuera de consumos... y sabiendo hasta taquigrafía... (Acalorándose.) Cuando yo comprendí que iba á deslusí la faena del muchacho, ¡se me pasaron unas ganas de sé yo el toro!

CÚCH. ¡Naturalmente!

PAST. Este don Manolito es to corazón...

ROCIO Güeno, ¿y qué?

MAN. Sin embargo, Pepe, que tiene de aquí, y de aquí, y de aquí, y de aquí... (Refiriéndose respectivamente á la vista, el corazón, la mano izquierda y la derecha.)

CÚCH. ¡Diga usté Pepe que tiene de tos laos, y acabará más pronto!

MAN. Da tres ó cuatro pases de castigo, y logra pará. Lía, se tira, se le vuelve el santo... y ¡sás! en güeso.

ROCIO ¿En güeso?

MAN. Vuelve á pasá, vuelve á liá, vuelve á tirarse... y ¡sás! en güeso.

CÚCH. ¡Por vía e Dios!

SAT. Digo, ¿eh? (¡Costillares!)

MAN. Más pases... se arranca otra vé... y ¡en güeso!

PAST. ¡Ave María, cuánto güezo!

ROCIO ¿Pero era un maestro escuela ese toro?

CUCH. (Indignado.) ¡No! ¡Es que por lo visto le echaron ar chiquiyo er güeso e la corría!

SAT. Señor, es que una cosa es matar toros en la calle de las Sierpes...

CUCH. ¿Se quié usté cayá?

MAN. Intentó después de media delantera el descabeyo, y el pobresiyo tuvo tan mala fortuna que dió trese golpes.

CUCH. (Pateando con rabia.) ¡Mardito sea er veneno!

PAST. ¡Miste que trece gorpes!

ROCIO (Afligida.) ¡Probesito! Si yega á sé una codorní, se luse.

CUCH. ¿Lo sirbaron, usté?

MAN. (Resistiéndose á decirlo.) El estao mayó del *Almeja*...

CUCH. ¡Mar fin tengan tos los mariscos!

ROCIO (Llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Vaya por Dios!

PAST. (Lo mismo.) ¡Ha estao mu desgraciao el hijo e mi zangre!

CUCH. (Lo mismo.) ¡Qué le vamos á hasé!

SAT. (¡Me alegro!)

MAN. (Sacando también su pañuelo y agitándolo.) Pero, ¿van ustés á pedí que banderiyeen los mataores? ¡Guardarse esos pañuelos y no yorá, que toavía me falta lo más bueno! José María buscó el desquite en el otro toro...

CUCH. }
PAST. } (Con mucha alegría.) ¿Sí?
ROCIO }

SAT. (Con recelo.) ¿Sí?

MAN. ¡Como que á estas horas estará resibiendo enhorabuenas de to el mundo!

CUCH. ¡Carabina con el hombre! ¡Bien podía usté haberlo dicho antes!

MAN. Señó, ha sío por referí las cosas por su orden... ¡Y de qué manera se desquitó!... ¡Desde el 17 de Julio del 92, día de Santas Justa y Rufina — me acuerdo bien, porque era el santo e mi novia,—que mató el pobre Maoliyo en el Puerto, con toas las de la ley, un colorao de Miura un poquito abierto e pitones y muy largo de hosico, no he vuelto á vé faena semejante! ¡Y ya he visto toros! Como que fuera e mi familia y amigos, no veo otra cosa. (Todos, menos Saturnino, que á medida que narra Manolo va poniéndose mustio, hacen demostraciones de júbilo y de impaciencia.)

CUCH. ¡Si no tenía más remedio, señó!

ROCIO ¿Cómo fué eso?

PAST. ¡Cuéntelo usté, por loz ojos e zu cara!

MAN. Cogió los trastos, se fué al tendío donde estaba el maestro..

ROCIO ¿Mi padre?

MAN. Sí. Y ayí echó un discurso de media hora. Yo no sé lo que le diría, pero ví que el alma se le salía por los ojos y que hubiera querío sé Castelá en aquel momento... Yegó hasta los medios en busca del bicho, mandó retirá á toa la gente... y empesó la faena. Lo

primero fué un cambio. (Ejecutándolo ligeramente.)

CÚCH. ¿En qué tierra es eso un cambio, mi vía?

MAN. ¡En la mia, mi alma!

CÚCH. (Sulfurándose.) ¡Pos será usté de los Chirlos Mirlos! (Rocío y la señá Pastora demuestran impaciencia.)

MAN. ¿De manera que no es un cambio?...

CÚCH. ¡No, señó!

MAN. Pero, ¿me va usté á enseñá á mí?

CÚCH. ¡Sincuenta veses!

MAN. Un cambio...

CÚCH. (Engolfándose en la disputa y ejecutando el cambio.) Un cambio es esto...

PAST. Vamos, dejarze ahora...

ROCÍO No haga usté caso, don Manolo...

MAN. Empesó con un cambio, ya digo. (Picado por la censura del tío Cúchares va ejecutando con gran perfección la faena que narra.)

CÚCH. Eso sí...

MAN. Después siguió con un pase en redondo, uno de pecho y uno naturá, que no losda mejores Sagasta... A to esto «¡ole!» «¡ole!» «¡ole!» el público electrisao...

PAST. (Sin poder reprimir un grito de entusiasmo.) ¡Hijo de mi alma!

MAN. Da luego uno muy bonito con la derecha y uno de molinete, de esos que son una fábrica e tabacos, cuadra al animá, se perfila... y en corto y por derecho, y saliendo como si saliera de la betunería... ¡sás!

CÚCH. ¿Le metió hasta la empuñaura?

MAN. ¡Le metió hasta el moso de estoques! Dió el toro un paso... y á tierra. ¡Ni puntiya! Aqueyo hubo que verlo: palmas, tabacos, música, sombreros, botas e vino, el mantón de Manila de una mujé, las naguas de otra, abanicos de tos colores... ¡y hasta hubo un papá que no sabiendo ya que tirarle tiró dos ó tres niños á la Plasa! (El regocijo y la satisfacción que van creciendo á medida que Manolo habla, se desbordan cuando concluye.)

ROCÍO ¡Ay, qué alegría tan grande!

CÚCH. ¡Como que no podía menos!

PAST. ¡Zi estaba de Dios! ¡Hijo de miz entrañas!
Rocío ¡Señá Pastora, deme usté un abraso!
SAT. (¡En buena me ha metido Verruga!)
MAN. (Señalando hacia el portón, que estará abierto.) ¡Miren ustés, miren ustés la gente que viene ya pa acá!
PAST. ¡Ay, Dios mío de mi arma!
Rocío ¡Pero si esto es una revolusión! (Suenan muy lejos, y acompañados de gritería, los cascabeles de un coche que se acerca. Poco á poco el rumor va acentuándose, hasta que se supone que el coche llega á la casa y para a la puerta.)
CÚCH. ¡Ya suenan, ya suenan los cascabeles der coche!
Rocío ¡Vamos á resibirlo!
PAST. ¡Hijo de mi corazón! ¡Lo vi á jartá de bezos! (Todos corren hacia la calle y se van, excepción hecha de Manolo, á quien detiene Saturnino)

ESCENA XIX

SATURNINO y MANOLO

SAT. Oiga usted, Manolo, oiga usted...
MAN. ¿Qué pasa? (Mucha rapidez en esta escena. Manolo a cada momento se va hacia la calle)
SAT. Por una de esas casualidades que se dan... ¿ha visto usted a Verruga?
MAN. ¿A Verruga?.. Pero ¿usté no está enterao?..
SAT. ¿De qué? (¡Ay! no me llega la camisa al cuerpo.)
MAN. Como esta mañana se puso malo un banderiyero de José María, yo hablé con la empresa pa que Verruga saliera á sustituirlo...
SAT. ¿Y salió?
MAN. Más le hubiera valío quearse en casa. Hasta boteyas le han tirao .. En fin, al cuarto toro se fué del reden é... Porque ya sabe usté lo que es Verruga: to el fuego se le va por la boca, y luego de aquí... (Señalándose el corazón.) ni agua. (Vase corriendo.)
SAT. (Mas muerto que vivo.) ¿Conque ni agua, eh? No seré yo el que se meta en aventuras.

¡Demonio! ¡Cuánta gente!... ¿Quién sale ahora después de mis bravatas?... (Huye hacia la escalera, por donde se va más que aprisa.) ¡Bah... bah!... ¡á la azotea... y por el tejado á la casa de junto!

ESCENA XX

JESUSA, REYES, CHIRIPA, un VECINO, una VECINA, el MOZO DE ESTOQUES, ROCÍO, SEÑÁ PASTORA, JOSÉ MARÍA, el TÍO CÚCHARES, el MAESTRO y MANOLO. Casi todos salen á un tiempo por el portón y hablan simultáneamente

JES. ¡Ay qué tarde, qué tarde!

REYES ¡Ay qué hombre, qué hombre!

JES. Entre tos van á estrujarlo ahí fuera...

CHIR. ¡Jozú, Jozú! ¡Qué tío matando toros!

VEC.° Me paese que se las trae er mosito...

MOZO ¡Podrío está!

VEC.ª ¿Han visto ustés nunca un torero mejó moso?

REYES ¡Verdá que no lo hay!

MAN. Vamos pa dentro, hombre, vamos pa dentro. (Rocío, la señá Pastora y tío Cúchares vienen agrupados á José María.)

PAST. ¡Zangre e mis venas! ¡Hijo mío!

CÚCH. ¡Gloria e la familia!

ROCÍO Que lo vais á matá entre los dos.

MAN. ¡Tú, ya sabes que las sapatiyas son pa mí!

VEC.° Y pa mí la pañoleta.

MAES. ¡Pero pa mí es la cabesa der toro! ¡Y la ví á corgá á la cabesera e mi cama, aunque me cueste divorsiarme de mi mujé!

J. MARÍA Güeno, sí: to lo que ustés quieran. ¿Quién me da candela pa este puro?

MAN. ¿Candela? (Todos se apresuran á proporcionársela. Manolo y el Vecino le presentan cerillas encendidas; tío Cúchares saca una tira de fósforos de cartón y le brinda uno después de encenderlo en la suela de su calzado; el Mozo de estoques y el Maestro le ofrecen sus cigarros, y Chiripa se aparta un poco, saca del bolsillo eslabón, pedernal y yesca, y se está queriendo sacar chispas hasta el fin de la obra. José María enciende en el cigarro del Maestro.)

J. MARÍA Estimando. (Suenan dentro, en la calle, las trompetas de una murga.)

PAST. ¡Múzica! ¡múzica!

MAES. ¡Música tenemos!

J. MARÍA Darles pa vino y que se larguen.

MAN. Pa vino y pa que afinen los instrumentos. Ayá voy yo. (Vase y vuelve á entrar á poco, después de haber cesado la música.)

CÚCH. Vaya, compadre, y ahora ¿qué me dise usté der mosito?

MAES. ¿Que quié usté que le diga? ¡Que he vivío en Belén con los pastores! ¡Después de la muerte que le ha dao á su último toro, no digo yo consentí que se case con mi niña .. hasta cortarle la cabesa á mi mujé si ér me lo píel

ROCÍO ¿Pos no es ahora er mismo de antes?

MAES. ¿Cómo va á sé er mismo, criatura? ¿Tú te crees que er traje de luses no pinta na? Cuando era sapatero remendón, iba por la caye y hasta los perros le quitaban la asera... Y en cambio ahora... ¡No hay más que vé como está er barrio de arborotao! To er mundo en puertas y ventanas pa vé pasá er coche; las muchachas devorándolo con los ojos; los chiquiyos chiyando desatinaos alreó; corgauras en ca de Rosa...

CÚCH. No aponderemos, compadre: lo que hay corgao en ca de Rosa es una toaya: yo la he visto. (Todos se rien.)

ROCÍO Señó, si está corgá es una corgaura... (Todos asienten.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y VERRUGA, después DON BRAULIO.

VER. (Por el portón.) Apuesto cincuenta mir duros contra una perra gorda á que están ustés hablando der pá de frente que le puze ar tercero.

ROCÍO Como que no se habla más que de eso en toa Seviya.

VER. Broma paece.
MAN. De eso y de los achuchones que te dió.
MAES. ¿Qué fué aqueyo, Verruga?
VER. ¿Qué había de zé, zeñó? ¡Que me entró una mijiya de aprenzión porque ví á don Braulio en er tendío!
ROCÍO (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Maria Santísima!
PAST. ¿Qué había usté de vé?
VER. Como la estoy viendo á usté, zeñora.
ROCÍO Pero, hombre, ¡si lo tengo yo enserrao en la asotea desde las dos y cuarto e la tarde!
(Todos se rien.)
VER. De las cozas que no ze explican, zeñores... (Vuelven á reirse todos.) No reirze tanto... Zería eze hermano zuyo que está en América...
(Nuevas risas.)
BRAU. (Por la escalera, y cruzando hacia la calle furioso, entre la algazara y las risas generales.) ¡De mí nadie se burla! ¡Esto es un abuso de confiansa!
TODOS ¡Don Braulio! ¡Don Braulio! ¡Don Braulio!
BRAU. ¡Er que se ría, que se venga á la caye conmigo!
ROCÍO ¿Quién le ha abierto á usté?
BRAU. ¡San Juan Bautista!
CÚCH. Pero oiga usté...
BRAU. ¡No me da la gana! ¡Ha sío una broma con mu mal ange!... (Vase gruñendo.)
PAST. ¡Pa mal ange, tú!
ROCÍO ¡Esaborío!
CÚCH. ¡Sombrón!
MAES. ¡Asaura!
VER. Lo que paeee mentira es que los prezocupe á ustés er tío eze.
J. MARIA ¿Y que tengas való de hablá?
VER. Oye, Jozé María, que zea enhoragüena. Digo, zi es verdá lo que me han contao.
J. MARIA ¿Er qué?
VER. Que Rocío y tú *ze* cazais.
J. MARIA Er mes que viene. ¿No es eso, chiquiya?
ROCÍO Cuando á tí se te antoje, mar mataó.
VER. (De las cozas que no ze explican.)
CHIR. (Renunciando á sacar chispa.) Po zeñó, ¡lo dejaremos pa la corría que viene!

Rocío (Al público.)

Ya que toas son parmas
pa mi mataó
vengan ahora mismo las parmas de ustedes
pa dárselas yo.

FIN

Madrid, Septiembre, 1896. Junio, 1899.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico en un acto y en prosa.

Belén, 12, principal, juguete cómico en un acto y en prosa.

Gilito, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

La media naranja, juguete cómico en un acto y en prosa.

El tío de la flauta, juguete cómico en un acto y en prosa.

El ojito derecho, entremés en prosa.

La reja, comedia en un acto y en prosa. (2.ª edición).

La buena sombra, sainete en tres cuadros y en prosa. (3.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto y en prosa.

La vida íntima, comedia en dos actos y en prosa.

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros y en prosa.

El chiquillo, entremés en prosa.

Las casas de cartón, juguete cómico en un acto y en prosa.

El traje de luces, sainete en tres cuadros y en prosa.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL PATIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florín, 8, bajo

1900

N. Fabra Herrero

EL PATIO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

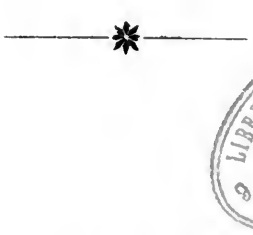
EL PATIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 10 de Enero de 1900



MADRID
S. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1900

A nuestros queridos amigos

Eduardo Narbona

y

Francisco Bravo

Ustedes (no empleamos el vosotros *por temor de que esta carta no les parezca nuestra), ustedes mejor que nadie saben que* EL PATIO *es un pedazo de nuestra vida: ustedes que nos conocen desde la niñez, podrán advertir cómo nuestra alma se halla infiltrada en sus líneas, y palpita en todas sus escenas, en todos sus tipos, en todos sus detalles, ya que pudiera parecer hiperbólico decir en cada una de sus palabras.*

Hasta ahora sólo habíamos llevado al teatro cuadros populares de Sevilla, alentados en tan grata labor, á la par que por el aplauso del público, por muy queridos y respetados maestros. A lo que no habíamos tocado aún era á nuestra Sevilla, á la de nuestra clase, á la que conocemos y sentimos como ninguna, porque de ella venimos, en ella nos hemos criado y llena de ella tenemos el alma.

EL PATIO *ha sido la primera obra que nos ha inspirado esa Sevilla: ¿á quién, sino á ustedes, nos correspondía dedicársela? Por mala que sea, á ustedes les parecerá excelente: y bien sabe Dios que si no vale más, es porque nosotros valemos muy poca cosa. En ella están nuestros más queridos recuerdos, nuestro entusiasmo de jóvenes, nuestro amor á Sevilla y á las semidivinas sevillanas, avivado y enardecido por la nostalgia de la tierra.*

¡El patio! Delicioso y alegre recinto que parece ideado por el amor y para el amor, por amor á Sevilla y á él nos hemos atrevido á llevarlo á la escena, cuidando mucho de no desposeerlo en la copia del más poético de sus encantos, del que constituye su naturaleza y su espíritu, de ese suave ambiente amoroso que lo envuelve y que lo perfuma.

Si algún acierto hay á nuestro entender en esta comedia, estriba en haber imaginado para ella una acción sencilla y esencialmente amorosa. No hubiéramos tenido perdón de Dios ni de las sevillanas, si echamos por los cerros de Ubeda en lo que á la índole de la acción se refiere, y nos apartamos al idearla de los sabrosos y picantes temas del amor, favoritos de las tertulias de los patios.

Y aparte la alegría de ver que el público y la prensa nos manifiestan cada vez más cariño, y que un insigne maestro de la crítica nos estimula á seguir adelante, tenemos como sevillanos la satisfacción más íntima y pura que pudiera soñar nuestro deseo: la que nadie puede quitarnos: la de llevar y mostrar por todos los rincones de España, como quien lleva y muestra su mejor tesoro, siquiera sea un pálido remedo de nuestra calumniada Sevilla: un puñadito de

su sal, un trozo de sus calles, un rincon de sus casas, una flor de sus flores, un soplo de su ambiente, un girón de su cielo, un rayo de su luz y un manojo de sus mujeres y de sus hombres.

Perdonen ustedes, queridos amigos, este desahogo que con nadie más que con ustedes podíamos permitirnos. Y viva Sevilla para gloria de España y viva EL PATIO *en testimonio de nuestra antigua y estrecha amistad.*

Serafín y Joaquín

Madrid, Enero 1900

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN	Srta.	Suárez.
DOÑA ROSA	Sra.	Valverde.
DOLORES	Srta.	Domus.
PETRILLA		García Senra.
REPOSO	Sra.	Lasheras.
PEPITA	Srta.	Mauri.
NIEVECITAS		Feros.
MATILDITA		Plana.
CONCHITA		Aguirre.
DOÑA VICENTA	Sra.	Grajera.
LOLA	Srta.	García Senra.
PEPE ROMERO	Sr.	Morano.
DON TOMÁS		Balaguer (J.)
DON CRISTINO		Larra.
CURRITO		Santiago.
VERJELES		Ramírez.
DON APOLINAR		Valle.
ALONSO		Vigo.
DIEGO		Balaguer (M.
PLÁCIDO		Vigo.
JUANITO	Srta.	González.
ROBERTO	Sr.	Barbero.
ANTONIO		Balaguer (M.)
UN POBRE		Valle.
VENDEDOR DE GAFAS		Alemán.
VENDEDOR DE DULCE		Gambardela.
EL TÍO DE LOS PEJE-REYES		Valle.

Todos los personajes, á excepción de Pepe Romero, Verjeles y el Vendedor de gafas, hablan con acento andaluz; pero llanamente, sin incurrir en la menor exageración, sobre todo por lo que respecta á los tipos que no son del pueblo.

ACTO PRIMERO

Patio de la casa de don Tomás, en Sevilla. Corredores al foro y laterales, con columnas. A la izquierda del actor, en primer término, cancela pintada de oscuro, que da al zaguán. A la derecha, también en primer término, el nacimiento de la escalera principal, que es de mármol blanco: en segundo término, una puerta vidriera, con medio punto de cristales de colores. Otra puerta igual á esta á la izquierda del foro. A la derecha una ventana sin reja. Entre una y otra un piano abierto, sobre el cual habrá un jarrón con flores, libros y papeles de música y dos ó tres abanicos. Delante, un asiento giratorio de rejilla. Mecedoras y sillas, convenientemente colocadas, de rejilla también. En el centro del patio un macetón con una planta grande, al cual rodean varias macetas con plantas más chicas. A los lados del piano y en otros huecos, maceteros de azulejos, también con plantas. A la izquierda de la cancela el tirador para abrirla. Junto, un perchero. Delante de ella, á poca distancia, un biombo elegante de caña y tela fina de color claro. Suspendida del techo del corredor, y también delante de la cancela, una lámpara de cristal. Otro aparato de luz sujeto á la pared, entre la escalera y la puerta de la derecha. Las paredes blancas, decoradas con fotografías de cuadros modernos. Zócalo de azulejos árabes. Suelo de mármol blanco. Es de día. Luz muy igual: se supone que hay un toldo corrido.

ESCENA PRIMERA

DOLORES, UN POBRE y PETRILLA.

(Dolores arrodillada á la izquierda del actor, sobre una almohadilla de cuero y con los brazos al aire, aljofifa.)

DOL. (Cantando)

Si er querer es güeno ó malo
á un sabio le pregunté;
er sabio no había querío,
no me supo responde...

¿Qué quieres de mí,
si hasta el agüita que bebo
te la tengo que pedí?

PET. (Cantando también, desde dentro, hacia la puerta de la derecha.)

Empecé por capricho,
zeguí por tema,
continué por desvelo
y acabé en pena.
Y de esta zuerte,
les temo á lcs caprichos
más que á la muerte.

DOL. Esa arrastrá Petriya no para en to er día. (Entra el Pobre en el zaguán y llama.) ¿Quién es?

POBRE ¡Alabado sea Dios!

DOL. ¡Por siempre!... Un pobre.

POBRE Hermanita, ¿no hay una limosnita pa este probesito bardaito que está esmayaíto?

DOL. Dios lo socorra a usté, hermanito.

POBRE San José bendito se lo pagará, hermanita... Ande usté, aunque sea un cachito e pan duro, pa una sardinita que me han dao aquí ar lao.

DOL. Espérese usté. (Llamando.) ¡Petriya! ¡Tráete un piasito e pan... pa la sardina de este hombre! (Volviendo á cantar mientras sale Petrilla.)

Ven aquí, serrano,
siéntate á mi vera,
que te tengo que contá
la má de cositas güenas.

PET. (Por la puerta de la derecha, con unos pedazos de pan en el delantal.) ¡Jozú con los pobres! No me dejan hacé una faena zeguía. (A Dolores.) Oye, á este ziempre le dan una zardina ahí junto.

DOL. Se conose que han comprao una lata e conservas na más e pa é.

PET. (Dandole el pan al Pobre.) Tome usté, hermanito.

POBRE Dios se lo pague á usté y se lo aumente... (Besando el pan.) Con Dios, hermanita. (Vase.)

PET. Cierre usté la puerta ar zalí, que entra mucha caló.

DOL. Ahora va ar 34, y la sardina se la hemos dao acá.

ESCENA II

DOLORES y PETRILLA.

PET. Escucha, Dolores: ¿á qué hora va á veni tu Esteban?

DOL. Ya está ar caé:

PET. ¿Zabe de zeguro zi ze va er zeñito Pepe?

DOL. Ayé no lo sabía.

PET. ¿Y zi ze va er zeñito, ze va con é?

DOL. Figúrate tú: como es moso suyo hase tanto tiempo...

PET. Pos miá que te hará una gracia que ze yeve á tu novio...

DOL. Esa es mi pena; porque como tome er tren... si te vide ya no me acuerdo.

PET. Mujé, ¿tan poca ley va á tenerte?

DOL. No, si la que no se acuerda soy yo. Me pasa eso, ¿sabes tú? Como no tenga á los novios elante no los pueo queré.

PET. (Bajando la voz.) Azina debía zé la zeñita Carmen; y no que está pazando las morás desde que la plantó er zeñito Pepe

DOL. (Bajando también la voz y levantándose.) Y que no le vale disimularlo: le sale á la cara á la pobresita. Por supuesto que er señorito Pepe, guisao con arró no pagaba.

PET. ¿Tú zabes por lo que han reñío?

DOL. Porque ér se cansó de novi ijo á los tres meses e relasiones. Y prinsipió á fartá á la ventana; y hoy no venía, y mañana le echaba un embuste, y pasao le escribía disiéndole que se iba á comé con unos amigos.. que luego resurtaban amigas, y al otro gorvía mu enfadao pa que eya no le dijera na... y en fin, la de tos los hombres cuando se les pone rompé con una.

PET. Pos las relaciones laz empezó mu encandilao.

DOL. Y tanto. Como que no sabía apartarse un minuto de la casiya e la feria.

PET. Ayí ze conocieron, ¿no?

DOL. Cabalito. Er señorito es de Valensia. Vino aquí á Seviya á pasá la Semana Santa, y vió á la señorita Carmen y le gustó más que toas las cofradías. Se queó á la feria, se procuró conosimientos, lo trajo á la casa don Cristino... y entonses prinsipió á pasá fatigas.

PET. ¿Por qué, tú?

DOL. Porque la señorita Carmen, que paese que to lo echa á guasa, tocante ar queré es más formá que un número. Un mes anduvo er señorito detrás de eya: quisiea yo que hubieras tú visto entonses á ese charrán: asina se queó de dergao : (Mostrándole el dedo chico de la mano derecha.) no podía comé más que fideos finos.

PET. Razón tenía la zeñita Carmen pa no hacerle cazo.

DOL. ¿Sabes tú quién hiso que se arreglaran? Su tía.

PET. ¿La zeñita Roza?

DOL. No pué viví más que componiendo noviajos: el aqué de toas las sorteronas.

PET. Pos mira, pué zé que lo arregle otra vé.

DOL. Esas sí que están verdes. ¿No ves tú que la señorita Carmen está picá en su orguyo y que er señorito don Tomás tampoco quié ese noviajo ni á tres tirones?

PET. ¡Clarol Después de la mala partía der zeñito Pepe...

DOL. A mí me da más pena, porque la señorita Carmen yegó á cobrarle cariño... Y aunque dise que no, yo sé que pasa mu malitos ratos por é.

PET. ¡Probe zeñita Carmen! No quiziea yo más que zé hombre, y zé zeñorito, y no zé de la Argaba, pa zacarla e penas.

DOL. Cáyate, que ahí viene.

PET. Miála, qué bonita.

DOL. Se le pué resá un Padrenuestro.

ESCENA III

DICHAS y CARMEN.

CAR. (Por la escalera.) ¿Quién era antes, tú?
DOL. Er pobre de la sardina, señorita Carmen.
PET. (Con demostraciones de admiración.) ¡Ay, zeñita Carmen!
CAR. ¿Qué te pasa?
PET. ¡Ay, qué reprecioza está usté hoy!
CAR. ¿Sí, eh? ¡Pues ya verás mañana!
PET. Con formalidá. ¡Ay, qué rebién le zienta á usté eze vestío!
DOL. Es verdá que le sienta mu rebién.
CAR. Cuando se casen ustedes, le regalo uno igual á cada una.
PET. ¡Déjeme usté que le dé un bezo, zeñita Carmen!
CAR. ¡En eso estoy pensando! Con lo cochambrosa que estás...
DOL. Como que se ha peleao con er jabón...
PET. ¡Miá qué gracioza! ¡En la cocina quiziea yo verte!
CAR. Y yo á tí: conque anda ligera.
PET. Güeno. (A Dolores.) ¿Tú haz acabao ya con este cubo?
DOL. Sí; pués yevártelo to. (Petrilla recoge la almohadilla, la aljofifa y el cubo.)
CAR. Pero ¿todavía estabas aljofifando?
DOL. No señora; sino que han venío unos parientes de esta calamidá y me han puesto er patio perdío con las botas.
CAR. Temprano han empezado las visitas...
PET. (Cuando va á irse, en un nuevo arranque de admiración.) ¿Zabe usté lo que le digo, zeñita Carmen? Que zi la viera á usté azín, no ze iba de Zeviya...
CAR. Vamos, esta chiquiya es tonta.
PET. Zí, zí; me chupo er deo. (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

CARMEN y DOLORES; luego DOÑA ROSA.

DOL. Pos sí que tiene rasón Petriya, señorita Carmen: si la viera á usté asín...

CAR. Bueno, pero como no me verá... Y sobre todo, ¿le importa á tí algo?

DOL. ¿No quié usté que me importe, señorita? Lo uno, porque es una picardía lo que ha hecho er señorito Pepe.

CAR. Deja eso.

DOL. Y lo otro, porque con ér se me va mi Esteban.

CAR. Mejor. Así puede que te salga un novio con más cuerpo.

DOL. Ave María, señorita; no es tan chico mi Esteban...

CAR. No: media vara. Con el sombrero ancho parece un velador.

DOL. Miste que tiene usté unas cosas...

CAR. Oye, ¿y es verdad que duerme en un cajón de la cómoda, junto á las tirillas del amo?

DOL. Vaya, señorita Carmen... no se burle usté del infelí... Ya se ve, como er señorito Pepe tiene tan güen cuerpo...

CAR. Algo bueno había de tener.

DOL. Cuando yo digo...

CAR. No digas nada: vete á arreglar tus cosas.

DOL. Si estoy aquí aguardando á mi Esteban, que va á ení á desirme si se larga ó no...

CAR. Pues eso es importante.

DOL. Como que yevamos tres días con el arma en un hilo, señorita: tan pronto nos vamos como nos queamos.

CAR. Sí, ¿eh?

DOL. Dise mi Esteban que er señorito Pepe está *guiyao*. Saca la ropa der ropero y la mete en er baú como si fuera á irse; luego se pasea por er cuarto, la saca der baú y la güerve á meté en er ropero. Y asín to er santo día.

CAR. Le habrán mandado que haga gimnasia.

DOL. Sí, échelo usté á broma.

CAR. Eso debías hacer tú, inocente... Al fin y al cabo ¿qué vas á perder? ¡Media libra de novio!

DOL. Vamos, le ha caío á usté en grasia la estatura. (Suena dentro, hacia la izquierda, un silbido intenso y prolongado.)

CAR. En nombrando al ruín de Roma...

DOL. Ahí está ya. (Va hacia la cancela.)

CAR. Y que trae pulmones de persona mayor.

ROSA (Por la puerta del foro, vestida de hábito del Carmen y con gafas de oro. Trae en la mano una canastilla de costura.) Oye, Dolores.

DOL. (Deteniéndose.) ¿Qué quié usté, señorita?

ROSA Dile á tu novio que para llamarte se ponga cejuela, como las guitarras.

DOL. Güeno, se lo diré.

ROSA ¡Me ha asustado el demonio del hombre! (Suena otro silbido.)

CAR Y trae prisa.

ROSA Corre, corre á verlo... no vaya á silbar otra vez... (V se Dolores corriendo por la cancela, que deja entornada.)

ESCENA V

CARMEN y DOÑA ROSA; luego un VENDEDOR de dulce.

ROSA (Sentándose a coser en una silla baja:) Hija, no sabe una dónde ponerse. ¡Qué calor hace hoy!

CAR. (Sentándose al piano y jugueteando con las teclas mientras habla con doña Rosa.) Calor de Agosto, tía Rosa.

ROSA Es verdad: de mañana en ocho, San Lorenzo (Pausa.) ¿Tú sabes quién está arriba con tu padre?

CAR. Sí; Verjeles. Ya creo que se va... ¡Qué fastidio de pretendientes!

ROSA No lo deja ni á sol ni á sombra. ¿Qué dices tú á eso?

CAR. Que hoy al sol sí lo dejaría. ¡Ja, ja! (Breve pausa.)

VEND. (Gritando desde la cancela.) ¿Se quiere güen durse de sidra?

ROSA No se quiere.

VEND. ¡No se puede! (Se va.)

ROSA ¿Digo, eh? ¡Pero qué descarado es ese tío! (Nueva pausa.)

ESCENA VI

CARMEN y DOÑA ROSA.

ROSA Pues para mí que tu padre...

CAR. ¿Qué?

ROSA Digo que para mí que tu padre no hace bien en alentar á Verjeles... Sabiendo que á ti no te gusta... y que puede que todavía el otro... ¿no?

CAR. No, tía, no...

ROSA (Sería el primer noviazgo que yo no arreglara.) ¿Y por qué no, vamos á ver? Desde que tengo uso de razón he visto que todos los novios riñen para hacer las paces... Luego se pelean otra vez, si á mano viene, pero las primeras paces no faltan nunca.

CAR. (Dejando el piano y sentándose junto á su tía.) Pues ahora faltarán, tía Rosa. Ni él quiere hacerlas, ni yo tampoco. (Con firmeza.)

ROSA Él sí quiere.

CAR. ¡Qué ha de querer, por Dios! Parece mentira que usted, que dice que conoce el mundo... Pepe llegó á Sevilla á divertirse, á pasar una temporada alegre y de fiestas... Y lo que él se diría: para que no me falte nada, necesito una novia... ¿Cuál? La primera que pase.

ROSA Y pasaste tú. Estaba escrito.

CAR. Pero tachado luego. Se acabó la temporada de fiestas... y ahí te quedas, niña. Ahora ríe, llora ó haz lo que más coraje te dé. Yo no tengo corazón y me voy tan fresco; si tú lo tienes, que lo dudo, porque ¿cómo has de tener tú lo que á mí me falta? sufre un poco, echa unas lagrimitas, que eso es muy sano, y ya se te pasará la rabieta... No estoy porque me amanezca más charlando en la ven-

tana contigo... Aquellas cosas que yo te decía como si me salieran del alma, son mentira; mentira también las excusas para disculpar mi tardanza en ir á verte; mentira los pretextos para dejarte pronto... Todo mi cariño es mentira: ¿lo será el tuyo? ¡Me tiene sin cuidado! Adiós: ahí te quedas. (Se levanta.)

ROSA Eso debía yo decirte: adiós, ahí te quedas... ¡Qué torbellino! ¡qué manera de desbarrar!

CAR. Pero, ¿no es esa la historia, tía?

ROSA Según y conforme, mujer.

CAR. La prueba es que dicen que se va á su tierra... Buen viaje.

ROSA ¿Qué se ha de ir, muchacha? Si creo que lleva un mes haciendo y deshaciendo mundos... Le ha ganado á Dios, que no hizo más que uno y tuvo que descansar el domingo...

CAR. Se habrá impuesto esa penitencia.

ROSA ¿Y si yo te dijera que Pepe está arrepentido de lo que ha hecho?

CAR. No lo creería.

ROSA ¿Con que no? Se conoce que no lo has visto, como yo, pasar de noche, ya muy tarde, por delante de casa; llegar á la reja donde hablaban ustedes; ponerse á escuchar; seguir andando; desandar lo andado...

CAR. ¿Y hasta ahora no se le ha ocurrido á usted decírmelo?

ROSA ¿Para qué atormentarte? Es más: la última noche que lo ví tuvo la paciencia de besar uno por uno todos los hierros de la ventana... ¡que son veintitantos!...

CAR. Si lo llego á saber á tiempo les doy pintura á prima noche.

ROSA ¡Qué mala idea!

CAR. (Riéndose.) ¿Y no cortó una ramita de yerbabuena para la sopa del día siguiente?

ROSA (Lo mismo.) ¡Anda! Y una de perejil, y se la puso en la solapa... No sé cómo lo echas á broma.

CAR. Lo que yo no sé cómo usted quiere que vuelva á tomarlo en sério. (Se aparta de su tía y se sienta á la izquierda en una mecedora.)

ROSA Calla, que bajan ahí Verjeles y tu padre.

ESCENA VII

CARMEN, DOÑA ROSA, DON TOMÁS y VERJELES.

TOM. (Por la escalera, con Verjeles.) ¡A ver si aquí en el patio se respira un poco! (Pasea agitado con demostraciones de mucho calor, abanicándose y secándose con el pañuelo constantemente el sudor del cuello y de la cabeza.)

VER. ¡Y tanto como se respira! ¡Este patio es un paraíso!

CAR. Sí, señor: encantado.

VER. (¡Cada vez más bella... y más *sugestiva!)*

TOM. ¡Uf!... ¡arriba es morirse!

ROSA Siéntese usted, Verjeles.

VER. No puedo, señora. Con harto dolor me veo obligado á trocar este deleitoso paraje por la calurosa vivienda del señor Morrillo, mi amigo y dueño.

CAR. ¿Quién? ¿ese tan gordo? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Mire usted que al diablo se le ocurre irse á estas horas á ver á un señor gordo!...

ROSA ¡Niña!

TOM. ¡Dice muy bien! ¿Tú sabes el calor que despiden ahora los gordos? ¡Uf! ¡qué fatiga!... Tres amigos muy gordos tengo yo y he reñido con ellos hasta el invierno. Y son personas excelentes, bien educadas, instruidas, de amenísima conversación... ¡pero que me resultan tres estufas!

VER. Siempre tan propenso á la hipérbole.

TOM. Es claro; usted, como no suda... Pero yo... Tóqueme usted aquí, verá usted como estoy... (Presentándole un costado á Verjeles y haciendo que lo palpe, lo mismo ahora que en lo sucesivo.)

VER. No, si ya..

TOM. Tóqueme usted, hombre...

VER. Sí, en efecto...

TOM. Pues esto no es nada: mire usted por la espalda... Tóqueme usted, tóqueme usted...

ROSA Tomás, no seas pesado.

TOM. ¿Pesado? Tócame tú...

CAR. Ay, papá, ni que fueras un timbre...

ROSA Vamos, quita.

TOM. ¡Uf! ¡qué barbaridad! Y con una pulga desde el lunes... (Rascándose.) Nada, que ha tomado la tierra y no hay quien la eche. Ya se ve, tiene casa, comida, horas de recreo... ¡Pica, hija, pica! Verá usted, Verjeles, verá usted cómo me ha puesto el pecho de ronchas...

CAR. Papá, por Dios...

TOM. ¡Míralo tú!... Parece la fachada vieja del Ayuntamiento... ¡Oh, qué hermosura de verano! ¿No es verdad, Verjeles? Las noches... la luna... el aire el huerto orea... ¡Mucho, mucho! ¡Vamos, hombre! ¡hasta la vergüenza se pierde en este tiempo... para que usted se entere!

VER. Y en invierno también.

ROSA ¡Toma! y hay quien no la tiene en las cuatro estaciones...

TOM. Señor, no es eso; es que acabamos de ver á la gorda de ahí enfrente en camisa. (Doña Rosa y Carmen sueltan la carcajada.)

ROSA ¡Qué cosas dices, hombre!

TOM. Ah, ¿no lo creen ustedes? Verjeles, ¿no es verdad?... Pero, señor, no se ponga usted colorado... ¡Ni que fuera usted el que andaba en paños menores!

VER. (¡También es gana de que se lo figuren á uno en calzoncillos!) Hoy está usted diabólico, don Tomás. Me retiro.

CAR. Está tremendo. Y usted toma tan en serio todo lo que dice..

VER. ¿En sério? ¡qué disparate! Yo no tomo en serio más que una cosa en este mundo.

CAR. Sí; las citas del señor gordo.

VER. Carmencita...

CAR. La prueba es que nos deja usted y se va á verlo.

ROSA Eso está más claro que el agua.

VER. ¿Usted también? Vaya, hoy no tengo aquí más que enemigos.

TOM. Bueno, pues del enemigo el consejo. Deje usted á Morrillo, váyase usted á su casa, póngase usted en calzones blancos...

VER. (¡Y dale!)

TOM. Tiéndase á la larga, eche una buena siesta...

VER. Sí, sí, y á la vida ideal que la parta un rayo... (Despidiéndose.) Doña Rosa... (A Carmen.) Rosa... á secas...

CAR. ¡Huy, á secas!

VER. ¡Qué mala es usted! Don Tomás... (Le coge una mano entre las suyas.)

TOM. Adiós, mi amigo, adiós.

VER. No me olvide usted.

TOM. Pierda usted cuidado. Pero no me pase usted la mano por agua...

VER. ¿Cómo? (¡Qué grosería!) A los pies de usted es... (¡Parece mentira que de un escarabajo haya salido una mariposa!...) (Vase por la cancela.)

ESCENA VIII

CARMEN, DOÑA ROSA y DON TOMAS; luego ALONSO, DIEGO y PETRILLA.

TOM. ¡Caray, qué cataplasma de hombre! Se pega más que un parche poroso. Ya le temo tanto como á Currito. ¡Y mira que Currito!...

CAR. Pues tú tienes la culpa, papá. (Se levanta de la mecedora en que estaba y se sienta en otra junto á doña Rosa.)

ROSA Si no le dieras alas...

TOM. ¡Che, che, che, che! Me opongo á toda discusión. Verjeles me ha quitado media hora de siesta y no estoy por perder más tiempo. (Déjase caer en la mecedora que ocupaba Carmen.) ¡Ah, qué ganitas tenía de cogerla hoy!

ROSA ¿Vas á dormir ya?

TOM. ¿Cómo ya, si hace tres noches que no pego los ojos? Entre el calor y los mosquitos... ¡Otra delicia del verano! Todas las noches se me cuela uno dentro del mosquitero. No marra. Y es el mismo: lo conozco en la voz. Para mí que tiene una puerta secreta.

CAR. Yo también llevo dos ó tres noches desvelada...

TOM. Poca conversación ¿eh? que quiero dormirme (Se balancea en la mecedora y Carmen también. Pausa.)

ALON. (A voz en cuello desde la cancela.) ¡Petraaaa! (Todos se estremecen.)

TOM. ¡Maldito sea el demonio! ¿Una visita de la Algaba?

CAR. Con seguridad.

ROSA Y es la cuarta de hoy.

TOM. Hombre, pues que señale Petra un día de recepción...

ALON. (Como antes.) ¡Petraaaa!

TOM. (Imitándolo.) ¡Ya vaaaa!

CAR. ¡Qué voz más agradable tiene!

PET. (Saliendo por la puerta de la derecha muy corrida y yendo á abrir la cancela.) Es mi hermaniyo Alonzo, zeñito Tomás.

CAR. Hija, pues llévalo á casa del afinador.

ROSA No quedarse ahí á la puerta, ¿eh? Entrar en la cocina. (Entran en el patio Alonso y Diego. Alonso sigue á Petrilla, que va hacia la cocina, y se detiene á saludar á los señoritos; Diego, que viste uniforme de soldado de infantería, se queda detrás del biombo.)

ALON. Tengan ustés mu güenas tardes.

CAR. Buenas tardes.

ALON. Me alegro de verlos á ustés tan güenos.

TOM. Gracias.

ALON. ¿Están ustés güenos?

TOM. Pues hombre, ¿no acaba usted de decir que se alegra?...

ALON. ¿Cómo está usté, don Tomás?

TOM. ¿Yo? Deseando dormirme, hijo de mi alma.

PET. (Impaciente.) Vente, Alonziyo.

ALON. Ya á la zeñita Carmen y á la zeñita Roza las veo tan güenas...

ROSA Sí, vamos tirando.

ALON. ¿Zigue usté güena, doña Roza?

TOM. (¿Otra vez?)

ALON. Ya á don Tomás y á la zeñita Carmen los veo tan güenos...

CAR. Sí, hombre; todos bien.

ALON. ¿Y usté, está güena, zeñita Carmen?

TOM. (¿Querrá un certificado del médico?)

ALON. Ya á la zeñita Roza y á don Tomás...

CAR. Sí, los ve usted tan buenos...
ROSA Andar, andar á la cocina.
ALON. (A Petra.) Oye, tú, que entre eze.
TOM. ¿Cómo ese? Pero ¿viene otro?
ALON. ¡Dieguiyo!
DIEGO ¡Eh!
ALON. ¡Entra!
PET. Ez un paizano... que es melitá...
DIEGO ¿Dan ustés zu permizo?
TOM. ¡Adelante, hombre! ¡Y dejarme dormir con cien mil de á caballo!
DIEGO (Avanzando.) Tengan ustés mu güenas tardes. Me alegro de verlos á ustés tan güenos...
TOM. (¡Adiós! ¡Trae el mismo estilo!)
DIEGO ¿La familia güena?...
ROSA Sí, señor, sí.
DIEGO ¿Y por caza?
CAR. ¿Por qué casa?
TOM. ¡Anda! Pues si le objetas, no acaba en un mes.
PET. ¿Quereis venirze?
ALON. Mujer, déjalo que zalude.
DIEGO ¿Tienen ustés argo que mandá á zu zervidó?
ROSA Nada, nada; que se vayan ustedes.
DIEGO Pos que no haiga ninguna novedá.
ALON. Me alegro de verlos á ustés tan güenos.
DIEGO Expreziones. (Entran en la cocina con Petra.)

ESCENA IX

CARMEN, DOÑA ROSA, DON TOMÁS y un VENDEDOR de gafas.

CAR. Y luego dirán que no son finos en la Algaba.
TOM. ¡Jesús, qué desesperación! Basta que uno quiera dormir...
VEND. (Desde la cancela, con voz gangosa y grave y acento catalán.) Gafas de cristal de roca.
TOM. (Fuera de sí.) ¡Vaya usted á paseo!
VEND. (Imperturbable.) Quevedos baratos.
TOM. ¡No se quiere nada!
VEND. Anteojos, lentes...
TOM. ¡Pero, hombre!

VEND. Gemelos de teatro...
TOM. (Levantándose desesperado y yendo á la cancela.) ¿Cómo se le va á decir á usted que vemos todos bien?
VEND. Usted perdone. (Vase.)

ESCENA X

CARMEN, DOÑA ROSA y DON TOMAS; luego PETRA.

TOM. ¡Qué *tostón* de tío! ¡Voy á poner un guardia civil detrás de la puerta!
CAR. Papá, no es para tanto...
ROSA El pobre señor tiene que ganarse la vida...
TOM. ¡Que se muera! (Soplando fuerte.) ¡Yo ya estoy loco de calor! (Llamando y sentándose.) ¡Petra! ¡Uf! ¡cómo sudo!... ¡Petra!
ROSA ¿A qué la llamas, hombre? (Sale Petra.)
TOM. ¡Tráeme una talla de agua hasta arriba! (Vase Petra.)
CAR. ¿Más agua, papá?
ROSA Tomás, por Dios, que luego sudas doble...
TOM. ¡Pero si estoy seco, señor! ¡Si estoy abrasado! (Sale Petra con una talla de agua que le da á don Tomás.) Trae acá, Petrilla... (Después de beber un poco.) ¡Qué rica está! (Continúa bebiendo largo rato.)
ROSA Vas á criar ranas en el estómago.
TOM. (Mientras bebe.) Mejor.
CAR. Papá, me da fatiga verte.
TOM. (Con satisfacción.) ¡Ay!... Ten ahí... (Le devuelve la talla á Petrilla y ésta se va.)

ESCENA XI

CARMEN, DOÑA ROSA y DON TOMÁS. Al final PETRILLA y CURRITO.

CAR. ¿Te la has bebido toda?
TOM. ¡Toda! Y ahora es peor, lo verán ustedes...
ROSA Ya te lo dije.
TOM. ¡Míralo!... ¡ya estoy sudando á chorros! En

fin, con tal de quedarme dormido... ¡Uf! No puedo aguantar ni la americana (Se la quita y la tira lejos.)

CAR. La verdad es que hoy hace un día de calor...

ROSA Estamos aclimatándonos para el Purgatorio.

TOM. Callarse ya.

ROSA Ya nos callamos, á ver si callas tú. (Don Tomás y Carmen tratan de dormirse. Pausa.)

TOM. ¡Qué siestecita más hermosa voy á echar hoy!

CAR. ¡Jesús! (Se desabrocha el cuello de la blusa y se sube un poco las mangas.)

ROSA (Cabeceando.) Me parece que yo también la entrego. (Pausa. Los tres se van quedando dormidos. Hablan entre dientes, á media voz y sin abrir los ojos.)

CAR. (Tosiendo levemente.) Ejem, ejem...

TOM. No tosas, hija.

ROSA ¡Qué fastidioso te pones, Tomás! (Nueva pausa.)

TOM. Rosa, Rosa...

ROSA Qué.

TOM. ¿Estás ya dormida?

ROSA Sí.

TOM. Mujer, me extraña mucho la respuesta...

ROSA Hijo, pues más me extraña á mí la pregunta... (Pausa.)

TOM. Carmen.

CAR. ¿Qué, papá?

TOM. Si te duermes antes que yo, me lo avisas, para que no haya luego discusiones.

CAR. Bueno. (Pausa.)

TOM. (Dándose una bofetada de repente.) ¡Ladrón! Condenados mosquitos... (Se le sale del pie una zapatilla. Pausa.)

ROSA (A Carmen, despabilándose un poco.) Oye, no vayas á soñar en voz alta con Pepe Romero, como ayer. (Advirtiendo que no la oye y tornando á dormir.) A la otra puerta. (Pausa larga. Se oye en la calle, un poco lejos, el pregón lento y cadencioso del Tío de los peje-reyes.)

TÍO *¡Y... qué... vivos... los... peje... reyes!*

ROSA Las cuatro.

TÍO (Algo más lejos.) *¡Pe... je... re... yes... y... qué vi... vos!...* (Don Tomás empieza á roncar. Poco des-

pués llega Currito á la cancela y llama. Al sentir el timbre se despiertan los tres sobresaltados y se miran con estupor. Hablan en voz baja. Sale Petrilla á abrir.)

TOM. ¡Por vida del diablo!
CAR. ¿Será visita?
TOM. Mujer, por Dios, ¿á estas horas?...
— CUR. (A Petrilla, que le abre la cancela.) ¿Están los señores?
CAR. }
ROSA } (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Currito!
TOM. }
PET. Zí, zeñó; paze uzté. (Pasa Currito, y mientras deja en el perchero el sombrero y el bastón, Carmen, Doña Rosa y don Tomás se arreglan precipitadamente maldiciendo de él. Petrilla se va.)
TOM. (Buscando y poniéndose su americana y la babucha que se le salió.) ¡Mal rayo lo parta!
CAR. (Abrochándose el cuello de la blusa y bajándose las mangas.) ¡Ay, qué sinapismo de niño!
ROSA ¡Mire usted que es mucha jaqueca!
TOM. ¡Lástima de tabardillo pintado!
CAR. ¡Antipático!
ROSA ¡Burro!

ESCENA XII

CARMEN, DOÑA ROSA, DON TOMÁS y CURRITO.

(Al presentarse Currito, cambia la decoración bruscamente y lo reciben con cara de Pascuas.)

TOM. ¡Currito!
ROSA ¡Tanto bueno por aquí!...
CAR. ¡Dichosos los ojos!...
— CUR. (Un poco cortado.) Buenas noch... digo días... ¡tardes! ¿Cómo zigue usted, doña Roza?
ROSA Bien, ¿y tú, hijo?
— CUR. Yo bien, gracias. ¿Y usted, don Tomás?
TOM. ¡Tan famoso! (Y dormido por dentro y por fuera.)
— CUR. ¿Y usted, Carmencita?
CAR. Perfectamente, Curro.

ROSA ¿No te sientas?

TOM. ¡Ya lo creo que se sienta, mujer! (¡Lo que no hará será levantarse en mucho tiempo!)

– CUR. (Sentándose junto á Carmen.) Con permizo de ustedes. (Está la niña hoy que tira de *esparidas*. Como pueda, me *arranco*.)

CAR. Vaya, vaya, con Currito...

ROSA ¿Qué hay, Currito?

TOM. ¿Qué lo trae á usted por aquí, Currito?

CAR. Ya lo echábamos á usted muy de menos, Currito.

TOM. ¡Mucho! Sobre todo hoy. No hace dos minutos que estábamos diciendo: pero hombre, ¿qué hará Currito que no viene? ¿Verdad, tú?

– CUR Por lo visto ustedes no zaben que he estado fuera.

CAR. Ni una palabra.

ROSA Y ¿para qué has vuelto, hijo mío?

– CUR. ¿Eh?

ROSA Con el calor que hace en esta Sevilla...

TOM. Llevamos un verano horrible... Si sigue así yo no llego á la caída de la hoja... (Invitándolo á que le toque la espalda.) Mire usted, mire usted cómo estoy.

– CUR. Pues no me lo explico... en este patio tan hermozo!... ¡En la calle quiziera yo verlo á usted!

TOM. (¡Toma! y yo á tí, ¡asesino!) (Se sienta en la mecedora en que estaba.)

CAR. (¡Ay, me pesa cada párpado una arroba!)

– CUR. ¿Usted ziempre ha zentido mucho el calor, verdad, don Tomás?

TOM. ¡Muchísimo! El calor .. y sus naturales consecuencias...

– CUR. ¿Y á usted, doña Roza, qué le gusta más, el verano ó el invierno?

ROSA El invierno. Se sale poco de casa... no hay que hacer visitas...

– CUR. A Carmencita le agradará más el verano...

TOM. (Pero ¿para esto ha salido un hombre de la fonda á todo sol y ha venido á despertar al prójimo?)

– CUR. ¿Qué dice usted á ezo, Carmencita?

CAR. Que el veranc me parecería adorable si no hubiese moscas...

– CUR. Pues yo á las moscas no les temo...

TOM. (Como dándole mucha importancia al caso.) ¡Caramba, hombre!

– CUR. A las pulgas zí...

TOM. (Si pudiera yo soltarte la que tengo abonada...)

ROSA (A Carmen.) (Que te duermes, niña: úntate saliva en las orejas.)

CAR. (Obedeciéndola con disimulo y despatilándose.) ¿Y qué tal le ha ido á usted por el pueblo, Currito?

ROSA No le habrá ido muy bien cuando ha vuelto tan pronto ..

– CUR. Es que hay cozas aquí que tiran de uno.

TOM. ¡Hola, hola!

CAR. ¿Esas tenemos?

– CUR. (Zi no estuvieran delante los viejos, me *arrancaba.*)

ROSA Pues á nosotros nos habían dicho que te había enganchado una de allí.

– CUR. ¡En zeguida! No me *enrucho* yo tan fácilmente...

CAR. ¿Que no se *enrucha* usted? ¿Y qué es *enrucharse*, Currito?

– CUR. ¡Como que no lo zabe usted mejor que yo!

CAR. ¡Yo qué he de saber eso!

– CUR. ¡Guazona!

ROSA (¡Se anima el hombre! (A Carmen.) Niña, no le des cuerda.)

TOM. (Desperezándose un poco y como quien no pregunta nada.) ¿Qué hora será ya?

ROSA Lo menos son las cinco.

– CUR. ¡Ca! A las cinco tengo yo que irme. (Mirando su reloj.) No zon más que las cuatro y cuarto.

ROSA ¡Jesús!

TOM. (¡Ea! ¡pues ya sabemos del mal que hemos de morir!)

CAR. (Yo voy á poner una escoba detrás de la puerta.) (Pausa. Don Tomás, Carmen y doña Rosa, hacen esfuerzos para no dormirse.)

– CUR. (Queriendo reanimar la conversación.) Bueno, bueno, bueno...

TOM. ¡Je!
– CUR. Anoche estuve en el teatro...
TOM. ¡Je!
ROSA (A Carmen.) (Ya no sale tu padre del ¡je! hasta que se vaya.)
CAR. (A doña Rosa.) (Y hace bien: hay que apelar á los monosílabos.)
– CUR. Pues zí; es buena compañía...
TOM. ¡Je!
– CUR. Y me gustó mucho la obra...
ROSA ¿Sí?
– CUR. Zí. Y ezo que tuve que pagar revendedores... ¡Je, je!... Tiene, tiene gracia.. Verán ustedes... Primero zale uno... y luego zale otro... y cree que el otro es otro... ¡Je, je! Ze arma un lío muy graziozo, y al final ze cazan y ze descubre *to*... ¿Ustedes no han ido?
TOM. No.
– CUR. ¿Todavía no?
TOM. No.
– CUR. Pero ¿irán ustedes?
TOM. ¡Je! (Pausa.)
– CUR. Carmencita ze ha quedado dormida...
ROSA Sí...
– CUR. No ez extraño...
TOM. ¡Qué ha de ser extraño!
– CUR. Con el calor que hace y la...
TOM. Sí...
– CUR. Porque está pezadillo el día...
TOM. Sí... (Doña Rosa hinca el pico. Don Tomás lucha en vano contra el sueño, y Currito, contagiado también, arrastra lánguidamente la conversación, hasta que se queda cuajado.)
– CUR. Doña Roza zigue el ejemplo de Carmen...
TOM. ¡Je!
– CUR. Y usted también tiene ojillos de zueño...
TOM. ¡No!
– CUR. Como es la hora de la ziesta...
TOM. ¡Je!
– CUR. ¿Ustedes duermen ziesta?
TOM. Si nos dejan, sí...
– CUR. ¡Je!
TOM. Lo que tiene que no nos dejan...
– CUR. ¡Je!

TOM. ¡Je! (Pausa. Los cuatro duermen. De pronto don Tomás abre un ojo, ve á Currito dormido, se indigna y se levanta y llama á doña Rosa en voz baja.) Rosa... Rosa...

ROSA (Despertando.) ¿Qué quieres?

TOM. (Señalándole á Currito.) Mujer, ¿tú no ves esto?

ROSA ¡Se ha dormido! ¡Qué poca vergüenza, señor!

TOM. (Llamando á Carmen lo mismo.) Carmen... Carmen...

CAR. (Despertando.) ¿Qué ocurre?

TOM. ¡Mira!

CAR. ¡Digo! ¿Le parece á usted?

TOM. (Amenazándolo con los puños cerrados.) ¡Maldito sea!...

CAR. Ahora verás tú. A dormir que se vaya á su casa. (Se levanta, se sienta al piano y toca fuerte unas escalas.)

— CUR. (Despertándose sobresaltado.) ¡Eh! ¿Quién toca?

ROSA Esta. Pero no te preocupes.

TOM. Siga, siga usted.

— CUR. (Levantándose corrido.) No... no... me voy ya... porque... porque ze están ustedes durmiendo... y yo también.

TOM. (¡Gracias á Dios!)

CAR. Hay aquí tan pocas distracciones...

— CUR. (¡Me la *zorté!*) (Despidiéndose.) Pues... doña Roza...

ROSA Adiós, hijo mío, que descanses.

— CUR. Don Tomás...

TOM. Adiós, pimpollo. (¡Me parece mentira que te largas!)

— CUR. Carmencita .. Hasta luego: vendré á la noche...

CAR. Ya más despabilado, ¿no?

— CUR. ¡Je, je! (Tengo que hablar con usted á zolas.)

CAR. (¡Pues era lo único que me faltaba!)

ROSA Acompáñalo á la cancela, Tomás.

TOM. (Obedeciendo.) Descuida, mujer. Eso es cuenta mía.

— CUR. No ze moleste, no... (Coge su bastón y un sombrero que no es el suyo.)

TOM. Me parece que se lleva usted mi sombrero...

CUR. Hombre, es verdad. (Cambiándolo.) El mío ez este. Usted perdone el *calambur*.

TOM. Adiós, buen mozo.

CUR. Con Dios. (Se va por la cancela.)

ESCENA XIII

DOÑA ROSA, CARMEN, DON TOMÁS y DOLORES.

DOL. (Desde dentro.) No sierre usté, señorito don Tomás. (Sale por la cancela, y la deja entornada.)

TOM. ¿Qué hacías tú en la calle? (Volviendo al lado de Carmen y doña Rosa, seguido de Dolores.) ¿Han visto ustedes en su vida un paso por el estilo?

DOL. (Muy afligida.) Er señorito Pepe Romero viene ahí.

CAR. ¿Qué?

TOM. ¿Otro? Pero, hombre, ¿es que la humanidad tiene empeño en que yo no muerma?

DOL. Viene á despedirse: creo que se va mañana.

ROSA (Levantándose.) ¿Que se va?

DOL. (¡Me deja sin novio!)

TOM. ¡Pues que se despida de su abuela! ¡Se acabó! ¡Yo no quiero verlo! (Vase refunfuñando por la escalera.)

CAR. ¡Ni yo tampoco!

ROSA ¡Muchacha!

CAR. Déjeme usted, tía. (Vase por la puerta del foro.)

ROSA Se van los dos... ¿Qué dirá el otro al verme sola?... Después de todo, puede que no lo sienta. (Pepe Romero llega á la cancela y llama.)

DOL. (En voz baja.) Er señorito es.

ROSA Abre y vete, Dolores.

DOL. (Acercándose á la cancela primero y yéndose después por la puerta de la derecha.) Empuje usté, señorito; no está serrao. (Escuchando me queo detrás e la puerta.)

ROSA (Impulsando violentamente una de las mecedoras y sentándose al lado en una silla.) Que conozca que se acaba de ir.

ESCENA XIV

DOÑA ROSA y PEPE ROMERO.

PEPE ¡Mi amiga doña Rosa!

ROSA ¡Pepe! ¿Cómo tú por aquí, perdido?

PEPE ¿Y Carmen? (Reparando en el movimiento de la mecedora.) ¿Estaba en esta mecedora?

ROSA ¿Te importa á ti algo Carmen?

PEPE Cuando le pregunto á usted por ella... cuando vengo...

ROSA Sí, sí... Pero siéntate, hombre. (Pepe se sienta en la mecedora.) Y dime, ¿á qué debemos el honor...? Yo estaba por mandar que repicaran gordo... Por lo menos que Petrilla arme ruído con el almirez.

PEPE ¡Ja, ja! Veo que gana usted en buen humor con los años.

ROSA Vaya, hombre, te ha faltado tiempo para llamarme vieja. Bueno, bueno, yo me vengaré.

PEPE Tiene que ser muy pronto.

ROSA ¿Pronto?

PEPE Sí, señora; porque vengo de despedida.

ROSA ¿Adónde te vas?

PEPE A Valencia.

ROSA ¿Cuándo?

PEPE Mañana.

ROSA Pues si te vas mañana á Valencia, ¿á qué vienes aquí? ¿No has podido despedirte de otra manera?

PEPE Despedirme, sí; pero como yo vengo á algo más...

ROSA ¿Tú?

PEPE Sí, señora; vengo á saber si vuelvo muy pronto ó si me marcho para siempre.

ROSA Y qué serio lo dices, hombre. Cualquiera que no te conociese... te creería.

PEPE ¿Usted no?

ROSA Yo no. Pero explícate: ¿cuál es tu plan? ¿de quién depende en esta casa...?

PEPE ¿Quiere usted que le regale el oído?

ROSA ¿De mí, quizás?

PEPE De usted... y de Carmen.

ROSA ¿Ahora estamos en eso?

PEPE Por Dios, doña Rosa, sáqueme usted de dudas... ¿Se acuerda alguna vez de mí?

ROSA Muchas. Pero es para ponerte como un trapo Por supuesto, que yo creo que está benévola.

PEPE Cierto; mi conducta.. Pero, en fin, con tal que se acuerde...

ROSA Sí, aunque te llame perro judío... Lo que dice Verjeles:

Ya que así me mirais, miradme al menos...

La verdad es que te has portado como un gitano... Y ahora lo menos pretenderás...

PEPE Hablar con ella... que me escuche...

ROSA ¡Hipocritón!

PEPE No, doña Rosa: crea usted que soy sincero. Es que no puedo más; es que me abruma esta carga de remordimientos, de alfilerazos... ¡Cuidado que hace falta ser bruto para reñir con Carmen!

ROSA Muy bruto: en eso estaba yo.

PEPE ¡Mucho más de lo que usted se figura!

ROSA Es que yo me figuro mucho.

PEPE Mire usted, señora: yo he sido toda mi vida un botarate: palabra de honor.

ROSA Veo que hoy te has levantado conociéndote.

PEPE He tenido novias por capricho, por pasar las horas... á veces por fastidiar á un pretendiente que me era antipático... por molestar á una mamá que no podía tragarme, y las he dejado como la cosa más natural del mundo... como se deja el paraguas para coger el bastón cuando ya no llueve. Eso hice con Carmen... ¿Quiere usted más lealtad en mí? Pero ahora me encuentro con que ella es otra cosa...

ROSA Sí, lo que es un paraguas no ha sido nunca.

PEPE Con que la dejé sin deber dejarla; con que la quiero olvidar y me acuerdo de ella á todas horas; con que estoy loco; con que no duermo; con que no vivo... Y á todo esto mi padre me manda llamar desde Valencia

por un telegrama que arde en un candil... Y yo no me voy sin pedirle á Carmen que me perdone. (Exaltándose.) ¡Y si no me perdona me doy un tiro, y á ella dos, y tres al papá, y á usted seis!

ROSA ¡Jesús, hijo! Como vienes de despedida, vienes de tiros... largos.

PEPE Bueno: déjese usted de bromas.

ROSA Ah, pero ¿eso de los tiros va en serio?

PEPE Casi, casi. Yo necesito hablar con Carmen esta noche.

ROSA Pues ven y habla.

PEPE No se haga usted la sorda... Ayúdeme usted...

ROSA No debía, porque no me gusta meterme en ciertos asuntos... Sin embargo, basta que se trate de mi sobrina para que yo...

PEPE Dios se lo pague á usted.

ROSA Acude esta noche á la reja á eso de la una...

PEPE ¿Saldrá Carmen?

ROSA Si no sale ella, saldré yo.

PEPE Ya comprenderá usted que no me da lo mismo.

ROSA ¿Y qué vamos á hacerle? Suponte que no la convenzo..

PEPE ¡Por Dios, doña Rosa!...

ROSA No; y si no habéis de hacer las paces, más vale que no salga á la reja.

PEPE Lo que es como salga, las hacemos. Me verá humilde, noble, franco, serio, leal, decidido á todo... ¡Yo soy hombre que se lleva un cura debajo del brazo... y nos casa allí!

ROSA ¡Qué loco!

PEPE (Levantándose y abrazándola.) ¡Ay, tía!—porque usted ya es mi tía—¡me devuelve usted la tranquilidad! ¿A la una, eh? ¡Esto ya es vivir!...

ROSA (Levantándose también) Baja la voz; que no se entere nadie... No quiero que se entere nadie.

PEPE Ni yo tampoco. Nadie.

ESCENA XV

DICHOS y DOLORES.

(Sale Dolores por la puerta de la derecha y se encamina á la escalera, por donde luego se va, mirando de reojo á Pepe. Trae en la mano una copilla con alhucema, humeando.)

ROSA ¡Pero qué manía tienes tú de sahumerios á todas horas! ¿A dónde vas con eso?

DOL. Arriba, señorita; que ha hecho *Napoleón* una de las suyas..

ROSA Sí, para quien te crea... (Lo que tú quieres es ver si pescas algo.) Aguarda un momento. (A Pepe, en voz baja.) Oye.

PEPE Qué.

ROSA Tú, pase lo que pase, ¿te irás mañana?

PEPE Creo que sí.

ROSA ¿Quieres despedirte de mi hermano Tomás?

PEPE ¡Desde luego! Todo lo que sea suavizar asperezas...

ROSA Me parece muy bien. (A Dolores.) Dile á mi hermano que baje, que el señorito Pepe quiere despedirse de él.

DOL. (¡Na, que *se las guiya;* que me deja er mu perro sin mi Estéban!) (Sube.)

ROSA Y tú espera un poco, que ahora salgo.

PEPE ¿A dónde va usted?

ROSA También es mucha curiosidad...

PEPE Usted perdone.

ROSA (A ver qué hace esa pobre muchacha...) (Vase por el foro.)

ESCENA XVI

PEPE.

(Sale Petrilla por la puerta de la derecha con una botella en la mano, y se va por la cancela, dejándola entornada. Hasta que se va no le quita ojo á Pepe.)

Las criadas me miran como una cosa rara...
Se conoce que les sorprende mi presencia

aquí... Y la verdad es que hubiera sido una estupidez—¡la mayor de todas!—marcharme sin decir una palabra... sin intentar siquiera... ¡Qué contento estoy!... En este patio... que es el suyo.. donde he entrado tantas veces como un animal... Sí, porque yo hasta ahora no he visto bien lo bonito que es este patio... ¡Cuidado que es bonito de veras!... ¡Y qué alegre!... ¡y qué limpio!... ¡y qué fresco!... (Suspirando.) ¡Ay!... Hombre, el piano abierto... El mismo de la casilla de la feria... Si este hablara... (Distraído pone una mano sobre las teclas y suenan.) ¡Cáscaras! ¡que me pareció que iba á hablar! (Se acerca á ver los papeles que hay en el atril.) ¡Qué gracia tiene! El vals que tocaba para darme á entender que iba á las *Delicias* sin su padre... (Coge un abanico que hay sobre el piano.) Este abanico es suyo... no hay más que verlo... (Se hace aire con él.) ¡Qué aire tan rico!... La verdad es que me estoy volviendo un poco poeta... (De pronto deja de hacerse aire y principia á pasar una por una las varillas del abanico, hasta que lo cierra del todo.) ¡Bah! ¡qué tontería! ¿Pues no dice el abanico que no me quiere? (Lo deja sobre el piano.)

ESCENA XVII

PEPE y DOÑA ROSA.

ROSA (Por la puerta del foro.) Mira, Pepe, ahora mismo tomas el tren y te vas á Valencia.

PEPE (Alarmado.) ¡Señora!

ROSA Es inútil cuanto se haga. He visto á Carmen .. No quiere oirte, ni verte, ni entenderte...

PEPE Pero ¿usted le ha dicho que yo...?

ROSA Inútil, inútil todo. Ah, y lo que es con la salidita á la reja no sueñes.

PEPE Entonces, ¿qué vamos á hacer?

ROSA Ven luego á la tertulia... y ya veremos.

PEPE ¿Cómo he de venir, doña Rosa, con la gente

que aquí se reune? El moscón de Verjeles, el animal de Currito...

ROSA — Pues hijo, no vengas... Yo no puedo hacer más.

PEPE — Dice usted bien; vendré... ¿qué remedio? Y si no consigo hablar con ella esta noche, le escribiré á mi padre que me he roto el bautismo y que me es imposible ponerme en marcha... Se acabó. Conque, hasta la noche.

ROSA — ¿Te vas sin ver á mi hermano? Ahí baja ya...

PEPE — ¿Y para qué, si he de volver luego? Lo saludaré, sin embargo.

ESCENA XVIII

DICHOS y DON TOMÁS.

TOM. — (Por la escalera, despeinado y con un lado de la cara muy rojo. Se conoce que dormía como un bendito y que lo acaban de despertar.) (¡La despedidita de Dios!... Me ha cogido en lo mejor del sueño...)

PEPE — ¡Mi señor don Tomás!... ¿cómo vamos?

TOM. — Así... medianamente... ¿y usted? (Va á darle la mano y se la lleva á una pierna antes de que Pepe la estreche.) ¡Ay! Usted perdone: se me ha dormido esta pícara pierna...

PEPE — (¡Como que vienes tú dormido de arriba abajo!)

ROSA — Hazte una cruz con saliva en la babucha...

TOM. — ¡Qué cruz ni qué ..! (A Pepe.) ¿Con que á Manila?

ROSA — ¡A Valencia, hombre!

TOM. — Digo, á Valencia... (Estornudando.) ¡Ah... chís!... Ya lo he pillado... ¡ah .. chís!

PEPE — ¡Jesús!

TOM. — Otra hermosura de esta época... ¡ah... chís! Cojo los catarros al vuelo... ¡ah... chís!...

ROSA — ¡Vaya por Dios!

TOM. — ¡Ah... chís!... Así hasta nueve... Es una fatalidad... ¡ah... chís!... Seis.

PEPE — ¡Pero, hombre!...

TOM. ¡Ah... chís!... Siete. Hasta nueve, ya digo... ¡Ah... chís!...

ROSA Ocho.

PEPE (¡Me está poniendo más nervioso que estaba!)

TOM. ¡Ah... chís! ¡Y nueve! ¡El último es atroz!

ROSA ¡Qué fastidio!

TOM. (Dándole la mano á Pepe.) Bueno, pues... ya sabe usted donde nos deja.

PEPE No, si á despedirme volveré luego.

TOM. (Estupefacto.) ¿Cómo luego?

PEPE A la noche... á la tertulia...

TOM (Furioso.) (Entonces ¿á qué porra me han despertado á mí?)

PEPE (Despidiéndose.) Adiós, doña Rosa... (Con sonrisa muy acentuada.) Don Tomás...

TOM. (Fingiendo una sonrisa semejante.) Adiós... (¿Qué hago, lo ahogo?)

PEPE Hasta la vista. (Vase.)

ESCENA XIX

DOÑA ROSA, DON TOMÁS, PETRILLA y DOLORES.

PET. (Que ha salido por la cancela momentos antes de irse Pepe.) (¡Ze va er mu mala zangre!)

DOL. (Bajando.) (¡Se fué er mardito!)

TOM. (A Dolores, hecho un energúmeno.) ¡Tú! ¿por qué me has llamado?

DOL. La señorita Rosa me lo mandó.

TOM. (Dando una vuelta y encarándose con su hermana.) ¿Tú?

ROSA Déjame ahora... Está tu hija llorando á lágrima viva... (Vase muy aprisa por la puerto del foro)

TOM. ¿Mi hija?

DOL. ¿La señorita Carmen?

PET. ¡Probe zeñita Carmen!

TOM. ¿Y por ese pirata? ¡Bribón! ¡mala persona!

DOL. ¡Ande usté y que se vaya con viento fresco!

TOM. ¿Qué viento fresco? ¡Con más calor que nunca!

PET. ¡Ajolá ze le pierda er baúl
DOL. ¡Ajolá escarrile!
TOM. ¡Yo no le deseo más sino que se case con una gorda! (Corriendo hacia la puerta del foro.) ¡Pobrecita mía! (Petrilla y Dolores se miran consternadas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche. Las luces del patio encendidas. Luz también en el zaguán y en la escalera. La cancela está abierta durante todo el acto.

ESCENA PRIMERA

CARMEN, DOÑA ROSA, DON TOMÁS, VERJELES, CURRITO, DON CRISTINO, PLÁCIDO y REPOSO, ANTONIO y LOLA, PEPITA y JUANITO, ROBERTO, DOÑA VICENTA, MATILDITA, NIEVECITAS, CONCHITA, DON APOLINAR y DOLORES que pasa.

(Don Tomás y Verjeles juegan al ajedrez en primer término de la derecha del actor. Junto á ellos, en segundo término, cuchichean doña Vicenta y Conchita. Más allá Plácido y Reposo bostezan y se aburren, el uno viendo un periódico ilustrado y la otra haciendo una labor de aguja. A derecha é izquierda del piano dos parejas formadas por Antonio y Lola y Pepita y Juanito, charlan por los codos. En particular Antonio y Lola están como hipnotizados mutuamente. Don Apolinar lee un periódico taurino de pie junto á la cancela. Don Cristino, Currito y Roberto van de aquí para allá. Doña Rosa no aparece en escena. Hombres y mujeres visten bien. Ningún detalle cursi. A telón corrido se canta y se baila, con acompañamiento de piano y castañuelas, la siguiente seguidilla:

Me dijiste veleta
por lo mudable:
si yo soy la veleta
tú eres el aire.
Que la veleta,
si el aire no la mueve
siempre está quieta.

Se oyen algunos «¡oles!» y muchas palmas á la terminación de la copla, y entonces se levanta el telón. Carmen y Nievecitas aparecen en medio del patio, como si acabasen de bailar. Matildita sentada al piano.)

CAR. (Quitándose las castañuelas de los dedos.) Se acabó: ya no bailo más.

NIEV. (Lo mismo.) Ni yo tampoco.

CRIS. ¿Digo, eh? Ahora que se iba animando esto...

CAR. ¿Quién es el ama de estos palillos?

MAT. Yo. Déjalos aquí sobre el piano. (Carmen lo hace.)

NIEV Toma tú los tuyos, Conchita. (Se los da y se sienta á su lado.)

CON. (A doña Vicenta.) Guárdatelos, mamá.

CRIS. Pues nos dejan ustedes con la miel en los labios.

ROB. (A Carmen.) ¿Quiere usted que bailemos los dos?

CAR. (Sentándose á la izquierda, en primer término.) Ay, no, Roberto; si estoy cansadísima... Baile usted con Matilde.

MAT. Entonces ¿quién va á tocar el piano?

ROB. Dice usted muy bien... Bailaré con Concha...

CON. (En tono de burla.) Tendrás que quitarte el chaqué...

ROB. Espantárame á mí que no se hablara del chaqué...

NIEV. La verdad que es un poquillo largo...

CAR. ¡Parece una casulla! (Todos se ríen.)

MAT. (Pasando al lado de Conchita y sentándose.) ¿Le ha costado á usted mucho, Roberto?

ROB. Ya, ya está armada...

CRIS. ¡Lo trae como ventilador!... (Nuevas risas.)

CUR. ¡Valiente *pitorreo!*

CAR. Y hay que agradecérselo. Yo cuando pasa por mi lado siento un fresquito...

TOM. Sí, sí; fresco esta noche... No se mueve una paja... ¡Maldito sea el calor! (Currito se dedica á rondar á Carmen, sin atreverse á sentarse junto á ella, y como pensando el modo de entrar en conversación. Verjeles lo mira con recelo de cuando en cuando.)

VER. (A don Tomás.) Usted juega.

TOM. (A Verjeles.) Jaque al rey. Rey y reina, amigo mío. Lo he reventado á usted.

VER. ¡Diablo! es verdad... ¿Y qué hago yo ahora?

ROB. (Por meterse en todo.) Llevar el rey á la negra, no hay otra salida. A esta blanca no puede ir; y jugando lo que yo le digo á usted pierde don Tomás un caballo, porque...

TOM. ¿Quiere usted callar? Si voy á jugar contra toda la tertulia...

APOL. (Con voz campanuda y tono solemne.) ¡Caramba, caramba! (Leyendo.) «El cuarto saltó la barrera frente al uno...» ¡Demonio, demonio! (Continúa leyendo entre dientes.)

CUR. (Pues, zeñor, eze Verjeles no me quita ojo...)

NIEV. Oiga usted, don Cristino.

MAT. ¡Don Cristino!

CON. ¡Don Cristino!

CRIS. (Acercándose á ellas.) Manden al viejo las rositas de Jericó. ¡Ay, qué veinte añitos me están haciendo falta!

NIEV. ¿Veinte más, don Cristino?

CRIS. No, hija de mi alma; cuarenta menos. (¡Vaya un *saracatepeque* el de esta chispa! (Por el pecho.)

NIEV. ¿Cómo ha dicho usted que es el tango de moda?

CRIS ¿Cuál? ¿el de la «capucha y vente»?

CON. Sí.

CRIS. Hacedme un huequecito. (Se coloca entre ellas.)

MAT. Vamos á ver, vamos á ver.

CON. Mamá, no te duermas; ya verás qué bonito es ese tango.

CRIS. Y que lo canto yo como los ángeles.

NIEV. Vamos allá. (Sale doña Rosa por la puerta del foro y se detiene á oir á Don Cristino.)

CRIS. (Cantando á media voz.)

Si alguna vez tú riñeras
por causa mía
con toa tu gente...
¡Gracioso!
Por los ojos de tu cara
coge la capucha y vente...
¡Gracioso!
Tú eres la tonta inocente,
tú eres la tonta perdía,
que por estar con tu gente
no estás á la vera mía...
¡Los hombres!

ROSA ¡Qué mal lo hace usted, don Cristino

CRIS. ¡Señora!

NIEV. Lo que lo canta es al pelo.

MAT. Muy requetebién; diga usted que sí.

CRIS. (Tomándole la cara.) ¡Gracias, pimpollo!

VIC. Pues yo le encuentro mucha guasa al tango ese. Tangos, los de Cádiz.

ROB Para tango bonito, aquel que dice: (Cantando.)
Jerez de la Frontera,
tuya es la fama....

CRIS (Huyendo.) ¡Hombre, por Dios, si eso es más viejo que el cocido de papas y garbanzos!

ROB. Bueno, pero...

CRIS Nada, no le dé usted vueltas. (Habla con doña Rosa, refiriéndose á Carmen.)

ROB. ¡Qué famoso es este don Cristino! (Quédase en el grupo formado por las muchachas y doña Vicenta, donde se habla por los codos y se ríe sin cesar.)

APOL ¡Caramba, carambal (Leyendo.) «Lo alcanzó al rematar un quite...» ¡Demonio, demonio! «La herida es de pronóstico reservado...» ¡Mala cosa, *Lechuguita*, mala cosa!... (Sigue leyendo.)

VIC. (En voz baja.) ¿Se han fijado ustedes en Carmen?

NIEV. Algo le ocurre.

MAT. Está muy triste y muy parada.

CON. Parece otra.

ROB Yo les contaré á ustedes...

VER. (Que no cesa de volver la cabeza para mirar á Carmen.) (¿Habla con ella ese animal de Curro?)

TOM. Conste que me he comido este alfil con mi caballo, ¿eh? (¡Un salto de medio tablero! Para que te embobes.)

— CUR. (Yo me *arranco* ahora mismo.) (A Carmen.) La encuentro á usted ojeroza...

CAR. ¿Sí? ¿Y qué?

— CUR Nada; que la encuentro á usted ojeroza...

CAR. Bueno.

— CUR. O... ojeroza... (Sin saber qué decir.) Y... y... la... (Pues zeñor, que me *atarugo* en habiendo gente... Me *arrancaré* cuando esté zola.)

CRIS. (A doña Rosa.) Descuide usted y déjelo á mi cargo.

ROSA En usted confío. Yo lo que quiero es que se arreglen...

CRIS. Eso queremos todos.

PEP. (Riñendo con Juanito.) ¡No, no y no!
JUA. ¿Vuelta á lo mismo?
PEP. Y me echaron á mí la culpa en tu casa de que te dieran calabazas en Francés.
JUA. ¿Quién te ha dicho eso?
PEP. Un pajarito que me lo cuenta todo. Y tu padre se ponía: «Tiene la culpa aquella muñeca.. »¡Yá mí no me llama tu padre muñeca!...
JUA. Con mi padre no te tienes tú que meter.
PEP. Que no se meta tu padre conmigo.
JUA. Te estás volviendo muy tonta.
PEP. Más tonto eres tú.
JUA. Por eso me quieres.
PEP. ¿Yo á ti? Quítate de mi vista.
JUA. ¡Pues hemos concluído!
PEP. ¡Pero para siempre!
JUA. ¡Para siempre! (Se vuelven bruscamente la espalda.)
ROSA ¿Qué es eso? ¿empezamos ya? (Acercándose á Juanito y á Pepita.)
JUA. Déjenos usted, doña Rosa.
ROSA (Agarrando por una oreja á Juanito.) Ven acá tú... A hacer las paces ahora mismo, pipiolos.
JUA. Es que esta...
PEP. Es que este...
ROSA ¡Chist! ¡á callar! ¡Vaya con los niños!... (Juanito y Pepita al principio no se miran siquiera: luego comienzan á mirarse de reojo y acaban por hablarse y por entenderse. Currito y don Cristino se reunen y hacen comentarios. Doña Rosa se va al lado de Carmen.) ¿Qué te pasa, mujer?
CAR. Nada, tía; que no tengo ganas de hablar.
ROSA Pues á ver si pones otra cara, que parece que te has tragado el molinillo. Vete allí con las niñas.. (Carmen se levanta.) Y siento que no tengas ganas de hablar...
CAR. ¿Por qué?
ROSA Porque á nadie le gusta hablar sin ganas... Y como luego tienes que hablar conmigo...
CAR. ¿Otra vez?
ROSA Otra vez. No te muevas de aquí aunque se vayan todos.
CAR. ¡Qué tontería!
ROSA Bueno; pero tú no te muevas. (Va de un grupo á otro, y en todos se detiene y charla un momento.)

CAR. (Dirigiéndose al grupo de muchachas.) ¿De qué se ríen ustedes tanto?

NIEV. De tonterías... Oye... (Siguen cuchicheando y riéndose.)

APOL. ¡Caramba, caramba! (Leyendo.) «Tres estocadas, tres orejas...» Ese es el camino. ¡Bien, muy bien, me parece muy bien! (Continúa leyendo.)

TOM. (A grandes gritos.) ¡Mate! ¡mate!

ROSA ¡Ay, Tomás, que me has asustado!

VER. ¿En dónde está el mate, señor?... Con poner aquí el rey...

TOM. Es verdad; no había yo visto esta casilla... ¡Demonio, qué mal me ha sentado el gazpacho! No, y es que cargué la mano en el pepino...

VER. (Mirando á Carmen.) (¡Ay! ¡Gracias á Dios que no estoy de espaldas al bien que adoro!...)

CRIS. (A Currito.) Fíjese usted, fíjese usted en aquellos dos .. (Por Antonio y Lola.) No tienen nada que ver con nadie... Hace seis días que están en relaciones .. Ya pueden tocar á su lado un organillo, que no lo notan.

CUR. ¡Je, je! ¡Qué don Cristino!

CRIS. (Señalando á Plácido y Reposo.) Mire usted, en cambio, aquellos otros... Diez y seis años de novios llevan...

CUR. Ya, ya lo zé.

CRIS. Vamos á acercarnos, verá usted qué conversación más animada... (Lo hacen.)

PLÁC. (Conteniendo un bostezo mientras habla y bostezando al fin.) Ayer compré un collar para el perro...

REP. (Lo mismo.) ¿Sí?

PLÁC. Sí.

REP. ¿Te ha costado mucho?

PLÁC. Siete reales.

REP. Es barato.

PLÁC. Sí.

REP. ¿Tiene cascabel?

PLÁC. Sí.

REP. Me alegro.

PLÁC. ¿Por qué?

REP. Porque sí.

PLÁC. Ya, vamos.

REP. } ¡Aaaaaaaah!
PLÁC. }

CUR. (Bajo á Cristino.) ¡Ay, qué collera!

CRIS. Bueno; pues así toda la noche. Espérese usted un momento; verá usted...

REP. (Como antes.) ¿Te he dicho que están adoquinando mi calle?

PLÁC. No.

REP. Pues sí El trozo de casa...

PLÁC. Falta le hacía...

REP. Ya lo creo ..

PLÁC. Como ahora vive allí un concejal...

REP. Me alegro.

PLÁC. Y yo.

REP. } ¡Aaaaaaaah! (Currito y don Cristino se aparlan riéndose.)
PLÁC. }

CRIS (Bostezando también como si se hubiese contagiado.) Parece que se van á comer, ¿verdad?

CUR. Y puede que ze coman.

CRIS. ¡Calcule usted! ¡Diez y seis años abriendo el apetito'...

CUR. ¡Je! (Sale Dolores por la cancela y se va por la puerta de la derecha, después de hablar un instante con don Cristino.)

CRIS. Oye, Dolores.

DOL. ¿Qué quiere usté?

CRIS. Me han dicho que se te va tu novio.

DOL. Vaya con Dios.

CRIS. Bueno; ya sabes que yo soy siempre el mismo.

DOL. Pues peó pa usté: debía usté variá y sardría ganando.

CRIS. Con tal que tú me quieras..

DOL. ¡Ay, qué grasioso!

CRIS. Graciosa tú, terrón de sal...

DOL. (Yéndose.) (¡Er pendón der viejo, y es más feo que un sombrero de jipijapa!)

CUR. Ziempre está usted ocurrente, don Cristino. Yo me *atarugo* á escape.

CRIS. Es de nacimiento. Mi madre me contaba que yo le decía flores al ama de cría... (Bajando la voz.) Esta noche la que me trae vuelto loco es Nieves...

CUR. Como que hay que mirarla despacio.

CRIS. ¡Cuidado que anda bien de *bulle bulle!*

CUR. ¡Je, je! Pues para mí que las caderas son postizas ..

CRIS. ¡Vamos, hombre, quite usted de ahí!

CUR. Que sí, don Cristino; fíjese usted bien.

CRIS. ¡Quiá! Yo se lo diré á usted luego... (**Carmen, después de detenerse unos momentos con Plácido y Reposo y con Juanito y Pepita, vuelve á sentarse donde estaba**)

TOM. ¡Canario, me vuelve usted tarumba con tanto mirar á todas partes!

VER. (¡Qué suplicio el de adorar al santo por la peana!)

TOM. Y á propósito, hombre. Estoy tocando el violón.

VER. ¿Hay novedad alguna?

TOM. (**Con cierto misterio.**) ¡Gran noticia! Pepe Romero se va mañana á su tierra.

VER. (**Poniendo las manos, loco de alegría, sobre el tablero y deshaciendo el juego.**) ¿Qué me dice usted, don Tomás?

TOM. ¡Hombre, hombre! ¡No sea usted fullero! ¡El juego era mío!

VER. Como á usted se le antoje... Después de nueva tan agradable... (**Suspirando con íntimo gozo.**) ¡Ay! ¡En el tranvía de mi felicidad, acaba de entrar un viajero!

TOM. (¡Qué cursi es este hombre!) (**Levantándose.**) Vaya, se acabó; no puedo estar más tiempo sentado.

ROB. ¿Ganó usted?

TOM. ¡Como siempre! ¿Quién se viene conmigo al jardinillo?

APOL. Este cura, mi señor don Tomás. Vámonos.

CRIS. (**A doña Rosa**) (Creo que ha llegado el momento)

ROSA (**A don Cristino**) (Sí.)

CRIS. Señoras, señoritas y señoritos: yo propongo que demos una vuelta por la plaza, como anteanoche.

NIEV. ¡Aprobado!

ROB. ¡Magnífico!

MAT. ¡Admirable!

CUR. Me parece muy bien.

VER. Y á mí de perlas

ROB. (Echando sus cuentas consternado.) (Se me van las cuatro pesetas en higos chumbos.)

CRIS. Pues no hay que perder tiempo. (Se levantan todos, menos Carmen, Antonio y Lola.)

CON. Vamos, mamá.

CRIS (A Carmen.) ¿Vienes tú también, pimentilla?

CAR. No; yo me quedo.

CUR. (¡Mejor para mí!)

VER. (Su tristeza mal disimulada me hace temer que no le importo un rábano)

CRIS. (Dándole un pellizco.) ¡Alegra esa cara, tontuela!

CAR. ¡Ay, don Cristino!...

TOM. Pero, hombre, que siempre has de andar pellizcando...

CRIS. Mira el otro por donde sale... ¡Si la he conocido así! (Indicando media vara de estatura.)

TOM. ¡Bueno, pero ahora está así! (Indicando la estatura de Carmen.) Vamos, don Apolinar, vámonos nosotros.

APOL. Vamos. (Se van por la puerta de la derecha. Don Cristino se entromete en el grupo de las muchachas, las pellizca, bromeando y riéndose, y las empuja hacia la cancela. Doña Rosa invita á irse á las parejas enamoradas.)

ROSA Ustedes, tortolitos, á seguir arrullándose en la calle.

PLÁC. (Sin dejar los bostezos.) Anda ..

REP. (Lo mismo.) Anda...

PEP Mira que vamos á reñir otra vez.

ROSA Dejad eso ahora.

CRIS. ¡A la calle, á la calle!

VER. (Yo voy á meditar á solas mi línea de conducta.) (Vase disimuladamente por la puerta del foro.)

ROB. ¿Vamos, niñas?

NIEV. Carmen, ¿no vienes?

CAR. No; no estoy buena...

MAT. Vaya por Dios, mujer.

CAR. Divertirse.

NIEV. (Aquí hay gato encerrado.) (Se van todos por la cancela, charlando animadamente.)

CRIS. (Señalando á Antonio y Lola, que continúan sentados como si nada fuera con ellos.) ¡Eh! ¿Y aquellos

dos? ¡Jóvenes, que nos vamos á dar una vuelta!

ROSA. Andar, andar... (Se levantan y se encaminan hacia la escalera primero y después hacia la cancela, sin quitarse ojo y sin dejar de hablarse.)

CRIS. ¡Eh! ¡Que no es por ahí! (A doña Rosa.) ¿Usted no ve eso? Nada, y se va sin sombrero el hombre...

CUR. (Cogiendo del perchero un sombrero de paja.) Este ez el zuyo. Yo ze lo daré.

CRIS. Aguarde usted un momento, Currito. (Hablando bajo con doña Rosa, muy rápidamente.) ¿Dónde está Pepe?

ROSA. En la callejuela, arrancándose los pelos del bigote.

CRIS. Voy á buscarlo. Usted queda en avisarnos por la ventana cuándo debe entrar.

ROSA. Cabalito.

CRIS. Pues que sea pronto.

ROSA. Lo más pronto posible.

CRIS. (Uniéndose á Currito en la cancela.) ¿Vámonos, Curro?

CUR. Vámonos.

CRIS. ¿Qué iba yo á decirle á usted?... (Deteniéndose un instante.) ¡Ah! ya caigo... Que tenía yo razón...

CUR. ¿Cómo?

CRIS. (Bajando la voz.) ¡Que no son postizas!

CUR. ¡Ja, ja, ja! (Se van riéndose.)

ROSA. (A Carmen.) Espérame tú aquí. Voy á ver qué hacen los del jardinillo... (Hay que atar bien todos los cabos.) (Vase muy aprisa por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

CARMEN.

Pero qué conspiraciones y qué enredos trama mi tía, y qué empeño tiene en hablarme de lo que yo no quiero hablar... Es capaz de revolver Roma con Santiago, con tal que nos veamos Pepe y yo... Si ella supiese lo que

me atormenta, de seguro no lo intentaba... Pero ni presume siquiera el sacrificio que me costaría verlo y oirlo después de lo pasado... Hablar con él... ¿Para qué, si no lo perdono? Me dolió tanto el primer desengaño, que me da mucho miedo del segundo... La misma resistencia que halló el primero en mi cariño hallarían ahora sus palabras... Si él cree otra cosa, ¡buen chasco va á llevarse! No cedo, no: no cedo.

ESCENA III

CARMEN y CURRITO.

CUR. (Por la cancela.) (Ni de encargo encuentro una ocazión como esta.)

CAR. (Estremeciéndose al sentir pasos.) (¿Quién es?)

CUR. (Acercándose á Carmen y poniéndosele inmediatamente detrás.) (Zeguramente no me aguarda.)

CAR. (¿Pues no estoy temblando?... Si parece mentira. .)

CUR. (¡Mira que zi me dijera que zí!...)

CAR. (Pero ¿quién será?)

CUR. (Nada, que me *arranco.)* ¿Da usted zu permizo?

CAR. (Levantándose muy sorprendida.) ¡Jesús, hijo, que me ha asustado usted!

CUR. ¿Es de veras?

CAR. ¿Qué hacía usted ahí detrás?

CUR. (Riéndose.) Verle á usted los pelitos del cogote...

CAR. (Soltando la risa.) ¡Ave María, qué entretenimiento!

CUR. ¡Como que zon preciozos!

CAR. Muchas gracias, en nombre de los pelitos... Siéntese usted... (Así habrá quien estorbe.) (Se sientan los dos á la derecha.)

CUR. (¡Qué final)

CAR. (Primera vez que es oportuno este animal.) (Pausa. Carmen se sonríe. Currito no sabe como tomar la embocadura.)

CUR. La encuentro á usted ojeroza...

CAR. Sí; eso ya me lo dijo usted antes...
— CUR. ¿Antes? No me acuerdo...
CAR. Yo, sí; me hizo mucha impresión la frase.
— CUR. ¡Guazona!
CAR. (¡Vaya! ¡Este viene decidido á todo!) (**Pausa.**) ¿Cuándo llegó usted de su pueblo, Currito?
— CUR. Ayer.
CAR. ¿Ayer?
— CUR. Ayer de mañana, zí zeñora.
CAR. Y qué, ¿se ha divertido usted mucho?
— CUR. Azí, azí...
CAR. ¿Lo menos ha estado usted un mes?...
— CUR. Un mez y un día.
CAR. Vamos, como las condenas de los presos...
— CUR. ¡Guazona!
CAR. (¡Y dale!) ¿Piensa usted volver este verano?
— CUR. Es pozible que vaya á una boda.
CAR. ¿Quién se casa allí?
— CUR. Manolita Crespo.
CAR. Ah, sí; la conozco. ¿Es muy amiga de usted?
— CUR. Psch... regular de amiga.
CAR. Lo pregunto, porque iba á decir que me parece un poquito *espesa*.
— CUR. Algo, algo.
CAR. ¿Y quién es el novio?
— CUR. Zu primo Arturo.
CAR. ¿Uno que es tuerto?
— CUR. Ya no: ze ha puesto un ojo de cristal.
CAR. Eso es otra cosa. Ella tuvo antes otro novio, ¿verdad?
— CUR. (**Muy turbado.**) Zí, zeñora... (¡Verá usted zi lo zabe!) ¿Usted lo conoció?
CAR. De oidas...
— CUR. (¡Respiro!)
CAR. No sé de él más que lo que me escribió una amiga.
— CUR. (**Alarmado.**) ¿Y qué le escribió á usted, puede zaberse?
CAR. (A ver qué cara pone.) Nada; que Manolita había entrado en relaciones con el niño más bruto de su pueblo.
— CUR. (**Muy enojado.**) ¿Zí? ¡Pues que me dispenze zu amiga de usted, pero ezo es gana de hablar!

CAR. ¿Por qué?

CUR. Porque... ¡porque cualquiera zabe cuál es el más bruto de mi pueblo!

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA ROSA.

ROSA (Por la puerta de la derecha.) (Aquellos dos están muy apenados porque no pueden jugar al tresillo... Avisaré al galán... (Al ir hacia la puerta del foro ve á Currito.) ¿Eh? ¿Qué es esto? (Deteniéndose.) ¿Le parece á usted, el muy pollino?... Voy á plantarle la boleta inmediatamente.) (Acércase de pronto á Currito fingiendo alteración.) ¡Curro! (Currito y Carmen se asustan y se levantan.)

CAR. ¡Ay!

CUR. ¡Señora!...

ROSA ¿Has visto á Verjeles?

CUR. ¿Cuándo?

ROSA Después que se marcharon todos.

CUR. No.

ROSA ¿Ni has hablado con él?

CUR. ¡Zi no lo he visto!

ROSA Pues te anda buscando... En el jardinillo me parece que está... (A ver si me lo pescan.) Entró aquí lívido, descompuesto... Algo le pasa indudablemente.

CUR. ¿Zí?

ROSA Sí; corre, corre á buscarlo. Con nosotras no guardes cumplidos... Ello ha de ser para algo muy gordo.

CUR. (¡Cuerno! ¿Zi andará la niña esta en el ajo?) Voy, voy... Dice usted que cree que en el jardinillo ¿eh?... Con permizo de ustedes... (A eze tío voy yo á tener que darle dos *mascás*...) (Vase á escape por la puerta de la derecha.)

CAR. Pero tía...

ROSA Déjame tú a mí, que yo me entiendo. (Vase tras Currito.)

ESCENA V

CARMEN, DOÑA ROSA y VERJELES.

VER. (Por la puerta del foro.) (Meditando mi línea de conducta me ha parecido escuchar mi nombre... (Se fija en Carmen.) ¡Ah! ¡ella sola! ¿Habrá salido de sus labios?... No es posible encontrar ocasión más *calva*.) (Acercándosele.) Carmencita...

CAR. ¿Usted aquí, Verjeles?...

VER. ¿Dónde mejor?

CAR. Siéntese usted, si gusta...

VER. Ya lo creo... (Se sientan los dos á la izquierda.) ¡Qué alegre sonrisa!... Es un amanecer de primavera...

CAR. (Pues no sabes tú que va á anochecer muy prontito.)

ROSA (Por donde se fué) (¡Ajajá! Me lo cogen para el tresillo, como yo esperaba... Ya no lo sueltan en dos horas... Le avisaremos al apuesto doncel...) (Al ir hacia el foro repara en Verjeles que había entusiasmado con Carmen y se queda clavada. De pronto, como obedeciendo á una idea repentina, se acerca á ellos dando muestras de agitación y grita:) ¡Verjeles!

VER. (Levantándose alarmado.) ¡Señora mía!

CAR. (Levantándose también.) (¿Otra vez?)

ROSA ¿Ha visto usted á Currito?

VER. Antes lo ví.

ROSA Digo ahora...

VER. Ahora veía cosa bien distinta...

ROSA Déjese usted de flores.

VER. ¿Pues qué ocurre?

ROSA Que lo anda buscando á usted.

VER. ¿A mí? ¡Pues á mí el que me busca, me encuentra!

ROSA No, pues él no lo ha encontrado á usted todavía... Aquí estuvo hace poco. Venía lívido, descompuesto... A la calle se fué echando chispas. Algo le pasa, no le quepa á usted duda.

VER. ¿Y dice usted que preguntaba por mí?
ROSA ¡Como que á eso vino!
VER. Pues ustedes sabrán perdonarme... Porque presumo que se trata de algo muy serio.
ROSA Muy serio .. Vaya usted, vaya usted...
VER. ¿Dice usted que se fué á la calle?
ROSA A la calle, justo.
VER. Lo encontraré en seguida.
ROSA ¡En seguida!
CAR. (¡Camino llevas!)
VER. Hasta luego, señoras mías... (¿Si andaremos á cintarazos por esos ojos?) (Vase por la cancela como alma que lleva el diablo.)
CAR. Pero, por los clavos de Cristo, tía, ¿á qué conduce todo esto?
ROSA Tú te callas. Oye, y si viene ahora otro por el estilo, le dices que lo esperan estos dos en las *Delicias Viejas*... Y aguárdame aquí... (Vase precipitadamente por la puerta del foro.)

ESCENA VI

CARMEN; luego PEPE ROMERO.

CAR. No me cabe duda: entre don Cristino y mi tía tratan de favorecer la entrevista de Pepe conmigo. Bien claro está el juego... ¡Qué obstinación... y qué tontería! (Pausa.) Pero ¿será capaz de venir á hablarme? Y yo, ¿debo oirlo?... No, no; de ningún modo... Y por si acaso... (Va hacia la escalera, á tiempo que llega Pepe por la cancela, la ve y la llama.)
PEPE Carmen...
CAR. (Deteniéndose.) (¡Jesús!)
PEPE Carmen... no se vaya usted. Yo se lo suplico.
CAR. (Muy sorprendida.) (¡Se ha quitado la barba!)
PEPE ¿Quiere usted que hablemos un momento?
CAR. ¿Que hablemos?... Yo no tengo nada que hablar con usted.
PEPE Yo, en cambio, tengo mucho. Hablaré yo solo. ¿Me oirá usted?
CAR. No respondo de mi paciencia.

PEPE Procuraré molestar á usted muy poco tiempo.

CAR. Entonces... ya que este parece inevitable... (Se sienta.) Después de todo, ¿qué más da? Me haré la ilusión de que llega hasta mí el ruido de la fuente del jardinillo...

PEPE (Sentándose también.) ¡Ojalá le parezcan á usted tan gratas mis palabras!

CAR. Si lo digo por el caso que voy á hacerles... tonto...

PEPE (¡Empieza por llamarme tonto!...) (Pausa larga.) Carmen... Carmen...

CAR. No me he dormido, no...

PEPE (¡Sigue tan burlona la fierecilla esta!) ¿Sabes á lo que vengo?

CAR. Sí; lo he leído en los periódicos de hoy.

PEPE Los periódicos no han dicho nada, pero tú lo sabes.

CAR. Entonces, ¿á qué me lo preguntas?

PEPE Necesito explicarte... Me llama mi familia á Valencia, y no quiero ni puedo irme sin explicarte...

CAR. ¿Explicarme qué?

PEPE Mi conducta contigo.

CAR. Puedes ahorrarte la explicación: la sé de memoria.

PEPE ¿Ves tú? Me juzgas por hechos que... así á primera vista... Pero no es eso, no; yo te diré... yo te diré... Mira: desde la última noche que acudí á tu ventana...

CAR. ¿Por qué no tomas la historia desde la primera?

PEPE ¿Quieres tú?

CAR. Desde que celebraste con tus amigos tu triunfo; desde que le dijiste á alguno de ellos: «¡Buen hallazgo de feria! ¡Ya tengo novia para toda la temporada!...»

PEPE ¿Yo? ¿Pero tú me supones capaz...?

CAR. ¿De decir eso?

PEPE Sí.

CAR. Te supongo capaz de pensarlo y de hacerlo...

PEPE Por Dios, no me ofendas, que no soy tan malo como presumes ni tan necio como te han dicho. Ese chisme ruin habrá salido del caletre de algún envidioso de mi fortuna...

de alguno que llamó á tu reja un día y otro día... y se fué con dolor en los nudillos, sin lograr que se asomara á los cristales tu carita salada. ¿No es esto verosímil? ¿Quién te asegura que he sido yo el autor de la frase?

CAR. Tu proceder me lo asegura.

PEPE ¡Qué cruel eres conmigo!

CAR. Para corresponderte en todo hasta última hora...

PEPE (Levantándose con vehemencia.) ¿Qué dices?

CAR. Nada.

PEPE Sí, sí; no lo niegues, ya que no has podido refrenar esa acusación llena de amargura que se te ha subido á los labios... Tienes razón, tienes razón: ¿á qué voy á disimularlo más tiempo? Confieso que te he hecho objeto de la crueldad más grande... Y el que tú me acuses así, el que así lo comprendas, me causa un íntimo consuelo, porque me prueba que aún vive en tu corazón el recuerdo querido de aquellas noches en que supimos encerrar toda la dicha de la tierra en el marco de flores de tu ventana.

CAR. (En tono de burla.) Suena bien, suena bien el surtidor de la fuente del jardinillo...

PEPE Carmen, no te burles... Oyeme, que te estoy abriendo mi alma... Yo no he venido aquí á discutir contigo si soy ó no culpable, como haría quien quisiese menos, ni si merezco ó no merezco tu perdón. He venido á decirte que, á pesar de lo pasado, te quiero más que nunca. Hecha esta declaración sincera y noble, yo te suplico que me creas. No dejes que me vaya de aquí sin una sombra de esperanza... Piensa que acaso, y sin acaso, si me voy así... me iré para siempre. ¿Y no es verdad que es muy triste que tú y yo nos separemos para siempre?

CAR. (Levantándose.) Basta ya. He sido muy débil al concederte esta entrevista. No tengo yo la culpa... Palabras ya sabía yo que no habían de faltarte, porque tu cariño de siempre no ha sido más que palabras y palabras, que por fortuna se llevó el viento. Es todo inútil, como ves. No te creo; no puedo creerte.

PEPE ¿Pero es posible que dudes de la sinceridad conque te hablo?

CAR. ¿Pero es posible que no dude?

PEPE No te ofrezco pruebas de mi cariño, porque yo imagino que ninguna hay mejor que esta confesión que te he hecho.

CAR Pues ya ves que no basta.

PEPE ¿No será eso obstinación caprichosa?

CAR. Sea lo que sea: no basta.

PEPE ¿Es decir que el mal no tiene remedio?

CAR. No lo tiene.

PEPE ¿Que dejas que me vaya?

CAR. Sí.

PEPE ¿Que ya no me quieres? (**Carmen niega con la cabeza.**) Dilo con los labios.

CAR. No.

PEPE Calla: no lo repitas. Tú crees que merezco este castigo: yo te juro que no. En fin, sea... Acabó el idilio de Sevilla... (**Pausa.**) No olvides que te he suplicado...

CAR. Descuida; no lo olvidaré.

PEPE Que he hecho cuanto he podido porque se realizaran nuestros sueños de un día...

CAR. Ya, ya.

PEPE Que eres tú la que...

CAR. Sí, hombre, sí... No me olvido de nada. ¡Si vieras qué memoria tengo!

PEPE Pues adiós.

CAR. Adiós.

PEPE (**Resistiéndose á irse.**) Si alguna vez vas á Valencia...

CAR. Es difícil.

PEPE Bien está. Despídeme de tu padre...

CAR. Bueno.

PEPE Y de tu tía ..

CAR. Bueno.

PEPE Diles que no he podido detenerme...

CAR. Bueno: se lo diré.

PEPE ¿No me das la mano?

CAR. (**Tendiéndosela sin mirarlo.**) Sí.

PEPE (**Estrechándole la mano con emoción.**) Al menos seguiremos siendo amigos...

CAR. ¿Amigos?... Bien.

PEPE ¿Nada más?

CAR. Nada más.

PEPE ¡Qué tristeza!

CAR. (Conmoviéndose.) ¿Tristeza? ¿Por qué?

PEPE ¿Qué tienes?

CAR. (Reponiéndose y alejando su mano.) Nada. Suelta.

PEPE Adiós, entonces. (Vase.)

CAR. Adiós. (Pausa. Corre á la cancela para cerciorarse de que Pepe se ha ido, y exclama con pena:) ¡Se fué! (Con despecho.) ¡Se fué!

ESCENA VII

CARMEN y DOLORES.

DOL. (Por la puerta de la derecha, acercándose á Carmen con solicitud.) ¿Qué es eso, señorita? ¿Ha reñío usté der to con er señorito?

CAR. ¡Déjame en paz!

DOL. Le arvierto á usté que debe usté alegrarse: tan retepiyo es el amo como er moso. A mi Esteban lo he puesto como un reverendo guiñapo, en cuanto he sabío que han comprao ya los biyetes pa irse mañana. ¿Le parese á usté?

CAR. ¿Cómo te voy á decir que me dejes?

DOL. Asin son tos los hombres. Er mejó debía serví de ferpúo pa limpiarnos nosotras los pies. Por supuesto que pa que mi Esteban no se figure que se me importa un grano de arpiste, ya me he arreglao con ese de la tienda de montañés de la esquina, que me había pedío la conversasión, y que está conmigo desde hase un mes más fino que un dentista. Usté lo conoserá: uno rubio, güen moso, de Cadi é, con er pelo enrisao, que le disen *Arrope*...

CAR. ¿Pero tú te figuras que estoy yo para que me hables de *Arrope*? ¡Vete ya!

DOL. Pos mire usté, señorita, es mu güen muchacho: mantiene á su madre, á su agüelo, que está impedío, á un tío carná, hermano de su padre, y ha juntao pa librá de quintas á su hermaniyo er chico.

CAR. ¿Quieres irte, mujer?
DOL. Es que si usté no fuera tonta...
CAR. ¡Que te vayas, te digo!
DOL. Güeno, no se enfade usté, señorita Carmen. (Yéndose por la escalera.) (¿Será infelí la pobre? Con su cara y mi genio... ¡traía yo á tos los seviyanos de coroniya!)

ESCENA VIII

CARMEN y DOÑA ROSA.

ROSA (Por la puerta del foro) Niña, ¿estás sola?
CAR. (Nerviosa y descompuesta.) ¿Sola? No.
ROSA ¿Cómo que no? (Mirando á todas partes.) Pues ¿con quién estás?
CAR. Con usted, tía.
ROSA Mira qué gracia. Se conoce que hay buen humor, ¿eh?
CAR. Sí. Muy bueno.
ROSA ¿Y Pepe?
CAR. Se fué.
ROSA (Muy sorprendida.) ¿Que se fué?
CAR. Sí, señora; que se fué, que se fué, que se fué.
ROSA Bueno, hija, bueno. (Remedándola.) Vaya con Dios, vaya con Dios, vaya con Dios.
CAR. Eso falta ahora, que se divierta usted conmigo.
ROSA Es que te pones de una manera...
CAR. Mejor, mejor y mejor. Y le suplico á usted que no me venga con paños calientes. Esto se ha concluido, se ha concluido y se ha concluido.
ROSA ¡Ea, pues se ha concluido! (Hace que se va y vuelve.)
CAR. ¡Tía!
ROSA (¡Pues no se ha concluido!) ¿Qué quieres?
CAR. Que la conozco á usted, que la conozco á usted, que la conozco á usted.
ROSA Pero hija, ¿qué manía te ha dado de hacer *tres ediciones* de todas las frases?
CAR. No se me vaya usted por la tangente. Ya

usted sabe lo que quiero decirle. Cuidadito como vuelve usted á insistir...

ROSA ¿Yo? Dios me libre. Puedes estar tranquila.

CAR. Sí; por que sería usted muy capaz de llamar á Pepe de nuevo.

ROSA Vamos, mujer, no digas disparates...

CAR. Es que aunque lo llamase usted sería inutil.

ROSA Es que no lo llamo.

CAR. No me da á mí la gana que se vaya á figurar que es cosa mía...

ROSA Pero ¿no te estoy diciendo que no lo llamo?... ¿Quieres que te lo jure? Bastantes quebraderos de cabeza me ha costado ya. Y mira, hablando en plata; después de todo me alegro de esta solución. Así se hace tu gusto. Más motivos tienes tú que yo para conocerlo, y cuando tú aseguras que es un tarambana...

CAR. A buena hora me da usted la razón.

ROSA Más vale tarde que nunca, hija... Voy á ver si tu padre quiere algo, y en seguidita la cama será conmigo.

CAR. ¿Va usted á acostarse?

ROSA Ya lo creo.

CAR. ¿Será usted capaz?

ROSA ¡Pues no que no!

CAR. Me parece muy bien.

ROSA Lo celebro mucho: así dormiré más tranquila.

CAR. ¡Tía, tía, tía!

ROSA ¿Vuelta á lo mismo?

CAR. ¡Parece mentira que me trate usted tan mal, con el dolor de cabeza que tengo!

ROSA En cuanto te quedes sola se te quita.

CAR. Tiene usted razón; porque más vale estar sola...

ROSA Eso: que mal acompañada.

CAR. ¡Tía, tía, tía!

ROSA ¡Sobrina, sobrina, sobrina! ¡Que te alivies, que te alivies, que te alivies! ¡Me tienes hasta el moño, hasta el moño, hasta el moño!

(Vase rápidamente por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

CARMEN y DON CRISTINO.

CRIS. (Por la cancela, dado á los diablos.) Pero, vamos á ver: ¿qué es esto?

CAR. ¿Usted ahora?

CRIS. Pues ¿qué creías? ¿que yo me iba á quedar con los brazos cruzados ante una picardía semejante? ¿Tú te figuras que se juega así con los hombres?

CAR. Ah, ¿pero viene usted á defenderlo?

CRIS. ¡Naturalmente! ¡Y á llamarte á ti tonta de capirote! ¡El demonio de la pelusa esta!... ¡Lo que tú tienes son muchos muñecos en el piso alto! ¡Yo no sé las ilusiones que has llegado á hacerte con ese cuerpo de alfiler de cabeza negra, y esa cara de ochavo, y esa nariz que parece un pestiño!

CAR. ¡Yo sí que no sé lo que usted se ha imaginado que soy yo para tratarme de esa manera! ¿Quién le da á usted vela en este entierro? Si soy fea ó bonita y si le parezco á usted esto ó lo otro, se lo ha debido usted callar. ¿Le he dicho yo á usted alguna vez que me parece un palillero?

CRIS. ¿Cómo un palillero? ¡Niña, niña, más respeto á mis canas!

CAR. ¡Y si usted y mi tía y el otro y el de más allá se han propuesto volverme loca, se equivocan de medio á medio! ¡Pues no faltaba más! ¡Tengo ya la cabeza como un bombo! ¡No me diga usted una palabra siquiera, porque no lo escucho! (Don Cristino trata de hablar.) ¡Que se calle usted, don Cristino, que estoy muy nerviosa! ¿No está usted viendo que estoy muy nerviosa? (Afligiéndose.) Mire usted que es mucha pensión... que ha de hacer una lo que quieran todos... Y la que lo ha echado a perder es mi tía, mi tía, mi tía, mi tía... (Encarándose otra vez con don Cristino.) ¿Cómo le voy á decir á usted que se calle? (Don Cristino

huye de ella) ¡No quiero oir á nadie, ni ver á nadie, ni entender á nadie!... ¿Quiere usted dejarme en paz, hombre de Dios? ¡Déjeme usted en paz, déjeme usted en paz, déjeme usted en paz! ¡Ay qué sinapismo de viejo, que charla más que un sacamuelas! (Vase de estampía lloriqueando por la puerta del foro.)

ESCENA X

DON CRISTINO y DOÑA ROSA.

ROSA (Por la puerta de la derecha.) ¡Don Cristino!
CRIS. ¡Doña Rosa!
ROSA ¿Y Carmencita?
CRIS. ¿Carmencita? ¡Buena la ha hecho usted!
ROSA ¿Yo?
CRIS. Usted.
ROSA ¡Ay, qué gracia!
CRIS. ¿Gracia? ¡Yo no me río!
ROSA Ah, pues no deje usted de mirarse al espejo
CRIS. ¡Señora! ¿tengo yo monos en la cara?
ROSA ¿Qué más mono que usted?
CRIS. ¿Si? ¡Pues no le parecí á usted tan feo cuando le hice el amor en Chipiona; que si no está allí aquel teniente de lanceros me parece que hay *changa*, señora mía! Y bastante le habrá pesado á usted luego que la deslumbrara el brillo del uniforme.
ROSA ¡Vamos, quítese usted de mi vista, espantapájaros!
CRIS. No será sin decirle á usted que su sobrina se ha portado muy mal con mi amigo.
ROSA Como su amigo de usted se ha portado tan bien con ella...
CRIS. Vaya, no desbarre usted, mi respetable señora.
ROSA Poco á poco El que desbarra, mi respetable señor...
CRIS. La que desbarra...
ROSA El que desbarra...

CRIS. ¿Pero usted cree que tiene más talento que nadie?

ROSA ¡Aviada estaba yo si no tuviese un poco más que usted!

CRIS. Le suplico á usted que no olvide que estoy hablando con una dama.

ROSA Yo creo que eso quien no debe olvidarlo es usted.

CRIS. ¿Yo?

ROSA ¡Usted!... ¡cara de pipa!

CRIS. ¿Cómo cara de pipa?

ESCENA XI

DICHOS y DON TOMAS.

TOM. (Por la puerta de la derecha, llevandose las manos al estómago y con muy mal humor.) ¿Se puede saber qué le han echado hoy al gazpacho?

CRIS. ¡El otro!

TOM. ¿Qué es eso del otro? ¿Pasa algo aquí?

CRIS. ¡Nada! Tu hermana...

TOM. Mi hermana, ¿qué?

ROSA Don Cristino...

TOM. Don Cristino, ¿qué?

CRIS. Tu hija...

TOM. Mi hija, ¿qué?

ROSA Lo de siempre: Pepe Romero...

TOM. (Furioso.) Pero ¡porra! ¿queréis hablarme claro?

ROSA ¿No te digo que lo de siempre?

TOM. ¡Ah! ¿se trata de nuevos enjuagues? ¡Por vida del... ¿Cuándo vas á hacerme caso, hermana de mis culpas? ¿Aún no estás persuadida de que ese pollo es un matutero?

CRIS. ¡Tomás, mira lo que hablas! ¡Le has dado una bofetada moral á la persona de mi amigo!

TOM. Pues como te descuides te doy á tí otra. Y la tuya no va á ser moral.

CRIS. ¡Mira lo que dices!

TOM. Digo... digo... digo que desde que nos trajiste aquí á ese príncipe ruso no tenemos un

momento de tranquilidad, ni se habla más que de él á todas horas. Y Pepe para arriba, y Pepe para abajo, y Pepe en la sopa, y Pepe en la berza, y Pepe... ¡Y ya me hace á mí daño tanto Pepe! ¡Ay! (Llevándose las manos al estómago.) ¡Y tanto pepino! Porque para mi que el pepino es el que tiene la culpa de esto...

CRIS. Lo que yo te aseguro...

TOM. ¡No quiero oir nada!

CRIS. ¡Lo oirás, mal que te pese! Quiero que conste que si yo presenté aquí á ese muchacho fué por instigaciones de tu hermana...

ROSA ¡Poco á poco!

CRIS. ¡Déjeme usted acabar! Y si ahora toma el tren y se larga á Valencia...

TOM. Si ahora toma el tren y se larga á Valencia —hablemos claro—tú tendrás un verdadero disgusto...

CRIS. ¡Sí, señor!

TOM. Porque se te acaba el filón de las cenitas en Eritaña, que todo se sabe.

CRIS. ¡Tomás! ¿por quién me tomas?

TOM. ¡Por un un viejo chulo! mira éste...

ROSA ¡Muy bien dicho!

CRIS. ¡Señora!

TOM. Si no lo fueras no te irías una noche sí y otra no á beber manzanilla con cuatro flamencos tristes y cuatro pindongas.

CRIS. ¡Tomás!

TOM. ¡Cristino!

CRIS. (¡O te callas ó digo lo de la calle del Espejo!)

TOM. (¡Dilo y te salto un ojo!) (Quedan mirándose en actitud amenazadora.)

ESCENA XII

DICHOS y CARMEN.

CAR. (Por la puerta del foro, tranquila y risueña.) ¿Qué pasa aquí? Desde la ventana del gabinete se oyen las voces... ¿Qué es ello, tía?

ROSA ¡Vaya usted enhoramala!

CAR. ¿Qué es ello, don Cristino?

CRIS. ¡Vaya usted mucho con Dios!

CAR. (Acercándose á don Tomás con zalamería.) ¿Me lo dices tú, papaíto? (Don Cristino y doña Rosa se sientan y no cesan de mirarlos y de mirarse llenos de asombro, á medida que oyen lo que se dicen padre é hija.)

TOM. Ven á mis brazos, hija de mi alma... No hagas caso de ese par de estantiguas...

CAR. Ya sé yo que tú eres el único que á mí me quiere...

ROSA ¿Le parece á usted?

CRIS. ¡Bueno va!

TOM. Sigue tú siempre mis consejos, hija mía, y déjate de historias...

CAR. Pues ¿qué consejos he de seguir más que los tuyos?...

TOM. ¡Bendita seas! Vales un imperio. Tú no sabes la pelotera que he tenido con esas dos visiones...

CAR. No te enfades con ellos, papá... Ya ves tú como yo no les digo nada...

TOM. Ni yo tampoco: desde ahora los desprecio... En teniéndote á tí, lucerito, ¿qué más quiero yo en este mundo? Digo ¿eh? ¡Lo que se quería llevar ese bellaco!

CAR. ¿Qué bellaco, papá?

TOM. ¡Ese... de la tierra del arroz!

CAR. ¿Cuál?

TOM. ¡Pepe Romero!

CAR. Papá, papaíto, por Dios... no te pongas así... ¿Te parece Pepe Romero un bellaco? Yo creo que tú lo miras con pasión...

TOM. ¿Eh? (Don Tomás va quedándose estupefacto y doña Rosa y don Cristino principian á sonreir maliciosamente y acaban por soltar la carcajada.)

CAR. Es lo malo que tiene fiarse de hablillas... juzgar á las personas con ligereza... Pepe es mas bueno de lo que parece, papá... Yo te lo aseguro... Lo que tiene que tú no lo comprendes... porque como apenas has hablado con él... y él ha hecho cosas... así... un poquillo raras.. es claro que no lo comprendes... Pero es muy bueno... no te quepa duda...

CRIS. / ROSA (Riendose á más y mejor.) ¡Ja, ja, ja, ja!

TOM. ¿Cómo, cómo, cómo?... Déjate de zalamerías y habla claro. (A doña Rosa y don Cristino.) ¿Me hacen ustedes el favor de no reirse? (A Carmen.) Tú, cabeza de chorlito, explica eso.

CAR. Si te vas á enfadar también...

TOM. ¡Ahora me toca á mí!... (Otra vez á los viejos.) ¡Porra! ¡me están ustedes poniendo nervioso con su risa!

CAR. Lo que ha pasado es bien sencillo. (La escuchan todos con interés y curiosidad. Doña Rosa y don Cristino manifiestan al mismo tiempo viva alegría. Don Tomás la mayor sorpresa y alguna inquietud.) Me fuí al gabinete con la cabeza loca.. sofocadísima... Me asomé á la ventana para que me diese un poco el fresco de la noche... Y, las cosas que dispone Dios, pegadito á la ventana estaba él... ¡Si vieras qué pena me entró al verlo allí... tan solo... tan mustio!... Inmediatamente sentí unas ganas muy grandes de perdonarlo... El... no pudo... ni quiso contenerse... y principió á hablar y á hablar y á hablar... Y yo, figúrate, ¿qué había de hacer más que escucharlo?... Me fué imposible apartarme de la ventana... Luego se cambiaron los papeles y era yo la que hablaba y él quien oía... Y ahora, por último, hablábamos los dos á un mismo tiempo. Y nada más.

TOM. ¡Ah! ¿nada más? ¡Pues, hija mía, si te parece poco!...

ROSA / CRIS. (Volviendo á la risa.) ¡Ja, ja, ja, ja!

TOM. En resumidas cuentas: ¡que has hecho las paces con ese bribón!

CAR. No te sofoques, papaíto.

TOM. ¡Basta de papaítos y de carantoñas!

ROSA (Levantándose.) ¿Lo estás viendo, Tomás de mis culpas?

TOM. ¡No quiero ver nada! ¡Ni á ti, ni á este, ni á nadie!

ROSA Descuida; ya me voy.

CRIS. Y yo también. (Se levanta.)

ROSA (Yéndose por la puerta del foro.) (A decirle al otro que venga.)

CRIS. (Yéndose por la cancela sin dejar de reirse.) (A correr la voz por la tertulia.)

CAR. Tú te quedas, ¿verdad, papá?

TOM. ¡Yo, no! ¡yo me subo á la azotea con los palomos, únicos seres que no me dan disgustos! (Esteban, el novio de Dolores, silba en la calle con los bríos de siempre.)

CAR. Pero ¿te vas enfadado conmigo?

TOM. ¡Contigo, con tu tía, con el viejo ese, conmigo mismo, con media humanidad! ¡Uf, qué sofocación! ¡En el verano no pueden pasar más que desastres! (Tropezando al subir la escalera.) Tropieza, hijo, á ver si te revientas de una vez... (Vase refunfuñando.) ¡Maldita sea mi estampa!

CAR. (Tratando de detenerlo.) Papá... pero papá... Escucha un momento... Nada, es inútil. Cuando se pone así...

ESCENA XIII

CARMEN y DOLORES; después PEPE ROMERO.

DOL. (Por la escalera, muy aprisa.) ¡Ay, señorita Carmen! ¡Cómo va er señorito don Tomás escaleras arriba! ¿Es porque se ha arreglao usté con er señorito Pepe? (Conociéndoselo en la cara.) Sí, ¿verdá? No sabe usté lo que yo me alegro... Y ahí está mi Esteban... Y de seguro viene al oló... Y nos arreglaremos también nosotros... (Corriendo hacia la cancela.) ¡Josú, Josú! ¡Va á tené que vé la cara de *Arrope!* (A Pepe Romero, con quien se cruza en la cancela al marcharse.) ¡Ande usté pa dentro, que tiene usté más suerte que un durse!

PEPE (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja, ja!

CAR. ¡Demonio de muchacha!

ESCENA ÚLTIMA

CARMEN y PEPE ROMERO; luego VERJELES y CURRITO.

PEPE. Pero, oye, ¿qué me ha dicho tu tía? ¿que tu padre se ha puesto furioso?

CAR. No te preocupes. Se le pasará en cuanto entre el invierno.

PEPE (Suspirando.) ¡Ay! Me parece mentira que vuelvo á verme aquí, en tu casa, en tu patio, al lado tuyo, en paz y contentos los dos. (Hablan muy entusiasmados en voz baja.)

CUR. (Por la puerta de la derecha.) A ver zi conzigo *arrancarme*...

VER. (Por la cancela.) A ver si llego en mejor coyuntura... (Ambos se quedan perplejos al ver el grupo que forman Carmen y Pepe, y avanzan poco á poco con gran sigilo en dirección contraria, sin quitarle ojo á la amante pareja.)

CAR. (Cariñosamente.) ¡Trapalón!

PEPE ¿Trapalón? Pero ¿no me crees?

CAR. Si no te creyera, ¿estaríamos así?

PEPE Es que me vuelve loco la idea de que pueda quedar en tu pensamiento una sombra de duda.

CAR. Mírame bien y te convencerás de que no queda. (Pepe la mira fijamente á los ojos durante el breve diálogo de Currito y Verjeles.)

CUR. (Tropezando con Verjeles y en voz baja.) ¡Hombre! ¿va usted ciego?

VER. (También en voz baja.) ¿Y usted, cómo va?

CUR. A propózito: ¿qué quería usted conmigo?

VER. ¿Y usted conmigo?

CUR. ¿Yo? ¡nada!

VER. Pues yo, ¡menos! (Se ha acobardado.)

CUR. (Ze ha *echao pa* atrás.) (Siguen su sigilosa marcha sin dejar de mirar á los enamorados y sin ser vistos por estos.)

PEPE Tienes razón: no queda.

CAR. Te creo: te oigo hablar, y te creo; te miro, y te creo... Pero si me equivoco al verte y al oirte y ahora también me estás engañando,

no me lo digas nunca... y sígueme engañando así toda la vida.

PEPE. (Estrechándole las manos con pasión.) ¡Toda la vida así! (Vuelven á charlar.)

CUR. (Yéndose por la cancela.) (Por algo la encontraba yo ojeroza.)

VER. (Yéndose por la puerta de la derecha.) (¡En el tranvía de mis desdichas, acabo de poner el «completo»!)

CAR. (Al público.)

Ya veis que nada hay mejor
que un patio de Andalucía
para borrar en un día
desavenencias de amor.
Si alguna sufriendo está
celos, agravio ó desvío,
yo le ofrezco el patio mío...
con permiso de papá.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Agosto, 1899.

EL PATIO [1]

(CARTA ABIERTA, QUE DEBÍA SER CERRADA)

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, 18, que es donde está la Redacción de *Letras de Molde*.

Mi querido Director: Los hermanos Alvarez Quintero, de quien ya sabe usted que soy uña y carne, han recibido una carta de usted en la que les pide cuatro ó seis palabras respecto de la comedia cuyo título encabeza estas líneas. Usted, señor Director, se ha olvidado sin duda de que los autores de esa comedia son ellos. De no ser así, no se explica su petición de usted, por ser cosa natural y corriente en esta tierra que todo el mundo hable de las obras de todo el mundo menos el propio interesado.

Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, es el caso que leer mis amigos su carta de usted y ponerse á temblar como en noche de estreno, todo fué uno. «¿Quién no le contesta á este hombre?»—se preguntaron perplejos y confusos.— «¿Y quién le contesta?»—volvieron á preguntarse más confusos y más perplejos todavía. Y como conmigo tienen entera confianza, y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy su paño de lágrimas en muchas oca-

(1) En el segundo número del nuevo semanario titulado *Letras de Molde*, se publicó esta carta de *El Diablo Cojuelo*, que no consideramos inoportuno transcribir aquí.—*N. de los A.*

siones y más bueno que una bizcotela, á mí vinieron á contarme su apuro. Yo los oí como quien oye silbar (que es todo lo contrario de como quien oye llover), y luego de serias discusiones, en que estuvo á punto de romperse el hilo de nuestra buena amistad, determinaron que yo cargase con el muerto de la contestación, aunque pidiéndome por la salud de toda mi familia que no lo echase á broma, como acostumbro echarlo todo.

Y aquí me tiene usted con el muerto al hombro, completamente decidido á soltar la carga cuanto antes. A ver qué tal me explico.

Yo sé de buena tinta que ellos este verano, antes de lo de la peste bubónica, se propusieron, entre otras cosas, lo siguiente:

1.º Escribir una comedia de costumbres sevillanas

2.º Que la tal comedia se titulase *El Patio.*

3.º Que tuviera dos actos.

4.º Que estuviese en prosa, aparte la redondilla final.

5.º y último. Que, á ser posible, no saliese un *buñuelo* en vez de una comedia. (Que saliese un *sainete* no les pasó por la imaginación).

Es claro que, al titularse *El Patio* la comedia, al llevar por título el *lugar de la acción*, no podía ni debía ser otra cosa que fiel reflejo de la vida de la gente sevillana en el patio, ya durante las horas en que burla la vela los rayos del sol, ya cuando se repliega respetuosa para dejar que pasen los de la luna. Y dicho y hecho: para no desairar ni al sol, ni á la luna, ni á las estrellas (no les gusta molestar á nadie), y como tan pintoresco y digno de estudio es un patio de noche como de día, decidieron que el primer acto pasase de día y el segundo de noche. En lo cual me parece á mí que, como se dice ahora, *no estuvieron pesados.* Puede que me ciegue la pasión.

Una acción complicada, laberíntica (me da el corazón

que lo estoy tomando muy en serio), ó sin ser laberíntica ni complicada, y apelando á un término taurino, de *muchas libras*, hubiese excluído por completo los *elementos pintorescos* de la comedia. Y claro es que, excluídos estos elementos ó absorbidos por la importancia de la acción, la comedia se llamaría *Los nervios de Carmen* ó *El novio al paño* ó *Las paces inesperadas* ú otra cualquier cosa; pero lo que es *El Patio*, no. Y como la comedia que ellos han querido hacer es *El Patio*, y les gusta mucho que les salga lo que quieren hacer (esto me consta de un modo indudable), de ahí que imaginaran una acción muy sencilla, inspirada en la índole de los sucesos más propios y corrientes en los simpáticos patios de su tierra.

Si todo lo que ocurre en *El Patio* pudiera igualmente pasar en una sala, en un pasillo, en un pajar ó en una azotea, tendríamos que convenir en que mis amigos habían estado á la altura del escultor que se puso á tallar un San Cristóbal y acabó por hacer la mano de un mortero.

Por otra parte, cuanto más naturales sean las cosas que pasen en las comedias, tanto más se parecerán las comedias á la vida, que es de lo que se trata. El interés subsistirá por sencilla que sea la acción que se forje, siempre que haya un poco de arte en la composición. ¿O es que se cree que sin sorpresas, líos, maquinaciones, cartas olvidadas en un manguito ó telegramas puestos en una bota de montar (valga el ejemplo), no es posible interesar á nadie? ¡Aviados estábamos! Imagínese una acción humana; píntense los amores de una mujer, los celos de un hombre, las alegrías ó las penas de todos, algo de lo que sucede en este mundo, en fin, y siempre se conseguirá interesar al público. Digo yo. No estriba el interés en *lo que pasará*, sino en *lo que pasa*. El ideal para mis amigos sería que el público, durante la representación de una de sus

obras, se llegase á olvidar de que se hallaba en el teatro. Bien es verdad que para conseguirlo tendrían que empezar por matar á todos los apuntadores, y eso sería un crimen espantoso.

—

En una posdata de su carta de usted, y como quien no quiere la cosa, les pide por favor que le digan por qué le han llamado á *El Patio* comedia y no sainete.

A pesar de que esta pregunta está de sobra contestada con lo dicho, voy á satisfacer su curiosidad.

El sainete, en mi concepto, ha de constar de *un solo acto* y ha de ser *genuínamente popular*, respondiendo así á su tradición y á su historia completa. Bien claro lo prueban, entre los modelos del género, los más famosos y queridos del autor de *La casa de tócame Roque*, y los más preciados de nuestros saineteros del día. Ya sé que ahora, por circunstancias que no son del caso, tiende tan castizo género á ensanchar su campo de acción, pero siempre conservando como requisitos peculiares la pintura de costumbres del pueblo y las dimensiones de un acto solo.

Si se escriben sainetes en dos actos es claro que también pueden escribirse en tres, en cuatro ó en cinco. Y un sainete en tres ó cuatro actos es lo mismo que un entremés en dos. Y un entremés en dos equivale á poner en una mesa melones en lugar de aceitunas.

Pues bien; si el sainete debe estar y está encerrado en esos límites, ¿cómo ha de llamarse una obra cómica en dos actos, donde se pintan costumbres de una clase que no es el pueblo, y la cual está *sujeta desde el principio á una acción*, por vulgar, insignificante y baladí que esta sea? Yo creo que no tiene más nombre que el de *comedia*. A lo sumo, podría llamársele *comedia de costumbres*, por más que esta particular distinción obligaría á calificar á otras, que hoy se llaman simplemente come-

dias, de *comedias de enredo, comedias de caractéres* ó *comedias de disparates*, que también hay algunas.

Finalmente, si el nombre de *comedia* no lo determina la pintura de tipos y costumbres, sino lo abundante y complicado de la acción, el maestro Bretón de los Herreros, el autor de *Marcela*, *El pelo de la dehesa*, *Un día de campo*, *Un tercero en discordia* y tantas y tantas obras más, el padre de nuestro moderno teatro cómico... escribió poquísimas *comedias*. A buen seguro que pueden contarse.

Y adiós, mi querido amigo. Perdóneme si he sido más prolijo de lo que usted quisiera. Ahora me voy á ayudar á los dos hermanos en una tarea que los tiene entretenidísimos. Acaban de recibir *siete gruesas* de chistes y chascarrillos andaluces para las obras que preparan, y los están examinando y clasificando por orden alfabético. Creo que van por la J... Tienen eso muy bien montado. Chistes de primera escena, de segunda, de quinta, de final de acto, etc. Le digo á usted que es una maravilla.

Ya me olvidaba de enviarle las gracias en nombre de ellos por los desaforados piropos que les echa usted en pago del favor que les pide. Afortunadamente, no se *hinchan* con los elogios, y hacen muy bien, ya que no hay nada más fácil que hinchar un autor, aquí donde es cosa tan difícil hinchar un perro.

Mande lo que guste (el periódico entre otras cosas), á su devotísimo amigo y servidor q. l. b. l. m.,

El Diablo Cojuelo

Madrid, 15 Enero 1900 (siglo XIX).

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (3.ª edición).
El peregrino, zarzuela cómica.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés.
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL MOTETE

ENTREMÉS

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florín, 8, bajo

1900

EL MOTETE

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 24 de Abril de 1900

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

Teléfono número 551

—

1900

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DON MAMERTO.....	D.	Manuel Rodríguez.
MARÍA.....	D.ª	Felisa Torres.
JULIA.....		Pilar Navarro.
UNA GITANILLA.....		Matilde Pretel.
PERICO.....	D.	José Ontiveros.
RAMÓN.....		Anselmo Fernández.
UN SACAMUELAS.....		Emilio Carreras.
UN ORGANILLERO.....		Francisco Delgado.

Gente que pasa por la calle, dos chulos, chiquillos, banda militar, etc.

EL MOTETE

Habitación de don Mamerto, en Madrid. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Al foro, dos ventanas con reja y puertas de cristales y de madera. Arrimada á la pared, entre las dos ventanas, la cama de don Mamerto. A la derecha del actor, un piano. Inmediata á él una mesita con papel pautado, tintero, plumas y un aparato de luz eléctrica. A la izquierda, un lavabo. Percha, cuadros y varias sillas. Timbre eléctrico. A través de las ventanas, que están abiertas, se ve la calle, que es ancha y alegre. Durante todo el entremés está pasando alguna gente por ella.

ESCENA PRIMERA

JULIA y DON MAMERTO; luego MARÍA

(Julia canta mientras hace la cama; don Mamerto, sentado á la mesita, quiere escribir música, pero con el canto de Julia no consigue dar pie con bola.)

JULIA (Cantando.)

¿Dónde vas con mantón de Manila?
¿Dónde vas con vestido chiné?...

MAM. Pero, mujer, ¿acabas ó no acabas de arreglarme el cuarto?

JULIA ¡Ay, Jesús, qué prisas! ¡Espérese usté un poco! (Sigue cantando.)

A lucirme y á ver la verbena,
y á meterme en la cama después...

MAM. ¡Esta es otra! ¿Cuántas veces te he dicho que en mi cuarto no quiero oir más música que la mía? (Se levanta y pasea.)

JULIA Sí, ¿eh? ¡Pues aviá estaba yo si tuviera que cantar música de iglesia!

MAM. Bueno, bueno; déjate de historias, y concluye.

JULIA (Volviendo á cantar.)

Si las mujeres mandasen...

MAM. ¿Vuelta la burra al trigo?

JULIA *Si las mujeres mandasen...*

MAM. ¡Dale bola! Si no mandan, si mandan los hombres. Y, sobre todo, si en mi cuarto mando yo, y estoy deseando que te vayas...

JULIA Y yo deseando irme.

MAM. Y yo perderte de vista.

JULIA Y yo...

MAR. (Cantando dentro.)

Yo he sido sigarrera...

MAM. ¡La otra atropellaplatos!

MAR. *Maestra de labores. .*

MAM. (Llamándola.) ¡María!

MAR. *Y me crié en la caye*
tan renombrada
de Embajadores. .

MAM. ¡Maríaaa!...

MAR. (Más cerca.)

Los pitiyos y puros
que tocaban mis manos...

MAM. ¡Pero Maríaaa!...

MAR. (Mucho más cerca.)

En er gusto en seguida
los conosían
los parroquianos...

(Sale por la puerta de la izquierda, en traje de faena, y continuando su canción.)

Luego fuí castañera,
miste si tuve grasia...

¿Me yamaba usté, don Mamerto?

MAM. Sí que te llamaba. Para rogarte por los clavos de Cristo que te calles. Esta casa es una grillera. ¿No está ahí la patrona?

JULIA No, señor; ni ganas de que esté.

MAM. Es la única que las hace callar á ustedes.

MAR. Pero ¿tiene usté jaqueca, señó?...

MAM. Lo que tengo es que trabajar mucho, y necesito que en la casa no se oiga el vuelo de una mosca.

MAR. Pos le arvierto á usté que yo no sé guisá aguantando er resueyo.

MAM. No, ni sin aguantarlo tampoco. Mira que las albóndigas del lunes...

JULIA Vaya, que hoy ha pisao usté mala yerba.

MAR. Parese mentira que esté usté de tan mal humó, con la arcoba que le ha caío en suerte.

JULIA Ya, ya va diferencia de esta casa á la otra.

(Don Mamerto se queda abstraído.)

MAR. ¡Digo! Aquí hay luz elértrica... timbre elértrico... (Hace sonar el de la habitación.)

JULIA Déjalo, no se descomponga como ayer y se lleve tocando una hora.

MAR. Pos ¿y la caye? (A don Mamerto, que no le hace caso.) ¿No ve usté qué caye más alegre?... Asómese usté, señó, que esto es la gloria pura... ¡Y vaya unas ventanas hermosas! Se quié paresé á eyas la ventaniya e mi cuarto, que es una ventaniya e la narí... (Habla bajo con Julia refiriéndose á don Mamerto, de quien opinan, con terrible conformidad, que no tiene los sentidos cabales.)

MAM. (Como adivinando un motivo musical.) Do... re... sol... si... do... (Con el rayo de la inspiración en los ojos.) ¡Hay algo, hay algo!... Es un motivo nuevo... Do... re... sol... sol... ¡Vaya si hay algo! (Da una palmada y se frota las manos con júbilo.) Sol... si... sol... si... si... si...

MAR. (A don Mamerto.) Güeno, señó, ¿armuersa usté hoy en casa, ó no armuersa?...

MAM. (Abstraído.) Si... si...

MAR. ¿Pos no dise usté que armuersa con er padre Venansio?

MAM. Si... si...

MAR. Pero ¿se está usté enterando de lo que le digo?

MAM. Si... si... si...

MAR. Me paese á mí que no...

PER. (Cantando dentro.)

No enseñes en la playa
la pantorrilla,
la pantorrilla...

MAM. (Saliendo de su abstracción, muy enfadado.) ¡Por vida del diablo! ¿Quién canta?...

PER. *Que hay muchos tiburones...*

MAM. (Llamándolo.) ¡Perico!... ¡Dichosos estudiantes!

PER. *Junto á la orilla,*
junto á la orilla...

MAM. ¡Perico!

ESCENA II

DICHOS, PERICO y RAMON

PER. (Saliendo por la puerta de la derecha.) ¿Qué me quiere usted, don Mamerto?

MAM. ¡Que deje usted el canto, por Dios!

PER. Pues qué, ¿hay algún enfermo en la casa?

MAM. Sí, señor; yo mismo.

RAM. (Cantando, desde dentro también.)

Eso es quitarme la vía...

MAM. ¿Otro?
PER. ¡Ramón!
RAM. (Por la misma puerta que Perico.)

Eso es echarme á la caye
como cosita perdía...

PER. No cantes, hombre; que dice don Mamerto que está malo.
RAM. Don Mamerto, ¿es de veras?
MAM. Sí, señor, sí; estoy malo, muy malo.
RAM. Pero ¿qué le pasa á usted?...
MAM. Que me encuentro en el mayor de los apuros... Que le he prometido al padre Venancio escribir un motete que debe cantarse pasado mañana en nuestra Parroquia, y si no lo compongo hoy me muero de sentimiento y de vergüenza... Porque ya saben ustedes lo que para mí significa el padre Motete... el padre Venancio...
PER. ¿Y lleva usté escrito mucho?
MAM. Escrito, nada... imaginado, sí... Tengo algunas ideas... algunos motivos... Por eso les ruego á todos, y si es preciso lo imploraré de rodillas, que haya en la casa tranquilidad, silencio, siquiera hoy... ¡hasta ver si echo fuera el venancio!... ¡el motete, porra!
RAM. Pues pierda usted cuidado. Yo respondo de mí.
PER. Y yo de mí. Como que me voy á acostar ahora mismo... Apenas he pegado los ojos esta noche.
MAM. Claro; la casa nueva... Se extraña la habitación... se extraña todo.
RAM. Lo que más se extraña es que no haya visitas de esas que obligan á encender la luz.
PER. Ah, pues yo las he tenido. A mí me han visitado dos pulgas.
RAM. ¿Y las recibiste?
PER. Hombre, les dije que no estaba; pero me

dejaron tarjeta... (Rascándose.) y me prometieron volver esta noche.

RAM. ¡Ja, ja!

MAM. (Impaciente.) Bueno, pues... todo eso es muy gracioso, pero si tuvieran el motete... digo la bondad...

RAM. Usted sí que estará contento de su nueva alcoba, ¿eh?

MAM. ¡Mucho! Pero si me hicieran el motete... ¡e[1] favor, caramba!

PER. Es muy amplia... muy...

MAM. (Nervioso de impaciencia.) Ay, ay, ay, ay... Señores, por la Virgen, ¿me dejan ustedes en paz?

MAR. ¡Jesús, don Mamerto, qué agonía! (A Julia.) Vámonos, tú, no le dé un insurto ar señorito.

JULIA Vámonos, sí. Ya nos avisará usted cuando podemos respirar.

MAM. Sí, bueno, sí.

PER (Junto á la puerta de la izquierda, por donde se van las criadas, cogido del brazo de Ramón.) ¡Vaya con Dios la canela fina!

RAM. ¡Y los platos de postre!

JULIA ¿De veras?

MAR. ¡Miá qué dos esaborios! ¡Paesen er dos de bastos! (Se van.)

ESCENA III

DON MAMERTO, PERICO y RAMÓN

MAM. ¿Y ustedes, no se marchan?

RAM. Al instante, querido don Mamerto. Vente, Perico.

MAM. Dios se lo pagará. Si son ustedes buenos muchachos, si no me molestan cantando ni diciendo versos y me sale el motete, esta noche...

PER. Qué.

MAM. Esta noche los convido á ustedes al Real.

PER. ¿Sí?

MAM. Sí.

RAM. ¿Y luego?

MAM. Luego nos vamos á cenar juntos.
RAM. ¿Sí?
MAM. Sí.
PER. ¿Y luego?
MAM. Hombre, luego... luego...
RAM. ¡Luego, Dios dirá!
PER ¡Dios mío de mi alma! ¡que le salga á este hombre el motete!
RAM. ¡Viva el motete!
PER. ¡Le sale, le sale! ¿Dice usted que ya tiene motivos, eh?
MAM. Sí, señor, sí; tengo motivos... tengo muchísimos motivos... para creer que no me dejan ustedes en todo el día.
RAM. ¿Cómo que no? ¡Ahora mismo!
PER ¡Pues no faltaba más! Con la cenita en perspectiva...
MAM. (Empujándolos.) Andar, andar adentro.
PER. (Yéndose, cantando, con Ramón por lo puerta de la derecha.)

A beber, á beber y á apurar...

Ah, usted perdone.
RAM. Seremos dos tumbas. (Se van.)

ESCENA IV

DON MAMERTO. Dentro la GITANILLA

MAM. ¡Loado sea el Omnipotente! Ya estoy solo... ya puedo escribir. (Suspirando.) ¡Ay! Ahora, como dijo el poeta,

baja á mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del querub emana...

GIT. (Dentro, hacia la izquierda, entonándose.)
Ay, ay, ay, ay...
MAM. ¿Qué es eso? ¿Otra vez las criadas?
GIT. Ay, ay, ay, ay...
MAM. (Desesperado.) ¡Esto es irresistible! ¡Esto ya es

tomarlo á uno de pito!... ¡Bajo mi responsabilidad las voy á plantar ahora mismo en la calle! (Vase por la puerta de la izquierda hecho un energúmeno y dando tropezones.)

ESCENA V

LA GITANILLA

Música

(Cantando dentro.)

No soy de esta tierra
ni en eya nasí:
la fortuniya roando, roando,
me trajo hasta aquí.

(Aparece en la calle y canta junto á la ventana de la izquierda.)

Yo no tengo ofisio;
naide me enseñó...
vivo cantando como golondrina,
como ruiseñó.
Darme un ochavito,
tengan cariá,
que hoy no he probao ni gotita e agua
ni cachito e pan.
Un Debé no quiera
que se puean vé
como plumita que se yeva el aire,
como á mí me ven.
Voy sin sabé á donde
dende que nasí...
La fortuniya roando, roando,
me trajo hasta aquí.

(Vase por la derecha.)

ESCENA VI

DON MAMERTO; después un SACAMUELAS.
Al final un ORGANILLERO

Hablado

MAM. (Por donde se fué.)¡Es lo grande esto! Les echo una chillería, las amenazo con despedirlas de la casa, me pongo por las nubes y se ríen en mis barbas, porque resulta que es en la calle donde están cantando... Ya no sé ni lo que oigo siquiera. Pero no divaguemos, que el tiempo se va y aun no he escrito sobre el papel ni una nota. Vamos al piano. (Sentándose y disponiéndose á tocar.) ¡Dios mío, ilumíname!

¡Baja á mi mente, inspiración cristiana!...

(Principia á teclear, manifestando complacencia. Mientras tanto, aparece en la calle por la izquierda un Sacamuelas ambulante, con gorro turco, que coloca sus trebejos delante de la ventana del mismo lado. Una vez terminada esta faena, se pone de espaldas al público entre la ventana y su mesa, y comienza á agitar furiosamente una campanilla. Don Mamerto, al oirla, deja el piano de repente y se da á los diablos.) Hombre, ¿qué es eso? Pues era lo único que me faltaba. (La campanilla suena que es una bendición.) ¡Eh, señor mío! (El Sacamuelas sigue agitando la campanilla con creciente entusiasmo.) ¡Buen hombre! (Nada: la campanilla no se entera.) ¡Por vida de!... (Corre á la ventana nervioso y descompuesto. En este momento no pasa un alma por la calle.)

SAC. (Dejando de tocar y á grito pelado.) «¡Respetable público!»

MAM. ¡Qué público ni qué remolacha! ¿No está usted viendo que no hay nadie?

SAC. (Volviendo la cabeza.) ¿Cómo? ¿Se dirige *ustez* á mí, caballero?...

MAM. Sí, señor.

SAC. ¿Puedo servirle en *argo?* ¿Tiene *ustez arguna* muela *careada?* Le *arvierto* á *ustez* que poseo un *elirsir*...

MAM. ¡Me tiene sin cuidado su elixir! Lo que le suplico á usted es que se vaya á otra parte, porque estoy trabajando y me molestan todos los ruidos.

SAC. Caballero, yo también estoy trabajando. Cada *cuar* trabaja en lo suyo... *¡Er poblema* de los garbanzos, caballero!

MAM. (En tono de súplica.) ¡Déjeme usted á mí de problemas, por amor de Dios! ¿Tiene usted la bondad de marcharse?...

SAC Ah, sí señor, sí que me marcharé... Cuando se piden las cosas en forma *correrta*.... Que *ustez* trabaje mucho y con fortuna. Y si quiere *ustez argún* botecito de mi *elirsir*...

MAM. ¡No quiero nada!

SAC. Por *er* módico precio de una peseta...

MAM. ¡Que no quiero nada, señor!

SAC. Convenido. Nada *hamos* perdido más que *er* tiempo... Yo no fuerzo á nadie. Condiós, caballero.

MAM. ¡Abur, sinapismo! (Retirándose de la ventana.) ¡Qué desgracia, Dios de Israel!... Parece que todo se conjura... ¡Al piano de nuevo!' (Siéntase y principia á teclear, como antes. El Sacamuelas se pone frente á la otra ventana, sin reparar en que, sobre ser de la misma habitación, está junto á ella el piano de don Mamerto; coloca convenientemente sus trastos y la emprende de nuevo con la campanilla. Don Mamerto, al oirla, se levanta de un bote y se va como una fiera á la ventana.) ¡Eh! ¡señor don Sacamuelas! ¿No habíamos quedado en que se iba usted?... ¿No ve usted que esta ventana también es de mi cuarto?...

SAC Caballero, no lo sabía, pero me es *iguar*. No voy yo á estar mudándome de sitio *costantemente*, porque á *ustez* se le antoje.

MAM. Vamos, hombre, ¡lárguese usted á otra callé!

SAC. ¡Lárguese *ustez* á otra *arcoba!* (Agita fuertemente la campanilla.)

MAM. ¡Oiga usted!

SAC. ¡No me da la gana! (Vuelve á tocar con entusiasmo la campanilla.)

MAM. ¡Estoy aviado!

SAC. (A voz en cuello.) «¡Respetable público!» (Poco á poco se le van acercando algunos curiosos.) «*Ar* presentarme en esta *capitar*...»

MAM. Pero, hombre...

SAC. (Sin hacerle caso.) «Ar presentarme en esta *capitar* tan *curta*...»

MAM. ¡Eh! ¡guardia!... (Aparecen junto á la otra ventana dos organilleros con un pianillo de manubrio y empiezan á tocar una polca popular y graciosa. Don Mamerto, al oirla, acaba de ponerse en punto de caramelo y va de un lado á otro soltando tacos y maldiciones, mientras el Sacamuelas, en alas de su exuberante fantasía, principia un discurso que luego se ve obligado á cortar en flor.)

SAC. (Levantando gradualmente la voz.) «Con el *Elirsir der Paraiso*, conocido ya en toda *Uropa* y en América, no me *impursan* móviles de lucro, deseos de hacer mi Agosto, sino solamente el amor á la ciencia... Yo, *Baurtista* Marchén, servidor de ustedes, que *ha* abandonado por amor al estudio una posición en Noruega...

MAM. ¡Atiza! ¡Ahora un organillo! ¡Voy á tener que irme á escribir el motete á la Moncloa! ¡Esto no se puede resistir! ¡Mañana me mudo! ¡No me queda más recurso que cerrar las ventanas, aunque me abrase de calor! ¡Maldita sea mi suerte! ¡Voy á empezar á tiros con media humanidad! (Corre hacia la ventana de la derecha.)

SAC. (Cortando el discurso, convencido de que aquello no va con él y dirigiéndose á don Mamerto.) Ahora sí que me ausento, compadre. Ese vecino tiene más *purmone* que yo. (Carga con sus bártulos y se retira.)

MAM. ¡Así te parta un rayo! (Cierra la vidriera de la ventana de la derecha y corre á la de la izquierda como una bala.) ¡Eh! ¡los del pianillo! Ahí va una peseta. Tengan ustedes la bondad de marcharse, que en la casa hay un enfermo del oido.

ORG. (Tomando la peseta.) Gracias, señorito. Tú, Camarón, *ahueca*.

MAM. Sí, *alueca*, Camarón. (Cesa la música y los organilleros se van con el pianillo. Don Mamerto cierra también la vidriera de la ventana.)

ESCENA VII

DON MAMERTO

¡Jesús! ¡A buena callecita me han traido!... ¿Querrá Dios que me quede yo en paz y escriba el motete? ¿O seré tan mal músico que el cielo no permitirá que lo escriba? Vaya por Dios, vaya por Dios... Al piano otra vez, Mamertito. No te desanimes, hombre... Lo que mucho vale, mucho cuesta... (Se sienta al piano.) ¡A trabajar! ¡á trabajar!

¡Baja á mi mente, inspiración cristiana!

(Vuelve á teclear, como antes, y de improviso y sin darse cuenta, se pasa á la polca que tocó el pianillo.) ¡Rayo de Dios! ¿No estoy tocando la polca del organillo? ¡Le digo á usted que voy á lucirme!... Serénate, Mamerto, serénate... (Torna al tecleo y torna también á la polca.) ¡La polca! ¡Nada, que me voy á la polca! ¡Que se me ha metido en la cabeza! (Oyese en la calle extraña gritería, que va aumentando poco á poco.) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué pasa en la calle?... ¿Más ruido otra vez? (Desesperado.) ¿A que voy á tener que tomar un globo? Pero ¿qué sucede, Dios mío?... Alguna pendencia... (Abre la ventana de la izquierda. En la calle se pelean dos chulos, garrote en mano. Hombres, mujeres y chiquillos, los increpan y tratan de separarlos. Ellos se arremeten con furia. Gritos, carreras y amenazas que duran un buen rato. Dos ó tres perros ladran que es un gusto. Al fin se llevan á uno de los contendientes por un lado, y al otro por el lado opuesto. Nada de guardias, para que la escena sea real.) ¡Eh! ¡joven! ¡joven! ¿qué ha sido ello? (Va de una ventana á otra como un loco.) ¡Caballero!... ¡Pchs!... ¡pchs!... ¡Señora!... ¡Niño!... ¿Qué ha sido, qué? ¡Bueno, pues

que se maten! ¡Sea lo que sea, á mí qué tres rábanos me da! ¡Como si no tuviera yo bastante con el motete! ¡Se acabó! ¡El último recurso! (Cierra las puertas de madera de las ventanas y enciende la luz.) ¡Don Mamerto ó la fuerza del sino! ¿Qué habré yo hecho para tanta desgracia?... (Principia á sonar sin interrupción un timbre eléctrico de lo más desagradable de la clase.) ¿Quién llama ahora?... ¿Quién llama?... (Gritando.) Pero, hombre, ¿quién llama? ¡Ese timbre!... ¿A que se ha descompuesto como ayer?... ¡Galleta! ¿no hay quien le dé un tiro á ese timbre?... ¡Ramón! ¡Perico! (Vase corriendo por la puerta de la derecha. El timbre continúa sonando como si nada fuese con él. Después de un instante sale don Mamerto furioso.) Los estudiantes duermen á pierna suelta. No sé cómo pueden... ¡Toca, hijo, toca!... ¡María! ¡Julia!... (Vase á escape por la puerta de la izquierda. El timbre sigue sin darse por aludido. Don Mamerto vuelve á salir á poco hecho una fiera.) ¡Soberbio! ¡Me caso con la mar salada! ¡Hay que estar así hasta que venga el electricista, que creo que vive en los Cuatro Caminos! ¡Y escriba usted el motete con esta sandunguera instrumentación! ¡Hasta que á mí se me ahume el pescado y acabe por mandar á cualquier parte el motete, al padre Venancio y á toda su pastelera familia! (Deja de sonar el timbre.) ¿Eh? ¿Qué milagro es este, justo Dios?... ¡Ay! Como si lo viera; lo ha compuesto don Pepito, el huésped de la sala, que entiende de todo. El cielo lo bendiga... ¡Animo, Motete, ánimo!... ¡Al mamerto, al mamerto otra vez!... (Siéntase al piano, y sale desde luego tocando la polquita de marras.) ¡Cuerno! ¡la polca de antes! ¿Estaré yo loco?... ¿A que voy á parar en Leganés?... (Hacia la derecha, suena repique de campanas, y hacia la izquierda, lejos, los primeros compases de un paso doble militar que se va acentuando á medida que figura que se acerca la tropa.) ¿Eh? ¿repiquito ahora?... Pero, señor, ¿qué santo es mañana? ¿Y viene tropa por ese otro lado?... (Fuera de sí.) ¡Ea! ¡se

acabó lo que se daba! ¡qué galleta! ¡Que se escriba el motete solo! ¡A la cama ahora mismo! ¡Todo tiene un límite en este mundo! (Se quita nerviosamente y murmurando palabras sueltas, la americana, el chaleco, los pantalones, la corbata y las babuchas. Cada una de las prendas la tira á distinto lado. Se queda en calzoncillos con el gorro puesto y una camisa larga de dormir, apaga la luz, se mete de un salto en la cama y se tapa hasta la cabeza. El repique y el paso doble suenan entre tanto confundidos.) Que se fastidie don Venancio... motete... Me importa poco... motete... La salud, la tranquilidad... motete... ¡Pues hombre!... motete... ¡Si se enfada, mejor!... motete... Explicaciones... tonterías... ¡Ea! ¡á la cama! ¡Qué motete ni qué...! ¡Adentro! Así... ¡Que me entren moscas!

ESCENA ÚLTIMA

DON MAMERTO, JULIA, MARÍA, PERICO y RAMÓN

JULIA (Por la puerta de la izquierda.) ¡Don Mamerto! Calle, qué oscuridad... ¡Don Mamerto!... ¡Pero si se ha ido!... ¡Entonces vemos la tropa! (Llamando.) ¡María! (Abre las dos ventanas.) ¡María! (Sale María.)

PER. (Por la derecha, con Ramón.) ¿Pasa la tropa por aquí?...

RAM. ¡Qué bonito es este paso doble!

MAR. ¡Esta música se baila sola!

PER. ¡Pues aquí estoy yo!

MAR. Y yo aquí. (Se cogen y empiezan á bailar.)

RAM. (A Julia.) ¡Pues nosotros no vamos á ser menos!

JULIA ¡Ya lo creo que no! (Hacen lo mismo al otro lado. Comienzan á pasar por la calle algunos chiquillos que andan á compás delante de la tropa.)

MAM. (Incorporándose lentamente con cara de asombro.) Pero ¿qué escándalo es este, señores?... ¿Ni en la cama voy á estar tranquilo?

PER. ¡Je, je!... ¡Se había acostado!

JULIA
MAR. ¡Don Mamerto!

RAM. ¡Don Mamerto!

LOSCUATRO (Riéndose á más y mejor, mientras bailan al son de la música.) ¡Ja, ja, ja, ja!

MAM. ¿Han tomado ustedes mi cuarto por salón de baile?... ¡Fuera todo el mundo de aquí!...

LOSCUATRO ¡Ja, ja, ja, ja!

MAM. ¡Dios mío! ¿Tú no ves? ¡Dile al padre Venancio, que lo que es así sólo Tú le escribes el motete! (Se echa fuera de la cama envuelto en la colcha y se dirige al público.)

En medio de este belén,
que aplaudas mucho te pido...
¡Es el único ruïdo
que puede sentarme bien!

FIN

Madrid, Marzo, 1900.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las empresas que pongan en escena este entremés pagarán por derechos de propiedad de cada representación la mitad de los correspondientes á una zarzuela en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición).
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, entremés con música.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El estreno

ZARZUELA CÓMICA EN TRES CUADROS

sin exposición, nudo, ni desenlace

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPÍ

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1900

CAMBRIDGE UNIVERSITY LIBRARY

.....

Constitution

EL ESTRENO

ZARZUELA CÓMICA EN TRES CUADROS

sin exposición, nudo, ni desenlace

LIBRO DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 19 de Julio de 1900

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

A la Sociedad de Autores Españoles

En esta obrilla, tan humilde como bien intencionada, no obstante su carácter satírico, hemos pretendido mostrar al público las contrariedades, disgustos y amarguras que experimenta todo autor dramático desde que comienza á ensayar hasta que los aplausos dan vida al fruto de su ingenio ó los silbidos lo entierran para siempre.

Hacer reir ó llorar al público cuesta muchas lágrimas á veces, pero no todas deben imputarse en justicia al infierno de los ensayos ni al purgatorio de la primera representación. Antes y después del estreno las circunstancias que suelen rodear al autor le ofrecen sobradas ocasiones para renegar de su oficio y desesperarse.

La lucha sorda y triste por romper el anónimo, la explotación inicua de los logreros del ingenio, el esfuerzo estéril del escritor viejo ó cansado, los sombríos horizontes de un trabajo infecundo, parecido al del gañán que siembra para que recoja el amo... He ahí algunos de los males que amargan la vida de casi todos los autores.

Para remediarlos ó arrancarlos de raíz se fundó hace poco más de un año la Sociedad de Autores Españoles, *cuya beneficiosa influencia ya se deja sentir afortunadamente. A ella le dedicamos esta zarzuela, en prenda del entusiasmo que su ideal nos inspira, y como testimonio público de adhesión á la noble causa que sostiene.*

S. y J. Alvarez Quintero.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA GONZALITO	Srta. Pretel.
LA CORALES	Brú.
CASTITA	Zavala.
ADMIRADOR 2.º	
ROSITA	Rodríguez (M.)
ADMIRADOR 1.º	
MERCEDES	Dema.
ABONADO 2.º	
SOFÍA	Carcellér.
AMIGA 1.ª	
JUANA	Fernández.
AMIGA 2.ª	
MAMÁ DE LA GONZALITO	Viñalls.
CAMPILLO	Sr. Rodríguez.
BERMEJO	Carreras.
MANDANGA	
GOMILLA	Ontiveros.
MAESTRO BENÍTEZ	
HABICHUELA	Soler.
ESPINILLA	Carrión.
UN MALDICIENTE	
UN DESCONOCIDO	
RIVERO	Fernández (A.)
ORTIGA	
GUARDARROPA	Ramiro.
DON SIXTO	
TERAN	Soriano.
DUQUE	

DON ELOY		RUESGA.
UN CRÍTICO		
MAESTRO DE COROS		CODORNIU.
UN VIEJO ELEGANTE		
DON EVARISTO		SÁNCHEZ.
PULIDO		OTERO.
LOZANO		
PABLO		PICÓ.
UN RACIONISTA		
ROMO		
VIOLÍN 1.º		LLORENTE.
TRAJANO	NIÑO	COTTE.
UNA VOZ	SR.	CARCELLER.
PELUQUERO		SUÁREZ.
GUERRA		
ADMIRADOR 3.º	SRTA.	GARCÍA (C.)
ABONADO 1.º		CONTRERAS (M.)
RÍOS	SR.	RINCÓN.
VÁZQUEZ		RAMOS.
MARTÍN		TOVARES.
BRAVO		LANDA.
NARBONA		PULPEIRO.
MOLINÍ		PORTILLO.
OREJUELA		DELGADO.
GARCÍA		LLEÓ.
PRADA		MAS.
MOLINO		GONZÁLEZ.
SÁNCHEZ		DE FRANCISCO.
AZNAR		MÁIQUEZ.

Una segunda tiple y su mamá, dos partiquinas, dos novios, un pollo barbilampiño, un autor incipiente, un camarero, varios cómicos, capinteros, tramoyistas y coro general

EL ESTRENO

Cuadro primero.—El Infierno

Escenario de un teatro durante las horas de los ensayos. En el fondo, hacia la derecha del actor, sentadas en bancos y sillas, y formando diversos grupos, charlan y hacen labor las Coristas Algunas tienen el novio al margen. En medio del escenario la mesa del apuntador. Sobre ella un atril. Junto, el sillón del director de escena. Inmediatas á los bastidores de la derecha varias sillas, que durante el cuadro van ocupando actrices y actores. A la izquierda un piano. Luz escasa.

Al levantarse el telón aparecen las Coristas como queda dicho, y Campillo, el autor de la obra que va á ensayarse, charlando á la derecha con una Segunda tiple y su Mamá. Rosita y Mercedes están sentadas junto á la mesa del Apuntador y Sofía en un grupo de compañeras hacia la derecha del foro. Después de un momento en que se oye el rumor de las conversaciones de todos, sale el Maestro de coros por los bastidores de la izquierda tocando las palmas.

M. COROS ¡Niñas! ¡vamos al saloncillo! ¡Hay que pasar muchas veces el coro nuevo!

ROS. ¡Por Dios, maestro, si lo sabemos de memoria!...

M. COROS ¿Qué habéis de saber? Andar, andar arriba... (Se levantan todas de mala gana y se van detrás del Maestro por la izquierda, murmurando y riéndose. Los novios como si estuvieran cosidos á ellas.)

MERC. ¡Ay, qué cataplasma de maestro!

SOFÍA ¡Ay, qué jaqueca!

ROS. Maestro, compadezco á su señora de usted....

M. COROS ¡Pues yo á quien compadezco es al marido!

(Se van. Pablo, el avisador, sale por la derecha momentos antes y pone sobre el atril de la mesa del Apuntador el manuscrito de una obra y á cada lado un candelero con una vela; coge la mesa, la baja al proscenio, delante de la concha, y coloca á la izquierda el sillón del Director y á la derecha una silla. Espinilla, periodista, sale cuando se van las Coristas, por la izquierda.)

ESP. ¡Caramba! ¡qué poca luz hay en este escenario! Buenas tardes. (A PABLO.) ¿Sabe usted si ha venido el señor Campillo?

PABLO ¿El autor del estreno? Me parece que sí. (Llamando.) ¡Don Julio! ¡Señor Campillo!

CAMP. ¿Qué hay?

PABLO Aquí lo busca á usted un caballero.

CAMP. (A la Segunda tiple y á su Mamá.) Con permiso de ustedes. (Acércase á Espinilla. Pablo se va por la derecha. Por la izquierda sale un Cómico que atraviesa el escenario y se sienta al lado de la Segunda tiple.)

ESP. Señor Campillo, usted perdone.

CAMP. ¡Hola, amigo Espinilla! ¿Cómo vamos?

ESP. Para servir á usted. ¿Y esos ánimos?...

CAMP. Así, así. Ya empieza uno á estar nervioso....

ESP. Oh, pues usted no tiene motivos... Sale á triunfo por obra... Es usted el amo de los escenarios.

CAMP. ¡Quite usted, por Dios! ¿Usted cree que si yo fuera el amo, no habría aquí más luz?...

ESP. ¡Ja, ja!... En seguida deja usted ver la garra del autor cómico.

CAMP. Hombre, no, yo no tengo esas cosas...

ESP. Sí, sí, hágase usted el chiquito. Ya sabe usted que hoy es el único.

CAMP. ¡Por los clavos de Cristo!... (Este me va á pedir dos butacas para el estreno.)

ESP. ¿Quién hay más que usted? Cabrera y Panizo, que han escrito un par de sainetes... y ya los tiene usted *agotados*.

CAMP. ¿Agotados ya? ¡Canario, pocas gotas traían!

ESP. Sobre que á Cabrera sé yo de buena tinta

que le escribe las obras un tío suyo, cura por cierto, que vive en Cañaveral de las Limas y que no quiere salir á las tablas.

CAMP. ¿Y á Panizo?

ESP. Panizo las escribe él.

CAMP. ¡Milagro!

ESP. Pero mejor sería que se las escribiese otro cura.

CAMP. Bueno, no murmuremos más. ¿En qué puedo servirle, amigo Espinilla?

ESP. En mucho.

CAMP. Usted dirá. (Continúan hablando en voz baja unos momentos, mientras sale por la izquierda la Corales con don Evaristo, su papá, que es como un eco de la niña, y cruzan el escenario diciendo á media voz lo que sigue. La Corales lleva un perrito sujeto por una cadena, el cual nunca le deja á nadie, como no sea al papá en algún caso extremo.)

COR. Este último feo no lo aguanto.

EVAR. No lo aguantes.

COR. Vé á buscar á Bermejo en seguida.

EVAR. En seguida.

COR. Y dile que venga.

EVAR. Que venga.

COR. (Sentándose en el grupo de la derecha.) Buenas tardes.

EVAR. Buenas tardes. (Vase por la izquierda muy aprisa, en alas de su deber de papá de tiple.)

ESP. Yo soy ahora redactor de *La última noticia*...

CAMP. ¿Sí? Pues es la primera que yo tengo.

ESP. ¡La garra, la garra otra vez! Y la verdad, como es usted el autor favorito del público...

CAMP. (¡Vaya si me pide dos butacas!)

ESP Quisiera...

CAMP. Dos butacas, ¿eh?

ESP. ¡Hombre, no! Tengo las del periódico. Lo que quisiera sería anticipar algunas noticias de usted y del estreno de *La Trianera*, su nueva obra. Conque si usted fuese tan amable... (Sacando lapiz y cuartillas.)

CAMP. (Encendiendo las velas que hay encima de la mesa.) ¡Cómo no! Me honra usted demasiado... Sentémonos... (Espinilla se sienta en el sillón del Director, que está á la izquierda de la mesa, y Cam-

pillo en la silla que está á la derecha y que coloca de frente al público.)

ESP. Usted á mí. Vamos á ver, vamos á ver... El sainete... yo supongo que es un sainete...

CAMP. Sí, señor, un sainete.

ESP. ¿Cómico?

CAMP. ¡Si es un sainete! (Salen por la izquierda dos Actores, uno grueso y otro delgado, y van á sentarse en el fondo. El que está con la Tiple se levanta y se va junto á ellos.)

ESP. ¿Y está en prosa ó en verso?

CAMP. En verso y prosa. Más prosa que verso.

ESP. (Escribiendo.) «Más verso que prosa.»

CAMP. No...

ESP. Déjeme usté á mí. ¿Y qué es ello? ¿Qué pasa en la obra? .. así... por encima...

CAMP. Así... por encima... pues... usted calcule, no puede pasar mucho en un sainete.

ESP. Ya.

CAMP. La acción se desarrolla en Andalucía, y se trata de dos muchachas de opuestos caractéres que están enamoradas de un mismo hombre.

ESP. ¡El asunto es muy nuevo! Está bien, está bien... ¿Y la música es *sabia* ó agradable? Porque si tenemos música *sabia,* mal negocio.

CAMP. La música es preciosa, ya lo verá usted.

ESP. ¿Muchos números?

CAMP. Dos duos, un terceto...

ESP. (Escribiendo.) «Dos tercetos, un duo...»

CAMP. Al contrario...

ESP. Yo sé lo que me hago.

CAMP. (¡Que todo ha de apuntarlo al revés!)

ESP. ¿Y números de conjunto, de bulla, de coro?...

CAMP. Ah, no; de coro hay poco. (Siguen conversando en voz baja. Salen por la izquierda don Evaristo y Bermejo—el representante de la Empresa—y cruzan hacia la derecha, en busca de la Corales. Esta, apenas los ve aparecer, se aparta del grupo en que está, con el perrito por de contado, y les sale al encuentro. Hablan á media voz.)

BERM. (¡Vamos á ver qué tripa se le ha roto á esta niña!)

COR. Oiga usted, Bermejo.
BERM. ¿Qué ocurre?
COR. Lo de siempre. Me han hecho otro feo en Contaduría.
BERM. ¡Vaya por Dios!
COR. Y yo no aguanto más.
EVAR. No aguantas más.
BERM. Siempre serán cosas de la niña mimada. ¿Qué ha sido ello, vamos á ver?
COR. ¿Le parece á usted poco? He pedido un palco entresuelo para el estreno y me han dicho que no hay.
EVAR. Que no hay.
BERM. Y no hay.
COR. ¡Hay!
EVAR. ¡Hay!
BERM. ¡No hay!
COR. ¡Hay!
EVAR. ¡Hay!
BERM. Por Dios, Mercedítas, si hace tres días que no queda un papel... si ya no tienen ni los revendedores...
COR. Es que para mí debe haber siempre.
EVAR. ¡Siempre!
BERM. Espere usted, yo veré de arreglarlo... Le preguntaré al autor á ver si le queda...
COR. Bueno, bueno, haga usted lo que guste: ya sabe usted que ese feo no lo sufro.
EVAR. No lo sufre.
COR. ¡Son ya muchos feos!
EVAR. ¡Muchos feos!
BERM. (¡Y sufre al papá, que es el más feo de todos!) (La Corales, el perrito y don Evarisio se unen á la Segunda tiple y su Mamá, y allí comentan acaloradamente por lo bajo el último feo hecho á la niña. Bermejo se acerca á Campillo y le habla.) Don Julio, cuando termine usted, haga el favor...
CAMP. En seguida, amigo Bermejo. (Quédase Bermejo aparte impaciente y malhumorado.)
ESP. ¿Quién es ese individuo?
CAMP. Un representante que tiene la Empresa para dar las malas noticias.
ESP. Bien, pues le dejo á usted en sus brazos. (Campillo se levanta.) Pero antes de irme me va

usted á facilitar algún detalle íntimo relativo á *La Trianera*. Por ejemplo: lo que significa para usted el triunfo ó la derrota...

CAMP. ¡Uh! ¡Pues á buena tecla ha ido usted á tocar!

ESP. ¿Sí, eh?

CAMP. Como que en cuanto estrene me caso. Si la obra gusta mucho, se entiende...

ESP. ¡Pluma! ¿pero usted no es casado?

CAMP. Viudo hace tres años, amigo mío, y con cuatro chiquillos así... (Indicando poca estatura.)

ESP. (Dando de pronto con la nota «sensacional» de la entrevista.) ¿De manera que la suerte de la familia depende de la obra?

CAMP. Cabal; todo va envuelto.

ESP. ¿Tiene usted inconveniente en que publique...?

CAMP. ¿El qué? ¿que estreno y me caso? ¡Publíquelo usted!

ESP. (Escribiendo.) «El autor se casa... y estrena.»

CAMP. ¡Dale bola! ¿Quiere usted decirme por qué lo escribe todo á la inversa?

ESP. (Levantándose.) Es muy sencillo. Estos apuntes van á parar luego, para su desarrollo, á manos de un compañero que tiene el pobrecito la desgracia de entenderlo todo al revés; y los tomo así, como única manera de que salgan en el periódico al derecho... Para servir á usted, amigo Campillo... Mil gracias y muchísima suerte.

CAMP. Adiós.

ESP. Voy á saludar á la Corales, que es mi tiple. (En efecto, se va á saludarla, y allí se detiene de palique. Pulido, apuntador, y Terán, segundo apunte, cojo, pasan desde la izquierda al fondo, donde se unen al grupo de actores. Al mismo tiempo cruzan hacia la derecha y aumentan aquel grupo dos Partiquinas. Dicho se está que en estos grupos charlan y discuten actores y actrices de todo lo que les da la gana, aunque es claro que sin alzar la voz.)

BERM. (Poniéndole á Campillo las manos sobre los hombros.) Querido Campillo.

CAMP. ¿Qué sucede?

BERM. Tengo encima la catedral de Burgos.

CAMP. (Mirándolo asombrado.) ¡Hombre!

BERM. Siete conflictos en veinticuatro horas.

CAMP. ¡Por la virgen del Carmen, Bermejo, no me asuste usted!

BERM. Ante todo: ¿le queda á usted algún palco?

CAMP. ¿Qué me ha de quedar? ¡Ni me hable usted de localidades, que me traen frito!

BERM. Pues no hay más remedio. Se le ha puesto á la niña Corales un entresuelo en las narices, y si no se lo proporciono voy á tener un disgusto con ella.

CAMP. ¡Por vida!... Bueno, ya arreglaremos eso... ¿Qué más hay?

BERM. ¡Friolera! ¿Sabe usted quién se me ha muerto?

CAMP. (Alarmadísimo.) ¿Quién?

BERM. ¡El padre de la característica!

CAMP. ¡Hombre, se le habrá muerto á a característica!

BERM. Y me ha escrito la pobre—aquí debo de tener su tarjeta—que la dispense, pero que no viene hoy al ensayo.

CAMP. ¡Caramba!

BERM. ¿Y qué quiere usted?... ¿Cómo la obligo? ¿cómo le digo yo que venga?... ¿Y cómo voy á ensayar la obra sin esa figura?

CAMP. ¡Imposible! Le aseguro á usted que... ¡Dichosas enfermedades!

BERM. ¡Vaya un añito de salud! Mire usted: he tenido en la compañía de todo lo que hay que tener. He tenido viruelas, he tenido trancazo, he tenido reúma... Pues ¿y ahora?... Ahora tengo calenturas intermitentes, tengo dos pulmonías, tengo un tumor, tengo tres coristas embarazadas, tengo tifus...—bueno, es verdad que *tifus* tengo todo el año,—tengo á la Rosales con anginas, á la Gómez con fiebre...

CAMP. ¡Y á mí me tiene usted con un humor de los demonios! ¡Calle usted, por el pan de sus hijos!

BERM. ¿Sí, eh? Pues no hemos empezado todavía.

CAMP. ¿Hay más aún? ¡Maldito estreno!

BERM. La Zorrilla me ha devuelto el papel.

CAMP. ¿A estas alturas, hombre?

BERM. A estas alturas. Y le advierto á usted que tiene la culpa el marido.

CAMP. ¿El marido? ¿Pues qué dice ese bruto?

BERM. Que su señora no está para los *embolados*. (Bajando la voz.) Lo cual se explica, ¿sabe usted?

CAMP. ¡Mal rayo lo parta! ¿Qué sabrá él lo que son *embolados?*

BERM. Sí lo sabe, sí... (Espinilla se despide de la Corales y se va por la izquierda.)

CAMP. ¿Y qué hacemos, Bermejo?

BERM. A ver qué le parece á usted. Yo no me he dormido. Enterarme de la cosa y contratar en el acto á la Antoñita Pérez, todo fué uno.

CAMP. ¿Está usted loco, hombre de Dios? ¿Cómo va á hacer ese papel la Antoñita Pérez?

BERM. Mejor que la otra. Crea usted que lo *bordará*.

CAMP. ¡Pero lo *bordará* muy mal!

BERM. No sea usted inocente, Campillo. Antoñita es muy lista: usted no la conoce bien. Tiene cara, tiene cuerpo...

CAMP. ¡Naturalmente!

BERM. Tiene tablas, tiene madera...

CAMP. ¡Es claro! ¡Jesús, Jesús, Jesús!...

BERM. ¡Y aquí entra lo gordo!

CAMP. ¿Más gordo que eso todavía?

BERM. ¡A ver! ¿Dónde visto yo á esa muchacha? ¿dónde la visto?

CAMP. ¿Cómo?

BERM. Que no tengo cuarto donde vestirla; que tengo todos los cuartos ocupados. ¡Hay tan pocos cuartos en esta casa!... Mire usted, Campillo; casi todos los conflictos que tengo yo aquí son por falta de cuartos. (Salen por la izquierda la Gonzalito, primera tiple, Juana, su doncella, y Rivero, barítono. Se sientan aquella y este, en el primer término de la derecha. La Gonzalito habla aparte un momento con Juana y esta se va por donde vino, sin chistar. La Gonzalito y Rivero son novios, pero están de monos y apenas se miran.)

CAMP. Bueno, pues por mí que se vista en el foso. ¿Ha venido don Eloy?

BERM. En Contaduría lo dejé tomando café con la Empresa.

CAMP. Pues allá voy yo. Y usted me va á hacer el favor de llegarse ahora mismo á casa de la característica, ¿eh?

BERM. ¿Para qué, Campillo?

CAMP. Hombre, para ver si la convence usted de que venga al ensayo de hoy.

BERM. ¡No viene!

CAMP. Pues habrá que suspender el estreno.

BERM. ¿Cómo suspender, si tengo ya todo el papel vendido?

CAMP ¿Y eso qué importa? No es la primera vez que ocurre. Demasiado concedo, que no voy á ensayar con decorado nada más que mañana, por culpa del pintor.

BERM Bueno, bueno, lo que usted quiera. Por mí no ha de quedar... (Se detiene un instante y le habla á Campillo con gran misterio, señalando á Rivero y á la Gonzalito.) Y ahora que reparo...

CAMP. ¿Qué?

BERM. Aquellos dos están de monos.

CAMP. ¿Quiénes?

BERM. Rivero y la Gonzalito.

CAMP. ¿Y qué?

BERM. Que como riñan, la tengo á ella con la pataleta y á él afónico. ¡Le digo á usted que estoy aviado!

CAMP. ¡El que está aviado soy yo!

BERM. Voy á escape... Hasta luego. (Va á irse corriendo por la segunda caja de la izquierda, pero al ver á Habichuela, autor fallido á quien le baila un ojo, que llega por allí, cambia de rumbo, y se mete por la primera diciendo:) ¡Adiós! ¡Habichuela!... Mala sombra... ¡Lagarto! ¡lagarto! (Vase.)

GONZ. ¡Te han visto con ella por la calle de las Huertas!

RIV. ¡Pues han visto visiones!

GONZ. ¡Claro: ella y tú! (Disputan por lo bajo acaloradamente.)

HAB. (Deteniendo á Campillo que va á marcharse por la izquierda.) Hola, chico.

CAMP. (¡Habichuela! ¡Maldita sea mi suerte!)

HAB. ¿Cuándo estrenas, mañana?

CAMP. ¡Qué sé yo! ¡Está media compañía en el Hospital!... (Trata de irse y Habichuela se lo impide.)

HAB. A otra cosa: me han dicho que el libro es muy bonito... Y me han contado varios golpes... ¡El del bizcocho es de primera!

CAMP. El público dirá. (Deseando irse.) Con tu permiso...

HAB. Espera. A otra cosa: yo necesito una butaca.

CAMP. ¿Vienes cansado?

HAB. No hagas chistes. ¡Esta Empresa ha hecho la porquería de suprimírmela!... ¿Me la darás?

CAMP. ¡Si no tengo ninguna!

HAB. ¿Pero me vás á dejar en la calle?

CAMP. (¡Qué más quisiera yo!) Perdona, chico; voy corriendo á ver á don Eloy...

HAB. Anda con Dios.

CAMP. (Yéndose por la izquierda.) (¡Lagarto! ¡lagarto! ¡lagarto!)

HAB. Nada, en cuanto los aplauden dos veces se olvidan de los amigos y de todo... A otra cosa. (Mirando á todas partes.) Por lo visto, aquí no se ensaya. (Se encamina hacia el grupo del foro.)

TERÁN (Viéndolo venir.) Señores, Habichuela viene... ¡Sálvese el que pueda! (Aléjase del grupo con otro Cómico. Sale Gomilla por la izquierda y se les une.)

HAB. (Llegando al primer grupo.) Salud, caballeros. ¿No se ensaya? (Las dos Partiquinas de la derecha se levantan y se van por la izquierda. Salen por la primera caja de este lado el Maestro de Coros, un Autor incipiente y un Cómico. Estos últimos se encaminan al grupo en que está Habichuela, pero al verlo allí huyen y se unen al otro grupo. El Maestro va oliéndolos á todos, como buscando á alguien, y últimamente da con la Gonzalito y Rivero, que son á quienes busca.)

RIV. (Por las nubes materialmente.) ¡Si te fías de tu carbonero más que de mí!...

GONZ. (Por el estilo de Rivero.) ¡Sí que me fío!

RIV. ¡Le aconsejaré que te pretenda!

GONZ. ¡Groserías no te permito, José Manuel!

RIV. ¡Es que hoy te has levantado necia!

GONZ. ¡Y tú idiota!

M. COROS (Llegándose á ellos.) A ustedes busco. Me parece que es esta la mejor ocasión para ensayar el dúo de las caricias, ¿eh?

RIV. (Levantándose.) Sí, señor, sí; es muy buena ocasión.

GONZ. (Lo mismo.) Es usted muy oportuno, maestro.

M. COROS Como está *tiernecito* todavía, ¿eh? yo me dije: antes del ensayo general, ¿eh? lo pasamos un par de veces, ¿eh? y así se asegura...

RIV. ¿Eh?

M. COROS No, nada... Conque si ustedes quieren...

GONZ. Ahora mismo.

M. COROS No hay que molestar á Pulido: yo les daré la letra. (Se sienta al piano y se dispone á tocar. La Gonzalito y Rivero continúan su pelotera á pesar del ensayo del dúo.)

RIV. (A ella.) (¡Como no tienes dos dedos de frente!...)

GONZ. (A él.) (¡Como tú no tienes sentido común!...)

M. COROS ¡A una!

Música

RIV. «No hiso más que apuntá la mañana,
y amontao en mi jaca alasana
me vine pa aquí,
á buscá la carita gitana
de la mosa bonita y serrana
que vive pa mí.

GONZ. No hiso más que apuntá la mañana,
y ya estaba asomá á su ventana,
pa verte veni,
la carita risueña y gitana
de la mosa bonita y serrana
que vive pa ti.»

RIV. (Aparte, con viveza. El hombre no se puede contener.)
¡Y lo que te digo yo es que esto se va á acabar muy pronto!

GONZ. ¡Cuanto antes mejor!

RIV. ¡Porque cada día estás más insoportable!

GONZ. ¡Y tú más grosero!

RIV. ¡Mal criada!

GONZ. ¡Chulo!

RIV. «Cuando me dises, luz de mi vía,
esas palabras que son de ¡mié,
de güena gana, morena mía,
me comería
esa boquita, qué es un clavé.

GONZ. Siempre te he dicho que te he querío
y que mi boca sólo sé abrí
pa repetirte, chiquiyo mío,
que no te orvío,
y que no vivo más que pa ti.»
(A Rivero, que se le acerca.)
¡Quítate de mi vista, *golfo!*

RIV. ¡Si no fueras una mujer!...

GONZ. ¡No sería tu novia!

RIV. ¡Eso iría yo ganando! ¡Ejem! ¡ejem! ¿Lo ves?
¡Ya estoy afónico!

GONZ. ¡Me alegro! ¡Así se te caiga la campanilla!
(Se vuelven bruscamente la espalda en el momento en que prosiguen cantando el dúo.)

LOS DOS «Na en er mundo nos artera,
na en er mundo nos separa;
frente á frente y cara á cara
nos juramos nuestro amó...
(Siempre de espaldas, se alejan mucho el uno de la otra.)
No te apartes de mi vera,
no me dejes un segundo,
que juntitos en er mundo
hemos de viví tú y yo.»

GONZ. (Está fresco, si cree que voy á buscarlo.)

RIV. (Lo que es á mí, que me espere sentada.)

GONZ. (¡Imbécil!)

RIV. (¡Estúpida!)
«Me pareses una rosa
por lo fresca y lo bonita.»
(¡Es que se está volviendo hasta fea!)

GONZ. «Tú eres, niño, un só que sale
pa alumbrarme á mí na más.»
(¿Por dónde me entraría á mí este hombre?)

RIV. «Me dislocan tus andares
y tu cuerpo y tu carita.»
(¡Y qué tipo de cursi se le va poniendo!)

GONZ. «Yo na más estoy contenta
dondequiera que tú estás.»

(¿Por qué no lo contratarán para Buenos Aires?)

LOS DOS «Dichoso en er mundo
quien tiene un queré,
y de ér se alimenta
y vive pa é.»

(Rivero, que está á la derecha del actor, pasa hacia la izquierda, terminado el duo, para irse á la calle. La Gonzalito, que está junto al piano, pasa á sentarse donde estaba. Se cruzan ambos en la mitad del camino y se hacen un mohín de enfado y de desprecio. Ella se sienta y él se va.)

Hablado

M. COROS Muy unidito que sale, muy unidito... ¿eh? Como están ustedes en situación... ¡Ja, ja!... Ah, ¿pero se han marchado? (Se queda sentado al piano examinando los papeles.)

CAMP. (Por la izquierda, con don Eloy.) No es posible que para mañana esté todo listo.

ELOY ¿Por qué no, Campillo? Créame usted á mí: la obra va mañana perfectamente. Yo, como director de escena, le respondo á usted. Lo de la Zorrilla ya está arreglado, y si la característica no viene hoy, esta noche ensayamos después de la función y mañana pasamos el libro dos veces.

CAMP. Bueno, pues mire usted; vamos á ver en un instante el cuadrito nuevo, que es el que está peor, hasta saber si viene esa señora.

ELOY Corriente. (Tocando las palmas.) ¡Terán! ¡Pulido! ¡A ensayar el cuadro segundo! (Pulido baja al proscenio. Terán avisa á los artistas que nombra. Mandanga sale por la izquierda y se sienta á la derecha.)

TERÁN ¿El segundo?

CAMP. Sí. Y á la concha, ¿eh? (Llamando.) ¡Pablo! Llévese usted la mesa. (Pablo le obedece, dejando primero delante de la concha los candeleros y el manuscrito.)

TERÁN Señorita Corales; señorita Gonzalo; Gomilla... (Los tres avanzan hacia el proscenio. La Corales, por supuesto, con el perrito.)

PUL. (A Campillo.) El segundo cuadro, primero, ¿verdad?

CAMP. Sí; es el que está más *tierno* y quiero asegurarlo.

PUL. Está muy bien. Vamos á la concha. (Se mete en ella.)

CAMP. Oiga usted, Terán.

TERÁN Usted mande.

CAMP. La salida de Gomilla dela usted por la derecha en vez de darla por aquí. (Señalando á la izquierda.)

TERÁN Perfectamente. Ah, una cosa: el guardarropa quiere enseñarle á usted varios chismes.

CAMP. Después del ensayo los veré.

ELOY A empezar, Campillo, que se echa el tiempo encima. (Se sienta en el sillón, al lado de la concha y de espaldas al público. Campillo se sienta en una silla junto á él. Las dos Partiquinas de antes, que á la cuenta se fueron á pescar, llegan otra vez por la izquierda acompañadas de un Pollito barbilampiño y se sientan con él á la derecha. Un Camarero viene por la izquierda también y sirve un café á varios de los actores del fondo. Después de servirlo se marcha. La Corales y la Gonzalito esperan órdenes delante de la concha. Gomilla espera también en segundo término.)

CAMP. (A la Corales.) Usted, Mercedes, ahí, hacia la derecha. (A la Gonzalito.) Y usted, Laurita, ya sabe: sale por la izquierda á las primeras palabras de Mercedes.

ELOY Llevadlo pausadito, que el cuadro es corto. (Al apuntador,) Anda, Pulido.

COR. «Mardigo mi suerte:
ahí viene Consuelo:
la mujé que me roba er cariño
del hombre á quien quiero...»

CAMP. ¡Esa pronunciación, Merceditas!... Esa jota... La jota es de Aragón... No diga usté mujé... (Acentuando la jota.) Diga usted mujé, mujé... (Pronunciándola dulcemente.)

COR. ¿Mujé?

CAMP. Justamente; mujé... Si tiene usted facilidad...

ELOY Mujé, mujé...

COR. Mujé...

CAMP. Vamos á seguir. (¿Y no podría ensayar esta niña sin el perrito?)

COR. «En mala hora viene...
mala sangre tengo...»
(Al perrito.) ¿Quieres estarte quieto, *Silvela?*
«Que no me provoque, que pase de largo
si no quié jaleo...

GONZ. ¿Tú aquí, María Pepa?

COR. Yo aquí. ¿Qué hay en eso?
¿Te extraña?

GONZ. Me extraña.

COR. ¿Me temes?

GONZ. ¡Qué tonta!
(Avanzando hacia la Corales.)
¡Yo á nadie le temo!»

COR. (Deteniéndola.) Hija, que vas á pisar á *Silvela.*

CAMP. (Pues señor, nos va á dar el ensayo el presidente del Consejo.)

COR. «Pos sigue er camino
y vete muy lejos...»

CAMP. No, no, no; lejos no... ¡Pícara jota! (Pronunciándola como antes.) Lejos... lejos...

COR. ¡Ay, Jesús, qué torpeza!...

ELOY Lejos... lejos...

COR. Lejos...

CAMP. Eso es: lejos... Vamos adelante.

COR. «Que yo no te vea, que no se despierten
de pronto mis selos.»

CAMP. ¡Muy bien! (Gomilla, avisado por Terán, sale por la derecha y se va por la izquierda sin decir palabra, con asombro de todos.)

ELOY Este Gomilla es especial.

CAMP. ¡Pero, hombre, Gomilla!

GOM. (Con gran amabilidad y solicitud.) Mande usted.

CAMP. ¿Y el grito?

GOM. Ay, usted perdone... Se me ha olvidado...

CAMP. ¡Pues se le ha olvidado á usted el papel, que no es más que el grito!

GOM. Haré la pasada otra vez... Cuanto más cuidado pone uno...

CAMP. Vamos un poquito atrás.

COR. «Que yo no te vea, que no se despierten
de pronto mis selos.»

GOM. (Pasando de derecha á izquierda y gritando á la mitad del camino, muy torpe y desentonadamente.) ¡Ah!

CAMP. ¡Para darlo así, más valía que no lo diera usted!

ELOY Ven acá, hombre. Entérate. (Gomilla pone en la explicación sus cinco sentidos.) Tú eres amigo del novio de una de éstas; sabes que son rivales; pasas casualmente por la calle; el verlas juntas te llama la atención, das un grito de sorpresa y te vas á contarle á tu amigo la novedad. (Levantándose.) Mira; una cosa así... (Hace lo que cree que debe hacer Gomilla.)

CAMP. (Levantándose también.) No, no; permítame usted... Tampoco es eso... Yo quisiera que el «¡ah!» no fuese un «¡jah!» tan pálido como ese, sino más bien una cosa así: «¡ah!» Es algo análogo, ¿sabe usted? pero no es lo mismo. «¡Ah!» ¿me comprende usted? en vez de «¡ah!»

ELOY Eso es todo: ya ves qué cosa tan difícil. (Se sienta.)

GOM. Yo procuraré... Si uno pudiera... Y usted me dispensará, señor Campillo. (Vuelve á hacer la pasada y da un grito como si lo hubieran pisado.)

CAMP. ¡Caramba, no es eso! ¡Parece que lo han pisado á usted!

GOM. No, pues no me han pisado.

CAMP. ¡Pues lo parece! (Aparte á don Eloy.) (Como usted comprenderá, esto es imposible.)

ELOY (Yo se lo ensayaré en mi cuarto.)

GOM. (A quien pisa sin querer Terán el traspunte al ir de un lado á otro.) ¡Ay!

CAMP. (Volviéndose hacia Gomilla de repente.) Ahora, ahora ha salido bien.

GOM. (Extremando su afabilidad.) Pues ahora es cuando me han pisado, señor don Julio.

ELOY Bueno, sí, ya lo veremos luego.

GOM. Crea usted que pondré cuanto esté de mi parte...

CAMP. Sí, hombre, sí.

GOM. Y que tendré un verdadero sentimiento...

CAMP. Déjese usted ahora de cumplidos. (Se sienta.)

GOM. (Retirándose por la izquierda descorazonado y marchito.) (¡Dios mío, como me quiten el papel me dan la temporada!)

ELOY Sigue, Pulido.

GONZ. «Y si se despiertan,
yo ¿qué curpa tengo?

COR. ¿Tengo yo la curpa?...»

CAMP. Me parece que esa «culpa» no es de usted.

GONZ. Yo creo que es mía. (A Pulido.) Es mía, ¿verdad?...
«¿Tengo yo la curpa de lo que ér me quiere,
de lo que lo quiero?
Ponte en estas cosas;
vé que no hay remedio,
que es un imposible lo que vas buscando,
y orvíalo y déjalo...»

CAMP. ¡Mucho, mucho! ..

COR. «¿Orviarlo dises?
¿Dejá de quererlo?...
Antes que mi orvío, verás ajuntarse
la tierra y er sielo.»

TERÁN Señor Mandanga. (Mandanga se levanta y avanza hacia el proscenio perezosamente. Suena un grito destemplado hacia la izquierda. Todos se sorprenden y casi todos se levantan.)

GONZ ¡Ay, Jesús!

ELOY ¿Qué pasa?

CAMP. ¿Qué ha sido ello?

GOM. (Saliendo, sonriente y afable, de detrás de un trasto.) Nada, señor don Julio... He sido yo ensayando el grito.

ELOY Hombre, pues vete á ensayar á la Plaza de Toros.

CAMP. O á donde haya eco, y se oye usted dos veces.

GOM. Me parece muy bien... (Todas estas son intrigas de Molleja, que me envidia el papel.) (Vase por la izquierda lleno de pesadumbre.)

ELOY Adelante. (Gritando.) ¡Schsssss! ¡A ver si nos callamos ahí arriba! ¡Que no nos entendemos aquí!

CAMP. (Dado á los demonios.) ¡Un poco de consideración, señores, que esto va mañana!... Pues señor, está saliendo el ensayo como una seda.

GONZ. «¿De veras?
COR. ¡De veras!»
TERÁN (Dándole la salida á Mandanga, por la derecha.)
«Muchachas, ¿qué es esto?»
MAN. «*Muchachos*, ¿qué es esto?»
CAMP. ¡Muchachas, hombre! Y ya estamos mal. Le he dicho á usted que antes de decir ellas la última seguidilla, salga usted á la puerta de la carpintería y se ponga á sacar virutas. A fin de que se entere usted de la reyerta, ¿sabe? Ese es el objeto.
MAN. (Hablando entre bostezos.) Ah, sí, sí; es verdad... Se me había olvidado. Y es que traigo hoy la cabeza así... (Retírase á la derecha y finge cepillar una tabla sobre un banco de carpintero, imitando con la boca el ruido de las virutas.)
ELOY (A las tiples)
«Verás ajuntarse
la tierra y er sielo.»
GONZ. «¿De veras?
COR. ¡De veras!»
(Mandanga sigue embebido en sus virutas.)
CAMP. (A don Eloy) ¿Usted ve esto?
ELOY ¡Mandanga, por Dios!
MAN. (Entre bostezos siempre.) Ah, sí; no había oído el «de veras». Usted dispense. Como que no he pegado los ojos esta noche...
CAMP. Estudiando el papel, ¿verdad?
MAN. Cabalito.
CAMP. (¡Qué poca vergüenza tiene este!) Vamos adelante. Deja usted las virutas y dice...
MAN. «*Muchachos*, ¿qué es esto?»
CAMP. ¿Otra vez?
MAN. (Echándole la culpa al apuntador y amenazándolo con el puño cerrado.) Me ha dicho «muchachos»...
CAMP. Bueno, siga, siga.
MAN. (Imponiendo silencio á todos, como si en la charla de los demás consistieran sus equivocaciones.) ¡Schssss!
COR. («¡Er tío Caracoles!)
GONZ. (¡Er tío Caracoles!)
MAN. ¿*Pendunsia* tenemos?»
CAMP. ¿Cómo *penduncia?* ¿Pero qué es *penduncia*, señor?

MAN. (A Campillo, por el apuntador otra vez.) Si me ha dicho *penduncia*...

CAMP. ¡No hay quien diga eso en el mundo! ¡Sobre que usted debe saber que es pendencia!

MAN. Y lo sé... lo que tiene que se me olvida... Ya le digo á usted que he pasado una noche... (Volviendo á imponer silencio.) ¡Schssssss! (Suena un golpe de caja. A poco suena un violín, una trompa, etc., etc. Se supone que van llegando al ensayo los individuos de la orquesta y que prueban sus instrumentos.)

CAMP. (¡Adiós! Ya está aquí la orquesta ¡Nos hemos lucido!)

MAN. «¿Antes tan *amagas?*...»

CAMP. ¡Amigas, hombre!

MAN. Amigas he dicho...
«¿Antes tan amigas
y ahora ya riñendo?

GONZ. ¡Qué farta e vergüensa!...»

CAMP. No, no, no. Esa «falta de vergüenza» no es de usted.

ELOY (A Pulido.) ¿De quién es esa «falta de vergüenza?»

MAN. Me parece que es mía.

CAMP. ¿La falta de vergüenza?... Sí, señor; de usted.

ELOY (Gritando.) ¡Silencio, por Dios!

CAMP. Ahora es la orquesta ya, don Eloy.

ELOY (Volviéndose á los profesores.) ¿Tienen ustedes la bondad de callar un momento? No es más que un segundo...

MAN. «¡Qué farta e vergüensa! ¡Qué farta de pes- [qui!...
¡Se acabó er jaleo!
(A la Gonzalito.)
Tú por esa caye...
¡Si hablas, te reviento!»
(A Campillo.) ¿Está usted viendo cómo me lo sé?... (A la Corales.)
«Tú por esa otra. ¡Como digas argo
pierdes er pescueso!...»
(Se va cada una por un lado, mirándose con gran encono. Después se sientan tan tranquilas en los sitios en que estaban antes del ensayo. A la Gonzalito se le acerca el Barbilindo que salió con las Partiquinas y principia á darle conversación.)

«¡Los *hombres!...* ¡los hombres!...»

ELOY (Rectificándole)

«¡Las hembras!... ¡los hombres!...»

MAN. ¡Schssssss!

«¡Las hembras!.. ¡las *hembras!...*»

CAMP. ¡No, por Dios!

MAN. ¡En viniendo la orquesta, es imposible!

CAMP. ¡Y antes también, Mandanga! Cuando no se estudia. ..

MAN. «¡Las *hambres!...* ¡los *hombros!*»

CAMP. Es menester dejarlo.

MAN. «¡Los *silos!...*»

CAMP. ¡Atiza!

MAN. «¡Los selos!...

¡Ni Dios ni los santos mandan lo que *mondan* unos ojos negros!»

CAMP. ¡Apaga y vámonos!

MAN. ¡Sí lo sé, señor, si lo sé! Lo que tiene que con esta bulla...

CAMP. ¡Maldito sea el demonio!

ELOY Mire usted, más vale dejarlo todo para la noche.

CAMP. Sí, mejor será; porque si no le voy á dar un tiro á ese. (Mandanga se lo lleva aparte)

ELOY (Refiriéndose á la orquesta.) Que ensayen estos lo que les dé la gana. (Al Maestro de Coros.) Maestro.

M. COROS ¿Es á mí?

ELOY ¿Me hace usted el favor de ir á Contaduría y decirle al maestro Benítez que ya están aquí los profesores?

M. COROS Ahora mismo. Sí, porque se hace tarde. (Vase por la izquierda. Don Eloy se acerca al grupo de la derecha. Terán se va al foro. Por la izquierda sale el Guardarropa con una listita y espera á que Campillo acabe de hablar con Mandanga.)

MAN. Usted no juzgue de mí por los ensayos; ya sabe usted que yo me *reservo* y que luego *hago cosas.*

CAMP. (¡Pero qué *cosas* haces, canalla!)

MAN. Además—y esto quédese para nosotros—le advierto á usted que aquí el que no corre, vuela. ¿Vió usted el detalle que se me ocurrió el otro día de rascarme un alón contra

la Gonzalito? ¡Pues ya me lo copió ayer su novio!

CAMP. ¡Bah!

GUAR. (Que habla con acento catalán.) ¿Me *permiti* usted un instante, don Julio?

CAMP. ¿Qué hay?

MAN. (Marchándose por la izquierda.) ¡Ni me hace caso! ¡Mátese usted estudiando para esto! Me voy á tomar media copa filosóficamente. (Llega por la izquierda un Maldiciente y se une á Habichuela. Dios los cría y ellos se juntan.)

GUAR. Terán, el *transpunti*, me ha entregado una *liste* de las *coses* que *hasin falte* para el estreno.

CAMP. Naturalmente.

GUAR. Bien, *escúchemi* usted.

CAMP. Diga.

GUAR. Estos palillos que *poni* aquí, ¿qué son?

CAMP. Pues eso, palillos; castañuelas, vamos.

GUAR. ¡Ah! *¡castañueles!*... ¡Eso es otra *cose!*

CAMP. Palillos les dicen en Sevilla. ¿Usted qué había traído?

GUAR. *¡Miri!* ¡qué *habíe* de traer! ¡Palillos de *dientis!*

CAMP. ¡Jesús!

GUAR. (Leyendo en la lista.) Y estas *cañes* que *disi*, ¿qué son?

CAMP. ¡Pues hombre, cañas!

GUAR. ¿*Cañes* de qué?

CAMP. ¡Cañas de manzanilla, señor!

GUAR. ¡Acabáramos: vasos!... ¡Yo *habíe* traído *cañes* de pescar!

CAMP. ¡Ave María Purísima!

GUAR. Como en la *obre* se habla tanto del Guadalquivir...

CAMP. ¡Ya! (¡Señor, que *nos traduzcan* á este Guardarropa ó estamos perdidos!)

GUAR. *Escuchi*; otra *cosite*. ¿La *cabese* de toro *diseca-de* para el terser cuadro, *tieni* que tener muchos cuernos?

CAMP. Dos, nada más.

GUAR. Me refiero al tamaño. Porque sabrá usted que *tingo* una de un *beserrete*...

CAMP. Esa no sirve. ¿No ve usted que se dice que es la cabeza del toro que cogió al *Tato?*

GUAR. ¿Y qué *tieni* que ver? Puede ser la *cabese* del mismo toro, disecada cuando era joven.

CAMP. ¡Vamos, quite usted de ahí! (A Benítez, que sale con el Maestro de Coros, por la izquierda.) Antes que se me olvide, maestro.

M. BEN. (A la orquesta.) Buenas tardes, señores. (A Campillo.) ¿Qué pasa? (Siguen hablando bajo.)

GUAR. (Retirándose hacia la izquierda, por donde se va, leyendo en la lista.) «Un cuerno de *case* que *sueni* bien... dos *piques*... cuatro *banderilles*... un *capoti* de lujo...» Esto *sigurísimamenti* es un impermeable... (Aparece Rivero por la izquierda. No hace más que llegar, y repara en que la Gonzalito está de palique con un Pollo. En el acto se pone á pasear como fiera enjaulada. El Pollo lo ve, se le abren las carnes, se levanta, se despide y se va. Entonces Rivero se sienta hecho un energúmeno al lado de su novia y principia entre ambos, bien que por lo bajo, la cuarta pelotera del día. Mientras todo esto ocurre, llega Bermejo con una catedral encima, como siempre.)

BERM. (Por la izquierda, abalanzándose sobre Benítez y Campillo.) ¡Traigo encima la catedral de Córdoba!

CAMP. ¡Adiós!

M. BEN. ¿Hay novedades?

BERM. No me faltaba más que un dolor de muelas, y ya lo tengo. Con el contratiempo del padre, se le ha puesto un carrillo así á la característica...

M. BEN. ¿Cuál es el contratiempo del padre?

BERM. Que anoche se murió.

M. BEN. ¡Canastos! ¡á cualquier cosa le llama usted contratiempo!

BERM. ¿Y cómo estreno yo con el carrillo así? Porque no exagero, señores; tengo el... tiene el carrillo así.

CAMP. (Estallando.) Bueno, pues mire usted, querido Bermejo; el que no estrena ni con el carrillo así, ni con el carrillo asá, hasta que la obra no esté lista, soy yo. ¿Usted va á ensayar la orquesta, maestro?

M. BEN. Ahora mismo. (Baja á la orquesta y ocupa la silla del Director.)

BERM. ¿Entonces con el libro ya hemos acabado?

CAMP. Por esta tarde sí.

BERM. (Dando voces.) ¡Se pueden marchar los que no tengan música! (Oir estas sencillas palabras y largarse como por encanto los aludidos, parece obra de brujas. Quedan en el escenario la Gonzalito, la Corales, con el perro y con su Papá, Rivero, el Maldiciente y Habichuela, don Eloy, Campillo, Bermejo y el Maestro de Coros. Se colocan casi en fila delante de la batería. La Gonzalito y la Corales sentadas. Los demás, á excepción de Campillo que se sienta en la concha, de pie.)

M. COROS Primero ensayaremos sin voces, ¿verdad?

M. BEN. Sí señor, primero sin voces.

PULIDO (Sacando la cabeza por la concha.) Pero con voces luego, ¿eh?

M. BEN. Sí, sí, quédese usted. El ensayo sin voces se acaba pronto. Vamos á ello. (Pulido se queda en la concha.) Número uno. No. Veremos antes el intermedio. El número cuatro. (Comienza el ensayo de orquesta. Todos escuchan con gran atención. Benítez es de los que se hacen polvo dirigiendo.)

HAB. (A poco de empezar la orquesta, aparte al Maldiciente.) (¿De dónde es esto, chico?)

MALD. (A Habichuela.) (De *Parsifal.*)

M. BEN. (Dejando de improviso de dirigir y dando golpes con la batuta, lo mismo ahora que siempre que tiene que rectificar, en el atril, en la concha, en la batería y en todo lo que le coge á mano.) No, no, no, no... ¿Qué dicen ahí los violines primeros?

VIO. 1.º Re mi.

M. BEN. Pues es re fa.

VIO. 1.º Ya me había chocado. (Enmienda el papel.)

M. BEN. Adelante. Vamos á la letra A. (A los violines.) Y llevadme esto muy sueltecito... saltando el arco... (Sigue la orquesta.)

COR. ¡Qué bonita frase!

BERM. ¡Preciosa!

HAB. (Al Maldiciente.) (¡De *El Rey que rabió!*) (Don Eloy y Campillo llevan el compás de la música con la cabeza y hacen signos de complacencia. Rivero y la Gonzalito, pelean acaloradamente.)

M. BEN. (Suspendiendo el ensayo de nuevo.) A ver, á ver, á ver... ¿Qué dice el bombo? (El Bombo da dos

golpes con los platillos.) ¡Borre usted todo eso! ¡Están bien los papeles, hombre! (A Bermejo.) ¡Y es ya la segunda vez que pasamos esto!

BERM. Como se ha copiado tan deprisa...

M. BEN. ¡Como se ha copiado tan mal!

HAB. Maestro, que ha dicho usted que va á ensayar *sin voces.*

M. BEN. También he dicho que no es hora de chistes. (La Gonzalito se levanta y se sienta en medio del escenario. Poco después se le une su novio y continúa la pelotera. Benítez, dirigiéndose al Bombo, que ha estado enmendando el papel, le dice:) ¿Estamos listos?... Pues vamos á seguir. A la letra B. ¡Venga! (Principia á dirigir é inmediatamente se interrumpe.) Esperar un momento, que tengo aquí otro disparate. (Corrige los papeles.) ¡Qué fatiga! ¡Estoy sudando como un pollo!

COR. En mi cuarto te espero, papá. (Se levanta y se va con el perrito.)

M. BEN. Bueno, todo el número. A ver si lo sacamos bien. El principio lo quiero muy fuerte. ¡Pan-pa-pa-pan! ¡pan-pa-pa-pan! ¡A una! (Tocan todo el número. Benítez, de cuando en cuando, tararea ó dice, según las exigencias de la música, algunas de estas frases: «¡Piano!» «¡Más piano!» «¡Fuerte, fuerte!» «¡Conmigo todos!» «¡Pianísimo!» etc., etc. A la conclusión, aplauden con entusiasmo los personajes que están en la escena. Y quiera Dios que aplaudan también los que estén en la sala.)

ELOY ¡Admirable maestro!

EVAR. ¡Divino, maestro!

BERM. Este se repite: pongo la cabeza, maestro.

M. COROS Es una monada, maestro.

CAMP. Mucho carácter, ¿eh?

MALD. Y mucha originalidad.

M. BEN. Gracias, señores, gracias.

HAB. (Al Maldiciente.) (Tiene algo de *Las Campanas de Carrión.*

MALD. Y de *Las Campanadas.*

HAB. Y de *Campanero y sacristán.*

MALD. Y de *La campana de Huesca.*)

GONZ. (Dando un grito agudísimo y contrayéndose en la silla presa de un ataque nervioso.) ¡Ay!

RIV. (Alarmado.) ¡Laura! ¡Laura! (Todos acuden. La Gonzalito chilla á más y mejor.)

BERM. ¡Adiós! ¡Me dió el ataque!
ELOY ¡El ataque!
CAMP. ¡Por vida!...
M. BEN. ¿Qué sucede?
PUL. (Saliendo á gatas de la concha.) ¿Qué ocurre?
HAB. (A grito herido.) ¡Un duro! ¡un duro!
M. COROS ¿Para qué?
HAB. ¡Para separarle los dientes!
M. COROS ¡Bah!
MALD. ¡Aflojarle el corsé!
RIV. ¡De ninguna manera!
M. BEN. (Saltando al escenario.) ¿Qué ha sido ello?
BERM. ¡Agua! (Corre por ella y vuelve á poco con un bo tijo y un vaso.)
ELOY ¡Venga agua!
HAB. ¡Un duro! ¡un duro!
CAMP. ¡Pablo!
M. COROS ¡Aire! ¡aire!
RIV. ¡Eter!
CAMP. ¿Dónde hay éter?
EVAR. ¡Mi niña tiene! ¡Voy por él! (Vase corriendo.)
BERM. (Saliendo.) ¡Ya la tengo mala para tres días!...
M. BEN. ¡Tirarle del dedo de enmedio!
HAB. ¡Un duro! ¡un duro!
RIV. ¡Es mucho carácter de mujer!
CAMP. (A Benitez.) ¡Esto es imposible que se estrene mañana!
M. BEN. ¡Imposible!
HAB. (Convencido de que el duro está verde.) ¡Una peseta! ¡una peseta para los dientes!
GUAR. (Acercándose á Campillo con un capote de torero, los banderillas y un cuerno de caza que suena á demonios.) *¿Sirvirá* bien *esti* cuerno de *case?* (Toca fuerte.)
CAMP. ¡Hombre, déjeme usted á mí de cuernos ahora! (Todos se asustan menos la Gonzalito, que sigue con el ataque, chilla que chilla, sembrando la consternación en el ánimo de los autores de la obra y echando otra catedral sobre los hombros de Bermejo. Cae rápidamente el telón.)

Cuadro segundo.—El Purgatorio

El mismo escenario, momentos antes de empezar el estreno de la obra de Campillo. En la segunda caja el telón de foro visto por detrás. Delante, hacia la derecha del actor, un «practicable» largo y alto, con escalera á la izquierda, que sirve para dar acceso á una ventana que hay en el telón. A la derecha del «practicable», suspendida de una escalerilla de tijera, una campana. A la izquierda, arrimada al telón, una mesa de pino sin pintar, con los cachivaches de guardarropía necesarios para el servicio de la escena: una botella y un corcho mojado, un vaso de agua, un mazo y una regadera. (1)

Aparece en escena Campillo, nervioso y desasosegado, hablando con Habichuela y con Lozano. Dos ó tres Carpinteros concluyen de asegurar el «practicable» y á poco se van. Oyese dentro acompasado palmoteo y bastoneo con que significa su impaciencia el supuesto público.

HAB. Yo lo que te digo que has hecho muy mal en poner tu nombre en los carteles.

CAMP. Pero hombre, ¿por qué? ¿Es acaso un crimen escribir comedias?

LOZ. No es un crimen, pero tienes muchos envidiosos.

CAMP. Los envidiosos saben siempre de quién son las obras. Además, yo quiero que si alguno pide la cabeza del autor, sepa que pide la mía. (Siguen hablando bajo.)

BERM. (Por la derecha.) ¡Terán! ¡Terán! ¿Dónde se ha metido Terán?

TERÁN (Por la izquierda, con el libro de la obra en la mano.) Aquí me tiene usted.

BERM. ¿Cuándo empezamos, hombre?

---

(1) Conviene simular en la parte izquierda del telón, y por medio de gasa, una puerta vidriera, á fin de que lleguen bien hasta el público todos los ruidos de dentro. La gasa debe pintarse de oscuro para que no se vean las figuras que haya detrás.

TERÁN En cuanto esté vestida la Corales.

BERM. Pues dale prisa, por Dios vivo, que son las diez y el público está impaciente. (Vase Terán por donde salió.)

CAMP. Oiga usted, Bermejo.

BERM. Amigo don Julio, me traen frito. ¡Tengo encima la catedral de Utrera! (Va apagándose lentamente el rumor del público.)

CAMP. ¡Hombre, si en Utrera no hay catedral! ¡No me ponga usted más nervioso que estoy! ¿Ha venido el el burro?

BERM. Sí, señor.

CAMP. ¿Es de confianza?

BERM. ¡Pues ya lo creo! No tengau sted cuidado que los burros siempre lo hacen bien... ¡Si todos fueran burros! (Vase por la izquierda.)

VOZ (Dentro, hacia la derecha.) ¡Peluquerooo...!

PEL. ¡Vaaa...! (Atraviesa corriendo de izquierda á derecha, con una maquinilla de alcohol, unas tenacillas y una peluca en la mano.)

SIXTO (Por la derecha.) ¡Gracias á Dios que lo encuentro á usted, hombre!...

CAMP. Hola, don Sixto.

SIXTO ¿Qué es eso? ¿miedo?

CAMP. ¡Pchs!...

SIXTO Vamos, déjese usted de tonterías... ¡Si usted triunfa siempre!... He oído decir que la obra es preciosa. Sólo el chiste del bizcocho vale el dinero.

CAMP. Muchas gracias.

SIXTO Ahí estamos todos: ¡cada uno con un pito así!... ¡Ja, ja, ja!...

CAMP. (¡Qué ocurrente es el hombre!)

SIXTO Fíjese usted cuando salga á escena, en la quinta fila de este lado... Mi suegra, mi suegro, mis cuatro chicos, mi señora... ¡Ja, ja, ja!

CAMP. ¡Toda la fila!

SIXTO Por cierto que lo de Jacinta ha sido una temeridad.

CAMP. ¿Pues qué le pasa?

SIXTO Nada, que se empeñó en venir... y en ese estado... y tan adelantada... ¡usted calcule!... No es el primer estreno en que da á luz, no crea usted .. ¡Mi Nicolás nació en Eslava!

CAMP. ¡Ave María Purísima!

SIXTO ¿Pero quién le quita el caprichito de la cabeza? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué don Julio este! (Vuelven á oirse dentro palmas y bastones, que á poco cesan.)

CAST. (Por la derecha, vestida de mono sabio.) ¿Estoy bien, don Julio?

CAMP. Estás encantadora, hija mía. ¡Ojalá estuviera yo tan bien como tú!

CAST. ¿Tiene usted miedo? A ver el pulso. ¡Huy, qué poco hombre es usted!

CAMP. ¿Sí? Pues ponme la mano en el corazón. (Castita le obedece.)

TERÁN (Atravesando la escena á toda máquina de izquierda á derecha.) ¡Que vamos á empezar!

CAMP. ¡Atiza! (Del salto que da, está á punto de caerse sobre Castita, que le observaba el corazón.)

CAST. ¡Ay, por Dios, don Julio!

TERÁN (Detrás del telón.) ¡Fuera todo el mundo de escena!

CAST. Aquí hay una que estorba. Buena suerte, don Julio. (Vase por la izquierda.)

HAB. Adiós, chico... (Abrazándolo.) ¡No te digo nada!

LOZ. Conque... (Abrazándolo también.) ¡No te digo nada!

SIXTO (Lo mismo.) ¡Bueno, pues yo tampoco le digo á usted nada! (Se van los tres por la derecha.)

BERM. (Por la izquierda, cruzando el escenario muy aprisa y deteniéndose un instante con Campillo.) ¡Don Julio, qué *entradón!* ¡Se ha vendido hasta la silla del bombero! (Vase rápidamente por la derecha. La orquesta principia á tocar los compases con que se supone que comienza el estreno.)

CAMP. (Suspirando.) ¡Ay! Ya ha empezado la orquesta... ¡No es mala orquesta la que tengo yo en mi interior!

GOM. (Por la izquierda, de sacristán.) ¿Le parezco á usted bien, don Julio?

CAMP. Perfectamente. ¿Tendrá usted tiempo para cambiar de trajes?

GOM. De sobra, don Julio. Buena suerte, don Julio. (Vase por donde salió.)

COR. (Por la derecha, vestida con el traje propio de la mujer del pueblo andaluz.) ¿Qué tal, don Julio?

CAMP. (Sin saber lo que dice.) Admirable, don Julio... (Aplicándole al cigarro la boquilla, á guisa de fósforo.)

COR. ¿Pero qué hace usted, hombre? ¿Va usted á encender el cigarro con la boquilla?

CAMP. Es verdad... no doy pie con bola. (Enciende el cigarro. Suena un timbre eléctrico.) ¡Jesús me valga! (Tira el cigarro.) ¡Arriba el telón!

COR. (Llamando.) ¡Maestro!

M. COROS (Por la izquierda, con un guión de música en la mano.) Aquí estoy, aquí estoy.

CAMP. ¡Ay, Dios mío! ¡No quisiera más sino que el público viera lo que sufre uno! (Suena dentro un aplauso nutrido.)

COR. Parece que les ha gustado la decoración.

CAMP. ¡Como que es preciosa! Empezamos con buena estrella. (Enciende otro cigarro.)

TERÁN (Por la izquierda.) Señorita Corales, arriba. (Vase por la derecha.)

M. COROS Pues este duo de Mercedes y la Gonzalito tiene que aplaudirse á rabiar.

CAMP. ¿Dirige Benítez?

M. COROS ¡Claro!

COR. (Subiendo al «practicable.») Y que se ha venido con el chaqué de los grandes éxitos.

M. COROS (Mirando á la escena por un agujero del telón.) Ahora empieza ella. Yo le daré á usted la entrada. (Campillo se va por la derecha, abstraído. El Maestro, colocado de espaldas al pié de la escalera por donde se sube al «practicable», lleva el compás de la música con el brazo derecho, é indica á la Corales, dando vueltas cómicas, cuándo debe cantar.)

Música

GONZ. (Cantando dentro.)

«Der queré yo me alimento:
no hay cosa como er queré:
vivo porque estoy queriendo.

COR. (En el «practicable», asomada á la ventana.)

Er queré me da desgano:
no hay pena como er queré:
er queré me está matando.

GONZ. No me cambio por la reina:
la reina tiene su trono
y yo tengo quien me quiera.

—

COR. Por un probe yo me cambio:
á un probe le dan limosnas;
y á mí naide me hase caso.

—

GONZ. Ayí viene quien yo quiero:
ya están mis ojos asules
más alegres que está er sielo.

—

COR. Ayí viene quien yo adoro:
ya están mis ojos yorando,
ya están de luto mis ojos.

—

GONZ. Lo quiero más
que á la Virgen de los Reyes
que está puesta en el artá.

—

COR. Lo quiero yo,
como ar Cristo de la Sangre,
que es mi devosión mayó.

—

GONZ. Lo quiero más
que á la luz con que lo veo,
que al aire pa respirá.

—

COR. Lo quiero yo,
como á las noches la luna,
como á los días er só.

—

GONZ. Lo quiero porque es mi gusto,
porque es mi gusto quererlo.
COR. Lo quiero porque es capricho,
porque es capricho que tengo.

GONZ. Lo quiero porque es mi arma.
COR. Lo quiero porque es mi sueño.
GONZ. Lo quiero porque me quiere.
COR. Lo quiero porque lo quiero.»

(Oyese dentro una verdadera ovación. Campillo sale por donde se fué, rozagante y alegre. La Corales y el Maestro sonríen satisfechos.)

Hablado

M. COROS ¿Ve usted? ¿Qué dije yo antes?
COR. (Desde arriba.) Vamos, hombre, cambie usted de cara.
M. COROS ¿No oye usted cómo silban? ¡Je!
CAMP. ¡Je! (Tira la colilla.) Veo que traen buen vino. (Enciende otro cigarro.)
BERM. (Atravesando el escenario de derecha á izquierda y dándole una palmadita á Campillo en la espalda.) ¡Tengo un jefe de *claque* que vale un millón!
CAMP. ¡Bravo! ¡bravo!
M. COROS A pedir de boca, don Julio. (Vase por la derecha.)
CAMP. Vamos á ver esta escenita. (Se mete debajo del «practicable», y desde allí, con la oreja pegada al telón, figura escuchar lo que pasa dentro.—Se oye una carcajada.) ¡Hombre, les ha hecho gracia lo de los merengues! ¡Cuánto me alegro! (Animándose.) Con el bizcocho van á echar las tripas... (Pasa Terán de izquierda á derecha.)
HAB. (Por la derecha, despavorido.) ¡Chico! ¡Julio!
CAMP. (Alarmado, saliendo de debajo del «practicable».) ¿Qué hay?
HAB. Te doy el pésame.
CAMP. ¡Caramba!
HAB. ¡Vienen *de uñas!*
CAMP. ¡Pero hombre!
HAB. ¡Vienen *de uñas*, créeme á mí!
CAMP. Pero si han aplaudido y se ríen y...
HAB. No te fíes: ¡vienen *de uñas!*
CAMP. Pues, chico, yo...
HAB. ¡Vienen *de uñas!* Cuando yo te lo digo... (Se va corriendo por donde salió.)
BERM. (Por la izquierda.) ¿Qué es eso? ¿ocurre algo?
CAMP. (Tirando el cigarro.) ¡Que vienen *de uñas!*

BERM. ¡Ríase usted!

CAMP. No, que se ría el público es mejor.

BERM. ¿Reirse? ¡Ya verá usted con lo del bizcocho! (Vase por la derecha.)

CAMP. (Nerviosísimo y haciendo visajes.) ¡Cañario, me ha descompuesto ese! (Enciende otro cigarro.)

TERÁN (Por la derecha.) Señorita Corales, prevenida.

CAMP. (Volviendo debajo del «practicable».) Como no *entren* en esta escena, me van á tirar hasta los palcos.

TERÁN (Dándole la salida á la Corales y yéndose en seguida por la izquierda.)
«Felises, tío Caracoles.»

COR. (Asomándose á la ventana del telón y figurando que habla con alguien. Las pausas que la actriz debe hacer se indican cerrando las comillas del diálogo.)
«Felises, tío Caracoles;
téngalos usté nu güenos.»

CAMP. ¡Quieren chistes hasta en el preludio! (Tira el cigarro con coraje.)

COR. «No me diga usté esas cosas,
que miste que no lo creo...»

CAMP. A ver, á ver la respuesta de Mandanga, que es un chiste. (Pausa breve. Escucha emocionado y traga saliva.) ¡No se han reído! (Trata de liar un cigarro, y se le deshace.)

COR. «Pa desirme cómo soy,
tengo en mi cuarto un espejo.»
«¿De veras?» «¡Jesús, qué guasa!»
«¿Que no es guasa? ¿Pues qué es eso?»

CAMP. A ver, á ver... Este es otro chiste... (Se pone á esperar la carcajada del público, y nada, el público no tiene á bien soltarla. Vuelve á tragar saliva.) ¡Tan poco se han reído! ¡Se me está poniendo un gusto de boca!... (Quiere reliar otro cigarro y se le deshace también.)

COR. «Vamos, ¿quiere usté cayarse?...
Si tengo ojeras, las tengo
porque...» «¿Cómo?» «No, hijo mío,
que no es por farta de sueño...»

CAMP. (Con gran ansiedad.) ¡A ver! ¡Este es decisivo! (Vuelve á escuchar con el alma en un hilo, y no traga más saliva porque ya no le queda.) ¡Dios del cielo! ¡tampoco!

BERM. (Por la derecha, acercándose á Campillo, consternado.) ¿Ha visto usted? ¡No han cogido lo del bizcocho!

CAMP. ¡No, señor! Vaya usted á entender al público...

BERM. ¿Yo qué he de ir ahora?...

CAMP. Ay, ay, ay, ay... (Paladeando.) Me sabe la boca á pasta de libro. (Enciende otro cigarro.)

BERM. (Yéndose por la izquierda.) Indudablemente vienen *de uñas*.

COR. «Mi novio es un pajarito,
un canario mu flameneo.»

(Sale Terán por la izquierda con toda la rapidez que su cojera le permite, coge la botella y el corcho y trépa por la escalera del «practicable» hasta ponerse al lado la tiple.)

CAMP. (Muerto de miedo é inquietísimo, se bebe el vaso de agua que hay encima de la mesa.) Lo que es como esto no varíe...

COR. «Por mi salú se lo juro.»
«¿Quié usté oirlo?» «¡Ya lo creo!
En mandándoselo yo...»
«Sí, señó, sí; va usté á verlo.
¿A quién le cantas, presioso?»

(Tirándole un beso á Terán, como si fuera el pájaro.)

«¡Echa un cantesito, sielo!»

(Terán, refregando el corcho mojado contra la botella, imita el cantar de un canario.)

«¡Jajay! ¡qué bonito eres!
So guason, ¿lo está usté oyendo?
Si con esta gloria mía
hay pa ganarse er dinero.»

(Terán refriega el corcho inútilmente.)

«No te cayes tú, mi arma.»

TERÁN (Muy apurado.) ¡Si es que el corcho no suena!

COR. «¡Canta más! ¡Toma otro beso!»

(Le tira otro beso á Terán y este consigue hacer sonar el corcho de nuevo. Se oye una carcajada.)

CAMP. Me parece que han tomado á broma lo del pajarito. (Terán cesa en sus funciones de canario y baja á dejar la botella y el corcho sobre la mesa.)

COR. «¡Ay! Ese probe es el único
que á mí me quiere.» «No entiendo...»

(Terán coge el mazo y se pone junto á la campana dispuesto á tocar.)

«Justo, á armorsá fuera e casa
pa irnos á los toros luego...
Mu pronto vendrá la gente...
¿Quiere usté veni?..» «Lo siento.»

(Principia Terán á dar las doce, como si tuviera prisa por concluir.)

«Las dose ya.»

CAMP. (Reconviniéndolo bruscamente en voz baja.) ¡Más despacio, hombre, más despacio!

TERÁN (Sobrecogido, mientras toca.) ¿Qué?

CAMP. ¡Que más despacio!

TERÁN ¿Cuántas van?

CAMP. ¿Pero no lo sabe usted?

TERÁN (Azoradísimo.) He perdido la cuenta... ¿Cuántas van?

CAMP. (Lo mismo.) ¿Cuántas van?

BERM. (Por la izquierda, furioso.) ¡Canastos, que van quince lo menos! ¿Qué hora es esa?

CAMP. ¿Lo ve usted?

TERÁN ¡Usted tiene la culpa!

CAMP. ¿Yo?

BERM. (Empujando á Terán.) ¡No discutir ahora! (Vase por la derecha y Terán por la izquierda.)

COR. «Ahí vienen ya los seis coches...
Sarga usté á la puerta á verlos...»

(Oyese lejos ruído de cascabeles, que va acentuándose á medida que se supone que los coches avanzan.)

«Toito lo mejó que hay
en er barrio, viene en eyos...
¡Vaya unas jacas bonitas;
vaya unos adornos güenos;
vaya grasia, vaya gusto
y vaya un cascabeleo!»

TERÁN (Pasa al trote de izquierda á derecha, sacudiendo los cascabeles de un collerón que lleva al cuello y de otros dos que saca, uno en cada mano, y seguido de un chiquillo que imita con unas tabletas los chasquidos del látigo.) ¡Jiá, jiá! ¡Coronela! ¡Jiá, jiá, jiá!

COR. «La caye se viene abajo
der ruío y del estruendo.»
«Ya se paran á la puerta.
Me voy ar patio ar momento.»

(Cierra la ventana y baja del «practicable.» Cesa el ruido de los cascabeles.)

CAMP. Bravo, bravo. Muy bien, Mèrceditas.

COR. La batalla es nuestra, Campillo. ¡Si viera usted qué buen vino traen!

CAMP. ¿Sí? No lo había conocido. Voy arriba á observar. (Trepa por la escalera del «practicable» y se pone á mirar al público, entornando la puertecilla de la ventana. Inmediatamente enciende un cigarro.)

COR. (Yéndose por la izquierda.) ¡Papá!... *¡Silvela!...* (Detrás del telón se oye el rumor peculiar del Coro cuando sale á escena con alegría.)

Música

CORO «Ya está aquí la gente mosa
de la Macarena:
si es que hay pena en esta casa,
se acabó la pena.
Er que quiera divertirse,
véngase á mi coche,
y estaremos de jarana
jasta media noche.

ELLOS Niña, beba usté, que es esto
lo mejó de España.
No me jaga usté un desaire;
tome usté una caña.

ELLAS Er viniyo es una cosa
que no se indigesta,
conque vamos á animarnos
y á empesá la fiesta.»

CAMP. ¡Pero qué bonito es este coro! (Llevado de su entusiasmo por la música, cantá con el Coro lo que sigue.)

CORO y CAMP. «Su traguito e mansaniya,
toa la que se aguante;
su poquito e guitarreo,
su poquito e cante.»

—

CAMP. ¡Ole! ¡ole! Vamos á ver el tango ahora. (Rompen las palmas el acompañamiento de un tango. Campillo observa desde la ventana.)

—

Cor. Ay, mamita, mamita mía,
toa la gente dise que tengo
la boquita como una rosa,
los ojitos como luseros;
carita blanca,
pelito negro,
andá grasioso,
bonito cuerpo.
Ay, mamita, mamita mía,
ay, ¿de qué me sirve á mí eso,
si no logro yo que me quiera
er mosito porque me muero?
¡Ay, yo tengo, mare,
mucho que yorá!
Cómprame pañuelos
de á medio reá.»

—

Camp. ¡Esto electriza al público!

—

Coro «Eya tiene, mare,
mucho que yorá;
cómprale pañuelos
de á medio reá.»

—

Camp. Ahora viene la malagueña: ¡vale poco! ¡Y que no la canta bien la chiquilla!

—

Gonz. «De alegría me muriera
si yo supiese de ti,
que er día que yo me muera
vas á derramá por mí
una lágrima siquiera.»

—

Camp. ¡Ole! ¡ole! ¡ole! (Oles y palmas dentro.)

—

Coro «Remojemos las gargantas
y siga er jaleo.
Venga un poco de paliyos
y de bailoteo.»

—

(Palmas, castañuelas y una copla de sevillanas.)

GONZ. «No tengo más que un cariño,
pero con uno me basta;
que cuando er cariño es grande,
con ér se yena toa el arma.»

—

CAMP. ¡Ay, cómo bailan esas dos criaturas! ¡Hay que verlas, señores, hay que verlas! (Entusiasmado con el baile, y sin darse cuenta de ello, se le van los pies y baila un poco al compás de la copla. Terminada la música, se oyen palmas, oles y vivas, confundidos con bravos y aplausos del supuesto público.)

Hablado

GOM. (Por la derecha, llamando á su criado, que es un chiquillo, y quitándose la ropa á toda prisa.) ¡Trajano! ¡Trajano!

CAMP. (Maquinalmente.) *Pio, felice, triunfador Trajano...*

TRAJ. (Por la derecha.) Aquí estoy.

GOM. No te muevas, que vas á hacerme falta. Ten ahí. (Le da la sotana y se queda vestido de guardia municipal, con un abrigo que le cubre hasta los pies. Trajano va entregándole todo lo que le pide y Gomilla poniéndoselo muy aprisa.) Dame el bigote... Dame la gorra... Dame los guantes... Dame el sable... ¡Hala! (Vase á todo correr por la izquierda, seguido de Trajano.)

CAMP. (Lleno de júbilo en su observatorio.) Hombre, hombre... esto va para arriba... ¡Cómo se rien!... (Aplauden dentro.) ¡Un aplauso! ¡Caramba! ¡qué cara se le ha puesto á Romillo! (Aplauden nuevamente.) ¡Otro aplauso! ¡otro! ¡Ya se entusiasmaron! ¡ya son míos!... Romillo va á quedarse en el sitio. ¡Compadre, qué bastón trae aquél de la cuarta fila! Debía haber comprado una butaca para el bastón... No, pues el de al lado tampoco viene solo. (Suena otro aplauso dentro.) ¡Duro y á la cabeza! (Se oye una carcajada.) ¿Pero de qué se rien ahora?... Ah, sí... Se rien porque han han mojado á Mandanga... En cuanto fastidian á cualquiera, ¡cómo goza el público!...

¿Y quién será aquél que se muerde las uñas de las dos manos? (Nuevo aplauso.) ¡Otro más! ¡otro más! Ya esto es vivir... ya esto es otra cosa...

TERÁN (Por la derecha, corriendo hacia la izquierda.) ¡Coro general!... ¡Prevenido!

CAMP. ¡Terán!

TERÁN ¿Qué quiere usted?

CAMP. Mucho cuidado con ese rumor.

TERÁN Descuide usted, don Julio. (Al Coro, que empieza á asomar por la izquierda.) ¡Vamos! ¡Todos conmigo! (Marchan todos detrás de Terán, hacia la derecha, queriendo imitar con voces, gritos, risas, etcétera, el rumor de una multitud regocijada; lo que tiene que lo hacen tan mal que parece van rezando. Campillo se da cuenta y grita:)

CAMP. ¡Más alegría! ¡más bulla! ¡Si es gente que va de fiesta, señores!... (El Coro general atipla la voz.) ¡No, hombre, no! ¡que no se trata de un motín de verduleras! (Vuelven á hacerlo tan mal como empezaron y se van por la derecha para no volver. Mientras cruzan la escena salen por la derecha dos Tramoyistas que retiran por el mismo lado la escalerilla con la campana, y otros dos que se llevan por la izquierda la escalera del «practicable.») ¡El coro general me pone los pelos de punta! ¡Qué mal lo hace siempre! Sin embargo, esto marcha, esto marcha... (Suena un aplauso fuerte.) ¡Digo si marcha! La *claque* se está despachando á su gusto. (Pasa Terán corriendo dos veces consecutivas de derecha á izquierda primero, y de izquierda á derecha después, cogiendo esta última y llevándose la regadera que hay en la mesa.) Y luego dirán que el éxito se debe á los amigos... ¡Pues á ninguno de la *claque* conozco yo!... (Ovación prolongada dentro y gritos de «¡El autor! ¡el autor!») ¡Me llaman! ¡me llaman!... ¡Se han vuelto locos!.. ¡Y cómo aplauden!.. ¡cómo aplaude todo el mundo, Dios mío!

GONZ. (Por la derecha.) ¡Campillo! ¡Campillo!

CAMP. ¡Aquí estoy!

GONZ. ¡Ande usted, que le llaman!

CAMP. Voy allá. (Corre á bajarse del «practicable» y al encontrarse sin escalera se detiene de pronto.) Pero ¿quién ha quitado la escalera?...

GONZ. ¡Por el otro lado!

CAMP. (Corriendo aturdido.) ¡No la hay tampoco!

BERM. (Por la derecha.) ¡Vamos, Campillo! ¡que *se cansa* el aplauso! ¡Vamos pronto!

CAMP. ¡Venga la escalera!

BERM. ¡Tírese usted!

CAMP. ¡Un demonio!

ELOY (Por la izquierda.) ¡A escena, Campillo! ¡que le llaman!

BERM. ¡Adrián! ¡la escalera á escape!

GONZ. ¡La escalera!

CAMP. No hay cuidado; siguen, siguen aplaudiendo...

BERM. ¡Esto es dinero que se me va de la taquilla! (Un Tramoyista pone una escalera en el «practicable». Campillo baja á saltos y se lo quieren llevar entre todos apenas cae al suelo.) ¡Ande usted, por Dios vivo!

GONZ. Ande usted...

ELOY Vamos ya...

GONZ. Vamos...

ELOY Vamos, hombre...

CAMP. Deje usted que me quite el gabán.

BERM. ¡Con gabán y todo, señor!

CAMP ¡De ninguna manera! (Le da el sombrero á Bermejo, el cual se lo pone, y trata de quitarse el gabán. Don Eloy y Bermejo le ayudan para que acabe antes, y se llevan la americana adherida á él.)

BERM. (Muy impaciente.) Ay, ay, ay...

CAMP. (En mangas de camisa, cogiendo de una mano á la Gonzalito.) ¡Andando!

GONZ. Pero, ¿á dónde va usted así?

CAMP. ¡Digo! ¿Y mi americana?

GONZ. ¡La americana!

BERM. Aquí está... Tome usted...

GONZ. ¡Pronto! ¡pronto!

ELOY ¡Qué diablo! (Entre todos le ponen la americana, mientras lo empujan hacia la izquierda, por donde se van. La ovación de dentro, que ha ido apagándose durante estos últimos incidentes, se redobla cuando se supone que Campillo ha salido á escena. Cesan los aplausos y vuelven, por donde se fueron, la Gonzalito, Bermejo, Campillo y Terán.)

GONZ. ¿Lo ve usted, hombre, lo ve usted?

CAMP. (Agobiado.) Ay, ay...
BERM. ¿No le dije á usted que esta noche tenía yo un éxito?
CAMP. Usted y yo.
TERÁN ¿Admite usted ya la enhorabuena?
CAMP. Aun es pronto, aun es pronto...
TERÁN (Dando un salto y marchándose apresurado por la izquierda.) ¡Caray! ¡la salida de la Corales!
BERM. Corra usted, hombre, no tengamos ahora... (Se va detrás de Terán.)
GONZ. (Asomándose á la derecha.) ¡Juana! (Sale Juana.) Las flores... el mantón de Manila... (Le da Juana ambas cosas y se las pone.) ¿Queda bien?
JUANA Sí, señora.
GONZ. Vamos. (Se van por la derecha las dos.)
CAMP. (Respirando con desahogo.) ¡Ay, corazón... ensánchate! ¡Ya tienen madre mis chiquillos!
HAB. (Por la derecha.) ¡Julio, Julio!
CAMP. ¿Eres tú? ¿Qué quieres?
HAB. (Abrazándolo.) ¡Un abrazo ante todo! (Con mucho misterio.) ¡Te la están destrozando! ¡Qué comiquitos!
CAMP. ¿Cómo?
HAB. ¡Y no has debido salir!
CAMP. ¿Por qué, hombre?
HAB. ¡Porque vienen *de uñas!*
CAMP. ¿Qué han de venir *de uñas?*
HAB. ¡No has debido salir, yo te lo digo!
CAMP. Pero...
HAB. ¡Ha molestado tu salida! ¡No has debido salir! ¡Vuelvo! (Vase como alma que lleva el diablo.)
CAMP. Este se ha propuesto amargarme la noche.
TERÁN (Por la izquierda, dejando un ramo de flores en la mesa.) ¡Canastos! ¿quién se ha bebido el agua?
CAMP. ¿Qué agua? Yo, yo he sido...
TERAN ¡Pues vaya un chasco si no lo veo! Voy á necesitarla en seguida... El botijo tendrá... (Vase corriendo por la derecha.)
GOM. (Por la izquierda, siempre muy aprisa.) ¡Trajano! ¡Trajano! (Sale Trajano.) Toma. (Se quita el abrigo y queda de torero en traje de luces. Se pone la moña, cambia el kepis por la montera y se echa al

hombro el capote de lujo, sin acordarse del bigote ni de los guantes.) Ten ahí el kepis... Dame la moña... Dame la montera... Dame el capote.

CAMP. En esta salida espero un aplauso.

GOM. ¡Hala! (Al ir á marcharse por la izquierda sale Bermejo y lo detiene.)

BERM. ¡Eh, eh! ¡Monsieur Robert!...

GOM. ¿Cómo? ¿es á mí?

BERM. ¡Quítese usted el bigote, hombre de Dios! ¡Y los guantes!

GOM. ¡Cristo! ¡es verdad! (Se los quita y se los da á Trajano.)

CAMP. ¡Por poco me hunde usted la obra!

GOM. (Yéndose por la izquierda.) Usted disimule. Anda uno tan atolondrado...

BERM. ¿Eh? ¿qué es eso? ¿qué pasa en el público?

TERÁN (Por la derecha, con un botijo en la mano.) Un niño que está llora que llora. (Llena el vaso de agua y se va por la izquierda.)

CAMP. ¡Maldita sea su estampa!

BERM. ¡Que se lo lleven á la cuna, señor!

CAMP. ¡Lástima de sarampión á tiempo! (Ladra un perro dentro.)

BERM. ¿Quién ladra, hombre?

CAMP. ¡El perrito de la Corales, que lo han pisado!

BERM. *¿Silvela?* ¡Que lo maten ya!

TERÁN (Por la izquierda, muy apurado.) ¡Ea! ¡ahora el burro no anda!

CAMP. ¿Cómo que no? ¡Estamos perdidos!

BERM. ¡Todos son obstáculos! (Se van por la izquierda los tres, y á poco asoma por el mismo lado Bermejo tirando de una cuerda.) ¡Arre, burro! ¡Palo, hombre, palo ahí!

CAMP. (Dentro.) ¿Cómo se llama este borrico?

TERÁN (Idem.) Saleroso.

BERM. ¿Saleroso? (Con dulzura.) Pues anda, Saleroso. ¡Que si quieres! ¡Nada, que nos hunde la obra!

CAMP. ¡Arre, borrico!

BERM. Vamos, ya arranca. ¡Leña, leña en él!... (Sale por fin el burro con un Racionista encima. Bermejo tira de él y Campillo lo sigue, animándolo con frases cariñosas. Terán no cesa de pegarle palos.)

RAC. ¡Bueno, sí, leña, pero al burro solo!

CAMP. Anda, Saleroso; anda, hijo mío... Si tú te sabes el papel...

BERM. ¡Saleroooooso!

CAMP. Anda, anda...

TERÁN Vamos... ya va... ya va... (Desaparecen por la derecha, con el burro, todos menos Campillo.)

CAMP. Digo, ¿eh? Cuando creía uno estar ya seguro .. (Suspirando.) ¡Ay!

BERM. (Saliendo despavorido por donde se fué.) ¡Esta sí que es gorda!

CAMP. ¿Cómo ésta? ¿Qué ocurre?

BERM. ¡Que se me apaga la luz!

CAMP. ¡Corcho!

BERM. ¡Mírelo usted!... ¡ya está! ¡Nos quedamos á oscuras!

CAMP. ¡Maldita sea mi suerte!

BERM. ¡Velas! ¡velas! (Gran confusión. Carreras y gritos, de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, de todos los personajes que intervienen en el diálogo. Protestas y silbidos dentro.)

CAMP. ¡Velas en seguida!

BERM. ¡Terán!

TERÁN ¡Ya está armada en el público!

CAMP. ¡Dios mío de mi alma!

COR. ¡Qué conflicto!

EVAR. (Con el perro en brazos.) ¡Qué conflicto!

ELOY ¿Qué hacemos?

BERM. ¡Velas! ¡velas!

GONZ. ¡Velas!

BERM. Digo, ¿eh? ¡Flojo escándalo hay!

CAMP. ¡Bermejo! ¡velas!

ELOY ¡Que salga uno y diga que esperen!

BERM. ¡No, hombre, que va á ser peor!

CAMP. Pero ¿y esas velas?

COR. ¡Velas!

GONZ. ¡Terán!

BERM. ¡Campillo!

CAMP. ¿Qué?

COR. ¿Ha visto usted qué oportunidad?

BERM. Ya parece que vuelve...

TERÁN Sí, sí, ya vuelve...

GONZ. Ya hay luz...

ELOY Calma, calma...

BERM. Ya pasó... ya pasó... ¡Silencio ahora!

CAMP. ¡Silencio!... Hay para darse un tiro... (Distraído, principia otra vez á beberse el agua del vaso. Terán lo ve á tiempo y lo ataja con un grito en seco.)

TERÁN ¡No se beba usted el agua!

CAMP. (Asustado.) ¿Qué tiene?

TERÁN ¡Nada! ¡Pero me hace falta ahora mismo! (Coge el vaso y se va corriendo por la izquierda.)

CAMP. ¡Bueno, pero no es preciso asustar! (Suena un tiro de pronto. Todos dan un salto.)

COR. }
GONZ. } ¡Ay!

BERM. ¿Qué es eso?

CAMP. ¿Quién ha dado el tiro?

ELOY ¡Si el tiro es luego!

CAMP. ¡Hombre, pues que le peguen otro al que lo ha dado!

TERÁN (Saliendo á escape por la izquierda y yéndose por el otro lado.) ¡Mutación! ¡que va á empezar la orquesta! (Suena un timbre eléctrico.)

BERM. ¡Mutación!

COR. ¡Papá! ¡papá!

CAMP. ¡Silencio!

GONZ. Por aquí, por aquí...

ELOY ¡No alborotar!

CAMP. (Tropezando con Bermejo.) ¡Ay! ¡Me ha reventado usted!

BERM. Usted dispense.

TRAM. ¡Cuidado! ¡que atropello á uno! (Se van unos por un lado y otros por el otro, mientras salen dos Tramoyistas por la derecha con un trasto inmenso, y están á punto de magullar á Campillo. Este huye del trasto y se pone delante de él, á tiempo que otros dos Tramoyistas salen también por la derecha con otro trasto, en el que hay pintado el escaparate de una tienda y que, por de contado, es transparente en parte, y lo cogen entre uno y otro, cerrándole la salida por la derecha. Al través de la vidriera del escaparate se ve á Campillo luchar por salir, en tanto que los Tramoyistas se encaminan hacia la izquierda.)

CAMP. ¡Eh! ¡que me matan ustedes!

BERM. ¡Quítese usted de enmedio!

CAMP. ¡Oiga! ¡otros dos! ¡Hombre! ¡hombre!

HAB. (Por la derecha, como loco.) ¿Dónde está Campillo? (Lo ve detrás del escaparate y le habla siguiéndolo.) ¡Escucha!

CAMP. ¡No me da la gana!
HAB. ¡La *claque* va á reventarte!
CAMP. ¡Mejor!
HAB. ¡Vienen *de uñas!*
CAMP. ¡Vete á paseo!
BERM. ¡Yo no sé ya las Catedrales que tengo encima!... (Cae rápidamente un telón con los siguientes telegramas:)

Director *El bombo inofensivo.*

Acaba verificarse estreno *La Trianera*, letra Campillo, música Benítez. Exito asombroso. Partitura joya. Repetidos todos los números. Libro joya. Aplaudidos todos los chistes. Decoraciones joyas. Autores aclamados. 51 salidas escena. Obra para rato. — *Tangloss.*

Director *La cabeza á pájaros.*

Estreno *La Trianera*, letra Campillo, solfa Benítez, fracaso tremendo. Libro extraordinariamente aplaudido. Música aplaudida extraordinariamente. La obra no dará dinero, á pesar brillante éxito alcanzado. El Pérez mordido perro calle Salitre no soy yo.— *Pérez.*

Director *La bilis revuelta.*

En este momento termina representación *La Trianera*, libro Campillo, música Benítez. Exito desdichado, á pesar esfuerzos *claque* y amigos. Música insoportable. Ningún número repetido. Chistes indecentes protestados. Divididas opiniones. Autores no salieron escena. Confío mañana escándalo gordo segunda representación. —*Angel.*

Director *La olla de grillos.*

Vengo presenciar estreno *La Trianera*. Libro maestro Benítez admirable. Música Campillo pésima. Benítez aplaudido tablas. Campillo no dirigió orquesta por estar enfermo catarro. La acción desarróllase Madrid. Decoraciones vistas de Sevilla soberbias. *Gallito* y *Algabeño*, superiores Muruves bravísimos. Caballos 23. — *Chorlito.*

Cuadro tercero.—La gloria

Saloncillo del mismo teatro. A derecha é izquierda, en primer término, dos pabelloncitos, cuyas puertas de entrada están la una frente á la otra. El de la derecha del actor es el cuarto de la Corales y el de la izquierda el de la Gonzalito. Muebles y decorado distintos. El saloncillo tiene salida por detrás de ambos cuartos. En el foro está el de un actor cualquiera. A un lado y otro de la puerta, divanes rojos. En las paredes retratos de autores dramáticos y de músicos.

Al empezar el cuadro, cinco minutos después del estreno, aquello hierve materialmente.

En el cuarto de la Corales están ella, su Papá y el perrito; dos Amigas y tres Admiradores. En el de la Gonzalito, ella, su Mamá, un Crítico, dos Abonados y un Viejo elegante. En el del foro, autores y amigos de Benítez y Campillo que charlan y ríen.

Fuera, en el saloncillo, hay cuatro grupos de diverso color, en donde se habla por los codos. Cada uno de ellos lo componen las personas que se nombran en el diálogo. En el de los entusiastas de la música está el maestro Benítez, recibiendo plácemes.

Todos los diálogos escritos á continuación, deben decirse al mismo tiempo.

EN EL CUARTO DE LA CORALES

ADM. 1.° Nada, ha obtenido usted un éxito completo.
ADM. 2.° De los que entran pocos en tiple... ¡Ja, ja!
AMIGA 1.ª ¡Has estado monísima!
COR. Es que el papel es muy agradecido.
EVAR. Muy agradecido.
COR. Con un papel así, cualquiera se luce...
ADM. 3.° No estoy conforme; todos los papeles hay que hacerlos.
AMIGA 2.ª Y á mí me parece que el tuyo es bastante difícil.
COR. Yo me alegro mucho del éxito por Campillo. No hay autor más simpático.
ADM. 1.° Ah, pues estará satisfecho de la ejecución.
ADM. 2.° La han bordado ustedes.

COR. La hemos tomado con mucho cariño, nada más.

EVAR. Nada más.

ADM. 2.º Sin embargo, suele haber cariños que matan... ¡Ja, ja!

COR. Mi cariño no sé yo que haya matado á nadie.

EVAR. A nadie.

ADM. 2.º Es que yo no lo digo por el de usted.

COR. El resultado es que tenemos obra para cien noches.

AMIGA 1.ª Gracias á todos.

AMIGA 2.ª ¡Cuidado que la música es bonita!

ADM. 3.º La música es preciosa.

ADM. 1.º Lo que es el primer dúo, puede firmarlo el maestro Chapí.

COR. Pues ¿y la letra, señores?

ADM. 2.º La letra no creo que la firme Chapí... ¡Ja, ja!

COR. Ay, yo estoy contentísima... contentísima...

EN EL CUARTO DE LA GONZALITO

CRIT. ¿Pasó ya el miedo?

V. ELEG. ¿Descansaron ya los nerviecillos?

GONZ. Ay, no me hablen ustedes. En pocos estrenos me he asustado tanto.

ABON. 1.º ¿Por qué?

GONZ. Porque cada día me inspiran más temor los *morenos*. No puedo remediarlo.

MAMÁ ¡Y mire usted que estaba el teatro esta noche...!

ABON. 2.º De bote en bote.

CRIT. ¡El público de las grandes solemnidades! No había ni una sola localidad desocupada

ABON. 1.º Pues han salido verdaderamente satisfechos.

GONZ Es que la obra es preciosa.

V. ELEG. Comparada con usted me parece fea.

GONZ. Pues es muy bonita.

CRIT. No está mal, no está mal... La fábula es interesante, los caracteres están bien dibujados, en el diálogo campean chistes de buena ley, la hilaridad se mantiene constantemente en los labios de los espectadores... Es na-

tural que los autores hayan obtenido los honores del proscenio.

ABON. 1.° ¡Y cómo ha cantado usted, Laurita!

ABON. 2.° ¡Cómo ha cantado usted!

V. ELEG. Si antes no lo tenía, esta noche se ha conquistado un puesto en el cielo.

ABON. 1.° Lo tenía ya.

GONZ. ¡Jesús, Peralta! No exagere usted... ¡Cómo se conoce que es usted andaluz!...

GRUPO DE ENTUSIASTAS DE LA MÚSICA, QUE RODEAN, FELICITAN, ACHUCHAN Y ADMIRAN AL MAESTRO BENITEZ

RIOS ¡Bravísimo, don Vicente! ¡Bravísimo!

VAZ. Es de lo más inspirado que ha escrito usted.

MAR. ¡Mira que el dúo del primer cuadro!... ¡Aquello es hermoso!

M. BEN. El cariño con que ustedes lo ven...

RIOS ¡Qué cariño ni qué calabazas!... La verdad; la pura verdad.

MAR. Señor, si es una filigrana toda la partitura...

RIOS A mí lo que más me gusta es el preludio.

VAZ. ¡El preludio es soberbio!

RIOS Sabe á Mozart.

M. BEN. ¡Alabado sea Dios! Me voy, señores...

VAZ. ¡Venga usted acá, *musicazo*!... ¿Dóndé irá usted que lo quieran más?...

M. BEN. A ninguna parte; pero no me digan esas cosas...

MAR. Justicia, maestro.

RIOS ¡Cuidado que es divino el paso-doble!...

VAZ. ¡Divino!

M. BEN. No tanto, no tanto, caballeros...

RIOS Sólo la primera frase vale un Perú... (Tarareando.) Tararí-tararó, tirorí-lariaro...

VAZ. (Siguiendo.) Lari-rorero... lariraró...

MAR. ¡De primera, hombre, de primera!

RIOS Antes de una semana oimos eso en los organillos.

M. BEN. ¡Ojalá!

RIOS Como que yo no sé qué hubiera sido de la letra sin esa musiquita.

VAZ. Lo mejor es aquella frase del dúo: (Cantando.)

No hiso más que apuntá la mañana...

GRUPO DE ENTUSIASTAS DEL LIBRO Y DEL ASENDEREADO GÉNERO CHICO, CON TODAS SUS NATURALES CONSECUENCIAS

BRAVO ¡Es lo que se llama un verdadero sainete!
NARB. ¡Tiene la gracia á espuertas!
MOL. ¡Como que ese Campillo vale un ojo!
OREJ. Yo me alegro, me alegro mucho.
NARB. Señores, y ha durado la representación hora y media.
GAR. Y á esto le llaman género chico.
BRAVO Bueno, se lo llaman los tontos.
NARB. Los que no lo saben hacer.
MOL. ¡Mira que es *pistonudo* el chiste de las amazonas!
NARB. ¿Y el de la montera? ¡Ja, ja, ja!...
OREJ ¿Y el de las banderillas, hombre? ¡Es el mejor que tiene!
BRAVO Y luego, ¡qué interés!
GAR. ¡Y qué fino todo!
NARB. Hasta los *cantables* me gustan...
MOL. Yo seré muy ganso, pero entre esto y un drama de tesis, me quedo con esto.
NARB. Y yo.
GAR. ¡Y cualquiera!
OREJ. ¡Y qué bien lo han hecho! Se conoce que lo han estudiado con cariño.
BRAVO El que no me ha gustado ha sido Mandanga.
OREJ Ha exagerado mucho.
NARB. Pero no ha estado mal... Es cómico para la galería.
GAR. En general, la ejecución ha sido perfecta.
MOL. Y ya puede decir Campillo que hay misa para rato.

GRUPO DE DISCUTIDORES, CON MÁS Ó MENOS SENTIDO COMÚN

PRADA ¡Sí, señor! Un teatro popular... ¡Dios lo bendiga! ¡Y español sobre todo!
DUQUE Y lleno de gracia, de ingenio verdadero...
GUERRA ¡Y muy literario, por donde quiera que se le mire!
MOLINO ¡Vamos, no digan ustedes tonterías!

SANCHEZ ¡Esto es acostumbrar al público á la almagra, á los brochazos!

MOLINO ¡A los colorines!

GUERRA Pero, ¿por qué ha de ser esto almagra y colorines?

DUQUE ¡Siempre el error de despreciar lo cómico!

SANCHEZ ¡Lo cómico malo!

PRADA ¡Es que en lo dramático embarcan ustedes de todo, y se las tragan como el puño!

MOLINO ¡El que se las trague!

GUERRA Lo mismo que la equivocación del *tamaño*. El género chico, ahora es el otro.

DUQUE ¡Ni más ni menos! Y si no va el público á verlo, es porque no le agrada; porque con pretensiones de grande, es más chico que este.

MOLINO ¡Lo que pasa es que el público está prostituido!

PRADA ¿Qué ha de estar, hombre? Dale paja...

SANCHEZ ¡Dásela tú, que la comes todos los días!

PRADA No estás tú mal cuadrúpedo. Pero dale grano, y...

GUERRA ¡Pues claro es!

DUQUE Lo que nadie tiene derecho á exigir del público es que vaya al teatro á dormirse.

MOLINO ¡Y mucho menos á escuchar groserías!

GUERRA ¡Ni una cosa ni otra, señor!

GRUPO DE BUENAS ALMAS, QUE NO FALTAN NUNCA

ORT. ¡Chico, qué malo es esto!

ROMO ¡Malo con coraje! ¡Qué libro... y qué música!

ORT. El libro tiene cosas hasta de *La Divina Comedia*.

AZNAR Pues ¿y la música? ¡Yo no he oído ni siquiera una nota original!

ORT. Bueno, es que pedirle más á Benitez es pedir milagros. Verdad que tal Benitez para tal Campillo, que es un *congrio* incurable.

AZNAR Pues ¿y los cómicos? ¿Qué me dicen ustedes de los cómicos?

ROMO ¡Arrea, manco! ¡En buena llaga has puesto el dedo!

AZNAR ¡Qué canalla!

ORT. Baja la voz. Rivero es cursi hasta diciendo buenos días.

ROMO ¿Y las dos tiples, hombre? ¡Vaya un par de ratas que están las señoras!

AZNAR Bueno, ¿y dónde dejan ustedes al pintor, que pone en Sevilla una torre de Toledo?

ORT. ¡Ah! No me hables. Por supuesto que con esto *se meten* mañana.

ROMO ¿A qué hora va?

ORT. ¡A cuarta, hombre! ¡Preguntas unas cosas!...

ROMO ¡Pues no va á ser escándalo!

AZNAR Y yo me alegro, ¿eh? Sí, porque esto de que algunos tíos no lo dejen á uno estrenar...

ORT Ya, ya les llegará su hora.

AZNAR ¡Imbéciles!

ROMO Lo que no se explica nadie es cómo el público se traga semejantes *buñuelos*.

ORT. ¿El público? ¡La *clique* y los amigos!

(A la conclusión de estos diálogos, que como queda advertido, han de decirse al mismo tiempo, los grupos continúan manteniendo el rumor de la conversación, si bien menos acentuado que hasta entonces. Sale Campillo por la derecha, desaliñado y sudoroso, y acompañado de tres amigos, cada uno de los cuales se adhiere á la reunión con que más simpatiza. Al pasar Campillo de un lado á otro, los individuos que se expresan en el diálogo lo abrazan, lo estrujan y materialmente juegan con él á la pelota. El pobre Campillo deja hacer, borracho de la gloria y sin ánimo más que para dar las gracias á todos, amigos y enemigos. Entiéndase bien que cada frase de las siguientes va acompañada de un apretón de manos ó de un abrazo, y que todo ello ha de hacerse con gran viveza.)

RÍOS ¡Campillo, hombre, gracias á Dios! ¡Que sea enhorabuena!

CAMP. Muchas gracias, amigo Ríos.

M. BEN. ¡Venga usted acá, compañero!

CAMP. ¡De esta ya salimos!

VAZQUEZ Que sea enhorabuena...

MARTÍN ¡Dame un abrazo, hombre!

CAMP. Gracias, señores, gracias.

BRAVO ¡Hasta la cruz, amigo mío!

NARB. ¡Precioso, hijo! Me alegro de verdad.

CAMP. Ya, ya lo sé.

MOLINÍ ¡Aprieta, mal autor, aprieta!
OREJ. ¡Muy bonito, muchacho! ¡Choca ahí!
GARCÍA ¡Enhorabuena de corazón!
CAMP. Gracias, gracias
PRADA Que sea enhorabuena, Campillo.
CAMP. Gracias.
DUQUE Enhorabuena; que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
GUERRA Enhorabuena, amigo Campillo.
CAMP. Muchas gracias.
MOLINO Que sea enhorabuena.
SÁNCHEZ Que sea enhorabuena.
CAMP. Muchísimas gracias.
ORT. Chico, una preciosidad. Me he alegrado como si fuera mío.
CAMP. Gracias, hombre.
ROMO ¡De *órdago*. Campillo! ¡Choque usted! Ya usted sabe que yo no tengo pelos en la lengua.
CAMP. Tantas gracias, señores.
AZNAR ¡Es usted el amo! Mi enhorabuena más sentida.
CAMP. Gracias; mil gracias.
SIXTO (Por la derecha, seguido de un Desconocido, atropellando á todos y frenético de alegría.) ¿Dónde está? ¿Dónde está? (Le pronto ve á Campillo, se arranca á él y lo abraza como si volviera de Cuba. El Desconocido espera su turno.) ¡Deme usted un abrazo! (Se le echa encima sin decir más palabra, y no lo suelta en cinco minutos.)
CAMP. (¿Se habrá muerto este hombre?) ¡Don Sixto! ¡Don Sixto! (Don Sixto se separa de él y lo contempla gozoso frente á frente con las manos sobre los hombros de Campillo; este respira creyéndose libre, y cuando menos lo espera, ¡zas! se le arranca don Sixto otra vez y lo abraza con más fuerza si cabe.)
SIXTO ¡Hace mucho tiempo que no gozo tanto como esta noche! (Le da un beso en el cuello.)
CAMP. (¡Canario!) Yo también hace mucho tiempo que no sudo así.
DESC. (Impaciente, viendo á don Sixto pegado á Campillo.) ¿Pero este señor se ha creído que el autor es suyo?
SIXTO (Soltando á Campillo por fin.) ¡Barbián! ¡es usted un barbián!

DESC. (Cayendo sin piedad sobre Campillo y sin dejarse ver la cara. ¡Hombre, gracias á Dios! ¡Ven á mis brazos! (Este es de los que no lo saben hacer si no acompañan el acto de sucesivos apretones y fuerte palmoteo en la espalda.)

CAMP. (¡Ay! ¡Me va á salir el postre por las narices!)

DESC. Chico, yo soy de los que se alegran de verdad.

CAMP. (¿Quién será este hombre, Dios mío? No consigo verle la cara...)

DESC. (Despidiéndose.) ¡Puedes estar contento, chico!

CAMP. Gracias. (¡No le he visto en mi vida)

DESC. (Llegando al grupo de Ortiga y compañía.) (Señores, ¿y no llevarán á presidio á este autor?)

LOZ. (Por la derecha, á escape. Al maestro Benítez.) (¡Maestro, un abrazo! ¡Vaya un librito que le ha tocado á usted! ¡Qué *buñuelo!* (A Campillo, en seguida) ¡Un abrazo, Julio, un abrazo! ¡Qué musiquita, chico! ¡Es una cencerrada indecente)

HAB. (Por el foro, á escape también y abrazando á Campillo.) ¡Chico, muy bien! ¡Pero muy bien! Y al que le pique, que se rasque. (Se rasca él.)

CAMP. Gracias.

HAB. He tenido una verdadera satisfacción, puedes creerme.

CAMP. Muchísimas gracias. (Me gusta triunfar, por las satisfacciones que proporciono...) (A la puerta del cuarto de la Gonzalito.) ¿Se puede pasar?...

GONZ. ¡Adelante, Campillo, adelante!

CAMP. Me marcho ya... los chiquillos me esperan... Buenas noches, á todo esto... Conque, Laurita, le repito las gracias.

GONZ. De nada, hijo. Yo á usted.

CAMP. ¡Calle usted, por Dios! No es posible hacer más... ¡Qué manera de cantar y de... de.. y qué modo de cantar y de... de...! En fin, el público lo ha dicho. Hasta mañana. Descansar, Laurita.

GONZ. Gracias; igualmente.

CAMP. Adiós, señores. (Dando á todos la mano con mucha rapidez.)

CRÍT. Adiós, Campillo: que sea enhorabuena.

CAMP. Gracias.
MAMÁ Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
V. EL EG. Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
ABON. 1.º Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
ABON. 2.º Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias. (Sale del cuarto de la Gonzalito y se encamina al de la Corales. A la mitad del camino, don Sixto, que lo aguarda limpiándose las lágrimas y el sudor, se le abre de brazos dispuesto á repetir la suerte. Campillo le da un quiebro y al verse libre se entra de rondón en el cuarto de la Corales, diciendo para su capote:) (Me escapé: que sea enhorabuena.) Muy buenas noches, Mercedítas
COR. ¿Se va usted ya?
CAMP Sí, señora, sí; estoy rendido. Me aguarda la familia... Conque si no manda usted nada...
COR. Deje usted mandado lo que quiera.
EVAR. Lo que quiera.
CAMP. Pues repito las gracias...
COR. ¿Las gracias? No hay por qué. Yo á usted siempre.
CAMP. ¡Calle usted por Dios! No es posible hacer más... ¡Qué manera de cantar y de... de... y qué modo de cantar y de... de...! En fin, el público lo ha dicho. Hasta mañana. Descansar, Mercedítas.
COR. Gracias... Lo mismo digo, hidalgo.
CAMP. (Dando la mano á todos como en el cuarto de la otra.) Señores, buenas noches. Don Evaristo...
EVAR. Adiós; que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
AMIG. 1.º Que sea enhorabuena.
CAMP Gracias.
AMIG. 2.º Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
ADM. 1.º Que sea enhorabuena.
CAMP Gracias.
ADM. 2.º Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.
ADM. 3.º Que sea enhorabuena.
CAMP. Gracias.

(Durante el diálogo de Campillo en el cuarto de la Corales, sale Bermejo por la izquierda como una exhalación, y sin decir palabra entra en el cuarto del foro buscando con la mirada á Campillo; atraviesa por medio de todos los grupos en la misma forma; asoma también las narices en el cuarto de la Gonzalito, y finalmente se topa con él, cuando el desgraciado autor, medio muerto ya, sale del de la Corales sonriente. Bermejo se echa en sus brazos, y Campillo, que no ve más que enhorabuenas por todas partes, le dice satisfecho:)

CAMP. Gracias, Bermejo, gracias.

BERM. ¡Aquí te quiero ver, escopeta! (Separándose de Campillo.)

CAMP. ¿Qué hay?

BERM. ¡Casi nada! Péguеme usted un tiro. Mire usted: tengo á Rivero afónico; tengo á Mandanga afónico; tengo á Gomilla con un aire; tengo al apuntador con otro aire; tengo despedido el burro; tengo á don Eloy hecho una fiera; tengo á la Zorrilla hecha una leona; tengo á su marido hecho un toro; tengo hinchado el otro carrillo de la característica; tengo...

CAMP. ¿Tiene usted la bondad de callarse? ¡Por Dios, Bermejo, déjeme usted en paz gozar de mi triunfo! Mañana, Dios dirá. Mañana seguiremos la pelea; pero desde ahora hasta mañana, quiero vivir tranquilo... Déjeme usted, déjeme usted... Me voy á mi casa con mi gente. Mis chiquillos me esperan... ¡Sólo por ellos he tragado tanta saliva y lo aguanto á usted con paciencia!

BERM. Pues ¡hala! ¡hala! ¡á casita!...

CAMP. Aguarde usted un momento. (Al público.)

Amables espectadores:
espectadoras divinas:
aplaudid á los autores,
ya que sabéis que estas flores
no son flores sin espinas.

FIN

Madrid, Junio 1900.

A LOS DIRECTORES DE ESCENA

que tengan la mala costumbre de no leer las acotaciones de las obras, se les suplica encarecidamente que, en bien de todos, hagan con esta una excepción.

Gracias anticipadas.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición).
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Los Galeotes

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1900

N. Fabra Herrero

LOS GALEOTES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 20 de Octubre de 1900

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

A la sagrada memoria

DEL SEÑOR

Don Joaquin Alvarez Hazañas

Sus hijos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
CARITA	Sra.	Pino.
GLORIA	Srta	Catalá.
CATALINA	Sra.	Rodriguez.
LA SEÑÁ PEPA		Dominguez.
LA RICITOS	Srta.	Tejada.
LA SEÑORA GERVASIA		Hornero.
MANUELA		Mendizabal.
DON MIGUEL	Sr.	Vallés.
DON MOISÉS		Rubio.
MARIO		García Ortega.
JEREMÍAS		La Riva.
PEDRITO		Mendiguchia.
VICTORIANO		Mora.
EL MEMBRILLO		Martinez.
EL OJERAS		Valle.
UN ESTUDIANTE	Srta.	Bittini
OTRO		N. N.

ACTO PRIMERO

Librería de viejo de don Miguel, en Madrid. Local de poco fondo. A la derecha del actor un hueco de puerta con cortina de lienzo, que conduce á la trastienda y á las habitaciones interiores de la casa. En el foro, á la izquierda, puerta vidriera que da á la calle, y que al abrirse y cerrarse hace sonar un timbre: á la derecha, el escaparate de la librería. Las paredes llenas hasta el techo de anaqueleríias con libros de todos tamaños y clases. A la izquierda de la puerta de entrada, y paralelo á la pared del mismo lado del actor, un mostrador que llega al primer término, y cuyo extremo opuesto, cerrado por una barandilla de madera, sirve de escritorio. Colgado entre el escaparate y la puerta de entrada un cartel que dice: «Compra y venta de libros usados.» Delante una mesa y un sillón de gutapercha vieja, que ocupa Jeremías. Hacia la derecha de la escena, una tarima con brasero. Junto á ella un sillón, grande y cómodo, y una silla de enea. En el suelo, donde menos estorben y arrimadas á la anaquelería, pilas de libros, colecciones de periódicos ilustrados, etc., etc. En un rincón, una escalerilla de mano. Sobre la mesa de Jeremías está Rodríguez en su jaula. Rodríguez es un loro.—Es de día. A través del escaparate y de la puerta del foro se ve la calle, solitaria y sombría.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y JEREMIAS; luego CARITA

(Don Miguel, sentado en el sillón inmediato al brasero, lee el «Quijote». Viste traje negro de americana, capa vieja y gorra, y usa quevedos, que se pone en la punta de la nariz. Es hombre de unos cincuenta y tantos años. Jeremías, algo más viejo que él, aparece sentado á su mesa de frente al público. En la mesa no hay libro, papel, tintero ni pluma: nada que revele el menor quebradero de cabeza. Nuestro hombre se entretiene en chocar por las yemas, voltear y enredar los dedos de ambas manos en todas las formas y combinaciones imaginables. Usa gafas de armazón gruesa y fuerte, gorro calado hasta las orejas, manguitos (sin justificación) y traje oscuro y raído de chaqué del año de la nana.)

D. MIG. (Leyendo en voz alta.) *Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones...* (A Jeremías, que está canturreando algo de «La canción de la Lola».) Hombre, atiende á esto, y no seas botarate (Jeremías no le hace caso. Don Miguel continúa leyendo.) *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban sus repúblicas las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo traba-*

jo. Los valientes alcornoques .. (Sale Carita, que viene de la calle. Don Miguel se vuelve al oir el timbre de la puerta.) ¿Quién?

CAR. Buenos días. (Habla con voz desmayada. Cubren pobre y malamente su cabeza bonita y su cuerpo gracioso, toquilla celeste de pelo de cabra, abriguito corto y falda lisa.)

D. MIG. Buenos días, joven. ¿Qué traemos?

CAR. Mire usted esto, á ver... (Le da un libro pequeño en deplorable estado.)

JER. (Atento á sus combinaciones de dedos, pero queriendo influir en el lance con sus pullas, que dice siempre en tono sentencioso.) Se compra mucho y no se vende nada...

D. MIG. (Examinando el libro.) Método de Ahn...

JER. Ocho hay.

CAR. Es de inglés éste.

JER. De inglés hay nueve.

CAR Vaya por Dios...

D. MIG Lo peor es el estado en que está.

JER. No tomamos más que basura.

D. MIG. ¿Y la clave?

CAR. ¿La clave?... No sé de ella .. A mí no me han dado más que esto...

D. MIG. Hija, pues bien quisiera; pero sin la clave. .

CAR. ¿Sin la clave no le conviene?

D. MIG. No, hija, no puedo.

CAR. (Va á irse y vuelve.) Le advierto á usted que lo dejo por cualquier cosa... por lo que usted me dé ..

D. MIG. (Ablandándose un punto, pero conteniendo su arranque generoso ante un gruñido de Jeremías.) El caso es que tenemos tantas... Y luego, sin la clave... Lo siento mucho, pero me es imposible...

CAR. Bueno; usted dispense. Queden con Dios.

D. MIG. Adiós.

CAR. (Yéndose.) (No sé por dónde vamos á salir hoy.) (Deja la puerta abierta.)

ESCENA II

DON MIGUEL, JEREMIAS y CATALINA

D. MIG. ¡Pobre muchacha! (Volviendo á su lectura.) ...*La fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques...*

JER. ¡Valiente alcornoque estás tú!

D. MIG. Déjame en paz (Leyendo:) *Los valientes alcornoques...*

JER. Ahora va por la clave, y viene con ella y se la tienes que comprar.

D. MIG. Mejor.

JER. Ah, si es mejor, te felicito. (Llegándose á la puerta y cerrándola.) Lo que lamento es que esa niña no se haya educado con los frailes. (Vuelve á su sillón.)

D. MIG. (Leyendo.) *Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas...*

CAT. (Viene del interior de la casa. Es criada antigua de la de don Miguel, andaluza, tirando á gitana, muy vieja y en extremo cariñosa y solícita. Sale en traje de faena: falda y blusa de percal oscuro, delantal oscuro también y toquilla grande de lana negra, cruzada por el pecho y sujeta á la cintura.) Escúcheme usté, Don Migué: ¿va usté á veníayá dentro á tomá er chocolate, ó quié usté que ze lo traiga aquí?

D. MIG. No; voy allá dentro.

CAT. Zi quié usté que ze lo traiga, ze lo traigo.

D. MIG. No, mujer, no.

CAT. Miste que no me cuesta trabajo ninguno.

D. MIG. ¡Dale!

CAT. ¿Y la niña, ha zalío?

D. MIG. Sí; creo que ha ido á misa con la señora Gervasia.

CAT. Ay, por Dios, don Migué—er Patriarca me perdone er mar penzamiento,—miste que eza zeñá Gervazia no me paece güena mujé pa acompañá á la niña.

D. MIG. Quita allá, tonta; si es una infeliz.

JER. ¡Fíate del agua mansa!...

CAT. Ya usté ve que yo no vi á echarme na en er borziyo... Zi ze lo digo á usté ze lo digo por lo que ze lo digo... ¿Usté va á dezayunarze, don Jeremías? (Jeremías no contesta.) Don Jeremías, ¿va usté á dezayunarze?

JER. ¡No!

D. MIG. (Levantándose y riéndose.) Todavía no ha tomado el *wermuth*. ¡Je, je, je! (Deja el «Quijote» en el escritorio.)

JER. Mira, si lo dices por el aguardiente, te equivocas.

D. MIG. Ah, ¿lo has tomado ya?

JER. ¡Ni lo tomo! Cabalmente hace un siglo que no lo cato.

D. MIG. Sí, sí; no hay más que verte las narices... Recuerdan las de Tomé Cecial...

CAT. Ay, don Jeremías, eza zí que es la pura; ze le están poniendo á usté las narices que paece que yevan una luz por dentro: como los faroliyos á la veneciana.

D. MIG. ¡Je, je, je!

JER. ¡Ríele el chiste, hombre!

CAT. Por la Virgen der Carmen, no ze me enfade usté; pero no beba usté aguardiente. Miste que el aguardiente fué la perdición de mi Diego. Murió de treinta años lo mismito que un chicharrón. ¡Qué doló de hombre!

D. MIG. Bueno, tú, deja la palabra y vente á darme el chocolate.

CAT. ¿Y Pedrito?

D. MIG. Lo he mandado á la calle de la Ventosa.

CAT. A la caza, ¿eh?

D. MIG. Sí; vamos á ver si cobra algunos alquileres de los rezagados. Ocho ó diez ciudadanos no quieren pagar...

CAT. ¡Ay, qué doló de caza, entregá á eza gente!... ¡Zi viviera doña Lorenza!... Eya zi que zabía ponerze er mantón y er velo—¿ze acuerda usté?—y plantarze ayí, y co! rá pezeta zobre pezeta á to er mundo. Pero el arma mía de Pedrito, como es tan güeno, no zirve pa ezos pazos: yega, ve muchas lástimas, mucha mizeria, mu poco dinero, ze le enco-

ge er corazón, ze apoca... y ze güerve lo mismo que ze fué: con er borzo vacío.

D. MIG. Sin embargo, hoy espero yo que nos traiga...

JER. ¡Hoy vendrá sin un cuarto!

D. MIG. Pero hombre, ¿por qué?

JER. ¡Vendrá sin un cuarto!

D. MIG. Pero, ¿quieres darme una razón siquiera?

JER. ¡Sin un cuarto!

D. MIG. ¡Bueno va! Mira, cuando te pones así, me me me... Vámonos, Catalina, vámonos porque me me me... (¡Y lo malo es que acierta siempre!) (Se va al interior.)

CAT. (Siguiéndolo.) ¡Jozú, Jozú! ¡qué doló de caza esta! Ayí no ze cobra, aquí no ze vende... y er pan zube, y er vino zube, y la carne zube, y to zube... ¡Jozú, Jozú, Jozú!...

ESCENA III

JEREMÍAS, luego GLORIA, la SEÑORA GERVASIA y MANUELA

JER. Dice... *son pláticas de familia*, dice, *de las que nunca hice caso*... (Al loro, en tono jovial.) Vamos á ver, Rodríguez: de tí para mí, y con toda franqueza, ¿eh? Como nos tratamos nosotros. Nada de cumplimientos, ni de pamemas, ni de... Nada, nada: al pan, pan, y al vino, vino: ¿qué opinas tú de que yo me tome ahí enfrente una copita de Monovar? ¿Eh? Te sonríes... No esperaba yo menos. Esa sonrisa me autoriza para dos *latigazos*. Rodríguez, tú eres de mi cuerda: choca ahí. (Hace que le da la mano y se levanta.) Gracias por tu beneplácito, y cuenta que te corresponderé con chocolate. (Va á irse y vuelve.) Oye, y chitón; que parece que no está bien visto... (A Gloria, la señora Gervasia y Manuela, que llegan á tiempo que él abre la puerta de la calle, para ir á complacer al loro.) ¡Hola! ¿ya por aquí? (¡El don de la oportunidad anda caro!) ¡Pero, hija, eso no habrá sido un sermón; eso habrá sido un chascarrillo!

GLORIA Si hoy no ha habido sermón.

MAN. Usted no piensa más que en sermones.

GER. ¿Qué sabes tú en lo que piensa él? Vaya, ahí queda la chica. Nosotras seguimos para casa. ¿Quiere usted algo?

JER. Nada, señora mía. (Que la parta á usted un rayo cuanto antes.)

GER. Pues hasta luego. (Se va con Manuela.)

GLORIA Adiós.

JER. (Asomándose á la puerta y gritando.) ¡Muchas expresiones á su señor esposo!

GLORIA ¡Tío Jeremías, por Dios; si su esposo no vive!..

JER. ¡Ah, caray! Voy á rectificar... Estate aquí un momento. (Se va.)

ESCENA IV

GLORIA; después CARITA

(Gloria viste traje negro muy sencillo, velito y capa.)

GLORIA (Mientras se quita la capa y el velo.) No es mala rectificación la tuya... Y lo dejan solo, sabiendo cómo las gasta. Si no llego á tiempo... ¿Dónde andará mi padre? ¿Y Pedrito? ¡Válgame el Señor, en qué abandono tenemos la tienda!... (Sentándose junto al brasero.) Y es que papá el pobre no sirve para este teje maneje.. Ni yo tampoco. Y el buenazo de Pedrito es un cero á la izquierda.... Mi tío Jeremías más vale que no esté: si algo hace, es ahuyentar á los parroquianos... ¡Ay, Dios mío de mi alma! Cada día notamos más la falta de mi madre

CAR. (Llega de la calle con el método de Ahn y la clave de temas en la mano.) Muy buenos días. (Observando la ausencia de Jeremías.) (Me alegro de que no esté aquí el *pajarraco.)*

GLORIA Hola, muy buenos días.

CAR. ¿Sigue usted bien? Ya he tenido el gusto de ver tan bueno á su papá...

GLORIA ¿Ha estado usted aquí antes?

CAR. Sí, señora; vine con esta gramática inglesa

á ver si servía. Pero me dijo su papá de usted que no podía tomarla sin la clave de temas. He ido á casa, me he puesto á revolver papeles y trastos, y en un montón de cosas inútiles, vea usted, la he encontrado. Donde menos se piensa... Mírela usted. (La charla de Carita es ingenua, espontánea, algo infantil, sin el menor asomo de afectación ni de pedantería.)

GLORIA Llamaré á papá.

CAR. Sentiría molestarlo.

GLORIA No. (Llamando desde la puerta que comunica con el interior de la casa.) ¡Papá! ¡Papá! Ya viene.

CAR. Ay, muchísimas gracias.

GLORIA Siéntese usted un momento. Y arrímese al brasero, si quiere, que hace una mañana muy fresca.

CAR. (Sentándose.) Con permiso de usted. La verdad es que da gloria venir á esta casa...

GLORIA Usted viene con bastante frecuencia.

CAR. Por desgracia es así—aparte el gusto que me proporciona el ver á ustedes. Lo digo de verdad. Crea usted que en algunos sitios la reciben á una con unas caras... ¿Usted no se sienta?

GLORIA No.

CAR. Pero lo que es aquí, es una bendición del cielo. Su papá de usted es tan amable, tan considerado... Tiene cara de ser muy buen señor. A mí me recuerda mucho al mío, cada vez que lo veo. Hasta en la costumbre de usar capa en casa se le parece... Coincidencias, que son las que engendran la simpatía. Como digo una cosa digo otra, porque yo soy muy franca: á ninguno de mi familia me recuerda ese otro señor de las gafas y el gorro que se sienta ahí. ¿Es pariente de usted ese caballero?

GLORIA Hermano de mi madre, que en gloria esté. (Me encanta la charla de esta chica.) (Se sienta en el sillón de don Miguel.)

CAR. ¿Hace mucho que perdió usted á su madre?

GLORIA Cerca de año y medio.

CAR. (Suspirando.) ¡Ay! á qué pruebas nos somete la vida. Yo perdí á mi papá cuando tenía

ocho años... Cuando los tenía yo, como usted comprende... Y á la pobrecita de mi mamá no la he conocido: esa sí que es tristeza. No tengo de ella más que un perfil, recortado en un papel á la luz... Algún día he de traerlo para que usted lo vea. Nunca se quiso retratar .. Le daban miedo los retratos... creía que iba á morirse... Rarezas, debilidades que tenemos todos y que se deben respetar. ¿Quién está libre de ellas? Mire usted: sin ir más lejos, una buena señora que vive en mi casa tiene el capricho de lavarse la cara y las manos con agua de Seltz...

GLORIA ¡Jesús, qué extravagancia!

CAR. Eso digo yo: pero no lo critico. Cada uno que se lave con lo que quiera. Mucho peor sería que no se lavase. Porque para mí la limpieza es lo primero. En teniendo salud, una pastilla de jabón y agua clara á mano, vengan penas. ¿Querrá usted creer que yo no tengo más que unas enaguas blancas? Bueno, pues mírelas usted. (Alzándose la falda y mostrándolas.) Como la nieve las llevo siempre. Y soy mas pobre que una escoba. Y esto no es alabarme: porque una debe alabarse, en todo caso, de lo que se deba á sí misma; pero la limpieza es cosa de la educación; y á mí la educación me la dió muy buena mi papá el pobrecito, en los ocho años que tuve la suerte de que me viviera. Hay quien cree que la educación no consiste más que en «¿Cómo está usted?» «Bien, ¿y usted?» «¿La familia buena?» «A los piés de usted» «Beso á usted la mano» y «*Au revoir.*» Y es algo más que eso. Yo lo primero en que me fijo cuando conozco á una persona es en la educación y en la dentadura. Dígame usted, antes que se me olvide: ¿usted es madrileña?

GLORIA Por los cuatro costados.

CAR. Yo también; pero por un costado nada más. Verá usted por lo que digo esto: yo nací en Sevilla, y me bauticé—bueno, me bautiza-

ron, porque yo no había de bautizarme—en San Isidoro, patrón de la ciudad, como usted sabrá seguramente. A los cuatro días de nacida me trasladaron á Madrid, donde he vivido desde entonces y de donde me considero en realidad. Sería una ridiculez que yo dijese que soy andaluza. Mamá sí lo era: mamá era de Palos de Moguer, provincia de Huelva. De allí salió Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo. En cambio, papá era de Quel, provincia de Logroño; paisano de Bretón de los Herreros. Mi abuelita paterna era de Alcolea; usted habrá oído nombrar el Puente de Alcolea. Y mi abuelito de Grajanejos, provincia de Guadalajara. De mis abuelos por parte de madre nunca he tenido noticias. Sí sé que él era republicano y ella beata y armaban unas trifulcas muy grandes, pero nada más. ¿Y usted, no dice nada?

GLORIA Estoy entretenida oyéndola á usted.

CAR. La verdad es que no la dejo á usted meter baza. ¿Me hace usted el favor de decirme su nombre?

GLORIA Gloria, para servir á usted.

CAR. Gloria: ¡qué bonito! El mío es Caridad; pero todos me dicen Carita. Carita para arriba, Carita para abajo... ¿Su papá de usted se llama Cirilo?

GLORIA Miguel, Miguel. Por cierto que no sé lo que hace.

CAR. Andará ocupado. ¿Qué hora será ya, sabe usted?

GLORIA ¿Tiene usted prisa? Deben de ser las nueve y media. Deje usted; voy á llamarle. (Se levanta.)

CAR. No, no; si no lo he preguntado por eso...

GLORIA De todos modos... ¡Papá! (Vase al interior.)

ESCENA V

CARITA, JEREMÍAS, GLORIA y DON MIGUEL

JER. (De vuelta de su visita á la taberna, frotándose las manos de gusto.) ¡Bah! Es tontera: no hay mejor remedio contra el frío.

CAR. (Levantándose.) (¡Dios mío de mi vida! Ya está aquí el dichoso *pajarraco.)*

JER. (Tornando á su sillón.) (La niña de marras. Apuesto cualquier cosa á que trae la clave de temas.) (Al loro.) Miserias de la vida, Rodríguez. No te ocupes tú de eso. A ver qué te parece el que me han dado hoy. (Le echa el aliento al loro.) ¡Creo que se puede beber! (Reanuda sus combinaciones de dedos.)

D. MIG. (Saliendo con Gloria.) Hola, joven. ¿Otra vez aquí?

CAR. Sí, señor. He tenido la fortuna de encontrar la clave...

D. MIG. ¡Ah, caramba! ¿Encontró usted la clave?

JER. (Subrayando con el canticio su acierto.)

Con el capotín, tin, tin, tin,
que esta noche va á llover...

D. MIG. (Ya está aquel con la musiquita.) Bueno, pues... hija, por esto no le puedo dar más de una peseta.

CAR. Corriente... ¿qué le vamos á hacer? Buscaremos por otro lado... Ya ve usted, necesito comprar una medicina que cuesta seis reales..

GLORIA ¿Tiene usted enfermos en casa?

CAR. Mi hermano Mario: y probablemente será una pulmonía.

GLORIA ¡Vaya por Dios!

JER. ¡Nos las tragamos como el puño, Rodríguez!

CAR. He dicho mi hermano y no es mi hermano: pero en fin, como á hermano lo trato, ¿sabe usted?

D. MIG. Ea, pues tome usted los seis reales... Que no quede por mí.

CAR. Ay, no sabe usted cuánto se lo agradezco.

JER. ¡Vamos allá!

GLORIA ¿Qué gruñe usted, tío?

JER. ¡Nada!

D. MIG (A Gloria.) (Déjalo, mujer. El mejor día se va a encontrar con un diccionario en la cabeza.) Bueno, joven; celebraré que no sea nada lo del hermano.

CAR. Mil gracias. Ya le digo á usted que no es mi hermano.

D. MIG. Bien, es igual.

CAR. Es hijo de un señor, que es como si fuera mi propio padre. Porque cuando mi padre pasó á mejor vida, este señor de Galeote me recogió en su casa, y con él y con sus hijos vivo desde entonces. (Suspirando con pena.) ¡Ay, Dios mío de mi alma!

D. MIG. ¿Galeote ha dicho usted? Un compañero Galeote tuve yo...

CAR. ¿En dónde?

JER. En galeras, sería.

D. MIG. Hombre, no seas necio. En la Administración de Hacienda de Córdoba. Por supuesto, de esto hace ya... ¡friolera! Aún no había usted venido al mundo.

CAR. Pues oiga usted, este señor también ha sido empleado.

D. MIG. Mi compañero se llamaba Moisés Galeote.

CAR. ¡Moisés Galeote! ¡El mismo! ¡Mire usted que es casualidad! Mi padrino mismo. Don Moisés Galeote y Chorro.

D. MIG Justamente. Pues lo más salado del lance es que anoche soñé yo con Moisés. Una de tonterías... ¡qué sé yo!

CAR. Es muy particular lo que sucede con los sueños.

JER. ¡Muy particular!

CAR. Calderón decía que sueños son; pero á pesar de Calderon, en muchas ocasiones se acierta. Cuántas veces se dice: esta noche he soñado con Fulano... ¿Se acuerdan ustedes de Fulano?... Hombre, ¿qué habrá sido de Fulano, aquel que se fué á América? Y de pronto, ¡pun! Fulano. ¿No es verdad que ocurre? Yo, como sueño tantísimo... Rara es

la noche que no sueño. La otra noche soñé que me quedaba muda, y si vieran ustedes con qué angustia tan grande me desperté...

JER. Lo creo.

CAR. ¿Qué dice usted?

JER. ¡Que ha tenido ya tiempo de morirse el hermano de la pulmonía!

GLORIA Si, sí, vaya usted pronto

CAR. Ay, es verdad. Me domina el vicio de la conversación. Ustedes perdonen. Hasta otro ratito... Y tantísimas gracias por sus bondades...

GLORIA Que se alivie el enfermo, ¿eh?

CAR. Gracias.

D. MIG. Y muchos recuerdos á Galeote.

CAR. De su parte de usted, don Cirilo. Se alegrará muy de veras de saber de usted. ¿Qué botica es mejor: esta de la esquina ó la de la vuelta de la calle?

JER. ¡Que se va á morir ese hombre!

CAR. ¡No me lo diga usted!... ¡Pícara charla!... Ay, hasta ahora no me había yo fijado en el loro... Lorito real, para España y no para Portugal... Vaya, que ustedes sigan bien. (Se va á la calle apresuradamente.)

D. MIG. (Riéndose.) El enfermo lo que tendrá será jaqueca... Digo yo. Voy á anotar la compra. (Va al escritorio y lo hace, mientras habla con Gloria y Jeremías.)

GLORIA Es muy simpática esa muchacha, ¿verdad?

D. MIG. Sí, pero habla demasiado, hija mía.

JER. ¡El que habla demasiado eres tú!

D. MIG. ¿Yo? ¿Por qué?

JER. Porque antes de cinco minutos tienes aquí á Galeote á darte un sablazo.

D. MIG. ¡Vamos, hombre!

JER. Antes de cinco minutos...

GLORIA ¡Siempre pensando mal!

JER. Tienes aquí á Galeote...

D. MIG. ¡Ya lo hemos oído!

JER. A darte un sablazo.

D. MIG ¿Sí, eh? Pues te advierto que como aciertes y me cantes el *Capotín, tin, tin, tin*, vamos á venir á las manos. ¡Es mucha impertinencia!

GLORIA Tiene razón papá: sabiendo usted que le mortifica...

JER. (Levantándose y yéndose por la puerta que da al interior.) Dice, *me haceis «de» reir, Don Gonzalo,* dice, pues *venirme á provocar...* (Aparecen en la calle y se detienen á mirar el escaparate de la librería dos Estudiantes. Tras breve disputa entra uno de ellos en el establecimiento, según se indica más abajo.)

ESCENA VI

GLORIA, DON MIGUEL y un ESTUDIANTE. Al final JEREMÍAS.

GLORIA Hay que armarse de paciencia con el tío.

D. MIG Cuéntamelo á mí, que estoy aguantando sus pullas desde que me casé.

GLORIA Y luego, si sirviera de algo...

EST. (Es un mocito de unos quince abriles. Entra muy decidido fumando un pitillo y tarareando un canto popular. Al reparar en Gloria se corta un poco.) Muy buenos dias.

D. MIG. Muy buenos. ¿Qué desea usted?

EST (A don Miguel, al oído.) ¿Tiene usted *Las...?*

D. MIG (Mirándolo de arriba abajo.) No, señor, no.

EST. ¿No?

D. MIG. No.

EST (Lo mismo que antes.) ¿Y *Los ..?*

D. MIG. Tampoco.

EST. ¿Tampoco?

D. MIG. Tampoco.

EST. ¿Y...?

D. MIG. (Sin dejarlo acabar.) Tampoco: no se moleste usted.

EST Usted dispense... (¡Vaya una librería!) (Se va.)

D. MIG. Adiós, caballero. (¡Está buena la juventud dorada!)

GLORIA ¿Por qué ha venido ese chico, papá?

D. MIG ¿Ese? (Rascándose la cara.) Por un libro de texto.

JER. (Volviendo á salir.) Gloria: Catalina te necesita.

GLORIA ¿A mí?

JER. Está sobre el tapete un plato del almuerzo de hoy. Que si huevos fritos, que si tortilla...

GLORIA Voy allá, voy allá.

JER. Habrá huevos fritos, en la seguridad de que á mí me molestan.
GLORIA Pues pondremos tortilla
D. MIG. ¡No! ¡Huevos fritos!
JER. ¡Ya, ya lo he dicho yo! (Se sienta á su mesa.)
GLORIA (Llevándose su velo y su capa.) ¡Qué demonio de hombre!

ESCENA VII

DON MIGUEL, JEREMÍAS y PEDRITO

JER. (Al loro.) Oído, Rodríguez. Vamos á dar la lección.
LORO Dame chocolate.
JER. ¿Chocolate, eh? No, señor. Hay que alternar los placeres con el estudio.
LORO Dame chocolate.
JER. Fíjate bien, que estás muy torpe: «¡No te tires, Reverte!» ¿Lo has oído? «¡No te tires, Reverte!» «No-te-tires-Reverte.» A ver si te lo estudias: «No-te-tires-Reverte.»
D. MIG. Pero, hombre, qué cosas le enseñas al loro. «¡La mare e Dios!» «¡Pa mí que nieva!» «¡No te tires, Reverte!»
JER. ¡El otro! ¿Pues qué le voy á enseñar, majadero? ¿el discurso sobre las armas y las letras?
D. MIG. ¡Anda y que te emplumen! (A Pedrito, que llega en este momento de la calle, mustio como un lirio tronchado. Viste como cualquier escribiente de poco sueldo.) Hola, Pedrito.
PED. Hola, don Miguel.
D. MIG. ¿Vienes de la casa?
PED. Sí, señor.
D. MIG. ¿Y qué hay?
PED Que no traigo un cuarto.
JER. (Cantando.)
Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover..
D. MIG ¿Otra te pego? ¿Cómo voy á decirte que me molesta...? Pero ven acá, Pedrito de mis culpas: explícame... ¿No te parece á tí que ya es un abuso...?

— PED. Oigame usted, don Miguel de mi corazón.

D. MIG. Habla.

— PED. A mí puede usted redoblarme el trabajo en la librería, ponerme horas extraordinarias, mandarme con un baul á la estación, si es preciso, engancharme á un carro, si fuese menester, todo lo que usted quiera; pero por la gloria de sus difuntos, no vuelva usted á encomendarme el cobro de los alquileres.

D. MIG. Chico, me gusta la salida. ¿Quieres que me encasquete yo el sombrero y coja los recibos y vaya por tí? ¡Pues hombre!

— PED. Es que usted no sabe lo que yo sufro. Y luego, vaya usted, siempre me vengo con las manos en los bolsillos.

D. MIG. Ahí tienes lo que yo no acabo de comprender. Porque buena está la falta de carácter, la delicadeza... hasta la compasión, si se quiere... pero .. Vamos ver: ¿qué te ha dicho el sacristán del 5? Ocho meses debe.

— PED. Pues me ha dicho que no cree en Dios desde que lo echaron de la Parroquia.

D. MIG. ¿Y eso qué significa? ¿Por qué no paga?

— PED. Porque confiesa que si antes pagaba era sólo por temor de Dios, pero que ahora que no cree, que le entren moscas. .

D. MIG. ¿Habrá descaro igual?

— PED. Pues la del 15 también es de oro y pedrería, no crea usted. Dice que no da un céntimo mientras no se le ponga otra chimenea.

D. MIG. ¡Caray con la mujer! El mes pasado que ladrillos nuevos, el anterior que zócalo, ahora que chimenea...

— PED. Ya le he dicho á usted que tiene muchos humos esa señora.

D. MIG Oye, ¿y el del 23, que debe ya cerca de un año?

— PED. ¿Cuál? ¿ese á quien le llaman el *Tuétanos?* Ese es un animal de bellotas. Imagine usted que á tiempo de ir yo á empujar la puerta del cuarto, oí como rumor de gritos y bofetadas, y clara y distinta la voz del *Tuétanos*, que decía poco más ó menos: «¡Grandísi-

ma...—bueno, aquí un adjetivo fuerte, bastante fuerte—al primer tío ladrón que vea yo entrar por esa puerta, le doy dos patés en las mandíbulas!»

JER. ¿Y entraste?

PED. ¡Un demonio!

D. MIG. Pues hijo, unos por fas y otros por nefas... el resultado ..

JER. Por fas es que no hay vergüenza en la reunión... y por nefas lo mismo.

PED. Luego, esta es otra: Perico el del 14 se ha caído desde un andamio... y tiene cuatro criaturitas... la mayor así. . y hay que ver aquel cuadro... ¿y quién presenta allí el recibo?. . Los chicos herreros del 31 están sin trabajo desde hace quince días. Esos son buena gente, ¿sabe usted? Poco menos que se me hincaron de rodillas .. usted calcule... ¿Quién es capaz de presentarles el recibo? Al ciego del 13 se le ha muerto la perra que lo acompañaba... y es un dolor oír al pobre viejo... ¿Cómo se le presenta el recibo? El armero del 24 me recibió apuntándome con una escopeta de dos cañones... ¿Usted cree que yo presento allí el recibo?... En fin, así todos.

D. MIG. ¡Pues estamos frescos! Vaya por Dios, hombre, vaya por Dios ..

JER. Con lamentos es como no se adelanta nada.

D. MIG. ¿Le parece á usted? Tú dirás, hombre, tú dirás lo que hacemos. Habla: expón tus planes redentores. Y si no, escríbeme tus consejos en un papel, como Don Quijote á Sancho cuando se fué á gobernar la ínsula.

JER. Si mi hermana levantara la cabeza...

D. MIG. Cállate, Jeremías. Calla, por Dios, que me traes á la memoria dos amarguras: la de que ella falta, y la de que yo no sé sustituirla. ¿Me vas á enseñar á mí que á su inteligencia, á su actividad, le debo yo el bienestar de que disfruto, los ochavos que tengo, tú el pan que comes, éste lo que cobra, mi hija lo que sabe?... ¿Me lo vas á enseñar á mí? Pero ¿es mía la culpa de haber nacido tonto

de capirote, vamos á ver? ¿Cómo he de remediar yo al cabo de mis años el no entender lo que son negocios, ni lo que es la gente, ni lo que es la vida?

JER. Ese lenguaje es inverosímil en un casero. (se levanta.)

D. MIG Bueno, sí; bien está... Ya veremos lo que se ha de hacer. Vosotros también sois para el avío. Tú, Pedrito, ten la bondad de tomar con más fuego las cosas de la casa y más en frío el estudio de esos dramas y comedias que has dado en representar de algún tiempo á esta parte. Mira que está la librería manga por hombro... Es una compasión.

PED. Descuide usted: en lo que de mí dependa yo he de procurar... Sentiría que usted creyera que no me intereso...

D. MIG ¿Cómo he de creer, si te conozco demasiado ..?

PED Le juro á usted que para mí las cosas de ustedes ..

D. MIG. Sí, hombre, sí; no vayas á llorar. ¡Era lo único que nos faltaba!

ESCENA VIII

DICHOS y DON MOISÉS

(Don Moisés, que momentos antes de salir aparece detrás del escaparate y desde allí mira al interior de la librería para cerciorarse de que es la de don Miguel, se cuela de rondón y cae sin que Dios lo remedie sobre Jeremías, que á la sazón se calienta al brasero, y al cual abraza muy estrechamente con muestras de la más viva emoción. El pelaje de don Moisés es de lo más sobrio: zapatos de lona, muy viejos; pantalón de color indefinible; gabán de entretiempo abrochado y con el cuello en pie, y sombrero de paja, muy tostado del sol y con las alas caídas en forma de pantalla. El pantalón y el gabán en ese lastimoso estado en que ya no los toman en las casas de préstamos.)

D. MOIS. ¡Ah!

JER. ¡Eh! ¡hombre!

D. MIG. ¿Quién es este loco?

JER. ¡Que me tritura usted, compadre!

D. MOIS. ¡Miguel! ¡Miguel!

JER. ¿Qué Miguel? Si yo no soy Miguel...

D. MIG. Si Miguel soy yo..

D. MOIS. ¡Ah! ¡tú! ¡Miguel!

D. MIG. (Reconociéndolo.) ¡Galeote! (Se abrazan fuertemente.)

JER. (¡Galeote!) (Cantando.)

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

— PED. (Debe de ser amistad muy antigua.)

D. MIG. Chico, cuánto me alegro; la verdad es que no te esperaba.

JER. (Yo sí.)

D. MOIS. ¡Quita allá, por Dios! Me ha faltado tiempo... (A Pedrito.) ¡Ven á mis brazos tú! Y permíteme que te tutee.. (Lo abraza.) ¡Tienes toda la cara de tu padre! (A don Miguel.) Eres tú mismo, cuando estabamos allá en Córdoba...

D. MIG. ¿Qué dices, hombre?

D. MOIS. La mirada, la sonrisa... ¡Tú, tú!

— PED. Dispense usted, pero..

D. MIG. Te advierto que este no es mi hijo.

D. MOIS. ¿No?

JER ¡Ni le toca nada!

D MOIS. Chico, ha sido una ofuscación... Lo declaro. ¡Porque es que no he visto dos caras más distintas! No sé por donde... Nada, una ofuscación. (A Pedrito.) Bien, y usted me dispensará el tuteo...

— PED. Calle usted; no vale la pena...

D. MIG. Siéntate, siéntate.

JER. (Estamos enfrente de un gran peligro. Voy á prevenir a Gloria y á Catalina.) (Vase al interior. Pedrito corre de aquí para allá y se sube á la escalerilla, arreglando las anaquelerías y trasladando pilas de libros de un lado á otro. Don Moisés y don Miguel se sientan al brasero.)

ESCENA IX

DON MIGUEL, DON MOISÉS y PEDRITO

D. Mois. (Quitándose el sombrero y descubriendo una calva ignominiosa.) ¿Me encuentras muy viejo, no es verdad?

D. Mig. Avejentadillo te encuentro, sí Pero has de ver que ya no somos chicos de la escuela.

D. Mois. ¡Ah! Tú estás hecho un pollo. ¡Qué brillo en la mirada! ¡Qué colores!...

D. Mig Je, je...

D. Mois. Dime, ¿qué es de tu vida? ¿Al fin te casaste?

D. Mig. (Suspirando.) ¡Ay! Sí, hombre, sí: me casé. . y he enviudado ya.

D. Mois. ¡Cómo vuelan los años!

D. Mig. Por mi mujer llevo este luto.

D. Mois. ¡Pobre Nicolasa!

D. Mig. ¿A quién te refieres?

D. Mois. A tu mujer: ¿no era Nicolasa?

D. Mig No, hijo, no: Lorenza.

D. Mois. Perdóname, Miguel; estoy empecatado. Es que como mi pobre Elvira se llamaba Nicolasa...

D. Mig. ¿Qué dices?

D. Mois. ¡Jesús! Desvarío... Concluirás por no hacerme caso. Padezco distracciones horribles; equivoco las palabras, trueco los conceptos. . Las zarzas del camino, chico.

D. Mig. (¡Pobre Moisés!)

D. Mois. ¿Tienes algunos hijos?

D. Mig. Una hembra: Gloria.

D. Mois. Gloria será en efecto.

D. Mig. Es buena, es buena: no puedo quejarme. ¿Y tú, Moisés? Cuéntame tu vida.

D. Mois. No deseo otra cosa. Es un barco de penas: estoy en alta mar... y no veo tierra por ninguna parte. (Cogiéndole una mano á don Miguel.) ¿En tí tengo un amigo, verdad?

D. Mig. No me lo preguntes.

D. Mois. ¿Puedo abrirte mi pecho?

D. Mig. Sí.

D. Mois. Pues mira. (Se pone de pie de espaldas al público, y desabrochándose el gabán, le muestra el pecho á don Miguel. En seguida vuelve á abrocharse y se sienta.)

D. Mig. ¡Ave María purísima!

D. Mois. Esto te dirá mejor que palabra ninguna, en qué terrible situación *hame* colocado el infortunio.

— Fed. (Sí, lo que es nadando en la abundancia ya se ve que no está.)

D. Mois. Después que nos separamos en Córdoba, la desventura me hizo su hijo predilecto .. y todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, fueron crisalidas de desengaños...

— Fed. (Hombre, eso está bien)

D. Mois. Dame un pitillo.

— Fed. (Eso no está tan bien.)

D. Mois. Quiero ver si se me quita con el tabaco este amargor de lágrimas que me viene á la boca (Don Miguel le da un cigarro y ambos fuman.) ¡Ay, Miguel, Miguel; cuánto he padecido, cuánto he sufrido! No encontrarás un dolor en el mundo que no me sea tan familiar como el abrir y cerrar los ojos. ¿Ves cómo estoy de canas? Pues cada una es una herida, cada una es un desengaño, cada una es un amigo que he perdido.

— Fed. (¡Caramba! ¡pues ha debido de tener muchas relaciones!)

(Don Moisés quiere sollozar y no le sale.)

D. Mig. Vamos, tú, ¿qué se le ha de hacer? No te apures.

D. Mois. ¿Tú conociste á mi segunda mujer?

D. Mig. Sí, hombre, sí: María.

D. Mois. Pues bien, llora conmigo: ¡ya no vive!

D. Mig ¿No?

D. Mois. (Rompiendo á llorar al fin.) No. ¡Ni mi primera mujer tampoco!

— Fed. (¡Naturalmente!)

D. Mois. (Enjugándose el llanto.) ¿Te acuerdas de mi Baldomero?

D. Mig ¡Vaya!

D. Mois. ¡El rey de la casa! ¡la alegría del mundo!.. Permíteme que vuelva á llorar al calor de su querido recuerdo. (Suelta el trapo otra vez.)

PED. (Pues señor, nos va á meter el corazón en un puño.) (Pasa Catalina con una aleuza desde la puerta del interior á la de la calle, por donde se va santiguándose y sin quitar ojo á don Moisés mientras pasa.)

D. MIG. Moisés, querido Moisés, sosiégate. No te falte el valor á última hora.

D. MOIS. (Serenándose.) Dispensa: dices bien. Con la muerte de mi chico, la noche tendió su manto en mi casa: me dejaron cesante... Uno de esos ministros sin conciencia que de una plumada se comen el pan y se beben el agua de una familia... Hice los imposibles por lograr mi reposición: inútil. Trabajé en otras cosas: inútil. Descendí de clase: quise ser cobrador de un tranvía: inútil. Me fuí á América, la tierra de los desesperados: padecí y padecieron los míos hambre y sed. Volví á España. Nuevamente procuré ser de todo; lo intenté todo, lo palpé todo, y lejos de encontrar la ansiada aurora no hallé sino nuevas penas, nuevos dolores, nuevas amarguras, nuevos desengaños..

PED. (¡Se nos viene con *latiguillos* el buen viejo!)

D. MIG. ¿Cuántos hijos te quedan?

D. MOIS. (Sollozando antes de contestar.) Dos.

D. MIG. ¿Alguna hija?

D. MOIS. (Vuelta á los pucheros.) Ninguna. (No se lo digo.)

D. MIG. ¿Y esa chicuela por quien he sabido de ti?

D. MOIS. ¡Ah! ¡Carita! ¡Pobre ángel de Dios! Huérfana y sola desde muy niña, yo la recogí en mi hogar humilde.

D. MIG. Parece muy buena muchacha.

D. MOIS. Es tan buena como bonita... y tan bonita como desgraciada. La risa huyó de sus labios cuando aún no contaba ocho primaveras. Unida á nuestra suerte la suya, hoy también llora con nosotros.

D. MIG. Pero ¿tan triste es tu situación actual?

D. MOIS. ¡Desesperada, chico! Es la de aquel que está en la barandilla del Viaducto dispuesto á arrojarse de cabeza, y no espera otra cosa que la mano de un guardia que lo sujete. Mira: mi hijo Calixto, harto ya de sufrir pe-

nalidades, hace tres meses que voló de mi hogar: *fuese* á correr fortuna. No sé de él. Mi hijo Mario, en quien—¿á qué voy á ocultártelo á ti?—tengo puestas todas mis esperanzas y todas mis ternuras... postrado está en la cama del dolor. Se me muere, Miguel, se me muere en aquella fétida guardilla. No tengo recursos, no tengo medios... ¿qué hago? Parece imposible que haya desventura mayor. Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: el casero me ha dicho que nos va á plantar en la calle. Ahí tienes una desventura mayor: ahí la tienes.

— PED. (¡Corcho! ¡eso es del *Drama nuevo!* ¡Si lo estoy ensayando yo!..)

D. MIG. ¡Jesús, Jesús, Dios mío!

D. MOIS. Y lo hará, Miguel; créeme que lo hará. Nos pondrá enmedio del arroyo sin consideración al enfermo ni á nada. Los caseros son unos animales.

D. MIG Hombre, hay de todo... Ya tú ves, yo también soy casero... Je...

D. MOIS. (Recogiendo velas.) Chico... perdona... he dicho animales .. en el buen sentido de la palabra.

— PED. (¿Cuál será el buen sentido ese?)

D. MIG Tues nada, no te apures...

D. MOIS. ¿No he de apurarme, si tendré que llevar al hospital á mi pobre hijo?

D. MIG. Para algo vivo yo en el mundo. No hables de eso siquiera.

D. MOIS. ¿Eh? ¿qué dices?

D. MIG. Que tu hijo no irá al hospital, ni por pienso...

D. MOIS. (Estrechándole las manos.) ¡Miguel! ¡Miguel!

D. MIG Que se remediará en lo posible tu situación, porque todo tiene arreglo en el mundo, en no siendo la muerte...

D. MOIS. ¡Miguel!

D. MIG. Y que adonde nos vamos ahora mismo los dos es á tu casa. (Levantándose.) Anda, que ya tardamos.

D. MOIS. ¡Miguel! (Se le echa encima llorando á moco y baba, y lo estrecha y lo moja que es una bendición.)

— PED. (Este don Miguel es un bizcocho de canela.)

D. Mig. Vaya, no llores más... no seas niño... que vas á contagiarme.

D. Mois. Lloro, sí, lloro... Son tus palabras benditas las únicas gotas de rocío que desde hace muchos años han caído sobre mi corazón. ¡Dios querrá que algún día pueda pagarte!

D. Mig. Vamos, calla ó me enfado. No se hable más del particular. Tranquilízate... Verás: antes de irnos vas á conocer á mi hija.

D. Mois. ¡Sí, hombre, sí!

D. Mig. ¡Gloria! ¡Gloria! (Vase al interior de la casa llamando á Gloria.)

ESCENA X

DON MOISÉS y PEDRITO; luego GLORIA y DON MIGUEL, JEREMÍAS y CATALINA

(Don Moisés se deja caer sollozando en la silla en que estaba. Pausa.)

Ped. (Diablo, parece que tiene hipo.) (Acercándose á don Moisés.) ¿Quiere usted un poco de agua, caballero?

D. Mois. (Apretándole una mano sin mirarlo.) Gracias, noble pollo.

D. Mig. (Saliendo del interior de la casa con Gloria. Se ha quitado la gorra y trae el sombrero en la mano.) Aquí la tienes.

D. Mois. (Levantándose de un salto.) Señorita .. ¡Dios Todopoderoso! Chico, si parece que estoy viendo á Nicolasa...

Gloria ¿A quién?

D. Mig. A tu madre, dice.

D. Mois. Ay, es verdad: he vuelto á confundir el nombre. (Sale Jeremías también del interior, receloso como un gato arisco, y se sienta á su mesa.)

Gloria ¿Me encuentra usted parecido á mi madre?

D. Mois. ¡Una estampa! ¡una estampa! Desde luego es usted tan bonita, y seguramente será usted tan buena.

Gloria Mil gracias, señor.

D. Mois. ¡Es ella, Miguel, ella misma! ¿Recuerdas cuando la conocimos?

D. Mig. Figúrate si me acordaré.

D. Mois. Las veces que paseamos juntos la calle... lo colorado que tú te ponías á cualquier novedad...

D. Mig. El miedo que le teníamos los dos al abuelo de ésta...

D. Mois. ¡Qué tiempos aquellos!.. ¡Ay, Miguel, me parece que respiro de otra manera!.. El recuerdo de nuestra juventud, esta casa, tu hija, el cariño con que me tratas, el noble amparo que me ofreces...

Jer. (¡Ya pareció aquello!) (Como si le hubieran puesto una banderilla, se levanta y empieza á pasearse por el foro.)

D. Mois. Anda; vamos á llevarles á los míos estos rayos de sol.

D. Mig Vamos, sí; vamos en seguida. Hasta luego. (Echa á andar hacia la puerta, la abre y aguarda á don Moises, que se despide.)

D. Mois. (Cogiéndole las dos manos á Gloria.) Niña, aunque se le muera á usted su padre, no se apure usted...

Ped. (¡Atiza!)

Gloria Por Dios...

D. Mois. Usted perdone... he querido decir... que no importa nada que él se muera...

D. Mig. ¡Hombre! ¡hombre! Déjate ahora de...

Jer. (¡Qué estúpido!)

D. Mois. Vamos, que en mí tiene usted un segundo padre.

Gloria Ah; muchísimas gracias.

D. Mois. (Saludando á Jeremías.) Caballero...

Jer. ¡Abur!

D. Mig. Acaba, hombre.

D. Mois. (Tropezando con Pedrito, á quien tira una pila de libros que lleva en la mano.) Joven...

Ped. ¡Eh! ¡cuidado!

D. Mois. Usted me dispense.

Gloria (Va loco.)

(Don Moises, aturdido ya, tropieza también con Catalina, que llega de la calle cuando él se marcha.)

Cat. ¿Ande yeva usté loz ojos, zeñó?

D. Mois. ¡Fijos en el cielo de la dicha!

D. Mig. Anda, anda. (Deja pasar á don Moisés.)

CAT. (Llevándose las manos á la cabeza.) (Ze van los dos juntos!)

JER. (Refunfuñando.) ¡Lo engañan! ¡lo explotan!

D. MIG. Vuelvo en seguida, ¿eh? (A Jeremías) ¿Qué te sucede á ti, que así bufas?

JER. ¿No lo ves? ¡Que estoy muy contento!

D. MIG Pues mira, no lo estarás tanto como yo. Hasta luego. (A don Moisés echándole una mano por la espalda.) ¿Vamos? (Jeremías y Catalina hablan en voz baja escandalizados y Gloria auxilia á Pedrito en la tarea de recoger los libros del suelo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Trastienda de la librería de don Miguel. A la izquierda del actor el hueco de puerta que comunica con el establecimiento. La pared de la derecha se une á la del foro formando chaflán. En medio de éste, una puerta que conduce á las habitaciones interiores. Ambas paredes laterales cubiertas por completo de anaqueles llenas de libros. En la del foro, hacia la derecha, una ventana grande con reja, que da al patio de la casa y cuyas puertas aparecen cerradas en este acto. Cerca de la ventana una máquina de coser. Arrimados á la pared montones de libros y una escalerilla de mano. En el centro de la escena una mesa-camilla. En torno varias sillas finas de enea y dos butacas de gutapercha. Estera de pleita.—Es de noche. Pendiente del techo una lámpara de luz eléctrica encendida.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y PEDRITO

(Don Miguel, sentado á la camilla en una butaca, lee un periódico. Tiene puestas la capa y la gorra, como en el primer acto. Poco después de levantarse el telón sale Pedrito de la tienda con un libro en la mano.)

PED. Oiga usted, don Miguel.
D. MIG. ¿Qué quieres?
PED. ¿Se puede dar esto por diez reales?
D. MIG (Examinando el libro.) ¿Esto? ¿Quién lo pide?
PED. Ese muchacho de la barba negra y los len-

tes que se llevó el otro día la *Historia de las ideas estéticas* ..

D. Mig. Ah, sí, hombre: es parroquiano asiduo. Dáselo.

Ped. Le diré que por ser para él... (Echa á andar y á la mitad del camino se detiene y suelta un suspiro que parte el alma) ¡Ay!

D. Mig. ¿Qué te pasa, Pedrito, que andas hoy así como tonto y das unos suspiros...? ¿Tienes amores imposibles?

Ped. No son flojos amores.

D. Mig. ¿Algo, quizás, del teatro de doña Guadalupe?

Ped. Pues ¿qué ha de ser? Calcule usted que ya no hacemos el *Drama nuevo*.

D. Mig. ¡Diablo de contrariedad! Pero anda, anda, que espera ese señor.

Ped. Está muy entretenido viendo unas láminas... (Baja la voz como si temiese ser escuchado.) Mire usted, don Miguel, cometió doña Guadalupe la torpeza—ya se lo advertí yo—de repartirle el papel de Alicia á la hija del sastre del portal, y ahora no sabe cómo quitárselo

D. Mig. ¡Jesús qué desatino! Mira tú que á la hija del sastre .. ¿Estaría la pobrecita para matarla?

Ped. Para matarla, no; pero para herirla gravemente, desde luego. Y quien paga los vidrios rotos soy yo.

D. Mig. ¿Por qué?

Ped. ¡Ahí es nada! Figúrese usted que para el martes quieren que me estudie *La esposa del vengador* y *El nudo gordiano*.

D. Mig. ¡Aprieta! Estos aficionados las gastan así. ¡Buena va á andar la librería de aquí al martes!

Ped. Eso no, don Miguel: primero es la obligación que la devoción.

D. Mig. Bueno, pues vete á demostrarlo; no te detengas más.

Ped. Ya, ya me voy. (Se asoma á la librería.) Ese caballero sigue distraído con las láminas.—Lo que iba á decirle á usted, don Miguel: en *La esposa del vengador*, que ya he hecho otras

veces, estaré... vamos... en fin, no es que yo me alabe, pero... las personas que me la han visto hacer se han quedado con la boca abierta. En cambio en *El nudo gordiano* me van á dar dos tiros.

D. MIG. ¿Por qué, simple?

— PED. Porque yo no siento los dramas de levita, eso es.

D. MIG. ¡Ja, ja, ja!

— PED. No se ría usted, no señor, que no los siento. Puede que sea porque no tengo levita, pero no los siento.

D. MIG. ¿De manera que todo tu equipaje es de capa y espada?

— PED. ¡Quiá! ¡Si tampoco tengo equipaje! Pero los trajes de capa y espada me los presta Roquete, un cómico muy amigo mío.

D. MIG. Tonto, pues que te preste la levita Roquete.

— PED. Es que las levitas de Roquete... también son de capa y espada.

D. MIG. Vaya por Dios. Y basta de palique, ¿eh? A cumplir tus obligaciones.

— PED. No me reprenda usted, don Miguel; póngase en mi caso... (Yéndose á la librería.)

Aquí mi padre espiró,
aquí morirá Pacheco.

D. MIG. Ese va á perder la cabeza con los dramas.

ESCENA II

DON MIGUEL y GLORIA; después JEREMÍAS

GLORIA (Viene del interior de la casa con una labor, que deja sobre la camilla.) Ay, qué demonio de muchacha.

D. MIG. ¿Quién?

GLORIA Carita. No hay modo de hacer carrera de ella. Ha simpatizado con Catalina, que charla más que ella todavía, y allí las tienes á las dos fregando platos y dorando peroles.

D. MIG. Déjalas. Esa Carita es una joya. Mira que se mete por el corazón.

GLORIA Carita y todos ellos.

D. Mig. Ah, sí. Mario es la misma flor de la simpatía.

Gloria ¿Verdad que sí, papá? ¡Pobre chico! Aún está muy débil.

D. Mig. Muy débil, sí.

Gloria La que ha pasado ha sido buena. Una pulmonía doble no la cuentan todos. (Se acerca á don Miguel y baja un poco la voz.) Por cierto, papá, que tengo que pedirte una cosa. Haz el favor de decirle al tío Jeremías que no sea tan imprudente con ese chico. Le suelta unas pullas y unas indirectas que encienden lumbre.

D. Mig. Disgustado me tiene eso, no creas tú. El domingo tuve con él unas palabrillas á cuenta de la ropa que les hemos sacado del Monte. ¿Qué quería? ¿que anduvieran en cueros por la casa? La ha tomado en una forma tan grosera con toda la familia...

Gloria Pero principalmente con Mario. (¿Qué hará que no viene?) Debía bastarle el considerar que están amparados aquí, para tratarlos de otro modo...

D. Mig. Claro es

Jer. (Sale, paseando, del interior de la casa y se va á la librería. Trae en la mano una copita de aguardiente, en la que mete las narices como si se las quisiera bañar.) Dice, *tiempo libre, bolsa llena,* dice, *buenas mozas y buen vino;* dice, *¡cuerpo de tal qué destino!* dice, y *todo ello á costa ajena.* Vase. (Se va en efecto.)

Gloria ¿Ves tú?

D. Mig. Ya, ya veo. Te digo que me ha faltado poco...

Gloria Sí, tú también gastas una calma... Siempre te falta poco.

D. Mig. Ente ruín, incapaz de querer á la camisa que lleva puesta... Lo que tiene entre cuero y carne es el escozor de lo que yo he hecho con esa pobre gente; cosa que á él le parece inverosímil.

Gloria Si todos fuésemos á pensar como él... Pero tú, papá, no has hecho más que lo que has debido, y allá cada uno con su conciencia.

D. MIG. (Levantándose.) Ahí está el toque. Yo tengo mi alma en mi cuerpo y mi libre albedrío como el más pintado, y estoy en mi casa, donde soy señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sé...

GLORIA Bueno, déjate ahora de *Don Quijote*.

D. MIG. Es que me indigna ese Jeremías. Quisiera yo que hubiese él venido conmigo á casa de esa buena gente y hubiese visto el cuadro que yo ví. ¡Qué alcoba, hija, qué alcoba! Un tugurio de lo más miserable. El pobre Mario tendido en un jergón, medio muerto de frío, porque allí entraba el viento por donde le daba la gana; el padre casi encueros; Carita llorando en un rincón; la cocina sin lumbre; la despensa sin pan... ¡qué se yo! No pude, ni quise contenerme... Fué aquello un impulso invencible de todo mi ser. «¡A mi casa!—les dije.—Allí, hasta que pase la nube.» Y hubieras tú visto, Gloria, hubieras visto entónces qué llanto de gratitud, qué besarme las manos, qué extremos... Me avergonzaron y tuve que escaparme, no te digo más... Para que se nos venga ahora ese bruio de Jeremías con pullas y más pullas, enderezadas á amargarme esta satisfacción que yo tengo, sin duda porque él no la puede sentir igual en los días de su vida. (Vuelve á sentarse.)

GLORIA Ni más ni ménos. Y sobre todo, papá, que es lo que yo digo: en los veinte que llevan aquí, ¿han hecho algo que justifique esa ojeriza?

D. MIG. Al contrario. Si se pasan las horas queriendo agradar...

GLORIA La pobre Carita se desvive... á todo atiende...

D. MIG. Y Moisés lo mismo

GLORIA Ah, ese buen señor no sosiega. (Sale Jeremías del establecimiento con la copita de antes apurada, y se detiene un punto oyendo la conversación de don Miguel y Gloria.)

D. MIG. Allá veremos si en eso de los retratos al carbón le sopla la fortuna.

GLORIA En su cuarto está ahora dándole los últimos toques á ese que le encargaron el domingo.

D. MIG. Como que es su obsesión: aportar algunos cuartos al gasto de la casa. Yo ya le he dicho que no piense que voy á aceptar... Pero me ha contestado que por fuerza tomaré lo que él gane mientras viva aquí con nosotros.

JER. (Sentenciosamente.) Cobrará el retrato, y no vereis un perro chico.

GLORIA ¿U-ted qué sabe?

JER. Cobrará el retrato...

D. MIG. ¡Cal'a, majadero!

JER. ¡Y no vereis un perro chico!

GLORIA ¡Dale!

JER. (Viendo venir á don Moisés por la puerta que da al interior de la casa y yéndose por ella después de saludarlo.) Nuestro hombre se acerca. A sus órdenes, querido Van Dick.

ESCENA III

GLORIA, DON MIGUEL y DON MOISÉS.

D. MOIS. (Más decentito que en el primer acto. Trae un rollo grande en la mano y el sombrero puesto.) ¡Je, je! Van Dick me dice... Tu cuñado me hace mucha gracia...

D. MIG. ¿Sí?

D. MOIS. ¡Mucha! (La misma que si me afeitaran en seco.) Conque, yo voy á entregar este mamarracho.

D. MIG. Déjalo para mañana, bobo. ¿Qué prisa te corre?

D. MOIS. Ninguna. Pero me conviene entregarlo de noche, porque la luz artificial *le va* mejor que la febea. Volveré antes de que cerreis. Mirad cómo ha quedado. (Desenvuelve el rollo y enseña su obra, que es un retrato de busto de tamaño natural, menos que medianamente hecho al carbón.)

GLORIA A ver, á ver...

D. MIG. ¡Bravo, chico! ¿Sabes que me gusta?

GLORIA Está admirablemente.

D. MOIS ¿Sí, eh?

D. Mig Nuestra opinión no vale, pero...

D. Mois ¿Cómo que no vale? Un hombre de tu gusto, y de tu cultura, y de tu...

D. Mig. Me estoy fijando... y no sé qué le encuentro á la boca.

D. Mois. No me toques á la boca, por Dios. La boca es la misma. Mírala así. (Guiña un ojo y se pone delante del otro una mano á guisa de anteojo.)

D. Mig. (Imitándolo.) ¿Así? Chico, ciertamente.

Gloria Yo á lo que le noto algo raro es á las narices...

D. Mois. No me toques á las narices. Míralas así. (Como á don Miguel.)

Gloria Ay, es verdad: así se salen del papel.

D. Mig. Oye, pues no dejes de decirle al dueño que lo mire así.

D. Mois. (Enrollando el retrato.) ¡Ja, ja, ja! No estaría de más, no te creas. Vaya, vuelvo al instante. (Fijándose en una solapa de don Miguel.) ¿Qué tienes tú aquí?

D. Mig. No sé...

D. Mois. Una mancha de... de... ¿de qué es esto? Grasa, grasa parece. Mañana te daré con tierra de vino... ¿Tú no querías botones, Gloria?

Gloria Me los ha traído ya Carita, don Moisés. (Se sienta á hacer labor.)

D. Mois. Corriente.

D. Mig. Oye, por si tardas un poco y hemos cerrado cuando vengas, ¿tú conoces la entrada del portal?

D. Mois. Sí. Lo que no sé es la gracia del sereno.

Gloria La gracia del sereno es no venir cuando se le llama.

D. Mois. ¡Ja, ja, ja! ¡Los mismos golpes de su madre!

D. Mig Bartolo es la gracia.

D. Mois. Bartolo: no se me olvida. Como Murillo. Conque, soy de ustedes (Se marcha á la calle.)

D. Mig. Adiós.

Gloria Adiós.

ESCENA IV

GLORIA, DON MIGUEL y MARIO

(Sale Mario de las habitaciones interiores. Viste traje de americana en no mal uso.)

MARIO ¿Qué hacen tan calladitos el padre y la hija?

GLORIA (Ya está aquí)

D. MIG. ¿Y usted, qué hacía por allá dentro, perdido?

GLORIA ¿Ayudarle á Carita á fregar peroles?

MARIO No por cierto. He estado embromando un rato á don Jeremías.

D. MIG. ¡Duro, duro en él!

MARIO Es delicioso. Acabo de decirle que hace vida de pisapapeles. (Sueltan la risa Gloria y don Miguel.) Y se me ha puesto por las nubes.

D. MIG. Eso prueba lo atinado de la comparación.

MARIO A mí me divierte muchísimo. Le cuento unas patrañas sólo por oirle... Tuvo que ver anoche cuando le juré que hace seis años fuí vendedor de babuchas en Egipto.

GLORIA ¡Ja, ja, ja!

MARIO Porque, eso sí: no me paro en barras. En mis conversaciones con él ya le he dado tres ó cuatro vueltas al mundo.

GLORIA Lo va usted á matar á berrenchines.

D. MIG. No, hija, no: descuida, que á ese no lo mata nadie.

MARIO (Se hará lo que se pueda. Y veremos quién puede más.) (Se sienta junto á Gloria.)

D. MIG. Bien pronto ha recobrado usted el buen humor, amigo Mario.

MARIO En cuanto he visto asegurado el pellejo, que fué lo que me preocupó algunos días.

GLORIA ¿Le tiene usted cariño á la vida?

MARIO Más que nadie. Y mire usted que la mía no ha sido hasta el presente ningún caminito de flores; pero eso mismo ayuda á quererla... Cuanto más desgraciada es una persona, más se la quiere, ¿no es verdad? Pues lo pro-

pio me ocurre conmigo: cuanto peor lo paso en más me estimo y me creo más digno de pasarlo bien. Y como tras unos días vienen otros, y hay más días que longaniza, según dicen, y longaniza me consta que hay mucha, ¡adelante! ¡á vivir!

D. Mig Filosofías de hombre sano que recobra la fuerza perdida.

Mario Es cierto. Estoy mucho mejor. Hace tres días apenas podía tenerme de pie. Pero ayer y hoy noto que entra la salud en mi cuerpo sin pedir permiso, despreciando papelillos y píldoras, de rondón, libre, franca, lo mismo que entra en mi alcoba la luz del día cuando abro las ventanas al levantarme.

Gloria Gracias á Dios.

Mario Justo: gracias á Dios, que los puso á ustedes en la tierra. Tengo un presentimiento que me hace feliz...—bueno, yo soy más supersticioso que una gitana. Digo que tengo el presentimiento de que, merced á la casualidad que aquí me ha traído, desde esta fecha va á tomar mi vida rumbo más próspero.

Gloria (Candorosamente.) Oiga usted; y yo que, sin saber por qué, he pensado lo mismo...

D. Mig. Hombre, es muy natural que suceda. No es cosa de que estén ustedes toda la vida tragando rejalgar. Dios aprieta, pero no ahoga.

Gloria (Mirando al interior de la casa.) El tío Jeremías viene ahí. Cambiemos de conversación.

D. Mig. Sí, sí: doblemos la hoja.

ESCENA V

DICHOS y JEREMÍAS, luego PEDRITO

Mario Van ustedes á oirlo. (Sale Jeremías del interior, chocando y enredando los dedos como de costumbre, y pasa hacia la tienda. Al oír á Mario se detiene á escucharlo con muy mala intención.) Precisamente en aquella época, querido don Miguel, era yo cervecero en Alemania...

GLORIA (¡Virgen!)

D. MIG. Sí, sí; si hablamos de eso el otro día...

JER. ¿En qué época era eso, puede saberse?

D. MIG. (Ya, ya...)

MARIO Sí, señor; eso era... en Agosto del 95.

JER. ¡Alto el carro! ¡No aguanto más bolas!

MARIO ¡Don Jeremías! (Gloria y don Miguel contienen la risa.)

JER. ¡Tengo apuntadas en un papel todas las cosas que ha sido usted en Agosto del 95! (Se ríen los tres.) No hay que reirse... Aquí está. (Saca de un bolsillo un papel y lee con fruición.) Este caballero ha sido en Agosto del 95: «Pastelero en Valladolid, sereno en Badajoz, (Don Miguel, Gloria y el propio Mario ríen de muy buena gana.) jefe de *claque* en Bélgica, equilibrista en Rusia, peluquero en el Cairo, litógrafo en el Canadá, Judas en una procesión en Estepa, recaudador de contribuciones en la Patagonia, vendedor de arropías en Sevilla, cajero en el Banco de Londres y capitán de un globo en mitad de la atmósfera.» Decidme si hay manera de creer...

MARIO (Levantándose.) Ah; todo es rigurosísimamente histórico. Como que en Agosto del 95 era yo...

JER. ¿Otra cosa además?

MARIO Sí señor; primer actor de una compañía dramática, donde cada noche representaba un tipo distinto.

D. MIG. Te ha reventado, Jeremías.

GLORIA Lo ha reventado á usted.

JER. ¡Un cuerno!

MARIO No tiene usted más que fijarse: pastelero en Valladolid: *Traidor, inconfeso y martir.* ¿Ha visto usted *Traidor, inconfeso y martir?* ¡Pero si usted no ha visto más que el *Tenorio* y *La canción de la Lola!*

JER. No he visto tanto como usted... Sin embargo, le reconozco sin reservas muy felices disposiciones de comediante.

MARIO (No me inmuto, no.) ¡Oh! ¡usted no sabe la de laureles que he conquistado! Fué aquella una época de gran ventura para mí. Toda-

vía me entusiasmo á veces. (Declama con énfasis.)

Grajos viles que espanta mi bandera
son los reyes de Córdoba y Sevil'a:
y yo haré con sus reinos una hoguera..

¿A que no acierta usted de dónde es eso?

PED. (Saliendo de la tienda.) De *Sancho García.*—Don Miguel, aquí lo busca á usted un caballero. (Se va.)

GLORIA Vamos, que ese también ..

D. MIG. (Yéndose tras Pedrito.) Si le digo á usted que en esta casa el que no se ríe...

JER. (Siguiendo á don Miguel.) ¡Ah, sí! ¡Todo esto tiene muchísima gracia! (Se va diciendo «ja, ja, ja», sin reirse.) Ja, ja, ja. . No te pongas malo de reir, Jeremías. Ja, ja, ja...

ESCENA VI

GLORIA, MARIO y PEDRITO que sale y entra; al final CARITA

GLORIA (Solos otra vez.)

MARIO (Soltando la carcajada.) ¡Va que echa bombas!

GLORIA A mí lo que me extraña es que no comprenda que son bromas de usted. ¡Porque mire usted que la lista que ha hecho!...

MARIO Es que la ha tomado conmigo sin saber por qué causa. (Vuelve á sentarse junto á Gloria.)

GLORIA Yo sí lo sé, Mario.

MARIO (Y yo.)

GLORIA Porque con todos hace igual.

MARIO (No es por eso.)

GLORIA Le aseguro á usted que es insufrible: á todas horas pensando mal, de un humor endiablado... Para él no hay persona buena en el mundo... ¡Jesús!

MARIO ¿Y ha vivido siempre con usted?

GLORIA Siempre.

MARIO Pues ha tenido tiempo de cambiar de opinión. (Pausa.)

GLORIA (Cuando me quedo sola con este hombre, no sé á donde mirar.)

MARIO (Creo que no le parezco saco de paja.) (Nueva pausa. Mario contempla á Gloria fijamente.)

GLORIA (Debe de estar mirándome: siento sus ojos en mi cara.)

MARIO (Vamos á ver si es verdad eso del nuevo rumbo de mi vida.) ¡Qué callados estamos!

GLORIA Se conoce que no tenemos nada que decirnos.

MARIO O que tenemos mucho... y no sabemos por dónde empezar. (Pausa.) (Como una amapola se ha puesto. Es una sensitiva.)

GLORIA (¡Qué simple soy! ¿Pues no me he puesto colorada?) Dicen que cuando hay estos silencios es que pasa un ángel...

MARIO Pues como pase por aquí va á morirse de envidia.

GLORIA (Riendo.) ¿De mí?

MARIO No: de mí. Creo que por bien que le vaya al angelito allá arriba, mejor que al lado de usted es muy difícil que le vaya.

GLORIA Bueno, ¿quiere usted que hablemos de otra cosa?

MARIO ¿No le gusta á usted la conversación?

GLORIA Sí me gusta...

MARIO ¿Entonces á qué variarla?

GLORIA He dicho una simpleza. Me gusta como gustan las galanterías, pero por lo mismo no está bien que yo quiera oirlas ..

MARIO ¿Pues no confiesa usted que le gustan?

GLORIA ¡Ay, que hombre de Dios! Es que hay cosas que aunque le gusten á una, una no debe decir que le gustan... Y yo ya lo he dicho, que es lo malo...

MARIO Y le ha costado á usted ponerse otra vez como una cereza. ¡Ja, ja, ja!...

GLORIA (Me vió antes.) Por Dios, Mario, no se ría usted de mí.

MARIO Esta risa no es burla: es alegría.

GLORIA Menos mal si está usted alegre.

MARIO Ya sabe usted que sí. Y á su lado de usted... más alegre que nunca. (Ahora se ha puesto pálida.) (Pausa breve.)

GLORIA (¡Jesús! no veo la labor...)

MARIO Gloria, ¿quiere usted mirarme un momento?

GLORIA (Muy turbada.) Si lo estoy viendo á usted todo el día...

MARIO Viéndome, sí; pero mirándome, no. Por lo menos, mirándome como yo quisiera que me miraran esos ojos... esos ojos tan...

— PED. (Sale de la tienda buscando un libro como loco por las anaquelerías de uno y otro lado, y recitando casi maquinalmente y muy aprisa mientras lo busca los versos que siguen.)

.. Y el puño de mi tizona
libre de pliegues molestos
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos...

MARIO (¡Qué oportuno es este pájaro frito!) (Se separa de Gloria y finge distraerse.)

GLORIA (¡Ay, ya puedo respirar!...)

— PED. ¿Dónde estás, hombre, dónde estás tú?... Balmes... «Criterio»...

A una esquina dí la vuelta...
dí la vuelta... dí la vuelta..

¿Cómo es, Perico? (Saca del bolsillo interior de su americana el libro de la obra y busca rápidamente lo que no recuerda.)

MARIO (A Gloria.) (¿Pero ese va á ensayar aquí todo el drama?)

GLORIA (Capaz es.)

— PED. *¡Y á mi pesar!...* Ya decía yo

A una esquina dí la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso..

D. MIG. (Dentro, gritando.) ¡Pedrito!

— PED. ¡Voy! Pero ¿para qué tendría criterio Balmes? Este es. (Coge un libro, lee el lomo y se encamina á la librería, sin dejar "La esposa del vengador.")

...Seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
garfiones de mi acero,
¡que siempre están garfiones
de palomas en acecho!

(Hojeando el libro, se detiene antes de meterse en la tienda.)

Dió un grito y yo la miré:

alzó sus ojos de cielo...
Me parece que le falta una hoja.
Rasgó el tul y huyó ligera;
no la vi más... ¡y aún la veo!
No, no le falta.
¡Malhayan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!
Le pido dos pesetas. Que no diga don Miguel que no me intereso por la casa. (Se va.)

MARIO ¡Gracias á Dios que nos deja solos! (Se sienta otra vez al lado de Gloria.) Llegó á interrumpir nuestro palique en un momento en que yo creía que no habitábamos este mundo más que usted y yo.

GLORIA Y resultó que también lo habitaba Pedrito.

MARIO En un momento en que yo le pedía á Dios que hubiese á nuestro alrededor un silencio muy grande...

GLORIA ¿Y para qué tanto silencio?

MARIO Para que pudiese usted oir cómo saltaba mi corazón dentro de mi pecho, alborozado con la idea de que usted á ruego mío me mirara... de que usted me mirara con esos ojos tan negros.. tan dulces... tan hermosos... ¿No me mira usted, Gloria?

PED. (Saliendo á escape por otro libro. Mario le echa una mirada fulminante y se separa de Gloria de nuevo.)
Cerca un coche; en él su amante;
ella hacia él; la ví; cegué...

MARIO (¡Maldita sea tu estampa!)

GLORIA (Este tontaina de Pedrito...)

PED. *Tiré, cayó, la besé,*
y, en mis brazos espirante,
la satisfacción primera
de mis celos ví pagada..
(Cogiendo el libro que buscaba, que es voluminoso.)
Aquí está. «La cebolla.— Su historia y su cultivo.» Unos «El criterio» de Balmes y otros «La cebolla». Entienda usted á la humanidad.
¡Que así su última mirada
fué para mí toda entera!
¡Bravo! (Vase.)

MARIO Parece que se ha propuesto impedirnos hablar. (Se sienta junto á ella otra vez.)

GLORIA (¡Es mucha desgracia!)

MARIO Y si al menos pudiéramos entendernos como aseguran que se entienden los enamorados...

GLORIA (Con viva emoción.) ¿Los enamorados?

MARIO Sí Son los únicos séres que se entienden por medio de los ojos.

GLORIA ¿Dice usted que los únicos?

MARIO Los únicos. Por eso usted y yo estamos... á media inteligencia.

GLORIA No comprendo...

MARIO ¿No? Peor para mí. (Pausa breve.) Gloria, antes que vuelva á salir ese titiritero de Pedrito, quiero preguntarle á usted una cosa. Me ha dicho usted que coincide conmigo en imaginar que, de aquí en adelante, se ha de trocar en próspera mi adversa fortuna. ¿En qué se funda usted para imaginarlo?

GLORIA En nada...

MARIO En nada, no es posible.

GLORIA Pues y usted, que piensa lo mismo, ¿en qué se funda?

MARIO ¿Yo? En un sentimiento... En el de que al lado de usted, que es la bondad misma, nada malo puede pasarme. Creo más: creo que esta sana alegría que usted derrama sobre todo lo que la rodea, ha impregnado mi alma para siempre. Y aun cuando yo me aleje de usted...

GLORIA No hable usted de eso ahora...

MARIO ¿No he de hablar, Gloria, si es mi pesadilla?... Yo sé que la bondad de usted y de su padre para con nosotros no ha de tener más límite que aquel que le ponga nuestro decoro, nuestra delicadeza...

GLORIA (¿Pues no se me han saltado las lágrimas?)

MARIO Ese límite ha llegado ya. Recobrada mi salud merced á ustedes, no debemos permanecer más tiempo en esta casa.

GLORIA ¡Vaya una tontería!

MARIO Tontería no, Gloria. La verdad, que tiene bromas muy pesadas Debo marcharme, y

me iré, ¡quién lo duda! ¿Adónde? ¡quién lo sabe! (Con pasión y en voz baja, acercándose mucho á ella.) Pero quiero que sepa usted que adonde quiera que la fortuna guíe mis pasos, su recuerdo de usted iluminará mi pensamiento, alentará mi corazón y alegrará mi alma. (Le coge una mano, que ella, conmovida, le abandona. Sale Carita del interior de la casa á tiempo de oir las últimas frases, y no puede reprimir un grito de sorpresa. Gloria, sobrecogida y llena de turbación, se separa violentamente de Mario y se pone de pie. Mario permanece sentado.)

ESCENA VII

DICHOS y CARITA

CAR. ¿Qué?
MARIO ¿Quién?
GLORIA (¡Jesús! ¡Carita!)
MARIO (¡Carita ahora!)
CAR. ¿Qué os ocurre?
MARIO ¡Nada!
GLORIA Nada... sino que... como has entrado tan de pronto... y no te esperábamos .. y... Yo te confieso que me he asustado... Voy á beber un poco de agua... (Yéndose al interior con los ojos bajos.) (¡Qué vergüenza, Dios mío!) (Carita y Mario se contemplan. Pausa.)
MARIO ¿Qué miras?
CAR. ¿Qué miras tú?
MARIO (Tranquilo.) Te miro á tí, que tienes mucho que mirar.
CAR. Y yo á tí... que no tienes menos. ¿Quieres decirme por qué se ha turbado Gloria?
MARIO ¡Ay qué gracia! ¡Pregúntaselo á ella!
CAR. Se lo preguntaré.
MARIO Bueno; que te aproveche.
CAR. Mario... ¡qué mal haces en lo que haces!
MARIO ¿Y qué sabes tú lo que yo hago, infeliz? ¡Es una desgracia haber nacido tonta de capirote!
CAR. Pues no la cambio por la de haber nacido...

MARIO ¿Qué?
CAR. Nada.
MARIO Pues nada: bien está.
CAR. Bien está, sí.
MARIO (Encaminándose hacia la tienda.) Le voy á revolver la bilis á don Jeremías... (Carita no deja de mirarlo.) (Alégrate, Mario; el triunfo es tuyo. Tiene razón Pedrito:

... siempre están gavilanes
de palomas en acecho!)

(Desde la puerta de la librería.) Carita, adiós. Ya sabes que te estimo en cuanto vales y que vales mucho. No te enfades conmigo, tonta. (Se va.)

ESCENA VIII

CARITA y DON MOISÉS; al final PEDRITO

CAR. ¿Le parece á usted por dónde sale ahora ese bribón? Ya me estaba yo temiendo alguna miseria. Llevan hijo y padre muchos días de personas decentes... Pero, vamos, esto de Mario clama al cielo. ¿Mire usted que atreverse á enamorar á Gloria? No puedo, no puedo acostumbrarme á las acciones de esta gente... ¿Por qué Dios me habrá puesto entre ellos á mí que en mi pobreza soy tan distinta? (A don Moisés, que sale de la tienda como perseguido) ¡Ay padrino; cuánto me alegro de que llegue usted!
D. MOIS. ¿Sí? Pues ¿qué sucede? A fé que vengo yo..
CAR. Mario...
D. MOIS. No me toques á Mario, que es el talento de la casa.
CAR. A pesar de eso, Mario...
D. MOIS. ¿Mario, qué?
CAR. (En voz baja, con pena.) Mario está haciendo una cosa muy fea.
D. MOIS. ¿También Mario? ¡Pero estos hijos míos van á sacarme el sol de la cabeza!
CAR. Estoy más disgustada... Porque, créame usted, la cosa es de las que no tienen nom-

bre... A mí que no me digan... Hay circunstancias en la vida, en que no vale la disculpa del amor... Y eso de que el amor entra así, de repente, como un dolor de muelas, y que no se puede contener, no pasa más que en las novelas y en los dramas, donde sabe una que todo es mentira... Pero voy al grano. (Apartándose un poco de él con cierta repugnancia.) Usted también trae un pestazo á aguardiente...

D. Mois. ¡Al grano, por Dios! ¡No mezcles el aguardiente con nada!

Car. De esta casa van á echarnos á puntapiés. ¿Qué cree usted que se le ha ocurrido á Marito?

D. Mois. Alguna tontería. A veces el talento que tiene se nubla como el sol. (Un poco alarmado.) Oye, ¿huelo mucho? (Le echa el aliento.)

Car. No; á distancia no. Pues verá usted: se va usted á quedar con la boca abierta. (En voz muy baja.) Le está haciendo el amor á Gloria.

D. Mois. (Lo mismo.) ¡Ya lo sé! Se lo he propuesto yo.

Car. ¿Usted?

D. Mois. Sí. Me explico tu extrañeza, porque no conoces ciertos detalles. (Con gran misterio y regocijo.) Aquí hay *guita* larga...

Car. ¡Padrino! (¡Qué asco de gente!)

D. Mois Así, así... No son cuentos de las mil y una noches... He oído hablar de papel del Estado, de una casita en la calle de la Ventosa... ¿Tú sabes dónde está la calle de la Ventosa? Pasada la Fuentecilla, conforme vamos al Matadero...

Car. ¡Déjeme usted á mí de ir al Matadero! ¿Usted no comprende que eso es ruin?

D. Mois. ¡Muchacha! Te advierto que él va por todo lo fino. Nada de pringarla á última hora, como otras veces .. Petición de mano, bendición del cura, etc., etc. Todos los requisitos.

Car. Pero, ¿quién es él para poner los ojos en Gloria? ¿Usted no ve eso? ¿usted no ve que aquí estamos recogidos por caridad? ¿usted no ve que en esta casa debiéramos andar

todos de rodillas? ¿usted no ve que el amor de Mario es una ofensa? ¿usted no ve que ofender á quien nos salva es una villanía muy grande?...

D. Mois. Mira, mira, mira, Carita. Odio al par que desprecio el género trágico, ¿te enteras? ¡*Vade «ratro»!* Además, pamplinosa, el amor es libre, no respeta leyes ni conveniencias, une príncipes y pastoras, tumba monarquías, funde religiones contrarias ..

Car. Y averigua si hay papel del Estado...

D. Mois. Eso es lo primero. La época de la cebolla *fuése.* Hay que vivir, hay que vivir... ¡Pues digo! El día que mi pobre Mario adquiera bienes de fortuna, ¿qué vuelos no tomarán sus alas de águila imperial? ¡Ah! ¡si el otro fuera lo mismo!

Car. No nombre usted al otro, que bastante tenemos con este.

D. Mois. Bien á pesar mío lo nombro, no te creas. Está otra vez aquí.

Car. ¿Calixto? ¿Ha parecido?

D. Mois. No levantes la voz. He tenido con él un mal encuentro.

Car. ¡Virgen María! ¿Sabe que estamos en esta casa?

D. Mois. Lo sabe.

Car. ¡El Señor nos valga!

D. Mois. Creo que se ha ido á vivir con...

Car. ¿Con quién?

D. Mois. Con... con la otra.

Car. ¿Con su hermana?

D. Mois. ¡Cállate, por Dios! Eso dice él: que vive con Adela. Capaz es de todo... Me ha dicho también que es apoderado del *Microbio chico.*

Car. ¿Y quién es el *Microbio chico?*

D. Mois. ¡El colmo de la insignificancia, tú calcula! Un torerillo de mala muerte. Y será verdad que es su apoderado... Cuando yo lo vi iba con dos tipos... que si me los encuentro de noche en una calle sola, me encomiendo á Dios. Bueno, pues el señor ha tenido la avilantez de amenazarme: á mí: ¡al padre que lo ha echado al mundo!

CAR. Padrino, vámonos de esta casa antes que él venga... Que siquiera esta vez no dejemos triste recuerdo de nosotros.

D. MOIS. ¿Estás loca, criatura? Si nos vamos de aquí, ¿de dónde voy yo á sacar los veinte duros que me pide?

CAR. ¡Madre mía! La historia eterna... (Llorando.) Si parece que estamos malditos.

D. MOIS. ¡No llores, mujer!... ¡Pues está la Magdalena para tafetanes!

PED. (Asomándose á la puerta de la librería con capa y hongo.) Muy buenas noches.

CAR. Hasta mañana si Dios quiere, Pedrito. (Vase éste.)

D. MOIS. ¿Van á cerrar la tienda?

CAR. Sí.

D. MOIS. Pues, oye: antes que vengan esos. Yo he dicho que no he cobrado el retrato... pero lo he cobrado...

CAR. ¿Ese más? ¿Y la promesa que le ha hecho usted á esta familia?...

D. MOIS. Descuida, que la cumpliré sin falta; pero más adelante. Ahora necesito algunas perras para taparle la boca á ese temerario de Calixto...

CAR. Bueno, sí: calle usted, calle usted... (Yo soy la que se va de aquí.)

ESCENA IX

CARITA, DON MOISÉS, DON MIGUEL y MARIO; luego GLORIA y JEREMÍAS

(Don Miguel sale de la librería charlando con Mario. Trae en la mano un tomo del «Quijote». Carita, abstraída y triste, se sienta junto á la camilla, á la izquierda. A poco sale Gloria del interior de la casa y se pone á la derecha á seguir su labor. Carita y ella se miran. Gloria baja los ojos turbada.)

MARIO Y esta noche ¿en qué vamos á pasar la velada, señor don Miguel?

D. MIG. Mire usted: aquí traigo el libro dispuesto.

MARIO ¿El *Quijote?*

D. Mig. Mi libro.

D. Mois. ¡El de todos! Ya sabes tú que yo me pego por Cervantes. (Se sientan, mientras hablan, en torno de la camilla don Miguel, don Moisés y Mario. Don Miguel en medio.)

D. Mig. A no ser que ustedes prefieran jugar á la lotería ó las cartas...

D. Mois. ¡Ca!

Mario ¡De ninguna manera!

D. Mig. ¿Dónde quedamos? (Hojeando el libro.) ¿En la aventura de los ejércitos?

Mario No, señor: en la de los batanes.

D. Mois. Avanzamos más: si se leyó la del yelmo de Mambrino...

Jer. (Saliendo de la librería con las de Caín.) Llegamos hasta el final de la aventura de los galeotes.

D. Mig. Hombre, tienes razón: alguna vez habías de tenerla.

D. Mois. Justo. Recuerdo que Mario jugó del vocablo con nuestro apellido.

Mario Es verdad.

Jer. Precisamente. (A don Miguel, poniéndole una mano en la espalda.) Dejaste la lectura, ¿sabes? cuando el Caballero de la Triste figura les da la libertad á los galeotes... y ellos le pagan á pedrada limpia.

D. Mois. ¡Qué humano es eso! ¿eh?

Mario ¡El pan nuestro de cada día!

D. Mig. Pues empezamos capítulo. Oigan ustedes.

Car. (Me iré, me iré.)

Gloria (¿Qué tendrá Carita?)

D. Mig. (Leyendo.) *Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar...*

Jer. ¡Esa es una verdad como el puño!

D. Mois. (Este tío!..)

Mario (¡Este zorro viejo!...)

D. Mig. Hombre, ¿quieres no interrumpir? Ya sabes lo que me incomoda...

Car. (Levantándose.) Yo aprovecho la interrupción para irme á la cama. Estoy rendida. Hasta mañana si Dios quiere.

D. Mig. Adiós, hija.

D. MOIS. / MARIO — Adiós.

CAR. — (Besando á Gloria.) Hasta mañana, Gloria.

GLORIA — Hasta mañana, Carita. A dormir.

CAR. — (Yéndose.) (A llorar.)

D. MIG. — (Continuando la lectura mientras baja lentamente el telón.) *Que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco...* (Sigue leyendo hasta que el telón acaba de caer.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día. En la camilla una servilleta extendida y sobre ella un cubierto. Al lado una botella de vino y una copa. A través de la ventana del foro, que aparece abierta, se ve el patio de la casa.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y PEDRITO

(Don Miguel pasea preocupado. Sale Pedrito de la tienda, preocupado también, y en extremo afónico á consecuencia de la representación de dos dramas en que ha tomado parte activa.)

PED. Sin gota de sangre vengo, don Miguel de mis culpas.

D. MIG. ¿Qué ocurre?

PED. La edición de lujo de las obras de Larra, ¿la ha vendido usted?

D. MIG. No.

PED. Pues ayúdeme usted á sentir: no la encuentro por ninguna parte.

D. MIG. Busca, busca bien; porque venderse no se ha vendido. Y dime, muchacho, ¿tú de qué tienes esa voz?

PED. ¡Toma! De la función de anoche, que fué *función mónstruo.* Hicimos *Consuelo* y *El trovador;* y suspendimos *Los amantes de Teruel*

y *La campanilla de los apuros*, para no quedarnos todos sin campanilla. Lo último es perder las facultades, don Miguel.

D. MIG. Bueno, sí; vete á buscar eso...

PED. (Metiéndose en la librería.) Ya, ya...
Al campo don Nuño voy,
donde probaros espero...

ESCENA II

DON MIGUEL; luego JEREMÍAS

D. MIG. Cierto que es extraño eso de las obras de Larra... No es el primer libro que se pierde... A buen seguro que si se entera Jeremías les echa la culpa á los Galeotes... Pero yo no—Dios me libre;—no me atrevo á tanto. Y eso que han hecho cosas tan feillas, tan poco decorosas... ¡Todo sea por Dios! Luego, ese Calixto que se ha presentado á última hora me da muy mala espina..

JER. (Por la puerta que da á la tienda. Habla en tono zumbón.) Querido Miguel: vengo absorto.

D. MIG. ¡Hombre!

JER. Acaban de entrar en la librería una dama y dos caballeros, que sin duda son gente gorda.

D. MIG. ¿Gente gorda aquí?

JER. Como lo oyes. El propio Rodríguez, á quien yo le estaba enseñando el «¡No te tires, Reverte!» se quedó al verlos mudo de sorpresa.

D. MIG. ¿Y qué es lo que quieren?

JER. No lo sé. Vienen preguntando por don Moisés Galeote, y, en su defecto, por don Miguel de Cañas.

D. MIG. ¿Por mí? Vaya, pues que entre quien sea y no me canses más.

JER. (Desde la puerta que da á la librería les dirige la palabra á los que están dentro.) Adelante, señores. (Recoge á un lado la cortina y salen el Membrillo, el Ojeras y la Ricitos. Don Miguel se queda estupefacto. El Ojeras y el Membrillo son toreros de invierno y la Ricitos grande amiga suya.)

D. MIG. (¡Le parece á usted!)

ESCENA III

DICHOS, EL MEMBRILLO, EL OJERAS y LA RICITOS

MEM. Güenas tardes.

D MIG. Dios guarde á ustedes. ¿En qué puedo servirles?

OJER. ¿Es ust...?

MEM. (Adelantándose al Ojeras.) ¿Es usté el padre de don Calixto por casualidad?

D. MIG. No, señor.

OJER. Por muchos años.

MEM. (Bajo al Ojeras, de cuya boca no espera que salgan flores.) (Cáyate, Ojeras.) (A don Miguel.) ¿Entonces es usté (Leyendo en un sobre.) don Miguel de Cañas?

D. MIG El mismo.

RIC. Por muchos años.

MEM. (Al Ojeras, por la Ricitos, de cuya boca tampoco espera milagros.) (Que se caye esa, hombre.)

OJER. (¡Gachó con este!)

MEM Güeno, pos mire usté: nosotros semos...

JER. Somos, hubiera dicho yo.

MEM. ¿Sí, eh? (Lo mira y se rasca.)

OJER. Pero Membriyo, ¿ties más que entregarle la carta de don Calixto al señor y así concluyes antes?

MEM. ¿Te quiés cayar, Ojeras? (A don Miguel.) Tome usté la carta. (Refunfuñando.) (¡Tié narices la cosa!)

D. MIG Vamos á ver la carta... (La abre y lee.) «Mi querido padre: no te extrañe que te escriba desde la prevención, porque estoy preso.» ¡Caramba! «Los dadores de la presente sabrán explicarte el cómo y cuándo de mi desgracia y el medio mejor de librarme de ella, tú mismo ó tu generoso protector. Te idolatra, Calixto.» ¡Demonio! ¡demonio!...

JER. Lo que te dije: ¡gente gorda!

D. MIG Calla. Pero ¿qué diablura ha cometido ese chico para verse así?

MEM. Verá usté, señor: la cosa fué anoche en el *Briyante*. Por cierto que tomemos tos el primer disgusto.

JER. (Corrigiéndole.) Tomamos se dice.

MEM. (Volviendo á mirarlo y á rascarse.) (¿No tendrá ese tío na que hacer por ayá dentro?) (A don Miguel.) Resultó que estando aquí la señora...

JER. La señora no ha estado nunca aquí. (Los tres de la comisión se lo quieren comer con los ojos.)

OJER. Si aquí es adjetivo, cabayero.

JER. ¡Ah!...

MEM. (Dispuesto á que no lo corrijan más.) Estando, coma, aquí la señora, coma, con aquí el amigo y un servidor, dos comas—porque paece que estamos en el Atareo,—en el café del *Briyante* con don Calixto, se presentó de golpe la Adela del brazo del Galápago... Ver don Calixto á su hermana...

D. MIG. ¿A qué hermana?

OJER. (Al Membrillo, tirándole de la chaqueta.) (Que te vas á colar, Membriyo; tanto como presumes...)

MEM. (¡Que me he colao ya! ¡Maldita sea!.. Lo primero que me encargaron...)

D. MIG. ¿Quién es esa hermana, diga usted? ¿Quién es esa Adela?...

MEM. Pos esa Adela es una hermana...

RIC. ¡Si no es hermana, hombre!

OJER. ¡Si no es hermana!

MEM. ¡No me atorruyeis! Cualquiera se equivoca, señor. Es una amiga de don Calixto, ¿usté me comprende?... que tiene simpatías personales por el Galápago...

D. MIG. (¡Qué extraño es todo esto!)

MEM. Y como el Galápago está así con don Calixto, (Juntando los índices por las puntas.) lo mismo fué verle que le estreyó un sifón en la cabeza. Lo demás no hay pa qué repetirlo: son hechos consumaos. Y á mí se me ocurre que la mejor manera de arreglar eso—salvo el parecer de tos ustedes—es untarle la mano á quien yo me sé... y en paz y jugando.

JER. (Dando una vuelta en torno de don Miguel, de modo que le diga una frase por cada oído.) (Esto es un timo: no vayas á escurrirte)

D. MIG. (Descuida.) ¿Usted opina eso, verdad?

OJER. (A la Ricitos.) (Pa mí que *Salmerón* va al *hule*. tú)

RIC. (Al Ojeras.) (Es que la comisión se las trai un poco)

D. MIG. Bueno, pues... contra la respetable opinión de usted está la mía: yo no gusto de comprar á nadie, y á la justicia menos.

MEM. (Profundamente convencido.) (¡Vaya, hemos acabao!) ¿De modo que usté... *nequáquan?*

D. MIG. Según lo que usted entienda por nequáquam.

OJER. *Nequáquan* es que usté no afloja ni pa Dios.

JER. Traducción literal.

MEM. ¡Te veo sin mantón, Ricitos!

RIC. ¡Pa chasco! Lo que es este no lo suelto yo tan fácil..

MEM. ¡Eso será ú no será! Miá esta ahora...

D. MIG. Bien; la calle es el mejor sitio para ventilar esas cuestiones... Yo, por mi parte, ya he dicho cuanto tenía que decir.

MEM. Usté dispense, cabayero...

RIC. Queden ustés con Dios...

MEM. En la cuadriya del *Microbio chico* me tiene usté de banderiyero de confianza, pa lo que se ofrezga...

OJER. En la misma cuadriya, de puntiyero, pa servir á usté.

D. MIG. ¡Canario! Muchas gracias. Adiós.

JER. (Ofréceles la casa, si te parece)

MEM. (Yéndose á la calle tras la Ricitos y el Ojeras.) (¡De güen humor van á ponerse el padre y el hijo!)

JER. (Asomándose á la misma puerta y gritando.) ¡Pedrito! ¡ojos hasta en las uñas!

ESCENA IV

DON MIGUEL, JEREMÍAS y CATALINA

D. MIG. Chico, estoy perplejo: no sé qué pensar.

JER. Yo sí. ¿Qué te dije ayer? Le s has negado dinero dos veces, ¿verdad? ¡Pues aguarda el timo!

D. MIG. No, no, no... yo no creo... Digo, se me figura á mí que no es posible .. ¿O es que yo estoy viviendo en las estrellas?

CAT. (Llega de la calle, con varios paquetes de una tienda de ultramarinos.) Ave María, don Migué, ¿qué gentuza es eza que ahora zalía? Desde que eza tropa está aquí, vienen á esta caza unos tipos que yo no he visto nunca.

D. MIG. Mira, vete á la cocina y no hables más.

CAT. Al istante me voy. Pero ¿pa qué, zi no adelanto na hasta que no armuerce er demonio er viejo? Y miéntras la candela encendía, y ze gasta carbón y ze gasta leña y ze conzume una... ¡Jozú, Jozú! ¡zi doña Lorenza viera este dezarreglo!...

D. MIG. Cierto que eso de presentarse á almorzar cuando les da la gana...

JER. ¡Ah, eso es muy cómodo!

CAT. Como que aquí loz amos paecen eyos ahora... Don Migué, don Migué, eche usté á eza gente á la caye...

D. MIG. Pero, mujer, por los clavos de Cristo, ¿cómo los voy á echar?... Si les hubiéramos descubierto una maca gorda...

CAT. Pero ¿quié usté más que tos los negocios que inventa er padre—¡mala perdigoná le den donde yo diga!—pa zacarle á usté cuartos? ¿No ha visto usté que ha hecho zeis retratos, y los ha cobrao tos er grandizimo tuno, y aquí no ha traío una peseta?

D. MIG. El dice que no los ha cobrado.

JER. ¡Pues los ha cobrado!

CAT. Y venga dinero pa papé, y dinero pa cisco, y dinero pa barniz, y dinero pa to, y pan pa

borrá, que ze yevaba toa la miga, como zi hubiera patos en la caza...

JER. ¿Y los libros que se han perdido? ¿Y la cría de gallinas y palomos, dónde me la dejas?

CAT. ¡Aplique usté er cuento! La cría de los palomos... Puzo la caza como zi fuea un corrá: plumas por tos laos. . Hacía usté azín, respiraba fuerte... y ze le yenaba la boca e plumas.

D. MIG. No, si yo reconozco que son molestos... y que me he equivocado al juzgarlos—Carita aparte, ¿eh?...—pero se me arde la cara sólo de pensar que tengo que decirles, sin aguardar á que resuelvan su situación, que están demás aquí. Yo no hago eso: no sé: no sirvo... no quiero, tampoco.

JER. Pues mal que te pese lo vas á hacer en cuanto sepas lo que voy á decirte.

D. MIG. Habla.

JER. Mario Galeote está enamorando á tu hija.

CAT. (Horrorizada.) ¡Jezú!

D. MIG. Vamos, Jeremías, no inventes, en tu deseo de que los ponga en el arroyo.

JER. No invento, Miguel. Ni es eso lo peor. Tu hija está enamorada de Mario Galeote.

D. MIG. ¿Quieres callar? ¡Tonto de mí que te hago caso sabiendo quién eres!

JER. ¿Pero no crees lo que te he dicho?

D. MIG. ¿Cómo he de creerlo, majadero? ¿No lo conozco á él? ¿no la conozco a ella?

CAT. Ay, ezo no, don Migué de mis curpas; miste que en las cuestiones der queré ze ven cozas mu raras... Cuantas veces no dice una: pero á eza arrastrá mujé, ¿qué le habrá gustao de eze hombre? Y una no ze lo explica; pero argo tendrá el hombre cuando á la mujé le ha gustao ¡Ay don Migué, don Migué, no juegue usté con ezo! ¡Ay qué doló de hija, en podé de eze piyo! ¡Ay, miste que ezo ya no es azunto de ochavos, miste que ezo es mu zerio!. .

D. MIG. Pero ¿quieres dejarme? ¿O es que os habeis propuesto volverme loco?

CAT. ¡No ze ciegue usté, don Migué!...

D. Mig. ¡Que me dejes, te digo!
Jer. ¿Es que no atiendes á razones?
D. Mig. ¡Y tú también, agorero del diablo!
Jer. Basta. Cierro mi pico. Yo ya he cumplido con mi deber. (Al ir á entrar en la librería, llegá don Moisés, con quien se cruza y á quien hace una reverencia, sin perjuicio de la inevitable cita del Tenorio.) Dice, *señor Capitán Centellas, ¿vos por aquí?* Beso á usted la mano. (Se va.)

ESCENA V

DON MIGUEL, CATALINA y DON MOISÉS

D. Mois. (De mal talante.) Hola.
D. Mig. Hola ¿Eres tú?
D. Mois. Yo mismo: ¿no me ves?
Cat. ¡Vaya unaz horas de vení á armorzá!
D. Mois. *Hame* sido imposible venir más temprano. Si molesto, con no almorzar estamos al cabo de la calle.
D. Mig. Hombre, eso es una pata de gallo... porque otros días..
D. Mois. Es que llueve sobre mojado, ¿te enteras? Y quede esto aquí. (Se sienta con mal modo delante del cubierto)
D. Mig. Sí; será lo mejor. Sírvele el almuerzo á don Moisés, Catalina.
Cat. (Carita ze lo traerá... lo que es yo... (Contemplándolo con desdén.) Miálo: don Rodrigo en la jorca... Ya no ze acuerda de que entró aquí con un trapo atrás y otro alante... y la barriga pegá al espinazo.) (Se va al interior.)

ESCENA VI

DON MIGUEL, DON MOISÉS y CARITA

D. Mois. (Soltando un resoplido de rabia.) Está buena la cosa...
D. Mig. (Contento viene éste.) (Dándole la carta de Calixto.) Toma: esta carta han traído para ti.

D. MOIS. Sí. (La coge, la hace dos pedazos y la tira.) Ya he visto á esos señores .. Lo sé todo. Sé que mi hijo se queda en la cárcel...

D. MIG. ¿Es culpa mía que haya entrado en ella?

D. MOIS. Bien, bien, bien... También prefiero que quede esto aquí.

D. MIG. Y yo. Peor es meneallo, amigo Sancho. (Don Moisés empieza á tararear una musiquita juguetona. Sale Carita del interior y le sirve un pedazo de tortilla.)

CAR. Padrino, buenas tardes. ¿Por qué no ha venido usted á almorzar á tiempo?

D. MOIS. ¿Por qué te metes tú en lo que no te importa?

CAR. (¡Qué manera de contestar!)

D. MIG. Mala yerba has pisado, Moisés.

D. MOIS. (Reflexionando sobre la tortilla) (Cualquiera le hinca el diente á esta tortilla después de haber almorzado con Calixto. ¡Vengo hasta la nuez! .) (Come algunos pedazos con gran esfuerzo, y los echa para abajo á fuerza de vino.) Tortilla de patatas... sin patatas... ¡Y frí a!

CAR. Con haber estado aquí á su hora, se evitaba usted eso. (Tampoco me muerdo yo la lengua cuando hace falta.)

ESCENA VII

DICHOS, JEREMÍAS, VICTORIANO y la SEÑÁ PEPA

JER. (Saliendo de la librería y hablando con la misma zumba de antes. A don Miguel.) Chico, ¿tenemos hoy be-amanos? ¿tú sabes?

D. MIG. ¿Otra te pego?

JER. Después de los diplomáticos que acaban de irse, se presenta ahora un matrimonio de alto copete.

D. MIG. ¡Vamos, hombre!

JER. ¿Lo dudas? (A los de dentro.) Pasen, pasen... (Yo los meto aquí.) (En efecto, salen Victoriano y la señá Pepa, gente bien acomodada del pueblo de Madrid. El viene de hongo y chaqueta de terciopelo. Ella de mantón de espuma lujoso. Trae en la mano un rollo

grande, que es un retrato de su suegra, debido al cisco de don Moisés. Victoriano no trae rollo, pero en cambio trae un bastón que lo parece.)

VICT. Güenas tardes, señores y la compañía.

SEÑÁ PEPA Güenas tardes.

D. MIG. } Muy buenas..
CAR. }

D. MOIS. (¡Adiós! ¡La carnicera del retrato!)

SEÑÁ PEPA (Señalando á don Moisés.) Ese cabayero es el retratista.

VICT. ¿Sí, eh? Pos me alegro de verle á usté regular.

D. MIG. (Aquí vamos á tener otra escena desagradable.)

D. MOIS. Ustedes dirán lo que desean...

SEÑÁ PEPA Tres días con hoy yevamos buscándole á usté, y usté invisible: como si fuea un pantasma.

VICT. (Reconviniéndola) Expresiones no.— Güeno, pos yo soy el marido de la señora, que tuvo la debilidá de encargarle á usté un retrato de mi señora mamá, que esté en gloria, pa darme á mí una sorpresa el día e mi santo. ¡Mecachis en la sorpresa! Deslía, tú. (La señora lo obedece)

CAR. (Dios mío de mi alma, qué malas pulgas debe de tener este tío... ¡Qué ojos me echa!)

VICT. (Señalando el retrato.) ¿Le paece á usté? Si me dice usté que ese muñeco es mi señora mamá, se ha acabao el almuerzo.

D. MOIS. Ante todo, á mí pocas bravatas. Yo he copiado eso de una fotografía y respondo del parecido exacto. ¡Y hemos concluído!

VICT. (Llegándose á él con mucha sorna.) ¿Que hemos concluído?

CAR. (¡Ay, Jesús! Se lo come.)

SEÑÁ PEPA Pero si entoavía no hemos empezao; ¿será usté pampli?

VICT. ¡Te he dicho que expresiones no!—¿Usté ha reparao bien en lo que ha hecho? Si se paece á Kruger. Mi señora mamá, como tener algo de periya sí la tenía; pero compadre, ahí se le fué á usté el carbonciyo una miaja.

D. Mois. Bueno, bueno, basta de historias: ¿qué hay? (Se levanta.) (Si no la echo de guapo, estoy perdido)

Vict. ¿Que qué hay? Pos yo no veo más que una de dos: (Dando un bastonazo en la camilla.) ó me devuelve usté el dinero...

D. Mig. (Hola!) (Don Moisés empieza á sonarse con gran estrépito en vista de que la tierra no se lo traga.)

Jer. (Cantando.)

Con el capotín, tin, tin, tin,
que esta noche va á llover...

D. Mig. Pero, ¿qué dice usted de dinero, si este señor no ha cobrado el retrato? (Don Moisés continúa suena que suena, cada vez más fuerte.)

Car. (¡Virgen María!)

Señá Pepa ¿Cómo que no ha cobrao, si le pagué yo *macho* sobre *macho* los seis cabales? ¡Miá San Roque!... ¡Que no ha cobrao!... ¡que no ha cobrao!...

D. Mig. Moisés, ¿has cobrado en efecto?

D. Mois. Te diré, hombre: verás lo que pasó. Cobrar he cobrado, pero escúchame..

Señá Pepa ¿Vé usté, cabayero?..

Jer. (Cantando otra vez.)

Con el capotín, tín, tín, tín
que esta noche va á llover...

Vict. ¿No tiene más que esa pieza ese aristón?

Señá Pepa Por to paso yo menos porque me yamen á mí tramposa. Y si ese tío ha dicho que no le he pagao...

Vict. (Dando otro bastonazo en la camilla.) ¡Expresiones no!

D. Mig. Ni expresiones ni bastonazos, amigo.

Vict. Porque vas á perder la fuerza moral... Aquí no hay más que lo que yo digo: ó se nos devuelven los *machos*, ó le pongo yo al artista un carriyo como un queso e bola.

D. Mois. (Echando mano á la botella del vino.) ¿A mí?

Car. ¡Padrino, por Dios!

Vict. ¡A usté!

D. Mig. Basta. Vengan ustedes conmigo.

Jer. ¿Qué vas á hacer?

D. Mig. Lo que á tí no te importa. Vengan ustedes y se les pagará lo que sea.

D. Mois. ¡No seas tonto, Miguel!

D. Mig. No soy tonto, no. Pero no quiero presenciar en mi casa escenas que nunca he presenciado.

Car. (¡Qué bochorno tan grande!)

D. Mig. (A los del dibujo.) ¿Vamos?

Vict. Vamos, sí. Usté se pone en la razón, cabayero. (A la señá Pepa.) Tú, deja ahí eso, pa que se quite el hipo la familia.

D. Mois. ¡El hipo!.. Lo que entenderá usted de dibujo...

Vict. ¡Nos ha fastidiao este! ¡Pos ni que fuea usté el *Graco!*

Señá Pepa (Dejando el retrato sobre la camilla y yéndose con don Miguel y Victoriano por la puerta del establecimiento.) Güenas tardes.

Jer. (Siguiéndolos.) Dice, *y el plazo de tu sentencia fatal, ha llegado ya...*

ESCENA VIII

CARITA y DON MOISÉS

D. Mois. (Arrojando á un rincón el retrato, lleno de ira.) ¡Maldita sea la hora en que nací!

Car. Padrino, hay para morirse de vergüenza.

D. Mois. ¡Hay para darte á tí un bofetón si no te quitas de mi lado!

Car. Muy pronto me quitaré, no se apure. Y puede que no me vuelva usted á ver en su vida.

D. Mois. ¡No caerá esa breva!

Car. Sí caerá.

D. Mois. ¡Pues cuanto antes mejor! ¿A mí qué? (Se sienta agitadísimo. Pausa.)

Car. ¿Va usted á seguir almorzando?

D. Mois. (Levantándose de pronto.) ¡Que almuerce el Nuncio!

Car. ¿Quiere usted unas sardinitas en aceite?

D. Mois. ¡Lo que yo quiero son pepinillos en vinagre! (Vase de estampía al interior de la casa.)

ESCENA IX

CARITA y DON MIGUEL

CAR. Cada momento que pasa me aseguro más en mi idea. Me voy, me voy de aquí, no se figure ese señor, no se figure Gloria que soy de la calaña de esa gente... Ni siquiera sé cómo he vivido tanto tiempo con ellos... Pero ya se acabó; hoy mismo... ahora mismo hablo con don Miguel.

D. MIG. (Saliendo de la librería.) Lo he visto y no lo creo. Por supuesto, que ese me va á escuchar cuatro verdades. (Va hacia el interior de la casa.) Engañarme así...

CAR. (Deteniéndolo.) Don Miguel.

D. MIG ¿Qué quieres, Carita?

CAR. Si va usted á hacer algo, nada.

D. MIG. Lo que iba á hacer no me corre prisa: de todos modos he de hacerlo. Dime lo que deseas.

CAR. Hablar con usted dos minutos.

D. MIG. Como si quieres que hablemos dos horas. Ya sabes que me encanta oirte.

CAR. Muchísimas gracias... Es usted muy bueno conmigo... es decir, conmigo y con todos... demasiado bueno para vivir en este mundo tan ruín.

D. MIG. Demasiado bueno no se es nunca; demasiado simple en todo caso es lo que soy yo.

CAR. (Principiando á gimotear.) ¡Ay, Dios mío!...

D. MIG. ¿Qué es eso, chiquilla? ¿qué significan esos pucheros? Vaya, no seas tonta; siéntate aquí y cuéntame tus penas. (Se sientan los dos.)

CAR. Ay, señor don Miguel de mi alma; esto no es para mí. Mire usted que á mí me liaron al nacer en unos pañalitos muy decentes, porque la pobreza y la decencia no están reñidas, y que mi papá, que en paz descanse, era como usted: ni una mala acción, ni una mala cara para nadie, ni una palabra fea. Hasta de los mosquitos y las pulgas se

dejaba picar por no causarles daño. ¡Así acabó sus días!... Los pocos cuartitos que me dejó al morir se los llevó el viento .. Digo, el viento; á cualquier cosa le llama una el viento... Ya comprenderá usted que el viento es mi padrino. ¡Vaya un viento fresco!...

D. Mig. Pero ¿á dónde vas á parar, muchacha? Déjate de preámbulos, que te conozco lo suficiente para que no los necesites conmigo.

Car. Bueno, don Miguel; oiga usted lo que tengo que decirle. Pero en Dios y en mi alma que si digo alguna mentira me condene...

D. Mig. No te condenas, no; pierde cuidado.

Car. Usted, por su buen natural, nos recogió en su casa á mi padrino, á su hijo Mario y á mí, y nos sentó á su mesa, y nos dió cama donde dormir, y nos trató como á los suyos...

D Mig. Sí es cierto, mujer: pero en valiente cosa reparas...

Car. Sin duda pensaría usted de todos nosotros que éramos personas regulares, capaces de comprender y de estimar y de agradecer como es debido su generoso comportamiento, ¿verdad que sí? Pues desgraciadamente, ya está usted viendo el desengaño—echándome yo fuera ¿eh? limpia de toda culpa como entré en esta casa.—Ya no caben disimulos ni componendas, señor don Miguel; ya no hay sino ver las cosas á su luz, por triste que esto sea. Mario y mi padrino se están conduciendo aquí como unos cocheros, según se dice vulgarmente, sin que yo sepa por qué razón, pues entre los cocheros los habrá con vergüenza y sin ella como pasa en todas las clases de la sociedad... Y bastante tienen con ser cocheros para que... Pero, en fin, esto no es del caso. A lo que iba. Yo no quiero partir con mi gente—de alguna manera he de llamarlos—la carga de sus malas acciones. ¡Bastantes vergüenzas he pasado por ellos! ¡Bastantes lágrimas me han costado ya! Yo soy otra cosa: yo soy aparte.. Y si usted me lo permite, señor don Miguel, esta misma tarde me iré de su

casa, bendiciendo á usted y á su hija; pero yo sola, sola, sin ellos, con mucha tranquilidad en mi conciencia.

D. Mig. Vamos, muchacha, no digas disparates. ¡Jesús qué locura! ¿Adónde vas tú á ir?...

Car. Dios me abrirá camino: estoy segura de ello, porque no soy mala. Luego, á mí no me asusta ni me pesa el trabajo: yo sé coser, yo sé guisar, yo sé lavar la ropa, que mire usted cómo la llevo siempre, (Enseñándole las enaguas blancas.) yo sé todo lo necesario para no morirme de hambre. Y sin llegar al último extremo, de doncella en una casa rica creo que encontraría colocación. Porque mala fachita no tengo — puede que yo me haga ilusiones. El amor propio á veces engaña tanto... Para acompañar á las señoritas aquí y allá, á misa y á compras, me parece que bien serviría... Pero ¿se ríe usted?

D. Mig. ¿No quieres que me ria, muchacha?

Car Pero ¿es de risa lo que estoy diciendo?

D Mig. ¡Y tanto! Yo, por lo menos, te aseguro que ya salto de gozo ante la idea de echar por tierra todos tus planes.

Car. ¿Sí?

D. Mig. Sí.

Car. ¿Pues cómo?

D. Mig. Porque tú no te vas de mi casa: los que se van son ellos.

Car. (Con infantil espontaneidad.) ¡Quiá! No los conoce usted.

D. Mig. Es que si no se van yo sabré arrojarlos. Aunque tarde, me he convencido ya del error en que estaba .. No sabes el sentimiento que me cuesta esta convicción. Hubiera dado yo lo que no tengo porque esa gente fuera gente honrada, Carita. Conque dime, ¿te quedarás de buena gana aquí con nosotros?

Car. Don Miguel, no es posible... Y no porque yo no esté segura de portarme bien. El pan que ustedes me dieran procuraría recompensarlo con mi trabajito, y el cariño, que con nada se paga, sabría pagarlo en la misma mone-

da; pero marcharse ellos y quedarme yo, ¿no ve usted que es cosa imposible? Lo atribuirían todo á mis maquinaciones y artimañas, porque, como son malos, de noche y de día no tienen más que malos pensamientos; le armarían á usted la escandalosa; darían un espectáculo reclamándome violentamente...

D. Mig. Nada de todo eso me importa un ardite. Derecho sobre ti no pueden alegar ninguno: aquí no hay más leyes que tu voluntad y la mía. Sin contar conque en último resultado yo sabría taparles la boca. A los tunantes se les convence pronto... Y ahora vas tú á hacerme un favor á mí.

Car. Todo lo que usted guste.

D. Mig. Contestar á una pregunta nada más. Ya ves qué poco. Pero no has de engañarme... ¿eh? Cuidado.

Car. ¿Engañar yo á usted? No cabe en mí semejante cosa.

D. Mig. Pues entonces dime, si es que lo sabes: ¿quién es la Adela? (Carita baja los ojos sin contestar.) ¿No sabes tú quién es la Adela?

Car. Sí, señor.

D. Mig. Pues dímelo.

Car. La Adela... es una hermana de Mario y de Calixto...

D. Mig Ya, ya...

Car. Más bonita que un sol, y no tan mala como pudiera usted imaginarse... Lo que tiene que es así algo ligerilla de cascos... Eso por una parte... Luego... ¿sabe usted?... vinieron días de mucha necesidad... El padre... el padre..

D. Mig. Basta. No sigas. A ti te cuesta mucha violencia decirlo, y á mí me duele más escucharlo. Ya sé bastante. Déjame. (Se levanta.)

Car. Por Dios, que no se enteren... (Se levanta también.)

D. Mig. Descuida.

Car. A no ser porque me lo ha pedido usted, yo nunca hubiera dicho..

D. Mig. Tranquilízate: no estés pesarosa. Descubrir-

las bellaquerías siempre está bien hecho. Anda, déjame.

CAR. Bueno, señor... Me llevaré estas cosas... (Mientras recoge parte del cubierto de don Moisés.) A mí me parece que lo mejor es que yo me vaya, y así se ahorrará usted nuevos disgustos... Pero al fin y al cabo no haré más que lo que usted me mande... (Yéndose al interior de la casa.) (¡Qué malitas entrañas hay que tener para pagarle mal á este caballero!)

ESCENA X

DON MIGUEL y GLORIA

D. MIG. Es una desgracia pensar que todo el mundo es como yo. ¡Qué desengaño éste! (Pausa.) Hoy mismo, hoy mismo se concluye todo. Yo veré la manera de...

GLORIA (Saliendo de la librería. (¡Ya viene!)

D. MIG. (Sin reparar en Gloria.) Son unos canallas, unos canallas...

GLORIA ¿Quienes, papá?

D. MIG. Esos. . los Galeotes... (Vase al interior de la casa.)

GLORIA (Atónita) ¿Los Galeotes?...

ESCENA XI

GLORIA y MARIO

GLORIA Pero ¿también mi padre piensa de ellos?... Es la primera vez que le oigo calificarlos de esa manera... Todas estas son artes del tio Jeremías, egoistón del demonio, que desde que llegaron está procurando que se vayan. ¿Le habrá metido en la cabeza á mi padre sus malas ideas?. . ¡Ay, no quiero pensarlo! ¡Qué días llevo!... Dios me los tome en cuenta.

MARIO (Viene de la calle. Al ver á Gloria se acerca á ella con pasión.) Gloria.

GLORIA ¡Mario. ¡Cuánto has tardado!

MARIO ¿Estamos solos?

GLORIA Solos... como siempre; pero inquietos, como siempre también. Esto es menester que concluya: nuestro cariño no es un crimen.

MARIO A nuestros ojos, no; pero á los de tu padre, á los de tu familia, mi conducta pudiera parecerlo.

GLORIA ¿Por qué?

MARIO Cien veces te lo he dicho, tonta. Porque en el alma de un enamorado nadie penetra; porque mi situación en tu casa no me autoriza.. ¿Cómo entré yo aquí, Gloria de mi alma? Por caridad. ¿Cómo continúo? Por caridad también. Hasta que no me vaya y vuelva á entrar de otra manera, no debo dignamente... Compréndelo. Mi cariño, hoy por hoy, no tiene más disculpa que el tuyo.

GLORIA Es que mi padre se parece mucho á mí y sabría comprenderte.

MARIO No lo creas Un viejo y una niña, aunque se parezcan como dos gotas, no pueden pensar lo mismo de un enamorado.

GLORIA Mi padre de todo piensa como yo.

MARIO De mí no pensaría...

GLORIA (Eso que le he oido, ¿á qué obedecerá?) (Se estremece súbitamente como si algo temiera.)

MARIO (Alarmado.) ¡Que! ¿viene alguien?

GLORIA (Lo mismo.) ¿Viene alguien?

MARIO (Cerciorándose de ello.) No.

GLORIA (Lo mismo.) No ¿Ves qué suplicio? ¿No es un tormento no poder decirles á todos: Mario me quiere, yo quiero á Mario?

MARIO Para mí, no. Ni para tí debe serlo tampoco. Conque nos lo digamos nosotros, basta. ¿Qué nos importa que los demás lo sepan? En este mismo misterio con que nos queremos, en esta misma soledad de nuestra alegría estriba su mayor encanto. Tu alma y mi alma se ven, se quieren, se hablan, se besan en silencio; no nos ve nadie, no lo sabe nadie; toda la dicha se queda entre los dos.

GLORIA Mario, ¿no me engañas?

MARIO ¡Qué pregunta! ¿Has dudado de mí alguna vez? ¿dudas ahora?

GLORIA No dudo, no: ya lo sabes. Te pido lo que siempre: lealtad.

MARIO Lealtad y nobleza y cariño hasta que se me acabe la vida. Créeme. Deja correr el tiempo: quizás muy pronto podamos pregonar nuestro cariño á la faz del mundo.

GLORIA ¿Sí?

MARIO Sí.

GLORIA Es mi único deseo: acabe esta zozobra constante, esta inquietud de la conciencia... ¿Por qué temo yo? ¿por qué temes tú?

MARIO Porque ocultamos algo. Pero como lo que ocultamos es noble y el hecho de ocultarlo es más noble aún, nuestro temor es injustificado, pueril... de niños. Alégrate, vida: ten confianza en Mario, que te quiere con toda su alma... Ríete: que yo te vea reir y reiré también. Mi risa es el eco de la tuya. Tú no sabes las ilusiones que yo barajo en esta cabeza de chorlito. ¡Hasta de presidente del Consejo me he visto ya! Al fin te ríes...

GLORIA Me río, sí. (Sugestionada por Mario, obedece ciegamente á sus palabras.)

MARIO Mírame ahora. Dime que esos ojos no han de mirar á nadie como á mí me miran.

GLORIA Te lo digo.

MARIO Júrame también que esos labios no le dirán á otro lo que á mí me han dicho.

GLORIA Te lo juro.

MARIO (Cogiéndole las manos.) Gloria... (Esta presa no se me va.)

GLORIA (Abandonándoselas.) Mario...

MARIO (Separándose de ella violentamente.) Silencio.

GLORIA (Sobresaltada.) ¿Quién?

MARIO Tu padre.

ESCENA XII

DICHOS y DON MIGUEL

D, MIG. (Sale del interior de la casa distraído, y al reparar en Gloria y Mario, los mira con sorpresa y recelo.) (¿Eh? ¿qué es esto? ¡Juntos! .. (Como desechando un mal pensamiento.) ¡Bah! ¡qué cosas pasan por la cabeza! Son el agua y el fuego...) Buenas tardes, Mario.

MARIO Don Miguel, buenas tardes.

D. MIG. No sabía que estaba usted aquí. Precisamente le esperaba... (En tono cariñoso.) Gloria, hija mía, vé y dile á don Moisés que tenga la bondad de venir acá...

MARIO (Escamado.) (¡Hola, hola!)

GLORIA Voy. (¿Qué será ello, Dios mío?) (Éntrase en las habitaciones interiores.)

ESCENA XIII

DON MIGUEL, MARIO y DON MOISÉS

MARIO ¿Ocurre algo, don Miguel?

D. MIG. (Con amargura.) Extraordinario, nada: la cosa más natural del mundo.

MARIO (Respiro.) ¿Y es ello?...

D. MIG. Ahora cuando salga su padre...

MARIO (Malo. ¿Sabrá ..? Por más que me lo diría á mí solamente.) (Pausa.)

D. MIG. ¿Se ha paseado mucho?

MARIO Pasear, ni mucho ni poco; andar, alguna cosa.

D. MIG. El día está bueno, ¿eh?

MARIO Sí, señor, sí; muy bueno.

D. MIG. Calor más bien que frío, ¿verdad?

MARIO Justo.

D. MIG. Yo he tenido que soltar la capa...

MARIO (Viendo salir á don Moisés.) Aquí está ya mi padre.

D. Mois. ¿Qué hay, Miguel, qué sucede? Me ha alarmado tu hija: la he visto descompuesta, pálida...

D. Mig. No, hombre, no...

Mario Papá, tú ves visiones.

D. Mois. Habrán sido mis ojos. Más vale así.

D. Mig. Sí, más vale. ¿Quieren ustedes que nos sentemos?

Mario Sí, señor.

D. Mois. ¡Tú mandas! (A Mario.) (Esto me huele á chamusquina, hijo.)

Mario (A don Moisés.) (Y á mí, papá.) (Se sientan los tres: don Miguel á un lado de la camilla, Mario y don Moisés al otro.)

D. Mig. (¿Por dónde empiezo yo, virgen santa?)

D. Mois. (Sacando unas tijeras del bolsillo y cogiéndole un puño á don Miguel.) Perdona: en este puño tienes una hilachilla: dame acá...

D. Mig. Déjate ahora...

D. Mois. (Cortándole la hilacha, quieras que no.) Pero ¿qué tral ajo me cuesta, tonto? Chico, ¿sabes que estás temblando?

D. Mig. Un poquillo nervioso estoy hace días... No es cosa mayor... (Pausa. Mario y don Moisés se miran alarmados. Don Miguel hace esfuerzos para tomarle la embocadura al asunto.) Bueno, pues... los he reunido á ustedes... porque... A mí me cuesta una violencia invencible... un trabajo tremendo...

Mario (¡Hum!..)

D. Mois. (¡Ciertos son los toros!) (Con resolución y frescura.) Chico, sea lo que sea lo que á decirnos fueres, agrio, dulce ó agridulce, á nosotros, viniendo de ti, *parecerános* miel sabrosa. ¡Ah! ¡cuántas veces me habló de esa tu timidez infantil aquella santa que desde el cielo nos está mirando!

D. Mig. Moisés: un favor, antes de seguir adelante: no te acuerdes de mi mujer para nada.

Mario Que no la nombre querrá usted decir; que no se acuerde de ella es muy difícil.

D. Mig. Eso: que no la nombre es lo que le pido.

D. Mois. (Me falló el resorte de ultratumba.)

D. Mig. Tenemos no poco de qué hablar. Cuando

hace dos meses... ¿No hace dos meses que vinieron ustedes á mi casa?

MARIO ¡Qué sé yo, don Miguel! ¿Quién cuenta las horas de la dicha?

D. MOIS. A mí me han parecido dos días... Pregúntale al pájaro que vuela...

D. MIG. No, al pájaro no le pregunto nada. Te lo pregunto á ti, que es igual.

D. MOIS. (Me ha llamado pájaro.)

D. MIG. Pero, bien; haga el tiempo que hiciere... El resultado es que yo, con harto dolor de mi alma, Dios lo sabe, me veo en el duro caso de decirles á ustedes que esta situación no puede prolongarse más tiempo. (Pausa. Los Galeotes se quedan cuajados.)

D. MOIS. (No es lo mismo decir «Moros vienen», que verlos venir.)

MARIO (Levantándose de repente.) Papá, vámonos.

D. MIG. No, Mario, no... si no es eso...

MARIO ¡Si es eso, don Miguel!

D. MOIS. Este chiquillo tiene una idea tan exagerada del honor...

D. MIG. (A mí no me parece tan exagerada.)

D. MOIS. Siéntate, Mario, siéntate. Vamos á explicarnos; vamos á medir el pro y el contra..

MARIO (Permaneciendo de pie.) Se conoce, señor don Miguel, que lee usted con frecuencia el *Quijote*.

D. MIG. Y eso, ¿á qué viene?

D. MOIS. (Adulando.) Lo mismo se me ocurre á mí: ¿á qué viene eso?

MARIO A que no ha podido decirnos en un castellano más claro que nos vayamos á la calle.

D. MIG. Ni lo he dicho así, ni soy capaz de decirlo, ni es usted quién para darme lecciones de cortesía.

MARIO Bien está. No he pretendido molestar á usted. Sé cuánto le debo y á lo que me obliga la gratitud. Mi padre y Carita podrán hacer lo que mejor estimen: yo esta misma tarde me voy. Hasta después (Tomando su sombrero y marchándose por la puerta de la librería) (Me voy... pero *me quedo* en lo mejor de la casa, que es lo que no sabe este tonto.) (Don Miguel y don Moisés se levantan.)

ESCENA XIV

DON MIGUEL y DON MOISÉS

D. Mois. ¡Su abuelo! ¡Idéntico á su abuelo!
D. Mig. Pero, oiga usted, Mario...
D. Mois. Es inútil: no volverá la cara.
D. Mig. ¡Mario!
D. Mois. ¡Te digo que es su abuelo!
D. Mig. ¿Era sordo su abuelo?
D. Mois. ¡Un verdadero caso de *estrabismo!* Míralo: se fué. ¡Galeote de pies á cabeza! Galeotti, mejor dicho, porque nuestro apellido es italiano: Galeotti, con dos tt A principios del siglo pasado perdimos una t...
D. Mig. (Y á fines de éste la vergüenza.)
D. Mois. Y ya con una t nada más, yo, español sobre todo, ni más ni menos que tú mismo, porque yo por Cervantes me dejo cortar las orejas, españolicé el apellido y convertí la i final en e. Y eso que un tío mío, repostero en Milán..
D. Mig. Pero ¿crees tú que es esta ocasión oportuna para hablar del linaje?
D. Mois. Dispensa, chico: ha sido una digresión... Vamos á ver si nos ponemos de acuerdo.
D. Mig. No, no; si aquí no hay más acuerdo que el mío. Ciertas determinaciones las pienso mucho; tanto como dejo de pensar otras, ¿sabes? Y cuando tomo alguna de esas meditadas, es porque estoy seguro de que no puedo ó no debo proceder más que así.
D. Mois. (Con cara de vinagre.) ¿Eso quiere decir que tiene razón Mario?
D. Mig. ¿Cómo?
D. Mois. ¿Que nos echas de tu casa á escobazo limpio?
D. Mig. ¡Moisés!
D. Mois. ¡Faraón, qué caray! (Viéndose perdido, la echa por la tremenda.) ¡Hora es ya de que dé salida al surtidor de la fuente de mi indignación!

No me coge de nuevas lo que me has dicho: ¡lo esperaba! ¡Es mucha presión la que noto hace días!... ¡Por todas partes caras tiesas; en todas las conversaciones palabras duras; se me espían los pasos; se me mide el pan; se me tasa el vino; se me cuentan las croquetas porque me gustan!...

D. MIG. ¡Moisés, no seas bajo!

D. MOIS. ¡Bien! ¡muy bien! ¡Los grandes hombres! ¡los hombres de ancho espíritu! ¡Por tres indecentes días más que íbamos á estar en tu casa, la has querido pringar á última hora! (Agarrándose á la retórica á la desesperada.) Y mi comportamiento aquí, y el interés que por tu hogar *heme* tomado, y mis afanes por ganar dinero, y el cariño derramado como blando rocío sobre todos vosotros, nada significan, nada valen, nada pesan... ¡viento que pasa por las cumbres sin dejar rastro! He dicho antes que lo esperaba, y he dicho mal: te confieso que no esperaba esta ingratitud.

D. MIG. Moisés, me estás haciendo temblar de ira. Agradece á Dios que tengo en cuenta quién eres y quién soy y lo que me debo á mí mismo, que si no... Pero bien está todo, con tal que acabemos...

D. MOIS. (Abandonando definitivamente el estilo florido como cosa inútil.) ¡Sí, hombre, sí, acabemos! ¡Me das una patada en la barriga y me echas á la calle! ¡Qué bonito! ¡qué caballeroso!

D MIG. ¡Moisés!

D. MOIS. ¡Sí, hijo, sí, me echas á la calle! ¡la cosa no tiene otro nombre! ¡me echas á la calle!

D. MIG. ¡Bueno, sí; basta ya: te echo á la calle! ¡ea!

D. MOIS. ¡Así, así! ¡sin eufemismos! ¡con todas sus letras asquerosas! ¡á la cochina calle, á que me den morcilla!

D. MIG. ¡A que no estés más tiempo en mi casa!

D. MOIS. ¡Descuida, hombre: no me lo repitas otra vez! ¡Ya me voy! ¡No te queda más que escupirme á la cara! ¡Escúpeme, si se te antoja! ¡Anda, hombre! ¡Y si quieres me tiraré en el suelo, para que me pises también! ¡Y

que tu niña me registre el baul, como á las cocineras!

D. Mig. ¿Quieres irte?

D. Mois. ¡Sí, hijo, sí! ¡Ya lo creo que me voy! ¡Vaya si me voy! ¡Y cuenta que sacudiré las botas al salir, como Santa Teresa en la Coruña! (Entrase hecho una fiera por la puerta que conduce al interior.)

ESCENA XV

DON MIGUEL, JEREMÍAS, CARITA y GLORIA

D. Mig. ¡Jesús, Jesús, Dios mío! Me ha obligado á igualarme con él ese canalla...

Jer. (Saliendo de la tienda.) ¿Te han pegado ya?

Gloria (Saliendo con Carita del interior.) Papá, por Dios, qué escándalo... Don Moisés va ciego... me ha dado un empellón..

Car. Y á mí un par de guantadas...

Gloria ¿Qué sucede?

D. Mig. No sucede más sino que acabo de plantar en la calle al padre y al hijo.

Gloria (Sin poder reprimirse.) ¿A Mario también?

D. Mig. ¡A los dos! ¡Miserables! ¡villanos! ¡Y mientras el cuerpo me haga sombra no volverán á pisar el suelo de esta casa, donde no ha habido para ellos más que cariño y compasión!... (Acercándose á Gloria que se ha dejado caer llorando en una silla.) Gloria, hija mía, ¿qué te pasa?

Car. ¿Qué te pasa, Gloria?

D. Mig. ¿Qué es eso, hija?

Car. ¿Qué tienes?

D. Mig. ¿Por qué lloras?

Jer. (Cantando.)

Con el capotín, tín, tín, tín...

D. Mig. (Con profunda pena y energía.) ¡Calla: no aciertes esta vez!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con loro y todo. Es de noche. Luces en el escaparate y en la tienda.

ESCENA PRIMERA

GLORIA y PEDRITO

(Pedrito se pasea lleno de impaciencia recitando maquinalmente versos de «Don Alvaro». Gloria, nerviosa é inquieta, manifiesta impaciencia asimismo, y de vez en cuando mira por el escaparate y por la puerta hacia la calle.)

PED. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero...

GLORIA Pero no seas tonto, Pedrito, ¿por qué no te vas?

PED. ¿Yo qué he de irme antes que vuelva don Miguel?

GLORIA Te advierto que mi padre ha de tardar mucho.

PED. Pues me va á reventar, vive Cristo.
Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...
Luego, como á don Jeremías le ha dado también la ventolera por largarse...

GLORIA (Esa es mi fortuna.)

PED. *Para Curra el overo...*

La culpa de todo me la tengo yo por no haberle advertido á tu padre que esta noche hacíamos el *Don Alvaro* en casa de doña Guadalupe.

GLORIA Pues por eso te digo que te vayas, inocente.

PED. No, no, no, no...

GLORIA Si yo me quedo al cuidado de la tienda...

PED. No, no, no..

GLORIA (¡Qué suplicio!) (Aparece Mario en la calle por detrás del escaparate, y Gloria, sin que Pedrito la vea, le hace señas de que se vaya y aguarde un poco. Mario obedece.)

PED. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero...
¡Y que no tengo nada que hacer, es broma! Tengo que ir á mi casa por alguna ropa; tengo que ir á casa de Roquete; tengo...

GLORIA ¿Tienes más que tomar la puerta?

PED Todavía puedo esperarme un ratillo.

GLORIA (¡No se irá!)

PED. Por supuesto, esta noche me juego yo la reputación.

GLORIA Pero ¿tú tienes reputación?

PED. La tenga ó no la tenga me la juego esta noche. Imagínate que el mes pasado presentaron allí á uno de Cabra con muchas pretensiones, que me está minando el terreno y quiere quitarme los primeros papeles... Pero se la lía al dedo. ¿Tú no me has visto á mí el *Don Alvaro?*

GLORIA Sí; lo haces muy bien. Vete aprisa á aplastar al de Cabra.

PED. ¡Qué versos más hermosos tiene!
... *La jaca torda,*
la que cual dices tú los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para tí está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazán gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy ..!

GLORIA Sí, sí que estás loco de remate.

PED. Ya verá, ya verá el de Cabra lo que es canela fina.

GLORIA (Nada, no me deja: no hablaré con él .. Va á ser inútil cuanto he hecho.)

— PED Los aficionados, unos imitan á Calvo y otros á Vico. Yo no. Mejor ó peor, yo tengo escuela propia. Mira, Vico, las noches de buena entrada decía esto así:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cual atormentais mi mente! ..

Calvo era otra cosa: Calvo lo decía de esta manera:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cual atormentais mi mente!...

Pues mira cómo lo digo yo: verás qué diferencia:

Sevilla... Guadalquivir..
Cual atormentais mi mente...

Así, con naturalidad absoluta: sin darle importancia ni al Guadalquivir ni á Sevilla, ¿comprendes tú?

GLORIA (¡Jesús, qué desesperación!)

— PED (Mirando su reloj desasosegado.) Y tu padre sin venir todavía .. Como este otro detalle, que siempre me vale una ovación. Llega don Alfonso á la celda en que está don Alvaro, decidido á comérselo, y le pregunta con mucha fiereza: «¿Me conocéis?» Y don Alvaro le responde: «No señor.» Bueno, pues este «No señor» lo digo yo divinamente.» «¿Me conocéis?» «No señor.» Así, encogiéndome de hombros. Es como si le dijera: ¿sabe usted que no caigo en este momento? Naturalidad, hombre. La escuela moderna.

GLORIA Te estás entusiasmando mucho y vas á llegar tarde Y luego me echarás á mi la culpa...

— PED. (Volviendo á mirar el reloj) A la media me voy.

GLORIA (Me consumo de impaciencia, Dios mío.)

— PED. Pero mi escena, mi *clou*, está en la jaca torda. Cuando don Alvaro se quiere llevar á doña Leonor.

GLORIA (Muy turbada.) ¿Qué dices?

— PED. Sí, mujer; ¿no te acuerdas? En el primer acto. Ella duda, vacila, está temerosa, sobresaltada... Y él entra resuelto, con el ímpetu del amor...

Angel consolador del alma mía...
¿Qué tienes?

GLORIA Nada... no tengo nada... (Se me figura que todo el mundo lee en mi frente.)

PED. *¿Van ya los santos cielos*
á dar corona eterna á mis desvelos?
Y le dice la mar de finezas para infundirle ánimos. Doña Leonor, la pobre, aunque está enamorada de él, no se decide, se acuerda de su padre...

GLORIA Se acuerda de su padre, es verdad...

PED. ¡Qué escena más hermosa! Hasta que al fin y al postre llega el Marqués con la espada desnuda..
¡Vil seductor! ¡hija infame!

GLORIA ¿Quieres dejarme en paz, Pedrito?

PED. Y hay que oirme entonces á mí; bueno, á don Alvaro: (Como quien se bebe un vaso de agua.) *Vuestra hija es inocente... más pura que el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha á que puede dar origen mi presencia aquí á tales horas, concluya con mi muerte..*

GLORIA Pedrito, por Dios, que no tengo los nervios para dramas..

PED. Sí que te veo alteradilla esta noche. (A esta chica le pasa algo. Ese pícaro de Mario la ha vuelto del revés.)

GLORIA Tú me has puesto así con tus versos y tus impaciencias. Echa á correr ya, y el diablo que te lleve.

PED. No voy á tener más remedio, para no caer en falta.

GLORIA Vete, vete; sí.

PED. Dile á don Miguel lo que hay.

GLORIA Sí, hombre, sí; por mi padre no temas.

PED. Pues adiós: hasta mañana si Dios quiere.

GLORIA Adiós.

PED. (Poniéndose sombrero y capa y yéndose escapado.)
Al primer grande español
no le cedo en jerarquía:
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

ESCENA II

GLORIA y CARITA

GLORIA ¡Ya quiso Dios! Al fin me dejan sola y podré hablarle... Le haré señas para que entre. Por fortuna Carita, que es la única persona que queda en la casa, se ha echado un ratillo. (Va hacia la puerta: se detiene de improviso azorada mirando aquí y allá; procura tranquilizarse, y al ir de nuevo á avisarle á Mario sale Carita de la trastienda.) ¿Eh? creí que venían... ¡Dios mio, qué trabajo me cuesta!

CAR. Gloria, ¿qué haces?

GLORIA ¡Carita!

CAR. ¿Te has asustado, mujer?

GLORIA Como pensé que estabas en tu cuarto... y me he quedado sola..

CAR. ¿Se fué Pedrito?

GLORIA Se fué... Lo ví tan impaciente que me dió lástima retenerlo... Y tú, ¿te has aliviado del dolor de cabeza?

CAR. Sí; ya estoy bien. (Sentándose.) Te haré compañía.

GLORIA Como quieras. (¿Será Dios quien me pone tantos obstáculos?)

CAR. ¿No te sientas?

GLORIA No. Los nervios no me lo permiten esta noche...

CAR. ¿A tí tampoco? Pues júntate conmigo y vaya un par. Llevo unos días crueles. Ahora mismo me quedé traspuesta un instante y soñé que mi padrino era uno de esos tíos de las alcantarillas. Se acercó á mí con un farol y unas botas muy grandes que armaban ruido de cadenas, como en los cuentos, y me dijo dice: «Mira á lo que me veo reducido por habernos abandonado tú.» Y lo bueno es que yo me eché á reir como una tonta y le contesté: «Padrino, usted y sus hijitos en la alcantarilla tenían que parar.»

GLORIA Los disparates de los sueños. (Estoy velada.) (Mario se asoma á los cristales del escaparate,

mira hacia dentro y al ver allí á Carita se retira contrariado.)

CAR. Como que no se me cae de la imaginación esa gente.

GLORIA Hoy hace quince días que se fueron.

CAR. Parece que sin ellos me falta algo.

GLORIA (Y á mí también.)

CAR. Y cuenta que no será por los buenos ratos que he pasado á la verita suya. Yo nunca te he hablado de estas cosas, porque ni siquiera de ellos me gusta hablar mal; pero, hija, me trataban lo mismo que á un perro. Bueno, lo mismo que á una perra. «Carita aquí» «Carita allá» «¡Carita, empeña esto!» «¡Carita, saca lo otro!» «¡Carita, busca dinero!» «¡Carita, á ver cómo almorzamos» «Carita ¡pun! ahí te va ese confite»: una bofetada. Porque bofetada que se perdía y palo que no encontraba colocación, ya lo sabían mi cara y mis costillas: ¡á ellas iban derechos! Y yo, nada: resignarme y callar... Más tonta he sido...

GLORIA Exageras mucho, Carita. Si eso fuera así, ¿cómo ibas á echarlos de menos?

CAR. Muy sencillo, mujer... ¿Tú te has sacado alguna muela?

GLORIA Sí...

CAR. Pues así los echo yo de menos. Igual, igual. Noto vacío el sitio donde estaba una cosa que me ha hecho rabiar los imposibles. No puedes tener idea de dos *raigones* como el padre y el hijo. Hablo de Mario y don Moisés, que los otros son pecres todavía. Don Moisés es un bellaco de lo más gordo que Dios se ha entretenido en criar; si es que Dios se entretiene en criar bellacos, que me parece muy bajo entretenimiento para Dios, y él me perdone si digo alguna herejía, aunque estoy en que no; pero, en fin, yo se lo consultaré al cura el domingo... Bueno, pues don Moisés, como te digo, es un bellaco, y Mario media docena de bellacos metidos en un solo cuerpo.

GLORIA (Con espontáneo arranque.) ¡Mientes, Carita!

CAR. (Levantándose asombrada.) ¿Qué?

GLORIA ¡Mientes! ¡No conoces á Mario!

CAR. ¿Que no conozco á Mario, infeliz? ¿Y tú sí lo conoces?... Gloria, ahora veo claro lo que tanto temía. Te ha trastornado el seso ese bribón...

GLORIA (Con honda pena.) ¡Cállate, Carita!

CAR. ¡No quiero! Para algo estoy aquí.

GLORIA (Angustiada.) Cállate, por Dios.. Pero no, no te calles... Habla, dí lo que sepas... ¡Yo no puedo más con este secreto, que me pesa como una montaña sobre el corazón! Tú eres buena, tú eres honrada, tú no me engañarás... Dime, dime cosas de Mario. No me dejes sola, no me abandones... Te confieso que estoy enamorada de él... no me dejes sola... que iré á donde él quiera llevarme .. no te vayas tú... que no tengo más voluntad que la suya. . no te apartes de mí.

CAR. Descuida: aquí me tienes. Serénate un poco. ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!

GLORIA Estoy aterrada, estoy loca...

CAR. Tranquilízate y ven acá. (Se sientan.) ¿Tú has vuelto á hablar con Mario?

GLORIA A hablarle... no... á verlo... sí.

CAR. ¿Te escribe?

GLORIA Casi todos los días...

CAR. (Atando cabos.) Ya decía yo... Espérate: ¿á que te trae las cartas el verdulero?

GLORIA El mismo.

CAR. La que á mí se me vaya por alto... Si lo ví yo un día... ¿Habrá tío sin vergüenza? Mañana se va á comer toda la verdura. Pedrito fué quien me puso sobre la pista... Observó que Mario pasaba con frecuencia por la calle, y el pobre se alarmó temiendo alguna fechoría. Como también ha sido víctima de ellos... Creo que le han sacado diez duros, un par de botas y una petaca de piel de Rusia.

GLORIA Bueno, dí...

CAR. Dí tú primero. ¿Qué intenta él? ¿cuáles son sus propósitos? Tú ¿qué le dices?

GLORIA El.. todo se vuelve querer sacarme de mi casa.

CAR. ¡Bandido!

GLORIA No; si yo no quiero...

CAR. Pero él te lo propone.

GLORIA Sus cartas me parten el alma...

CAR. No lo creas.

GLORIA Son tan sinceras, tan nobles, tan llenas de amor...

CAR. No lo creas.

GLORIA Sí lo creo, sí. El será muy malo contigo, con todos, pero conmigo es bueno... me quiere mucho... mucho...

CAR. Lo primero que hace falta para querer es el corazón, y Mario no lo tiene. Gloria, abre los ojos: Mario es un miserable, un egoista sin entrañas..

GLORIA (Con dolor profundo; resistiéndose á creer á Carita; levantándose.) ¡No!

CAR. ¡Sí! Perdona que te desgarre el alma. No eres tú la primera mujer á quien pretende embaucar y hacer suya.

GLORIA ¿Qué?

CAR. Lo que oyes. Con la mayor frescura se echa novias y novias en cuanto huele una buena presa.

GLORIA ¡Ah! (Déjase caer sollozando en la silla.)

CAR. Es un desalmado. Recuerdo que una vez que tenía ropa negra le hizo el amor á una marquesita muy linda, la marquesita se prendó de él —porque, eso sí, Dios le ha dado figura y labia y muchísima suerte, ¡parece mentira!—y otra vez vuelvo á meterme con Dios, y esto va a acabar mal si Dios no tiene en cuenta mis intenciones... Ya he perdido el hilo: ¿en qué estaba yo? Ah, sí. Te contaba que la marquesita se prendó de él, que el señor marqués se enteró de quién era Mario, y que cuando menos lo esperaba se encontró con un pie de paliza de lacayos y cocineros, que me río yo. Es decir, no me río, porque á mí el mal de nadie me hace reir. Pero merecido, ¡vaya si lo tenía! Pues él, como si no: en cuanto se le quitó el dolor de los cardenales, tan fresco.

GLORIA Me aterra el oirte, Carita.

CAR. ¿Te aterra? No sabes... Si esa aventura no vale nada... Como que es de las pocas en que él ha salido con las manos en la cabeza. Yo quisiera ahora, para desengañarte de una vez, poder contarte en un momento todo lo que sé, todo lo que he visto, la historia negra de ese hombre. A mí no se me olvida un día en que llamó á la puerta de casa preguntando por él una muchacha con un niño en los brazos, y Marió salió y la tiró á empujones por las escaleras.

GLORIA ¡Oh! (Horrorizada, se cubre el rostro con las manos.)

CAR. De eso es capaz el hombre que dice que te quiere. No tiene conciencia. Si la tuviera, no podría con el peso de los remordimientos, yo te lo fío. Pero como la conciencia anda por las nubes, y él no se levanta un palmo del fango de la calle, ahí lo ves, intentando una nueva hazaña. Y mira á quien eligió como señora de sus ruines pensamientos: á la hija de quien le dió salud, sosiego, cariño y un pedazo de pan para que no se muriera de hambre.

GLORIA ¡Jesús! Me hablas de una manera que, á medida que te oigo, siento que se me llena el alma de una sombra muy triste .. y aunque parezca absurdo, de una luz que si no es alegre es muy clara... Voy viendo dentro de mí cosas que nunca he visto: y es que el espanto me abre los ojos y veo .. veo... ¡Qué horror!... ¡Júrame que no me mientes, Carita!

CAR. Gloria, ¿me supones capaz...?

GLORIA No. Pero júramelo.

CAR. (Después de besar la cruz.) Ya está jurado.

GLORIA ¿Por quién?

CAR. Por mi madre, á quien no conocí

GLORIA Verás entonces. . (Corre hacia la puerta.)

CAR. (Corriendo tras ella.) ¿Adónde vas?

GLORIA A llamarlo.

CAR. Pero ¿está ahí?

GLORIA Ahí está.

CAR. ¿Mario?

GLORIA Mario. Me espera para hablar conmigo, para

convencerme... (Con invencible pena.) ¡Ay!... Por eso he procurado quedarme sola...

CAR. Felizmente estoy yo al lado tuyo. Llámalo.

GLORIA Sí (Se asoma violentamente á la puerta y hace señas á Mario.)

CAR Y ahora, vete.

GLORIA No.

CAR. Vete: no lo has de ver.

GLORIA ¿Cómo?

CAR. No quiero: no lo merece. Por mi madre te he jurado que no te engaño. Por la tuya te pido que me dejes con él.

GLORIA ¡Carita!

CAR. ¡Por tu madre, Gloria!

GLORIA Quiero verlo de cerca, hablarle, leer en sus ojos...

CAR. Leerás lo que tú quieras, no lo que digan.

GLORIA Ya no.

CAR. ¡Lo mismo! Entra ahí. (Empujándola hacia la puerta de la trastienda, junto á la cual están.) Vete lejos...

GLORIA Carita, ¡por la Virgen!

CAR. Conseguirás que entere de todo á tu padre.

GLORIA ¡Eso no!

CAR. Pues vete.

GLORIA Ya me voy. (Llorando.) ¡Parece que me he quedado sin alma!

CAR. La tiene él; pero yo la arrancaré de sus manos. Ahí viene: huye. (Vase Gloria corriendo, como horrorizada, pero mirando hacia la puerta de la calle, por donde llega Mario)

ESCENA III

CARITA y MARIO

MARIO (Con vehemencia.) ¡Gloria!

CAR. (Volviéndose hacia él.) No es Gloria: es Carita.

MARIO ¿Qué? Pues ¿no fué Gloria quien me llamó?

CAR. Justamente; pero la que va á hablarte es Carita.

MARIO ¡Siempre tú! Yo no tengo nada que ver contigo. Adiós. Me voy.

CAR. No te vas.

MARIO ¿Cómo?

CAR. Que no te vas.

MARIO ¿Quién eres tú para impedírmelo?

CAR. Escucha: Gloria te quería...

MARIO ¡Y me quiere!

CAR. Te equivocas: ya no.

MARIO ¿Que no? (Avanzando hacia ella.) Pues ¿qué le has dicho?

CAR. ¿Ves como no te vas?

MARIO ¿Qué le has dicho, Carita?

CAR. Poca cosa: nada: una pequeña parte de lo que eres.

MARIO (Lleno de ira.) Si no me pareciera una cobardía, te cruzaba la cara.

CAR. Hazlo, tonto: no será la primera vez.

MARIO Merecías que lo hiciera. ¡Así pagas la hospitalidad que te hemos dado en mi casa tantos años!

CAR. Mucho mejor que pagas tú la que te han dado aquí.

MARIO (Me conviene más ir por las buenas.) Pero, vamos á ver: ¿es acaso un crimen enamorarse? ¿Qué mal hay en ello? ¿Quién ve á Gloria y no la quiere con locura? ¡Pues mi delito no es otro que haberla visto! Porque la ví la quiero.

CAR. Eso del querer es muy complicado. Quererla... ¡ya lo creo que la querrás!... Pero no la quieres.

MARIO ¿Qué sabes tú? A todos nos llega nuestra hora. Créeme, Carita: los hombres vamos dando tumbos por el mundo adelante, desorientados, ciegos, caminando entre sombras, hasta que la luz de unos ojos nos detiene, nos encanta y nos sirve de guía... Siguiendo el rastro divino de los de Gloria he de ir yo adonde ellos quieran llevarme... ¡Ay de aquel que me estorbe el paso!

CAR. Yo: tan indefensa y todo: yo. Y no me asusto de arranques de guardarropía.

MARIO Criatura... no hagas eso. No lo hagas, por lo que más quieras en el mundo. No es amenaza, es súplica. Mira que el amor de Glo-

ria me ha vuelto otro. Yo no sé qué resplandor celeste ha metido dentro de mí, ni cómo explicar este cambio mío... Ello es que si tengo una mala idea, una mano suave y delicada viene y me la quita de la frente; y si en mi pecho arde una pasión indigna, la misma mano con sus caricias acude á apagarla...

CAR. Pues trabajo le mando á la mano.

MARIO ¡Carita, no te burles de lo que te digo!

CAR. Cállate ya, hipócrita, declamador, farsante...

MARIO ¡Carita!...

CAR. Carita es una hormiga, pero no se asusta de tí por más que te las echas de león. Con Carita no te valen ni recursos de drama ni párrafos floridos; Carita se ha quedado en esta casa porque temía algo de esto; Carita quiere, ya que no borrar la huella de vuestra conducta, servir de barrera para que no paséis adelante... Así vuestro recuerdo no será tan amargo. Eso me tenéis que agradecer todavía.

MARIO ¿Sí, eh? (Con mucho énfasis.) ¡Lo que por lo visto quiere Carita es que yo pierda la cabeza y haga aquí un escarmiento terrible!

EL LORO No te tires, Reverte.

MARIO (Sin darse cuenta de lo que ha oído.) ¿Qué?

CAR. (Conteniendo la risa.) Es el loro.

MARIO ¡Pues á ver si empiezo por el loro!

EL LORO No te tires, Reverte.

MARIO (¡Se me ha venido el ridículo encima de golpe y porrazo!) ¡Carita, llama á Gloria!

CAR. No quiero.

MARIO ¿Que no quieres? La llamaré yo. (Gritando.) ¡Gloria!

CAR. Es en balde, Mario: no vendrá.

MARIO Lo veremos. (Va hacia la trastienda llamando.) ¡Gloria! ¡Gloria!

CAR. (Viendo á don Miguel, que llega de la calle.) Ahí tienes á su padre.

MARIO (Azorado.) ¿Eh?

CAR. (El Señor nos valga.)

ESCENA IV

DICHOS y DON MIGUEL: al final JEREMÍAS

D. MIG. ¿Qué es esto, Mario? ¿qué hace usted aquí?

MARIO Don Miguel...

D. MIG. ¿Qué hace usted en mi casa, le pregunto? Cuando salió de ella, le rogué á usted que no volviese. ¿Por qué ha vuelto?

CAR. Don Miguel...

D. MIG. Calla tú.

CAR. Permítame usted que tome la palabra. Ha venido por mí.

MARIO (Me ha salvado.) Justo... por ella...

D. MIG. ¿Por tí, Carita? (Yo sabré la verdad.)

CAR. Lo manda su padre... Dicen que no se acostumbran á mi falta...

D. MIG. ¿Y tú que has respondido?

CAR. Que no me voy: que también hago falta aquí.

D. MIG. Ya lo oye usted. Yo no la violento: hace su voluntad.

CAR. Ni más ni menos. Y será inútil que te empeñes, Mario. Cuantas veces vuelvas á lo mismo, te marcharás solo. ¿Te enteras bien? ¡Solo!

D. MIG. Por eso lo mejor será que no vuelva. Carita se ha acostumbrado á nosotros, y nosotros á ella. Vivimos felices; nos estorba la gente, ¿entiende usted? (Deja la capa y el sombrero que trae puestos y se pone la gorra.)

MARIO Entiendo, sí, señor, entiendo. No es la primera vez que le digo á usted que tiene unas despachaderas que da gozo.

D. MIG. Pues á ver si es la última. (Se sienta al brasero.)

MARIO Lo será. (¡Lo he perdido todo! Procuraré caer gallardamente.) Carita... hermana mía... adiós. Juntos hemos crecido... juntos hemos reido... juntos... juntos... (No, no me sale el párrafo: es inútil.) ¿Para qué decirte lo que

no has de entender? Adiós. Señor don Miguel, beso á usted la mano.

D. MIG. Abur, amigo.

MARIO (Yéndose.) (¡Con lo menos que se contenta mi padre es con volar la casa') (En la puerta tropieza con Jeremías que llega, y le pisa un pie.)

JER. ¡Ah!... (Viendo que Mario no se disculpa.) Se dice «Usted dispense.»

MARIO (Parándose un momento.) Eso es cuando se pisa á una persona.

ESCENA V

CARITA, DON MIGUEL y JEREMÍAS

JER. Ese pajarraco no ha venido aquí á nada bueno.

D. MIG. Te diré...

JER. Ese pajarraco...

D. MIG. Aguarda, hombre.

JER. No ha venido aquí á nada bueno.

D. MIG. Como que ha venido por Carita.

JER. ¿Por Carita?

CAR. Sí, señor; por mí... por mí..

JER. Miguel, mucho me escamo. ¡Ojo al Cristo, que asan carne! Soy contigo en seguida. (Vase al interior de la casa.)

ESCENA VI

DON MIGUEL y CARITA

CAR. ¡Qué mal pensado es!

D. MIG. Por eso acierta casi siempre. ¡Ojalá fuera yo lo mismo! ¿Y Gloria?

CAR. Allá dentro está: ¿quiere usted verla?

D. MIG. (Levantándose.) Espera un poco. Antes vas á darme una prueba de tu lealtad. ¿A qué ha venido Mario?

CAR. Ya se lo he dicho á usted, don Miguel.

D. MIG. ¿Te obstinas en eso?

CAR. ¿Y qué quiere usted que le haga?

D. MIG. Por Dios, Carita de mi vida, no me engañes tú; mira que si tú me engañas también voy á morirme de tristeza. ¿Ha venido Mario á ver á mi hija?

CAR. (Con timidez.) Sí, señor... ha venido á verla..

D. MIG. ¡Ah!

CAR. Pero no la ha visto.. Lo he impedido yo...

D. MIG. (Con ansiedad.) ¿Y ella estaba de acuerdo?... ¿Tú sabes?...

CAR. Todo. Todo me lo ha confesado la pobrecilla... hecha un mar de lágrimas.

D. MIG. A ver... habla, cuéntame...

CAR. Es más buena que el pan. Da lástima oirla. Ese bribón de Mario la ha traído engañada... la ha vuelto loca... Pero yo le he quitado ya la venda de los ojos. No tema usted. Si no se lo declaré así al principio, fué porque quise evitarle este nuevo dolor; pero como usted me lo ha rogado... No tema usted, no tema usted, vuelvo á decirle. Gloria sabe ya lo que es Mario, y basta. A Mario se le podrá querer viéndolo por fuera; pero cuando se conoce lo que lleva por dentro, ni el mismo amor halla disculpa á tanta ruindad... Ahora sólo nos queda un trabajo: consolar á Gloria y procurar que olvide pronto... ¡Pobrecita!

D. MIG. ¡Pobrecita, sí! ¡Qué bien hice, criatura, al dejarte aquí con nosotros! Algún alivio había de hallar á mi desengaño. ¿Hasta dónde iba á llegar la maldad de esa gente, Dios mío? ¡Qué sé yo! ¡Sólo el imaginarlo me asusta!... No bastaba el burlarse de mí, el insultarme, el enlodar mi casa, el no agradecer el bien recibido... ¡Faltaban las pedradas!

CAR. ¡Maldita sea la hora en que entramos todos aquí!

D. MIG. Eso no: bien hecho está lo hecho. (Déjase caer en su sillón.) Si al resultado vamos, dime tú á mí quién lleva la peor parte: nosotros los perdemos á ellos y ellos á nosotros. Ya ves qué diferencia. Pero esto no quita que duela, que lastime...

ESCENA VII

DICHOS, JEREMÍAS y CATALINA

JER. (Saliendo por donde se fué.) ¿Qué te ocurre, Miguel? Estás mustio, abatido. . Déjate de sensiblerías y abre el ojo.

D. MIG. ¡Ay, Jeremías de mis culpas!... Dichoso tú, que vives independiente y feliz, y no tienes más amigo que tu loro, y oyes llorar y te haces la ilusión de que llueve, y ves á quien padece hambre y te quitas las gafas... Préstame tu corazón y tus ideas para andar por el mundo, que yo cogeré las mías y el mío, y los colgaré en la pared de mi alcoba, junto á aquella espada vieja que tengo allí y que maldito de Dios para lo que me sirve.

CAR (¡Pobre señor!)

D. MIG. (Levantándose.) Voy á ver á mi hija.

CAR. ¿Para qué, don Miguel? ¿No vale más que lo deje usted para mañana?

JER. ¿Dónde está Gloria?

CAR. En su cuarto; pero estará llorando la pobrecilla..

JER. ¿Llorando?

D. MIG. Por lo mismo quiero verla yo.

CAR. Déjela usted que se serene, que pase el mal rato, y entonces...

CAT. (Viene de la calle descompuesta, jadeante, escandalizada. Apenas puede hablar. Se sienta en una silla, llamando la atención de todos con sus aspavientos.) ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡ay, Dios mío de mi arma! ¡ay, virgen del Amparo!

D. MIG. ¿Qué es eso, mujer?

CAR. ¿Qué sucede?

CAT. ¡Ay, qué zofocación! ¡ay, qué dijusto! ¡ay, qué bochorno!

D. MIG. ¡Que nos tienes con el alma en un hilo!

CAT. ¡Ay, qué gente más mala! ¡ay, qué gente más pícara! ¡ay, qué gente más zinvergüenza!

JER. ¡Hola!

CAT. ¡Ay, qué arrastraos! ¡ay, qué *pajoleros!* ¡ay, qué retunantes!

D. MIG Pero ¿quiénes, por Dios...?

CAR. Hable usted.

CAT. Eza gentuza... ezos tíos... ezos Galeotes...

D. MIG. ¡Acabáramos! ¿Has visto al hijo?...

CAT. No zeñó... He visto ar padre... ¡mala puñalá le den!... ¡mar tiro le peguen!... ¡ze vea más mardecío que la lista grande!

D. MIG. Basta de maldiciones ya: ¿qué ha pasado?

CAT. Déjeme usté que me dezahogue, zeñó.. ¿Habrá tío charrán? ¡Armanaque lo jagan, pa que tos los días le arranquen argo! ¡Jozú, Jozú, Jozú!... (Se levanta.) Me lo encontré en la esquina e la cayejuela, á la verita e un coche, cazi enfrente á la caza e Pedrito... y me fuí pa é como una loba á zacarle los ojos...—¿ustés no zaben que me dejó á debé cuatro pezetas?—Lo mismo fué verme vení que me zaluó mu reverenciozo... Y zarto yo y le digo: «Más valía que en vé de tomá coche pagara usté las trampas.» Y zarta é y me dice: «¿Y usté pa qué quié ya er dinero, con loz años que tiene encima?» Y zarto yo y le digo: «Ezo no es cuenta de usté, zo pendón » Y zarta é y me dice que zoy una bruja. Y zarto yo y le digo que ze yevó de aquí una cuchara. Y zartá é y me dice que ezo no es verdá. Y zarto yo y le araño en la jeta. Y zarta é y me da un bofetón—mardita zea zu casta.—Y zarto yo y le pongo un ojo como er faró de la botica. Y zarta er cochero der pescante, y ze mete por medio. Y principia á zalí gentuza e la taberna, y zale don Calixto con una lagarta, y ze ponen á reirze de mí, y me arranco á la lagarta y le trinco er moño, y eya me trinca er mío, y por poquito nos queamos carvas las dos; y ze para la gente á mirarnos, y á mí me da la razón to er mundo, menos los *guindiyas,* porque no había ninguno; y gracias á que estaba ayí zeñó Romuardo er de la tienda que me trajo pa acá y me dejó en la esquina, no zalimos tos mañana en los

papeles... ¡Jozú, Jozú, qué escándalo! ¡Ay, virgen de los Reyes! ¡ay, virgen der Pilá! ¡ay, virgen de Utrera! ..

CAR. Sosiéguese, Catalina, sosiéguese.

D. MIG. Vaya por Dios, mujer. Pero ¿hasta cuándo va á durar el rastro de esa gente en mi casa?

JER. A ver, á ver.. Mario aquí .. y su padre en la callejuela... y un coche... y... ¿Dónde está Gloria?

CAR. Allá dentro, señor.

D. MIG. ¿Qué temes tú? Voy por ella ahora mismo...

CAT. ¡Ay, no azustá!...

ESCENA VIII

DICHOS y PEDRITO

PED. (Llega despavorido, con un palmo de lengua fuera. Trae un lío de ropa en la mano.) ¡Gloria! ¡Gloria!

D. MIG. ¿Qué pasa?

CAR. ¿Qué es ello?

PED. ¿Y Gloria? ¿Y Gloria? ¿No está aquí Gloria?

CAT. ¿Ande ze ha metio Gloria?

PED. ¡Va en un coche con los Galeotes!

(Grito de espanto: consternación: cada uno tira por un lado.—Las frases comprendidas en la llave son simultáneas. También lo son los ayes de Catalina y la descripción del suceso que hace Pedrito.)

D. MIG. ¡Mentira! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Hija mía! (Entrase en la casa corriendo.)

JER. ¡Se fué por el portal! ¡Son unos bandidos! (Corre á la calle.)

CAT. ¡Jozú qué infamia!

CAR. ¡No es cierto! Si no puede ser... ¡Gloria! (Sigue corriendo á don Miguel.)

CAT. (Muy acongojada.) ¡Ay, Jozú! ¡ay, qué dolo! ¡ay, qué pena de hija! ¡ay, qué desgraciaita va á zé! ¡ay, que ya ze acabó la alegría en esta caza! ¡ay, eze padre ze va á gorvé loco! ¡ay, vaya por Dios! ¡ay, yo que la he criao en mis brazos! ¡que la he visto crecé! ¡que la quería como á la zangre de mis venas!... ¡ay, pobre-

cita mía, que la han engañao! ¡ay, qué picardía! ¡ay, qué doló! ¡qué doló! ¡qué doló!

PED. (A Catalina, que maldito si le hace caso.) La he visto... la he visto... no me cabe duda... Era ella... eran ellos... El coche pasó por delante de mí como un relámpago, cuando yo salía de mi casa... pero pude verlos.. Grité... llamé al cochero... Inútil. Corrí... resbalé y di de bruces en las piedras... Perdí de vista el coche... ¿Qué hacer, Dios mío?... Volar... volar á su casa... Y en menos tiempo que lo digo me he plantado aquí. ¡Ay, Catalina! ¡Esto es horrible! ¡esto es cruel! ¡esto mana sangre! ..

D. MIG. (Saliendo con Gloria y Carita, y encarándose con Pedrito, el cual al ver á Gloria enmudece de asombro.) ¿De donde sacas tú, majadero?...

CAT. ¡Pero zi está aquí la gloria e miz ojos! ¡Ven acá tú, arma mía! ¡ven acá tú! (La abraza y la besa fuertemente, como si quisiera dejarle los besos señalados.)

CAR. Este Pedrito, con sus dramas...

PED. Perdón... perdón... mis intenciones... Yo juraría...

D. MIG. Más vale que no jures.

CAT. (Separándose de Gloria y abalanzándose sobre Pedrito, á quien pellizca.) Ahora verás tú, mal ange, ezaborio, lombriz con capa... ¿Te paece bien er zusto que nos has metío en er cuerpo? ¡Toma! ¡toma!

PED. ¡Ay! Perdón otra vez... Pero cuenta que yo no estoy chiflado... que no he visto visiones... Con Mario y con Calixto iba una mujer...

CAT. ¡La lagarta con quien yo he peleao!

PED. Sí, pero... así de pronto... cualquiera se ofusca... y como yo estaba ya con la mosca en la oreja, por lo que yo me sé, y además me he pasado todo el día recordando el rapto de doña Leonor...

D. MIG. ¡El demonio del comiquillo este!... Vete, vete, que me has dado el susto más espantoso de mi vida.

JER. (Desde la puerta de la calle, á grandes gritos y sin ver

á Gloria, á quien tapa Catalina.) ¡Miguel! ¡Miguel! ¡Ni sombra! ¡No parece! (Avanzando hacia don Miguel, con los brazos abiertos.) ¡Qué tremendo golpe, hijo mío! ¡Te compadezco!... (Lo abraza, quedando cara á cara con Gloria, la cual, adelantándose hasta él, sonríe tristemente.) Ah, ¿pero está aquí ésta? (Pedrito suelta la carcajada, lo cual irrita á Jeremías.) ¿Quién se ríe? ¡Yo te daré risa, tarambana!

PED. Perdón, perdón, don Jeremías.

JER. ¡Qué perdón!

D. MIG. Sí, perdonémoslo todos, ya que lo perdonamos mi hija y yo.

PED. Yo... la verdad... con la más sana intención del mundo...

D. MIG. Sí, hombre, sí... Anda con Dios.

PED. Nunca me arrepentiré bastante, don Miguel. (Viendo su reloj.) Pues encima me voy á ganar un rapapolvos en casa de doña Guadalupe. Llego con una hora de retraso. Vaya, hasta mañana si Dios quiere. (Corre hacia la puerta y se va.)

Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero.

CAT. Más loco está que un chivo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos PEDRITO

JER. ¿Ves, Miguel? ¿ves qué drama si llegan á arrebatarte á tu hija?

D. MIG. ¡No hables de eso, por Dios, que no es más que una locura tuya y de Pedrito!

GLORIA (Con profunda tristeza.) No; eso no.

D. MIG. ¿Qué dices, Gloria?

GLORIA Digo que hay algo de verdad en todo esto. Yo quiero á Mario... Mario venía á llevarme.

D. MIG. ¡Gloria!

GLORIA He dicho mal: lo he querido... La mejor prueba de que he de olvidarlo es que confieso ahora.

JER. ¿Lo ves?

D. MIG. ¡Jesús mil veces!

GLORIA No ha sido culpa mía... Perdóname. Y nada temas. A Carita debo el haberme salvado.

D. MIG. Que Dios te lo pague, Carita.

GLORIA De los Galeotes no queda nada aquí: si algo quedara en mi corazón, yo sabría arrancarlo y echarlo en medio de la calle.

JER. ¡Y si hace falta romperle las muelas á ese mozo, aquí está Jeremías!

EL LORO No te tires, Reverte.

JER. (Con explosión de júbilo.) ¡Ah, Rodríguez! ¡Lo has aprendido ya! ¡Me haces el más feliz de los hombres! ¡Mañana, chocolate con leche!

D. MIG. ¡Pero qué infamia, qué infamia la de esos Galeotes!...

CAT. Escarmiente usté, zeñorito, escarmiente usté.

JER. Sí, sí; escarmentar... Ese verbo no está en su Diccionario... Si mañana vienen otros Galeotes...

D. MIG Oh, no; yo os aseguro...

CAT. No azegure usté na: zi vienen mañana, pué zé que no ze cuelen, pero como vengan pazao mañana...

JER. Y después de todo, ¿quieres decirme lo que has sacado en limpio con meter en tu casa á esa gente?

CAR (Saltando con mucho salero.) ¡Caramba! ¡conocerme á mí! ¿No valgo yo la pena?

D. MIG Es verdad: conocer á Carita, que no es poco.

GLORIA No es poco, no.

CAR. Y yo conocerlos á ustedes, que eso sí que es mucho.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre 1900.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición).
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

La pena

DRAMA EN DOS CUADROS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1901

N. Fabra Herrero

LA PENA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

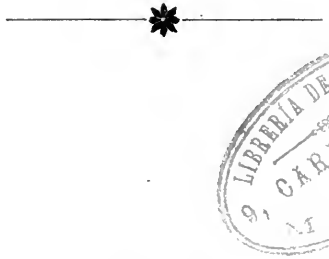
LA PENA

DRAMA EN DOS CUADROS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 6 de Enero de 1901



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1901

A los insignes artistas

María Guerrero

y

Fernando Díaz de Mendoza,

por quienes el teatro español ha cobrado nuevo esplendor y prestigio, en testimonio de profunda admiración y sincero afecto.

Los Autores.

¿Dónde estás, sol de mis ojos,
dónde estás, que no te encuentro?
¿Por qué á la voz no respondes
con que lastimo los vientos?
¿No ves que te voy buscando
y que sufrir más no puedo?
¿No ves que sin tí no vivo?
¿No ves que de pena muero?

RUIZ AGUILERA.—*El dolor de los dolores.*

PERSONAJES

ASUNCIÓN.....	Sra.	Guerrero.
PILITA.....		Ruiz.
MANUEL.....	Sr.	Díaz de Mendoza.

LA PENA

CUADRO PRIMERO

Comedor de casa de Manuel, en Sevilla. A la derecha del actor una puerta vidriera con visillos. A la izquierda, un hueco de puerta tapado por una cortina de cretona. Las paredes blancas. En la del foro una ventana con reja, que da á la calle. A derecha é izquierda de la ventana, respectivamente, un aparador y una cómoda. Encima del aparador distintas piezas de cristal y de porcelana, colocadas con orden. Encima de la cómoda varios marquitos negros con retratos y dos jarrones rebosando flores del tiempo. En las paredes, cromos puestos en marcos de caña dorada. Una mesa en el centro de la escena. Sillas de enea. Sobre una de ellas un bastidor y sobre otra una guitarra. Todo ello pobre, pero limpio y luciente.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

ASUNCIÓN, PILITA y MANUEL

(Acaban de comer. Manuel, sentado á la derecha, fuma un cigarro y apura una copa de Cazalla, sin mirar á Asunción ni atender á Pilita. Asunción, triste y llorosa, casi da la espalda á Manuel, sentada á la izquierda. Pilita, de frente al público, picotea en los postres aún y trata, con su charla, de animar la escena y de alejar la nube.)

PIL. Están riquísimas las naranjas... Y se pelan na más e con mirá ar cuchiyo. ¿No quié usté un casquito, mamá? (Asunción no contesta.)

¿Y usté, papá, no quié un casquito? (Manuel no contesta tampoco.) A la puerta farsa, que por la prinsipá no oyen... ¡Vaya por Dios! Me la ví á tené que comé yo entera y me va á hasé daño... ¡Cómo ha de sé! Pasiensia. Otro dia tendré más suerte. Y luego, como he pelao la más gorda... (Calla un momento, sin dejar de observar á sus padres.) ¿Ande está er gato, pá darle estas cortesas e queso?... A vé si ese me oye... (Llamando al gato.) Ps, ps, ps, ps, ps... ¡José, José, José!... ¡José, José!... Na; ni er gato tampoco. Hay días con desgrasia... De seguro que está en er tejao. ¡Le gusta más corré detrás e las gatas!... (Calla otra vez, y echa luego por distinto camino á ver si consigue algo más.) Diga usté, papá: ¿ha oído usté cantá soleares al hijo e Gregorio? ¿Eh? (Manuel no le hace caso.) Porque anoche, en la fiesta, estaba to er mundo: «¡El hijo e Gregorio!» «¡El hijo e Gregorio!» «¡Luego va á cantá el hijo e Gregorio!» Y cuando cantaba otro to se gorvía: «¡Ya verán ustés el hijo e Gregorio!» Y por fin cantó el hijo e Gregorio; y yo no entiendo, pero le digo á usté que si Gregorio no canta mejó que su hijo... ya se pué retirá la familia. ¡Josú qué irrisión de hombre! ¡Y qué *fachoso* se pone pa cantá'... ¡Lo que nos reímos Encarna y yo'... Como que le salen dos cuerdas aquí en er gañote ar tiempo e subí, que paese que se ha istalao la luz elértrica. ¡Ave María, qué manera de hincharse to é!... Y luego, como tiene la cara tan reonda y tan colorá, paresía un globo de esos de los chiquiyos... Daban ganas de clavarle un arfilé, pa vé si tronaba... Sentí yo más que no estuvieran ustés ayí... porque se hubiean tirao de risa. Fué lo mejó e la fiesta. Vamos, lo mejó, así pa reirse... Porque la fiesta fué güena de verdá. Señó Juan er padrino se conose que es mu rumboso... ¡Y qué rebonita estaba la novia!... Paresía una fló sin cortá toavía. (Se levanta y va de uno á otro.) Yo bailé seguidiyas con Milagros, la hermana de eya, que es casi de mi edá... Creo que

me yeva un año: eya tiene catorse metíos en quinse... Por supuesto que ayí bailó to er mundo. Hasta Micaela; y eso que se le ha muerto er marío hase un mes. Pué sé que bailara por eso; pero en er patio se lo criticó toa la gente... ¡Carcúlense ustés lo que lo habrá sentío! Como que disen que er día del entierro se tuvo que meté en er borsiyo una seboya, pa que se le sartaran las lágrimas de cuando en cuando... La guitarra la tocó Bartoliyo, er siego e la esquina. ¡Pobresiyo! ¡Me alegré más! ¡Y er se alegró también más de que yo estuviera!... ¡Lo que á mí me quiere ese Bartoliyo!... Una vé que me arrimé á é fué y me dijo, dise: «Pilita, si yo no fuera siego y tú me quisieras, me casaba contigo.» Y yo le dije, digo: «Es que si tú no fueras siego, no te gustaría yo, que soy mu fea.» Pos después me tuve que enfadá con un tío gordo que se empeñó en emborracharlo. Uno de esos *patosos* que van á toas partes dándola de que tienen mucha grasia, y no tienen ninguna. Hubo la má de *gorpes* con é... Como está tan gordo, que es un fenómeno, le desían: «Oiga usté: ¿se vende usté ar peso?» «Diga usté: ¿cuántos asientos paga usté en er tranvía?» «Escuche usté: su mamá de usté, ¿vive?» «Atienda usté: ¿quié usté crusá los brasos?» Y cuando er tío se fué más quemao que las ánimas, ar verlo así tan gordo por detrás, una picá e viruelas con mucho ange que estaba á mi lao, fué y le dijo, dise: «¡Anda con Dios, que no te pués sentá más que en la camiya!...» (Mira con desaliento á sus padres convencida al fin de que no los anima.) (Na; no me hasen caso. Esta tarde no se ríen ni aunque tropiese un jorobao delante de eyos...) (Se levanta Manuel, y sin mirar á Pilita ni á Asunción se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

ASUNCIÓN Y PILITA

ASUN. (Sigue con la vista á Manuel, y poco después que éste desaparece, se levanta, coge á Pilita y le llena la cara de besos.) ¡Ven acá tú, hija de mi sangre, que tienes la grasia por alimento!

PIL. ¡Mamá!

ASUN. ¡Hija de mi vía; déjame que me harte contigo, que te coma la cara!

PIL. Cómesela usté: si es de usté...

ASUN. ¡Toma! ¡toma! ¡toma! ¡Hija de mis entrañas, qué bonita eres! ¡Toma! ¡toma! ¡toma más!... (Suspirando.) ¡Ay! me he estao conteniendo mientras tu padre ha estao ahí...

PIL. ¿Por qué?

ASUN. ¿P'os no has visto cómo se ha puesto esta tarde?

PIL. ¿Y cuándo van á acabarse estas peleas, vamos á vé?

ASUN. Ya nunca, hija. Ca vez menos. Nos ha perdío er cariño.

PIL. A mí no.

ASUN. A mí sí. Desde que puso la taberna es otro hombre: pa mí se ha concluío. De milagro viene á armorsá y á comé: en la dichosa tienda se pasa to er día y toa la noche, cuidando er negosio, según dise. No está mar negosio... Distrarsiones que tiene ayí... Si no fuea por tí, Pilita, tu padre no ponía más los piés en esta casa: pués creerlo. Es verdá que si no fuea por tí, yo tampoco paraba un istante á la vera suya. ¡Te lo juro por to lo que te quiero!

PIL. ¡Vaya por Dios! Y yo que no pienso más que juntarlos á ustedes...

ASUN. ¿Más juntos que estábamos, hija mía? Si yo no sé lo que le ha pasao á tu padre... Digo, si lo sé, por desgrasia... Le han echao mar de ojo... lo han hechisao. . ¡P'aese que se ha

cansao de verme! Y de vé las cosas que se quieren de veras no se cansa una nunca. ¿Te cansas tú de verme á mí? ¿Me canso yo de verte á tí, luz de mis ojos? (La besa.) ¿Verdá que no?

PIL. Ya se vé que no.

ASUN. Tú, cuando estás en er colegio, ¿de qué tienes ganas?

PIL. De salí.

ASUN. Pero de salí, ¿pa qué?

PIL. Pa no vé á la maestra, que paese una carcomanía.

ASUN. (Besándola de nuevo.) ¡Qué salaísima te ha hecho Dios! ¿Y pa verme á mí, encanto?

PIL. ¡Toma! eso es otra cosa: eso no se pué compará. Miá que entre usté y Doña Catalina... ¡Josú!... Por verla á usté, si usté fuea la maestra, me pasaba yo la vía en er colegio. Como que en cuanto sargo echo á corré pa acá, y le grito á Bartoliyo que toque pa que usté se asome, y no me queo á gusto hasta que no le doy á usté un beso por la ventana. Ya ve usté.

ASUN. Pos iguá me pasa á mí contigo, gloria. Mientras estás elante mía, tengo yo un descanso mu grande; pero en cuanto te vas no reino más que en tí. Me asomo á la ventana como una tonta pa verte í pa ayá, y ca vez que güerves la cara para mirarmè á lo largo e la cayejuela, me paese que hasta er sielo me mira. Y luego me pongo: «Ya se fué... ya gorvió la esquina... ya habrá yegao ar colegio..» Y asín, cavilando to er santo día... «Ahora estará dando la religión...» «Ahora se habrá puesto á escribí la plana...» «Ahora jugará con Encarna y Dolores...» Y á las cuatro e la tarde: «Ya irá á salí...» «Ya ha salío...» «Ya toca Bartoliyo...» «¡Ya viene!» «¡Ya la veo!» «¡Ya yega á la ventana!» ¡«Ya entra en er patio!» «¡Ya la tengo á mi vera!» Asín, asín. (La acaricia y la besa con efusión.)

PIL. Pos mire usté, mamá, vamos á hasé una cosa.

ASUN. A vé que se te ocurre.

PIL. Pa que usté no maquine tanto, ¿le paese á usté que yo no güerva más ar colegio?

ASUN. ¡Qué tunanta eres!... Mejó será que hagamos un trato las dos: no güerves más, con tá de que te pases er día conmigo.

PIL. Si quié usté nos cosemos las fardas.

ASUN. Cosernos no, porque asín te lo pasarías á la fuersa. La cuestión es que estemos juntas sin cosernos na. (Quédase pensativa unos instantes.) Escúchame, Pilita; si yo me ví á viví á casa e la agüela... ¿te vienes tú conmigo?

PIL. ¿Y papá no?

ASUN. Papá, no. ¿Te vienes tú? (Pilita no contesta.) ¿Quiés más á tu padre que á mí?

PIL. ¡No!

ASUN. ¿Entonses te vienes? (Pilita niega con la cabeza.) ¿Te queas con tu padre?

PIL. (Volviendo á negar.) Con los dos juntos.

ESCENA III

DICHAS y MANUEL

MAN. (Por la puerta de la derecha. Trae el sombrero puesto.) Pilita, dame un beso, que me voy á la cayé.

PIL. (Sin apartarse de Asunción.) ¿Ya?

MAN. Ya.

ASUN. ¿No ves tú que está denunsiá la casa y se nos va á vení er techo ensima?

MAN. Contigo no hablo, ¿lo oyes? Hazme er favó e cayarte; miá que cuando hablas me paese que me están sumbando los oídos, y eso es mu molesto. Dame un beso, Pilita, que me voy; porque hasta respirá me cuesta aquí un dijusto. (Pilita se va al lado de Manuel.)

ASUN. Es lo que pasa, cuando no se está contento en un sitio: ni respirá se puée. Pa ti tu casa es peó que un calaboso de los der Pópulo. En cuanto pisas las losas der saguán ya estás enfadao. Vete, vete á la caye, que ayí

hay mucho aire. La alegría, la cara satisfecha, déjalas pa la otra.

MAN. (Conteniéndose.) Si no mirara...

ASUN. Es verdá; como eres tan mirao...

MAN. ¿Quiés que la armemos otra vé, no es eso? Pos no te doy gusto.

ASUN. Sería un milagrito e Dios.

MAN. Y er tiempo e los milagros ha pasao ya. Conque, que te diviertas. Dame un beso, Pilita. (Agachándose para dárselo él.)

ASUN. Límpiate primero la boca.

MAN. ¿Pos qué tengo, oye?

ASUN. No lo sé; pero vas á besá á mi hija.

MAN. ¿A tu hija?... ¡A la mía, quieras ó no quieras!

PIL. A la hija de los dos. No peleá también por eso...

MAN. (Después de besarla.) Acompáñame hasta er portón, Pilita; que er rato que estés conmigo no estás con tu madre.

ASUN. Eso te paese á ti, malas entrañas. ¡Conmigo está siempre!

MAN. Pos es de sentí, ¿sabes? Porque to se pega, menos lo bonito.

ASUN. Por eso te desía yo antes que cuidao con los besos.

MAN. ¡Asunsión!...

PIL. Ande usté, papá; venga usté... Déjela usté ya.

MAN. Tienes rasón, hija mía: lo mejó es dejarla. (Encaminándose hacia la puerta de la izquierda con Pilita, y yéndose al fin abrazado á ella.) Aquí no hay más que una salía: ca uno por su lao...

ASUN. ¡Eso: ca uno por su lao!...

MAN. Si no fuea por este cacho e sielo...

PIL. Vamos, papá, vamos...

MAN. Vamos, hija e mi arma... Si no fuea por ti...

PIL. (Con tristeza.) (Como no los junte yo, no los junta nadie.)

ASUN. (Viéndolos irse.) Ca día más despegao... ca día más lejos ér de mí... y yo de é... ¡Permita Dios que siegue á fuersa e yorá la mala mujé que nos ha separao! (Cae el telón. Después de un rato—de ninguna manera inmediatamente,—principia á

sonar el rasgueo de la guitarra de Bartolillo, el cual canta á poco la siguiente seguidilla gitana:)

Yoro por la noche,
yoro por er día,
y no se cansan de yorá mis ojos
esta pena mía.

(Sigue el rasgueo unos instantes más, y vuelve á levantarse el telón.)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro primero, con leves variaciones. Los cachivaches del aparador desordenados. Los jarrones de la cómoda sin flores. Sobre la mesa dos cubiertos: uno á la derecha del actor y otro á la izquierda. La guitarra y el bastidor que había en las sillas han desaparecido.—Es de día.

ESCENA ÚNICA

ASUNCIÓN y MANUEL

(Poco después de levantado el telón salen los dos por la puerta de la derecha, vestidos de negro y enlazados por la cintura. Ella descansa en él. Se detienen contemplando la mesa con tristeza profunda, y luego van hasta ella silenciosos. Manuel se sienta á la derecha y á la izquierda Asunción. Al sentarse rompen á llorar.)

ASUN. ¡No pueo acostumbrarme, Manué! ¡No me jago á su farta!

MAN. ¡Qué castigo tan grande, Asunsión! ¿Quién nos la habrá quitao?

ASUN. ¡Qué pena de hija!

MAN. ¡Sentarnos á la mesa y no verla!

ASUN. ¡Y no oirla charlá, ni contá sus cosas der colegio!... Vente aquí á mi vera, Manué: yo no pruebo bocao.

MAN. Yo tampoco.

ASUN. Vente aquí, vente aquí... que si nos ve desde argún lao nos vea juntos... como eya nos quería.

MAN. (Obedeciéndola.) Sí, sí; que nos vea juntos...

¿Te acuerdas cuántas veses desíamos: «Si no fuea por Pilita, tú tirabas por un lao y yo por otro?...»

ASUN. No me mientes eso, por Dios...

MAN. Pos ya no hay Pilita; ya se fué Pilita pa siempre... y mia tú qué juntos estamos. Asércate á mi más.

ASUN. (Acercándosele.) La pena ajunta mucho, Manué... ¡Pobresita mía! A mí me paese un sueño esto que nos pasa...

MAN. ¡Ajolá lo fuera! Así dispertaríamos con eya ar lao.

ASUN. La idea de no verla nunca más me güerve loca... A estas horas, sobre to, paese que estoy sin via... Apenas salía der colegio el ange de mi arma, le gritaba á Bartoliyo er siego: «¡Bartoliyo! ¡toca la guitarra! ¡pa que sepa mi madre que ya voy! ¡pa que sarga á la ventana á verme i!...» Y Bartoliyo tocaba con toas sus ganas, y yo dejaba la costura en cuanto lo oía, y me asomaba á verla... y er primer beso nos lo dábamos siempre por entre esos yerros... ¡Hija de mis entrañas!

MAN. ¿Y por las mañanas temprano, quiés desirme? A mí que me dispertaban siempre sus chiyíos... su corré por la casa... su cantá... Ahora no tengo quien me dispierte... Es verdá que no me hase farta, porque las lágrimas no me dejan dormí. (Callan un momento.)

ASUN. (Recreándose con dolor en el recuerdo de su hija.) ¿Te acuerdas, Manué, cuando se le venían los pelos á la cara y hasía asín... y sacudía la cabesa pa echárselos atrás sin tocarse?

MAN. Eso era mu suyo: sí que me acuerdo de eya asín muchas veses. Pero, mia tú lo que son las cosas... y es una tontería... Se me representa más como la ví una vé—de esto hase mucho tiempo; no sé ni cómo se me haqueao grabao—que venía eya con dos arfileres negros en la boca pa que tú le sujetaras una sinta ar cuello. «Chiquiya, quítate de ahí esos arfileres», le dije yo. Y eya no me hiso caso y se fué á buscarte; y no pasó más: ya

ves tú qué cosa pa que á mí no se me haya caío der pensamiento... Pos sin embargo, siempre que la veo la tengo e vé con los dos arfileres en la boca...

ASUN. Pos yo la veo á toas horas y de toas maneras; pero, sobre to, atravesando er patio eya solita, con la regaera pa regá sus flores... ¡Bastante que la tienen de echá de menos!

MAN. Oye: un día me enfadé con eya y le pegué... y eso tampoco se me orvía... ¿Te ha pasao á tí? Porque á mí, ca vez que lo recuerdo me duelen en er corasón los gorpes que le dí á la pobresita.

ASUN. Argo asín tengo yo también sobre mi arma. Otro día... er día der santo e su agüela me paese que fué... me pidió una cosa que no recuerdo lo que era, y yo no quise dársela... y se echó á yorá y estuvo yorando toa la noche... Y yo sin darle lo que quería, ¿te paese? ¡No me lo perdono! ¡Ajolá Dios me trajera ar pensamiento lo que me pidió el arma mía, pa gastarme en comprárselo to lo que tengo!

MAN. Y ya, ¿pa qué?

ASUN. Verdá; ¿pa qué? (Lloran en silencio.) La otra mañana, la mañana que hiso er mes que se yevaron á la pobresita, me quedé aquí un poco adormilá, porque no había pegao los ojos en toa la noche, y soñé con eya... Se me presentó de pronto mu alegre, riéndose mucho, con aqueya risa que tenía que era como un amanesé, y me dijo, dise: «Mamá, no yore usté; ¿no está usté viendo cómo yo me río? Si yo gorveré á casa... No me he muerto más que pa que usté y papá se ajunten. En cuantito que se ajunten ustedes güervo yo.» ¡Hija del arma! ¡No se le caía de la imaginasión la idea de ajuntarnos!

MAN. ¡Y lo ha conseguío!... ¡Pero cómo!...

ASUN. Luego seguimos hablando de la má de cosas: yegó á haserme reí. . Como tenía aqueyas ocurrensias... Me preguntó por Bartoliyo er siego, por su maestra, por er rosá de té... A to esto ya había cambiao de traje, y esta-

ba elante mía como er día que la retratamos: en la misma postura y to: con er vestío seleste, los sapatitos escotaos, er mantón de Manila que le compraste tú por feria, las rosas en er pelo...

MAN. ¿Ande tienes tú er mantón de Manila?

ASUN. Metío en un cajón de mi cómoda, con to lo suyo.

MAN. Tres veses na más se lo puso sobre los hombros...

ASUN. Tres veses na más.

MAN. ¡Daba gloria verla cuando se lo ponía! Paesía un manojo e flores que echaba andá.

ASUN. Lo paresía y lo era... ¡Qué coló la suya! ¡qué ojos tan bonitos! ¡qué mata e pelo!... ¡qué andá, que no se la sentía!... Antié por la tarde me asomé un momento á la puerta y pasé un mal rato... Figúrate que ví veni pa acá á una chiquiya que era toa la nuestra... toa la nuestra, Manué: su hechura toa, tos sus movimientos, er braso izquierdo hasiendo asín, como eya sabes tú que lo movía... Luego, cuando se fué asercando á mí, ya se paresía mucho menos... y cuando pasó por elante mía ya era mu diferente... ¡Como Pilita no hay otra en er mundo! Pero lo que es ar prinsipio, Manué, cuando me paresió nuestra hija, me quedé como er marmo, me dió una sacudía er corasón y me agarré á la idea de que era Pilita.. Pilita... Pilita que no se había muerto.

MAN. Como que paese que no nos ha dejao, que está en toa la casa, que la vamos á ve salí por toas las puertas.... ¿Querrás creé que esta mañana, ar tiempo e vestirme, la yamé una vez por su nombre? ¡Pilita!

ASUN. Yo también la he yamao más e dos veses...

MAN. Y se me figuró que desde er patio me contestaba: «¡Ya voy!»

ASUN. ¡Y á mí también!

MAN. ¿Y oirla reí? ¿no la oyes tú reirse?

ASUN. ¡La oigo y la veo! Miá que cuando le entraba la risa... ¡Josú! Me acuerdo un día e Se-

mana Santa... ¡lo que nos reimos las dos!... (Llorando y riendo á la vez.) «Pilita—salí yo á preguntarle—¿tú has visto mi peina?» Y eya empesó á reirse. «No te rías y contesta, chiquiya», le dije yo. «¿Has visto mi peina?» Y eya, ¡risa y más risa! «¿Pero de qué te ríes, criatura?» ¡Y risa y más risa! «¿La has escondío quisá?» Y se hasía una madeja riéndose, y yo ya no podía contenerme, y me reía también de verla reí con aqueyas ganas, y to se me gorvía preguntarle: «Pero, chiquiya, ¿y la peina?» ¡Y risa y más risa! «¿Ande has puesto mi peina?» ¡Y risa y más risa! Hasta que ví que la tenía yo misma en lo arto er moño... ¡y entonses sí que nos reimos las dos!... (Llora largamente. Manuel también llora en silencio. Óyese á poco hacia la calle la guitarra de Bartolillo, que toca un aire popular. Al oirla se estremecen los dos y se levantan con tremenda alegría creyendo que Pilita llega del colegio. La alucinación dura sólo un instante, al ir ambos hacia la ventana para ver á su hija, el punzante y doloroso recuerdo de la realidad los detiene. La guitarra sigue sonando hasta el final.)

ASUN. ¡Ahí está!

MAN. ¡Ahí está!

ASUN. Pero... ¿ande vamos?

MAN. ¡Josú!... ¿Qué ha sío esto?...

ASUN. ¡No toques, Bartoliyo, no toques!... ¡Si ya no viene!...

MAN. ¡Si ya no viene más!...

ASUN. Y eso que estamos juntos... juntos...

MAN. (Abrazando á Asunción.) ¡Mu juntos!..

ASUN. ¡Como eya nos quería! (Lloran abrazados.)

FIN

Madrid, Noviembre, 1900.

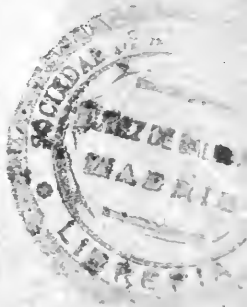
OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición).
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición).
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos.
La pena, drama en dos cuadros.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La azotea

COMEDIA EN UN ACTO



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA AZOTEA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA AZOTEA

COMEDIA EN UN ACTO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 7 de Febrero de 1901

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1909

A nuestros queridos amigos

Nieves Suárez y Juan Balaguer

¿*Os acordais de* El tío de la flauta? *Seguramente sí. A nosotros no se nos olvida su estreno.*

Pensamos entonces juntar algún día vuestros nombres en la primera página de una obra nuestra que estrenáseis los dos. Hacerlo en aquella ocasión significaba gratitud y amistad. Hacerlo hoy significa amistad, gratitud... y memoria.

Vayan, pues, aquí en testimonio de todo eso, y de la profunda admiración que vuestro arte excepcional nos inspira.

Vuestros siempre,

Serafín y Joaquín.

22 Febrero 1901.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESPERANZA	Srta. Suárez.
RUFINA	Domus.
DOÑA FLOR	Sra. Valverde.
MANUELA	Srta. Feros.
DON ISAÍAS	Sr. Balaguer.
DON BALDOMERO	Larra.
CURRO CAMPOS	Santiago.
LUISITO	Srta. García Senra.
ANTONIO	Mauri.
UN VENDEDOR	Sr. Vals.

Todos los personajes hablan con acento andaluz, sin más diferencias que las establecidas por su distinta condición.

LA AZOTEA

Azotea de casa de don Isaías, en Sevilla.

A la derecha del actor un muro bajo, en el cual esta la puerta de entrada, que es de una sola hoja, y al que sirve de remate un tejadillo.—A la izquierda otro muro, más alto que aquel, pero menos ancho, con una ventana sin reja.—En el foro, cerrando el escenario por la derecha, pretil que da á la calle, y al cual corta á la izquierda un ángulo de la azotea de doña Flor.—El piso de esta azotea está al mismo nivel que el pretil de la de don Isaías, y por entre ella y el muro de la izquierda hay paso al palomar.—En primer término, de un lado á otro y paralela al foro, una baranda fina de hierro pintada de verde, que se supone que da al patio de la casa.

Colocadas en hilera sobre los pretiles, macetas de claveles, nardos y rosas. Las paredes blancas. En la mas alta de las del foro una palomilla de madera con varias macetas de rosas y claveles también. Suelo de ladrillos. En el rincón de la derecha una regadera, un cajón, una maceta rota y una escoba. Del primer término de la derecha al pretil más alto del foro, un cordel con ropa blanca tendida.

Al fondo el cielo azul de una tarde de primavera.

La acción empieza antes de la puesta del sol. Poco á poco va oscureciendo y á la terminación de la comedia ilumina el escenario la luz de la luna.

—

Manuela descuelga la ropa tendida en el cordel y la echa en una canasta que tiene junto. Hacia la izquierda suena un pasacalle popular tocado en una bandurria.

MAN. Después de oir la bandurria durante unos momentos. ¡Qué contento está hoy er vesino de la bandurria! ¡Y qué pesao se pone argunas veses! ¡Josú!... Dos horas yeva ya con ese pa-

sacaye... Aunque le cogiera un coche er deo gordo no se perdía na.

Sale don Isaías del palomar en mangas de camisa, con una brocha de pintar en la mano.

D. Isa. Oye, Manuela, ¿dónde está Guadalupe?

Man. Abajo en er patio con los niños.

D. Isa. Voy á ver si me sube un refresco, que esta tarea de la pintura del palomar me fatiga mucho. Llégase á la baranda que da al patio y mirando hacia abajo grita: ¡Guadalupe!... ¡Guadalupe!... ¡Tráeme una naranjada de limón!

Man. Deje usté; yo iré ahora. Ya estoy acabando.

D. Isa. Dios te lo pagará, hija de mi alma... ¡Qué hermosa está la tarde!... Esta Sevilla en primavera es un paraíso. Aspirando el aire con delicia. Hasta aquí llega el azahar de la Plaza del Triunfo. Hace uno así... respira fuerte... y se perfuma el interior.

Man. De noche se pierde aquí er sentío, señorito. Entre las rosas, los claveles, el asahá de los alreores y las marnolias der jardín de ar lao, hay pa morirse e gusto.

En la calle, un Vendedor, pregona con voz gangosa y fuerte. Es uno de esos á quienes no se les entiende lo que pregonan ni aun yendo del brazo con ellos.

Ven. *¡Á...a...o...o...o... a...a...o!... ¡Y...a... e...a... o... a... i...o... a...a ..ooo!*

D. Isa. Apenas lo oye, se asoma al pretil que da á la calle poseído de extraña curiosidad. Ya vá ahí ese... ¡Jinojo con el tío! Me va á sacar el sol de la cabeza... ¿Qué diablos venderá? No le entiendo una palabra de lo que pregona... ¡Mire usted que es mucho! A ver si lo repite... ¡Ca! Basta que uno quiera, para que... De pronto mira hacia el palomar y grita enfadado. ¡Niño! ¡Luis! ¡Bájate del tejado ahora mismo!

Lui. Desde dentro. ¡Si es que se nos ha enredado el pandero!

D. Isa. ¡No me importa! ¡Bájate!

Man. Er demonio son esos arrastraos.

D. Isa. Trae acá la guita, Antoñito. Vamos á ver si yo lo desenredo. Todas las tardes hemos de tener fiesta.

Salen por la izquierda Antonio y Luis. Antonio le da á don Isaías el ovillo de guita de una cometa que han remontado, y don Isaías principia á tirar de la guita en todas direcciones.

ANT. Tenga usted.

D. ISA. Agarradillo me parece que está... Je, je... Me estoy transportando á los días de mi niñez dorada.

LUI. Dale guita, papá, dale guita.

D. ISA. Déjame tú á mí, hombre, que yo sé lo que hago.

ANT. ¡Que se va á quedar allí la cola!

LUI. ¡Tire usted para acá!

ANT. ¡Adiós! ¡ya se le hizo un boquete!

LUI. ¡Dale guita!

D. ISA. ¡Qué guita ni qué!... Si sabré yo cuando hay que dar guita. Ya lo teneis libre... ya está fuera. Toma, Luis.

LUI. ¿Lo remontamos más, Antonio?

ANT. No, no; recoge ya, que tengo yo que irme á mi casa.

D. ISA. Sí, sí; recoge.

LUI. Lía tú. Le da el ovillo á Antonio, el cual va liando la guita que recoge Luis á medida que tira del pandero. A poco está este en la azotea.

D. ISA. Y mañana me haceis el favor de no subir aquí á remontarlo ni á enredar. Os vais á la Puerta de la Barqueta... que allí hay más espacio. Vuélvese al palomar.

ANT. Entonces me lo llevo yo.

LUI. Bueno, llévatelo. Yo iré á tu casa, y de allí nos iremos al río. Mejor, ¿verdad?

ANT. ¡Digo!

LUI. En voz baja. Oye, ¿tienes ahí un cigarro?

ANT. Lo mismo. Tengo dos. ¿Los quieres? Yo le cogeré más á mi tío Curro.

LUI. Dámelos: que no te vea esa. ¿Y fósforos, tienes?

ANT. Sí. Toma esta caja. Yo le cogeré más á mi tío Pedro.

D. ISA. Llamando. ¡Luisito!

LUI. ¡Voy!... Hasta mañana, tú.

ANT. Hasta mañana. Desde mañana ya entraremos en Latín, ¿eh?

LUI. Y si no desde mañana, desde pasado. Otra vez en voz baja. Escucha; pásate por la cocina como distraído al tiempo de irte, y ya verás qué cocinera de Chiclana. ¡Tu tipo! Corre al palomar.

ANT. Se echa el pandero á la espalda, el lío de la cola en una mano y en la otra el ovillo de guita, y se va por la puerta de la azotea cantando.

Me tiraste cuatro tientos
por ver si me blandeaba...

MAN. ¿Le parese á usté er mono ese?... Sabe más que un guiso e conejos.—¡Vaya una ropa que ha lavao la lavandera esta semana! To se lo arregla con añí. Y es que no se quié estropeá las muñecas refregando. Es mu señorita.

Esperanza, abstraída, sale por la puerta de la azotea y se asoma al pretil que da á la calle. Luego corta dos ó tres ramitas secas de las macetas de claveles. Después se apoya en la baranda del patio, donde se queda pensativa. Manuela la observa.

ESP. ¡Tres correos ya sin carta suya!... Y el que ha llegado esta tarde no me la trae. Sí, sí me la traerá: me lo da el corazón... Es verdad que el corazón no hace más que repetir los deseos de una.

MAN. No maquine usté, señorita; no maquine usté. Er de usté güerve.

ESP. ¿Crees tú...?

MAN. ¡Er de usté güerve! Pero ¿ha visto usté qué de penas se pasan queriendo á un marino?

ESP. No son pocas, no.

MAN. Sin embargo, usté no se apure, que er de usté güerve.

ESP. Pues si vuelve el mío vuelve el tuyo también. Van en el mismo barco...

MAN. Es que yo di el encargo de que ar mío lo tiraran al agua.

ESP. Déjame de historias.

MAN. Lo que usté oye, señorita: estoy ya hasta los pelos de gente de má. No saben regalá más que armejas.

ESP. Mira que no tengo ganas de oir tonterías.

Manuela coge la canasta con la ropa y hace que se va y vuelve.

MAN. Escuche usté, señorita Esperansa: lo soñé anoche y va á salí: esta tarde resibe usté una carta der tamaño de un carté de Toros: ar tiempo. Va á yegá otra... y la va á cogé á usté leyéndola toavía. Y eso que er señorito Luis tiene la letra clara. Vase al interior de la casa.

Asoma Rufina al pretil de la azotea de doña Flor.

RUF. ¿Esperanza?

ESP. Hola, Rufinilla.

RUF. ¿En qué piensas, mujer?

ESP. Ya puedes figurártelo. ¿Para qué me lo preguntas si lo sabes?

RUF. No te preocupes, tonta, que hoy tendrás carta de Luis.

ESP. Dios te oiga.

RUF. Oye, ¿sabes que estás muy fea con la raya en medio?

ESP. Pues me ganas tú con la raya al lado.

RUF. Te diré: no creas que me la he puesto á humo de pajas. El peinado de raya es muy llamativo... y á mí me esta haciendo mucha falta que me salga un novio.

ESP. ¡Mujer!

RUF. Así se lo he dicho al cura esta mañana. Se puso por las nubes, pero yo se lo dije. ¿Tú no consideras que estoy en ridículo sin novio? ¿Qué muchacha á los veinte años no ha tenido por lo menos un pai? Pues yo, nada, ni unc: ¡pero ni uno! Ni un mal pretendiente siquiera. No es aquello de decir que tuve proporciones y que no cuajaron. ¡Es que ni por casualidad me ha seguido ninguno!

ESP. Mejor estás así. Mírate en mi espejo, y no desearás tanto tener novio...

RUF. Sí, sí; eso dices tú ahora. Tú sufres, pero sufres á gusto. La ausencia se acaba. ¡Ojalá me saliera á mí un novio, aunque estuviera en otro planeta!

ESP. ¡Qué cosas dices, Rufinilla!

RUF. Ponte tú en mi caso, mujer. Yo no soy exi-

gente, no creas: yo no quiero que me salga ninguno para casarme. Bueno, quererlo sí lo quiero, ya se ve. Pero ahora no; ahora con un noviazgo de nueve días me daba por contenta. La cuestión es que cuando se hable de estas cosas entre las amigas, pueda una decir: «Cuando yo estuve en relaciones con Fulanito...»

ESP. ¿Tienes más que decirlo aunque no sea verdad?

RUF. Sí, sí; cualquiera se la da á las amigas, que llevan al dedillo el alza y baja... «Fulana, uno; Mengana, dos; Zutana, tres; Perengana, ninguno, ni por donde le venga.» Perengana soy yo.

ESP. Soltando la risa. ¡Ja, ja, ja! Has conseguido hacerme reir.

Vuelve Manuela con un vaso de refresco en la mano y se va al palomar.

RUF. Te advierto que he estado en el paseo con Pepita y su madre, y he vuelto hecha una furia. Porque si yo fuera un mamarracho... bien estaría, pero... Vamos á ver si no me sobra la razón. Tú conoces á la de Gamarra: tamaña así; verdosa; con la cara más ancha por abajo que por arriba; que parece una pera. ¡Pues le ha salido un novio!

ESP. ¿Qué me cuentas, mujer?

RUF. Es verdad que el novio es una batata con sombrero, ¡pero le ha salido!

ESP. Volviendo á reir. ¿Y para qué quieres tú que te pida la conversación una batata?

RUF. Si hay más todavía. ¿Recuerdas aquel muchacho alto, moreno, de ojos grandes, un poco bizco, que parecía que tenía la barba de astracán?

ESP. ¿Diego Ramírez?

RUF. El mismo. ¿Con quién dirás que está en relaciones?

ESP. ¿Con quién?

RUF. ¡Con una tía suya! Dime tú á mí si eso no es una infamia. Te advierto que su tía no es una tía fresca. Vamos, quiero decir que es ya jamona y muy jamona. Así de gorda, no

exagero. Una ballena. Mira; en el barrio de Santa Cruz tiene dos visitas, y siempre queda mal con ellas, porque no puede entrar por aquellas calles. ¿Tú ves á mi tía Flor? ¡Pues tres veces más gorda!

ESP. ¡Ave María Purísima! Pero ¿en qué está pensando ese muchacho? ¿Es rica la tía?

RUF. ¡Quiá!

ESP. Pues, hija, como no piense hacer embuchados, no lo entiendo.

Sale Manuela del palomar con el vaso de refresco vacío y vuelve al interior de la casa.

RUF. Luego, esta es otra: la mía no hace más que decirme que yo no tengo gancho. Ella le llama tener gancho á salir como sale por ahí: de máscara.

ESP. Chiquilla, por Dios; no digas eso de tu tía...

RUF. Pero ¿tú sabes lo harta que me tiene? Voy materialmente corrida al lado suyo. Llama la atención. Ayer iba para matarla: se puso la falda amarilla, la manteleta blanca y el sombrero de pavo real. Y luego ¡eche usted lazos de todos colores! No fuimos á la cárcel por milagro de San Antonio. Vamos, una cigarrera que pasó por junto á nosotras me tocó en el hombro y me dijo: «¿Se rifa esta señora?»

ESP. Riéndose. La verdad es que va por ahí como los carros de Torrijos.

RUF. Pues aún podría pasar si no hablara. A mí me ataca los nervios su deseo de hacerse la andaluza y de tener *gorpes*, como ella dice. No puedo resistirla, vamos.

ESP. En eso de los *gorpes* estamos completamente de acuerdo. Yo compadezco á tu pobre tío. ¡Mira que cuarenta y dos años aguantando *gorpes!*

RUF. Ése sí que es digno de lástima. Un verdadero mártir. Mirando hacia la izquierda. Ella viene ahí. Le pediré permiso para irme á acompañarte un rato.

ESP. Anda, sí, sí.

RUF. Tía, ¿oye usted?

D.ª FLOR Dentro. Oigo. ¿Qué quieres?

RUF. Que me voy con Esperancita un momento.

Sale doña Flor á su azotea.

D.ª FLOR Anda con Dios, rabo *e* lagartija. *Güenas* tardes, *pimpoyo.*

ESP. Doña Flor, buenas tardes. (¡Jesús, qué mamarracho de señora!)

RUF. Voy en seguida. Fijándose un momento en su tía. (¡Ay, válgame Dios, cómo se ha puesto hoy! Parece el as de copas.) Vase por la izquierda.

Doña Flor, efectivamente, es un mamarracho. Vieja recompuesta, con toda la frente llena de rizos contrahechos, patillitas flamencas, mucho colorete y un traje chillón y escandaloso. Habla con afectación insoportable, exagerando la pronunciación andaluza. Es uno de esos tipos que desacreditan la tierra de María Santísima, y que creen que son una salina por el solo hecho de haber nacido allí.

ESP. Usted siempre tan guapa, doña Flor.

D.ª FLOR Vistosa, hija, vistosa; un *poquiyo* vistosa *na* más. Restos *der pasao. Ande* ha *habío* un *castiyo* siempre *quean* ruinas. Soy un *só* que se pone.

ESP. Un sol que se pone... (¡Pero cómo se pone, Dios mío! No hay por donde cogerla.) De todos modos el sol, se ponga ó no se ponga, siempre es bonito.

D.ª FLOR *¡Salameriya!*

ESP. (Yo he visto á esta señora en las *Figuras de cera;* no me cabe duda.)

D.ª FLOR ¿Cómo anda *er garlochí, Esperansiya e* mi *arma?*

ESP. ¿El qué?

D.ª FLOR *Er garlochí, er corasonsiyo,* el horno *e* los *quereles.*

ESP. ¡Ah, ya!... (¡Ay, qué señora de mis pecados!) ¡Pues así, así anda...

Don Isaías sale del palomar, picado de la curiosidad que lo consume.

D. ISA. Ea, ya no pinto más esta tarde... ¿Con quién hablabas antes, nena?

ESP. ¿Antes? Con Rufinita.

D. ISA. ¿Con Rufinita? ¿Y de qué, de qué hablaban ustedes?

ESP. Papá, de nuestras cosas... de tonterías...

D. Isa. ¿De tonterías?... Eso no es decir nada... Apartándose de repente de ella y mirando desde el pretil hacia la derecha del fondo con gran curiosidad. ¡Jinojo! ¿qué le está echando á los claveles aquella mujer? Ven acá, hija mía, ven acá. ¿Qué es aquello que le está echando?

Esp. Será mantillo.

D. Isa. Sin dejar de mirar hacia el mismo punto. No, no es mantillo... ¡Pues si eso es lo grande, que no es mantillo! Si parece harina ..

Esp. Pero ¿á nosotros qué nos importa, vamos á ver?

D. Isa ¡Yo te apuesto lo que quieras á que no es mantillo!

D.ª Flor *¡Josú*, don Isaías! Es *asté* más curioso que un guarda *e* consumos.

D. Isa ¡Caramba! ¡no la había visto á usted, señora!

D.ª Flor *Quié asté* enterarse de *to*, le importe ó no le importe.

D. Isa. Por eso estoy rabiando por averiguar los años que usted tiene. Pero me quedo con las ganas.

Esp. (Papá, por Dios...)

D.ª Flor Oiga *asté*; ¿qué se ha *creío asté?* Le *arvierto asté* que nadie tiene más años que los que representa. ¿Se entera *asté?*

D. Isa. ¡Pues aviada está *asté* si tiene los dos ó tres siglos que representa!

D.ª Flor *Esperansiya*, cógele un *peyizco ar desvergonsao* de tu padre.

D. Isa. Incomodado con el reflejo de un espejillo que vuela hace un rato en torno de él. Hombre, ¿quién me da con el espejito en los ojos?

Esp. Mire usted qué gracia.

D. Isa. Dirigiéndose hacia la izquierda y gritando. ¡Niño! ¡niño!... ¡alma mía!... ¿no te podías meter el espejito... en la faltriquera?

D.ª Flor Es *er* niño de doña Rosa, que es *mu* charlatán y lo *ensierran* en la *asotea* cuando tiene la madre visita.

D. Isa. No sea usted mal pensada, doña Flor.

Se oyen hacia la izquierda los maullidos roncos é iracundos de dos gatos que se van á embestir de un momento á otro. Doña Flor da un grito que parte el alma.

D.ª FLOR ¡Ay, virgen de los Reyes!

ESP. ¿Qué ocurre?

D.ª FLOR *¡Cara-ancha* en *er* tejao!

D. ISA *¿Cara-ancha?*

D.ª FLOR Digo, no; que es *Bombita*. Como los dos son negros...

D. ISA. ¡Ah, ya! ¡Se trata de los gatos!...

ESP. ¡Buena gresca traen, doña Flor!

D.ª FLOR Llamando angustiada á «Bombita». ¡Mino, mino, mino!... Ps, ps, ps... ¡Ay, Dios mío de mi *arma!* ¡Como se meta *Guerrita* con *é* lo *hase peasos!*

D. ISA. ¡Sevillanos y cordobeses siempre en pugna!

D.ª FLOR ¡Mino, mino!... *¡Bombita! ¡Bombita! ¡Bombita!...* Los gatos bufan y se enredan. Oyense cada vez más maullidos, agudos y roncos. A doña Flor se la puede ahogar con un cabello. ¡Ay! ¡ay! ¡que me lo matan! ¡que me lo matan! ¡Si son dos contra *él* ¡si es una picardía!...

ESP. (¡Pero á esta señora hay que amarrarla!. .)

D.ª FLOR Pidiendo auxilio. *¡Reverte! ¡Reverte! ¿Ande* está *Reverte?*

D. ISA. ¡Señora, en Alcalá!

D.ª FLOR ¡Mino, mino, mino!... *¡Fragosa! ¡Fragosa!*

D. ISA. ¿Es alguna gata?

D.ª FLOR No, *señó*, que es mi *cosinera*. Gritando. ¡Da en *er* fregadero con un *cuchiyo!...* ¡Toma, toma, *Bombita!...* ¡Toma, toma, hijo de mis entrañas!... ¡Ay, ay, ay!...

D. ISA. ¡Doña Flor, por María Santísima!

LUI. Saliendo del palomar con una honda y en ella una china. Verá usted cómo yo los separo.

ESP. A Luis. (No vayas á hacer una de las tuyas.)

D. ISA También á Luis. (Atízale un peñascazo, á ver si lo matas.)

Luisito dispara la china al grupo de «Bombita» y sus adversarios con tan certera puntería, que tras un maullido colectivo de dolor y de cólera, queda disuelta la reunión.

D.ª FLOR ¡Ay! ¡ay! *¡Piyo!* ¡granuja! ¡Don Isaías! ¡mate *asté* á su hijo!

ESP. ¡La que va á matarlo soy yo!

Luisito huye de su hermana y esta lo persigue.

D.ª FLOR ¡Mira cómo cojea! ¡mira cómo cojea!... ¡Mi-

no, mino, mino!... ¡Señale *asté* á su hijo, don Isaía!

D. Isa. Fingiendo severidad y enfado. ¡Luisito, ven acá! Cogiéndolo por una oreja. ¡A los animales no se les maltrata! ¿Lo oyes? Otra vez que hagas eso... (¡le pegas la pedrada á doña Flor!) ¡Anda para abajo!

Lui. Bueno, papá, bueno... Descuide usted... descuide usted... (¡Poquitas ganas que le tengo yo á esa señora!) Vase al interior de la casa aguantando la risa.

D.ª Flor *¡Josú, Josú,* qué *sofocasión!* ¡Pícaros animales! Les toma una cariño, y luego... Mirando hacia la izquierda, por donde se supone que llega á su azotea una visita, y en tono afectuoso. ¡Ay, á quién tengo aquí!... ¡Tanto *güeno!*...

D. Isa. ¿Quién es? ¿quién es?

D.ª Flor Despidiéndose. Hasta la noche, que iré *ar* patio un ratito.

D. Isa. Pero ¿quién es? ¿quién es?

Esp. Hasta la noche, doña Flor.

D.ª Flor No me digas doña *Fló, Esperansiya;* por tu *salusita* te lo *pío.* Dime *Fló, Fló, Fló.*

Esp. Ea, pues vaya usted enhorabuena, *Fló.*

D.ª Flor Así me gusta.

D. Isa. Aquí del cuento. «¿Usted se llama Flor? ¡Pues maldita sea la primavera!»

D.ª Flor *¡Grasioso! ¡Grasiosísimo!*

Esp. Ya sabe usted que siempre está de broma.

D.ª Flor Hasta luego, rosita *e* te. Hasta luego, *asaura.* Al supuesto recién llegado. ¡Qué carito se vende *asté,* hijo *e* mi *arma!*...

D. Isa. Pero, ¿quién ha llegado, tú?

Esp. ¡Qué sé yo, papá! Algún amigote.

D. Isa No, pues yo lo veo. Inútilmente se empina y da varios saltos.

Llega por la puerta de la azotea don Baldomero con un palomo en cada mano. Habla con mucha calma y como distraído. Es hombre cuya cabeza no rige bien.

D. Bal. Santas y buenas tardes nos dé Dios.

Esp. Corriendo á saludarlo. ¡Don Baldomero!

D. Bal. ¿Qué hace aquel allí salta que salta?

Esp. Lo de siempre: oliendo donde guisan.

D. Isa. ¿Eh? ¡Hola! ¿Tú por aquí, Baldomerillo?

Hombre, qué bonita collera. A ver, á ver... ¿Cuál es el macho? Da vueltas en torno de don Baldomero, que no suelta ninguno de los palomos, tratando de reconocerlos.

D. Bal. Sin atender á don Isaías ¿Y tú, hijita? Esperando, ¿no es eso?

Esp. Esperando... lo mismo que usted.

D. Isa. El macho es este de la pinta, no me cabe duda.

Esp. Llevo unos días que...

D. Bal. Cuéntamelo á mí, que llevo otros... Porque al fin y al cabo tú pierdes un novio... y este pierde un yerno...

D. Isa. ¡Adiós!

D. Bal. ¡Pero yo pierdo un hijo! Se lo saltan las lágrimas y, distraído, se las va á limpiar con un palomo.

D. Isa. ¿Te vas á limpiar con el buche, hombre? A Esperanza, que está también haciendo pucheros. No llores tú, inocente. ¿Ves lo que has conseguido con tu monserga? ¡Hoy habrá carta de Luis, no tengais duda!... ¿A qué ponerse en lo peor?

Esp. Papá dice bien: usted verá cómo esta tarde recibimos una alegría.

D. Bal. Dios lo haga.

Esp. Muy poco ha de tardar ya el cartero. Asómase al pretil que da á la calle.

D. Bal. Para nosotros el cartero es ahora el héroe, la figura...

D. Isa. Hombre, que parece que vas á hacer unos versos de Navidad. Vámonos á soltar esa collerita y déjate de...

D. Bal. Aguarda. Ten ahí. Le da uno de los palomos.

D. Isa. El macho es este, ¿no?

D. Bal. Te traigo lo mejor que tengo. Pero el trato es trato: me llevo los claveles *marisalados* y los de *la bandera española*.

D. Isa. Ya, ya estoy...

D. Bal. Y el rosal de pitiminí...

D. Isa. ¡Todo lo que quieras!

D. Bal. Amén de las cebolletas de nardos, ¿eh? El trato es trato. Y ahora, quédate bizco. Mira qué ala; mira qué cola; mira qué pico; mira qué buche. Dame ese. Los cambian.

D. Isa. ¡Qué pachorra te ha dado Dios!

D. Bal. Mira qué ala; mira qué cola; mirá qué pico...

D. Isa. Deseando acabar. ¡Mira qué buche!

D. Bal. Vamos al palomar.

Se encaminan hacia él, y á cada momento se paran. Don Isaías salta de impaciencia.

D. Isa. Pero ¿me quieres decir por tu salud cuál es el macho?

D. Bal. Te los iba á traer ladrones, ¿sabes?... Lo que tiene que los ladrones... Verás tú... Yo tuve un palomo ladrón, *rafeño* puro... que todas las tardes me traía una paloma..

D. Isa. ¿Sí, eh?

D. Bal. Y todas las noches una cuestión personal con el dueño de la paloma de por la tarde. Desde entonces renuncié á la casta de los *rafeños*.

D. Isa. ¡Nada! ¡y no me dirás cuál es el macho!

Desaparecen por la izquierda.

Vuelve Rufita por la puerta de la azotea.

Ruf. Ya me tienes aquí.

Esp. ¿Cómo has tardado tanto?

Ruf. Ahora te explicaré. Toma dos besos. La besa muy efusivamente, como siempre que besa esta joven. Uno, por mi cuenta; y el otro... el otro cuélgaselo á quien te dé la gana.

Esp. Suspirando. ¡Ay, Dios mío de mi vida!

Ruf. Ya sé yo á quién se lo has colgado. No he subido más pronto porque me he entretenido en el patio de charla con tu madre. Me ha encargado que te distraiga y que no te nombre ni la carta que no llega ni al marino ausente. Pero estoy viendo que voy á hacer todo lo contrario.

Esp. Yo, por lo menos, no hablaré contigo de otra cosa.

Se apoyan las dos en la baranda que da al patio.

Ruf. Ni yo contigo. ¿Dónde hay conversación más entretenida?

Esp. No sé lo que se ía de mí si no pudiese hablar con alguien de esto. Me levanto pensando en él, pensando en él estoy todo el día... y hasta que el sueño no me lo quita lo llevo en la frente. Y á veces... á veces el

sueño es tan cariñoso conmigo que no me lo quita.

RUF. ¡Qué interesante es una ausencia!

ESP. ¡Qué triste! di mejor.

RUF. Sí, pero es una tristeza especial... ¡Ojalá me encontrara yo muy triste, muy triste, porque tuviera un novio ausente! Es verdad que más ausente que no tenerlo...

ESP. No me hagas reir hablando de estas cosas....

RUF. No, que te voy á hacer llorar; mira esta.

ESP. A poco lo consigues. Esta tarde se me puede ahogar con un cabello. Me he venido aquí, á la azotea, porque no hay sitio más alto en la casa; que si no, allí estaría. La azotea en estas horas de la tarde es mi refugio... Me gusta mirar á lo lejos, ver mucha extensión... Cuanto más dilatado es el horizonte, más me encanta: mientras más lejos alcanza mi vista, más cerca estoy de él... Y cuando me fatigo de mirar y cierro un momento los ojos, entonces sí que veo... Veo la raya blanca del río, y la sigo en todas sus vueltas y revueltas; y llego al mar, y lo veo también —y eso que no lo he visto nunca,—y en medio del mar veo un barco que se va... que se va... ¡que se va!... ¡Y quiere mi madre que yo no piense en esto!

RUF. ¡Ay, qué cosas más bonitas se ven teniendo novio!

ESP. Estoy en tal estado de ánimo que no acierto á ver nada sin relacionarlo con lo que me sucede... Para mí muchas tardes la puesta del sol es como la rueda de la fortuna... Miro las nubes allá lejos cambiar de colores, y cuando se tiñen de rosa me lleno de alegría, y cuando se ponen rojas como la sangre me estremezco...

RUF. Chiquilla, cómo se conoce que tu novio es poeta. Se te está pegando el estilo.

ESP. ¿Te vas á divertir á mi costa?

RUF. ¿Quién se divierte, simple? ¿No es poeta Luis?

ESP. Sí que lo es. Pero aunque no lo fuera... lo sería. La ausencia vuelve poetas á los amantes.

RUF. Pues entonces...

ESP. Luis, en muchas de sus cartas, me escribe versos. ¡Y me dice unas cosas!... Mira, yo lo comprendo: si se las dijesen dos novios cualesquiera, cara á cara y en la conversación corriente, habría para pensar que eran tontos... Pero dichas así... separados... y desde tan lejos... y en verso además... ¡Si vieras!

RUF. A mí los versos me derriten.

ESP. Escucha, escucha estos de la última carta de Luis.

RUF. A ver, á ver...

ESP. «¡Mirarte y que me mires!...»
Yo los digo muy mal cuando los digo así en voz alta; como los digo bien es para mí.

RUF. Bueno, pues dilos mal, que quiero yo enterarme.

ESP. «¡Mirarte y que me mires!... Este es, mi dulce dueño,
desde que de tu lado la suerte me apartó,
mi anhelo más ardiente, mi más querido empeño...
¡Mirarte y que me mires!... Tú me dirás que sueño,
pero haz, si quieres verme, lo mismo que hago yo.»

RUF. ¡Ay, qué bonito!

ESP. Calla.
«Mira á la blanca luna cuando se apague el día:
yo la estaré mirando cual si te viera á ti,
el alma puesta en ella, radiante de alegría:
mírala y tu mirada se encontrará á la mía,
y luz de nuestras almas será su luz así.
Y así nos contaremos venturas y rigores,
mirándonos sin vernos, hablando sin hablar...
La luna nos ampara: sus rayos protectores
serán los mensajeros que lleven los amores
del mar á tu ventana, de tu ventana al mar...»

RUF. ¡Chiquilla, qué cosa más linda! ¡Preciosos! ¡preciosos! ¡preciosos! ¡No cabe más! ¡Ay, quién tuviera un novio así!

ESP. ¿Para que te escribiera esas cosas?

RUF. No: para decirle por medio de la luna que viniera en seguida.

ESP. ¡Qué disparates se te ocurren!

RUF. Anda, dímelos otra vez.

ESP. Veo que te han caído en gracia. ¿Verdad que son muy delicados, tú? A mí me cau-

san un efecto tan especial... no sé cómo explicártelo... Puede que sea porque son de mi novio; pero me suenan como una música muy suave... muy lejana...

RUF. Sí, sí...

ESP. Me parece como que me acarician por dentro.

RUF. Y á mí como que me acarician por fuera. Oye, ¿cómo es lo último? Eso de la luz del alma... y la luz de la luna... y el mar... y la reja... Vamos, eso es precioso. ¿Cómo es?

ESP. «Y así nos contaremos venturas y rigores...»

Curro, sombrero en mano, asómase en esto al pretil de la azotea de doña Flor.—Este Curro es el mismo que en la comedia «El Patio» llega á impedir la siesta de la familia de la casa.

CURRO Buenas tardes, jóvenes amables.

ESP. ¡Currito!

RUF. ¡Currito!

ESP. (¡Que siempre ha de venir á estorbar este ganso!)

CURRO Riéndose estúpidamente. ¡Je, je! Desde ahí parezco una caja de zorpreza, ¿no es verdad? ¡Je, je! Estoy con doña Flor de tertulia.

ESP. ¿Sí, eh?

RUF. En seguida voy yo: dígaselo á mi tía. (A ver si lo espantamos así.)

Callan los tres unos instantes. Currito contempla á las muchachas con sonrisa imbécil.

CURRO Esperancita.

ESP. ¿Qué ocurre?

CURRO La encuentro á usté ojeroza...

ESP. ¿De veras? Pues no hay motivos, no...

Hablan las muchachas entre sí. Currito las mira embobado y sin saber si irse ó no irse.

CURRO ¿Estorbo?

ESP. ¡Por Dios, Curro!

RUF. ¡Usted no estorba nunca!

Siguen de palique las dos.

CURRO Ezo me dicen en *tos laos*... y luego rezurta que estorbo... ¡Je, je! Viendo que no lo atienden se despide. Vaya, *corre vuar*. Retírase haciendo una reverencia.

ESP. Con Dios, Currito.

RUF. Vaya usted con Dios.

ESP. Sigue tan bruto como el año pasado.

RUF. Anda, dime esos versos, tú. El final, el final... Eso de que la luna es quien lleva y trae.

ESP. Echándole una mano á Rufina por la cintura y yéndose con ella hacia el palomar.

«Y así nos contaremos venturas y rigores,
mirándonos sin vernos, hablando sin hablar...
La luna nos ampara: sus rayos protectores
serán los mensajeros que lleven los amores
del mar á tu ventana, de tu ventana al mar...»

Queda la escena sola unos instantes.

Torna á pregonar el Vendedor en la calle, como antes.

VEND. *¡A...a...o .. o...o .. a...a...o!... ¡Y...a... e...a... o...a... i...o... a....a ..ooo...!*

Don Isaías sale como loco del palomar apenas oye el pregón y se asoma á la calle por el pretil, rabioso de curiosidad.

D. ISA. ¿Pero qué jinojo es lo que pregona ese tío? ¡Me va á amargar la vida!... Y es aquél, aquél del sombrero ancho y la burra... Llamando. ¡Baldomero! A ver si este lo entiende... ¡Baldomero! ¡ven!

Don Baldomero sale también del palomar. Viene sin sombrero.

D. BAL. ¿Qué quieres, hombre? Le estaba diciendo á Esperanza...

D. ISA. ¡Cállate!

D. BAL. ¿Cómo?

D. ISA. ¡Cállate y escucha!

VEND. Pregonando más lejos. *¡A...a...o... o...o... a...a...o...! ¡Y...a... e...a...o...a... i...o... a...a...ooo...!*

D. ISA. Desesperado. ¿Qué vende ese tío?

D. BAL. ¡Qué sé yo!

D. ISA. ¿Ves tú? ¡No hay quien lo entienda!

D. BAL. Para mí que no vende nada.

D. ISA. ¿Que no vende nada? ¿Es posible?

D. BAL. ¿Cómo ha de vender, si no hay cristiano que se entere de lo que pregona?

D. ISA. Ah, pues yo no aguanto más, porque va á darme una apoplejía. Mañana lo espero en la puerta de la calle, y cuando pase le pido media vara de lo que lleve.

D. Bal. Oye, ¿y si lleva pájaros?

D. Isa. Si lleva pájaros... El vecino de la bandurria toca el paso doble de «Pan y Toros.» ¡Adiós! ¡esta es otra! ¡El vecino de la bandurria! ¡Otro que va á acabar conmigo!

D. Bal. ¿Te molesta quizás?...

D. Isa. Lo que me molesta es que ya van tres días que toca lo mismo, y yo lo conozco y no consigo acordarme de dónde es.

D. Bal. Mira que te preocupan unas estupideces... ¡Pregúntaselo!

D. Isa. ¡No puedo! Estamos reñidos. Le maté un gato el otro día... ¡Figúrate que venía á espantarme los palomos!... ¡Pues si esa es mi desesperación! Oye, oye... Tarareando un poco al mismo tiempo que suena la bandurria. Tará, tarí, tariaro... ¿Tú no caes, Baldomerillo, no caes?

D. Bal. Sí, hombre, sí. Tará, tarí, tariaro... Lo conozco mucho.

D. Isa. ¿De veras? ¡Dime de dónde es y te doy un beso!

D. Bal. Pues es de... de... aguarda... de... Castañetea con una mano mientras hace memoria. Don Isaías espera desasosegado que acabe. ¿De dónde es eso, Baldomerín?... Si no sé otra cosa, señor... Eso es de... de... espera... de... Castañetea ya con las dos manos. Don Isaías, sugestionado y nervioso, concluye por hacer lo mismo. De... de... de...

D. Isa. ¡Acaba!

D. Bal. De... de... Y tengo al músico en la punta de la lengua...

D. Isa. ¡A verlo!

D. Bal. Es mucha cabeza la mía... De... de...
Llevan uno y otro con los dedos el compás de la música y la tararean bailando de impaciencia casi.

D. Isa. ¿De dónde?

D. Bal. De... de... de...
Esperanza y Rufina, paseando, asoman un momento.

Esp. ¿Tú no ves? ¿Qué hacen?

Ruf. ¿Van á bailar ustedes?

D. Isa. ¡Silencio ahora!

D. Bal. De... de...

Esp. ¿Peteneras ó sevillanas?

D. Isa. ¡Silencio!

Esp. ¡Ay, qué cosa más graciosa! ¡Ja, ja, ja!

Ruf. ¡Ja, ja, ja! Retíranse hacia el palomar riendo á carcajadas.

D. Bal. ¡Ya caigo!

D. Isa. ¿De dónde?

D. Bal. De *El Trovador*.

D. Isa. Mirándolo con indignación y asomándose por el pretil a la calle. ¡No te tiro á la calle por misericordia divina!

D. Bal ¿Eh?

D. Isa. ¡Jinojo!

D. Bal. ¿Qué hay? ¿La vecina ya?

D. Isa. No; el de todos los días. Asómate: aquel de la gorra. Todos los días á estas horas pasa por aquí. ¿No te alarma eso?

D. Bal. A mí no.
Deja de sonar la bandurria.

D. Isa. De hoy no pasa que yo le vea la cara. Siseando. Ssss... ssss... ssss... Apartándose de un salto del pretil. ¡No es quien yo creía!

D. Bal. Apesadumbrado y ruboroso. Pues, hombre, avisa otra vez, que el tío ha mirado para arriba con las de Caín... y me he ganado yo la contestación. Y que ha sido por señas.

D. Isa. Mirando hacia la derecha del fondo. ¡Baldomerillo! ¡Baldomerillo! ¡Ya está allí!

D. Bal. ¡Hola! Viendo su reloj. La hora en punto de todas las tardes.

D. Isa. Ven, ven, no nos vean las muchachas...
Se alejan del pretil unos pasos.

D. Bal. ¿Dónde están los gemelos?

D. Isa. Aquí están. Los coge de entre dos macetas y mira hacia la derecha del fondo con regocijo. ¡Sopla! ¡Cómo viene hoy! Y que tiene el balcón abierto de par en par...

D. Bal. Dame, dame...

D. Isa. Aguarda un poco, hijo...

D. Bal. ¡Y ella tan ajena, que es lo que me hace á mí más gracia! Se ríen los dos muy satisfechos. A ver, hombre, á ver... Van quitándose alternativamente los gemelos el uno al otro. ¡Hola! ¿escocesas tenemos?

D. Isa. Sí: son las de los martes.

D. BAL. Cuidado que estos cristales acercan, ¿eh? Hace como que palpa lo que se supone que está mirando.

D. ISA. No todo lo que fuera preciso, pero acercan. Dame, dame acá...

D. BAL. Permíteme un instante, hombre.

D. ISA. Es que quiero comprobar lo que ayer disputábamos. Después de fijarse un momento. Pues tenía yo razón: hay algodón en rama.

D. BAL. ¿Mucho?

D. ISA. Mira.

D. BAL. ¡Qué ha de haber! ¡Atiza! ¡qué barbaridad!... ¡Ole! ¡ole! ¡ole!

D. ISA. ¡Ole! ¡ole! ¡ole!

D. BAL. ¡Y ella tan fresca, que es lo más gracioso!

D. ISA. Sí; lo que es ahora no puede estar más fresca.

D. BAL. A ver...

Asómase á su azotea doña Flor, que viene por una de las macetitas que hay en el pretil, y observa la escena.

D. ISA. Fíjate en el color: melocotón legítimo.

D. BAL. Sí, sí; melocotón, exactamente... ¡Hombre! ¡ha comprado otro calzador!...

D.ª FLOR Mientras no compre unos *visiyos*...

D. ISA. ¡Adiós! Se hace el distraído.

D. BAL. En el limbo, como de costumbre. No has estado mal, Isaías; mientras no compre unos visillos...

D.ª FLOR ¿Le *paese asté* los coscones estos?

D. BAL. ¿Eh?... Viendo á doña Flor y ocultando disimuladamente los gemelos. ¡Ah!... Felices, doña Flor...

D. ISA. ¡Señora, que ha de meterse usted en todo lo que no le interesa!

D.ª FLOR *Mia er* que habla. Pos ¿en qué se metían *astés* ahora, más que en eso? Conmigo habían *e da*. Por supuesto, que yo en mi *arcoba* tengo cristales opacos y *visiyos ensima* de un *deo* de gordo.

D. ISA. ¿Sí, verdad? ¡Pues por nosotros puede usted quitarlos!

D.ª FLOR Siempre había *asté* de *salí* con *arguna esaborisión*. Con coquetería. Sin embargo, no se haga *asté* ilusiones, que no los quito... Y *queen astés* con Dios, que no *quieo estorbá*...

¡Josú! ¡Josú! ¡Cómo está la gente en primavera! Vase con una de las macetas de claveles.

D. Isa. ¿Te parece?

D. Bal. Yo no he visto pretensiones más ridículas que las de ese estafermo.

Suena la bandurria de nuevo tocando lo mismo.

D. Isa. ¡Jinojo!

D. Bal. ¿Qué hay?

D. Isa. ¡El de la bandurria otra vez! ¿No oyes? ¡Por lo que más quieras pregúntale de dónde es eso, que yo estoy reñido con él!...

D. Bal. ¡Anda y que te emplumen! Yo ¿qué he de preguntarle?... Continúa mirando á la vecina con los gemelos mientras don Isaías habla con el otro.

D. Isa. Ah, pues se lo pregunto yo, porque si no me va á sentar mal la comida. Gritando. ¡Vecino! ¡vecino! Deja de sonar la bandurria. ¡Pelillos á la mar! ¿Quiere usted decirme de dónde es eso que está tocando? Pausa. ¿Eh? Nueva pausa. ¡Hombre, yo creo que lo he preguntado en buenas formas!... Pausa breve. ¿Habrá tío grosero? A voz en cuello. ¡Y usted más allá!... ¿Eh? ¡Donde usted quiera! En cuanto lo encuentre en la calle lo dejo en el sitio.

El de la bandurria principia á tocar el popular «No me mates, no me mates» de «La canción de la Lola»

D. Bal. No le hagas caso, hombre... Deja los gemelos

D. Isa. Pero ¿no ves que encima se burla? ¿A qu todavía voy allá?...

Salen otra vez Esperanza y Rufina.

Esp. Pero, mujer, más vale que lo dejes para otro día.

Ruf. Para otro día ya no tiene gracia. Ha de ser hoy. Don Isaías, venga usted conmigo.

D. Isa. ¿Adónde?

Ruf. Venga usted conmigo y lo sabrá.

D. Isa. Ah, pues vamos á escape. ¿Pasa algo, tú? ¿Qué es ello? ¿qué es ello?

Ruf Necesito su auxilio. Venga usted.

Se van al interior de la casa.

D. Bal. ¿Qué quiere Rufinita, tú sabes?

Esp. Que me vaya á comer con ella. Y como á mamá no le gusta, se lleva á papá para que le ayude á convencerla.

D. Bal. ¿Y no se pierde el apetito con doña Flor enfrente?

Esp. Se pierde el apetito, pero se gana el cielo. Apóyase en la baranda del patio y don Baldomero en el pretil que da á la calle. Pausa.

D. Bal. Qué pasito á paso va llegando la noche...

Esp. Con nada del mundo se paga este ratito de azotea...

D. Bal. ¡Ay! ¡qué bien se respira aquí!

Esp Es una delicia.

Nueva pausa.

D. Bal. Mirando con interés hacia la izquierda de la calle. Esperancilla... ¿me engañan mis ojos ó es aquel el cartero?

Esp. Asomándose al pretil con explosión de júbilo. ¡El cartero es! ¡Voy abajo ahora mismo!

D. Bal. Aguárdate, á ver si entra aquí.

Esp Corriendo hacia la puerta. ¿Pues no ha de entrar, don Baldomero?

D. Bal. ¡Sí! ¡sí! ¡viene hacia acá como una flecha!

Esp. Volviendo instintivamente al pretil. ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?... Hay una pausa, durante la cual siguen con la vista y con los movimientos, llenos de ansiedad y alegría, la figura del cartero que se supone que pasa de izquierda á derecha. Después se miran afligidos. ¡Se va! ¡Se va!...

D. Bal. ¡No entra!...

Esp Rompiendo á llorar. ¡Hoy tampoco, Dios mío!

D. Bal. Todo sea por Dios... No llores, hija mía, no llores, mira que yo no puedo verte llorar...

Esp. Serenándose un momento y volviendo á asomarse al pretil. Pero ¿es posible?...

D. Bal. Eso digo yo... ¿es posible?

Esp. ¡Sí, sí, no hay duda! Es posible: se va, se va... Ya dobló la esquina... ¡A Luis le pasa algo!...

D. Bal. Algo le pasa, hija: esto no tiene otra explicación.

Esp. O está enfermo, ó se ha perdido el barco...

D. Bal. No, no; eso no... perderse el barco no...

Esp. Es verdad: eso no, eso no... Se sabría, lo dirían los periódicos, hablaría la gente... Eso no, eso no... ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Y vuelta á esperar, á esperar otros quince días más negros y más angustiosos que estos que se han ido!

D. BAL. Vamos, cálmate, cálmate... Dios no ha de querer nada malo... Le estamos haciendo caso á la imaginación, que es una loca.. Todo ello va á ser que con las glorias se olvidan las memorias, y que el muy tunante ya no se acuerda de nosotros...

ESP. Eso tampoco; eso menos que nada: de mí se acuerda...

D. BAL. Pues si se acuerda de tí, figúrate de mí, que soy su padre.

ESP. De usted, no sé; de mí se acuerda... Me lo dice todas las noches la luna.

D. BAL. Un poco alarmado al oir á Esperanza. ¿La luna? ¿Has dicho la luna? Mira al cielo.

ESP. Sí, señor: la luna.

D. BAL. ¿La luna? Mira al cielo otra vez. Esperanza, hija mía, ¡valor!... Lo último es perder el juicio.

ESP. No tema usted, no; son cosas nuestras...

D. BAL. Con súbita alegria. ¡Oye! ¡oye!

ESP ¿Qué?

D. BAL. ¡Bien puede ser esto que me figuro!

ESP. ¿Qué?

D. BAL. ¡No será la primera vez que lo haga!

ESP. ¡Acabe usted, por Dios!

D. BAL. ¿Irá á venir y querrá sorprendernos?

ESP. ¿A venir dice usted?

D. BAL. ¿Quién lo quita? ¡Calcúlate que recibe una orden á raja-tabla del ministerio!...

ESP. Ay, ay.. no me lo diga usted... No quiero alegrarme... ¡Eso sería lo mejor de todo! Pero eso sí que es hacerle caso á la imaginación.

Oyese gritar á Manuela dentro llamando á la señorita. Luego aparece jadeante por la puerta de la azotea. Trae una carta en la mano y la frente cubierta con una venda.

MAN. ¡Señorita! ¡señorita!

ESP. Corriendo hacia la puerta. ¿Qué hay?

D. BAL. ¿Es Manuela?

MAN. ¡Carta! ¡carta!

ESP ¿Carta?

D. BAL. ¿Carta?

MAN. ¡Carta der señorito Luis! ¡Tome usté!

ESP. ¡Trae! Coge la carta con ansia verdadera y rebosan-

do felicidad. Desde este momento la lectura de ella absorbe su atención por completo y de todo cuanto la rodea no se ocupa sino maquinalmente. En su semblante deja ver las gratas impresiones que la carta le va produciendo.

D. Bal. Pero ¿cómo es eso?

Esp. Pero ¡cómo vienes!

Man. Verá usté lo que ha sío... Yo me explicaré... ¡Ah! ¡er cartero me ha dicho que usté también tiene carta en su casa!...

D. Bal. ¡Hijo de mi vida! ¡voy allá!... Dame un abrazo, Esperancilla... ¿Qué dice? ¿qué dice?... ¿Está bueno?...

Esp. Está bueno...

D. Bal. ¿Dónde he puesto yo mi sombrero, señor? Dice y hace loco de alegría. Busca el sombrero por todas partes sin encontrarlo.

Man. Pues verá usté, señorita, verá usté: estaba yo en la esquina comprando asuca y ví pasá ar cartero pa acá... ¿usté me oye?

Esp. Sí, sí, te oigo: sigue...

Man. ¿Se entera usté, don Bardomero?

D. Bal. De todo, hija, de todo .. ¿A que lo he dejado en el palomar? Vase por la izquierda.

Man. Le pregunté si traía carta; me dijo que sí; yo se la pedí pa traérsela á usté correndito, y lo que está de Dios: pisé una hoja e lechuga, me resbalé, caí contra las piedras y me hise una brecha en la frente...

Esp. Vaya por Dios...

Man. Me metieron á empujones en la botica, er boticario me puso los puntos...

Llega don Isaías á escape por la puerta de la azotea.

D. Isa. ¡Manuela! ¡Manuela! ¡anda para abajo! A Esperanza. ¿Sabes la novedad?

Esp. Sí, señor, sí; ya la estoy leyendo...

D. Isa. ¡Anda para abajo, Manuela!

Man. Yéndose. Voy, voy... ¿Qué ocurre?

D. Isa. A Esperanza de nuevo. ¿No me escuchas, mujer? A tu amiga Rufinita le ha dado un patatús... Al ver entrar á Manuela con la venda en la frente y en esa facha...

Esp. Pobre Rufinilla... Eter... éter... que le den éter... En mi chinero hay...

Don Isaías corre hacia la puerta.

Doña Flor se asoma alarmada á su azotea.

D.ª FLOR ¡Don Isaías! ¡Don Isaías! Diga *asté*: ¿qué es lo que le ha *pasao* á mi sobrina?

D. ISA. Deteniéndose. Nada de particular: un *sopitipando*.

ESP. Un *sopitipando*... que le den éter...

D.ª FLOR *¡Pobresita e* mi *arma!* ¡Los nervios! ¡los pícaros nervios que la consumen! ¡Voy *pa ayá!* ¡voy *pa ayá!* ¡No aflojarle *er* corsé hasta que yo *yegue!*... *¡Josú, Josú, Josú!*... Retírase diciendo «¡Josú!»

D. ISA. Esa señora... Oye... De repente, muy alborotado. ¡Jinojo! ¡Ladrones en el palomar!

ESP. Éter... éter... que le den éter...

D. ISA. ¡Date! ¡Date!

D. BAL. ¿Qué date?

D. ISA. ¡Date!

D. BAL. ¡Si soy yo que estaba buscando mi sombrero!

D. ISA. Ah, Baldomerillo, ¿eres tú?

D. BAL. ¡Abrázame, Isaías! ¡Estoy como loco! ¡Tengo en mi casa carta de mi hijo!... Voy para allá como un cohete. A Esperanza. ¿Está bueno, eh? ¿está bueno?

ESP. Sí, señor, sí, está bueno...

D. BAL. Adiós, hijita: toma otro abrazo más. Adiós, tú... adiós... Está bueno, está bueno... Vase corriendo al interior de la casa.

D. ISA. Adiós, hombre feliz... Y tú, nena, vente, que vamos á comer... Se oye á don Baldomero rodar por las escaleras abajo. ¡Atiza! ¡la escalera está á oscuras y ese se ha roto la cabeza!

ESP Se ha roto la cabeza... vaya por Dios...

D. ISA. Corriendo hacia la puerta y gritando. ¿Qué ha sido ello, Baldomerín?

ESP. Vaya por Dios, vaya por Dios...

D. BAL. Dando voces dentro. ¡No asustarse! ¡no ha sido nada! ¡no ha sido nada!

D. ISA. Vamos, no ha sido nada. Tú, no ha sido nada.

ESP No ha sido nada... vaya por Dios...

D. ISA. Anda para abajo en seguida; luego leerás la carta...

ESP Voy, voy...

D. ISA. ¡Anda, mujer!

ESP. Voy, voy...

D. ISA. ¡Que tu amiga ha perdido el conocimiento!... ¿Qué estará diciendo de tí?... Vase muy aprisa.

ESP. ¡Bendita carta! ¡Ya está aquí! Ya está aquí, diciéndome lo que yo sabía, lo que yo no dudaba, pero lo que quería que me repitiera una vez más: ¡que vive contento porque lo quiero yo! Porque me quiere él vivo yo contenta... En verso viene la posdata, como siempre... Mirando al cielo, donde brilla la luna. Que me vea la luna leerlos... que le diga que estoy llorando de alegría... Lee.

«¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡Bendito nombre!
Bálsamo á toda pena que sienta el hombre:
consoladora estrella que en lontananza
para mí siempre brilla... ¡Dulce esperanza!
En tí, reina del mundo, puse la mía,
y esperando, esperando me paso el día...
Como el mar en que vivo cantando á solas
de color de esperanza tiene sus olas,
y andar sobre las olas es mi destino,
siempre llevo esperanza por mi camino...
Cuando asoma en Oriente la luz del día
¡Esperanza! es el canto del alma mía;
y cuando ya entre sombras la noche avanza,
recordándote siempre, digo: ¡Esperanza!
Ya silbe huracanado, ya sople lento,
¡Esperanza! ¡Esperanza! me dice el viento;
y las aves pasando sobre mi frente
¡Esperanza! repiten constantemente.
Y es que tu amor en mi alma tiene su centro
y ¡Esperanza! ¡Esperanza! me grita dentro;
y el corazón y el alma laten unidos
y ¡Esperanza! es el eco de sus latidos...
Porque yo sé, Esperanza del alma mía,
lucero de mi noche, sol de mi día,
que mientras que mi barco marcha entre azares
y ¡Esperanza! su estela graba en los mares,
tú que ves que entre azares mi barco avanza,
le rezas á la Virgen de la Esperanza...»

Se acabaron... Estoy llorando como una tonta... ¡Qué bonitos son!

El vecino de la bandurria, que por lo visto es un guasón, principia á tocar el famoso vals de «Las olas» y no lo deja hasta el final de la comedia. Esperanza repasa los versos con la vista durante unos momentos. Vuelve Rufina por la puerta de la azotea.

RUF. ¡Esperancilla! ¿qué haces?

ESP. Calcula tú: leer la carta de ese...

RUF. Besándola. ¡Toma! ¡toma! ¡toma! Ya sabes tú que yo me alegro como nadie.

ESP. Y ahora que me acuerdo: ¿qué te dió?

RUF. Nada, tontilla: un patatús casi fingido... Quise hacerme la interesante en presencia de un pollo que hay abajo. ¡Ay, qué muchacho más original! ¡Qué bien se hace los nudos!... Por cierto que ya no comes tú en mi casa, sino que yo me quedo á comer aquí. Voy á ver si lo engancho... Vente, vente...

ESP Cuenta con mi ayuda.

RUF. Oye, ¿qué te dice Luis, qué te dice? ¿Ves cómo no hay cosa más bonita que tener novio? ¿Estás hablando con él por la luna?

ESP. No, chiquilla... ¿qué he de estar hablando?

RUF. Pues cuando hables vas á hacerme el favor de preguntarle si hay en el barco algún guardia marina que no esté comprometido; y si te dice que sí me recomiendas mucho.

ESP. Se hará la recomendación. Vámonos para abajo.

RUF. Te sale la alegría hasta por la punta de la nariz. ¡Cómo te envidio! ¡Déjame que te bese! Vuelve á besarla con más efusión que nunca. Y ahora, vámonos.

ESP. Espera. Al público.

¿Me darás, como premio de mis amores,
un aplauso, esperanza de los autores?...

FIN

Madrid, Diciembre, 1900.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppo Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo, con música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El género ínfimo

PASILLO.

CON MÚSICA DE LOS MAESTROS

VALVERDE (hijo) y BARRERA

PRECIO: UNA PESETA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Florin, 8, bajo

1901

A nuestro estimado amigo Gisbert
Recuerdo afectuoso.

Los autores

Agosto 1901.

EL GÉNERO ÍNFIMO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL GÉNERO ÍNFIMO

PASILLO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música de los maestros

VALVERDE (hijo) **y BARRERA**

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 17 de Julio de 1901

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

A nuestro excelente amigo

José Garrido y Prieto

Querido Pepe: acaso á tu agradable compañía en nuestras recientes visitas á varios salones por el estilo del Verde botella, *debamos nosotros el haber escrito este pasillo. Por eso te lo dedicamos. Míralo de hoy más como cosa propia y, ya que eres tan impresionable, no hagas caso ninguno de los que lo elogien por amigos ni de los que lo censuren por envidiosos. Menos que á éstos aún prestes oídos á aquéllos cuyo criterio es la obsesión del* trimestre *ajeno, y que salen de toda primera representación haciendo multiplicaciones en los puños de la camisa.—¡Ah! ¡qué asco!—como diría don Teodoro.*

Fíate de la opinión que á nosotros sabes que nos merece, seguro de que, aunque parezca mentira, es la más imparcial.

Tuyos siempre,

Serafín y Joaquín.

Madrid, 28 de Julio de 1901.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
HERMANAS PICHICHI.	Lola.....	Srta. Pretel.
	Pepa.....	Pino.
	Carmen.....	Taberner.
LA BELLA LÓPEZ		Brú.
LOLITA GUIÑOS.....		Sra. Torres.
MR. CHIRRÍN.....		Sr. Mesejo (E.)
DON TEODORO		Mesejo (J.)
DON ANSELMO.....		Carreras.
GARRIDO.....		Fernández.
MARTÍNEZ.....		Ontiveros.
DON FAUSTO.....		Ramiro.
UN CALAVERILLA.....		Carrión.
ESPECTADOR 1.°..		Soriano.
IDEM 2.°.....		De Francisco.
IDEM 3.°.....		Pulpeiro.
ACOMODADOR 1.°.....		Codorniu.
IDEM 2.°.....		Picó.
EL PIANISTA..		Ruesga.
EL JEFE DE LA CLAQUE.....		Sánchez.

Varios espectadores más ó menos pacíficos

EL GÉNERO ÍNFIMO

El teatro representa el escenario y parte de uno de estos salones modernos en que el «género ínfimo» se cultiva. Del segundo término al fondo, se eleva el tablado, que es practicable. Delante de él, en el centro, piano y sillón. A derecha é izquierda del piano, filas de butacas de tres ó cuatro cada una, en la misma disposición que las llamadas de orquesta. En el primer término de la izquierda del actor está la puerta de entrada, y en el de la derecha la de salida. Sobre la embocadura del tablado hay un caprichoso letrero que dice así: SALÓN VERDE-BOTELLA. Las veces de telón las hace una cortina abierta por la mitad, cada una de cuyas partes se descorre hacia un lado de la embocadura.

ESCENA PRIMERA

ACOMODADORES 1.° y 2.° y DOS ESPECTADORES; luego DON TEODORO, DON ANSELMO, DON FAUSTO, MARTINEZ, GARRIDO, UN CALAVERILLA, EL JEFE DE LA CLAQUE, EL PIANISTA y varios ESPECTADORES más.

ACOM. 1.° (Después de recogerles las localidades á los dos Espectadores que hay sentados en las butacas, y dirigiéndose al Acomodador 2.° que está junto á la puerta de entrada.) Abre ya. (Obedece el otro y empieza á entrar el público y á colocarse en las butacas, con ayuda del Acomodador ó sin ella. Don Fausto viene con un bastón que parece un amigo. Se sienta á la izquierda, en la segunda fila de butacas, y principia á dar bastonazos fuertes en el suelo.)

D. TEOD. Ese gordo trae prisa.

MART. Acomodador, ¿cuál es mi sitio?

ACOM. 2.º ¿A ver? (Mirando el billete.) Aquí. (Se coloca Martínez también á la izquierda, en la primera fila, número cuatro, sin hablar palabra. El Acomodador observa que trae en la boca una boquilla con un puro y le dice con la mayor amabilidad:) No se permite fumar, caballero.

MART. (Haciéndole oler el puro y con una voz que no deja lugar á dudas.) ¡Es brea para la garganta, amigo!

ACOM. 2.º ¡Ah! Usted perdone. (Martínez se pone á leer un periódico. Siempre que don Fausto golpea el suelo con el bastón, Martínez vuelve la cara y lo mira con una fresca en cada ojo.)

D. TEOD. (A don Anselmo, que llega.) ¡Don Anselmo!

D. ANS. ¡Don Teodoro!

D. TEOD. ¿Usted en este centro de corrupción?

D. ANS. Pues ¿y usted, caramba, está en misa?

D. TEOD. Le advierto á usted que esto mío es una casualidad.

D. ANS. Y esto mío otra.

D. TEOD. Pasé por la puerta...

D. ANS. Sí; tomó usted una entrada...

D. TEOD. Justamente... Y ya con la entrada en la mano...

D. ANS. ¡Claro es!... Lo mismo que yo.

D. TEOD. Por cierto que todavía estaba por irme.

D. ANS. (Yo no.)

D. TEOD Me repugnan profundamente estos salones. (Con asco.) ¡Ah! Se respira aquí una atmósfera de vicio, un ambiente tan deletéreo.. (Siempre con asco.) ¡Ah!

D. ANS. Deletéreo, si señor, deletéreo.

D. TEOD. (Viendo que don Anselmo no le da paz á las paletillas.) ¿Qué le pasa á usted?

D. ANS. Que el vestíbulo no es tan deletéreo, pero hay una de pulgas... He cogido una viendo la Feria de Sevilla, que me va á dar la noche.

D. TEOD. No me hable usted tampoco del vestíbulo. ¡Qué de socaliñas! ¡qué de máquinas infernales para sacar cuartos! Meta usted diez céntimos y saldrá un merengue; meta usted diez céntimos y le harán cosquillas; meta usted diez céntimos...

D. ANS. Y no los vuelve usted á ver más.
ACOM. 1.º (Acercándose á Martínez y hablándole en la misma oreja.) Caballero, no se permite fumar.
MART. (Que está distraído leyendo.) ¿Eh?
ACOM. 1.º Que no se permite fumar.
MART. ¡Ya le he dicho al otro que es brea!
ACOM. 1.º Usted dispense.
D. FAUS. (Canturriando con zumba.)

Y oliendo á brea, y oliendo á brea...

MART. (Mirándolo de un modo terrible.) ¿Eh? (Don Fausto enmudece.)
D. ANS. (Continuando en voz alta su diálogo con don Teodoro.) Algunas noches me han dicho que no se pasa mal del todo.
D. TEOD. Pero siempre dominará la misma nota nauseabunda y grosera... ¡Ah!
D. ANS. Creo que sale ahí una desgraciada... y le piden que baile el tango...
D. TEOD. ¡Ah! Le digo á usted que estaba por irme... Y lo baila, ¿eh?
D. ANS. ¿Qué ha de hacer la pobre? Usted calcule... (Remedando á don Teodoro.) ¡Ah!
D. TEOD. ¡Y sacará las cosas de quicio!
D. ANS. ¿Quién lo duda?
D. TEOD. ¡Ah!... Me quedaré .. pero crea usted que... ¡Ah!
D. ANS. Vamos á sentarnos, si le parece á usted ¡Mecachis en la pulga! ¡Me está ampliando!
D. TEOD. ¡Desdichado país! ¡Nación degradada! ¡Pueblo putrefacto!
D. ANS. (Este hombre es un artículo de fondo.)
D. TEOD. ¿Qué número tiene usted?
D. ANS. El dos de la primera fila.
D. TEOD. Y yo el seis.
D. ANS. (Pues me alegro de que haya en medio una cuña.) (Se sientan, no sin un gruñido de Martínez, á quien pisa don Teodoro al pasar.)
MART. ¿En dónde lleva usted los ojos?
D. TEOD. Usted dispense, caballero. (Se inicia un aplauso que se mantiene unos instantes. Llega el Pianista, que es la personificación del hastío, y se sienta en su sillon. En seguida empieza á tocar la sinfonía, estimulado por

las palmas y por los bastonazos de don Fausto. Don Teodoro y don Anselmo siguen su conversación mientras tanto, ora mirándose por detrás, ora por delante de Martínez, que está entre los dos y á quien incomodan de veras.)

D. ANS. Tome usted un cigarrillo.

D. TEOD. Gracias.

D. ANS. ¿Quiere usted cambiar de papel?

D TEOD. No.

D. ANS. Pues vaya un fósforo.

D. TEOD. Encienda usted primero. (Pasean la cerilla por delante de las narices de Martínez.)

D. ANS. Encienda usted; hágame el favor....

D. TEOD. Hombre, no gaste usted cumplidos.

D. ANS. Como usted quiera.

ACOM. 2.º (Acercándoseles.) Caballeros, aquí no se puede fumar.

D. ANS. (Aludiendo á Martínez.) Como está fumando el señor...

ACOM. 2.º Lo del señor es brea.

D. ANS. ¡Ah! ¡es brea!

MART. (Guardándose resueltamente el puro.) ¡Vaya! ¡Me van á brear á mí entre todos! (Don Fausto suelta una carcajada y Martínez apela á la mirada de antes para callarlo. Acabada la sinfonía suena un timbre, que vuelve después á sonar como anuncio de cada *número* en el Salón, y se descorre la cortina.)

D. TEOD. ¡Vamos á ver esta inmundicia! ¡Ah!

D. ANS. ¡Ah! Vamos á verla. ¿Quién sale ahora?

GAR. (Metiéndose en harina con don Anselmo, que está delante de él.) Las hermanas Pichichi: Lola, Pepa y Carmen. Pepa no es hermana talmente, es prima nada más; pero ellas se llaman hermanas por la novedad de la cosa.

D. ANS. Hombre, ¿es una novedad que haya tres hermanas?

GAR. Tres hermanas que hagan lo mismo, sí señor.

D. ANS. Ah, ¿pero estas tres hacen lo mismo?

GAR. Y muy bien las tres. Verá usted cómo cantan. Son hijas de aquella célebre Rosario la gorda.... ¿No se acuerda usted de ella? Ahora están en grande. Viven Lechuga 1.

D. ANS. (Y ¿por qué me contará á mí este señor todo esto?)

ESCENA II

DICHOS, en el salón; las HERMANAS PICHICHI (Lola, Pepa y Carmen), en el tablado. La decoración que se ofrece á la vista del público es de jardín ameno. Por la derecha salen las Hermanas Pichichi vestidas de maja las tres y con mantillas blancas. Verlas aparecer y empezar sus funciones el Jefe de la claque, todo es uno.

D. FAUS. ¡Buenas personas, caballeros, buenas personas!...

Música

LAS TRES

La mujer que un novio quiera
que se ponga la mantilla,
porque si así no lo pilla,
nunca saldrá de soltera.

—

Con la mantilla se vuelve loco
el que más cuerdo se quiera hacer,
porque descubre velando un poco
y porque vela dejando ver.

—

No hay nada que interese
como lo incierto...
Ni cubierto del todo
ni descubierto....

—

Es la mantilla española,
de madroños, negra ó blanca,
una red en que se prenden
los corazones que pasan.

—

Su encanto mayor
es hacerla celosía
para las horas de amor.
Y en otro lugar,
haciendo de ella rejilla
sirve para confesar.

—Ay, mi moreno, dime bajito
que tú me quieres con toda el alma,
que yo descorro mi celosía
como me digas que no me engañas.
—Ay, padre cura, yo estoy malita
porque me ha dicho que no me quiere;
dígame, padre, si me condeno
si es que me muero por sus quereres.

—

Es la mantilla española,
de madroños, negra ó blanca,
una red en que se prenden
los corazones que pasan.

—

Con la mantilla se vuelve loco
el que más cuerdo se quiera hacer,
porque descubre velando un poco
y porque vela dejando ver.

—

(Terminado el número, se retiran las Hermanas Pichichi con sus honores; la claque y el público aplauden de lo lindo, vuelven á salir, saludan agradecidísimas y se marchan definitivamente sin cantar nada nuevo.)

Hablado

D. Teod. (A don Anselmo, molestando siempre á Martínez.) ¿Ha visto usted cosa más insípida?
D. Ans. ¡Insoportable!
D. Teod. Este público imbécil las traga como el puño.
D. Ans. Calle usted, no nos vayan á pegar encima.

ESCENA III

DICHOS menos las HERMANAS PICHICHI; en su lugar, la BELLA LÓPEZ, que sale también por la derecha, como todos, capaz de resucitar á un muerto. Al abigarrado concurso, en general, se le alegran las pajarillas y se la recibe con ¡oles! y aplausos.

D. Faus. ¡Oh! ¡Qué mujer esta! (Manifiesta su entusiasmo ahora y siempre dando muy fuertes resoplidos, que molesta principalmente al pobre Martínez.)

D. ANS. ¡Es guapetona! ¡es guapetona!
GAR. (Volviendo á la carga) Muy buena muchacha, no crea usted.
D. ANS. No, si yo no creo nada.
GAR. Es viuda y separada del marido.
D. ANS. ¡Naturalmente!
GAR. Quiero decir que se volvió á casar con un cartero y que se separó de él. Vive Lechuga 4.
D. ANS. Bueno, vamos á oirla. (El Pianista vuelve á sus funciones.)

Música

B. LÓP. Ven y pasa por mi ventana
que yo te espero, serrano mío;
ven y pasa y verás mis ojos
como te disen que no te orvío.
Te yamo y no vienes...
er sielo te güerva buena
la mala sangre que tienes.

(El público en masa repite el estribillo con la cantante. Oles y aplausos. Don Fausto sopla. Martínez estornuda. Don Teodoro gruñe.)

Tengo un riso sobre la frente
que á mi mosito lo güerve lelo;
dos risitos en las patiyas
y cuatro risos en er pescueso.
Tengo dos lunares:
el uno junto á la boca,
el otro donde tú sabes.

(Vuelve el público á repetir el estribillo. Ovación. La Bella López se retira graciosamente y es llamada á escena con insistencia. Vuelve á salir y se dispone á cantar de nuevo. El Pianista la mira con ojos de carnero á medio morir y siempre bostezando.)

Hablado

D. TEOD. ¡Esto es híbrido, don Anselmo!
D. ANS. ¡Híbrido, don Teodoro!
D. FAUS. (Sin dejar sus resoplidos.) ¡A mí esta mujer me disloca!

MART. Pues señor, no tenemos mal ventilador aquí detrás.

D. FAUS. (Gritando.) *¡La pulga! ¡La pulga!*

ESP. 1 º ¡Malagueñas! ¡malagueñas!

VARIOS ¡Malagueñas!

GAR. (A don Anselmo.) ¿Usted sabe de quién es hija esta?

D. ANS. No, señor.

GAR. ¿Usted se acuerda de un jefe de policía que hubo aquí el ochenta y uno?

D. ANS. No, no me acuerdo.

GAR. Pues de ese.

Música

B. LÓP. Las raíses der doló
tengo en el arma metías;
yo lo fuí to pa un serrano
y ahora me ve y no me mira.

(Oles y aplausos.)

D. TEOD. (Sin poder contenerse.) ¡Ole!

D. ANS. ¡Don Teodoro!

D. TEOD. ¡Se encenaga uno sin querer, don Anselmo!

D. FAUS. *¡La pulga! ¡La pulga!*

MART. ¿Pero qué pulga pide este señor?

D. ANS. No será la que yo tengo, seguramente.

B. LÓP. (Cantando.)
Paso por la vera tuya
y tú te encoges de hombros;
y pasas tú por la mía
y se me nublan los ojos.

(Ovación. Retírase la Bella, vuelve á aparecer entre aplausos y oles y vuelve á retirarse.)

Hablado

D. TEOD. ¡Híbrido, don Anselmo, híbrido!

MART. (A don Teodoro, harto ya de que le molesten.) Hombre, ¿quiere usted ponerse aquí junto á su amigo, y así me dejan ustedes en paz?

D. TEOD. Sí, señor; con muchísimo gusto. (Cambia de sitio con Martínez.)

MART. (Cuando te dé el soplete del de detrás, ya verás lo que es bueno.)

D Teod. (¿Ve usted? ¡Público soez! ¡Público encanallado! ¡Nación pútrida! ¡Así hemos perdido las colonias!)

ESCENA IV

DICHOS menos la BELLA LÓPEZ; en su lugar MR. CHIRRÍN. Sale con un frac que lo mismo puede ser suyo que de un amigo del alma. Pronuncia el castellano torpemente, con algo de acento extranjero, como si lo fuese de verdad.

D. Faus. ¡Adiós! ¡el adivinador!
Calav. ¿Cuando vas á morirte, hombre?
Esp 2.º ¡Fuera! ¡fuera!
Esp. 3.º ¡Vete ya, guasón!
Calav. ¡Que salga la Martínez!
Esp. 2.º ¡Que baile!
Esp. 3.º ¡Que se afeite!
M. Chir. (Adelantándose á la batería imperturbable, á pesar del caluroso recibimiento.) Respetable y distinguidísima concurrencia: voy á tener el gusto de exponer á ustedes...
Calav. ¡Deja el discurso, pelma!
M. Chir. (Como si no fuera con él.) Varios experimentos de adivinación y trasmisión del pensamiento humano, sin contacto alguno. Para ello voy á repartir unas papeletitas entre los señores que deseen probar el fenómeno, en las cuales escribirán aquello que quieran que yo les adivine.
Calav. Bueno, baja ya. (Lo hace por una gradilla que hay junto al piano y reparte varios pedacitos de papel en blanco.)
Mart. A ver, deme usted á mí una. (Se conoce en el modo de pedir, que le ha hecho alguna mella la cosa.)
M. Chir. Tome, señor.
Mart. ¿Qué escribo aquí?
M. Chir. Ah, lo que usted quiera.
Gar. Lo que quiera usted que el señor le acierte.
M. Chir. Este caballero me ha comprendido bien.
Esp. 2.º ¡Es muy listo!
Gar. ¡Animal! ¡A la cuadra ese!

D. TEOD. ¿Qué le parece á usted, don Anselmo? ¡Esto es la última capa social!

D. ANS. Si no es la última, es la penúltima, don Teodoro. (Don Fausto se va quedando dulcemente dormido.)

ESP. 1.º (Levantándose.) Va usted á hacerme el obsequio de adivinarme á mí...

M. CHIR. ¿Ha escrito usted ya?...

ESP. 1.º Sí, señor.

M. CHIR Bien, pues sírvase taparme los ojos. Tome este pañuelo, y colóquese detrás de mí, y mándeme con el pensamiento lo que quiera que haga. Con mucha fuerza, ¿eh? (Una vez vendado Mr. Chirrín principia á dar carreras y saltos de epiléptico y á pegarse puñetazos en la cara avanzando y retrocediendo por entre las filas de butacas y palpando y sobando á todos. El otro le sigue con el entrecejo fruncido y sin mirar á nadie. Es de los que lo toman en serio. A Martínez le causa el espectáculo supersticiosa curiosidad.)

ESP. 1.º Sí, señor, sí.

M. CHIR. Siga... sígame... piense... piense... piense bien... (Palpando á uno.) Toco... toco .. ¿Qué hago?... ¿qué hago?...

MART. No se lo diga usted.

M. CHIR. Mándeme con fuerza... Así... así... (Dirígese como una bala á don Anselmo y después de sobarlo á su antojo le coge el sombrero y se lo apabulla.) Esto... esto... No; no es esto, no... no...

D. ANS. (Apoderándose de su sombrero.) ¡Ya lo creo que no!

M. CHIR. ¡Sígame... no dude... no se distraiga! ¡Ah! ¡ah! (Coge el sombrero de don Fausto, que está dormido, y con él en la mano, baila indeciso en mitad de la escena. Al fin sale corriendo como loco y se lo mete hasta las orejas al Pianista. El pueblo se ríe.) Esto... esto sí... Piense... piense... ¿qué hago?... ¡Ah! ¡sí! Esto, esto es.

ESP. 1.º (Rompiendo á aplaudir entusiasmado y leyendo el papel.) ¡Bravo! ¡bravo! ¡divinamente!—«Que le quite el sombrero á aquél señor grueso, y que se lo ponga al pianista.»—(Aplausos generales. Mr. Chirrín se descubre los ojos y le pone el sombrero á don Fausto, que al ruído de los aplausos se despierta y grita golpeando el suelo con el bastón.)

D. FAUS. *¡La pulga! ¡La pulga!* (El Espectador 1.° vuelve á su sitio.)

MART. Eso es que ve.

GAR. ¿Y qué tenemos con que vea?

M. CHIR. ¿Hay algún otro caballero que desee probar?...

MART. Sí, señor, yo. ¿A que no me acierta usted á mí lo que yo quiero?

M. CHIR. Ah, si usted se presta á ello, lo mismo. Sírvase cubrirme los ojos. (Se repite la misma faena. Martínez aprieta más que un dolor.) ¡Ay! No hace falta que apriete usted tanto...

MART. Sí, sí... (Una vez que lo ha vendado, se le pone delante y lo amenaza con el puño, á ver si lo ve. En seguida se convence de que no.) ¡Al pelo! Ande usted ahora.

M. CHIR. Sígame muy de cerca y mandándome muy fuerte con el pensamiento. (Vuelta á las carreras y á los saltos y al sobar general.) Venga... venga... Cojo... cojo... no... no..

MART. Sí, si me lo va á acertar....

M. CHIR. Piense bien... ¿Qué debo hacer? ¡Dígamelo!

MART. Sí, sí....

M. CHIR. No se distraiga.... Fuerte... fuerte.... ¡Ah! (Sube al escenario corriendo.)

GAR. ¡Sígalo usted, hombre!

MART. Es lo mismo; á mí no me lo acierta. (Sube también al escenario. Mr. Chirrín da una vuelta por él seguido de Martínez. En seguida vuelve á bajar. A Martínez se conoce que le llama la atención algo que ve por el interior del jardín y se queda arriba mirando hacia la izquierda con curiosidad.)

M. CHIR Bajo, bajo ... Aquí no .. no es aquí.. (Lleno de angustia ya.) Piense... piense... sígame....

GAR. (A Martínez que está todavía arriba.) ¡Pero hombre, baje usted! Así ¿cómo quiere usted que el hombre haga nada?

M. CHIR. Imposible... imposible así....

MART. (Bajando.) No, si es igual.... Verá usted cómo á mí no me lo acierta. ¡Ahora no ve!

M. CHIR. ¿Qué ver?... ¿qué ver?... Mándeme.... (Martínez obedece.) ¡Ah! ¡ya! Esto... esto sí. .. (Va á la butaca en que estaba Martínez y coge el periódico que este leía.)

MART. (Algo sorprendido.) Va bien, va bien....

M. CHIR. ¿Qué hacer yo con esto? Diga... diga...

GAR. (Como si fuera el padre de Mr. Chirrín.) No se distraiga usted y piense.... Si no, no hay modo...

MART. Ya... ya pienso. .. (Pone toda su alma en el asunto. Los ojos muy fijos parece que se le van á saltar.)

M. CHIR. No sé... no sé... no doy...

MART. ¡Es que es muy difícil!

M. CHIR. Ah, es imposible. No sirve... no piensa... se distrae... me vuelve loco... (Quítase la venda.)

MART. ¿No lo decía yo?

M. CHIR. Pero ¿qué ha pensado usted, caballero?

MART. Aquí está escrito; yo no engaño á nadie... «Que coja el *Heraldo* que hay en mi asiento, y que me acierte la charada... » (Risas generales.)

M. CHIR. (Con espontáneo arranque en su lengua nativa.) ¡Nos ha *fastidiao* este!. . (Enmendando el lapsus en seguida.) ¡Nos ha fastidiado este! Ya comprenderá el respetable público que es absurda la pretensión....

MART. ¡Como que me trae loco!

GAR. (¡Qué animal!) (Coge el «Heraldo» y se pone á leer la charada.)

M. CHIR. Mi deber no es ese... mi deber... Mis facultades... mi... El fenómeno de la trasmisión... contacto nunca... pero charadas menos .. Servidor de ustedes. Buenas noches. (Aplausos fríos.) Muchísimas gracias. (Retirándose, y otra vez en su lengua nativa.) (¡Los hay que debían estar en un pesebre!)

CALAV. ¡Adiós, y que te alivies!... ¡Qué posma!

GAR. (Tocándole en un hombro á Martínez y con cierto misterio.) Tarugo.

MART. ¿Cómo?

GAR. Tarugo.

MART. ¡Oiga usted!

GAR. Tarugo es la charada. Ruta... gota.... Tarugo.

MART. ¡Pues es verdad! Tarugo es, si señor. Muchas gracias. Yo es que creí que ruta era con dos erres.

ESCENA V

DICHOS, menos Mr. CHIRRÍN; en su lugar, LOLITA GUIÑOS, con mantón de Manila. Al presentarse en escena estalla un aplauso. El pueblo se anima visiblemente.

D. FAUS. *¡La pulga! ¡La pulga!*
D. ANS. ¿Otra vez?
D. TEOD. (Para sí.) (Esto sí que es canela fina.)
D. FAUS. ¡Vaya una mocita con circunstancias! (Vuelve á sus resoplidos.)
CALAV. (Ya me ha visto. La traigo loca.) ¡Ejem! ¡ejem!
GAR. (A don Anselmo.) ¿Sabe usted quién anda detrás de esta?
D. ANS. No señor, ni delante.
GAR. Bueno... pues... ¿Conoce usted á un teniente de caballería, alto?..
D. ANS. No señor...
GAR. Moreno... grandes bigotes...
D. ANS. No lo conozco.
GAR. Pues ese. Le está sacando un dineral.
D. ANS. (Pero qué enterado está este sujeto de todo lo que á mí no me importa.)
GAR. Lechuga, 8.
D. ANS. ¿También Lechuga?.. (Lolita Guiños empieza á bailar una petenera que levanta en vilo al más pacífico espectador. El que más y el que menos quisiera tener la cabeza en los pies, por lo baja, para verle bien las pantorrillas. A la conclusión de la petenera estalla otro aplauso, y se retira saludando la artista.)
D. FAUS. *¡La pulga! ¡la pulga!*
ESP. 1.º ¡Tango! ¡tango!...
VARIOS ¡Tango! ¡tango!...
D. TEOD ¡Ea! ya están pidiendo... (Pidiéndolo él á su vez.) ¡tango!
UNO ¡Tango!
D. ANS. Pero ¿es posible que pidan...? (Lo mismo.) ¡tango!
OTRO ¡Tango!
D. TEOD Mire usted que pedir ahora... ¡tango!

OTRO ¡Tango!

D. ANS. Nada, nada, tendremos... ¡tango!

MUCHOS ¡Tango! ¡tango! (El Pianista lo empieza á tocar. Aplausos.)

D. TEOD ¡Se salieron con ella! ¿Ha visto usted qué escoria viene aquí, don Anselmo?...

D. ANS. ¡Yo estoy pasando un rato horrible! (Sale Lolita Guiños con un sombrero ancho muy echado á la frente y á compás del tango que empieza á bailar desde la salida.)

D. TEOD (Abriendo cada ojo como un perro grande.) ¿Eh? ¿Qué le parece á usted el espectáculo?

D. ANS. (Con la baba caida.) ¡Deletéreo! ¡deletéreo! ¡No hay que darle vueltas!

D. FAUS. (Dando un resoplido á todo pulmón.) ¡Esto es glorita pura!

D. ANS. (Sintiendo el aire en el cogote.) Pero, ¿hay corriente aquí?...

D. FAUS. Usted perdone; he sido yo.

D. ANS. No hay de qué; puede usted soplar lo que quiera.

MART. (Entusiasmado.) ¡Hija de mi alma!

D. ANS. (Soltando un suspiro que es un poema.) ¡Ay! ¡Ahora sí que es fácil adivinar aquí el pensamiento!

CÁLAV. (¡Me está brindando lo mejor!) Gracias, prenda.

D. ANS. (A Garrido.) ¿Lechuga cuántos ha dicho usted?

D. TEOD ¡A mí se me levanta el estómago!

D. ANS. ¡Y á mí también! (Acabado el tango se corre la cortina, que vuelve á descorrerse á los aplausos del público á Lolita Guiños, y todo el mundo se pone en pie para irse. Los Acomodadores abren la puerta de salida y la gente la toma haciendo comentarios. El Pianista, sin dejar sus bostezos, se retira por la otra puerta.)

D. TEOD ¡Me voy! ¡me voy! ¡No puedo permanecer aquí más tiempo! ¡Ah!

D. ANS. ¡Como que se ha acabado esta sección, amigo!

D. TEOD. Aunque no fuera así, me iría. ¡Qué asco de salón! ¡Ah! ¡Hasta los acomodadores me repugnan! ¡Adiós, don Anselmo!

D. ANS. ¡Adiós, don Teodoro!

D. FAUS. ¡Pues señor, esto cada día está más soso!
MART. ¡Yo no sé como viene aquí nadie!...
GAR. ¡Se aburre uno que es una bendición!
ESP. 1.º ¡Esto va de capa caída!
D ANS. (¡Si se enterase Filomena!... ¡Uh! Y ¡qué diantre!... ¡puede que se explicara lo del sábado! (Quedan solos los dos Acomodadores. Pausa.)

ESCENA ULTIMA

ACOMODADORES 1.º y 2.º; después, entre una porción de Espectadores (público nuevo), DON TEODORO, DON ANSELMO, DON FAUSTO, GARRIDO, MARTÍNEZ y el CALAVERILLA.

ACOM. 1.º Poca gente ha quedado para esta sección. Abre ya. (El otro obedece. Principia á entrar el público y á colocarse en sus butacas.)
D. TEOD ¡Parece imposible que venga nadie á estos espectáculos nefandos!
D. FAUS. (Dando bastonazos en el suelo apenas llega.) *¡La pulga! ¡La pulga!*
D. TEOD ¡Hombre! ¡el de la pulga otra vez! (Pasea hacia la derecha. Al volver hacia la izquierda, ve á don Anselmo que llega en aquel momento y se queda clavado. Don Anselmo viene queriendo recordar lo que cantó la Bella López, y al ver á don Teodoro se le corta el resuello.)

D. ANS. Tengo dos lunares ..
tengo dos lunares...

(Se miran desde lejos. Pausa. Ninguno sabe cómo romper ni cómo excusarse. Don Anselmo se decide al fin por echarlo á broma.) ¡País pútrido! ¡No me diga usted mas! (Sale el Pianista y se sienta en su sillón. Aplausos tibios.)
D TEOD No... sino que salí... y como no llovía..
D. ANS. Es claro... como no llovía... se metió usted aquí otra vez... ¡Si hubiera llovido no sale! ¿Vamos á sentarnos, en vista de que ahora no llueve?
D. TEOD ¡Y qué remedio queda!

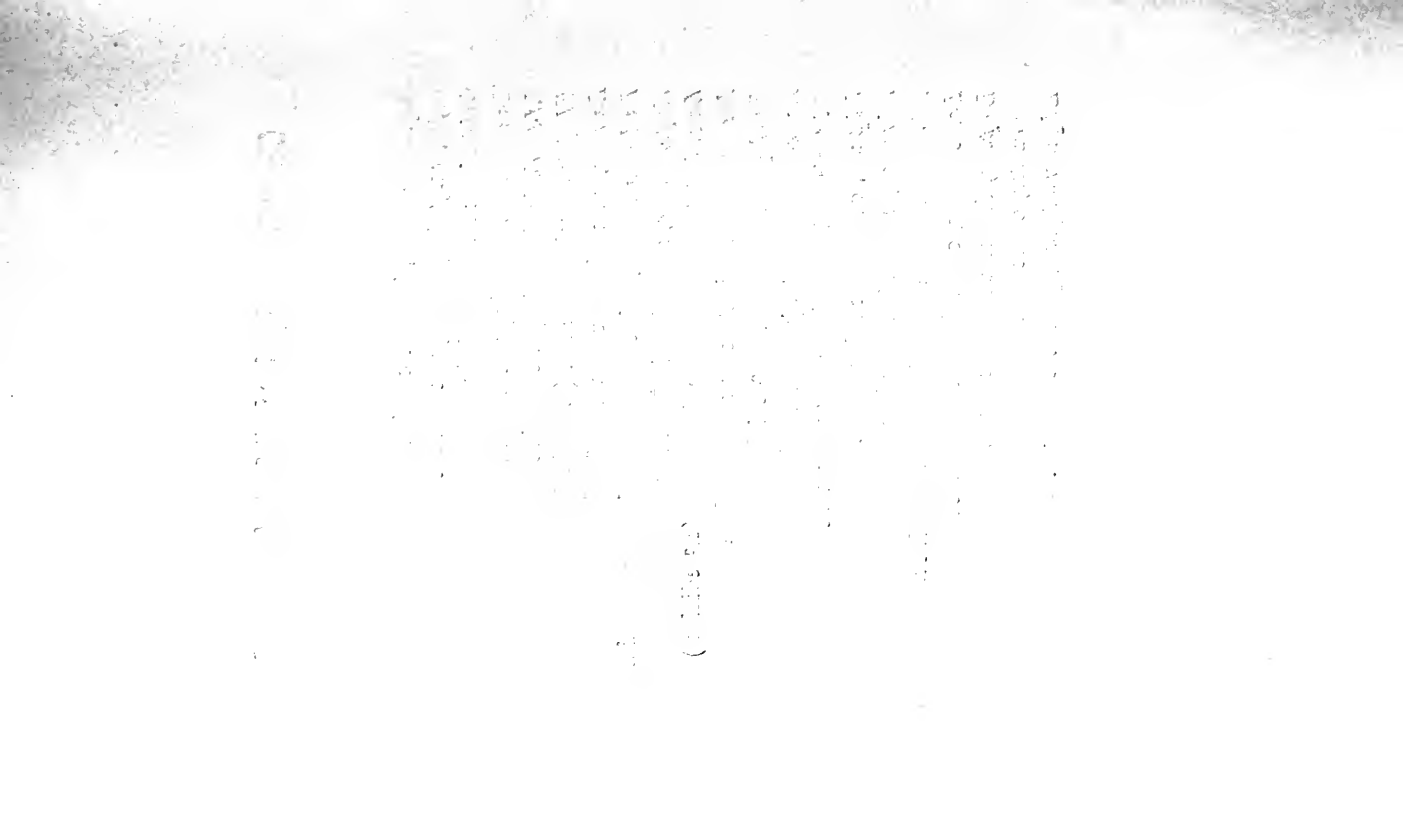
D. Ans. Aguarde usted un momento.
(Al público)
Toleraremos, ¡oh público!
este espectáculo... híbrido,
si tú con aplauso anánime
premias El género ínfimo.

FIN

Madrid, Junio, 1901.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición).
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición).
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos.
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.



SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

El Nido

COMEDIA EN DOS ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1901

EL NIDO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL NIDO

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 31 de Octubre de 1901

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1901

AL SEÑOR

Don Luis Montoto y Rautenstrauch

poeta del hogar

en testimonio de admiración y cariño

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESITA	Srta. Suárez.
DOÑA JOSEFA	Sra. Valverde.
MARTA	Srta. Domus.
DOÑA FEDERICA	Alba.
CANDIDITA	Rodríguez.
RAMONA	Ziur.
RAIMUNDA	Quijada.
JAIME	Sr. Santiago.
DON PABLO	Romea.
REQUEJO	Rodríguez.
LEOPOLDO	Montenegro.
DON CARMELO	Vigo.
ROQUITO	Barraycoa.
DON ABEL	Valle.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Jaime, en Madrid. Es un nido de amores, sin estrenar todavía. El papel de las paredes de fondo verde pálido: se conoce que está elegido por la amante pareja. Al foro hay una puerta, á la izquierda otra y á la derecha un balcón. Alfombra clara. Muebles, cuadros y telas relativamente modestos, pero coquetones y elegantes. A la derecha de la puerta del foro sofá y butacas. En los rincones dos columnas, con sendas figurillas de bronce muy llamativas y vistosas. La que hay en la columna de la derecha del actor es de hombre y la de la izquierda de mujer. Todo ello limpio y flamante, esperando á sus dueños, y colocado con escrupulosa simetría. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

JAIME y LEOPOLDO

(Salen por la puerta del foro, unos momentos después de haberse levantado el telón. Vienen jadeantes, y su hablar al principio es fatigoso y entrecortado. La razón es clara: el nidito está en piso quinto y no hay ascensor todavía.)

LEOP Chico... la casa... parece muy alegre... pero esto es vivir en las nubes...

JAIME En el cielo... dirás...

LEOP. Llámale hache... Está más alto que mi estudio...

JAIME Asómate... asómate á ese balcón... tú que eres artista... verás qué panorama...

LEOP. (Asomándose al balcón.) Hermoso, Jaimillo...

Se ve todo Madrid... Ganas dan de echarse á volar.

JAIME ¿No es verdad que vale la pena de vivir tan alto? Sobre que el casero ha prometido poner muy pronto el ascensor. Además, á Teresita no le gustan los bajos. Ni á mí tampoco... excepción hecha de los bajos de Teresita. (Riéndose candorosamente.) ¡Ji, ji, ji!...

LEOP. Estás empalagoso de felicidad.

JAIME ¿Y crees tú que el caso es para menos? Figúrate que pasado mañana seré dueño y señor de este nido de amores... ¡Y qué palomita traigo á él! Como que ella será la dueña y la señora; yo, su esclavo Y á propósito; aguarda. (Asomándose á la puerta del foro y llamando.) ¡Ramona! ¿No ha venido nadie?... ¿Ni han traido nada de casa de la señorita?... Está muy bien. (Volviendo al lado de Leopoldo.) Te advierto que la criada es un ángel del Paraíso.

LEOP. Lo creo.

JAIME Y la portera otro.

LEOP. También lo creo.

JAIME ¿Pero qué te pasa, criatura? Hay que sacarte las palabras con sacacorchos... ¡Ah, caramba! que no tenemos sacacorchos. (Escribiendo en un librito de apuntes que lleva en el bolsillo.) «Comprar un sacacorchos.» ¿Qué haces que no te ríes, que no gozas conmigo, que no te entusiasmas con todo lo que ves? Y ten en cuenta que este gabinete es lo peorcito de la casa... Me gusta graduar los efectos... Ya verás el comedor: aquello es un sueño de verano... Ya verás la alcoba... ¡ay qué alcoba! Aquello es un amanecer de primavera... Leopoldo de mi vida, ¡cásate!

LEOP. Sí, sí...

JAIME Cásate. Cásate y verás.

LEOP. ¿Tú qué sabes, si no te has casado todavía? (Se sienta en una silla.)

JAIME Pero ¿hay más que mirar en torno nuestro para convencerse de que es la gloria donde estamos?—No te apoyes mucho, que esas sillitas son de mírame y no me toques.

LEOP. Descuida.

JAIME ¿Quién no adivina aquí la mano primorosa de una mujer? ¡Bendita sea ella! Mira qué orden, qué simetría, qué buen gusto... Besaría de buena gana estos muebles y estas figuras, creyendo que la beso... Todo cuanto ella toca adquiere una gracia, una luz... ¡Cásate, Leopoldo!

LEOP. (Levantándose y dejando la silla de cualquier manera.) Chico, me estás poniendo más nervioso que entré.

JAIME (Colocando la silla con gran cuidado en el sitio en que estaba.) Hombre, hombre. . Pero ¿es que te pone nervioso mi felicidad?

LEOP. Sí. Me muero de envidia.

JAIME Gana de envidiar es eso, Leopoldo.

LEOP. (Cogiendo otra silla y sentándose.) Gana de envidiar, sí, gana de envidiar...

JAIME (Con el alma en cada silla que coge Leopoldo, el cual, inquieto y desasosegado, maldito si se ocupa de cuidar los muebles.) Pues ¿qué tengo yo que tú no tengas? Salud no te falta; dinero te sobra; tu posición es más brillante que la mía: yo soy un abogadete sin pleitos y tú eres un pintor de renombre; buena elección la has demostrado: tu novia es una Venus... con ropa... ¿Qué más quieres?

LEOP. Mi novia, mi novia.. (Se levanta y pasea.)

JAIME (Poniendo bien y en su sitio la silla, como antes.) Pero ¿no te puedes estar quieto?

LEOP (Sin oirlo.) ¡La que fué mi novia! (Se monta en otra silla y apoya los brazos en el espaldar.)

JAIME (¡Adiós!) ¿Has reñido con ella?

LEOP. Sí

JAIME ¿Cuándo?

LEOP. Ancche.

JAIME ¿Pues no la querías tanto?

LEOP. Ahí verás tú.

JAIME Como no te expliques...

LEOP. ¡Estos celos ridículos que siento van á acabar conmigo! (Levántase de nuevo y vuelve á pasearse en todas direcciones.)

JAIME (Tornando á colocar la silla en su sitio y limpiándole cualquier palito con saliva.) (Y conmigo.) ¿Pero á

quién se le ocurre tener celos de una criatura como Marta? Eres un animal.

LEOP. Lo sabía. Y tú otro.

JAIME Yo no lo sabía.

LEOP. Pues ya lo sabes. (Cogiendo una figurilla y accionando descompuesto con ella en la mano. Jaimito no le quita ojo.) ¡Eres un animal, desde el momento en que imaginas que dominar los celos está en la mano de los hombres!

JAIME Pues mira que tú, que te has creído que mi casa es un bosque virgen...

LEOP. Jaime, compadéceme. ¿Comprendes ahora que te envidie? ¿Comprendes mi tormento? ¿Me dejas que me tire por el balcón?

JAIME (Quitándole la figura de la mano y poniéndola donde estaba, con cuidado y mimo.) ¡De ninguna manera! (Es loco de atar.)

LEOP. ¡Soy muy desgraciado! ¡muy desgraciado! (Desplómase en el sofá del foro)

JAIME (Como si se le hubieran sentado encima á él.) ¡Atiza! Hombre, que el sofá es muy poquita cosa...

LEOP. (Golpeando un brazo del propio sofá.) ¡Tengo una rabia contra mí mismo! ¡un deseo de violencia!..

JAIME ¿Te es igual darme á mí en un hombro?

LEOP. ¡De mejor gana que lo digo haría pedazos todo esto!

JAIME (Aterrado.) Mira, vamonos á dar por ahí una vueltecita. La tarde está hermosa...

LEOP. No, no; vueltas no, que me la puedo encontrar á ella.

JAIME Como te la encuentras es si sigues aquí.

LEOP. ¿Qué dices?

JAIME Va á venir luego con su tío.

LEOP. ¡Imbécil!

JAIME ¿Quién?

LEOP. Su tío.

JAIME ¡Ah!

LEOP. Jaime, quiero tanto á esa mujer, que estoy resuelto á no hacer las paces con ella.

JAIME ¡Qué determinación más lógica!

LEOP. Sé que nunca será dichosa á mi lado, y como lo sé, me alejo del suyo. Ya ves si le tengo cariño...

JAIME Lástima me estás dando.

LEOP. (Sublevándose.) ¡Pues yo no quiero que nadie me tenga lástima!

JAIME Vaya, no sé cómo acertar.

LEOP. (Echándole mano á otra silla y dando un golpe con ella en el suelo antes de sentarse.) ¡Anoche estuve á verla por última vez! ¡No vuelvo; no vuelvo á su casa!

JAIME (¡Donde no vuelves es á la mía!)

LEOP. ¡Me iré de Madrid! ¿A cuántos estamos?

JAIME A quince.

LEOP. ¿A quince?

JAIME Hombre, por cierto que no tenemos almanaque. (Saca el librillo de apuntes y escribe.) «Un almanaque con un cromo bonito.» (Sintiendo que alguien llega y asomándose al foro.) ¿Quien es?

LEOP. (Levantándose de un salto.) ¿Será Marta?

JAIME No, hombre, no: es mi padre. (Pone bien la silla que deja Leopoldo.)

ESCENA II

DICHOS y DON PABLO

(Llega por el foro, sin poder articular palabra por causa de las escaleras. Trae en la mano una caja esmeradamente envuelta en un papel.)

JAIME Hola, papaíto. ¿Qué es eso, vienes muy cansado? (Don Pablo contesta con un gesto.)

LEOP. Muchos escalones, ¿no es verdad?

D. PAB. Muchos años... y muchos escalones... Las dos cosas... (Habla con pronunciación andaluza.)

JAIME Siéntate. ¿Qué traes ahí?

D. PAB. Un regalito...

JAIME ¿De quién? ¿de quién?

D. PAB. No lo conozco... Toma la tarjeta .. Poco después que saliste tú lo llevaron á casa.

JAIME (Leyendo.) «Ernesto M. de la Pompa y L. Perafán de Rivera y Gómez. Abogado. Redactor de *El Haba*. Tesorero de la Sociedad *La Higiene Pública y Doméstica*. Corresponsal de

la revista *Le chien et le chat* de París.» Pues no sé quién es

LEOP. ¡Sí, hombre! *¡Tagarnina!* ¿No te acuerdas de *Tagarnina?*

JAIME ¡Acabáramos!

D. PAB. Si hubiera puesto en la tarjeta «alias *Tagarnina*» lo hubiéramos conocido todos.

JAIME ¡Pobrecillo! ¿Para qué se habrá molestado?

D. PAB. (Desliando la caja.) A ver, á ver lo que te envía.

JAIME Tiemblo antes de verlo: me da el corazón que son cuchillos.

LEOP. Sí; cubiertos parecen.

JAIME Catorce cajas de cuchillos tenemos ya.

D. PAB. (La abre.) Y una, quince.

JAIME ¿No lo decía yo?

LEOP. Pues mira, son bonitos.

D. PAB. Sí que lo son; ¡pero ni que fueran estas criaturas á la güerra!

JAIME ¡Buena se va á poner Teresita! Ella que lo toma á mal agüero... (Fijándose en las dos columnas del fondo.) ¡Caramba! ¿otra vez?

D. PAB. ¿Qué pasa?

JAIME ¡Que han vuelto á cambiarme esas dos figuras! ¿Quién se meterá en lo que no le importa? (Variándolas de columna.) ¡Si ya he dicho que la del hombre la quiero á la izquierda y la de la mujer á la derecha! ¡Es mucho cuento! (Alejándose para verlas.) ¡Dónde va á parar!...

D. PAB. Ahí me parece que está tu novia, Jaime.

JAIME (Yéndose por el foro.) ¿Sí? ¡Teresita! ¡Teresita!

LEOP. (Alarmado.) ¿Vendrá con ella Marta?

D. PAB. No; viene con su madre, y con Candidita López y su hermano. Los he saludado en la calle.

ESCENA III

DICHOS, DOÑA JOSEFA, TERESITA, CANDIDITA y ROQUITO

(Salen por el foro con Jaime, agitadísimos los cuatro, de las escaleras.)

D.ª Jos. ¡Ay... Dios mío... qué escaleras estas del día!...

Roq. Son crueles... crueles...

Cand. ¡Ay!...

Ter. ¡Ay!... ya llegamos... gracias á Dios...

Jaime ¿Vienes tú fatigadita, alma?

Leop. (Saludando.) Señoras... Roquito... ¿Cómo vamos, doña Josefa?

D.ª Jos. Déjeme usted que pueda respirar... y entonces le contestaré...

Leop. Como que se han venido estos pollos á un campanario.

D. Pab. En mi tierra á esta altura no viven más que las cigüeñas y los fotógrafos.

Ter. Cuando nos pongan el ascensor... hablaremos.

D. Pab. Sí, porque lo que es ahora no hay quien pueda hablar.

Cand. ¡Y qué preciosísimo tienen el cuarto!...

Roq. (Fijándose en el gabinete.) Este gabinete es una monada.

Cand. ¿Y la alcoba? ¿dónde está la alcoba?

Ter. Ahora iremos. Verás qué linda. Hemos elegido todos los papeles y todos pálidos. Esto, verde pálido; la sala, fresa pálido; la alcoba, rosa pálido, y el comedor, almíbar pálido...

Jaime Para demostrar que donde está mi Teresita todo resulta pálido... ¡Ji, ji ji!

Ter. Jaimito, Jaimito; que no te dé la vena cómica. (Reparando en la caja de los cuchillos.) ¿Qué caja es ésta, tú? (Bajo á Jaime, con quien habla un momento mientras los demás hacen corro aparte, excepción hecha de Roquito, que se ocupa en curiosear los regalos.)

Jaime Un regalo de un compañero.

Ter. (Abriéndola.) ¿Más cuchillos?

JAIME Ya ves...

TER. ¡Y el termómetro sin venir, con la falta que hace!... Y los cuchillos son de mal agüero, Jaimito...

JAIME Contra nuestra felicidad no hay agüeros, pichona.

ROQ. (Mirando sucesivamente dos ó tres objetos.) (Quince pesetas. Veinticinco pesetas: ni un céntimo más. Treinta pesetas, si no han regateado...)

TER. Oye, dale las gracias á Roquito.

JAIME Es verdad. Roquito, ahora que me acuerdo: un millón de gracias por su delicadísimo presente.

TER. Es una preciosidad; ya se lo dije anoche.

ROQ. No vale nada. Por Dios, una docena de cuchillos... Hemos procurado mandarles á ustedes una cosa útil, y en que no piensa nadie.

JAIME ¡Ah, nadie, nadie!

TER. ¡En los cuchillos no piensa nadie! (A Jaime.) (Se han creído que vamos á degollar á la vecindad.) (Los dos vuelven la cara aguantando la risa.)

CAND. (Bajo á su hermano.) Roquito, mira allí el perro que le regaló mamá á doña Adela.

ROQ. Justamente: el que le regaló á papá don Torcuato. ¡Lo que corre ese animalito!

TER. Con que ¿vamos á ver la casa, ya que nos hemos sosegado un poco?

ROQ. Sí, sí, vamos á ver el nido de estos pichones.

CAND. ¿Dónde está la alcoba?

D.ª JOS. Andar, andar los pollos; yo aquí me quedo descansando.

D. PAB Y yo lo mismo. Curiosear ustedes.

JAIME Ven tú también, Leopoldo.

LEOP. Con mucho gusto, chico.

JAIME En mi despacho verás tus marinas.

TER Les enseñaremos primero esta parte de aquí, ¿verdad, Jaime?

JAIME Sí, sí, como tú quieras, alma.

ROQ. Ea, pues vamos allá.

LEOP. Vamos.

TER. Vamos.

ROQ (Tienen regalos hasta de diez pesetas: no hemos quedado mal ni mucho menos.) (Entranse por la puerta del foro, hacia la derecha del actor.)

ESCENA IV

DOÑA JOSEFA y DON PABLO

D. PAB. Los muchachos están como locos..
D.ª JOS. Y hay motivo: se quieren..
D. PAB. ¡Quién se casara ahora, doña Josefa!
D.ª JOS. ¡Qué cosas tiene usted, don Pablo!
D. PAB. Pues si supiera usted las que tenía...
D.ª JOS. Sí que ha debido usted de ser un *pirandón* bueno.
D. PAB. Regular; pero hace tanto tiempo de eso que me cuesta trabajo acordarme.
D.ª JOS. Pues á mí ciertas cosas no se me olvidan.
D. PAB. Ciertas cosas ¿eh? Esas no se me olvidan á mí tampoco. He querido decirle a usted lo viejo que soy.
D.ª JOS. No, que yo soy de ayer por la mañana.
D. PAB Polleando estamos los dos. (Se ríen. Pausa.)
D.ª JOS. (Suelta un suspiro lleno de recuerdos.) ¡Ay!...
D. PAB. *Quedándose en silencio un grande rato*
pasó una larga historia por su frente.
¿No es verdad?
D.ª JOS. Por el día de mi boda me andaba yo ahora.
D. PAB. ¿Por el día?
D.ª JOS Por el día; no sea usted malicioso. Aquellos eran otros tiempos.
D. PAB. ¡Otros tiempos! Usted sí que era otra; y yo también. En este mundo, consuegra mía, no hay más que un puñado de ilusiones: el tiempo las reparte; pero como las tiene contadas, para dárselas á esos pollos que están viendo el piso nos las tiene que ir quitando á nosotros.
D.ª JOS. Está usted hecho un filósofo de á perra chica.
D. PAB. Y usted una guasona muy grande. Yo no soy como todos los viejos que ven el tiempo presente peor que el pasado.
D.ª JOS. Yo sí. Para mí el presente deja mucho que desear.
D. PAB Y ¿usted no?

D.ª Jos. ¡Don Pablo!

D. Pab. ¡Pues péguela usted con su persona, que ya no es la misma! Cuando se mira usted al espejo, ¿qué dice usted: «¡Vaya unos espejitos que hay ahora!» ó «¡vaya una carita que se me va poniendo!»?

D.ª Jos. ¡Qué poco galante es usted, don Pablo!

D. Pab. Señora, es que no puedo sufrir á las viejas con pretensiones.

D.ª Jos. Ni yo á los carcamales que están chocheando y ya no saben lo que dicen.

D. Pab. (Riéndose.) ¿Se ha picado usted conmigo, consuegra del alma?

D.ª Jos. Sí, me he picado, consuegro de mis culpas; pero me pasa pronto. (Se rien los dos. Pausa.)

D. Pab. (Suelta un suspiro, análogo al de Doña Josefa.) ¡Ay!...

D.ª Jos. ¿Qué es eso? ¿También estaba usted en el día de su boda?

D. Pab. No, señora: en el día siguiente.

D.ª Jos. Es igual.

D. Pab. ¡Ca! es mejor.

D.ª Jos. ¡Qué bonita era su mujer de usted!...

D. Pab. Bonita como un sueño... ¿Usted la trató?

D.ª Jos. ¿Ya no se acuerda usted? Cuando digo que ha perdido usted los memoriales... ¡Tan blanca, tan rubia, con aquellos ojos verdes tan oscuros y aquellas pestañas tan espesas!... Daba gloria mirarla.

D. Pab. ¡Pobrecita Aurora!

D.ª Jos. Era la envidia de todas las de su tiempo.

D. Pab. Y yo la de todos. Cuando la cogía del brazo y echaba á andar con ella por las calles de Cádiz, ¡ni por San Pedro me cambiaba! (Suspirando.) ¡Ay! ¡Cómo ha de ser!... ¡Si viera usted qué latigazo me dió el corazón el otro día, que, leyendo yo la Historia de España, me encontré entre las hojas una violeta que ella me mandó en una carta!...

D.ª Jos. De esos latigazos tenemos llena la vida los viejos. Como que nos hacen jóvenes en un instante: por eso la impresión es tan honda... Media vida que se borra de un golpe... cuando menos se piensa en ello.

D. Pab. Y todo... porque se ve una violeta...

D.ª Jos. Que además está seca: como una...
D. Pab. Como *dos*, ¿le da á usted lo mismo?
D.ª Jos. ¿No ha advertido usted que todas las tardes tenemos una escenita de recuerdos?
D. Pab. Señora, es que el sitio y las circunstancias lo dan de sí. En este nido, que vemos formarse, hay un manojo de violetas de esas que decíamos. Ya pasarán á la historia, ya...
D.ª Jos. ¿A la Historia de España?
D. Pab. A la historia universal, señora.
D.ª Jos. Lo malo para mí es que esta es la última hija que yo caso.
D. Pab. Y yo el último hijo.
D.ª Jos. ¡Ojalá sean tan felices como fuimos nosotros!
D. Pab. (En tono chancero.) Mire usted; con franqueza: si hay dimes y diretes será por causa de su niña de usted, que tiene los nervios de punta.
D.ª Jos. ¿Quiere usted callar, avechucho? ¡Si no la hay más buena! Que la trate su hijo de usted como ella se merece; que lo dudo, porque será tan *pirandón* como el padre.
D. Pab. Pero, señora, ¿cuándo ha soñado usted un yerno como mi hijo?
D.ª Jos. ¿Y usted una nuera como mi hija?
D. Pab ¿Y la niña un suegro como éste?
D.ª Jos. ¿Y el niño una suegra como yo?
D Pab ¡Quítese usted de ahí, vieja chocha!
D.ª Jos. ¡Vaya usted mucho con Dios, ave fría!
D. Pab ¡Envidiosa!
D.ª Jos. ¡Espantajo! (Sueltan la carcajada los dos. Llegan por el foro con algazara y risa los que se fueron antes.)
D. Pab Aquí están ellos.

ESCENA V

DICHOS, TERESITA, CANDIDITA, ROQUITO, JAIME y LEOPOLDO

Jaime (Encaminándose hacia la izquierda.) Venga ustedes por aquí, que aún queda lo mejor.
Roq. Ah, pues lo que hemos visto es precioso.
D.ª Jos. ¿Les ha gustado?

CAND. Todo es de muy buen gusto; todo se ríe.
LEOP. El despacho de éste es muy coqueton.
TER Muy alegre, ¿verdad?
ROQ. Muy alegre es toda la casa.
CAND. ¿Y la alcoba? ¿dónde está la alcoba?
D. PAB. (¡Pero esta niña es un rompecabezas!... «¿Dónde está la alcoba?» «¿Dónde está la alcoba?»)
D.ª JOS. Vamos allá. Iré yo con ustedes. Venga usted también, don Pablo.
D. PAB. Vamos, vamos todos. (Van entrando por la puerta de la izquierda.) Pasen ustedes. Leopoldo, pase usted.
ROQ. (La alfombra del despacho es del Hotel de Ventas.)
TER. (Deteniendo á Jaime.) (Jaimín, aquí te espero. ¡Qué fastidio!)
JAIME (Salgo en seguida, gloria mía.) (Vase con los demás.)

ESCENA VI

TERESITA y JAIME

TER. ¡Que la casa es alegre!... ¡La alegría que tiene es la que nos rebosa á nosotros! ¡Ay, qué felicidad!... Hoy hasta me ha parecido guapo el portero, que dicen que es el más feo de toda la calle... ¡Tengo unas ganas de que llegue el día... de que nos encontremos solitos y tranquilos los dos, sin tanta gente entrometida y fastidiosa!... ¡Ay, qué felicidad!...
JAIME (Saliendo por el foro, desde la izquierda.) He hecho la procesión del niño perdido.
TER. Me alegro.
JAIME ¿Te alegras? (La mira embobado y con las de Cain.)
TER. (Atajando cualquier atrevimiento justificadísimo de su futuro.) Jaimito: formalidad... y formalidad. Que no pase lo de ayer por la tarde.
JAIME Tontina, si nos vamos á casar pasado mañana...

TER. Pues un poquito de paciencia, que todo llegará.

JAIME ¿No me permites que te dé un bocadito en lo que cuelga de la oreja?

TER. Ni en lo que cuelga, ni en lo que no cuelga.

JAIME Pues bésame tú á mí el dedito malo... (Mostrando el meñique de la mano izquierda, que lleva metido en un dedil negro.) Anda, chachita, que ya sabes que me lo cogí con el martillo grande al clavar á la cabecera de *nuestra* cama la pila del agua bendita.

TER. ¡Pobrecito mío! A ver cómo lo tienes.

JAIME (Quitándose el dedil.) Míralo. Con un besito de tus labios se curará del todo.

TER. Que no quede por mí; no quiero que digas que soy mala. (Le besa con rubor el dedo á Jaime.)

JAIME ¡Ay! Me ha llegado el escalofrío hasta las correillas de las botas... (Volviendo á ponerse el dedil.) ¡Ajajá! Para que se quede el besito dentro.

TER. ¡Qué malo eres!

JAIME Y tú ¡qué buena!

TER. Y la gente qué desconsiderada. Mira cómo nos han dejado esto.

JAIME Vamos á arreglarlo, vidita. (Los muebles todos están como estaban; pero ellos los repasan y tocan, ilusionados con la idea de que alteran en algo y perfeccionan su colocación.)

TER. Cuanto más miro esta sillería más me encanta.

JAIME Igual me pasa á mí contigo.

TER. Jaimito, que me has llamado sillería.

JAIME ¿Te he ofendido, gloria?

TER. No me ha hecho gracia, no.

JAIME ¿Me perdonas, cielín?

TER. (Ahogando sus dudas en una mirada de ternura y optando al cabo por el perdón misericordioso.) Bueno.

JAIME Pues bésame el dedito otra vez.

TER. Mira, basta ya de dedito. Vamos á ser formales, que tenemos que hablar de muchas cosas. Siéntate.

JAIME Muy juntitos los dos. (Se sientan.)

TER. Ante todo tengo que reñirte.

JAIME No me lo digas.

TER. En la carta de las doce de esta mañana no iban los cuatro pliegos cruzados.

JAIME Es que llegó un amigo...

TER. No hay amigos. Que no vuelva á pasar.

JAIME Para pasar tiene que ser mañana, porque ya pasado... creo que no nos entenderemos por escrito... ¡Ji, ji, ji!...

TER. (Riéndose también.) ¡Jaimín... pero qué malo eres!

JAIME ¡Fea!

TER. ¡Guapo! Oye una cosa.

JAIME (Con el alma en los ojos.) ¿Qué, rica?

TER. Abrochador para las botas no tenemos.

JAIME Apuntación al canto. (Escribe en su librillo.) «El abrochador más bonito que haya.»

TER. No guardes el librillo, que aún faltan otras cosas.

JAIME Dime. Yo he apuntado un almanaque, un sacacorchos, papel de Armenia, lacre y un cajoncito para *Otelo*.

TER. ¡Mira que van saliendo menudencias, Jaimín!...

JAIME ¡Las plumitas que tiene un nido!

TER. Apunta.

JAIME ¡Fuego! ¡Ji, ji, ji!

TER. Un palillero que sea un tomate de porcelana.

JAIME (Escribiendo.) «Un palillero que sea un tomate.»

TER. Un infiernillo.

JAIME «Un infiernillo.» Pero, nena, ¿vamos á meter en nuestra casa un infiernillo? ¡Ji, ji, ji!

TER. Ya te he dicho que dejes los chistes.

JAIME ¿Se te ocurre algo más, princesa?

TER. Otra cosa hay, pero no me acuerdo. Lo pensé esta mañana. Y era para la cocina.

JAIME ¿Para la cocina? Espérate. (Los dos la emprenden con el labio de abajo, haciendo memoria. Pausa.)

TER Estoy segura de que empieza con e.

JAIME ¿Con e? Estantería... encajes... espuelas... ¡estropajos!

TER. (Como reconviniéndole.) Jaimito...

JAIME (Algo asustado.) ¿Qué?

TER. Jaimitoooo...

JAIME ¿Quéeeeee?

TER. Que estropajo es con hache.

JAIME Ay, tienes razón, hija mía... Perdona... (¿Para qué le voy á quitar esa ilusioncilla?)

TER. En fin, ya saldrá lo que sea.

JAIME Dices bien; ya saldrá. (Guárdase el librillo.) Hablemos ahora de nuestra dicha.

TER. Nuestra dicha sí que empieza con todas las letras. Lo tengo estudiado. Mira, Jaimito, mira: por orden alfabético: A, amor... b, belleza... c, corazón... d, dulzura... e, ¡especiero!...

JAIME ¿Cómo especiero?

TER. Especiero es lo que falta en la cocina. Ahí lo tienes ya.

JAIME (Escribiendo en el libro.) «Especiero.» Sigue tu abecedario de dicha.

TER. Íbamos en la e, ¿no es verdad? Pues oye: e, encantos...

JAIME F.

TER. Felicidad.

JAIME G.

TER. Goces.

JAIME H.

TER. Osculos.

JAIME (¡Bueno!) I.

TER. Idolatría.

JAIME Jota.

TER. ¡Jaime!

JAIME ¡Bendita seas! K.

TER. Cariño.

JAIME (¡Alza!) L.

TER. Lozanía.

JAIME Ll.

TER. Yugo.

JAIME (¡Jesús!) M.

TER. Miel.

JAIME N.

TER. No te olvido.

JAIME Ñ.

TER. Ñiñito...

JAIME ¡Ay, qué gracia! O.

TER. Hogar.

JAIME (¡Sopla!) P.

TER. Pellizquitos...

JAIME ¡Ji, ji, ji! Q.
TER. Querer.
JAIME R.
TER. Recuerdos.
JAIME S.
TER. Salud.
JAIME T.
TER. ¡Teresita!
JAIME ¿A que no salgo de la T? U.
TER. Unión eterna.
JAIME V.
TER. Bondad.
JAIME (¡*Vaya* por Dios!) Y.
TER. Yo y tú: x, equidad y z, cielo.
JAIME (¡Cielos!) ¡En el cielo estamos los dos!
TER. Verdad que sí.
JAIME ¿Me quieres, chacha?
TER. Más que tú á mí, feote
JAIME Igual, igual... ¿No me anticipas nada, corazón?
TER. Jaimito, Jaimito...
JAIME Un besito siquiera... (Besándole repetidas veces una mano, que ella le abandona.) ¿Otro?...
TER. Como ya es tuya no puedo negártela... (Llega Requejo por el foro, lo mismo que un perro cansado. Se sienta en la silla más inmediata á la puerta, observando á los novios, y no puede echar la palabra del cuerpo en dos minutos. Viene fumando un puro de á diez céntimos que ni á tiros arde.)
JAIME ¿Otro?... ¿Otro más?... ¿Otro?... ¿Otro?...
REQ. ¡Duro! ¡duro! (Jaime y Teresita se levantan sorprendidos y avergonzados.)

ESCENA VII

DICHOS y REQUEJO

TER. ¡Requejo!
JAIME ¡Pero, hombre!...
TER. (A Jaime.) (¿Ves?..)
JAIME ¿Desde cuándo está usted ahí?
REQ. Desde los de la mano: no he visto más.

TER. (Incomodada.) ¡Es que no ha habido más tampoco!

REQ. Bueno, bueno, mujer...

TER. ¡Pues bueno, bueno!

REQ A pesar de que no me habéis invitado, vengo á ver vuestra casa. Os quiero mucho más que vosotros á mí. ¿Cómo está tu madre, Teresita?

TER. Bien. Allá dentro.

REQ ¿Y tu padre, Jaime?

JAIME Bien. Allá dentro.

TER. Vaya usted, si quiere...

REQ. Ahora, ahora. A vosotros no os pregunto cómo estáis, ¡porque me lo figuro!...

JAIME ¡Dice que se lo figura!... ¡Ji, ji, ji!

TER. (A Jaime, bajo.) (¡No, pues á mí no me hace gracia!)

JAIME (Consternado.) (¿No?)

TER. (No.)

REQ ¡Bien podéis aprovecharos de estos momentos precursores del gran desatino!...

TER. ¡Requejo!

REQ. Sí, hija, sí. Son los únicos felices de veras... Luego no viene más que prosa y más prosa. ¡Si viérais el cuadrito que he dejado en mi casa yo!

TER. ¡Yo me lo imagino sin verlo!

JAIME ¡Y yo también!

REQ. (A Jaime) Asoma por allí las narices y no te casas.

TER. ¡Pues no las asoma!

REQ. Oye: verás qué paraíso terrenal.

TER. Si no tenemos interés ninguno...

REQ. Mi señora roncando á pierna suelta...

TER. ¡Dale!

REQ. Roncando á pierna suelta, ya digo.

JAIME ¡Nos lo encaja quieras que no! (Lo escuchan ambos llenos de impaciencia y contrariedad.)

REQ. Se levanta á las dos de la tarde: ¡es una mujer de su casa! No hay más que ver cómo llevo yo los botones: parecen alamares... Mi hijo el mayor enamorando á la cocinera: ¡me ha salido un caballero el mocito! Hasta cucharas ha *pignorado* ya. Adelante. Mis cuña-

das hablando con los novios: hablando y... hablando, bueno; mi cuñado borracho, empeñado en enseñarle á la doncella los *tientos* de moda: no tiene otra cosa que hacer el ángel de Dios; mis chicos pequeños jugando á la pelota y al toro: en la sala: está indicadísimo; las amas de cría insultándose, una en catalán y otra en vascuence: muy agradable; los niños de pecho dando berridos encima del aparador, y mi suegra loca, en cuclillas en un rincón, cantando aquello de: «Si las mujeres mandasen...» ¡Y yo encantado! Soy feliz.

TER. (¡Jaimito, llévate á este animal, que me da el ataque!)

JAIME (No te apures, pichona.) Bueno, Requejo, olvide usted sus contrariedades y venga á ver nuestro nidito.

REQ. ¡Vuestro nidito!... Así llamaba yo á mi casa...

TER. ¡Hombre! ¿se quiere usted callar?

REQ. Esta se enfada, tú.

JAIME Y hace bien: viene usted á aguarnos la fiesta.

REQ ¿Yo? ¿Aguar yo? ¿Para qué, muchacho? ¡Si la fiesta trae consigo la mar de agua!

TER. ¡Requejo, que me da el ataque!

REQ ¡Bah! Tu mujer me recuerda mucho á la mía.

TER. ¡Oiga usted!

JAIME Todo, menos comparaciones.

REQ. Pues era así: tan delgadita, tan esbeltita, tan finita... tan mona...

TER. (Muy quemada.) Gracias.

REQ. Pero luego empezó á engordar... y ahora está que parece un grupo de la familia. A ésta le va á pasar lo mismo.

TER. ¡Requejo, por amor de Dios, que estoy muy nerviosa!

JAIME Ande usted, ande usted allá dentro.

REQ. Déjame que encienda este puro, que me ha salido peor que el matrimonio. (Tratando de encenderlo mientras habla, apaga dos ó tres cerillas, que tira al suelo, y que Jaime, contrariadísimo, coge y echa por el balcón una por una.)

TER. Más valía que fumara usted menos ó que fuera más limpio.
REQ. ¿La has tomado conmigo, nena?
TER. ¡Uf! ¡qué peste á chicote!
JAIME (Tío sucio..)
REQ. (Hablándole al cigarro.) ¡Ni que estuvieras asegurado de incendios, compadre!
TER (¡Marrano!...) Me parece que ese no prende...
REQ. (Chupando.) Sí que hace falta Dios... y ayuda. (Jaimito, por extraña asociación de ideas, fija la mirada en el espacio al oir la frase de Requejo, saca su librillo y escribe algo de que no le da cuenta á nadie.) Vaya, ya prendió.
TER. Que sea enhorabuena.
JAIME Ea, pues ande usted. Pase adelante.
REQ. ¿Por aquí?
JAIME Por ahí.
REQ. (Deteniéndose un punto.) Oye, se me ha ocurrido un chiste verde.
JAIME (Empujándolo.) ¡Pues no lo diga usted! (Entra Requejo por la puerta de la izquierda, y Jaime lo sigue escribiendo mientras en su librillo.) «Escupideras, ceniceros y otras porquerías.»

ESCENA VIII

TERESITA; luego MARTA y DON ABEL

TER (Paseándose sofocadísima.) ¡Ay, qué hombre! ¡qué hombre! ¡Me he visto encima el ataque de nervios! ¡Pero qué confianzas se toma!... ¡pero cómo abusa!... ¡Groserote!... ¡gorrón!... ¡sin vergüenza!... ¡vago!... ¡mal esposo!... ¡mal padre!... ¡animal!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡Y que no hay manera de espantarlo!... ¡Ay!... (Reparando en las dos figuras del foro y cambiándolas de columna hecha una pólvora.) ¿Qué veo? ¿Otra vez? ¿otra vez? ¿Cómo voy á decir que quiero aquí esta y aquí esta?... ¡Jesús!...
MARTA (Por el foro, muy agitada.) ¡Teresita!
TER. Hola, Marta. Bien venida seas. (Se besan.)
MARTA Llega una aquí rendida...
TER. Son muchos escalones. Siéntate. ¿Y tu tío?

MARTA Ahí detrás viene... El pobrecillo medio ahogado... Tengo que hablarte.

TER. ¿A solas?

MARTA Sí. Despacharemos á mi tío. (En este momento aparece don Abel por el foro. En efecto, parece que viene en las últimas. No puede hablar, ni lo dejan, y á cada frase de Teresita solo responde tomando aire, sin articular una palabra.)

TER. Hola, don Abel. ¿Cómo vamos?.. ¿Tan bueno, no es verdad?... Don Pablo quiere hablarle... Vaya usted por ahí... Al final de ese pasillo... Vaya usted, vaya usted... (Quieras que no, lo mete por la puerta de la izquierda.) Aquí nos quedamos nosotras.

ESCENA IX

TERESITA y MARTA

MARTA Para pocas visitas á tu casa está mi pobre tío.

TER Muy delicado lo encuentro, sí.

MARTA Su salud me preocupa mucho. Como no tengo padres, ni más pariente cercano que él...

TER. Más *cercano* es Leopoldo, que está allá dentro...

MARTA ¿Leopoldo? ¿Está ahí?

TER. Ahí está: ¿qué te pasa?

MARTA Que me voy ahora mismo.

TER. ¡Mujer!

MARTA Llama á mi tío.

TER. ¿Quieres no ser loca?

MARTA Después de todo, tienes razón: debo acostumbrarme á verlo como si viera á un desconocido.

TER. ¿Esas tenemos? ¿Otra riña?

MARTA La última.

TER. Cualquiera os cree. Pasará, como las anteriores. ¿Qué tormenta no pasa?

MARTA Esta: ya lo verás.

TER. Vamos, siéntate, simple. (Se sientan ambas.) No entiendo este constante pelear de los no-

vios. Yo, como con Jaimito no he tenido nunca ni un sí ni un no...

MARTA Es que Jaimito es un infeliz.

TER. ¡Oye!

MARTA Mujer, entiende lo que quiero decirte: que es muy bueno.

TER. ¿Tan malo es Leopoldo?

MARTA Al contrario; por muy bueno lo tengo también. Pero los celos lo trastornan, y me hace sufrir. Contra su voluntad, pero me hace sufrir.

TER. ¡Celos de tí!... ¿Habrá majadero? ¡Qué brutos son los hombres, Marta!

MARTA Por lo menos, ¡qué ciegos!

TER. Mi Jaimito, en buena hora lo diga, no ha dudado de mí nunca, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca. Bien es verdad que yo lo he querido como una tonta siempre, siempre, siempre, siempre, siempre, siempre.

MARTA ¿Y yo á Leopoldo, no?

TER. Pero dime: ¿ha sido tan grave el disgusto?...

MARTA Muy grave.

TER. ¿No hay arreglo posible?

MARTA Ni lo hay ni lo quiero. Los celos podrán halagar mientras no ofendan. Los de Leopoldo han llegado á ofenderme. Si nos casáramos, viviríamos en tragedia ó en sainete constante. Prefiero vivir sola, con mi tío, sacrificando mi cariño, en comedia casera.

TER. Vaya, no te apures, tontilla. Yo me encargo de arreglar eso.

MARTA No; te suplico que no. Estoy resuelta.

ESCENA X

DICHAS y RAMONA

RAM. (Por el foro, con una tarjeta y una caja de sombrilla envuelta en un papel.) Señorita.

TER. ¿Qué hay?

RAM. De su casa de usted acaban de traer este regalo.

TER. A ver, á ver... (Cogiendo la tarjeta y leyéndola.) «P. Gil. Paz 2.» ¿Quién es éste?

MARTA Mujer, Don Policarpo.

TER. ¡Es verdad! ¿Quién lo conoce por esta tarjeta, que es un tiro? ¡Pobre Don Policarpo!... ¿Vienes allá dentro?

MARTA No; estando ese...

TER. Pues aguarda un instante: voy á ver con Jaimito lo que nos manda este buen señor, y vuelvo en seguida.

MARTA Por mí no corras.

TER. (Yéndose por la puerta de la izquierda.) Pues aquí, una de dos: ó viene una sombrilla, ó viene un sable. ¡Cuchillos, de ninguna manera!

ESCENA XI

MARTA y RAMONA

MARTA ¿Estás contenta con la señorita, Ramona?

RAM. Lo que hace falta es que la señorita lo esté conmigo. Y debe de estarlo, cuando me consiente que tenga novio.

MARTA Hola, ¿tienes novio?

RAM. Sí, señorita; me ha salido un cochero de punto. En la calle de Carretas tiene la parada. Si algún día se le ofrece á usted, con mandar un recado acá, yo misma le aviso.

MARTA Gracias, mujer. ¿Y qué, se quieren ustedes mucho?

RAM. Un delirio. Con decirle á usted que hasta el caballo me conoce...

MARTA (Riéndose.) ¿Y eso, qué?...

RAM. De tanto como nos vemos en la parada. (Mirando hacia la puerta de la izquierda.) Vaya, señorita, no quiero estorbar.

MARTA A mí no me estorbas; me distraes.

RAM. No le faltará á usted distracción.

MARTA ¿Por qué dices eso?

RAM. Usted lo verá. (Vase por el foro.)

MARTA ¡Que simpleza!

ESCENA XII

MARTA y LEOPOLDO

(Sale Leopoldo por la puerta de la izquierda. Al encontrarse frente á Marta quédase confuso. Marta al verlo vuelve la cara con violencia.)

MARTA (¡Bah! Cosas de Teresita...)

LEOP. Marta.

MARTA Qué.

LEOP. Buenas tardes.

MARTA Buenas tardes.

LEOP. (¿Para qué habré salido yo? ¡Es que soy francamente idiota!) (Pausa breve) Marta.

MARTA Leopoldo.

LEOP. ¿Vamos á perdonarnos?

MARTA Y á mí ¿qué tienes tú que perdonarme?

LEOP. Nada; ya lo sé. Tú á mí, sí.

MARTA Pues no te lo perdono, porque sería volver á empezar.

LEOP. ¿Lo has meditado bien?

MARTA Bien meditado lo tengo.

LEOP. Es decir que piensas olvidarme.

MARTA Haré cuanto pueda.

LEOP. No ha de costarte gran trabajo. Si me estás dando la razón; si es que no me has querido nunca...

MARTA Nunca; es verdad: anoche te supliqué y te lloré, como otras muchas veces, por gusto, por hacer un papel interesante. Sin duda así lo comprendiste tú y no me hiciste caso. Está bien. No pienso volver á repetirlo.

LEOP. Me saca de quicio tu frialdad.

MARTA Y á mí tus arrebatos.

LEOP. Mis arrebatos tienen un fundamento.

MARTA Y mi frialdad ninguno: te estás cargando de razón. No tienes más que irte. . y dejarme.

LEOP. Pues te dejo... y me voy. ¡Parece mentira que yo no haya querido á ninguna mujer como á tí!

MARTA En efecto, parece mentira.
LEOP. ¿Qué quieres decirme?
MARTA Lo que he dicho: que parece mentira.
LEOP. ¡Me molesta el discreteo, ya lo sabes!
MARTA Y á mí también.
LEOP. Pues que quede aquí
MARTA Pues que quede.
LEOP. Esto se acabó.
MARTA Se acabó; en eso estamos.
LEOP. (¡Me pegaría de bofetadas!)

ESCENA XIII

DICHOS, TERESITA, DOÑA JOSEFA, CANDIDITA, ROQUITO, JAIME, DON PABLO, REQUEJO y DON ABEL

(Salen por la izquierda, en animado charloteo de despedida. Leopoldo se va á un extremo del gabinete, y allí se muerde un puño, ensimismado en sus pensamientos.)

CAND. ¡Es una preciosidad!
ROQ. ¡Es un encanto!
JAIME ¿Cómo está usted, Martita?
MARTA Buenas tardes á todos.
ROQ. Hola, Martita. (¡Cómo *estira* esta muchacha los vestidos!)
CAND. ¿Tú has visto la casa, Martita? ¡Ay, qué paraíso de alcoba!
REQ. ¡Ya les daré yo paraíso dentro de un mes!
D. ABEL Muy alto es lo que está.
ROQ. Conque, niña, vámonos á casa. Doña Josefa, enhorabuena; don Pablo, lo mismo digo á usted. Que vean entrar en quintas á los nietos.
D.ª JOS. Falta que los haya.
D. PAB. Ellos se encargarán... (Se ríen.)
CAND. Don Pablo, quede usted con Dios; doña Josefa ..
D.ª JOS. Adiós, hijita...
ROQ. Jóvenes, que se quieran ustedes siempre como ahora.
TER. Más, más, más...
JAIME Más, más, más...

CAND. Adiós, Jaime; adiós, Teresita. Te envidio sin reservas.

D. ABEL Niña, vámonos nosotros también.

MARTA Vámonos, tío.

TER. ¿Tan pronto?

D. ABEL Doña Josefa, no le digo á usted nada; don Pablo, á usted tampoco le digo nada...

MARTA Adiós, don Pablo; adiós, doña Josefa.

D. PAB. Adiós, muchacha.

D.ª JOS. Adiós, Martita.

D. ABEL Teresita, no te digo nada; Jaime, á usted tampoco le digo nada.

JAIME (Es claro: ¡como que no se le ocurre nada!)

MARTA Teresita, mil felicidades.

TER. Adiós: ¿qué ha habido de eso?

MARTA Ya hablaremos después.

REQ. Conque, salud, si es posible, y prosperidad, en la que no creo. Paciencia, y aguantar los palos.

TER. ¿Quiere usted irse, majadero?

REQ. Los más oportunos son los que os han regalado cuchillos.

ROQ. ¡Muchas gracias!

REQ. Mi regalo será un revólver.

TER. ¡Jesús!

D.ª JOS. ¿Acaba usted de largarse, hombre de Dios?

REQ. *Que la mayor belleza*
se casa para ver á su marido
hecho un tronco y dormido
con gorro de algodón en la cabeza...

D. PAB. ¡Fuera! ¡fuera de aquí Requejo!

D.ª JOS. ¡Fuera!

MARTA
TER.
CAND.
JAIME } ¡Fuera! ¡fuera! ¡á la calle!

D. PAB. ¡A la calle este tío gordo de la mala sombra!

REQ. Señores, tanto honor... (Vase por el foro, envuelto entre todos y en medio de la gritería general. Quedan en escena Doña Josefa, Jaime y Leopoldo. Jaime va también á despedir á los amigos, á tiempo que ve á Leopoldo y se detiene contemplándolo.)

JAIME ¿Qué le pasa á ese?

D.ª JOS. Es verdad.

JAIME ¿Qué te ocurre, chico?
D.ª JOS. ¿Qué le sucede á usted?
LEOP. Nada: que parezco un hombre y soy un asno. (Despidiéndose.) Doña Josefa... Jaime... Abur. Un millón de venturas en esta vida y en la otra. Mañana me voy de Madrid.
D.ª JOS. ¿A dónde?
LEOP. ¡Al mar!
JAIME ¿A pintarlo?
LEOP. ¡A tirarme!
JAIME Chico, ¿estás loco?
LEOP. Loco completamente. Adiós. (Vase de estampía por el foro.)

ESCENA XIV

JAIME, DOÑA JOSEFA, luego TERESITA, después DON PABLO

JAIME En broma lo dice, pero en su vida ha dicho una verdad como esa. (Al encaminarse hacia el foro se fija en que las figuras de las columnas están cambiadas y suelta un terno.) ¡Caramba! ¿otra vez? ¡Esto ya es que se quieren divertir conmigo!
D.ª JOS. ¿Qué dices, hombre?
JAIME ¡Que me cambian estas dos figuras á cada instante! (Trocándolas él.) ¡Y á mí me da la gana de que esta esté aquí y esta esté aquí! ¡Ea!
D.ª JOS. Pues no hay más que hablar.
TER. (Sofocadísima y muy agitada, por el foro.) ¡Ay!... ¡ay!...
JAIME ¿Qué es eso, corazón?
D.ª JOS. ¿Qué es eso, hija?
TER. Me da... me da el ataque.
JAIME Pero ¿qué ha sido ello?
TER. ¡Una barbaridad muy gorda que Requejo me ha dicho!
JAIME Ahora verá... (Corre hacia el foro.)
TER. No, no, no, Jaimito; no vaya á volver.
D. PAB. (Llegando.) ¿A dónde vas, hombre?

D.ª Jos. A ninguna parte; estate aquí. ¿Se fueron ya todos?

D. Pab. Todos.

Ter. ¡Ay!... ¡ay!... Me da... me da... lo estoy viendo venir...

Jaime Vida mía, tranquilízate...

D.ª Jos Hija mía, por Dios...

D. Pab. ¿Quieres un poquito de agua?

Ter. (Reparando en las dos figuras del foro.) ¿Qué es eso? ¿quién ha puesto así las figuras?

Jaime Ah, ¿pero eres tú la que las cambia?...

Ter. Ah, ¿pero eres tú?...

Jaime ¿Eres tú?

Ter. ¿Eres tú? (Van al foro, y corriendo uno detrás de otro de columna á columna, cada cual trata de colocar las figuras á la inversa que siempre.)

Jaime ¿Te gustan más en la otra forma?

Ter. ¿Te gustan más á tí?

Jaime Pues á tu gusto, á tu gusto...

Ter. Pues, no, señor; al tuyo...

Jaime Pero si á tí te agradan más así...

Ter. Pero si tú las prefieres del otro modo...

Jaime Que no, que no, que no, que no, que no...

Ter. Que sí, que sí, que sí, que sí, que sí... (De repente, soltando la figura.) ¡Ay, mamá!

D.ª Jos. ¿Qué te pasa?

Jaime ¿Qué tienes? (Teresita principia á hacer visajes. Todos la auxilian.)

D. Pab ¡Pícaros nervios!

D.ª Jos. ¡Vaya por Dios! Sosiégate, hija.

Jaime ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!

D.ª Jos. Teresita, hija...

Ter. (Dando chillidos.) ¡Hiiiiiii! ¡hiiiiiii! ¡hiiiiiii!

Jaime (Atribulado.) Ay, por Dios... un médico... Leopoldo es algo médico...

D.ª Jos. No hace falta...

Jaime Sí, sí.. yo lo llamo... (Se asoma al balcón y grita.) ¡Leopoldo! ¡sube!

D. Pab. No alarmes, hijo

D.ª Jos. Si esto pasa en seguida...

Jaime ¡Sube! ¡sube! ¡sube por Dios!

D.ª Jos. ¿Quieres callar, escandaloso?

Jaime Teresita mía... encanto... gloria... vuelve, vuelve en tí... ¡No vuelve! ¡no vuelve! ¡Pa-

rece que está muerta!... (Dando gritos de dolor.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

D.ª Jos. ¡Vaya un hombre que tenemos en casa!

D. Pab ¿No hay un poco de éter?

Jaime ¡No!

D.ª Jos. ¿Y tila?

Jaime ¡Tampoco!

D. Pab. ¿Y agua de azahar?

Jaime ¡Menos! ¡Si aquí no hay nada más que cuchillos!

D.ª Jos. Ya le pasa.... ya vuelve...

Jaime ¿Sí? ¿sí?

D.ª Jos. Mírala.. mírala...

D. Pab. Sosiégate, cálmate...

Jaime ¿Me ves ya, Teresita?

Ter. Sí... Jaimito... sí... ¿Te he dado mucho susto?

ESCENA XV

DICHOS, LEOPOLDO, CANDIDITA, MARTA, ROQUITO, REQUEJO y DON ABEL

(Van llegando precipitadamente uno detrás de otro, por el orden que se les nombra, con la lengua fuera, sin poder hablar una palabra y respirando con gran fatiga.)

Leop. ¿Qué es eso?...

Jaime Nada, nada...

Cand. ¿Qué ocurre?

D.ª Jos. Nada ya...

Marta ¿Qué hay?

Roq. ¿Qué sucede?

Jaime Nada, nada ya...

D.ª Jos. Un ataquillo, pero ya pasó...

Req. ¿Qué ha sido?

Ter. Un susto...

D. Pab. Nada ya...

D.ª Jos. Tranquilícense ustedes...

Ter. No ha sido nada, nada...

D.ª Jos. Nada, nada, nada...

(Mientras todos los recien llegados, sentándose donde buenamente pueden, resuellan fatigosamente, cada uno con distinto hipo, Jaime saca su librillo de apuntaciones y escribe:)

JAIME «Eter, tila y agua de azahar.»

(Don Abel, más fatigado que todos juntos, muestra bien á las claras que las va á liar en el entreacto.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, año y medio después. Leves alteraciones en la colocación de los muebles, y algunos cuadros y cachivaches más. Al foro, en la pared, la trompetilla de un tubo acústico que se supone que comunica con el cuarto interior. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

RAMONA

(La escena sola. Suena varias veces el pito del tubo acústico, con acentos de angustia, y sale Ramona por el foro.)

¿Qué querrá el señor? Desde que se mudó al tercero y le pusieron este aparato, nos trae locos. (Hablando y escuchando por la trompetilla.) ¿Quién es?...—¿Qué?...—No, señor, no han salido.—¿Va usted á subir?—Bueno, yo se lo diré á la señorita. (Vase por la izquierda Queda la escena sola unos momentos.)

ESCENA II

TERESITA, JAIME, DOÑA JOSEFA y DON PABLO
Al final RAIMUNDA, ama de cría.

JAIME (Dentro.) ¿Vamos á recibir al viejo?
TER. (Lo mismo.) ¿Vamos á recibirlo, gloria?
JAIME ¿Vamos á cantarle los lobitos?
TER. ¿Vamos á cantárselos?... ¡Ajajay! ¡qué rico eres!... (Salen por la puerta de la izquierda los dos. Teresita trae en las manos, levantándolo y haciéndole fiestas, á Teodomiro, el primer fruto de su matrimonio, vestido ya de nagüillas. Jaime viene delante de ella, andando de espaldas y mostrándole sus manos al niño en infantil y constante voltear, mientras le canta lo que sigue. Cruzan la escena y se van por la puerta del foro, repitiendo el canto.)

JAIME *Cinco lobitos tenía una loba,*
cinco lobitos detrás de una toba;
cinco tenía y cinco criaba
y á todos cinco tetita le daba.

(Vuelve á quedar la escena sola. A poco se oye dentro á don Pablo que besa y le hace fiestas á Teodomirito, acompañado en ello por los papás, y en seguida salen todos por el foro.)

D. PAB. ¿Quién es tu padrino, granuja? ¿Quién te quiere á tí?
TER. Su mamá, su mamaíta lo quiere más que nadie, ¿verdad, cielo?
JAIME ¡Ay, qué tunantillo es, qué tunantillo es! ¡Rey de la casa!
D. PAB. ¡Mira cómo se ríe el picarón!
JAIME ¡Ji, ji, ji!...
TER. Me lo como, me lo como, me lo como...
D.ª JOS. (Saliendo por la izquierda.) ¿Se comen á mi niño? ¿Se lo comen? ¿Quién es ese pillo? ¡Ven acá tú, con abuelita, ángel!
TER. (Dándole el niño.) ¿Sabe usted que pesa, mamá?
D.ª JOS. ¡Ea, ea, ea, ea!... ¿Qué? ¿va á dormir el lucerito de la mañana?
JAIME No, no, que no duerma por Dios, que luego de noche...

TER. ¡Ay, qué noche nos ha dado el muy lloroncete!... ¡Lloroncete!... ¡lloroncete!... ¡lloroncete!...

D. PAB Desde abajo lo he estado oyendo yo... No toqué el pito porque era casi el amanecer...

D.ª JOS. Mira qué atención pone: parece que se está enterando.

TER. Es que tiene este chiquillo cosas que no son propias de su edad.

JAIME Ya dice que *no* y que *sí* con la cabecita...

TER. Y se le pregunta: ¿cuánto me quieres? Y abre los bracitos así...

D. PAB. ¡Qué mono! (Mostrándole uno por uno los dedos de una mano.) Teodomirillo: este puso un huevo, este lo puso á asar, este le echó la sal, este lo meneó y este picarillo gordo se lo comió...

JAIME ¡Ji, ji, ji!

TER. ¡Gloria de su madre!

D.ª JOS. Vamos á perder la cabeza con este diablillo.

TER. Déselo usted al ama, no llore.

D.ª JOS. (Llamando.) ¡Raimunda! ¡Ama!

TER. Si no tuviera tan buena leche la echaba á la calle. Es más remolona y más bestia... ¡Ama! ¡Raimunda! (Sale Raimunda por la puerta de la izquierda, gruñe que gruñe y con cara de pocos amigos.)

D.ª JOS. Tome usted.

TER. Y cuidadito con llevárselo á la cocina, que se le agarra á la gargantita el aceite. (El Ama gruñe.)

JAIME Y nada de asomarse al balcón, no tengamos una desgracia. (El Ama vuelve á gruñir.)

TER. ¡Ay, por Dios, no lo pienses siquiera!

D. PAB Cántele usted, cántele usted mucho (Gruñe otra vez el Ama.)

D.ª JOS. Y no se ponga usted en las corrientes.

JAIME Ni junto al gato, que le tiene envidia.

TER. Y dele usted un pechito ahora, que el angelito lo está deseando. (Vase Raimunda por la puerta de la izquierda, sin dejar sus gruñidos.)

ESCENA III

TERESITA, DOÑA JOSEFA, JAIME y DON PABLO

D. PAB. ¡Qué agradable, qué simpática y qué comunicativa es esa señora!

TER. Ay, papá, calle usted por Dios, que puede enterarse y darnos un disgusto.

JAIME Le pasamos carros y carretas, pero no hay remedio.

TER. Nos lo está criando muy gordo.

D.ª JOS. Esa es la verdad: ella será una mula, pero al chiquillo da gozo verlo.

D. PAB ¿Quién dice lo contrario? El chiquillo es un rollito de manteca.

TER. Tan sonrosadito... tan mono...

JAIME Las carnecitas tan apretadas..

TER. (Con súbito arranque de entusiasmo y de amor maternal.) ¡Hiiiii! ¡Gloria mía! ¡encanto! ¡cielo! ¡paraiso! ¡Hiiiii! ¡Le voy á dar un beso ahora mismo! (Echa á correr hacia la puerta de la izquierda.)

JAIME Y yo otro, y yo otro. (Vase detrás de Teresita.)

D. PAB. ¿Ha visto usted cómo anda esta gente?

D.ª JOS. Es que este es el último cuarto de la luna de miel. Advirtiéndole á usted que yo ando peor que ellos.

D. PAB Y yo peor que usted todavía.

D.ª JOS. ¿Quiere usted creer que me están entrando ganas de ir á darle un beso también?

D. PAB. ¿Por dárselo ó por recibirlo?

D.ª JOS Por las dos cosas.

D. PAB. Para que sea completo, ¿verdad?... Sí, porque los besos sin contestación son poco menos que una sosería... ¿Se acuerda usted?

D.ª JOS. ¿Quiere usted callar, ciruela pasa? ¿Que siempre ha de tener usted ganas de fiesta?

D. PAB. ¿No ve usted que me quedo siempre con las ganas, señora?

D.ª JOS. (Prestando atención hacia la izquierda.) ¿Oye usted, don Pablo? ¡Se lo están comiendo á caricias! ¡Ay! ¡Quién lo viera hecho un hombre!

D. Pab. Esa es la mía; eso es lo que á mí me quita el sueño... ¿Para qué será uno abuelo á esta edad?

D.ª Jos. ¡Porque este mundo está como Dios quiere!... Debía una tener los nietos á los veinte años.

D. Pab. ¡Eso es! ¡Aunque hubiese que pedir la novia con niñera!

D.ª Jos Perdemos los estribos en hablando de Teodomirín.

D. Pab. También ha tenido un poco de guasa el bautizarlo con ese nombre.

D.ª Jos. ¡El de mi marido, don Pablo!

D. Pab. ¡Doña Josefa, ya lo sé! Y reconozco que no está mal que se llame don Teodomiro un señor como su difunto de usted, que era bolsista y que estaba gordo... ¡Pero mire usted que ponerle don Teodomiro á un niño de esa edad!

D.ª Jos. ¡Lo menos que se figura usted es que mi esposo nació ya bolsista y con panza!...

D. Pab. (Riéndose.) ¿Sabe usted que parece que jugamos á los disparates?

D.ª Jos Sí que tenemos buen humor.

D. Pab. Señal de que estamos satisfechos.

D.ª Jos. Es la alegría de aquéllos, que viene hasta aquí...

D. Pab. Porque sabe que de nosotros ha salido, y le gusta darse una vueltecita por su casa.

D.ª Jos. Mire usted, abuelo: cada beso que le dan al nieto me parece que me lo dan á mí.

D. Pab. ¡Y se lo dan á usted, qué duda cabe! *¡Por tabla*, pero se lo dan á usted!

D.ª Jos. ¿Y qué será que á ninguno se quiere como al último?

D. Pab. Muy sencillo. Uno siente que esto se va, que la entrega de un momento á otro, y todo el cariño que le queda en el corazón, quiere echárselo encima al nieto...

D.ª Jos. Puede que sea así; pero á mí no me hace gracia emprender el viaje tan pronto: no me asuste usted.

D. Pab. Ah, ¿pero usted se figura que para mí es un confite la noticia?

D.ª Jos. ¿No, verdad? Pues le prevengo á usted una cosa, consuegro.

D. PAB. Diga usted, consuegra.
D.ª JOS. Que usted las lía primero que yo.
D. PAB. ¿Si, eh? Pues que sea enhorabuena, porque va usted á durar más que una taza rota.
D.ª JOS. ¿Tanta cuerda tiene usted, don Pablo?
D. PAB. Cuando yo le digo á usted que esté tranquila... Ya hablaremos dentro de treinta años.
D.ª JOS. ¿Dentro de treinta años? ¡Ahora sí que jugamos á los disparates! (Los dos sueltan la risa.)
TER. (Volviendo á salir. Jaime la sigue.) Estaba agarrado al pecho como una fierecilla, y me ha echado una mirada con el rabillo del ojo, ¡de lo más inteligente!...
JAIME (Limpiándose la cara con el pañuelo.) A mí me ha llenado toda la cara de babitas... ¡Ji, ji, ji!...
D. PAB. Teresa, toma. (Le da dos moneditas de cincuenta céntimos.)
TER. Ay, papá, muchas gracias. (A Jaime.) Mira: dos moneditas más. (A Doña Josefa.) Mamá, otras dos moneditas. (Depositándolas en una alcancía que hay en el foro sobre un mueble.) Para librar de quintas á mi Teodomirín.
D.ª JOS. Si es que no se libra por la talla.
D. PAB. Por la talla no se libran ya más que los jorobados. Y mi nieto va á ser un real mozo.
JAIME Pero se puede librar por el número
TER. ¡Cal Será muy desgraciado en el juego, porque tendrá mucha suerte en los amores.
JAIME Como yo, como yo... ¡Ji, ji, ji!...
TER. Y como yo.
JAIME He tenido yo más, chachita.
TER. No, no, no, que he tenido yo más.
D.ª JOS. Bueno, vamos á dejar los mimos ahora, que hay varias cositas que hacer. (A Teresa.) ¿Le has escrito á tu tío?
TER. Sí. Sobre tu mesa tienes la carta, Jaimín, para que luego le pongas los acentos.
JAIME ¿Le has puesto tú las comas?
TER. Sí; á mi modo: una palabra sí y otra no.
D. PAB Parecerá la carta un hormiguero.
D.ª JOS. ¿Y qué le dices á tu tío?
TER. Nada de particular: que aún no ha venido la visita que nos anuncia.

JAIME Más que á un dolor le estoy yo temiendo á esa visita.

D. PAB. ¿Ustedes los conocen?

D.ª JOS. De una temporada que estuvimos en Majalandrín con mi hermano. Es un matrimonio de sainete, pero inofensivo. A él, no sé por qué, le llaman los chicos del pueblo *Tiburón*, y creo que se pone por las nubes..

JAIME ¡Ay, *Tiburón!* Eso tiene gracia... *¡Tiburón!*

TER. Las cosas de los pueblos.

D. PAB. ¿Han llamado, tú?

JAIME Sí.

D.ª JOS. ¿Quién será ahora?

TER. ¡Requejo! No hay mucho que pensar.

D. PAB. Pero ¿es que vamos á tener Requejo á diario?

JAIME ¿Y qué remedio queda? ¡A mí ya no me falta más que pegarle un tiro!

D.ª JOS. ¡Pues pégaselo!

TER. Y vendrá á almorzar. Y es un sucio en la mesa.

D.ª JOS. Y fuera de la mesa también es un sucio.

TER. Vamos, á mí me pone nerviosa ese hombre. No quiero verlo, no quiero verlo, no quiero verlo... (Se va presurosamente por la izquierda.)

D.ª JOS. Ni yo tampoco, porque me voy á descarar con él. (Vase detrás de Teresita.) ¡Jesús! ¡qué postilla!

JAIME ¿Ve usted?

D. PAB. Ya, ya veo. Les sobra razón, ¿eh? Ha tomado de apeadero la casa...

ESCENA IV

JAIME, DON PABLO y REQUEJO

REQ. (Por el foro, todo salpicado de barro.) Hola, Jaime; ¿tienes ahí un cepillo, que mira como me ha puesto un coche?

JAIME (¡Me alegro!)

REQ. A punto de cogerme estuvo.

D. PAB. (¡Así te coja la máquina de apisonar, sin vergüenza!)

JAIME Espere usted á que se seque un poco.

REQ. Mejor es. Chico, vengo á almorzar.

JAIME ¡Caramba!

REQ. Y á desayunarme primero. A estas horas—las doce son—no ha entrado en mi cuerpo ni agua. Puedo cantar misa.

D. PAB. Hombre, ¿y cómo no ha tomado usted cualquier cosilla por ahí?

REQ. ¿Usted sabe con el humorcito que he salido yo de mi casa? Van ustedes á ver qué escena...

D. PAB. No, señor, no vamos á verlo... Si empieza usted, me largo...

REQ. ¡Un capricho de Goya!... Mi mujer...

D. PAB ¡Caray con el hombre.

JAIME ¡Que no queremos oir calamidades!

REQ. ¡Señor, si para mí es un desahogo!...

D. PAB. ¡Justamente! ¡es un *desahogo* como no hay ejemplo! ¡Porque se está mal en la propia casa venir á molestar á la ajena!

REQ. Es que usted no se puede imaginar... ¡Si aquello es el delirio, don Pablo! ¡Calculen ustedes que mi suegra, de remate ya, está escribiendo un folleto anarquista, y me llena la casa de *compañeros!* El compañero Pérez, el compañero Sánchez... ¡Y el compañero Gomez se llevó el otro día un par de botas de mi mujer! Cuestión de ideas...

D. PAB. ¡Canasto, pues con meterla en un manicomio despacha usted!

REQ. ¡No la toman! ¡Me dicen que está cuerda! ¡Vamos, hombre! ¡Y se pasa los días dando gritos y tirando de pluma, y las noches inventando explosivos! ¡No hay manera de coger el sueño! Por supuesto que el que va á volar la casa soy yo.

D. PAB. ¡Me alegraré mucho! ¡Sobre todo si procura usted que le coja dentro! (Vase por el foro hacia la derecha.)

REQ ¡Qué impertinentes se ponen las personas de cierta edad! Aunque sea tu padre, no dejarás de reconocer que eso no se le dice á ninguna persona decente.

JAIME Ah, no; á ninguna persona decente.

REQ. Celebro que estés de parte mía. Voy al comedor á tomarme cualquier futesilla antes que almorcemos.

JAIME En el comedor, lo que es ahora...

REQ. Yo buscaré, yo buscaré, no te muevas... ¡O hay confianza ó no hay confianza! (Vase por el foro, hacia la izquierda.)

JAIME ¡Hay demasiada confianza, córcholis! (Se queda cruzado de brazos viéndolo irse.)

ESCENA V

JAIME, LEOPOLDO y TERESITA

JAIME Bueno, ¿y qué hago yo con ese hombre? Luego Teresita se enfada, pero ¿qué hago yo? Nada, que le voy á meter dos cerillas en una albóndiga... y pase lo que pase. ¡El envenenamiento: no queda otro recurso! (Se sienta en el sofá y se recuesta un poco.) ¡Ay! ¡De qué buena gana descansaría un ratillo!... El heredero me trae como un sereno: teniendo que dormir de día... (Bostezando y desperezándose.) ¡Aaaaaah!... (Cierra los ojos, decidido á echar un sueñecillo.)

LEOP. (Desde la puerta del foro.) ¿Se puede?

JAIME (¡Por vida!..) ¿Quién? (Se levanta)

LEOP. Un amigo.

JAIME ¡Leopoldo!

LEOP. ¡Jaime! (Se abrazan.)

JAIME ¿Cuándo has llegado?

LEOP. Anoche. ¡Qué gordo estás! Chico, ¡qué bien sienta esta vida!

JAIME Al pelo, ya lo ves.

LEOP. ¿Y á mí, cómo me encuentras?

JAIME Como siempre. Un poco más tostado del sol, pero como siempre.

LEOP. ¿Y Teresita?

JAIME ¡Ay, Teresita!... Teresita no se parece á nada... Me tiene loco, loco... ¡Se me ha puesto más redondita y más mona!... ¡Ji, ji, ji! Voy á llamarla y la verás, que ha de alegrarse mucho.

LEOP. A tu padre lo he visto en la escalera.

JAIME Vive aquí abajo. En cuanto instalaron el ascensor, le faltó tiempo para mudarse cerca de nosotros. (Llamando.) ¡Teresa! ¡Teresita! ¡Ven! ¡Verás quién está aquí!

LEOP. De seguro que no imagina...

JAIME ¡Ni ella ni nadie!... Vaya, vaya con Leopoldo ..

TER. (Saliendo por la puerta de la izquierda.) ¡Leopoldo!

LEOP. ¡Teresita!

TER. ¡En quien menos pensaba yo! ¿Cómo estamos?

LEOP. No estamos mal... A usted ya la veo inmejorable...

JAIME ¿Verdad que se me ha puesto todavía más guapa?

TER. ¡Calla, tonto! Siéntese usted. (Se sientan los tres.)

LEOP. ¿Y su mamá, Teresa?

TER. Hecha una pollita de quince años. Ahora saldrá. Está durmiendo á Teodomiro.

LEOP. ¡Ay! ¡es verdad! ¡que no he preguntado por el primogénito! No se enfaden ustedes ..

JAIME ¡Leopoldillo, un encanto, una gloria! (Mostrándole una fotografía que lleva en la cartera.) Míralo, míralo; el otro día lo retratamos.

TER. En cuerecitos vivos ..

JAIME No le falta ningún detallito... ¡Ji, ji, ji!

LEOP. ¡Buena persona! ¡Qué simpático y qué bonito es! Por supuesto que de tal palo... tal astilla. Deben estar ustedes orgullosos. (Le devuelve el retrato á Jaime.)

TER. (Muy esponjada.) No es porque sea hijo mío...

JAIME Nuestro, nuestro...

TER. No es porque sea hijo nuestro, pero es un querubín. Ya lo verá usted cuando esté dormidito del todo.

JAIME Vale más que no lo duerman, mujer.

TER. ¡Y si tiene sueño, el rey mío!...

JAIME Sí, pero luego de noche es ella. Se coloca en la cama entre los dos, ¿sabes? y vengan cosquillitas, y venga risa, y venga juego, y tira de aquí, y tira de allá, y no hay quien cierre un ojo dos minutos seguidos.

TER. ¿Y á tí te pesa? ¡Mal padre; monstruo!

JAIME ¡Monstruo! ¡monstruo me llama!... ¡Ji, ji, ji!

LEOP. Sois un matrimonio ideal, modelo.

TER. Luego, Dios nos ha mandado ese capullito...

JAIME ¡Y que ha quedado Dios en el encargo de que no sea el último!... ¡Ji, ji, ji!...

TER Jaimito...

JAIME Tere-ita... (Se rien los dos y Leopoldo con ellos.)

LEOP. Vaya, veo que han resuelto ustedes el problema. Los envidio con toda mi alma.

TER. Bueno, ¿y usted? Hablemos de usted ahora. ¿Qué aparición es esta? ¿A qué vuelve usted á Madrid?

JAIME ¿Vienes acaso á la Exposición?...

TER. Cuente usted, cuente usted...

JAIME ¡Vamos, hombre!

LEOP. (Suspirando.) ¡Ay!

JAIME ¡Adiós!

TER. ¿Suspiros? ¡Malo! Digo, bueno.

LEOP. (Muy serio.) ¿Quieren ustedes que les diga á lo que he venido á Madrid?

JAIME Sí, hombre; pero sin tomarlo en ese tono tan lúgubre. No hace falta.

LEOP. A casarme he venido.

TER. ¿Hola?

JAIME ¿Hola? Pues sí que viene á la *exposición*... ¡Ji, ji, ji!

TER. Deja los chistes, tonto.—¿Y con quién va usted á casarse, se puede saber?

LEOP. Con Marta.

TER. ¿Con Marta?

JAIME

LEOP. (Alarmado) ¡Qué! ¿Es algún desatino que yo quiera casarme con Marta?

TER. ¿Qué ha de ser un desatino? Al contrario: nos parece muy bien; pero... Vamos por partes: ¿está usted seguro de que Marta piensa en usted?

LEOP. Seguro: por lo que yo he pensado en ella.

JAIME (A Leopoldo.) Oye, ¿la llamo?

LEOP. ¿Cómo la llamo? ¿Qué quiere decir eso?

TER. ¿Pero no le ha dicho á usted Jaime que Marta vive con nosotros?

LEOP. (Asustado, temblón.) ¿Con ustedes?... ¿Marta?... ¿Y está ahí?...

JAIME Hombre, no te asustes...

TER Está en misa. Como tenemos la iglesia enfrente, ella solita atraviesa la calle...

LEOP. A ver, á ver, explíquenme ustedes... díganme lo ocurrido... No, no; si ya noté yo al entrar que había en esta casa una luz, una transparencia en el ambiente, un aroma... un aroma...

JAIME Eso del aroma es que gastamos un dineral en papel de Armenia... Con esto del chico...

LEOP. ¿Quieres tener formalidad? Teresita, cuéntemelo usted todo ce por be.

TER. ¡Si todo es nada! ¿Usted sabrá que el pobre don Abel murió el mes pasado?

LEOP. ¡Como que á esa noticia obedece mi regreso á la Corte!

TER. Bueno; pues como la pobre Martita vivía sola con él, se quedó... usted lo comprenderá, Leopoldo...

JAIME A las clemencias del cielo, chico.

LEOP. Es claro. Lo que yo imaginé.

TER. Y mientras unos parientes lejanos de ella, que están en Lisboa, no resuelven en definitiva si se la llevan ó si no se la llevan, nos pareció lo natural traérnosla á casa.

LEOP. ¡Cuánto les agradezco!...

JAIME Y nos tiene hechizados, puedes creerme.

TER. Es de una delicadeza que encanta. Se resistió mucho á venir; nos hablaba de arreglar sombreros, de coser... ¡Pobrecita!

LEOP. ¡Ay! Permítanme ustedes que me desahogue: ¡soy el hombre más grosero de espíritu y más desconsiderado que hay en el planeta!

JAIME Tú no conoces á Requejo, ¿verdad?

LEOP. ¡Hombre, deja las bromas! Teresita, Jaime, amigos míos: ¿no opinan ustedes que mi deber es hablar con Marta, pedirle perdón, decirle que la quiero más cada día? Aconséjenme ustedes, ilumínenme, que en este paso que voy á dar, está mi salvación ó mi ruina completa. ¿Qué debo hacer? ¿qué hago?

(Llora dentro Teodomirito, con toda la fuerza de sus

pulmones y todas las galas de su estilo. Oirlo y levantarse como por resorte Teresita y Jaime y dejar al otro con la palabra en la boca, todo es uno.)

TER. ¿A ver?... ¿Llora el niño?

JAIME ¿Llora el niño?

TER. ¡Ama! ¡ama!

JAIME Esa mujer...

TER. Ni un momento puedo apartarme... Perdone usted, Leopoldo...

JAIME Sí, sí, perdona, chico ..

TER. ¿Qué le han hecho á mi rey, qué le han hecho?

JAIME ¿Quién ha sido el infame, que lo voy á matar? (Se van los dos á escape por la puerta de la izquierda. Poco después se oye más lejos el llanto del niño, hasta que se pierde por completo.)

ESCENA VI

LEOPOLDO y MARTA

LEOP. (Levantándose.) ¡Qué egoistas son los dichosos!... Estos padres felices no tienen entrañas... (Pasea d sasosegado.) Marta aquí, Marta aquí... ¡Si parece providencial todo lo que ocurre!... El corazón me va á saltar del pecho de un momento á otro... ¿Y qué haré yo? ¿Esperarla? ¿irme?... (Viendo á Marta, que llega por el foro vestida de negro, con gabán y velito, un devocionario en una mano y un rosario envuelto á la muñeca.) (¡Ah!) (Quédase sobrecogido.)

MARTA ¿Eh? (Reparando en Leopoldo.) (¡Jesús María!) (Baja los ojos llena de emoción, y así permanece unos instantes, en que él la mira sin pestañear.)

LEOP. ¿Cómo está usted, Marta?

MARTA Bien, ¿y usted, Leopoldo?

LEOP. ¿Le sorprende á usted encontrarme, verdad?

MARTA Sí; no esperaba... (Pausa breve.)

LEOP. Por su tío de usted no le pregunto porque ya he sabido que se murió.

MARTA Sí.

LEOP. (¡Qué bárbaro! ¡qué estupidez he dicho!)

Crea usted que lo he sentido con toda mi alma.

MARTA Gracias, Leopoldo. Con permiso de usted... (Vase por la puerta de la izquierda. Leopoldo la ve alejarse emocionado.)

ESCENA VII

LEOPOLDO y JAIME

LEOP. (Estallando en locura amorosa.) ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué ha sido esto? ¿Qué torrente de luz es este que se me ha métido en el alma? ¡Está divina! ¡encantadora!... Ese traje negro la hermosea, la idealiza... (Aparece Jaime por el foro.) ¡Jaime! ¡abrázame!

JAIME ¿Qué te sucede?

LEOP. ¡Abrázame! (Se abrazan.) ¡La he visto!

JAIME ¿La has visto?

LEOP. ¡Sí!

JAIME ¿Y crees en Dios?

LEOP. ¡Desde luego! ¡Si supieras qué desconcierto hay dentro de mí; qué derrumbamiento de las mil majaderías que me cegaban, de todas las pequeñeces ridículas que en la ausencia he inventado para olvidarla!...

JAIME Pero, bueno, no te exaltes, oye: ¿qué piensas hacer?

LEOP. ¡Casarme mañana!

JAIME No seas loco, por Dios. ¿Has hablado con ella?

LEOP. Tres palabras. Y le he dicho cuatro tonterías.

JAIME ¿Nada más?

LEOP. ¿Te parecen pocas? Tú me conoces bien. Escucha: se me ocurre una idea feliz.

JAIME Lo dudo.

LEOP. Le voy á escribir una carta.

JAIME ¡Hombre, no!

LEOP. ¿Por qué no?

JAIME Viviendo aquí con nosotros, siendo tú amigo nuestro, pudiendo hablarle...

LEOP. A pesar de eso. Estoy más seguro de mi

pluma que de mi palabra. Además, escribiéndole yo, le doy tiempo para que medite su respuesta; evito que sea un chispazo del amor propio herido... Me volcaré en la carta: mojaré la pluma en el corazón... La haré ver mis remordimientos crueles, mi cariño, que se agranda por días... Llévame á tu escritorio.

JAIME Haz lo que quieras, hombre. Después de todo no me parece mal.

LEOP ¿Es esa habitación que hay á la derecha, según se sale?

JAIME Sí.

LEOP. Pues no te molestes. Necesito estar solo. No quiero figuras decorativas ni sombras chinescas.

JAIME Gracias.

LEOP. Hasta luego.

JAIME Oye.

LEOP. Qué.

JAIME ¿Tú almorzarás hoy con nosotros?

LEOP. ¡Yo no necesito almorzar hoy! (Vase por el foro, hacia la derecha.)

ESCENA VIII

JAIME, después RAMONA, DON CARMELO y DOÑA FEDERICA

JAIME ¡Atiza! Estoy viendo que ese se pasa el día metido en el despacho. Sí; porque ningún borrador va á gustarle... Allá él... A mí, por de pronto, que me entren moscas... Entornando este balcón un poquillo, me tumbo en el sofá y descanso aunque sean diez minutos. No me lo impide nadie. (Cierra las puertas del balcón, se quita la americana y se tiende á la larga en el sofá del foro.) Si no hago esto, voy á pasarme el día como los abejorros, tropezando en todas las paredes... ¡Aaaaaaah!... (Se queda casi instantáneamente cuajado como un ángel. A poco se le cae un brazo y se coloca panza arriba en actitud nada académica.) Lo que agradece el cuerpo un descansillo... por pequeño que sea.... (Resuella

fuerte, ronca algo, rumia y se entrega á todo género de libertades. Aparece Ramona en el foro, con doña Federica y don Carmelo. Son los de Majalandrín y está todo dicho. La señora usa «impertinentes» y el caballero botón en la solapa. Visten con pretensiones de elegantes, sin ser caricaturas.)

RAM. Pasen ustedes.

D. CAR. (Tropezando en una silla apenas llega.) Cuidado, Federica. (Pasa con la señora al primer término de la derecha.)

RAM. ¿Quién ha cerrado aquí? (Va al balcón y lo abre.) Siéntense ustedes, que voy á avisar á los señoritos. (Se marcha por la puerta de la izquierda.)

D.ª FED. Has debido darle una tarjeta con un pico doblado.

D. CAR. Mujer, por Dios; eso es en las visitas de pésame. No acabas de aprender.

D.ª FED Oye, yo creo que la hora no será inconveniente.

D. CAR. Ya me he cuidado de eso. Es la hora de rigor. (Da media vuelta, y se encuentra de manos á boca con Jaime en el sofá. Al verlo corre por todo su cuerpo un sudor frío. Hubiera preferido morirse de repente.) ¡Federica!

D.ª FED. Carmelo.

D. CAR. ¿Ves?

D.ª FED. ¡Qué atrocidad! ¿Pues no asegurabas que era la hora de rigor?

D. CAR. No me reproches.

D.ª FED. Tú dirás lo que hacemos.

D. CAR. Hurgarle no le hurgo. ¿Te parece que toque las palmas para que se despierte y nos vea?

D.ª FED. Mejor es otra cosa.

D. CAR. ¿Mejor?

D.ª FED Siéntate aquí... y no hemos visto nada.

D. CAR. ¡Bravo! (Se sientan á la izquierda, vueltos de espaldas al sofá. Jaime ronca fuerte.)

D.ª FED Ni hemos oído nada.

D. CAR. Nada. Ahí viene la chica.

D.ª FED. Ahora es ella.

D. CAR. Yo me hago el chivo loco. (Se pone á hacer dibujos en el suelo con el bastón y su señora con la sombrilla.)

RAM. (Por la izquierda.) El señorito debe de estar en

el despacho. (Al ir hacia el foro ve á Jaime y se queda clavada.) (¡Dios mío!)

D.ª FED. (Estoy sudando caldo del puchero.)

D. CAR. (Tarareando.) Lará, lará, lará, lará...

RAM. (Lo llamaré; ¿qué voy á hacerle?) Señorito Jaime... señorito Jaime... (Gritándole al ver que no se despierta.) ¡Señorito Jaime! ¡que están aquí los señores de Majalandrín!

JAIME (Sin abrir los ojos y sin hacerse cargo de la situación.) ¿Eh?

RAM. ¡Que están aquí los señores de Majalandrín!

JAIME Diles que he salido.

D. CAR. (Dándole un codazo á su señora.) (¡Federica!)

RAM. (¡Virgen!) Señorito, si es que *están aquí*... ¿no se ha enterado usted?

JAIME (En el mismo estado.) ¡Que se vayan! No tengo ganas de recibir paletos ahora... (Da media vuelta en el sofá.)

D. CAR. (Como antes.) (¡Federica!)

D.ª FED (¡Carmelo!)

RAM. (Despertando á Jaime á viva fuerza.) ¡Señorito, por Dios!

JAIME ¿Quieres dejarme?

RAM. ¡Señorito!

D. CAR. (Levantándose de un salto.) No le moleste más. Nos iremos. (Se levanta también doña Federica.)

JAIME (Incorporándose aterrado al oir la voz de don Carmelo y poniéndose de pie muerto de vergüenza.) ¿Eh?... ¿Cómo?... ¡Ah! Señora... Caballero... Ustedes perdonen... (A Ramona.) Mujer, bien podías... (Reparando que está en chaleco.) (¡Uf!) (Se pone la americana á escape.) Bien podías haberme avisado...

RAM. Señorito, yo..

JAIME Vete, vete; no hables. (Vase Ramona por el foro.)

ESCENA IX

JAIME, DON CARMELO y DOÑA FEDERICA; luego TERESITA; después DOÑA JOSEFA

JAIME Estas criadas... Pero, siéntense ustedes, por María Santísima... (¡Yo mato á Ramona!)

D. CAR. Deploraríamos haber venido á incomodar...

JAIME ¡Calle usted, señor mío!... Nada de eso... Siéntense ustedes... (Se sientan los de Majalandrin.) Tengo la manía de acostarme á descansar ahí... Como el chico nos da tan malas noches... (Me parece que peor es meneallo.) Pero ¿no le han avisado á mi mujer? (Va á la puerta de la izquierda y grita.) ¡Teresa! ¡Ven, hija mía, que tenemos aquí á *Tiburón!*

D. CAR. (Levantándose.) ¿Eh?

JAIME (¡Adiós! ¡le he llamado por el mote!)

D. CAR. ¿Ignora usted mi apellido, señor caballero?

JAIME (Este me salta un ojo.) No, ¡qué disparate! sino que... que... Vaya, vaya... Pero sentémonos. (Se sientan.) (Van dos seguidas que ya, ya.) ¿Y qué tal el viaje?

D.ª FED. Bien. En primera.

JAIME Con que en primera... Bueno, bueno... ¿Por mucho tiempo aquí?

D. CAR. No; nos iremos pronto...

D.ª FED. Ya ve usted; á la una es la mesa redonda...

JAIME Si digo en Madrid, señora mía.

D. CAR. ¡Ah! (¡Qué finura de ingenio hay en la Corte!)

D.ª FED. En Madrid estaremos una semanita.

JAIME Una semanita... (Pausa breve.) ¿Y por allá, bien?

D. CAR. Bien, sí, señor.

JAIME ¿El tío bien?

D.ª FED Sí, señor, bien.

JAIME ¿Los niños bien?

D. CAR. Bien, bien; los niños están bien.

D.ª FED. El tío nos encargó mucho que viniéramos á visitar á ustedes...

JAIME Je, je... (A esta señora la he visto yo por una perra gorda.)

TER. (Por la izquierda.) ¿Cómo vamos? Doña Federica, tantísimo gusto... Don Toribio...
D. CAR. Don Carmelo.
TER. ¡Don Carmelo!... ¿Qué tal, qué tal?...
D. CAR. Señora...
D.ª FED. Señorita...
TER. Siéntense, siéntense... (Se sientan todos.—A Jaime, bajo.) (Oye, ¿qué trae don Carmelo en la solapa? ¿Es un caramelo de los Alpes?) (Los dos sofocan la risa con gran esfuerzo. Pausa.)
JAIME Vaya, vaya, vaya...
TER. ¿Por mucho tiempo aquí?
D. CAR. Aquí, en Madrid, por una semana.
JAIME Je...
TER. ¿Y por allá, bien?
D.ª FED. Bien, sí señora.
TER. ¿El tío bien?
D. CAR. Sí, señora, bien.
TER ¿Los niños bien?
D.ª FED. Bien, bien; los niños están bien.
D. CAR. El tío nos encargó mucho que viniéramos á visitar á ustedes...
D.ª JOS. (Por la izquierda.) ¡Hola, hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo sigue usted, Federica?
D.ª FED. Bien, ¿y usted?
D.ª JOS ¿Y usted, Gundemaro?
D. CAR. Carmelo, señora.
D.ª JOS. ¡Ay, es verdad! ¡Qué cabeza la mía! Pero, siéntense ustedes... (Se sientan todos.)
JAIME Bueno, bueno, bueno...
D.ª JOS. ¿Mucho tiempo entre nosotros?
D.ª FED. Una semanita.
D.ª JOS. ¿Por allá bien, eh?
D. CAR. Bien, sí señora.
D.ª JOS. ¿Mi hermano bien?
D.ª FED. Sí, señora, bien.
D.ª JOS. ¿Los niños bien?
D. CAR. Bien, bien; los niños están bien.
D.ª FED. Su hermano de usted nos encargó mucho que viniéramos...
D. CAR. ¡Ah, es claro! Si no nosotros no hubiéramos venido...
JAIME Ustedes siempre vienen á su casa...
D. CAR. La de ustedes, en Majalandrín, Larga del

Boticario, 15... (Teresita y Jaime sofocan nuevamente la risa. Pausa. Sonrisas generales. No surge una idea ni para un remedio.)

TER. Vaya, vaya, vaya...

D.ª JOS. Bien, hombre, bien...

JAIME ¡Caramba, caramba, caramba!...

D. CAR. Pues... el tío está rabiando por conocer al pequeñuelo de ustedes...

D.ª FED. ¿No anda por ahí?

TER. Todavía no anda, señora.

D.ª FED. Tendría gusto en verlo.

JAIME ¿Y si se asusta?

D. CAR. ¿Eh? (Teresita y Jaime apenas pueden ya tener la risa.)

D.ª JOS. En cuanto ve personas extrañas se asusta.

TER. Según le coge. Llamaremos al ama á ver. ¡Raimunda! ¡traiga usted al niño!

JAIME (Aprovechando la ocasión para soltar la risa naturalmente. Teresita se ríe con él.) Es un monicaco que nos tiene sorbido el seso. ¿Ustedes tienen hijos?

D. CAR. Sí, señor; uno de Federica y otro de un servidor de ustedes.

TER. ¿Cómo?

D.ª FED. De nuestros primeros enlaces. Este y yo no hemos *congeniado*. (Pausa. Todos elavan la vista en el suelo. Después todos levantan al mismo tiempo los ojos y se miran.)

D. CAR. (No se me ocurre nada absolutamente. ¡Qué angustia!)

D.ª FED (A don Carmelo.) (Se te ha soltado la cinta de los calzoncillos.)

D. CAR. (¡Maldición!) (Hace esfuerzos por recogérsela con disimulo y no puede. La preocupación le amarga la visita.)

JAIME Lo que quiero que nos digan ustedes es donde viven, para ir á visitarlos antes que se marchen.

D. CAR. ¡Ah, no, no; cumplidos con nosotros no!

D.ª FED Nosotros somos muy *á la pierna la llana*.

D. CAR. Estamos reñidos con la *pompadur*.

TER. ¿Qué?

D. CAR. Además, vamos á trasladarnos de fonda.

D.ª JOS. ¿Y eso?

D. Car. Porque nos dijeron ayer una cosa que no tiene gracia ninguna: parece ser que junto á nuestra habitación hay tres enfermos de viruelas. (Teresita, doña Josefa y Jaime dan un grito agudísimo y se ponen de pie Inmediatamente se levantan también los de Majalandrín, con el asombro consiguiente.)

Ter. }
D.ª Jcs. } ¡Ah!
Jaime }

D. Car. }
D.ª Fed. } ¿Eh?

Jaime ¿Viruelas dice usted?

Ter. ¿Viruelas en la fonda?

D.ª Jos. ¿Viruelas?

D. Car. Viruelas, pero...

Ter. ¡No hay pero que valga!

D.ª Jos. ¡For la virgen del Carmen!

Ter. (Encarándose con don Carmelo y doña Federica.) ¡Jesús! ¡Yo me voy ahora mismo de aquí! ¡Es una imprudencia! ¡es una imprudencia saber eso y venir á una casa en que hay una criatura! ¡No se acerquen á mí! ¡no se acerquen! ¡Me voy! ¡me voy! (Vase de estampía por la izquierda. Los de Majalandrín tratan de hablar y doña Josefa, que también se encara con ellos, no los deja.)

D.ª Jos. ¡Al diablo se le ocurre vivir donde hay viruelas y venir acá! ¡Si el niño enferma ustedes serán los culpables! ¡Y mire usted qué responsabilidad tan espantosa para mi pobre hermano, por haber mandado la visita! ¡No lo quiera Dios! ¡no lo quiera Dios! (Vase detrás de Teresita. Durante las palabras de una y otra suena dos ó tres veces el pito. Las primeras notas estremecen á los de Majalandrín.)

D. Car Le advierto á usted que parece que son locas...

Jaime (Sulfurándose.) ¡Oiga usted!

D. Car. ¡Las viruelas digo, señor!

Jaime ¡Ah!

D. Car Por cierto que extraño muy mucho...

Jaime Disimulen ustedes... Son una madre. . y una abuela...

D. Car. (¡Son un par de tarascas!) Nuestro deber es irnos, lo comprendo...

JAIME Eso sí...

D.ª FED. Crea usted que no caímos en la cuenta...

D. CAR. Quede usted con Dios.

JAIME ¡No me dé usted la mano!

D.ª FED. ¿Y qué le decimos al tío?

JAIME Que hemos tenido mucho gusto en conocer á ustedes. Pasen delante, pasen.

D. CAR. Servidor. (A doña Federica, en la puerta del foro ya.) (¡Esta visita no se me olvida á mí mientras viva!) (Suena el pito y dan un respingo los dos.)

D.ª FED. (¡Ni á mí tampoco!) (Se van por el foro. Jaime los sigue á alguna distancia.)

ESCENA X

JAIME, DON PABLO, DOÑA JOSEFA y TERESITA

(Pausa. En esta escena todos son sustos, carreras y emociones fuertes.)

JAIME (Por el foro, corriendo) ¡Hay que fumigar! ¡hay que fumigar! ¡Teresita! (Vase por la izquierda.)

D. PAB. (Por el foro, desde la derecha.) ¡Jaime! ¡Jaime! Pita que pita y nadie me hace caso... ¡Jaime! (Vase por la izquierda también.)

JAIME (Por el foro, desde la izquierda.) ¡Papa! ¡papá! ¿Dónde anda usted? ¡Ay, Santo Dios, qué trance más horrible! ¡Pobre Teodomirín de mi alma!

D. PAB (Volviendo á salir por la izquierda y topándose con Jaime.) ¡Jaime!

JAIME ¡Papá!

D. PAB. Acaba de contarme Teresita... ¡Qué bárbaros!

JAIME ¡Qué estúpidos! Hay que fumigar á esa criatura.

D. PAB. Hay que vacunarla. ¡A escape por un médico!

JAIME Allá voy yo (Métese por la puerta de la izquierda.)

D.ª JOS (Por el foro, desde la izquierda.) ¡Imprudencia mayor, don Pablo! ¡Estoy indignada! (Asomándose al balcón y gritando.) Ahora salen de acá. ¡Majalandrines! (Apártase del balcon, y no contenta con el insulto vuelve á él y grita.) *¡Tiburón!*

D. PAB ¡Tíreles usted una maceta!

TER. (Por el foro también.) ¡Ay, Dios mío! ¡Mamá! ¡papá!... ¡Otra desgracia!

JAIME (Con el sombrero puesto, por la izquierda.) ¿Qué sucede?

TER. ¡El ama que dice que se va por miedo á las viruelas!

D.ª JOS. ¡Ay, Virgen del Carmen!

JAIME ¡Jesús, qué conflicto!

TER. ¡Yo estoy que se me puede ahogar con un cabello!

JAIME ¡Pobre Teodomirín!

TER. ¡Hijo de mis entrañas!

D. PAB. ¡No amilanarse, por Dios vivo! Todo tiene arreglo. (A Teresita.) Tú, á cantarle la nana al retoño. (A doña Josefa.) Usted, á convencer al ama para que se quede. (A Jaime.) Tú, á buscar otra ama, por si acaso. Y yo, por un biberon, por leche, por un médico y por una ternera para la vacuna. ¡Sobre la marcha!

JAIME ¡Andando!

TER. ¡Ay, Dios mío de vida!

D.ª JOS. ¡Ay, qué demonios de paletos! (Se van don Pablo y Jaime por el foro, hacia la derecha; Teresita por la izquierda y doña Josefa detrás. Queda la escena sola un rato.)

ESCENA XI

REQUEJO y LEOPOLDO

REQ. (Por el foro, cogido á un brazo del otro infeliz.) Usted no tiene más que ver el cuadro de esta casa.

LEOP. (¡Qué pesado es este señor! Se ha metido en el escritorio y no me deja.)

REQ. Mire usted en un momento qué tremolina. Inútil ya, ¿eh? Esto es aparte: al chico le dan las viruelas.

LEOP. ¡Hombre, por Dios!

REQ. Usted lo verá. ¡Si en cuanto se casa uno viene la mala y ya no le suceden más que desastres!

LEOP. ¡Es usted el único para desilusionar á cual-

quiera! ¿Cómo se las compone usted para no ver más que el lado negro de las cosas?

REQ. Pero ¿usted cree que las cosas tienen algún lado de otro color? ¡No sea usted inocente! ¡Hágame usted caso á mí, y no pierda su libertad de pájaro! Usted no sabe lo que es salir á la calle con la mujer, la suegra, los chicos, las amas... y algún perro que se venga detrás. Sube usted á un tranvía y se bajan todos los conocidos... ó se van á la plataforma de delante. ¡Desde que me casé no me ha pagado nadie el tranvía!

LEOP. (Riéndose.) ¡Es un argumento que no me convence! ¿Tiene usted muchos chicos?

REQ. Doce nada más.

LEOP. ¿Doce?

REQ. Es otra gracia de las señoras: cuando dan en echarlos al mundo lo mismo que grajea. Y le prevengo á usted que esas finitas, así de la pinta de la de usted... ¡son de mucho cuidado! ¡Mi señora era un hilo!

LEOP. ¡Mejor! ¿Cree usted que yo me casaría si supiese que no iba á tener hijos?

REQ. ¡Como yo! ¡Lo mismo que yo! *Me estoy oyendo*, cuando tenía la edad de usted. ¡Claro! usted, artista al fin, soñará con dos ó tres pimpollos, cabecitas rubias, ángeles de Murillo que hagan un cielo del hogar.. ¡Oh! Ya verá usted cuando empiecen á venir uno detrás de otro hasta quince, y todos feos.

LEOP. ¿Todos feos?

REQ. Todos. Mire usted: si son bonitos cuando chicos, se ponen feos después: ¡yo era precioso; no le digo á usted más! Y si cuando chicos son feos, ¡cualquiera los enmienda! Item: además de feos le salen á usted brutos.

LEOP. ¡Caramba!

REQ. Y que no tiene vuelta de hoja. Supongamos que es usted hombre de talento.

LEOP. Gracias.

REQ. Es una suposición nada más.

LEOP. Por eso doy las gracias.

REQ. Bueno, pues á los hombres de talento, ya se sabe y está demostrado: los hijos, brutos. Suponganos, en cambio, que es usted un bruto: ¡pues le salen brutos, no cabe duda! ¡De padres brutos, hijos brutos! ¡Esto es como la luz!

LEOP. ¿Y quien le ha enseñado á usted esa teoría tan consoladora?

REQ. Mi padre, que tenía muchísimo talento.

LEOP. Ah, ya. Bueno, pues usted dirá lo que quiera; pero los chiquillos son una gloria, son la alegría del mundo.

REQ. ¡Oh, sí!... Le quitan á usted el reloj, lo echan al puchero, le pisan las gafas, hacen un carrito del sombrero de copa... ¡Un encanto, un encanto!... Si quiere usted bendecir la paz conyugal, Berengena, 12. Y me voy á ver cómo anda el almuerzo, porque aquí no piensan más que en el niño y yo me estoy cayendo de debilidad. Luego seguiremos hablando. (Hace que se va y vuelve.)

LEOP. Bien, pero de cosas más agradables.

REQ. Oiga usted un detalle conmovedor: ¿cuántos huevos cree usted que se consumen en mi casa al año?

LEOP. Hombre, no puedo calcular...

REQ. ¡Veinticinco mil! Todas las gallinas de Madrid poniendo nada más que para nosotros... ¡Una delicia! ¡Cuando llegue usted á una situación semejante, tendrá que pintar con las dos manos! ¡Una delicia! (Vuelve la espalda y se va por el foro hacia la izquierda, olfateando. Leopoldo lo sigue hasta el pasillo.) (Me parece que hay almejas á la marinera.)

ESCENA XII

LEOPOLDO y MARTA

LEOP. ¡Cristo, qué hombre! Espanto da pensar en su casa. ¡Qué perversión! ¡qué grosería! ¡Digo! ¡lo que me quiere quitar de la cabeza!... (Sale Marta por la puerta de la izquierda y se

encamina á la del foro, donde se encuentra con Leopoldo, que vuelve al gabinete ya.) ¡Marta!

MARTA ¡Leopoldo! ¿otra vez?

LEOP. Bien sabe Dios que ha sido casualidad. Parece que la suerte lo dispone.

MARTA Es muy caprichosa la suerte. ¿Me deja usted salir?

LEOP. Si es usted la que no me deja á mí entrar.

MARTA (Echándose á un lado.) Pase usted.

LEOP. (Avanzando.) Gracias. Dentro ya, ahora le suplico que no se vaya.

MARTA Tengo que escribirle á una amiga...

LEOP. ¿No quiere usted escucharme antes?

MARTA ¿Sobre qué?

LEOP. (Con sinceridad y pasión.) Sobre que he sido un insensato. ¿Te agrada el tema?

MARTA Para mí no tiene interés.

LEOP. ¿Qué dices?

MARTA Lo que oyes. ¿A qué vienes aquí de nuevo? Cuando ya el tiempo ha enfriado nuestro sentimiento — al menos el mío,—cuando nuestra separación me parece la más natural de las cosas, ¿vienes tú á remover lo pasado, á hacerme padecer de nuevo?...

LEOP. Fíjate que he dicho que fuí un insensato. Lo reconozco, porque ya no lo soy Marta, Marta mía, en ausencia tan larga yo no he podido ahogar este cariño que me lleva á tí. No he sabido pintar más que tu retrato. Recuerdo que aquí mismo nos vimos por última vez, y que nada pudo el ambiente de este nido de amores sobre nuestros odios de un momento. Nos separamos... y hoy, en el mismo nido, al calor de la misma atmósfera de felicidad, volvemos á encontrarnos... ¿Será que puede más la ley del amor que la de las pasiones mezquinas?

MARTA No lo sé. (Con voz apagada por la emoción) Sólo sé que mirándote padezco mucho, que sufro más... y que, sin embargo, encuentro en tu presencia un consuelo, un alivio... ¿Entiendes esto?

LEOP. Demasiado. Te hago sufrir, porque supones que ofendo tu cariño todavía; te consuela el

verme, porque aún me quieres á pesar tuyo. ¿Es verdad?

MARTA Es verdad.

LEOP. ¡Bendita seas! Perdóname. Lo merezco, porque también he padecido mucho. Si mi ceguera fué grande, lo fué porque era hermana de mi cariño. ¡Imagina tú qué lucha en mi ánimo! Pero ya estoy libre de ella: no hay como sufrir para abrir los ojos á la verdad. Más te digo: si mis celos volvieran á inquietar mi corazón alguna vez, yo los ahogaría sin un grito, ni una protesta; y si temiese que pudieran furtivamente asomar á mis ojos, cerraría los ojos para que no los vieses tú.

MARTA Es tan sincero lo que me dices que te creo y te perdono. Efectivamente has aprendido mucho y has cambiado más. Pareces otro hombre.

LEOP. Y lo soy.

MARTA Pues yo soy la misma mujer.

LEOP. Por eso te quiero yo igual que te quería.

MARTA Yo, en cambio, como has variado para mejorarte, te quiero más aún.

LEOP. Más que me querías, lo admito; pero no más que te quiero yo á tí.

MARTA Continúas tan ambicioso. En eso eres el mismo de antes.

LEOP. Tú solo en una cosa no eres la misma.

MARTA ¿Sí?

LEOP. Estás aún más bonita que estabas.

MARTA Empezaron las flores.

LEOP. Buena señal: empezó la alegría.

MARTA ¿Seguirá?

LEOP. ¡Quién lo duda! ¡Aquí ya no va á haber más que flores!

MARTA ¿Lo crees así de veras?

LEOP. Lo aseguro (Con vehemencia.) Si brota alguna espina, de mi cuenta corre cortarla de raíz. Mi casa, nuestra casa, si me permites que así lo diga, va á ser un paraíso encantado, un rincón del cielo.

MARTA Veo que sigues tan exaltado como te fuiste. Tampoco en eso has variado.

LEOP. Ni había para qué. Oye: ¿por qué te peinas ahora así?
MARTA Porque estoy más bonita.
LEOP. (Celoso.) ¿Quién te lo ha dicho?
MARTA Tú
LEOP. ¿Yo?
MARTA (Riéndose.) ¡Hace dos minutos!
LEOP. (Lo mismo.) ¡Pues es verdad!
MARTA (Con candoroso desencanto.) ¡Ay, Leopoldo, qué descubrimiento acabo de hacer!
LEOP. ¿Cual, hija mía?
MARTA ¡Que no has cambiado en nada absolutamente!
LEOP. ¡Mal rayo me parta! Pero ¿tú me quieres así, verdad?
MARTA Así te quiero. Mi cariño te cambiará.

ESCENA XIII

DICHOS, JAIME y DON PABLO, DOÑA JOSEFA y TERESITA

JAIME (Por el foro, con don Pablo, á tiempo de oir la última frase.) ¡Ole!
D. PAB. ¡Ole! (Trae un biberón, unas sonajas, un muñeco de goma con un pito y un globo.)
LEOP. ¡Don Pablo!
MARTA ¡Jaime!
LEOP. ¡Abrácenme ustedes!
D. PAB. ¡Ya lo creo!
JAIME ¿Lo ves, hombre, lo ves?
D. PAB. ¿Y Teodomirín?
MARTA Está más tranquilito. Se queda el ama, ¿sabe usted?
JAIME ¡Ay, qué felicidad! (A Leopoldo.) ¡Tú no sabes lo que es ser padre! ¿Y qué hago yo ahora con esas tres fieras que tengo abajo?
TER. (Saliendo con doña Josefa por la izquierda.) ¡Jaimín, se queda el ama!
D.ª JOS. ¡Se queda el ama!
JAIME Ya lo sé, ya lo sé...
D. PAB. Luego vendrá el médico á vacunar al niño. Me ha dicho que somos unos pamplinosos.
TER. Pamplinosos ó no, yo lo he fumigado.

JAIME ¡Bien hecho! ¡Qué talento tienes!

D. PAB. ¡Mira todo lo que le traigo á ese diablillo!

D.ª JOS. ¡Ay, lo que va á gozar!

MARTA ¿No me dices nada, Teresita?

TER. ¡Es verdad, hija!

D.ª JOS. ¡Es verdad!

TER. Y es que la cosa es tan natural, que ni siquiera nos había chocado. ¡Que sea enhorabuena!

D.ª JOS. (A Marta.) ¿Lo ves, tonta, lo ves?

TER. (A Leopoldo.) ¿Lo ve usted, melón?

LEOP ¡Ja, ja, ja! (Leopoldo y Marta charlan á la derecha; al foro, sentados, Teresita y Jaime, y á la izquierda doña Josefa y don Pablo. Mientras unos hablan en alta voz los otros hablan quedo. En todos los ojos resplandece la felicidad.)

MARTA Leopoldo, ¡qué contenta estoy!

LEOP. Pues ¿y yo, Marta? ¡Jugaría con mi corazón á la pelota!

MARTA ¡No quiero pensar que ha podido escapársenos esta dicha!

LEOP. Lo pasado, pasado. Alegrémonos del día de hoy, y no pensemos más que en el de mañana.

TER. Acostadito en nuestra cama está. Yo me quedo embobada mirándolo... Parece una rosita en nieve.

JAIME ¡Como que es tu vivo retrato, gloria! Nariz y todo. ¿Te cambiarías ahora mismo por alguien, siendo su mamá?

TER. Por nadie, por nadie, por nadie, por nadie...

D.ª JOS. Un nido más que vemos formarse, consuelo mío.

D. PAB. ¿Cuál? ¿El de aquellos dos?

D.ª JOS. Para esto hemos quedado ya, don Pablo de mis culpas.

D. PAB. ¡También hemos pasado por lo otro, doña Josefa de mis entrañas! ¡Y bendiga Dios esto, que nos sirve para recordarlo!

D.ª JOS. Eso sí.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y REQUEJO

REQ. (Asomándose á la puerta del foro.) ¿Se almuerza ó no se almuerza, señores? (Movimiento de indignación general.)

JAIME Pero ¿dónde estaba usted metido?

REQ. En la cocina, mariposeando. (A Leopoldo.) ¡Hola! ¿qué veo? ¿Por fin cayó usted en la ratonera?

LEOP. ¡Por fin!

REQ. ¡Buena mamarrachada está! Siempre lo tuve á usted por persona discreta, pero desde ahora lo considero un loco.

MARTA ¿Sí, eh? Pues yo siempre lo he tenido á usted por un moscón insoportable, y cada día me afirmo más en mi opinión, que es la de todos los presentes. (Sueltan todos la carcajada.)

REQ. Calma, calma. El chiste injusto arrolla por el momento, pero no resiste el análisis. Vamos á almorzar, y de sobremesa discutiremos sobre el matrimonio, sobre mis tabarras y sobre el nido.

TER. (No hay quien pueda con él.) (Al público.)

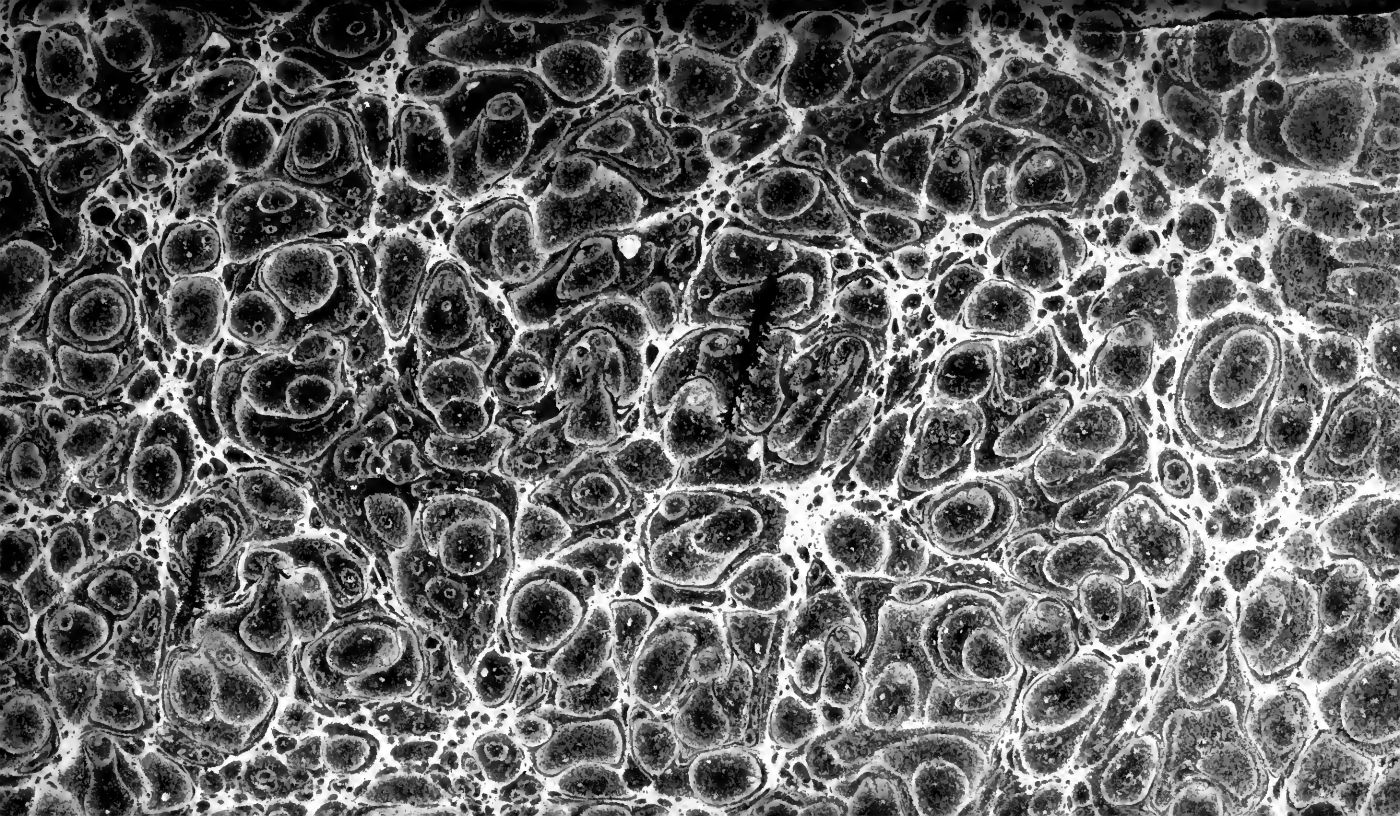
De todas las opiniones
por la tuya me decido,
que no admite apelaciones...
Tus palmas serán razones
para defender el nido.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre 1901.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.



LS
44738
1899

458826

Álvarez Quintero, Serafín (and Álvarez Quintero, Joaquín)
[Teatro]. (1899-1911) Vol.1.

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED